TOMAS CARRASQUILLA

LA MARQUESA DE YOLOMBO



TOMAS CARRASQUILLA

LA MARQUESA DE YOLOMBO

Prólogo

Jaime Mejía Duque

Edición y Cronología

Kurt L. Levy



PROLOGO

"Un autor es el único espanto que no sabe a quién le sale".

Tomás Carrasquilla

Cuando Carrasquilla inicia con *Simón el Mago* el amplio espectro narrativo de lo que será su obra, tiene 32 años. Dentro de las coordenadas historicoliterarias de la Colombia de entonces, juvenilmente anacrónica, su madurez ya aparece completa. En cuanto al estilo se refiere, prácticamente no evolucionará hasta el fin de su vida, pues también su concepción del mundo ya está hecha y —lo más llamativo— cerrada sobre sí misma. Su signo más reiterado: esa religiosidad laica, entrañablemente comunicada con la muerte y con la opresión paternalista, en la que respiran todas sus creaturas, pero en especial las más verosímiles —sus mujeres y sus niños.[1]

Si acaso, se tornará más moroso en la exterioridad descriptiva a partir de *Frutos de mi Tierra* (1896). Confróntese al efecto lo publicado entre 1890-1900, con *La Marquesa de Yolombó,* que es de la década 1920-30, o con *Hace Tiempos,* su último empeño. Se fue haciendo más compacto, anecdóticamente proliferante, pero más sintético.

En *La Marquesa de Yolombó,* como después ocurrirá en la primera parte de *Hace Tiempos,* el escritor llega a la cúspide. Por así decirlo, hasta la última frontera de sus posibilidades —no de su "talento", sino de aquel tipo de

[1] Si se quisiera hacer el estudio de Carrasquilla con aplicación del método esbozado por Goldmann en sus ensayos sobre la Novela y probado de algún modo en su monumental trabajo sobre Pascal, habría que comprometerse a desentrañar lo mejor posible el sentido de su biografía como mediación necesaria entre la realidad sociocultural de Antioquia (—que no de todo el país, pues estructuralmente sus regiones diferían bastante, más que ahora—), en la segunda mitad del siglo pasado, y su obra como formación "homóloga" de aquélla. Aquí la categoría de "reflejo", tan desprestigiada, por lo mecánica, queda subrogada con ventaja por la de "homología", que accede a referencias más complejas, mediatizadas y veraces entre la historicidad que contiene y sobrepasa a la persona del escritor, es decir, el condicionamiento temporal de su talento, y esas formas objetivas, reductibles a esquemas de relación social, de donde sus percepciones e imágenes proceden. Hasta los tics del estilo hablarían así como señales de totalidades más abarcadoras.

imaginación que fue la suya: una estructura de lo imaginario en las condiciones de la historia que vivió y en la que se forjaron su mundo y su lenguaje—. Otro de sus hitos había sido, sin duda, *Luterito,* esa novela corta de la que tanto habría que decir desde nuestra perspectiva.

En la historia de Bárbara Caballero está prácticamente entero el escritor, en estilo y en ámbito. Lo que algunos llaman sus defectos, también están allí: aquel rumor de abejorro de la chismografía aldeana y ese hormiguear de pequeños sucesos en labios de sus comadres, narradoras natas. Todo lo cual registraríamos más bien a cargo de sus ambiguas relaciones con lo cotidiano, que tanto decía respetar, pero frente a lo que vivió y escribió al filo del sarcasmo. El mismo, en el trato diario con sus paisanos, tuvo fama de corrosivo y dicaz.

Como fue ambivalente desde el inicial *Simón el Mago* su relación con las supersticiones que sus gentes amaban. Jamás lograría decidirse del todo por la actitud crítica. A menudo se quedaba a mitad de camino. En *Luterito,* por ejemplo, en donde al final del relato, y tras de habernos brindado los elementos sicológicos y sociales necesarios para un cuestionamiento esencial, hace mutis por el foro.

En tal sentido sería justa la observación de Ambrosio Fornet sobre la timidez intelectual de Carrasquilla, síntoma de su provincianismo.[1]

Sin embargo, hubo en él desde el comienzo una audacia que es a la vez el aliento de su polémica con los "cosmopolitas" y "modernos", representados por su amigo Maximiliano (Max) Grillo, a quien dirigió sus célebres "Homilías". Ella consistió en sostener, y demostrar con *Frutos de mi Tierra* (1896), que se podía escribir novela con temas y ambientes nacionales. Es entonces cuando clama por "un 20 de julio literario", es decir, por nuestra independencia cultural en términos amplios. Hoy podemos darles a sus reclamos la lectura plenamente anticolonialista que con propiedad exigían. Lo que a sus ojos aparecía como alternativa inmediata contra aquella universalidad simulada y fantasmal se fincaba, obviamente, en la tematización afirmativa de "lo propio", de la sociedad nativa. Lo más raizal de ella: la *región*. Y es precisamente esta urgida conciencia de la necesidad historicoliteraria del momento, teorizada por fuerza de su imperativo estético en las Homilías y otros documentos, lo que hace de la obra de Carrasquilla desde el principio —pues su claridad en este punto preside su primer relato— algo tan superior a los meros "cuadros de costumbres" de los aficionados de *El Mosaico.*[2] Puesto que si bien es la oportunidad de trazar un derrotero inscrito

[1] Cf. Ambrosio Fornet, Prólogo a la selección de Cuentos de T. Carrasquilla. Casa de las Américas, La Habana, 1973.

[2] *El Mosaico* fue el círculo literario fundado en Bogotá el 24 de diciembre de 1858, por Eugenio Díaz y José María Vergara y Vergara. Desde el principio pertenecieron al mismo Miguel Antonio Caro, Rufino J. Cuervo, Rafael Pombo, Rafael Núñez, José Caicedo y Rojas, entre otros. Publicaron una revista titulada también *El Mosaico,* en torno a la cual discurrió casi toda la vida literaria del país por esos años.

en su intuición, en el fondo no cree llegada la hora de asumir la forma objetivamente reflexiva que a tan genuina conceptualización le convendría. Se contenta con "sermonear". Elige así la parodia de una forma desprestigiada —de hecho, la juzga caricaturesca—, ya que él combate ahí también con sus demonios y padece con sus relaciones concomitantes el atraso colonial, exigente todavía. Tantas guerras civiles, desatadas por unos en nombre del Progreso y por sus contrarios en defensa de la Tradición, no han bastado sin duda. En la subjetividad de los colombianos, y a nivel de sus relaciones interpersonales, reina el anacronismo que les ha discernido su peculiar historia. Y los antioqueños, en cuya capital despuntaba la modernidad con las primeras máquinas textiles y la sociedad anónima, pasaron entonces por ser los colombianos más regionalistas, católicos y conservadores a ultranza. Carrasquilla hacía gala de su parroquialismo: "—No creo en la gloria y, aunque creyera, no la deseara. ¿Para qué servía? Mi gusto es no hacer nada; mi ideal es vivir en mi parroquia, ni obscuro ni brillante, sin que nadie se ocupe de mí, ni para lo bueno, ni para lo malo; sin meterme en ningún lío, grande ni chico...".

Esto se lo dice también a Grillo, en carta del 21 de abril de 1898. Es una declaración que, desde luego, se explica en el horizonte de su polémica. Mas no por ello exagera. Aunque conozca a Nietzsche, a Barrés, a Zola y a los autores más sofisticados de la época, incluidos los españoles menos recomendables, seguirá "en sus trece". No cambiará. Su estilo, tampoco. Pero es que la tónica cultural del país cambiará menos. Y cuando él muere, en diciembre de 1940, Colombia no alumbra todavía un solo narrador digno de sucederle —pese a *La Vorágine,* obra única de un escritor inmaduro, y a Osorio Lizarazo, carente de la sabiduría literaria del viejo—.

No obstante ser un narrador espontáneo, pues se le recuerda como alguien siempre dispuesto a contar cualquier cosa propia o ajena, y beneficiario de un ocio que le mantenía disponible y del cual veló celosamente contra el general pragmatismo, lo cierto es que para "ponerse a la tarea" necesitaba cada vez la demanda social manifestada en la presión de los amigos y relacionados más obcecados en hacerle retomar la pluma. Su "pereza", de la que nos habla medio en broma y medio en serio, era la resistencia pasiva que sólo adquiere sentido aquí, bien apreciado el volumen de su producción completa en medio siglo, si se la mira como posibilidad creativa al acecho de su absolución social, como el provocador-provocado. Quedaron consignadas en recuerdos de terceros varias anécdotas alusivas a tales amistosas coacciones. El mismo, en una carta, se refiere así a la redacción de *Blanca:* "—La tal "Blanca" no fue sacada a la luz por compromiso, sino por fuerza y violencia. Casi fue una emisión clandestina... resulta que, por allá en octubre del año próximo pasado, se me ocurrió explanarle el argumento a Mariano Latorre, una noche que dormí en su casa. Enterarse él del enredo y determinar que tenía que escribírselo para "El Montañés", todo fue uno. Al día siguiente ya estaba el Gabriel Latorre... en la hebra. Tener a Gabriel en la nuca es tener a la cananea

y al hombre de la lora en un mismo cuerpo. Se me sentó en casa, y no salió hasta que me arrancó a "Blanca" de las entrañas".[1]

Y, en cuanto corresponde al alumbramiento de *La Marquesa,* recuerda cómo fue también requerido tenazmente por algunos familiares.

Su primera novela, *Frutos de mi Tierra*, nació de la voluntad de probar su tesis sobre la viabilidad de la obra novelesca con materiales autóctonos.[2] Según consta en su caso, lo primero fue la "teoría" —generalización de una apetencia primaria, si se quiere— y, apenas suscitados así el impulso en sí mismo y las expectativas en el medio cultural (muy circunscrito, pero activo), aventurarse en la escritura propiamente dicha. Hablar aquí de inhibición sería superficial e impropio. Quizá este rodeo, que traduce la dialéctica de la imaginación creadora en sociedades colocadas en situación de anacronismo respecto de las dominantes o más maduras que en la época coexisten con ella, se imponga en contextos tan ilusionistas y distorsionados como el nuestro, para la concreción de la escritura fundadora (no faltan otros ejemplos, como serían el de la Alemania de Lessing, Goethe y Schiller, y el de la Rusia de Pushkin, Lermontov y Gogol). Y ello no tan sólo entre los pioneros, cuyo encumbramiento a la dignidad de "clásicos" dependerá, en estas culturas en agraz, antes de la ejemplaridad de su proyecto creativo en sí mismo que de la eventual validez de su obra a escala universal. Lo propio ocurrirá con sus continuadores, pues lo conquistado una vez por aquéllos —cierto grado de lucidez conceptual ante la obra en curso— no ha de perderse ya, aunque se lo reprima, a riesgo de languidecer en un espontaneísmo trivializador y ciego. En América Latina, bañada desde el principio en las lustrales corrientes del pensamiento occidental, la literatura evoluciona escoltada por teorizaciones más o menos generosas, más o menos justas, mejor o peor nutridas filosóficamente, pero siempre reveladoras de la peculiaridad aludida: antes la idea abstracta —y polémica— de "lo que hay que escribir" (y en un sentido más conscientemente intelectual que la idea de la mesa en la mente del carpintero), luego la obra vislumbrada.[3] Paulatinamente, y con mayor

[1] Cf. Carta a Maximiliano Grillo, abril 21 de 1898. Obras Completas, Madrid, Epesa, 1957, págs. 2159-2160. También, Obras Completas, edición primer centenario, Edit. Bedout, Medellín, 1958, página 755, segundo tomo.

[2] El propio Carrasquilla, en su esbozo autobiográfico de 1915, recuerda el hecho: "... Tratábase una noche en dicho centro de si había o no había en Antioquia materia novelable. Todos opinaron que no, menos Carlosé y el suscrito. Con tanto calor sostuvimos el parecer, que todos se pasaron a nuestro partido; todos a una diputamos al propio presidente como el llamado para el asunto. Pero Carlosé resolvió que no era él sino yo. Yo le obedecí, porque hay gentes que nacen para mandar. Una vez en la quietud arcadiana de mi parroquia, mientras los aguaceros se desataban y la tormenta repercutía, escribí un mamotreto, allá en las reconditeces de mi cuartucho. No pensé tampoco en publicarlo: quería probar, solamente, que puede hacerse novela sobre el tema más vulgar y cotidiano" (Obras, Epesa, Madrid, página XXX).

[3] Pocos casos formalmente análogos habría en el ámbito europeo, aunque bien precisados y a mayor escala. Uno, el de la proclamación del Naturalismo por Zola y sus seguidores; otro, el del Surrealismo, con los "manifiestos" de Bretón y su constante labor doctrinaria. Pero en ambos se trató de algo radicalmente diverso: desde el interior de una tradición madura, segura

evidencia desde los años treinta, la praxis narrativa ha venido proliferando y robusteciéndose sin previas justificaciones teóricas (como empezó a suceder también en Alemania con los herederos de Goethe, y en Rusia con la irrupción de Dostoievsky).

Las novelísticas germana, eslava y latinoamericana, a diferencia de la inglesa, la francesa, la italiana, surgen en el caldocultivo de las controversias ideológicas. De ahí el que, al menos en sus inicios, aparecieran tan "comprometidas": *Nathan el Sabio* (Lessing) y *Wilhelm Meister* (Goethe); *La hija del Capitán* (Pushkin), *Michael Kolhaas* (Kleist)...

A sus actuales lectores, la narrativa de Carrasquilla nos agobia con la omnipresencia de una religiosidad ritualista y estrecha, cuyo "reflejo" literario llega a parecernos realmente obsesivo. Sus niños y mujeres de máximo relieve suelen sufrir —a veces con características de delirio— la manía religiosa, de la que sentimos fluir una culpa sin nombre que acabará dando el tono a los relatos más concentrados: *Entrañas de Niño, Rogelio, San Antoñito, Dimitas Arias, Ligia Cruz, Grandeza*... Estos niños y estas hembras histeriformes, cuyas atormentadas conciencias han interiorizado y metamorfoseado la represión difusa (estructural) de aquella sociedad patriarcal en lenta crisis, son posesos de una catolicidad que bien merece el apelativo de barroca. Sus destinos se consuman en esa beatería profundamente negativa —anticipo de la muerte y, al propio tiempo, ilusoria prefiguración del "más allá" prometido en el dogma—. ¡Cuántas veces, en casos como los de Dimitas Arias o Bárbara Caballero —en sus postrimerías—, los vértigos piadosos del personaje nos provocan una como náusea de sordidez! Sin embargo, desde fuera, el escritor repudia la faz supersticiosa y mecánica de tal credulidad. Pero lo hace en nombre de la fe "verdadera" en cuya perspectiva él se ubica, sin duda. Habla de Yolombó, en el capítulo V: "En cuanto al cumplimiento del Decálogo, les importa tanto como las nubes de antaño. El amor a Dios, el sentido ético del cristianismo; los dogmas y la filosofía de la Iglesia, no entraban para nada en esas almas, arrulladas en la ignorancia y en la indiferencia... Los curas echaban, de cuando en vez, alguna prédica, farfullada a la diabla; y los oyentes, lejos de aprovecharla, sacaban de ella algún error garrafal, mucho más pernicioso que su misma ignorancia. Leían el evangelio de la misa, con sonsonete y gangoseo, y los fieles se dormían. El

---

de sí, autoconsciente, alguien se impone una empresa narrativa o poética destinada, a su juicio, a alterar en forma decisiva el curso de la misma. Su doctrina, notoriamente con respecto al ciclo narrativo de *Los Rougon Macquart*, cumplirá un doble objetivo: abrirle paso entre la opinión pública local y mundial a unas hipótesis de trabajo literario presuntamente científicas, y esclarecerle al propio escritor innovador la estructura y las virtualidades de su proyecto. Allá no se trataba pues, como aquí, de descubrir en despoblado, sin puntos de referencia ni antecedentes, la senda de una literatura posible, sino de enriquecer con nuevas variantes un proceso de suyo venerable y altamente productivo.

catecismo lo enseñaban de memoria sin explicar lo más mínimo; y las gentes lo repetían como el loro; y como el loro rezaban las oraciones, en las casas; y como el loro las enseñaban las pocas madres que en ello se ponían... Comulgaban por precepto, y era de rigor que ese mismo día abriesen nueva cuenta, con alguna bien gorda. Doña Rosalía, la dama piadosa, nacida y criada en la tierra de María Santísima, comulgaba como quien toma un vaso de agua; oía la misa como si presenciara alguna pantomima; no conocía siquiera el ordinario ni otras oraciones al caso. Aunque sabía leer, jamás abrió un devocionario".[1]

La distancia es más reflexiva en este pasaje del capítulo VII, en el comentario a la admiración mágica despertada por la joven Bárbara entre sus parientes y socios: "Por espacio de cuatro años entró en colas con las utilidades de Don Pedro. Fueron ellas tan cuantiosas y siempre tan sostenidas que todos tuvieron por cierto que a la joven la asistía algún agente especial de la fortuna misteriosa; y Don Pedro acabó por ver en su hija algo así como un talismán, en carne y hueso; una mascota, que dijeron después. La cosa era demasiado lógica, en aquella época de supersticiones y de monomanía por lo sobrenatural; fuera de que los mineros, por su misma profesión aleatoria, son ilusos, soñadores y hasta fantásticos, como lo son los guaqueros, los tahúres y cualesquiera otros que persigan el vellocino de oro...".

No conozco ningún otro autor narrativo en América ni en España, ni siquiera entre los más arcaicos, aun anterior a Cervantes —y dudo de que pudiera ser hallado en alguna de las grandes tradiciones literarias antes nombradas—, en quien el elemento religioso involucrado, de la primera a la última de sus obras, ofrezca tal relevancia, así fuese tan sólo en el plano de la anécdota. Desde *Simón el Mago,* cuyo infantil protagonista quiere volar a "la región", desde el solar de la casa, gracias a la repetición de la fórmula cabalística, "no creo en Dios ni en Santa María", hasta la despedida de *Hace Tiempos:* "Gloria a Dios en las alturas".

Sobre todo la falsa religiosidad bajo la que tan mal se encubren los más vulgares intereses de gente incapaz aun de asumirlos y de reconocerse en ellos sin esa mala conciencia que le viene de una sociedad visceralmente insegura de lo que llama sus valores. He aquí lo que, al cobrar dimensiones de "sistema" para toda la obra carrasquillana que, bien mirada, configura un ciclo compacto e internamente muy diversificado, implicaría una de las vertientes de su *realismo,* tan prolífico en esos dramas intra-familiares que hacen de esta narrativa algo cualitativamente superior al mero costumbrismo de quienes la precedieron. No faltan los desenlaces trágicos: en *Grandeza,* la muerte en duelo de "Chichí", hermano de Magola; en *Blanca,* el ahogamiento accidental de la niña; en *La Marquesa,* la demencia de Bárbara Caballero. En tales casos, aunque más inmediata y explícitamente, inclusive a nivel de

[1] *La Marquesa de Yolombó,* cap. V. Edición crítica del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1974. Las citas de la misma obra que en el presente estudio se hacen, provienen de dicha edición.

argumento, en *Luterito* y en el farsesco *San Antoñito*, la problemática religiosa (mezclada con la política en aquél, y con las ambiciones eclesiásticas de las pobres beatas, en el último) es al fin el ingrediente indispensable de la atmósfera moral en la que germinan las respectivas historias. Al mismo tiempo, esta ideología *es materia protoplásmica y esencial entre las pocas con las cuales Carrasquilla ha construido la subjetividad (psicología) de prácticamente todos sus personajes principales y secundarios.* Esta dimensión de su método, de su "imaginario", generadora de un estilo en el sentido propio del término, hay que entenderla y valorarla de entrada, si no se quiere permanecer en la superficie, a menudo anacrónica y algo repelente para nuestra sensibilidad formada en otras circunstancias, del vasto y muy orgánico *opus* carrasquillano. No podían tampoco ser ajenos a su coherencia, a su legalidad interna, el humor ni la campechanía de su prosa. Ya sabemos lo que sobreviene a Carrasquilla cada vez que pretende salirse de estas coordenadas de su comportamiento literario para hablar "en serio", como se dice, o "conmover" en forma lírica: se precipita en la cursilería. Ello le sucedía hasta en la correspondencia. En tal sentido resulta proverbial su emocionada descripción del poeta bohemio Julio Flores en carta que desde Bogotá le escribe a Francisco de Paula Rendón, el 2 de diciembre de 1895. Su "temperamento" (palabreja que alude al acento vital de una cierta ubicación en la trama del mundo) tendía a una espontaneidad épica, integradora entre lo colectivo, antes que antagónica. Cada vez que habla con nostalgia o con orgullo de "mi gente" y "mi parroquia", y exalta las virtudes del estado llano y el regodeo en el anonimato, obedece a esas hondas corrientes de su yo artístico. De donde el que a su alrededor, cualquier cosa le pareciera materia narrable, aunque no siempre procediera en consecuencia. Pero, si seguía su instinto, la anécdota o el chisme se le crecía, desenvolvía en él su dialéctica latente, pasaba pronto a la dignidad del episodio, y luego podía desplegarse en el relato articulado. Tal es por lo demás el fluido esquema según el cual se organizan y florecen en texto narrativo las ricas relaciones multilaterales del épico genuino con su pueblo.

El chisme, motivo de que tanto se haya malentendido a Carrasquilla porque, en efecto, la garrulería de sus comadres parece desbordar con frecuencia la propia pericia configuradora del novelista, *adquiere así su verdadera función estructurante. O sea, estilística.*

Pues, a fin de cuentas, ¿qué es el *chisme,* sino aquello íntimamente social que la meditación heideggeriana identificara como "rumor" y "habladuría"? Forma de evasión de cada uno en el "se" de lo impersonal —lo colectivo enajenado—. Un perpetuo hurtarse a la responsabilidad de ser sí mismo, de encarar posibilidades efectivas.[1] El intercambio positivamente humano se ve escamoteado en la chismografía de modo más o menos análogo a lo acontecido

[1] De tales esguinces deriva la culpa, en el mismo sentido heideggeriano. También estas ideas, tan "puramente filosóficas", tan "abstrusas", son susceptibles de fecundas aplicaciones literarias.

por las vías de la religión y el mito, aunque ya degradado como valor intelectual y ético. En el chisme se expresa un falso interés por el prójimo, al que allí siempre se juzga en abstracto y sobre seguro, de donde proviene su proclividad natural a la maledicencia. Su negatividad vacía. Pero como hecho de lenguaje y como actividad, consume tiempo vivido, por lo que el sujeto chismoso se convierte en una conciencia atareada. Acción de hombres entre hombres, el trabajo real confiere a nuestro tiempo su sentido y lo colma. El chisme prolifera en la temporalidad hueca y hostigante de la provincia y de los grupos típicamente parasitarios: las viejas cortes, los clubes y "mentideros", los "costureros" o sanhedrines de mujeres ociosas... En fin, allí en donde siempre "sobra" el tiempo y hay que "matarlo" —porque, si no, ciertamente él nos mata—. El chismoso no es que sea "malo". Es apenas incapaz de romper por sí solo, sin apoyarse en relaciones verdaderas (amor, trabajo productivo, etc.) el cautiverio en donde se banaliza y adonde ha caído sin advertirlo siquiera: ese tiempo-cascarón o tiempo-burbuja, a través de cuyas paredes sólo divisa fantasmalmente el universo movido por pasiones reales. A despecho de su moralismo, le resulta inalcanzable su propia justificación. Su angustia no es sino el dolor del bien ajeno, o lo que por tal cree percibir.

Por este rumbo desembocamos ahora en otra conclusión inesperada y formulable en dos tiempos: a) Carrasquilla arribó a su escritura plena, hacia 1890, en posesión de una *metafísica* (según lo quería Sartre de todo escritor genuino); b) Nunca explicitada por él, ni conocida a conciencia, sino únicamente velada tras su oficio desde el fondo de sus inquietudes temáticas y formales, es justamente la que sus lectores tendríamos que descifrar en este lenguaje simbólico. Un lenguaje creado de manera desconcertante (y limitante sin duda, pero sólo a partir de cierta frontera, o sea la que reconocemos como característica de la modernidad) con los dos elementos de aquel anacronismo artificialmente procurado bajo las exigencias coloniales en nuestro continente, a saber: una religiosidad descompuesta en lo que fuera su semántica originariamente universal y progresiva, pues nos llegó filtrada por la Contrarreforma y conchabada con intereses de una dominación imperial que ya se había vuelto cínica; y una sintaxis de la banalidad, concentrada en la chismografía, victoriosa en el rumor de las comadres, mutilación espiritual en suma, generada en la estrechez del horizonte humano dentro de la provincia americana de la que la Antioquia de Carrasquilla llegó a ser el modelo perfecto mientras a escala nacional no fue cuestionado el viejo tipo de relaciones patriarcales.

Una metafísica de lo pasado (no "del" pasado, predio de los historiadores, pues ello implicaría una visión que podría abrirse esperanzada al proceso de la historia, una dialéctica). Metafísica para la que el mañana no contaba. Pues el ayer en que está embebido por completo el discurso novelesco de Carrasquilla no es el de "aquí empieza nuestro relato" —aunque *La Marquesa* principie con esta clara ubicación temporal: "Es en los promedios del siglo XVIII"—, ni, desde luego, el fabuloso "érase una vez" de los cuentos de hadas. Esto no significa forzosamente que en el interior de cada novela o relato se carezca de

un devenir referido a su anécdota. Por ejemplo, Bárbara Caballero vive todo un periplo hasta la vejez y la muerte, concibe proyectos, etc. En tales ficciones, tan apegadas a la realidad regional de Antioquia, se desenvuelve una temporalidad determinada. Si dije que la visión carrasquillana se cierra sobre sí misma desde el comienzo, que ya no añora nada de lo que siga existiendo "por fuera" de ella, es porque pienso que de algún modo, a diferencia de otras escrituras novelísticas no menos definidas, la del autor colombiano se desentiende de lo que pudiéramos llamar un porvenir histórico. Sólo en *Frutos de mi Tierra* y en *Grandeza* emergen fenómenos sociales y mentales que correspondían a una actualidad todavía en curso, lo que no sucedía con la del Yolombó del siglo dieciocho, ni con la del Orofino o el Medellín del diecinueve. En *Frutos* se trata del egoísmo del lucro, con cierta dosis de extremismo naturalista, y en *Grandeza* se expone esquemáticamente el drama del arribismo social a finales del ochocientos y principios del novecientos. En ambos ejemplos nos hallamos con situaciones surgidas de un capitalismo comercial recién nacido. Pero Carrasquilla no ve muy lejos en esa dirección. Las dos novelas culminan en tragedias familiares que insinúan su moraleja: no es posible infringir impunemente las saludables normas provincianas. Ni siquiera la "liberada" Magdalena Samudio, buena lectora, espíritu crítico y relativamente avanzado, logra despegarse de ese magma viscoso de la tradición. Como siempre, aquí también las convenciones religiosas juegan su papel. También el melodrama.

No olvidemos que en mitad de la década 1930-40, tan efervescente y promisoria para Colombia en todos los órdenes (reformas agraria, constitucional, laboral, universitaria, ascenso del gaitanismo, despegue industrial), en semejante coyuntura el viejo escritor declara al término de *Hace Tiempos,* novela de "la Antioquia que fue": "Las inquietudes de la actualidad no me inquietan; los trastornos no me trastornan... Sé que sobre este mundo que se agita, está el reino infinito de las almas; está Cristo".

Treinta años antes, en carta del 29 de octubre de 1906, le confía a Grillo, con su entonación inconfundible: "¿O será que ya no sé lo que es lo viejo ni lo nuevo?" Esto va en igual sentido, el de la vivencia de una temporalidad enquistada que, al menos en principio, no es aquella tan profunda a la que llaman intemporalidad. Ese compromiso pre-consciente con "lo" pasado, que es también un vértigo emparentado con la muerte, a duras penas podemos imaginarlo en un ámbito cultural que no fuese el colombiano, tan moroso, tan refractario al cambio. Difícil, v. gr., concebir nada tan opuesto, en ritmo y perspectivas, como la novela de la revolución mexicana, antes del año 30, y lo que escribieron los colombianos por entonces, incluida *La Vorágine.* Argentina transitaba por lo que luego se conocería con el nombre de novela urbana, es decir, una novelística liberada de lo vernacular y campesino, vuelta hacia los problemas del industrialismo y comprensiva de una vasta clase media citadina; y en Brasil sucedía lo propio desde el original Machado de Assis, por lo menos.

Todo lo que en la caudalosa evocación de Carrasquilla tiene que ver, obra tras obra hasta el colofón del gran ciclo, con aquella "Antioquia que fue", queda hipostasiado por su metafísica. No tenemos pues ahí un pasado corriendo hasta alcanzarnos para dejarnos luego atrás, sin detenerse. No. Es apenas el ayer fijado y pulido como objeto, aunque, si lo tomamos de cerca, lo sentimos latir como una cosa viva. Tan viva como el arcaico microcosmos de *La Marquesa de Yolombó,* o de la primera parte de *Hace Tiempos.*

La paradoja histórico-literaria en el caso de Carrasquilla estriba en que, a contrapelo de una escritura fundada en el anacronismo de tal cosmovisión, aporta unos valores específicamente novelescos de singular trascendencia en el rezagado panorama cultural colombiano. En consecuencia, esta obra constituye un acontecimiento progresivo. Lo afirmé en otra parte: obras como *La Marquesa de Yolombó* y *Hace Tiempos,* basadas en la reconstrucción de formas de vida alejadas en el pasado nacional, eran aún a la muerte de su autor, a fines de 1940, máximos logros de la prosa narrativa colombiana.[1] Las limitaciones que el lector educado en la actual novelística latinoamericana percibirá en esta forma de escritura no han de ser de ejecución ni de "talento", sino histórico-objetivas en sentido estricto. Simplemente, nuestra sensibilidad y nuestro mundo están en otra parte y presuponen otras estructuras.

¿Por qué, entonces, leer hoy a Carrasquilla? Para lectores surgidos de tradiciones literarias más tempranamente despiertas a las complejidades y los ritmos de la vida urbana, y más vertiginosas que la de Colombia, inclusive en nuestro continente —México, Argentina, Brasil—, la exploración de la narrativa de Carrasquilla podría quizá en principio atribuirse a una curiosidad arqueológica o meramente investigativa. Sin embargo, el arte literario le saldrá al encuentro desde las líneas iniciales, por el tono, por la sabiduría expresiva, por las tensiones de un estilo único en nuestro idioma. Porque la dimensión testimonial y sociológica no es a la postre sino el esqueleto de la obra de arte.

Cuando se consagra al proyecto de *La Marquesa de Yolombó,* se halla en el cenit de su parábola intelectual, no obstante tramontar ya los 66 años, edad que para la mayoría de la gente significa la ancianidad y la fatiga, aun en nuestra época, en que el promedio de vida útil continúa ampliándose y los recursos de la ciencia permiten conservar una salud satisfactoria durante la misma vejez.[2] En el vigor primitivo, la abundancia y la honda conformidad del narrador con

[1] Cf. *Tomás Carrasquilla en "Hace Tiempos"*, editorial La Oveja Negra Ltda., Medellín, 1977.

[2] Y cuenta 76 cuando en 1934, ciego, inicia el dictado de *Hace Tiempos.* Después de operado de cataratas, pudo volver a ver.

lo colectivo, en cuya corriente se zambulle sin escrúpulos de esteta, pulsamos la contextura épica de Carrasquilla.

El estímulo para escribir "algo sobre Yolombó y su marquesa" hundía sus raíces emotivas en la infancia, pues entonces escuchaba tales crónicas a su bisabuelo Martín Moreno —modelo de Taita Moreno—, quien cumpliera 97 años cuando el niño llegaba a los once, o sea hacia 1869. El viejo prendió en la imaginación del bisnieto la curiosidad por la borrosa historia de la provincia que antaño gozara de su mayor esplendor gracias al legendario marquesado. Después otras personas, dos tías y Don Basilio Ceballos, le transmitirían lo suyo y le allegarían pistas nuevas en la ruta memoriosa trazada por el bisabuelo. Las cosas tampoco quedaron en ese punto de simple referencia, pues su abuelo materno, Juan Bautista Naranjo, fallecido en 1896, año de la edición en Bogotá de *Frutos de mi Tierra,* desde algún tiempo atrás le había instado a novelar aquello, en homenaje a los antepasados familiares y a la propia Antioquia.

En el prólogo a su novela, Carrasquilla alude a la tradición oral como a la principal de sus fuentes, y precisa: "Todas estas últimas circunstancias, así como alguna parte de los sucesos que pretendemos referir, se conocen por tradición verbal únicamente. Sobre ellos nada se ha escrito, que sepamos, al menos; ni existen tampoco, por acá, archivos ni cosa tal en qué documentarse lo más mínimo. Todo el papelorio oficial, lo mismo que los libros parroquiales del antiguo Yolombó, desaparecieron como celajes del ocaso. Algo de ellos debe existir en la ciudad de Antioquia, en Bogotá, en la misma España. A esos tres "algos" debe acudir quien pretenda escribir la historia verdadera de esta población. Cumple a nuestro intento las muchas referencias que de viejos —y muy especialmente de viejas— hemos oído y acumulado. Así es que en este escrito "La verdad... queda en su lugar", como dicen nuestros campesinos".

En carta que escribe el 7 de mayo de 1939 a Ricardo Moreno Uribe, once años después de publicado el libro y a escasos dos de su muerte, Carrasquilla será más explícito: "... En mi pueblo de Santodomingo, y en casa de mi abuela, solían reunirse todas esas viejas a contar y a comentar cosas de Yolombó, y yo, con esa sopería con que Dios me dotó, las oía extasiado. Luego, ya mozo, hecho y derecho, tuve la dicha de oír a su tía Rudesinda, que fue un archivo y una delicia. De ella y de mi tía Nicolasa tomé yo las coplas y jácaras que en el libro saco. De éstas, unas las conservaba copiadas, y otras en la memoria. ¡Tánto las oí! Mi abuelo Naranjo, sin haber sido testigo presencial de esos episodios, vivió enterado en todo y por todo; era viejo inteligente, erudito y de mucha lectura. Tenía una memoria tan prodigiosa que se sabía a Cantú de pe a pa y todas las guerras y gestas nacionales. Varias veces le insinué la idea de que escribiera sobre esas cosas, y siempre me decía que escritos de chambones no merecen la pena de leerse y mucho menos de publicarse y que él no tenía facultades ni propiedades literarias. Me encargó, eso sí, que ya que yo me había metido a novelista, novelara algo sobre

Yolombó y su marquesa. Muerto el viejito, pensé cogerle el consejo por honrar su memoria, pero siempre tropezaba con mil dificultades, aquí donde no hay archivos ni papeles públicos. Al fin, venciendo mi pereza ingénita, di a rebuscarme por aquí y por allá, y por cualquier parte. No fueron pocos lo libracos y viejos que he tenido que consultar. Comprendí al fin que si no estaba documentado para escribir historia seria y auténtica, bien pudiera estarlo para una leyenda o cosa así. De allí el tal libro".[1]

La obra fue publicada primeramente por entregas en el diario (antes semanario) "Colombia", en Medellín, entre junio de 1926 y febrero de 1927. La "edición príncipe" es de 1928 (Medellín, librería Antonio J. Cano). Se han realizado once ediciones distintas, incluida la del Instituto Caro y Cuervo en Bogotá, en 1974, lo que indica la renovada predilección por esta novela entre editores y lectores.

El público de 1928 la recibió como se le daba, esto es, como se recibe una historia imaginaria que fija sus propias pautas respecto de la realidad ordinaria. En rigor, ella es incomparable como tal y su verosimilitud novelesca es su prueba decisiva. Si ingresamos en su juego, por el poder de su lenguaje, al conjuro de su forma, nos convertimos en cómplices necesarios del autor. En esto radica su eficacia. Se dirá que en lo allí contado, la impresión de verosimilitud no constituye sorpresa, puesto que la marquesa criolla existió "realmente", como su Yolombó con las minas, los negros esclavos, las juras al nuevo rey de España y sus festejos de perfiles medievales. Pero, según vimos, Carrasquilla advirtió que no pensaba en escribir "historia seria y auténtica", sino cuando más "una leyenda o cosa así". Esa "historia seria y auténtica" ¿hubiera sido más convincente, ilustrativa y *legible* que la novela? ¿Acaso se dio entre los historiadores profesionales un recuento de la invasión napoleónica a Rusia en 1812, más vivo, estremecedor y *verdadero,* que la epopeya tolstoiana? Así renace la cuestión a la que se refirió Dostoievsky cuando dijo que la realidad empírica suele parecer más fantástica que la ficción literaria. Vale decir: la anécdota, como materia bruta de la vida cotidiana, en determinado momento puede tornarse insólita en contraste con el aparente caos de la espontaneidad vivida. Para postularla válidamente hay que articularla en un contexto narrativo que le confiera credibilidad mediante un ordenamiento sintético de los datos del acontecer ordinario. Tan sólo así destacará el acontecimiento como estructura de sentido.

El diseño general de la obra descansa en las relaciones de las dos familias dominantes del lugar: los Moreno, cuyo tronco es el pintoresco José María, el Taita, "El Sevillano"; los Caballero, descendientes de Don Pedro, aragonés de origen y quien vino a Yolombó como regidor mayor y capitán de guerra, con su mujer, Rosalía Alzate, "La Sevillana". La construcción no es compleja,

[1] Cf. Obras Completas, edición centenario, Medellín, Bedout, 1958, tomo segundo, págs. 811-12.

pues Carrasquilla suele disponer con la máxima sencillez sus historias, ya se trate de cuento, novela corta o libro de mayor aliento. Su imaginación se aplica más al nivel del diálogo y en el descomplicado despliegue descriptivo de actitudes, fisonomías, ambientes, todo ello adobado a menudo con lo que en su época llamaron "color local" —del que abusaron Pereda y sus imitadores, mirados con desvío por Carrasquilla—.

Los personajes de primer plano son, sin lugar a dudas, el ruidoso Taita Moreno, Bárbara Caballero, la negra Sacramento[1] y, luego, Fernando de Orellana, burlador de la marquesa y figura que, a pesar de su importancia estratégica en el reparto de la tragedia final, no convence tanto como aquellos otros. Ni siquiera iguala en verosimilitud psicológica a personajes secundarios tales como Antonina Moreno, sobrina de Bárbara, Don Pedro, padre de ésta, o María de la Luz, hermana mayor de la misma Bárbara —y a quien habrá que volver, dado su interés como figura portadora, en el polo negativo, de la ideología profunda del escritor—. El supuesto Orellana ofrece en verdad los rasgos ilusionistas (no *realistas*) de ciertos fantoches de telenovela. Desde nuestro punto de vista no es posible tomarlo de otro modo. ¿Se incluía en la "historia auténtica" de la Marquesa dicho episodio, presidido justamente por un sujeto de la calaña del Orellana de la novela? Lo ignoramos. Mas admitamos la respuesta afirmativa... Entonces, algo falló en la elaboración de la subjetividad del personaje. Pienso que tal deficiencia en buena medida se relaciona con la muy teatral comparsa asignada a Orellana en sus dos "servidores", quienes además resultan a poco siendo sus amos camuflados de lacayos. En especial el "malo" Ginés, a cuya prosopografía, o descripción externa, tampoco le faltó el ingrediente ogresco y patibulario del malandrín prototípico.[2]

Es que, de contera, en lo imaginario carrasquillano, y de forma ostensible en las novelas propiamente dichas, hubo siempre proclividad a los finales melodramáticos. En el panorama de la narrativa hispánica del siglo XIX y hasta el primer tercio del veinte, ese hecho fue casi unánime, en buena parte quizá por una mala asimilación de la estética naturalista. En el contenido Flaubert, o en el torrencial creador de *Los Rougon,* el asunto era muy otro. Pero tómese ahora no poco de Galdós, Trigo y Pereda, de Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Baroja, Valle-Inclán, Blasco Ibáñez, y aun de Valera y de Unamuno. De sus imitadores de allá y de acá, ni hablar. Después de todo, Carrasquilla forjó su estética según las ideas generales de su tiempo. La novelística rusa, cuyas primicias en castellano él fue conociendo más o menos desde mediados de la década final del diecinueve, por mucho le daría un punto de referencia no muy claro todavía en contraposición a lo mejor

[1] Las criadas negras o mestizas, Frutos, Sacramento, Cantalicia Zabala, etc., son de mucho relieve en la obra de Carrasquilla.

[2] En la versión realizada para la televisión colombiana en 1978, los rasgos ilusionistas de Orellana y sus compinches se ajustaron fácilmente a los imperativos comerciales del libreto.

conocido y culturalmente afín, como era todo lo español. En particular Dostoievsky pudo haber confundido aquí a algunos en esa misma dirección, debido a sus ocasionales aunque patentes esguinces folletinescos (de joven, él bebió lo propio en Eugenio Sué).

Son melodramáticos los desenlaces de *Frutos de mi Tierra, Grandeza, Blanca, Dimitas Arias, Entrañas de Niño, Salve Regina, La Marquesa*... Unos más que otros. Casi todos concluyen con tales trémolos piadosos, que los respectivos pasajes parecieran sacados de alguna antología edificante. La única razón de que aun a regañadientes acabemos aceptándolos en nuestra incoercible libertad de lectores —que bien pudiéramos usar negándonos a seguir el texto íntegramente—, no proviene de nada más que de la necesidad interna con que la maestría del autor nos los impone.

Las relaciones de Taita Moreno con los que le rodean discurren en dos planos que jamás llegarán a entrecruzarse o confundirse. De un lado, con su parentela, caprichoso, festivo y cínico. Del otro, con el pueblo, comenzando por su criado negro, Benedicto, su "sastre y camarero mayor", el más crudo paternalismo de cepa feudal, entre despótico y permisivo. Entre ambos polos el escritor va mostrándonos diestramente las tensiones de un comportamiento vivísimo y una personalidad memorable. Es éste un *personaje,* en el sentido ortodoxo del término, "de carne y hueso". Con él ha creado Carrasquilla una especie de pícaro señorial y rumboso, menos perverso que buenavida. Lo repito, esto ya no tiene nada que ver con lo que denominaron costumbrismo en nuestro medio. Es demasiado imaginativo y autónomo para dejarse encerrar en tales categorías.

Con Taita Moreno se da otra vez el "mejor" Carrasquilla, el más perdurable, aquel que siempre se nos ha prodigado en cada una de sus figuras populares. Es ahí donde el escritor surge entero, con el tono que le corresponde: sonreído, agudo y caudaloso, épico genuino en lo esencial. En *La Marquesa,* desde luego, abundan los pasajes citables al respecto, directamente alusivos a Taita Moreno, o a otros personajes y circunstancias.

Su aparición en escena, en el segundo capítulo, cuando llega a casa de María de la Luz tras una de sus célebres encerronas alcohólicas, durante las cuales sólo se deja ver y hablar de Benedicto, es la de un Mefistófeles dieciochesco, enteramente: "... Bien adobado y mejor comido, se bota a la calle, muy campante y plantadote. Aunque setentón, trata de empinarse y hasta se empina; aunque desdentado y sumido de carrillos, aún lucen sus ojos, casi negros, unos vislumbres juveniles de honda picardía. Es alto y cenceño, no muy arrugado, y sus facciones enérgicas aún dan fe de lo que esa cara pudo haber sido en sus floridos años. Negrean sobre el cabello albo el sombrero al dos y el lazo mariposil de la coleta; rompe paño de San Fernando, ala de mosca, en un terno más para corte que para cortijo. La chupa, ornada de presillas negras y de botones de plata, ciñe el talle y vuela en los muslos, que ni una flor que se abre; el chaleco, con dos relojes, cadena y colgante

sello, baja hasta el tapabalazo del calzón a la rodilla; las nevadas medias hacen resaltar el zapato punta de lanza, con tamaña hebilla; luce en los puños vuelos de sutilísima holanda y en el cuello una chorrera, toda rizos, ondas y espuma; en fin, lo que se llama un viejo majo. El cual se apoya en un bastón que remata en una bola terráquea, con mares argénteos y continentes áureos. Esta pelota y una carta de España, a la agüada, vuelta un cochambre por las moscas y una criba por las cucarachas, que decora la oficina de alcabalas, son todos los mapas que en Yolombó se conocen".

Carrasquilla lo describe con placer, sin ocultar apenas la complicidad moral y estética con su creatura, regodeándose muy a propósito en este elegante arcaísmo verbal. La prueba de amor y desengaño seniles a que le somete a la altura del capítulo IV, es todo un episodio tragicómico que, naturalmente, le llevaría a otra de sus cuarentenas alcohólicas. Su grotesca pasión por Silverita Villaciento se malogra por la rebeldía de la muchacha, contra la cual se estrellan sus padres aparatosamente. Honestos labriegos que se avergüenzan con Don Chepe, de quien habían recibido ostentosos regalos, onzas de oro inclusive, no conciben tamaño envolate sino como trama del demonio en persona. Doña María Engracia decide ir al pueblo a contarle a Don Chepe la complicada intriga del derrumbe del compromiso en donde, según ella, Lucifer estuvo involucrado. El viejo la oye, sorprendido al principio, escéptico enseguida, sarcástico luego. Finalmente explota en el punto en que ella promete devolverle el dinero que él les obsequiara:

—"¡No sea indecente! ¡Guárdese sus onzas que nada me debe! Y dígale al hidepú de su marido que no sea calzonazos ni sinvergüenza.

—"Tampoco nos ultraje de esa laya, Don José María! (volviendo al llanto). Aunque pobres y remendados, semos bien nacidos y nobles: con nada ajeno nos quedamos ni andamos en boca de nadie.

"¡Dios libre a Doña María Engracia de los ojos desorbitados y de la cara desencajada de Taita Moreno! ¡Líbrela de aquel cuerno de la abundancia que le vierte encima! Para la nobleza de los Villaciento, para las Tres Divinas Personas, para la vajilla sacramental, alcanza, y sobra con qué pavimentar a Yolombó enterito...".

Superado el soponcio y huida de aquel antro, Doña María Engracia deja en sus conclusiones al vejete con su hedor de azufre y reivindica a Silverita, a su querida "Secaleche": "(...) desde que le había clavado el ojo perverso, en el atrio, le habían sobrevenido, a la pobre, los sustos y las alarmas: desde que el viejo había visitado la casa habían resultado las desavenencias entre los hijos; desde que habían entrado a la casa esas ropas, contagiadas de diablura, habían resultado las desobediencias, la rebeldía y los pecados. ¡Ni porque la mataran las usaría! Pues, ¿y esas joyas condenadas? ¡Qué horror! En esa riqueza, tan alucinante y tentadora, estaba el maleficio supremo y las argucias del Enemigo Malo en un embrujo de oro y pedrería. A la Secaleche se las habían puesto y de ahí venían los revuelcos, los alaridos ferósticos, el aruñarse la

carita, el arrancarse los cabellos, el proferir palabras arrogantes y el coger el monte, como animal ahuyentado (...) ¡Ah demonio! Con sólo visitarla y llevar sus regalos hechizados habían llovido las culpas sobre su familia como un azote de Dios. ¡Qué tal que hubiera mandado la vaca parida, tan anunciada! Ya estuvieran apestados y furiosos los otros animalitos. Ni el mismo Rufo estaba libre: de haber guardado esas onzas, algo malo tendría de resultarle...".

Para Silverita, por su parte, "el vértigo cesa y la conciencia le habla". El remate del episodio es una parodia de las antiguas crónicas edificantes: "Los Villacientos vuelven a encajar su vida en los moldes evangélicos y en las serenidades de su obscuridad y, en ese hogar, montañero y labrador, Cristo manda, Cristo reina, Cristo triunfa".

Con entreveros de magia y de auto sacramental ha terminado, pues, la senil aventura de don José María. Más tarde sus hijos, para hacerle sentar cabeza, le arreglan matrimonio con María Francisca Echavarría, muchacha de veinticinco años, despierta y capaz de domar, sin parecerlo, al tremendo Sevillano. Que él bien lo había advertido: "Yo no puedo dormir solo porque me da mucho frío".

Materialmente Yolombó no sería más que un puñado de casas —de tapias, con balcones y entejadas, las mayores; de bahareque, pajizas y escoteras, las del pueblo—, con su plaza, su templo, su estanco, dos o tres calles sumarias y el exiguo camposanto para enterrar de tarde en vez algún difunto. Y, en torno, el indómito paisaje de territorios apenas explorados. Más allá, en los hondones de ríos y quebradas, los burdos establecimientos de las minas de aluvión, uno que otro cultivo y algún camino de ordalía para iniciar jornadas de semanas que llevarán al río grande de la Magdalena y luego a la costa y a Cartagena de Indias, en donde se abordará el velero rumbo a la madre patria. Nada más. Pero en tan poca cosa el imperio y la mirada ecuménica de Su Católica Majestad se reflejan como en una gota de agua. Su rendimiento en oros, diezmos y demás es tan copioso, que merece a largos intervalos la visita de un notable de la capital del Virreinato, o de algún comisionado regio. En cuanto a la densidad interior del lugarejo, es para nosotros toda ella la creación del novelista.

Aquí Taita Moreno es un monarca sin corona, pero con mucho predicamento, aunque la autoridad investida y legítima se llama Pedro Caballero. Con todo y frisar por los setenta y tantos, el hombre literalmente no cabe en el pellejo. Sus amoríos y calenturas, las variaciones abruptas de su genio, su generosidad atrabiliaria, su contradictoria egolatría y la desmesura de sus bromas, hacen del personaje una presencia tan rotunda como pocas se habrán dado luego en las mayores novelas latinoamericanas.

Bárbara Caballero no lo es menos. La íntima predisposición de Carrasquilla para comprender por empatía y configurar literariamente las motivaciones y los matices de la sensibilidad femenina, tal como ella se plasmaba en la

provincia nativa, se ejerce aquí libremente no sólo en la imagen de la protagonista (cuyo temple insinúa cierto androginismo psíquico respecto de lo tenido por típico de su sexo dentro de ese marco cultural), sino también en las restantes mujeres de la novela.

Desde los 16 años ella manifiesta su ambición y sus capacidades y notifica a la familia su anhelo de trabajar como los varones allá en las minas. Tienen que dejarla ir, si bien con la secreta esperanza de que la aspereza del clima, las muchas incomodidades del sitio y la índole de las labores auríferas entre negros esclavos y peones blancos, pronto la disuadirían. De hecho, la historia se abre con este episodio. Con ocasión de las primeras regalías que sobre lo producido le ofrece el padre, fascinado ahora ante las posibilidades de la joven, ésta vuelve a exponer sus motivos de protesta contra la condición subalterna en que una sociedad de varones mantiene a las mujeres. Su lógica implacable es algo jamás oído en Yolombó, y se presiente que una revolución moral es lo que la muchacha está auspiciando sin segundas intenciones: "Ni aun en la casa movemos una paja, porque las negras lo hacen todo. Ahí nos ponen a hilar o a coser cualquier trapo, por matar el tiempo, porque eso ¿qué oficio va a ser para una persona grande, que no sea boba ni loca? Nos crían para ser un tronco de carne, un arnaco inútil. Por eso viven las señoras jugando, a toda hora, y conversando lo que no deben conversar. ¿Pero qué otra cosa van a hacer, las pobres? ¡Es una desgracia ser señora! Para más son las negras esclavas, que para algo sirven (...) ¡Vea si es una desgracia ser mujer! Las mujeres no somos ni aun gente. A las casadas las tienen como animales de cría, como las vacas (...)".

Y así prosigue en su razonamiento, para el asombro de su padre y su cuñado Vicente, analizando la cuestión de lado y lado, remontándose a razones *erga omnes*. ¿Qué no podría discutir, si supiera escribir y leer? Como también a ello aspira, los acosa: "Su Majestad no puede querer que las mujeres de aquí no sepan leer ni escribir, porque eso es una bobada tamaña de grande...".

De pronto, el hilo de su discurso la conduce a formular lo que ella no sabe, que es la premonición de su destino: "Aunque sus Mercedes me dejaran el oro y el moro, ¿qué me ganaba yo, si soy una boba que no sé manejar un medio partido por la mitad? Cualquier almártaga me quitaría la herencia, mientras despabilaba. ¿No dicieron eso los hermanos con las viejitas Castellanos? A lo menos, eso he oído decir" (Cap. II).

Vaticina acerca de sí misma, y lo ignora. Pero el autor y nosotros lo sabemos, ya que el libro está ahí como una verdad conclusa. No obstante, en boca de ella, aquí y ahora, releyendo el texto, sus frases nos perturban. Su fatalismo no es privativo del personaje, en todo caso. Si repasamos otras obras del autor, sospecharemos que ese pesimismo es igualmente suyo y, si aguzamos un poco más la mirada, descubriremos que ahí está otro síntoma de su "naturalismo". Sólo que en él —como lo demás que le compete—, éste se

da en connivencia con lo que los maestros de la escuela naturalista no tuvieron: esta religiosidad englobante que nos atosiga y a veces nos impide justipreciar los valores efectivos del artista.

La dosis de histerismo de sus principales figuras femeninas corresponde a dicha constelación ideológica. Bárbara no es la salvedad. Antes bien, su energía compulsiva entra en el cuadro del comportamiento histeriforme. Su misticismo, que no le impedirá aconsejarse de la negra Sacramento para adquirir el fetiche o "familiar" que le refrende y preserve su buena fortuna, es idéntico en esencia al de la protagonista de *Salve Regina*. Regina se extasía en la admiración de la naturaleza, pensando en su amado ausente, y enseguida se reprocha su "idolatría". Marcial, su novio, es un calavera a quien ella quisiera sacar de su pecaminosa existencia. Ella asocia este recuerdo ardiente al fluir hipnótico de la gran cascada de La Blanca.[1]

Bárbara va creciendo en caudales, saberes y ascendencia, hasta convertirse en la personalidad-eje de la parroquia. Funda escuela para participar a otros los conocimientos de lectura y escritura que se hiciera transmitir de Liborita Layos, conceptuada a su vez por Taita Moreno como "el alma de Yolombó"; racionaliza los métodos de explotación minera; e infunde ánimos a todos con

[1] Su sentimiento culposo por tales contemplaciones solitarias de la naturaleza, cuya concentrada expresión cree ver en la cascada, coexiste con su obsesiva asociación del gran chorro espumeante y "el alma de su novio". El erotismo latente de la situación parece claro. La exaltación religiosa de Regina, en estas precisas circunstancias, hasta podría analizarse como un sueño diurno. He aquí otro de los sub-temas implícitos y recurrentes en Carrasquilla: la difusa represión en la vida diaria de sus paisanos. En sus niños y en sus histéricas, tales presiones ambientales, reproducidas por un sistema educativo fundado en el antagonismo fiero entre "cuerpo" y "espíritu", se resuelve falsamente en el delirio y el arrobamiento piadoso, que el Analista leería como síntomas. Bárbara Caballero entrará en análogos embelesos, como cuando mira hacia el monte misterioso y sueña en confundirse con él, panteísticamente: "Lo contempla con una cosa allá, no sabe si triste o alegre, pero siempre agradable y tan difícil de entender, que la hace pensar, suspirar y estremecerse. ¡Cosa más rara sentir todo eso, por un monte endemoniado! ¡Y si fuera eso sólo! ¿Pues no le daban ganas de volar hasta él, lo mismo que un pájaro y meterse bien adentro? Embrujamientos o tentaciones del diablo tenían que ser estos antojos tan particulares. Y, viéndolo bien, todo lo que salía del monte era como embrujado: esas flores de yedras, tan parecidas a cosas de verdad o a animales; esas bandadas de cotorras y aquellas de pericos, que armaban una chillería tan alegre. Hasta los plumajes que le conseguían sus negritos, y esas guacamayas, de tantos colores casados, tenían su cosa allá, miedosa de puro linda. La tenían, también, de puro fea, las guaguas, tatabras y esos pájaros cenizos que cazaba Sebastián. Pues ¿y los micos? ¡Ay señor! Al verlos salir en montonera, trepar a los árboles, anudarse por las colas, dar tantos brincos y hacer tantas pruebas, con aquellos chiflidos y aquellas muecas tan particulares, no sabía si reírse o asustarse; y pensaba cosas tan sumamente malucas que hasta pecado serían..." (Cap. I). Tampoco aquí, en la ensoñación de Bárbara, escasean las imágenes eróticamente sugestivas ni falta, a lo último, el auto-reproche, la sensación de culpa: "y pensaba cosas tan sumamente malucas que hasta pecado serían". Pero en Bárbara Caballero la inicial imagen potencialmente libidinosa frente a la naturaleza parece ser de signo *masculino*, a diferencia de aquella otra de Regina. La de Bárbara es aquí más bien la metáfora dinámica de penetración en la umbría del bosque, *y justamente bajo la especie de un pájaro:* "¿Pues no le daban ganas de volar hasta él, lo mismo que un pájaro, y meterse bien adentro?". Esta imagen *fálica*, entrañablemente concordante con el carácter "viril" de la protagonista, habla una vez más en favor de la competencia artístico-literaria de Carrasquilla.

su ejemplo. Su monarquismo es pasión devastadora, rayana en delirio. En 1789 los yolomberos juran públicamente lealtad vitalicia al soberano Carlos IV y a su primogénito de cuatro años, Don Fernando, Príncipe de Asturias y futuro Fernando VII. Bárbara concibe la idea de enviar al Infante de España, en demostración de cariñoso vasallaje, un regalo verdaderamente regio: tras de mucho cavilar se decide por encargar a los mejores orfebres y bordadoras un juego de palangana, jarra y bacín, todo de oro macizo, incrustado de esmeraldas y marcado con el escudo de la Casa reinante, fuera de las toallas y paños bordados en hilo áureo y con alamares de la más exquisita artesanía.

Transcurrido un año de incertidumbre por la suerte de la remesa, cae como bomba en estas breñas la real cédula de Su Majestad, por la que se le otorga a Doña Bárbara el título de Marquesa de Yolombó, trasmisible a su descendencia. Allí mismo se ordena a las autoridades del nuevo marquesado proceder a la publicidad del hecho y exigir a todos darle a la favorecida el tratamiento de Vuestra Señoría, o Vuestra Excelencia.

La fama del marquesado y de su opulencia cunde por el virreinato y cualquier día llega el cazador de fortuna en la persona de un individuo apuesto y buen conversador, quien dice llamarse Fernando de Orellana, ser español e hijo de conde. Lo acolitan dos criados que lo siguen como sombras gemelas. Este esbozo se colma en la novela con muchos menudos incidentes, a través de los cuales seguimos familiarizándonos con la cotidianidad local y con las filigranas del presunto aristócrata, aparecido como al azar, con sus documentos en regla y respuestas a flor de labio para las indagaciones posibles acerca de su condición y estado. Inicialmente la Marquesa duda y, al mismo tiempo, resiste a la curiosidad que a su pesar el forastero le inspira. Las mañas del hombre darán por último el resultado previsto entre él y sus comparsas, Ginés y Juanelo. Nos enteramos de que en el trío es Orellana el que obedece y no al revés, como se finge.

El tipo ha de ser proteico y "encantador", como corresponde al personaje demoníaco o mefistofélico, desde las leyendas de Fausto y Don Juan Tenorio hasta el Tentador en *Los Hermanos Karamazov,* y más acá. Mundano, pero incapaz de imaginar negocios tan tortuosos, Taita Moreno es el primer seducido por Don Fernando. Llega el momento en que éste, con cara de circunstancias, le confía a Don Chepe su "secreto": se ha enamorado de Bárbara Caballero a golpe de vista, etc. Pues ha comprendido que el viejo es ineludible contacto para abordar a la Marquesa, y así se cumple.

Despojada de todo —ilusión amorosa y virginidad, tesoros acumulados, salud mental—, ella enloquece. Más tarde, hacia 1827, recupera una razón precaria, ya que su obsesión religiosa y su repudio absoluto de la Emancipación, a la que sobrevive entre su pequeño mundo en ruinas, la convierten en un ser históricamente residual y espiritualmente adventicio.

"Su amor al Rey, lejos de amenguarse con la Independencia americana, se acendra más y más. Esta separación de tantos súbditos rebeldes, encabezada

por la misma nobleza criolla y por tantos sacerdotes virtuosísimos, no la creyera si no la estuviera palpando. Hechos tan inauditos y delictuosos eran señales evidentes de que el mundo se preparaba a la venida del Anticristo... La época era para orar" (Capítulo XXVII).

Hasta su desgracia la contabiliza masoquísticamente en el haber de su salvación. Orellana mismo se le transfigura en mensajero involuntario de la Providencia: "¡Bendito fuera Dios que le había enviado a Don Fernando de Orellana, para arrancarle de las garras del demonio! ¡Bendito fuera ese hombre, instrumento de la Divina Providencia! ¡Bendita esa locura que, al apagarle la razón, había extirpado de su pecho las raíces de tantas pequeñeces, de tantas miserias!" De ese tenor prosiguen sus cavilaciones en el último capítulo. Su muerte beatífica sobreviene entre nimbos de polvosa hagiografía. El olvido, expresado por el narrador al modo romántico, caerá después como bloque sobre Yolombó y su Marquesa: "Por mucho tiempo, en las noches de luna, su sombra se perfila, franca y precisa, en cualquier pared de esa plaza; aparece después un poco vaga; al fin, de ningún modo, porque las sombras de los muertos también mueren".

Lo más opuesto al dinamismo físico y moral de Bárbara, es la patológica desidia de su hermana María de la Luz, casada con Vicente Moreno, hijo de Don José María. Como creación novelesca, dentro de la ortodoxia decimonónica, constituye uno de los aciertos originales de Carrasquilla. Que no son pocos, después de todo: sus niños anhelantes, como arrancados de otra vida y zambullidos en un mundo estancado y malsano; sus solteronas, que se retuercen al borde de la parrilla de sus escrúpulos, entre la mística y el onanismo; sus criadas negras y mestizas; sus damas semi-intelectuales o "magistradas"; el curita Casafús, hito en la narrativa nacional, etc.

María de la Luz es la Mujer-útero. Concibe y pare como los frutales dan cosechas. Su obesidad es el estigma visible de su pasividad y su molicie, pues ella está virtualmente ahogada en su carne, sin otra opción humana que las del juego de cartas y su procaz irritabilidad, únicos actos de afirmación ilusoria que le permite un hogar fabricado como el alveolo para la abeja reina. Lo más significativo es que, describiéndola, el autor no disimula su sarcasmo, *mientras implícitamente absuelve al otro sujeto de tan viscosa relación, el marido.* Jamás se nos cuestiona allí la obvia circunstancia de ser él quien sin mala conciencia mantiene cautiva a su mujer en ese ciclo eterno de la maternidad. Dado el rígido marco social de referencia, en tanto que para ella la fecundidad es un Destino, para el esposo tiene el carácter de una responsabilidad que él no quiere asumir. Parece no "caer en cuenta" de ello. Es así como, de hecho, en Carrasquilla reaparece el machismo funcionando como el sentido contextual de esa omisión, el clamor de ese silencio.[1] Al escritor se le tuvo más bien

[1] La otra faz de dicho miraje en Carrasquilla se revelaría en la "masculinidad" de Bárbara, o sea su actitud demasiado resuelta, lúcida, no subalterna, allí en donde la deliberación auto-educativa es impracticable para la mujer y en donde su capacidad creativa sólo es

por todo lo contrario, pues defendía conscientemente a las mujeres y fue amigo y contertulio habitual de las más cultas. De cualquier modo, siempre se rumoró en Medellín de sus consentidas tendencias homoeróticas.

Don Vicente, a quien se muestra poco menos que como víctima comprensiva de las acrimonias, los caprichos y la vegetal fecundidad de la consorte, mansamente sonríe bajo los chaparrones de sus pueriles insultos, reclamos y lloriqueos. Porque al fin y al cabo —tal vez lo piense sin atinar a expresarlo—, al par de los restantes moradores de esta tierra en trance de frontera junto a lo desconocido, él se mece en la misma densa red de compromisos y afectos. En términos de conciencia encarnada en personaje, sería demasiado concederle, claro está, ya que en la visión interna del autor, Don Vicente debía ser, y lo ha sido, eslabón de la cadena vital cuyos centros privilegiados se nombran Doña Bárbara, Don José María, Don Fernando, Don Pedro; Doña María de la Luz, por contraste; y, más abajo, Antonina Moreno, contrastando también, Liboria Layos, Sacramento.[1]

María de la Luz es presentada así por el narrador, en el capítulo II: "Apenas núbil, inconsciente, sin vida interior, pasó de los hijos de trapo a los de sus entrañas fertilísimas. Aquel su iniciarse en el amor, sin comprenderlo ni sentirlo; aquella procreación sin tregua; aquellos pedazos de su carne que no alimentó su pecho ni dio calor su regazo, la han hecho madre en el sentido animal, tan solamente. La quimera de los celos, las inverecundias del suegro, los chismes de las esclavas, las sugestiones malévolas de las comadres, hacen de ella una hembra ayuntada y nada más. Las fatigas de su fecundidad, su poltronería, su obesidad, su impedimento físico, la vaciedad de su mente, la

---

visualizada negativamente. Ella será "bruja", pero no "sabia". No en vano le dice a Bárbara su padre, cuando ella sigue argumentando su derecho a humanizarse por el trabajo y la instrucción —"¡Vive Dios, mi Chata, estás tentada del Enemigo Malo!"

[1] Sacramento forma parte de un elenco de gran pregnancia en el universo de Carrasquilla, tal como lo he comentado en un estudio anterior sobre *Hace Tiempos:* "La criada mestiza (o mulata, o zamba), aya y educadora del protagonista infantil, es un personaje sobresaliente y típico en toda la obra de Carrasquilla. Es recurrente. Aparece en su primer relato, *Simón el Mago* (1890), bajo el nombre de Frutos; reaparece profundizado y enriquecido en la obra de alta madurez, *La Marquesa de Yolombó* (1926-27), como Sacramento, liberta de Doña Bárbara Caballero; y retorna vigorosa en la inolvidable figura de la india Cantalicia Zabala, de *Hace Tiempos* (1935-36)... En Frutos-Sacramento-Cantalicia tenemos el híbrido de esclavo y siervo, cuya función servil en la familia de los amos se corresponde con una ideología agradecida y apologética activamente asumida, resultado de la coexistencia —tan propia de América entre los siglos XVI-XIX— de las formaciones esclavistas y semifeudal. De la primera se tuvo la esclavitud con la trata de negros; de la segunda emergían las encomiendas, la pernada y los diezmos. Exhumando esta figura del ambiente de su infancia (entre 1858 y 1870), Carrasquilla acoge narrativamente los vestigios de una sociedad paternalista que en Colombia prolongó su agonía hasta los albores del siglo XX. Este personaje femenino, en quien la violencia de la esclavitud se ha interiorizado como abnegación voluntaria, satisfecha y edulcorada por el catolicismo, viene a ser similar al *agnado* o pariente civil de los latinos. Frutos-Sacramento-Cantalicia han alcanzado la misma condición ambigua de los libertos en el seno de las familias cristianas de la Roma imperial..." (Cf. *Tomás Carrasquilla en "Hace Tiempos"*, Medellín, edit. La Oveja Negra, 1977, págs. 33-35).

pasión por el juego, el dinero a rodo, el capricho y las veleidades elevadas a sistema, la falta de disciplina y de educación, hacen de ella un ente extraño, amorfo, infantil, alejado de la social corriente. Tanto, que en este medio tan vulgarote y abigarrado de parroquia, se cita a Doña Luz como caso curioso de suprema estulticia".

Su blando cerebro no resiste siquiera un relato familiar. Alguien inicia alguno, pero: "Doña Luz cierra los ojos y se queda dormida como un ángel y ronca igual a un arriero".

Si Bárbara es toda fibra, ambición, autodominio, las hipérboles con que se describe a su hermana van en sentido contrario. En efecto, cada una de las cualidades que concurren a construir ese personaje positivo que es la Marquesa —y desde este punto de vista la simplifican, tornándola previsible como una deducción—, tiene así su reverso en la otra. Esta, es la matriz infatigable, naturaleza en estado puro. Bárbara emulará con los varones por el solo hecho de existir fuera del molde diseñado por ellos en su paternalismo sin memoria, permaneciendo además inaccesible a su deseo. De ahí la crueldad sin fondo de su tardío amor. Fecundada entre afanes primarios por un hombre enajenado al oro, sin el premio elemental de la caricia, Doña Luz no es sino el organismo que late envuelto placentariamente en el sopor de una gestación interminable.

Este simplismo de elevada jerarquía en conjunto, es decir, abstrayéndole su ley constructiva de entre el hervidero de su realismo minucioso, hace a Carrasquilla merecedor del título de narrador "primitivo". La Epopeya le pertenecía por vocación, pero está claro para nosotros que el atraso cultural y técnico de una comunidad, por sí solo, no la dota de las potencias épicas, ya que *no es el tiempo marginal y cautivo del coloniaje el que las crea, sino el tiempo "natural" de aquellas sociedades que de algún modo controlan su destino, aunque crean recibirlo del arbitrio de sus dioses.*

Se expande Carrasquilla narrando lo colectivo, cada vez que surge la ocasión de hacerlo. Y así como los épicos arcaicos se solazaban describiendo los arreos militares de sus héroes y dioses, él se gratifica vistiendo de pies a cabeza sus criaturas en trance de celebraciones públicas. Así ocurre con motivo de la fiesta de San Juan, el carnaval yolombero: "El lujo es alarmante. Llevan los indios mulera, como escapulario, bragas y chamarra de lienzos, que fueron encerados, y sombreros descomunales de palma. Lucen las indias saya de fula o de percalón, mantellina de estameña, camisa y sombrero masculinos. Los labriegos blancos van muy peripuestos: rabodegallo amarrado a la cabeza, bajo el sombrero de caña, enfundados, en género de cualquier clase; camisa de liencillo, suelta y sin almidón: cogepuercos de pardillo, alpargatas amarradas, gran capisayo obscuro, con forro de bayeta, roja o amarilla; otro pañuelo, cogido por una punta en la cintura y colgando como peinilla; rosario y escapulario por fuera; bordón nudoso, con rejo; una bolsa terciada, de cuero o de cabuya, de la cual se ha derivado el carriel. Salvo la

saya, de frisa negra, que suben con ese cordón de lana, que llaman chumbe; salvo el paraguas cubrebueyes, de fula, el arreo festival de las labriegas es como el de sus hombres..." (Cap. VI).

El tono, tan coloquial que casi no se cree estar leyendo, en muchos pasajes, un texto literario, lo da esa prosa paralela —no siempre intencionalmente irónica ni paródica— del habla de las comadres. Sin embargo, aun tomados fuera del contexto, esos párrafos se identificarán artísticamente por su organización: las comadres no son tan selectivas.

La niñez, de la que jamás se olvida el escritor, encuentra su lugar en esta reconstrucción de tiempos coloniales. El modelo del que se sirve, al carbón, no es otro que su propia infancia aldeana en aquella Antioquia de mediados del ochocientos: "Al obscurecer se reunían en las cocinas para oírle a la negra Fulana las estupendas e interminables aventuras de Sebastián de las Gracias, de Tío Conejo y del "Patojo", mientras llameaba el lar, se doraban las arepas en el rescoldo y gorgoreaban los olletones incitantes. A todo esto se congregaban los mayores, en los portales, ya con huéspedes, ya con vecinos, para departir sobre el Rey, su Sacra Real Familia y sobre los Gobernadores y Visitadores de la Provincia...".

El manejo del habla popular es una de las cualidades que más pronto se le reconocieron a Carrasquilla. Como las demás de su talento, esta virtud se muestra entera desde sus primeras obras. En sus libros se conversa sin tregua, y siempre es el pueblo quien habla, de las capas medias —próximas al campo todavía por la estructura de sus ingresos, sus hábitos alimenticios y su visión general de la vida— hacia abajo. Inclusive cuando por excepción surge algún personaje más elevado (los señorones del antiguo Yolombó, o una que otra matrona), el mismo no se distancia notoriamente, en su expresión diaria, de la gente sencilla. En aquella Antioquia el lenguaje no dejó de ser espontáneamente democrático, aun entre la incipiente minoría intelectual concentrada en Medellín. En incontables pasajes de sus obras el escritor pone en boca de criadas, comadres y campesinos alguna leyenda, algún mito, alguna reflexión o conseja. Aduciré únicamente dos ejemplos. En el primero el negro Guadalupe, marido de Sacramento, expone a Bárbara Caballero los antecedentes del "familiar" fetiche o monicongo en cuya obtención, con todo sigilo, ella se interesa ahora. Bárbara quiere que se le diga si, "los Ayudaos se vuelven también muy sabidos", a lo que Guadalupe responde: "Precisamente, Amita: son los más sabidos. Vea: El Ayudao más grande qui-habido en el mundo era el Rey Salomón. Tenía tanta de la cencia que entendía el habla de toítos los animales. Asin'es que él se sabía lo que dicen las gallinas cuando cacarean y lo que canta el caballo cuando relincha. Pa contar, no ha habido gallo qu'echale. Cuando contó las estrellas del cielo y las arenas del mar ¿qué se le podía escapar a ese hombrecito? El levantó la Casa Santa de Jerusalén y el Templo. Es tan lindo y tan altísimo que la Iglesia de Santa Bárbara es un rancho, comparao con esa preciosura. El fue el que les enseñó a los tres Reyes Magos, que jueron otros Ayudaos, sumamente grandes. Y a los tres les dejó

todos sus libros. Por eso los llaman magos, porque fueron los maestros de los mágicos, que todos penden d'él. Esos libros quizque se fueron perdiendo, pero uno solo se escapó y vino a manos de un Ayudao; y di'ái sacó el invento de componer los libros sin agarrar pluma y sacar un montón en un momento. Esto lo contaba muy bonito el dijunto Pulgarín, que lo aprendió en Cartagena, de boca de un vicario muy Ayudao, cúya era la casa donde él sirvió. Quizque se labran las letras en jierro, como marca pa'ganao, pero más medianas, se juntan y se va marcando con ellas, en toítos los papeles que uno quiera. Ya ve, pues, Amita, los resultaos de l'ayuda. Si su Mercé quisiera, no tan solamente se sacaba toíto el oro de estas playas y di-otros ríos, sino que fundaría pueblos y levantaría iglesias y hasta componería libros. ¡Figúrese su Mercé con esa capacidá que manija pa'todo! Si los negros, que semos unos micos sin cola, aprendemos, ¿qué no aprendería su Mercé?" (Cap. VII).

El segundo ejemplo pertenece a la extensa plática entre Cantalicia y su señora, la madre de Eloy Gamboa en *Hace Tiempos*. También aquí se trata de una historia sobre "ayudaos", a cuyos recursos acudió una enamorada de Nicanor Builes, para conquistarlo. Dice Cantalicia:

—"¡Pues no ha de ver, mi Niña! Está pensando en los güevos del gallo. ¡Yo no he visto una perseguidora más boba! Me parece que todo el cuento es por Nicanor. Ella no me ha dicho nada; pero entiendo qu'está en tratos d'hechicería con la tal Agueda Cabarca. Ai me ha contao toda la cencia d'esa carajeta. Quizque sabe componer el agua de amor seguro, que llaman "de los siete pelos": pelo de mozo blanco, bien enamórao; pelo de negro mozo, bien violento; pelo de chivo cachicerrao; pelo de verraco rucio; pelo de caballo padrón; pelo de perro entero, y pelo de cura en pécao mortal, sacao del propio bordito de la corona. Esto quizque se mezcla con las siete yerbas ocultas, que Agueda conoce ella sola. Quizque lo destila por siete trapos: dende el anjeo hasta la morselina pa'los angelitos. Esta quizque fue la toma que le dio una reina maga al rey Salomón; y una esclava d'esta reina, después qu'ella le dio carta de libertad, se vino pa'Zaragoza y l'enseñó la cencia, por cuatro libras di'oro a la agüela de Bonifacia Sepúlveda, qu'es la hechicera más aguerrida de Zaragoza. Bonifacia se la enseñó a Agueda, con tal que no le quitara su hombre, que s'estaba prendando de Agueda. Pero lo malo pa'la pobre Pastora es que la toma vale veinte riales: diez de contao, diez con mes de plazo. Toda la toma quizque cabe en un frasquito de palma-cristi, pero dura pa'muchos hechizos; con siete gotas izque hay, sea pa'ropa o prendas del que va a ser hechizao, sea pa'cualquier comida o bebida". (*Hace Tiempos*, primera parte, capítulo IV).

Otras veces el escritor asume la voz de la tradición oral, modulación de la Epopeya, y es entonces el verbo del mito el que escuchamos: —"Un señó Lorenzo de Tal, mestizo muy formalote y devoto, yéndose de madrugada con su batea y su coca de tarralí, a mazamorrear al río San Lorenzo, saca a las veintidós bateadas otras tantas libras de un oro, el más grueso y relumbrante que en Yolombó se viera. Llena la batea vigésima tercia y… ¡nada! Ni lo

negro de la uña asoma en ese disco de madera, pando y bruñido como una patena. Llena otra y... lo mismo; y así sucesivamente, hasta que lo coge la noche en la faena. Guarda, entonces, todo el oral en su capisayo y tira para su rancho, por senda extraviada, para que nadie vaya a darse cuenta de tantísima riqueza. Métese por una roza y al pasar junto a una cepa carbonizada... ¡tilín! ¡tilín! ¡tilín! ¡tilín! ¡Qué són tan lindo y tan religioso! Es ahí cerca, en la misma cepa. Quiere huir, pero se siente muy clavado en el suelo; y, de presto, sale de la cepa una luminaria de lo más hermosa. Dentro de ella se le presentó, muy patente, un señor muy acuerpado y respetable. Tiene en la mano una como balanza, que, en vez de platillos, lleva dos campanillas iguales; y sigue repicando, repicando, como un monacillo primerizo. De pronto cesa y le dice al mazamorrero: "No te dé recelo, tocayito. Yo soy aquel Lorenzo a quien asaron en parrilla, por nuestro Señor Jesucristo. Atiende bien lo que voy a decirte: te he dado veintidós libras de oro de mi río, porque eres cristiano humilde, fervoroso e incapaz de quitarle a nadie un pelo de la ropa; mas no quiero que las riquezas te dañen el corazón. De este oro no darás el quinto al Rey, porque no es justicia. Gastarás dos libras en tu familia; pero con tal disimulo, que nadie note que las tienes. Las veinte restantes las guardarás, de tal modo que nadie note su existencia. Con ellas y con las limosnas que recojas en mi nombre, me levantarás un templo aquí, en este mismo punto en donde estamos. Mandarás a labrar mi imagen a Quito, y que le pongan en las manos las insignias de mi martirio y estas dos campanillas que te entrego". Recíbelas señó Lorenzo; y santo y luminaria desaparecen, al punto (...) De la iglesia surgió el pueblo. Llamósele, por esto, San Lorenzo de Yolombó". *(A guisa de prólogo).*

Como creación colectiva en estado de gracia, lo folclórico es a igual título su reino. La jovial relación que en el capítulo I hace de los personajes propicios, u hostiles, o burlones, inventados por la fantasía popular y mediante los cuales se expresa poéticamente el asombro del campesino ante la naturaleza americana, compagina con lo demás. Los Ilusiones, El Patasola, La Madremonte, El Patetarro, El Bracamonte, le son tan familiares como Doña Bárbara o Taita Moreno. Aquí el escritor se muestra inagotable. Oigámosle de nuevo: "Sacramento y Pía, la garitera, toman por la noche las precauciones de ordenanza. Entierran el fuego, con dos tizones en cruz, para que El Rescoldao, un diablillo cocinero muy entrometido, no venga a revolcarse en el fogón. Atan las escobas y les meten las palmas en un costal, bien amarrado, para que las brujas no vayan a cabalgar en ellas y hacer estropicios y goteras en los caballetes. Tapan con paja las herramientas y los utensilios menudos, para escaparlos de los duendes. A estos vagabundos, tan ociosos, no les gusta que las gentes trabajen: esconden la aguja y el dedal, el azadón y la pala, los regatones y los cuchillos; esconden el mecedor y el molinillo, la mano de moler y el picador de la piedra. Y no se pueden descuidar, ni una noche, porque cuando se les mete molestar a una familia, no les vale ni cambio de domicilio: adonde vaya, van ellos; en donde se demore, se plantan. Son como perros tras de los amos" (Cap. VII).

Allí, cada acto se inscribe en un contexto mágico que lo trasciende y lo duplica con signo diverso. Se carga de intención ritual, adopta el énfasis del conjuro. Lo que aparece en ellos, que es la evidencia empírica o material del hecho creado por voluntad humana (se entierra el fuego en el rescoldo y la brasa entra en combustión retardada hasta el otro día; se atan las escobas y se meten entre un costal bien amarrado; las herramientas se cubren con paja, etc.), remite al mundo encantado de las brujas, los duendes y trasgos, aprovechadores de los objetos del hombre, y que buscan causarle a éste disgustos y daños con sus pesadas ocurrencias.

Resulta ilustrativo observar cómo el escritor regional más cercano a Carrasquilla por los principios y los rasgos de su escritura, Francisco de Paula Rendón (1855-1917), autor de *Sol, El Palacio de la Felicidad, Lenguas y Corazones,* entre otras obras, jamás llevó a tal grado de plasticidad ni con tanta consecuencia su gusto por las expresiones de la mitología vernácula. Menos aún habría de resaltar el fenómeno en Francisco (Efe) Gómez, cuentista de vislumbres más urbanos y escritor de una prosa expresionista, más rápida y abstracta que las de Carrasquilla y Rendón.

Ningún escritor colombiano anterior o posterior a Carrasquilla exploró y configuró tan sistemáticamente el folclore, los tipos, las costumbres y el habla de una región determinada. Su receptividad ahí no tiene límites. Sin embargo, este es apenas uno de los planos de su interés creativo. Por sus obras discurren también numerosos personajes problemáticos, cual acontece en la novela y el cuento "realistas". En *La Marquesa* encontramos algunos, empezando por Bárbara y "La Cayubra", su conflictiva sobrina, la desclasada de la familia. Abundarían los ejemplos en el resto de sus obras y, repitámoslo, en primer lugar las figuras de esos niños desdichados y esas solteronas más o menos histéricas braceando en sus incancelables anhelos.

Curiosa comprobación es la que se relaciona con la índole de sus mujeres "intelectuales". Precisamente son ellas las portadoras de una racionalidad más alta, y no los varones (con salvedades, no excluyentes en todo caso, como las de Nicanor Builes, en *Hace Tiempos*, y Casafús, en *Luterito*). Elisa y Melita, en *Hace Tiempos,* instruyen a Eloy en los rudimentos de lectura y escritura y debaten con los hombres, incluido algún levita o tinterillo, sus ideas discretamente liberalizantes; Magdalena Samudio, en *Grandeza,* joven "liberada", lee libros "modernos" pero, como sus similares, reza ante sus santos. De ellas no cabría afirmar que sean heterodoxas, sino que su ortodoxia es más ilustrada y analítica. En fin, Liborita Layos, en *La Marquesa.* Ella enseña el alfabeto y los números a Bárbara Caballero —la cual, a su turno, se esforzará en difundir sus nuevos saberes—. Liborita es presentada como: "una solterona muy fea, de color amarillento, un tanto contrahecha, que a los sesenta años conserva los dientes, el pelo y el regocijo de una muchacha. Es mujer de aspiraciones, bondadosa, trabajadora como ella sola, y la única que en Yolombó no agarra naipes. Sabe leer y escribir; pero se hace la analfabeta, por no parecer marisabidilla ni rebelde. Ha leído, a escondidas, por supuesto, los

contados libros que tienen en Yolombó; conserva algunos; y, desde Antioquia,[1] conoce obras de Calderón y de Lope, de quienes retiene varios trozos; y se ha aprendido versos de Alcázar y de otros. Es, pues, una sabia tapada" (Cap. VI).

Significativamente, estas mujeres cultivadas son allí las conciencias más ecuánimes y menos atormentadas. Mejor dicho, de ningún modo se enredan en falsos problemas. Su certidumbre moral reposa en una claridad intelectual que, por relativa que sea, basta para conferirles sentido a sus vidas, ante sí mismas. No obstante, y unas menos que otras —Liboria Layos más que Magola Samudio, por ejemplo—, tienen siempre que reprimir la exteriorización de sus conocimientos y medrar entre la estulticia de la época como "sabias tapadas". Liboria pertenece a este linaje. Bizarro como es, Taita Moreno la entiende y admira. A sus ojos, Liborita es "el alma de Yolombó", calificativo que, en cierta forma, espiritualmente la equipara con Bárbara. Ella sabe lo que hace por su cuenta y sopesa sin alardes sus relaciones con la gente. Exige poco y practica aquella "caridad cristiana" de que tanto gusta Carrasquilla exornar a sus heroínas.

A fuer de narrador vocacional, Carrasquilla es un psicólogo capaz de concebir almas contradictorias, dotarlas del verbo y ponerlas a palpitar en lo imaginario. El que se torne ligeramente apologético con las que lo seducen, es un atavismo de su bonhomía provinciana. Ello no impide que los pecadillos ilusorios de sus mujeres y sus niños segreguen esa atmósfera sofocante. ¿Habrá nada más estancado en su sordidez que lo que llaman vida privada en casa de Agustín Alzate *(Frutos de mi Tierra)?* Y en los novelistas europeos del siglo diecinueve, ¿se habrán descrito pasiones tan inútiles como las padecidas por la protagonista de *Salve Regina,* adolescente convencida de que su existir era "un camino obscuro que la aterraba", y a quien, "ni ser buena, ni tener aspiraciones altas, ni amar lo digno le era ya posible en este absurdo de su vida"...? Ciertamente, en espaciados y secundarios lugares de su extensa producción —uno que otro cuento, algún giro sin consecuencias en las novelas—, Carrasquilla escribe "como si" su presente histórico tuviese visos de realidad. Pero este es nuestro supuesto, no el suyo. El se debía a todo "lo ido". De tal suerte hasta Carrasquilla, y con su obra, el colombiano es un anacronismo a la segunda potencia, pues lo que para sus paisanos resplandecía como la literatura más actual, le mostraba a la nación su verdadera imagen como pasado fantasma. En efecto, casi todo el Continente se agitaba en un presente real y palpable, augural de actualizaciones planetarias. Cierto que en la década de 1920-30 el país se desperezaba y en la siguiente echaría a andar rumbo a la industrialización, con crisis agraria y lucha de clases a la orden del día. Sin embargo, Carrasquilla *no estaba allí.* Tampoco deseaba reducir la distancia peculiar, cualificada, que lo separaba de tanta novelería.

[1] Ciudad de la misma provincia antioqueña, distante 76 kilómetros de Medellín, hacia el noroeste.

¿Para quién escribió Carrasquilla? ¿Cuál fue su público efectivo, no el ideal en cuya imagen previa ningún escritor podría confiar? Casi no se le leyó en Colombia, más allá de Antioquia. A los cinco años de la desaparición del escritor, Rafael Maya observaba: "Por desgracia, al lado de Isaacs y de Rivera, por ejemplo, el nombre de Carrasquilla aparece opaco y desteñido. Sin embargo, aventaja infinitamente a estos dos novelistas en lo fundamental de su arte".[1]

Nuestra generación saltó por encima de su obra, y aterrizó en los norteamericanos de la "generación perdida", y en los latinoamericanos que circulaban por los años cincuenta.

Carrasquilla era consciente de que fuera de Medellín se le ignoraba. Pero es que él mismo no vislumbraba con claridad un público más amplio. Se limitó al que tenía a la mano y entre cuya familiaridad parroquial se sentía seguro y, según parece, bastante satisfecho. Seguía persuadido de que sus tesis de las dos *Homilías* (1906) no habían perdido pertinencia en lo más mínimo. Y en cuanto a las exigencias formales de su oficio, se atenía a lo que epistolarmente le dijera a Max Grillo en 1898: "El descubrimiento de la América, mal contado, no vale artísticamente como la fiel descripción de un perro con sarna". Lema que tampoco podemos confundir con el formalismo de los estetas. Dentro del espíritu carrasquillano, lo que así se encarece es el rigor.

La clase de literatura que produjo Carrasquilla con tal consecuencia, tan orgánicamente que su todo se nos aparece cual un solo libro apenas dividido en episodios o capítulos, presupone un público cercano y muy compenetrado con lo que se narra y con la forma en que se da. De ahí el acento coloquial de su estilo. De ahí ese lenguaje de entre casa, como el de quien para principiar su historia junto a la lumbre, en rueda de compadres, advirtiera: "aquí entre nos...", y echara una mirada furtiva hacia la noche que los cerca.

Tenía los dones del primitivo narrador oral: su ingenua alegría, su malicia mítica y esa conjunción desinhibida de fantasía y memoria, apta para acuñar un proverbio como para rectificar las verdades demasiado chatas que agostan el lenguaje y pudren la libertad. Así le fue posible y natural dictar su última obra, ciego, y ya más que septuagenario. En carta del 16 de marzo de 1936 al doctor Miguel Moreno Jaramillo, precisa: "—... dicté esas mil páginas cuando estaba completamente ciego, y no en el retiro y recogimiento, ni a un secretario aguerrido y enterado, sino a cualquiera de la familia a la hora que se podía y en medio del bullicio de muchachos y visitas, de portón y pordioseros, de teléfono y radio... a pesar de tener que dictar la puntuación a viejos y a mozos, a hombres y a mujeres... pude escalonar sin mayores

[1] Cf. Rafael Maya, Prólogo a *La Marquesa de Yolombó,* en Colección Panamericana, tomo VII. W.J. Jackson Inc., Buenos Aires, 1945.

confusiones y con alguna ilación, esa teoría de doscientos personajes, dentro de un ambiente de elementos tan dispersos como heterogéneos".[1]

Bajo la fronda de pormenores y pacaterías, alientan con vida propia en su obra auténticos personajes, a los que no es fácil olvidar. Su gama es variada. Entre las figuras de niños cabría citar prácticamente la totalidad de los protagonistas de sus obras alusivas a la infancia y, en primer lugar, Eloy Gamboa, en *Hace Tiempos,* y el Narrador de *Entrañas de Niño.* Entre los adultos: Taita Moreno, Bárbara Caballero, María de la Luz, Liboria Layos, Fernando de Orellana, Sacramento *(La Marquesa);* Nicanor Builes, Cantalicia Zabala, Elisa Cuenca y Melita *(Hace Tiempos);* Agustín Alzate, Filomena, César *(Frutos de mi Tierra);* Magdalena Samudio, su madre y "Chichí" *(Grandeza);* Frutos *(Simón el Mago);* Ligia Cruz *(Ligia Cruz);* Casafús y Quiterita *(Luterito).* Y algunos más.

Muchos de tales personajes se conforman en gran medida por los diálogos, como si fueran básicamente "caracteres" teatrales. Ante todo *son voces,* reflejadas en las otras con las que alternan sin cesar. Dicho fenómeno *coral* en la narrativa carrasquillana ha ofuscado a ciertos comentaristas, en cuya memoria no quedaba de esa lectura otra cosa que el rumor de pesadilla de los comadreos siempre recomenzados. A este nivel ciertamente Carrasquilla resulta, a veces, agobiador. Si a lo anterior se asocia aquella atmósfera de oratorio y sacristía enmarcada en los escrúpulos piadosos que obsesionan a tantos de sus personajes, se entenderá la reacción negativa de numerosos lectores, quienes están en lo suyo al buscar en la literatura una proyección lo más interesante posible de situaciones y preocupaciones en las que de alguna manera puedan reconocerse. No será descabellado, entonces, interrogarnos hoy acerca de la validez de una narrativa tan autosuficiente y autocontemplativa. Si se quiere, tan desdeñosamente cerrada sobre sus límites estrictos. Carrasquilla sabía que para los literatos bogotanos había otras escrituras viables. En todo el asunto, así planteado, el único problema venía a consistir en que lo soñado por su "espíritu avanzado" como algo posible y al alcance de la pluma, el proceso sociocultural arrumbaría muy pronto como falso —veinte, treinta años después, a lo sumo—. El antioqueño había puesto pastoralmente en solfa en sus *Homilías* esa modernidad imitada de las vanguardias nacidas en otra temporalidad.[2]

[1] Cf. Obras Completas, edición Centenario, segundo tomo, págs. 806-807. Medellín, Bedout, 1958.

[2] "(...) Cualquier prójimo medio leído comprende, desde luego, que las formas artísticas no deben tener la claridad y la precisión escueta de las didácticas; que el lenguaje figurado, la parábola, el símbolo y otros varios recursos retóricos se han hecho expresamente para las obras de arte; que los artífices, por el hecho de ser tales, han de tener sus atrevimientos, sus genialidades, sus rarezas; que cierta vaguedad, cierta esfumación, son muy propias para representar sensaciones y aun ideas; que, mediante determinados rodeos y eufemismos, se puede sugerir una cosa cualquiera, sin expresarla abiertamente; que ciertas medias tintas determinan muy bien los objetos a la vez que los transfiguran; que todas estas partes denuncian habilidad en la materia. Mas, de todo esto a lo otro media alguna diferencia. No es lo mismo el

La verdad global de la obra carrasquillana se refiere a unos modos de existencia muy peculiares, derivados de la tradición hispánica en tierras americanas y sobredeterminados, hasta el grado aquí expuesto, por el catolicismo casuístico de la Contrarreforma. Ni siquiera el del papado, sino el de Felipe II, escrupuloso y burocrático. El propio Carrasquilla, quien pasaba por escéptico y nada convencional, nunca dejó de exaltar las bellas almas de sus personajes femeninos al estilo de Regina, desgarrada entre su amor a un novio disoluto y sus cargos de conciencia. Consumida en tal predicamento, muere poco menos que en olor de santidad (el cura exclama ante el cadáver: "¡Lo mismo que la Virgen! ¡Ese es tu puesto!").[1]

Verdad concreta la suya, sin duda. Pero mientras leemos sus libros no permanecemos en el tipo de receptividad que suelen alimentar los textos exclusivamente informativos y testimoniales, sino que nos sentimos comprometidos en las tensiones de un estilo y de una obra de arte. En ello radican la vitalidad de Carrasquilla y su neta jerarquía de talentoso escritor sobre los aficionados y cosmopolitas a los que dirigió las tesis de toda su vida.

Por los valores específicamente literarios de su obra, enraizados en la concepción realista y americana que la sustenta de la primera a la última plumadas: por esto renace la necesidad de conocerla.

La Marquesa de Yolombó es una de sus obras mayores. Un libro, un estilo, un mundo irrepetibles. De otro lado, su coherente arcaísmo está lejos de postular "un" pasado que, mientras fue presente, se hubiese autocontemplado en la perspectiva de lo que llamamos Historia. Es, sin más, "lo" pasado, en aquel sentido tan vacío de esperanza y deseo con que el anciano escritor hablaba de su "Antioquia ida". Para él no pudo haber otra.

JAIME MEJIA DUQUE

---

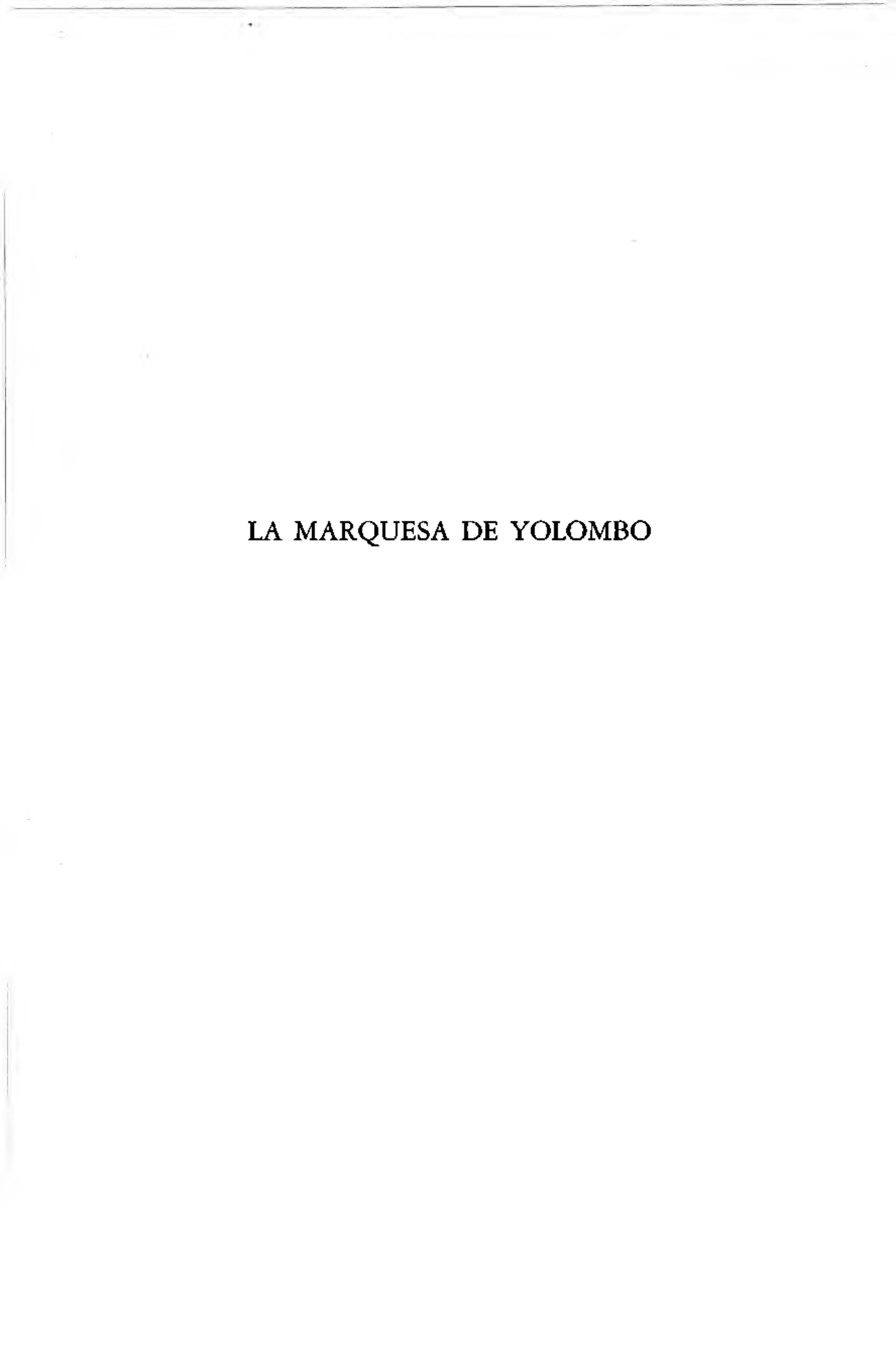
crepúsculo que las tinieblas, ni los caprichos y bizarrías pueden resaltar sino en un conjunto armónico, en un sistema, en un método: si todo es caprichoso y bizarro, ¿qué van a resaltar? Resultaría, en tal caso —como sucede, efectivamente—, el *caprichismo* elevado a la categoría de efecto estético. La *rapsodia del caos* se llama esta figura... Cultivad, hermanos míos, otros campos más propicios; encaminad el espíritu hacia ideales más excelsos y el corazón a sentimientos más humanos. Cantad la vida de la realidad, no la arbitraria de la convención; y ya que os mostráis tan discípulos de Zarathustra, entonad himnos al significado de la humanidad y a la alegría del cosmos. Buscad, sobre todo, formas más amplias, más sanas, más austeras. No os intime la región: el punto geográfico y el medio, nada importan. Bajo accidentes regionales, provinciales, domésticos, puede encerrarse el universo..." (Homilía N.º 1. Obras Completas, tomo 2).

[1] Cf. *Salve Regina*. También aquí el autor, volviéndose emotivo, hace lírica y ... ¡empalaga!

CRITERIO DE ESTA EDICION

Para el presente volumen se ha utilizado el texto publicado por el Instituto Caro y Cuervo, tomo X de la colección Biblioteca Colombiana, edición crítica realizada por Kurt L. Levy, basada en la edición príncipe de la obra. Agradecemos al Dr. Rivas Zacconi, director del Instituto Caro y Cuervo, y al Dr. Kurt L. Levy, la generosa autorización para utilizar en la Biblioteca Ayacucho la esmerada edición de *LaMarquesa de Yolombó* que dieron a conocer en la prestigiosa Biblioteca Colombiana, en 1974. Hemos conservado las notas aclaratorias que son autoría del profesor Levy; en el cuerpo de dichas notas se utilizan las siguientes siglas: DRA= *Diccionario de la Real Academia Española*, XIX, Madrid, 1970. R= *Vocabulario* anexo a *Obras Completas* de Tomás Carrasquilla, Madrid, 1952. S= Santamaría, Francisco Javier, *Diccionario general de americanismos*, México, 1942. TB= Tobón Betancourt, Julio, *Colombianismos*, Bogotá, 1953. UU= Uribe Uribe, Rafael, *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*, Medellín, 1887. Am= Americanismos (según DRA). Col= Colombianismos (según DRA). A= *Edición príncipe*, Medellín, 1928. B= Edición realizada por W. M. Jackson Inc., Buenos Aires, 1945. C= *Obras Completas* de Tomás Carrasquilla, Medellín, 1958 y AA= Cuatro últimos capítulos, los únicos que se han podido localizar, de la publicación por entregas en *Colombia-Diario de la Tarde*, Medellín, Nos. 1264-1463, 7 de junio de 1926-9 de febrero de 1927.

B.A.



LA MARQUESA DE YOLOMBO

A JOSE FELIX MEJIA ARANGO

Pepe:[1]

Te dedico este mamotreto, ya que tanto me has empujado para que lo escriba.

A ti, caricaturista y dibujante de tan subido modernismo y partidario de los figurones estilizados y contrahechos, que hoy privan en las pinturas decorativas, no deben disgustarte del todo los mamarrachos tan acentuados y los fondos tan escandalosos, que saco en estos cronicones. Puede que no te fastidie, tampoco, la manera ordinaria y tosca de que me he valido, en esta vez más que en otras.

En todo caso, ahí te va esto, con la estimación de tu tío y amigo,

TOMAS CARRASQUILLA

[1] José Félix Mejía Arango (Pepe Mexía), pariente del poeta del *Canto del antioqueño*. Epifanio Mejía, es un conocido arquitecto y artista medellinense y uno de los cuatro sobrevivientes del grupo de los *Panidas*. que en 1915 "éramos trece" (los otros tres son León de Greiff, Jesús Restrepo Olarte y Eduardo Vasco).

A GUISA DE PROLOGO

El Yolombó actual es caso peregrino de resurrección. Helo ahí desenvolviéndose por lo pecuario, por lo agrícola y lo minero; helo ahí con su cabecera de traza y aire urbanos, con buenas construcciones, con palacio municipal, de materiales y estilo arquitectónicos, con planta eléctrica y tubería de hierro; con Gota de Leche[1], teatro y hospital; helo con prensa, con gentes laboradoras y enérgicas, con ediles estudiosos y progresistas; helo ante una perspectiva de prosperidades más o menos cercanas, más o menos seguras.

Pues, ahí donde le veis, era, cincuenta años atrás, una región medio desierta. ¿Qué son, para un territorio tan extenso, uno que otro fundo, tal cual laboreo aurífero, en reducida escala, dispersos y alejados unos de otros? Lo que era la población daba grima: dos o tres casas desvencijadas y roñosas, dos o tres sostenidas por puntales, ruinas y asientos, cubiertos de rastrojo y habitados por murciélagos, barracas improvisadas con escombros y hojarasca. En un tinglado, de cuyo techo colgaban dos campanas, se decía la misa, si había cura, pues éste llegó a faltar en ocasiones. Los restos de altares, las imágenes, los ornamentos y demás enseres rituales se guardaban por ahí en cualquier parte, lo mismo que una custodia, de diseño ingenuo y bronca hechura, pero de oro macizo y cerco de esmeraldas.

Con decir que Yolombó era, en ese entonces, fracción insignificante de un municipio de quinto orden, están dichos su inopia y acabamiento por aquel tiempo.

Tamaña desolación tenía detalles dolorosos al par que pintorescos; un viejo trémulo cavando unos matojos; negritos tuntunientos, tendidos a la vera, que, en su mudez, imploraban la limosna, con la miseria de sus harapos y la tristeza de sus ojos agrandados; gallinas flacuchentas persiguiendo saltones y gusarapos; perros tirados al sol, rascándose la sarna, más por espantar el hambre que por la pica; caras rugosas, asomadas en ventanillos, en

[1] Institución para la protección del niño en su primera infancia, la cual facilita leche gratuitamente.

atisba del viandante, pues ha de saberse que aquello era camino real, ni más ni menos, aunque no siempre fuera transitable. Gente moza no se veía ni para muestra: unos se alquilaban en alguna finca, otros en alguna mina; éstos, monte adentro, buscaban con su escopeta con qué llenar la olla de su prole; aquéllos, metidos en riachuelos o a su orilla, zarandeaban la circular batea, medio colmada de agua, de arena y de cascajo.

Este último trabajo daba a muchos proletarios montañeros la mazamorra[1] cotidiana; y de ahí le viene, probablemente, a labor tan primitiva, el nombre de mazamorreo, aceptado en la terminología mineralogista. Es de verse en las regiones auríferas de Antioquia cómo escarban en ríos o en vetas abandonadas, hombres y mujeres, niños y ancianos, en busca del granillo codiciado.

Al atardecer, apenas si se turbaban aquellas soledades yolomberas, con el regreso de uno que otro; y, cuando la noche se echaba encima, con todas sus tristezas, era el único consuelo ver la candela de Dios, en aquellas cocinas sin paredes, plantadas en aquellos predios sin cercados. Mas, si la noche era estrellada, no sería para afligirse, ante estas ruinas de la tierra, sino para alabar al Creador con las obras de su firmamento, porque desde esta breña de los Andes, donde se emplaza Yolombó, se destapa el cielo a la redonda que es una gloria; ninguna silueta altanera sobresale demasiado de la línea que cierra aquel horizonte: al redor del lugar se agrupan, como cabezas de espectadores que lo contemplasen, un sistema de collados, de forma y de tamaño casi iguales. En sus encañadas y vericuetos corren muchas aguas, de donde se saca algún oro, mucho paludismo y muchísima anemia tropical. Llaman a esta formación "Las Lomas" y sus flancos están cubiertos de pastos naturales.

Si aquellos testimonios de otra época y otras gentes daban mucho en qué pensar en las claridades del meridiano, mucho más daban, todavía, a la luz de las estrellas, oyéndole contar a cierta vieja, memoriosa y colorista, las grandezas de aquel Yolombó del siglo antepasado, de su amo el Rey, de los Capitanes a Guerra, de la sangre azul, de las fiestas y galas, de tantas damas y tantísimos caballeros[2].

Confirmaban aquellas narraciones los pedazos de muro de algún templo, trozos de columnas, capiteles, puertas y muebles historiados, fragmentos de altares; confirmábanlas los derrumbamientos, enmarañados con la maleza, cascotes de tejas y de loza, vigas maestras, dispersas acá y allá y que aún respetaba el hacha del labriego.

Según tradición y deducciones, era Yolombó, desde los comienzos del

[1] La busca del "granillo codiciado", que produce una de las bases alimenticias de la región, explica el concepto "mazamorreo".

[2] Las "grandezas de aquel Yolombó del siglo antepasado, de su amo el Rey, de los Capitanes a Guerra, de la sangre azul, de las fiestas y galas, de tantas damas y tantísimos caballeros" tienen ecos de "le donne, i cavallier, l'arme, gli amori, le cortesie, l'audaci imprese" del primer canto del *Orlando Furioso*, de Ariosto (ver alusión al campo de Agramante, nota 4 del cap. XVI).

siglo XVIII, villa muy importante e infanzona, con tres iglesias, casa consistorial, cárcel, habitaciones cómodas y las grandes oficinas de las rentas reales. Cobrábase en estos despachos el impuesto de los indios, los quintos del Rey, o sea el del producto de las minas, y todas las otras alcabalas de su Sacra Real, cuyas eran estas Indias. Y lo eran no tanto por derecho de conquista cuanto por donación que de ellas le hicieron su Santidad Alejandro VI[1] y su Santidad Julio II,[2] para difusión de la santa fe y exterminio de las idolatrías.

Sí, señor: del Rey era este mundo de acá; del Rey solo, no de España, como algunos suponen.

Cobrábase, asimismo, en aquellas colecturías, el permiso para comer carne, en tiempo de cuaresma, témporas y adviento, merced a la obligación que tenía todo cristiano de comprar anualmente la bula de la Santa Cruzada. ¡Y guay del que se mostrase remiso a la tal compra! Cepo y azotes era lo menos que le sobrevenía. El producto de esta dispensa iba a las arcas particulares de su Majestad, pues en virtud del patronato que le concedió la Santa Sede, tenía en España y sus colonias, gajes, intervenciones y mandos, en muchas cosas eclesiásticas. A más de estos reales publicanos, tenía asiento en esa villa —que debió ser cabecera de cantón— todo el tren de empleados que su administración requería, a saber:

El Alcalde Mayor o Regidor, que, por ser Capitán a Guerra, tenía, a más de las ejecutivas y policiales, atribuciones militares, con todo el rigor y disciplina del ramo, entonces más severo y draconiano que lo ha sido después. Aquél era un poder dictatorial de hecho; y los mandones coloniales, de todo tiempo y lugar, se han pintado solos para el caso, fuera de que los españoles nunca fueron mansos pastores con el rebaño de estas sus Américas. A cualquier indio o zambo, mulato o negro que le oliese a rebeldía o pillaje, a su alteza el Alcalde, le mandaba colgar de la horca, así fuese en las benignidades de aquella paz casi imposible de turbar.

En Yolombó dizque hubo, según relatos, varios ahorcados por hurtos de oro, en vetas y aluviones. ¡Horrible era este delito que menoscababa las rentas del Rey!

Había también el Escribano letrado, que anotaba y redactaba los magnos autos; que interpretaba la enredada jurisprudencia española de aquel tiempo, a más de las leyes que su Majestad y el Consejo de Indias[3] fueron expidiendo, para estas colonias.

Había dos Jueces de Toga u Oidores, uno para lo criminal y otro para lo

[1] *Alejandro VI:* Rodrigo Borja (1431-1503). Elegido Papa en 1492, Alejandro VI elaboró la línea divisoria que repartió, entre España y Portugal, las tierras descubiertas.

[2] *Julio II:* Juliano de la Rovere (1441-1513). Elegido Papa en 1503, Julio II fue mecenas de los artistas.

[3] Institución peninsular encargada de administrar los asuntos de las tierras españolas de ultramar.

civil, de cuyas sentencias podía apelarse, ante el Virrey o ante el Rey mismo. Unidos a los dos dignatarios anteriores, formaban audiencia, que sólo se reunía en los casos graves y delicados. Sus decisiones estaban sometidas a la Audiencia General[1] de Santa Fe. Este empleo de jueces, que siempre implica honor y conocimientos, se remuneraba con largueza y recaía entre los más granados valvasores y casi siempre entre los nacidos en la Península; pues a criollos o canarios se les tenía por inferiores a los peninsulares. Los puestos de cobradores, pagadores de empleados y vendedores de la bula consabida recaían, asimismo, en varones de alta prosapia, de reputación y hombría de bien esclarecidas. Lo cual no impedía que metiesen la uña en el real erario. Apoyábanlos, más que a los otros magistrados, una taifa de alguaciles, corchetes y paniaguados, más o menos onerosos, a fin de que ningún indio ladino o criolletas ventajoso fuera a hacer trampa en lo que debían al Rey.

Al par que estas entidades, regía, por lo legislativo, el Cabildo o asamblea de notables; pues su Majestad, con tal que no le tocasen sus dineros ni le regateasen su mando, dejaba a sus súbditos, hasta en las mismas colonias, la facultad de hacer y deshacer, en los asuntos de vecindario. Bastante sangre había costado a la Península el triunfo de los fueros municipales, para que su Sacra Real fuera a escatimárselos a unos vasallos tan poco temibles como remotos. Pero a los zambos no hay que dejarles ningún postigo abierto, porque se cuelan hasta la alcoba; ya ven lo que pasó, años después, con los tales Cabildos: abiertos o sin abrir, fueron factores iniciales en la emancipación hispanoamericana.

Elegíanse los cabildantes por votación popular, igual que en estas calendas[2] democráticas, y, como ahora, era el tal cargo obligatorio y oneroso. Sabe Dios lo que se entendería por pueblo en el Yolombó de aquel entonces, como no fueran negros esclavos o indios de encomienda. Los magnates se elegirían unos a otros, cual acontece siempre en achaques de sufragio, pero sin el aparato legal, sin las trampas y engañifas[3] que se estilan en nuestras actualidades.

En cuanto al clero de aquella época, y muy especialmente del de Yolombó, habrá bien poco qué encomiar, si no mienten la historia y la conseja[4]. Los sacerdotes apostólicos y heroicos de que se ocupan los historiadores son contados; a la mayoría nos los pintan harto preocupados de sus intereses propios y temporales, y harto desentendidos de los de Cristo. La cura de almas no se cifraba tanto en el precepto y en el ejemplo cuanto en

[1] Entidad española establecida en puntos importantes de la Colonia con fines administrativos y asesorales.

[2] *calendas* (fam.): tiempo pasado (entre los romanos primer día del mes) (DRA).

[3] *engañifas* (fam.): engaños (DRA).

[4] Ya que muchos archivos desaparecieron "como celajes del ocaso", Carrasquilla acude a la tradición oral.

obligar a los indios, mediante cárcel y azotes, a cumplir con los preceptos de la misa dominical, la comunión por Pascua y el pago de diezmos y primicias.

El curato en referencia dependía directamente del Arzobispo de Santa Fe. A tamañas distancias, sin caminos expeditos, sin correos periódicos ni prensa eclesiástica, no era para esperar demasiado de los ministros de ninguna religión. Según fama, los dos o tres sacerdotes que ejercían en Yolombó no daban el precepto, ni mucho menos el ejemplo: como los perros mudos del Evangelio, obraban según la voluntad de los magnates, autorizándoles sus abusos y despreocupaciones.

Aparte de las oficinas de recaudación, existía la del estanco del papel sellado, de aguardiente y de tabaco; y el almacén real de los artículos españoles, ya por cuenta de la corona, ya por alguna compañía o individuo peninsular, a quien se hubiese concedido el monopolio, pues en la Colonia no había libertad de comercio ni de industria.

Nadie ignora cómo se administraban estos dominios reales, residiendo el amo en el otro hemisferio y teniendo los subalternos facultades casi dictatoriales sobre este rebaño aborigen, criollo y esclavo. Nadie ignora que, si menos cruentas y frecuentes que en la conquista, hubo en la Colonia muchas atrocidades, entre los mismos mandones, por rivalidades en todo campo. Nadie ignora aquella sed de oro de los españoles, ante la cual nada eran los lazos del compañerismo ni de la sangre. Y, si en los centros más adelantados y populosos de la colonia reinaban la crueldad y la codicia, ¿qué no sería en un rincón, tan obscuro y tan remoto como Yolombó?

De riñas entre los mandones no se hace memoria en las tradiciones de esta población; mas sí de tremolinas entre gobernadores y gobernados, por el recibo, cómputo y tasa de los oros que le correspondían a su Majestad. Varios mineros de esta región, por el hecho de ser ricos, le harían cara arrogante a los publicanos reales[1]; y éstos por aumentar y aquéllos por disminuir, habría a cada liquidación de esos quintos áureos, sabe Dios cuántas contiendas y astucias, si no componendas y trampas, por las que se transarían las dos partes.

Cuéntase, también, que había allí algún señorón con encomienda de indios y todo un Caballero de Santiago[2]. Por contar estas cosas unas viejas ignaras, que no podían tener noción libresca de linaje alguno, por no saber leer ni tener quien les hubiese leído un renglón de nada, ni tener quien les sugiriese algo que oliera a realidad histórica o europea, cabe suponer que eso de las encomiendas no sean ficciones de fantasías ilustradas. Todas estas últimas circunstancias, así como alguna parte de los sucesos que pretendemos referir, se conocen por tradición verbal, únicamente. Sobre ello nada se ha

[1] Cobradores de impuestos entre los romanos.

[2] Miembro de una de las órdenes militares fundadas en la España del siglo XII.

escrito, que sepamos, al menos; ni existen, tampoco, por acá, archivos ni cosa tal, en qué documentarse lo más mínimo. Todo el papelorio oficial, lo mismo que los libros parroquiales del antiguo Yolombó, desaparecieron como celajes del ocaso. Algo de ellos debe existir en la ciudad de Antioquia, en Bogotá, en la misma España. A esos tres "algos" debe acudir quien pretenda escribir la historia verdadera de esta población. Cumple a nuestro intento las muchas referencias que de viejos —y muy especialmente de viejas— hemos oído y acumulado. Así es que en este escrito "La verdad... queda en su lugar", como dicen nuestros campesinos.

No se sabe, siquiera, a ciencia cierta, cuándo y por quién fue fundado Yolombó. Suponen algunos que, mucho antes de la fundación de Remedios, existía en aquel punto un tambo de indios sometidos y pacíficos, y que, merced a los minerales que lo circundan, fue creciendo a la buena de Dios, sin formalidades de fundación ni nada que le valga; y que, cuando menos se lo percataba, se vio hecho un señor pueblo, con todo y templo.

Tiene éste su leyenda sobrenatural y poética, cual otras muchas de nuestra religión de Estado. Hela aquí, tal como la narraba Doña Rudesinda Moreno de Gómez:

Un señó Lorenzo de Tal, mestizo muy formalote y devoto, yéndose de madrugada con su batea y su coca de tarralí, a mazamorrear al río San Lorenzo, saca a las veintidós bateadas otras tantas libras de un oro, el más grueso y relumbrante que en Yolombó se viera. Llena la batea vigésima tercia y... ¡nada! Ni lo negro de la uña asoma en ese disco de madera, pando y bruñido como una patena. Llena otra y... lo mismo; y así, sucesivamente, hasta que lo coge la noche en la faena. Guarda, entonces, todo el oral en su capisayo[1] y tira para su rancho, por senda extraviada, para que nadie vaya a darse cuenta de tantísima riqueza. Métese por una roza y al pasar junto a una cepa carbonizada... ¡tilín! ¡tilín! ¡tilín! ¡tilín! ¡Qué són tan lindo y tan religioso! Es ahí cerca, en la misma cepa. Quiere huir, pero se siente como clavado en el suelo; y, de presto, sale de la cepa una luminaria de lo más hermosa. Dentro de ella se le presentó, muy patente, un señor muy acuerpado y respetable. Tiene en la mano una como balanza, que, en vez de platillos, lleva dos campanillas iguales; y sigue repicando, repicando, como un monacillo primerizo. De pronto cesa y le dice al mazamorrero: "No te dé recelo, tocayito. Yo soy aquel Lorenzo a quien asaron en parrilla, por Nuestro Señor Jesucristo. Atiende bien lo que voy a decirte: te he dado veintidós libras de oro de mi río, porque eres cristiano humilde, fervoroso e incapaz de quitarle a nadie un pelo de la ropa; mas no quiero que las riquezas te dañen el corazón. De este oro no darás el quinto al Rey, porque no es justicia. Gastarás dos libras en tu familia; pero con tal disimulo, que nadie note que las tienes. Las veinte restantes las guardarás, de tal modo que nadie sepa su existencia.

[1] *capisayo* (col.): camiseta (DRA).

Con ellas y con las limosnas que recojas en mi nombre, me levantarás un templo aquí, en este mismo punto en donde estamos. Mandarás a labrar mi imagen a Quito, y que le pongan en las manos las insignias de mi martirio y estas dos campanillas que te entrego". Recíbelas señó Lorenzo; y santo y luminaria desaparecen, al punto.

Ahí está la imagen quiteña que confirma este prodigio. Verdad que no es tan acuerpado ni tan respetable, como lo viera su tocayo: mas lleva la parrilla en la siniestra, y en la diestra la palma y las campanillas armoniosas. Por supuesto que son de plata maciza los tres utensilios. De la iglesia surgió el pueblo. Llamósele, por esto, San Lorenzo de Yolombó.

Aseguran otros que no hubo tales Lorenzos ni tales garambainas[1]; que esta fundación fue posterior a la de Nuestra Señora de los Remedios, que se hizo con todas las reglas, usanzas y solemnidades españolas; que su Majestad blasonó a Yolombó con escudo emblemático; que la diputó, luego al punto, por "villa muy noble y muy leal", como a la más pintada de su monarquía; y que se dedicó a San Lorenzo, más en recuerdo del Escorial[2] que por honrar al santo.

Sea lo que fuere, no cabe duda de que, por ser región muy rica en minerales, a ella cayeron los chapetones, como gallinazos a la carroña. Desde el siglo XVI debió de ser Yolombó lugar de cita de mineros y vivanderos, a más de punto obligado de tránsito, entre Remedios y el centro de la Provincia. De aquí el que fuese, desde sus comienzos, población de relativa importancia.

Sabido es que la quimera áurea, más que las guerras y el yugo de los Austrias, despobló la Península en el siglo XVII. Por esa época, según la tradición, vinieron a Yolombó esas tandas hidalgas de Caballeros y Olanos, de Morenos y González, de Jaramillos y Romeros, de Ceballos y Obregones, de Layos y de Vieiras, de Viecos y de Montoyas, con su cola de aventureros, galeotes y demonios coronados.

A varios de ellos les cumplió la quimera sus promesas. Lejos de tornar a España, con el riñón bien cubierto, cual lo hizo Doña Ana de Castrillón[3], cuyo nombre lleva uno de los riachuelos más auríferos de ese municipio, sentaron en Yolombó sus reales; y, hoy uno, mañana dos, se le fueron agregando otros varios más o menos principales, hasta formar un núcleo de mucho fuste y muchas campanillas. Y, como según cuentan, había en esa

[1] *garambainas* (fam.): rasgos o letras mal formados y que no se pueden leer (DRA).

[2] Monasterio español fundado por Felipe II en 1563, en conmemoración de la batalla de San Quintín y del martirio de San Lorenzo.

[3] La "célebre doña Ana de Castrillón" (Arango Mejía, *Op. cit.*, I, pág. 188) (ver el libro de Bernardo Jaramillo Sierra que rescata al Medellín del siglo diecisiete por medio de la historia de una dinámica mujer que recorría "los valles del Tonusco y del Aburrá entre ese paisaje aún indómito, plena de vitalidad y poderío, decidiendo con sus intervenciones en las rivalidades y luchas que hicieron posible este sin par engendro de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín" — *Ana de Castrillón,* Medellín, 1952, pág. 12).

agrupación andaluces y levantinos, y, como nunca fueron casas de ejercicios loyolescos las poblaciones mineras, hubo, en aquel rincón de estas montañas, rumbo y francachela, disipación y diabluras.

Los Morenos, que eran de origen sevillano, fueron desde el comienzo los más alborotados y garladores[1]. De sus tacos, inverecundias y dicharachos cuentan horrores, sin que tampoco fueran ningunos santos eremitas los demás chapetones y criollos que ahí campaban por sus respetos.

Yolombó tenía en el siglo XVIII la iglesia de su patrón San Lorenzo, hacia el sur y en la parte más alta de la plaza; la de Chiquinquirá, al oriente de la misma; y la de Santa Bárbara, al nordeste de la población. En sus aledaños se emplazaban las casas de los caciques. "Chiquinquirá", "El Tigre", "El Hoyo" y "El Retiro" eran sus puntos más principales y socorridos. No sería villa muy ingente por la sencilla razón de que no había ni local ni habitadores para tanto: el paraje elegido por San Lorenzo, no es de los más a propósito para metodizar un centro urbano. Abrupto y agrio, apenas si puede extenderse en patas curvas y onduladas; y ello a mucho costo, muchísimo espíritu público y gente invencionera.

Así y todo, fue cosa importante en aquel tiempo. ¿Por qué se acabó tan tristemente? "Castigo de Dios, porque ahí vivía gente muy caloria[2] y caudilla", asegura la señora que narra el prodigio del santo titular.

Castigo o premio, este acabe no es ningún arcano. Vetas, aluviones y medios para explotarlos se fueron agotando; el oro fue bajando hasta valer menos que la plata; Cancán, que por entonces florecía, y Remedios, que estaba en su apogeo, supeditaron luego a la villa de San Lorenzo. Aquellas gentes, según los principios económicos de la época, sólo tenían por riqueza oro, plata y pedrería: los demás tesoros de la madre tierra, que en esta región abundan, nada eran para el más sutil y entendido.

Muerto el ahijado, acabado el compadrazgo; unos tomaron soleta hacia el valle de Corpus-Christi; otros hacia el centro de la Provincia, algunos fueron a parar a Ocaña, al Socorro y a Santa Fe de Bogotá. La independencia, un incendio, la invasión arrasadora de Warleta[3], un conato para atajarla, la abolición de la esclavitud[4], el aburrimiento, la incuria del caído, el abandono, acabaron con lo poco que ahí quedaba.

[1] *garladores* (fam.): parlanchines, charlatanes (DRA).

[2] *caloria* "vulgarismo colombiano por iracundo" (S); según UU, "calorio" quiere decir "enojado". No aparece en DRA.

[3] Le correspondió al coronel Francisco Warleta la "pacificación" de Antioquia durante la reconquista española de la Nueva Granada, a partir de 1816 (Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (8.ª edición), Bogotá, 1967, cap. VI).

[4] Antioquia fue la primera región en Colombia que abolió la esclavitud (abril 20 de 1814). Ocupa el segundo lugar en América, después de Chile, que proclamó la libertad de los esclavos el 11 de octubre de 1811 (Francisco A. Encina, *Resumen de la historia de Chile*, Santiago, 1961, pág. 521).

Tal fue el Yolombó a que pretendemos referirnos en estos cronicones. Serán ellos una novela o cosa así; y, aunque tengan personajes que existieron con el mismo nombre que aquí llevan y los hayamos ajustado al carácter y hechos que les dan la leyenda y la tradición, no es ésta, en ningún concepto, más que una conjetura sobre esa época y sus gentes.

Advierto que a una señora le cambio el nombre; y a cierto sacerdote no sólo le cambio el apellido, sino que lo hago figurar diez años antes de su tiempo. A un malagueño lo convierto en zaragozano. Su índole es aragonesa, y, según contaba su nieto, muy mi bisabuelo, vivió mucho en Aragón, de donde partió para estas Indias. A la criolla de su mujer la habilito de española, por descender de andaluces y por justificarle el mote de la Sevillana, con que la apellidaban, por su desenfado y regocijo.

Me he permitido tamañas licencias, por tratarse, tan solamente, de evocar una faz de la Colonia, en estos minerales antioqueños.

Tomás Carrasquilla.

"Mucho amor, mucho
viento y mucho frío"
... y Campoosorio[1].

I

Es en los promedios del siglo XVIII.

Entre las familias españolas establecidas en San Lorenzo de Yolombó, descuella en primera línea la de Don Pedro Caballero[2] y Doña Rosalía Alzate. El es rubio y aragonés; ella, morena y andaluza; ambos, apuestos y aventajados de figura, amables al par que imponentes en su trato. Don Pedro viene desde España nombrado, por compra que hizo del puesto, Regidor Mayor y Capitán a Guerra de esta villeja minera, que tanto promete. Pronto se hace notar por sus enérgicas actitudes, por su carácter ecuánime y francote, si no por sus aires e ínfulas de gran señor. No le va en zaga la esposa: es dama medio pulida, de mucho adobo y muchas galanuras; cantora, guitarrista, maestra de bailes y diversiones, hábil en labores caseras, y, sobre todo esto, virtuosa y abnegada. Tanta cosa es la Sevillana que medio sabe leer y echar la firma. Desde su llegada se propone disipar las nostalgias, con todas las alegrías que su alma, cristiana y recursada, pueda extraer de estas montañas.

Allí encuentra a su paisano Don José María Moreno, casado y establecido, hace algún tiempo, y, según pública voz y fama, podrido en oro. Los dos prenden candela bajo el agua, con regocijos y chuscadas del género inocente, con ser que el Sevillano es pillastrón, tomatragos, malquerido y peor hablado.

[1] La alusión al poeta español Ramón de Campoamor y Campoosorio (1817-1901), por medio del apellido materno, ilustra lo socarrón de Carrasquilla. El verso citado viene del tercer canto de *El tren expreso* (Campoamor, *Poesías*, Madrid, 1921, pág. 210) que comienza como sigue: "Cuando un año después, hora por hora...".

[2] Ver *Estudio preliminar, Génesis y ecos autobiográficos*, así como Kurt L. Levy, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*, Medellín, 1958, pág. 311 (cuadro genealógico) y carta a Ricardo Moreno Uribe, fechada en Medellín, mayo 7 de 1939 (*O. C.*, II, págs. 811-812).

Don Pedro y Doña Rosalía han traído consigo varios esclavos y sendas ejecutorias de nobleza. De tales pergaminos, levantados en Zaragoza y en Sevilla, respectivamente, resulta: la heráldica de ambas familias con todo y pintura; la reseña y descripción de ambos solares; y la constancia fehaciente de que ni gota de sangre morisca o judaica circula por las venas de Caballeros y Alzates. Los dos mamotretos se guardan en una caja muy labrada, con grandes cerraduras y enchapados de plata. Eso es como el Arca de la Alianza[1].

A Doña María de la Luz, la primogénita de Don Pedro, la casan con Don Vicente, hijo de Don José María. Los nietos van viniendo, por sus pasos contados; y Caballeros y Morenos se vinculan en un mismo compadrazgo.

Como Don Pedro es hombre de buenas agallas, no se atiene a los gajes y granjerías oficiales. Sin largar la vara de autoridad mayor, la depone, por meses, en el sustituto, para habérselas con esos aluviones de San Lorenzo, San Bartolomé y Doñana, apenas medio explotados, y de donde provienen las riquezas de Don Chepe.

En verdad que éste es el hombre de las minas. Unas las trabaja por su cuenta; otras las ha cedido a sus dos hijos mayores, a quienes presta auxilios para trabajarlas; las restantes las tiene arrendadas. Asóciase a su compadre Caballero, no sólo por espíritu de compañerismo, sino por probar la combinación de su suerte con la de su asociado, porque los mineros, a semejanza de los tahúres, buscan la resultante de dos o más suertes.

Con próspera o con adversa, por cuadrillas de esclavos, que van trayendo de las Antillas, como Dios, la tradición y la propia experiencia les dan a entender, explotan esos aluviones, durante doce años. Al cabo de ellos se liquida la compañía. Siéntese Don Chepe muy cansado, con estos quebraderos de cabeza; su mina de Doñana le da con qué vivir, muy holgado, sin tocar la cata. A más de eso, él tiene la minita de Santa Polonia. Y, si en el pueblo no le juegan demasiado, porque le conocen su suerte loca, a los mineros de Remedios, que allí pernoctan con frecuencia, les gana hasta la camisa. Don Pedro, empecinado y terco, como buen zaragozano, prosigue las labores, por su sola cuenta. Cual si la fortuna lo favoreciera a él, exclusivamente, saca en pocos años lo que no sacara en tantos, con su compadre.

Ya, por ese entonces, Don Vicente y Doña Luz les han traído seis vástagos; y la fecundidad no mengua.

Este Don Vicente, siendo alegre y decidor, no es arrebolado e inverecundo como su padre. Quiere a la familia de su mujer, más que a la suya propia, y, con el tiempo, se va acendrando este cariño hasta convertirse en fanatismo[2]. Y eso que Doña María de la Luz en nada se parece a su madre. Es

[1] En el Arca se guardaban las Tablas de la Ley.

[2] La obsesión que linda en manía es una constante en la producción creadora de Carrasquilla (ver Levy, *Op. cit.*, cap. V). El fanatismo se convierte en *leitmotiv* de *La Marquesa de Yolombó.*

rubia y fea; y, con esa maternidad sin tregua, ha adquirido una gordura fofa, mucha indolencia y muchísimo capricho. A poco es una verdadera madre de caracol, muy bien comida. Tiene dos negras nodrizas que le amamantan los hijos, con esa sangre africana que tanto robustece.

Se le han ido pegando las palabrotas de su suegro, y echa cada parrafada por esa boca, que se afrentan los perejiles. Su mayor encanto es estarse en su silla, entre almohadas, bajo su pabellón de lienzo, con una mochila henchida de plata, jugando al tute o al quinqueño, a la ropilla o al tururo, entre jícaras de chocolate, atracones de longaniza, gruñidos y alegatos. Hombres o mujeres, adultos o pequeños, tienen que sostenerle la perpetua jugadera. Las pocas veces que se ve sin compañía, saca solitarios, porque la baraja es su segunda naturaleza. A las veces combina el juego con alguna otra diversión musical y bailable, en que apenas es espectadora mientras se baraja. No quiere perder ningún paseo; mas, como vive tan impedida por la obesidad y otras causas, tiene que arbitrar Don Vicente uno como palanquín toldado, que cargan cuatro negros; y héteme a Doña María de la Luz, campo arriba y campo abajo, como Virgen en procesión. Por fortuna que Don Vicente toma a broma todas las genialidades de su mujer.

Doña Rosalía, que en medio de su alegría es el señorío y la formalidad en persona, vive atribulada con esta su hija, a quien no sacan de sus caprichos y ociosidades, de su indolencia y desentendimiento, ni consejos, ni sugestiones, ni súplicas. Viendo el desorden y desbarajuste que en esa casa reinan, determina intervenir en ella, sin descuidar la suya, en cuanto le sea posible.

Su hija Bárbara[1], muchísimo menor que Doña Luz, es la llamada a ayudarla en tamaña intervención. Es una chicuela precoz, despierta y hacendosa, a quien le alcanza el tiempo para todo, sin que cosa alguna se le dificulte. Con su carácter servicial, complaciente, y adaptable, es la única de la familia que satisface a Doña Luz y la única que conjura, un tantico, sus brusquedades y rabietas. Por algún tiempo es, en casa de Don Vicente, cirineo[2] y pararrayos más que eficaces; pero he aquí que las mocosuelas de sus sobrinas dan en suponer que esta su ayuda y aquella su influencia son cosa mala: que quiere rivalizarlas en el corazón de la madre, que es una intrusa, que pretende imponerse en casa ajena y que esto y lo otro y lo de más allá; en fin, una de esas conjuras que urden las chicas cavilosas y mal aconsejadas. ¿Y qué hace la tía combatida? Pues voltear cola y volverse a su casa, muy a disgusto de sus padres, de Don Vicente y de Doña Luz. Mas, como ésta suele llamarla muy perentoriamente, tiene de acceder en ocasiones, y arrostrar las malas caras y los saetazos de sus sobrinas.

Don Pedro se ausenta con frecuencia, unas veces solo y otras con su yerno, a sus trabajos de minería, y, aunque en ellos mantiene negras que le sirven

[1] La primera descripción de la protagonista señala rasgos clave de su personalidad.

[2] Ver *Acuarela D*, titulada *Los Cirineos* (O. C., I, págs. 650-652).

con toda fidelidad, Doña Bárbara se da a entender que, a pesar de ello, todo debe de andar por allá, si no manga por hombro, de modos muy ordinarios y poco gratos; que ayuda y asistencia de esclavas no bastan a la categoría y a la delicadeza de su padre y su cuñado; y que, siendo ella una moza hecha y derecha, facultativa para todo, que, por tener varias hermanas, no hace mayor falta a su madre, debe irse con ellos a las minas, para ver de endulzarles en algo esa vida de destierro. Decláralo así, se ríen de su ocurrencia, la tratan de novelera, le aseguran que no aguanta aquel viaje, ahora a pie, ahora en silleta; le pintan las incomodidades a que va a someterse y los peligros de enfermar en esos hoyos monteses, donde miasmas y mosquitos envenenan hasta los mismos animales. ¡Lo que le valen tales reparos a esta moza de sangre aragonesa!

Tan sólo por matarle el antojo, se la llevan consigo los mineros, pensando que no aguanta una semana en aquellos vericuetos tan lóbregos. Cuenta, a la sazón, diez y seis años; y vieras cómo, luego al punto, se van despertando en ese medio, rudo e inclemente, las energías de aquel carácter y los recursos de aquella cabeza. Espíritu de sacrificio, de orden, de disciplina, de administración, va sacando, uno tras otro, así en lo grande como en lo pequeño, lo mismo en lo moral que en lo físico, y todo con un brío y una jovialidad que más parece cosa de diversión que de ayuda. Interviniendo en todo lo doméstico hace de aquellos ranchos, a veces trasladables y siempre improvisados, algo limpio e higiénico; de aquella culinaria primitiva, platos sazonados; de trapos en jirones, ropa llevadera; de esa negrería negligente y desidiosa, servicio ordenado y distribuido por capacidades.

En llegando se hace construir, para su dormitorio o dormidero, uno como zarzo muy discreto, muy abrigadito con encerados y esteras; y pone a su inmediato servicio a la negra Chepa, esforzada como el negro más atlético, y traída por ella desde Yolombó, y a cuyas espaldas ha salido de los malos pasos. Con tablones y traviesas inventa un estrado, donde se sienta a coser, a hilar y a zurcir. Las hamacas, los toldillos y los troncos de árbol, que sirven de asientos, tienen su método y simetría; los tienen costales y mochilas, las cuerdas tendidas que hacen de roperos, las perchas de horquetas, las cuatro petacas de cuero y los baúles cerrados, donde se guardan los papeles, el peso y los dineros. Un armatoste, más banco de carpintero que mesa, tiene, de ahí adelante, mantel para las comidas y bayetón doblado para el tute y la ropilla. Las cucarachas, arañas y demás bichos, que colonizan esos parajes interiores y aquellas paredes de guadua abierta, huyen como hordas espantadas, ante esa escoba conquistadora que todo lo toma a sangre y fuego. La Virgen del Pilar, un mamarrachito al óleo, a cuyo amparo ha puesto Don Pedro sus trabajos, asciende a tabla, con paño repulgado, a cacharro con flores y a vaso con llama perpetua de aceite, amén de las muchas avemarías y las frecuentes e improvisadas jaculatorias, que la devota joven le reza.

Es este recinto lo que se llama "la mayoría"; a su frente, campea por su largura, bajeza y torcimiento, "la proveeduría", donde, a más de los víveres,

se guardan herramientas y enseres. Del lado izquierdo, alza su penacho la cocina; del opuesto, y a bastante distancia, se agazapa el cuartel de la peonada. Por una canoa de guaduas, empatadas sobre horquetones, viene el agua; cubre el suelo, en redor de las cuatro barracas, ese astillero menudo y malsano que va dejando el corte de la leña; higuerillos y cargamantas, a la redonda y en primer término; malezas, troncos y cepas, en segundo; monte espeso, en tercero y último. Sólo se ve, por ahí, un par de barbacoas con algún sembrado. Está todo en un morrillo, retirado del río y no muy cerca del actual laboreo. Doña Bárbara, como piensa volver a la mina, a cada permanencia de Don Pedro, se propone, si ese aplazamiento de los ranchos es durable, extirpar del suelo la sutil astilla, demarcar patios limpios, sembrar el resto y cercar el todo.

A poco más le toma el pulso a la proveeduría: al recibo, peso y medida de los víveres, a la salazón y ahumada de las carnes, al despacho de las raciones, al carácter y a la condición de los contratistas proveedores, al manejo del negro despensero. Pronto se impone de los respectivos oficios, que en la cocina le corresponden a las dos negras y al garitero; de cuántas y de qué porte son las arepas, cuántas las ollas, cómo y cuándo el reparto de las comidas.

Mediante buen salario, desempeña la cocina como mandataria y jefe, la fogonera Sacramento. Es una liberta de Remedios, que, en los tiempos de su servidumbre, dio varios hijos a sus diversos amos. Libre del yugo y de la procreación, rescató al mulato Guadalupe, veinticinco años menor que ella; y, hechizándolo con sus embrujos y buenos servicios, elevólo a la categoría de esposo idolatrado[1].

Sacramento goza de gran renombre como curandera mágica o cosa tal. Cuéntase que, en sus andanzas de Remedios a Zaragoza, hoy en una mina, mañana en otra, se ha hecho a muchísimos secretos, ya de indios, ya de africanos, ahora en bebedizos, ahora en sortilegios. Cuéntase, asimismo, que viene de una raza predestinada a la magia más aguda y extraordinaria; que su madre, la insigne María de la O Quintana, de gratísima memoria, era una zahorí tan formidable que ni el pliegue más arcano del futuro se le ocultaba a su adivinatoria omnipotencia. Mas, como su hija Sacramento no había nacido en jueves santo, cual le acontecía a ella, no pudo transmitirle este privilegio, concedido únicamente a las hembras nacidas en tal día.

Sea casualidad, sea que los males que no han de matar tienen de aliviarse o de curarse del todo, es lo cierto que la negra, con sus andróminas y agüeros, levanta enfermos muy postrados, propinándoles cualquier porquería de las suyas. Lo que son el carate[2] rojo y morado los cura a maravilla, mientras que al blanco no le valen todas sus sapiencias. Sobre sus filtros y enyerbos, para

[1] Ver la relación entre Severiana y Liborio retratada en *Acuarela G*, titulada *Tranquilidad filosófica* (*O. C.*, I, págs. 664-667).

[2] Ver el caratejo del cuento *A la plata* (*O. C.*, I, págs. 578-582).

producir amor volcánico u odio implacable, cuentan y no acaban. Esto le da más pesetas que sus mejores curaciones. ¿Quién puede dudar de tantos prodigios? Ahí está su mulato Guadalupe, tan buen mozo y tan plantado; y ni la hembra más linda y tremenda se lo ha quitado, a ella tan viejorra y tan cuajuda.

Si es o no bruja escobera o voladora, se discute; ¿mas, cómo no creer que es una Ayudada de siete suelas? Todos le han notado el monicongo familiar[1], que guarda en el seno como una reliquia. Es el tal un negrito de palo, de tres pulgadas de alto, con ojos de cuencas blancas y dientes de albayalde; cabezón él, bracicruzado y patiabierto. Se lo levantaron en Zaragoza y le costó dos onzas, por más señas.

Tal es la soberana del fogón, en la mina de Don Pedro Caballero. Sirve la garita su carísimo y entongado Guadalupe. Disfrutan, a más de la paga, las sisas y gangas, consiguientes a todo gobierno, las dichas del mando y de sentirse necesarios. Cuando ven que la intervención de Doña Bárbara puede menoscabarles la privanza y el merodeo, arman viaje. Mas ella les declara, muy tranquila, que se larguen con viento fresco, cuando a bien lo tengan; que, para el fogón, ahí está la negra Chepa; y que cualquier negrito inútil puede pilar el maíz y rajar la leña; pero que, si quieren ver cómo se maneja ella con sus inferiores, demoren el viaje una semana, por vía de ensayo. Tragando hiel y vinagre se quedan. ¿Y qué sucede? Que a los pocos días la llaman mi Amita de oro, la Madrecita de sus negros; y que, libres y todo, se quedan con ella para siempre, cual si fuesen sus esclavos más adictos.

Su primera asomada a los trabajos es una complicación de sorpresas y entusiasmos, a cual más nuevo. Esa fila de negros que cavan en la playa, ésos que llenan con las palas los zurrones aquellos, que se los echan al hombro, unos que van jadeantes, otros que vuelven descansados, le parecen algo así como banda de brujos simpáticos y bondadosos. ¡Pobres negritos! Cargaban como animales. ¡Y tan zarrapastrosos, tan hilachentos! ¡Si casi andaban en cueros! ¡Cómo les brillaba al sol el pellejo trasudado! Cuán divertidos quedaban con esos sombrerones de palma, tan altos y puntudos de copa. Estos sí eran los verdaderos monicongos. ¿Pues y la tal cinta? Esta sí era la brujería grande. ¿Quién podía suponer que de ese pedregal, tan feo, tan empegotado y tan suelto, pudieran sacar el oro? Pues a ver cómo es esa saca milagrosa.

Y bordeando por lo seco, la llevan a donde vea...

¿Conque ése era el canalón tan mentado? Y Don Vicente, seco de risa, le va explicando, mientras los negros se encantan con la zandunga de la nueva Amita. ¡Ah, sí! Va entendiendo ese lavatorio al revés: lo lavado de nada servía y se botaba; en la mugre que iba largando estaba la sustancia. Y no pierde pie ni patada, en aquel procedimiento que a ella le parece el colmo de las

[1] Amuleto en forma de muñeco negro que protege a quien lo lleva.

humanas invenciones. Toda se vuelve ojos. ¡Qué cuadro y qué maniobras! Aquel chorro tan lindo, que saltaba de la canoa; los zurronados que al pie le iban echando; el agua que se volvía sucia y espesa; ese canal inclinado que iba arrastrando tanta cosa; aquellos negros que revolvían la corriente, con esos almocafres; aquellos que, con el par de cachos, iban cogiendo las piedras limpiecitas, para botarlas de lado y lado. Y luego esos tablones atravesados en el canal y que atajaban. ¡Cómo sabían los hombres! Pero... ¿y el oro? Allí estaba la brujería máxima. La ciencia de Don Vicente le explica. El oro era tan esquivo y tan astuto que hasta desentrañado de la tierra bregaba por volver a esconderse: se iba al fondo, al asiento del punto en donde cayera, envuelto y solapado en su manto de arena. Ahí estaba asentado, en la cabecera del canalón, acaso un poco más abajo, en algún atajadero. Pero, si él era ladino y ardidoso, más lo era el minero, que le ponía tales trampas. A la prueba se remitía; y, tomando la circular batea, la hunde en la cabecera, la saca colmada, y empieza.

Derrame aquí, derrame allá, botadura de un lado, botadura del otro, baile va, meneo viene, lo craso se va eliminando, lo delgado se va quedando. ¡La boca que abre Doña Bárbara! ¡Y qué manos las de su Cuñita Vicente! Tomando agua con los dedos, inclinando la bacía, goterea, con femenil sutileza, por aquí, por allá, por acullá. Bota, luego, con el índice, el ruedo claro, que viene hasta el borde; torna al giro; pule el manipuleo; inclina el disco de presto, y, en una como gama, surge, allá en el confín, con albor de aurora, la ceja rubia, que tanta sangre cuesta. Separarla enterita es coser y cantar.

Doña Bárbara siente como un escalofrío que le sale del corazón, que se le sube a la cabeza, que la enfiebra y la perturba. ¡Valiérale el Señor con esas tentaciones tan malas, en una niña de su clase y condición!

De ése en adelante, casi todos los días, va a los trabajos, sea a pie o a espaldas de la negra; y no sólo a observarlo e inquirirlo todo, sino al delicioso aprendizaje del lavado. Las horas se le van con esa batea indómita, en esas manos tan inhábiles[1]; pero ella se llama Doña Perseverancia. Don Pedro no sabe si reírse o admirarse de este entusiasmo irremitente, y la deja obrar a su sabor y talante. Con algo bueno habría de salir el diantre de la Chata.

En estos minerales tan ricos se lavaba casi siempre diariamente; mas, como en el canalón no hubiera riesgo de hurto, esta operación se hacía, en ocasiones, con intervalo de dos o cuatro días. No por ello interrumpe Doña Bárbara sus estudios. Hasta en casa emprende los lavatorios, adoctrinada por Don Vicente y por Don Sebastián Layos, capataz de la cuadrilla y director inmediato de los trabajos. Sirve a sueldo; es experto en su oficio, de probidad rayana en ridiculez, muy ajonjeado por los patrones, respetado y obedecido por la negrería.

[1] La formación minera de Bárbara, de fracaso a triunfo, recuerda la formación del gaucho en *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, bajo la tutela del mentor.

Si a él le rinden fueros, a la Madrecita de sus negros la veneran; la maga Sacramento y su hechizado Guadalupe han transmitido su amor por la chica, a todos esos corazones africanos. Razón les sobra para tanto culto: Doña Bárbara los trata a todos con esa benevolencia, hija de la caridad y madre de la nobleza. Quiere y exige que todos estén bien comidos, llenos, hartos, si es posible; que los alimentos se preparen con buena sazón y mejor aseo; que los platos y las cucharas de palo, así como los cocos y las totumas, brillen como unas platas; y, para que así le resulte, inspecciona el despacho de las raciones, la preparación y el reparto de la comida, la limpieza y arreglo de los trastos. Cuando hay matanza de cerdo, interviene en el aderezo de morcilla, tamales y chorizos; y lo distribuye todo, boca por boca. Los sábados, día en que les pagan el jornal, les da, encima, chicha, miel o dulce de guayaba. ¡Amita más llena y más bizarra! Que Su Divina Majestad la coronara de gloria desde esta vida. Pues ¿y cuando alguno estaba enfermo? Sin ascos, sin extremos, por las acres emanaciones de la raza de Cam[1] y de todo cuartel o enfermería, se apersona allá, con la insigne curandera, sin que nadie la ataje, para todo remedio o tratamiento que el caso demande. Y ella misma, con esas manitas marfileñas, tiene cara de aplicar emplastos y cataplasmas, sobre esos pellejos tenebrosos y ardidos por la fiebre. Ni las súplicas de Sacramento, ni la vergüenza del paciente, ni los gruñidos del padre son poderosos a impedir las obras de este Pedro Claver con enaguas[2].

Guardando la distancia con mucha discreción, se divierte con los negros bozales y les busca palique, con cualquier pretexto. En cuanto a los cantores y guachistas[3], los llama a cada atardecer; les escucha con franco deleite y hasta les acompaña esos aires tristes, hondos y añorantes, de los cuales se ha derivado el bambuco[4]. Y ¡cosa rara!: Doña Bárbara, demócrata y niveladora por temperamento, es, desde ese entonces, más realista que el Rey, su Amo y Señor, igual en la tierra al Dios del cielo.

Las veladas son variadas y para ella más que gratas. No bien anochece, se prende la hoguera y cuatro negros la sostienen, por turno, hasta el alba, no vaya a ser que Tío Tigre, tan ladino como alevoso, invada los ranchos, no contra el hombre, a quien no ataca, a devorar las bestias o a romper la proveeduría y a acabar con todo. Frente a la candelada, después del rosario, juegan los negros al machete, con arma de madera, por supuesto, no sea que, en el asalto, se hieran, y se pierdan unas cuantas peluconas. Sus brincos y

[1] Cam era el segundo hijo de Noé: maldecido por su padre, a él y a sus descendientes les tocó la servidumbre.

[2] El padre jesuita español Pedro Claver defendió los derechos de los descendientes de Cam.

[3] *guachista:* músico que toca el guache, "instrumento popular rústico en Colombia hecho de cañutos de guadua, o de un trozo de yarumo con semillas secas... que produce fuerte sonido al sacudirse" (S).

[4] Ver el tributo a Emilio Murillo, "Shakespeare de nuestro bambuco" (*Pro Patria,* en *O. C.*, I, págs. 706-707).

cabriolas de micos hacen desternillar de risa a la Amita, así como los bailoteos con que, previa tregua, terminan la diversión. Tras ésta viene la merienda y, tras la merienda, al cuartel.

Adentro, a la luz crepitante de una candileja, juegan los blancos, unas veces ropilla, otras tute, mientras emerge de las cocinas ese olor cazuelero, anunciador de la cena. En cuanto prenden los patrones sus churumbelas de plata, cargadas con tabaco de La Virginia y las bocanadas salen y el humero se difunde, narra Layos aventuras de caza, su chifladura, su vanidad y la disculpa de esas sus mentiras cazaderiles, tan gordas como inofensivas. ¡Los tigres, las serpientes, las tominejas que ha matado! Porque... ¡después de Dios, su puntería! Y mira, como testigo que no le dejaría mentir, a su escopeta milagrosa, aunque inglesa, muy tendida y horizontal, allá en la espetera, de muesca labrada, hechura de sus manos. En ocasiones interviene, en estas proezas, algún genio montuno que, por impedirle el triunfo, le hace jugarretas y malas partidas. Pero con él no valían astucias ni sinvergüenzadas diabólicas: pieza que él persiguiera, condenada estaba a muerte, de antemano.

Algunas noches dan de mano a la baraja, por los relatos de cosas sobrenaturales[1]. Don Pedro, evocando su Aragón y la tierra de su esposa, cuenta los milagros más sonados de la Virgen del Pilar, y hechos de armas, heroicos y extraordinarios. Alterna el yerno repitiendo las versiones de su padre. Sesión por sesión, van sacando lo superhumano de esa España milagrosa. Tantas apariciones de la Virgen; las bajadas desde el cielo del Apóstol Santiago[2], caballero en su corcel de guerra, para vencer a la morisma; el campo cubierto de estrellas donde yacían sus huesos sacrosantos; su templo construido por los ángeles; tantos puentes y castillos levantados, en una noche, por el diablo; aquellos aquelarres de Barahona y Somorrostro[3], adonde acudían las brujas por legiones; aquellas monjas, poseídas del demonio, que garlaban en todos los idiomas; aquellas que huían del convento y dejaban a la Virgen en su reemplazo; aquel Rey injusto, emplazado por tres de sus víctimas inocentes y por término perentorio, ante el propio tribunal divino; aquel pecador, de varios nombres y lugares, que volvió a Dios por haber presenciado sus exequias; tanta gesta, tanto portento, tantísima maravilla.

[1] Las cosas sobrenaturales forman parte orgánica del medio ambiente.

[2] Santiago el Mayor, hermano de Juan Evangelista, uno de los apóstoles de Jesús muerto en el año 42.

[3] "En España han sido especialmente considerados como punto de asamblea de brujas los campos de Cernégula o Cerneula, a donde iban las de la montaña de Santander y norte de Burgos. También los campos de Barahona, en la provincia de Soria" (Julio Caro Baroja, *Vidas mágicas e Inquisición,* vol. I, Madrid, 1967, pág. 156). Sin que se cite específicamente en el mismo contexto el nombre de Somorrostro, parece probable que Carrasquilla identifique el dicho valle en Vizcaya con semejantes asambleas. "Aquelarre" (en vascuence "prado del cabrón") es montaña cerca de la cueva de Zugarramurdi en Navarra, contigua al prado de Berroscoberro, con fama, "incluso documentada por proceso inquisitorial conocidísimo" (*Ibid.*, pág. 156).

Doña Bárbara se va desvaneciendo en un vértigo de prodigio. Pide más y más relatos, más y más comentos. Pero he aquí que una cosa, que nada tiene de milagro, por más romancesca que por sí sea, le llena la cabeza de ensueños: las aventuras mineras de Doña María del Pardo[1] y sus tesoros recogidos en estas encañadas antioqueñas.

En las noches de luna, cuando las copas de los árboles se ven medio azules y sus troncos se perfilan casi albos, salen, hasta una cuadra, más allá de la puerta de trancas, para ver y escuchar el monte. Los cuatro, cual más cual menos, creen en esos seres maléficos que lo pueblan. Esto mismo da mayores atractivos a sus nocturnos trasiegos.

En verdad que son del alma atravesada. Los terribles genios del Africa no dejan en paz a los negros[2], arrancados de su suelo por los civilizados, cazadores de hombres. Con los barcos negreros han atravesado el Atlántico Océano para venir a colonizar estos montes intertropicales de los Andes, a oír sus nombres traducidos al castellano, a mezclarse con las deidades indígenas. Aquí habita lo más ínclito de su corte infernal y selvática.

Aquí habitan Los Ilusiones, esos duendecillos incorpóreos, que se van a las orejas de los inocentes y les revelan secretos feos y pecaminosos. Antes somos buenos los americanos, para las cosas tan horrendas que Los Ilusiones nos enseñan, desde la cuna.

Aquí habita El Patasola, que, disparándose del monte, en tres zancadas, desgaja los frutales, rompe cercos, hunde techos y cuanto topa, con su única pezuña, hendida como la de un marrano babilónico. No se conoce contra que le valga[3].

Aquí, La Madremonte, musgosa y putrefacta, que, al bañarse en las cabeceras de los ríos, envenena sus aguas y ocasiona calenturas y tuntún, llagas y carate, ronchas y enconos. Tampoco tiene "contra", la maldita.

Aquí, El Patetarro, un gigantón que sólo tiene una pierna de carne y hueso. Para poder andarse en sus fechorías, se acomoda en el muslo mocho un trozo de guadua, un tarro de esos horadados en el interior de sus divisiones, en que cargan agua algunos montañeses de nuestras alturas. No bien lo llena con sus líquidos pestilentes, se sale a las sementeras y en ellas los derrama, el muy cochino. En la parte que coge se secan hasta los árboles, si no resultan gusaneras de cosecha y hormigueros que todo lo arrasan. ¡Horribles son los líquidos de El Patetarro! Si no fuera porque el grandísimo sinvergüenza se

[1] Igual que Ana de Castrillón (ver nota 3 de pág. 11), María del Pardo era conquistadora y colonizadora, ejemplo para Bárbara Caballero.

[2] Carrasquilla acude a los factores ambientales para evocar el clima espiritual del período: "Aquí habita lo más ínclito de su corte infernal y selvática" (pág. 55) (ver nota 1 de pág. 22).

[3] La descripción de los cinco mitos, y sobre todo la de El Patasola, recuerda a García Márquez ("Aquí habita El Patasola... con su única pezuña hendida como la de un marrano babilónico", pág. 24).

muere de miedo con las calaveras de vaca, no quedara a vida ni un papayo, en estos sembrados montañeros.

Aquí, el más funesto y espantoso de estos enemigos: El Bracamonte, incógnito y misterioso. Ningún ojo humano le ha visto, porque nunca sale de sus espesuras; mas desde ellas hace sus estragos; sus bramidos y baladros son tan pavorosos que, en oyéndolos, se echan a temblar los ganados y perecen, entre horribles convulsiones. De cuanta peste sobrevenga en hatos y en corrales tiene la culpa El Bracamonte. ¿Qué contra puede tener este malvado?[1]

Ante estos montes, habitados por estos genios siniestros, se detienen los tres mineros y la heroica niña, casi en reto. Ninguno de los cuatro los tiene por mitos bárbaros.

No empecen estas creencias a su fe acendrada de católicos: en su misma religión las engloban[2]. ¿No era un dogma la existencia del diablo? Pues todos esos brujos malvados, del monte[3] o de la ciudad, eran agentes especiales de Satanás, para perturbar las almas y ver de perderlas por completo. Y, si hacer pactos y negocios con él era un pecado, mal podía serlo el creer en sus asechanzas y en sus encargados.

Doña Bárbara, más supersticiosa que ellos, a fuer de joven y de hembra, opone, a estos temores de las cosas y gentes demoníacas, su misma confianza en lo divino. Ignorante en religión, como en todo, bien se le alcanza, por la poca doctrina parda que le han enseñado, que en esa mina no corre peligro de ningún linaje. Ni el diablo ni los diablitos pueden arrimar por ahí, de ningún modo, porque arribita del cuartel, en una cuchilla desmontada, está el cementerio, sembrado de cruces, sin contar la de Mayo[4], renovada cada tres del mismo, y que se alza, frente a los ranchos, junto a la puerta de trancas de la entrada.

La Virgen del Pilar era, por otra parte, patrona poderosa de la mina; y, a más de todo esto, su devota llevaba en el pecho el preservativo con que su madre la dotara, al despedirla de la casa: un óvalo de oro, legado de una su

[1] El enfoque de los cinco mitos regionales (también citados en *Hace tiempos*) señala de nuevo la actitud familiar del autor hacia la esfera "de tejas arriba" de su tierra. El Patetarro es "el muy cochino" y "el grandísimo sinvergüenza"; El Bracamonte "este malvado". En cuanto a Los Ilusiones, Carrasquilla, en carta a Bernardo Arias Trujillo, fechada en Medellín, noviembre 5 de 1936, alude a "esos geniecillos del monte antioqueño que desde el regazo de mamá nos mantienen a los paisas tan alborotados y andantescos" (*O. C.*, II, pág. 809). (Conviene apuntar que el Maestro Pedro Nel Gómez está atareado en elaborar esculturas de los mitos regionales en el recinto de la Universidad Nacional de Medellín).

[2] Se señala la fusión entre creencia y superstición que caracteriza la religión en la zona rural de Latinoamérica.

[3] Aquí el concepto "monte" es sinónimo de "campo", lo cual trae a la memoria los dos títulos de la tercera parte de *Hace tiempos*, Medellín, Editorial Atlántida, 1936: *Del campo a la ciudad*, de acuerdo con la cubierta; *Del monte a la ciudad*, de acuerdo con la página del título.

[4] El 3 de mayo la Iglesia Católica honra la cruz del Salvador.

trisabuela[1], con Santa Justa por un lado y Santa Rufina por el otro, el cual óvalo encierra, entre los vidrios convejos[2], briznas milagrosas de las túnicas de ambas santas.

Ni a animal alguno tenía de temerle: siempre reza al dormir y al despertar esta jaculatoria:

San Pablo: si Dios te hizo
Tan grande y tan milagroso,
Líbrame de las culebras
Y de animal ponzoñoso.

Y, si era cierto que lo que no podían los santos lo podía el diablo, cual repetía Don Pedro, también estaba segura por esta parte. ¿Cómo no?

La Ayudada Sacramento le tiene prometido no dejarla enfermar, de ningún modo; y le propina unos resguardativos de yerbas, que ella prepara para los blancos, exclusivamente. No entran en su composición ni el tal colmillo ni la tal uña, ni la sustancia que largan, en el agua hirviente, "las tres chagualas mágicas" de oro, plata y tumbaga, porque eso sólo se usaba para males feos, de la gentuza y la negrería, nunca para precaver a las niñas principales y bonitas de tabardillos, causones y descensos. Y tan eficaces eran las tomas de Sacramento que ni siquiera le había amagado el diantre de la chapetonada, que a nadie perdonaba.

No tiene, pues, por qué temer a los enemigos del alma ni del cuerpo. Tan segura se siente de su inmunidad que, a pesar de los encargos de Doña Rosalía y de los gruñidos de Don Pedro, no se guarda de sereno ni de humedades.

Eso es lo de menos: contempla el monte, ese cuartel de tantos soldados del demonio, y no se asusta. Lo contempla con una cosa allá, no sabe si triste o alegre, pero siempre agradable y tan difícil de entender, que la hace pensar, suspirar y estremecerse. ¡Cosa más rara sentir todo eso, por un monte endemoniado! ¡Y si fuera eso sólo! ¿Pues no le daban ganas de volar hasta él, lo mismo que un pájaro y meterse bien adentro? Embrujamientos o tentaciones del diablo tenían que ser estos antojos tan particulares. Y, viéndolo bien, todo lo que salía del monte era como embrujado: esas flores de yedras, tan parecidas a cosas de verdad o a animales; esas bandadas de cotorras y aquellas de pericos, que armaban una chillería tan alegre. Hasta los plumajes que le conseguían sus negritos, y esas guacamayas, de tantos colores casados, tenían su cosa allá, miedosa de puro linda. La tenían, también, de puro fea, las guaguas, tatabras y esos pájaros cenizos que cazaba Sebastián. Pues ¿y los micos? ¡Ay señor! Al verlos salir en montonera, trepar a los árboles, anudarse por las colas, dar tantos brincos y hacer tantas pruebas, con

[1] Carrasquilla demuestra su independencia lingüística.

[2] DRA da "convexo".

aquellos chiflidos y aquellas muecas tan particulares, no sabía si reírse o asustarse; y pensaba cosas tan sumamente malucas que hasta pecado serían. Le parecía, unas veces, que los micos se iban a volver cristianos; y, otras veces, que los cristianos iban a volverse micos. ¡Si no eran ellos una brujería muy enredada viniera Dios y se lo dijera!

¡Pero no! Con todo esto ella no incurría en ningún pecado. Todo era bobadas y ociosidades que ella sacaba de su cabeza, sin quererlo ni pensarlo. Bien decía su madre que ella era una loquita tolerada. En fin, embrujado o no todo lo del monte, ella no tenía por qué temerlo ni a cosa alguna diabólica, fuese del pueblo, de ranchería o de montaña. La Virgen del Pilar, las cruces, su reliquia, el ángel de su guarda, el rosario y el persignarse cada rato, la libraban de todo mal y peligro.

No contaba con la huéspeda; no contaba con esos duendecillos matinales, sutiles y capciosos; con esos Ilusiones, los más terribles agentes del Enemigo Malo. Uno de ellos, un Ilusión de tomo y lomo, de lo más elocuente y sabido, da en la flor de soplarle en los oídos y no al amanecer, tan solamente, sino a todas horas, no cosas malas ni pecaminosas sino muy bellas y de provecho, no para conturbar inocentes sino para halagar entendidos: Doña María del Pardo[1], con sus heroicas andanzas de aluvión en aluvión; Doña María, con sus ingentes tesoros, arrancados a los pedriscos ribereños; Doña María, fundando y quemando poblaciones, actúa, a cada paso, en estos soplos trastornadores. Y ¿por qué no había de ser Doña Bárbara Caballero y Alzate, si no tan andariega y denodada como esa española venturosa, tan constante como ella? ¿No vencía la constancia lo que la dicha no alcanzaba? Y el demontres del Ilusión, empecinado en su engatusamiento, va levantando de cascos a la alentada joven. Y tal, que va apurando, día por día, su aprendizaje del lavado y sus observaciones, en todo procedimiento y trabajos mineros, hasta acabar por formarse, por su propio dictamen, todo un sistema de laboreo, tan armónico en el conjunto como seguro en sus detalles.

Hace casi cuatro meses que están en las minas y ya Don Pedro y Don Vicente han dado, en este espacio, sus asomadas a Yolombó; han invitado a la chica a asomarse con ellos; pero ¿iba ella a someterse a que la dejaran allá? No, en sus días. Razones y encargos a la madre, y de ahí no la sacan.

Las temporadas de Don Pedro en San Bartolomé son más por placer que por necesidad: Layos es un director de toda su confianza, así por lo hábil como por lo honrado. Esta vez ha permanecido más que de costumbre, no sólo por entretener ahí al yerno y tenerlo alejado del pueblo, en donde bota el dinero a chorros, en jaranas y jugarretas, sino también, porque la compañía, el regocijo, las gentilezas y formalidades de la hija hacen de ese monte una fiesta perpetua.

En esta estadía, junto a ella, a toda hora, se le ha ido revelando una mujer

[1] Ver nota 1 de pág. 24

rara, una dama en quien se aduna lo útil con lo agradable, lo imaginario con lo positivo. Su entusiasmo minero, que tomara al principio por novelería de muchacha, le va pareciendo cosa seria y consciente; algo así como una vocación.

¿Por qué no? Las mujeres, a pesar de estar sometidas al macho, servían en ocasiones mejor que el más bragado. Casos sabía él de mineras, de trabajadoras, de negociantas que podían darle quince y raya al varón más competente.

Don Pedro poseía el sentido de la realidad, sus miajas de apreciativa y de inteligencia, en general. Con el correr y el rodar de España a América, había adquirido ese saber práctico de la vida que vale más que los aprendizajes doctos y académicos. Sin ser ilustrado ni mucho menos, no era hombre tan obscuro, que digamos, en su época y en su medio. Lo que era su puesto, casi vitalicio, de jefe supremo de Yolombó, lo desempeñaba siempre sin inventar leyes de encaje, ni cometer abusos de monterilla, con ser que sus facultades, como Capitán a Guerra, eran bastante más amplias que restringidas, más de criterio personal que de texto escrito.

Así es que sus ideas, acerca de su hija, no han de tomarse a optimismo paterno. El Ilusión tenaz, que a ella inspiraba tan halagüeños pensamientos ¿influyó en él, por ley de simpatía? ¿Por alguna telepática, acaso? ¡Sabrálo el diablo! Es lo cierto que, como en esta vida sin lagunas todo se enlaza, lo mismo que los micos con sus colas, el padre le dijo un día:

II

—Mira, Chatica: te voy a dar un buen remojo por todos los servicios que nos has prestado. En volviendo al pueblo, hago las cuentas de lo que haya ganado en la temporada, y te doy tus jumos[1]: uno o dos por ciento, o más, según resulte la cosa.

—Le agradezco a su Merced un regalo tan bonito; pero es a cuenta de gracia: yo no he servido aquí para nada. ¡Ojalá! ¿Qué más se quisiera la pobre de mí? Yo trabajaría en cualquier cosa, con alma, vida y corazón, como cualquier hombre; pero bien sabe, su Merced, que a las blancas no nos enseñan nada de servir; más trabaja un santo en su iglesia que nosotras en la vida. Nos tienen de ociosas, de bonitas. Ni aun en la casa movemos una paja, porque las negras lo hacen todo. Ahí nos ponen a hilar o a coser cualquier trapo, por matar el tiempo, porque eso ¿qué oficio va a ser para una persona grande, que no sea boba ni loca? Nos crían para ser un tronco de carne, un arnaco inútil. Por eso viven las señoras jugando, a toda hora, y conversando lo que no deben conversar. ¿Pero qué otra cosa van a hacer, las pobres? ¡Es una desgracia ser señora! Para más son las negras esclavas, que para algo sirven.

—¡Barajo con las cosas que saca esta criatura, de esa cabeza de chorlito! —exclama Don Pedro, entre sorprendido y disgustado—. ¿Qué opina, compadre?

—¿Qué voy a opinar? —repone Don Vicente, sonreído—. Que mi Cuñita tiene más aleluyas que un misal.

—¡Ojalá fueran aleluyas, Cuña! Eso es la pura verdad; pero a las mujeres no nos creen: ustedes, los hombres, nos tienen como animales.

[1] *jumos:* "partículas casi imperceptibles de oro que se hallan en la batea al tiempo de catear o de explorar una mina" (UU). No aparece ni en DRA ni en S.

—¿Asina es, hija, que sí te crees capaz de trabajar o de emprender cualquier cosa como nosotros? No seas tan creidita, mi Chata.

—¿Creidita?... Ya lo dijo su Merced. ¡Vea si es una desgracia ser mujer! Las mujeres no somos ni aun gente[1]. A las casadas las tienen como animales de cría, como las vacas. Ahí está Luz. Las que no se casan son un estorbo en las casas y un burlesco en la calle. Me parece mucha injusticia: a todos ustedes les he oído decir que siempre hay, en todas partes, más mujeres que hombres. Si es asina, tienen que haber muchas solteronas.

—Las que no pesquen marido se van de monjas, Cuñita.

—¡Esa es otra! Y ¿si no quieren, si no les dicta el estado religioso? Si a los hombres los obligaran a ordenarse, ¿se conformarían?

—Valientes alcances, a tus años, hijita! ¿De dónde has sacado tanta chicana?[2]

—No sé, su Merced. ¿No será de la gente? Uno va viendo y oyendo, por ahí, y algo saca.

—¿Qué tal que supieras leer y escribir? ¿A dónde nos diera el agua con esta Cuñita?

—¡Qué leer ni qué escribir! Eso se queda para los machos. ¿Has visto que las vacas lean o escriban?

—¡Pero, hijita, por Dios! —salta Don Pedro—. Eso es una sublevación y un disparate: a una niña de tu clase no le conviene saber tanto.

—Asina será, su Merced; pero mi madre sabe leer y escribir, y, sin embargo, su Merced se casó con ella, o ¿era que no lo sabía?

—¡Demás que lo sabía! Pero España es una cosa y esto es otra. A su Sacra Real Majestad no le gusta que sus súbditos, de estas Américas, sean muy sabidos y quiere que las mujeres de aquí sean muy inocentes y que vivan en el santo temor y amor de Dios. Por eso, ni yo ni Rosalía les hemos enseñado nada de letra a las hijas. No ve, Chata: si saben leer, pueden aprender cosas muy malas, en los libros; si saben escribir, pueden cartearse con hombres malos, que están por perjudicarlas.

Los tres guardan silencio. Rómpelo Don Vicente:

—¿Quedaste convencida, Cuñita?

—¡Lo que menos! Pero no digo más, porque a su Merced le puede parecer desobediencia y falta de respeto. Es mejor callarme.

—Déjela decir, compadre.

[1] La emancipación de la mujer durante el siglo dieciocho en Hispanoamérica es tema clave de la novela (ver *Estudio preliminar, El mundo intelectual*).

[2] *Chicana:* "voz puramente francesa (chicane) que no hemos menester para maldita de Dios la cosa. En buen castellano es "trampa legal", "sutileza" (Rafael María Baralt, *Diccionario de galicismos,* Buenos Aires, 1945, pág. 158).

—Di lo que quieras, Chata: no ha de ser cosa de importancia ni lo dirás de mala fe. Y, si es un error, obligación mía es sacártelo de la cabeza.

—Eso es, su Merced. Es obra de misericordia corregir al que yerra. Pero es mejor no decir nada. Si es error, yo mesma bregaré por sacármelo. ¿No seré capaz?

—Pero, Cuñita de mi vida, ¿es una cosa tan disparatada o tan maliciosa que no te atreves a decirla?

—Disparatada será; maliciosa, ¡ni lo negro de la uña!

—Lo que sea échalo afuera, hijita. Yo tengo obligación de saber cómo discurre mi familia y mucho más tú, que eres mi preferida.

—Gracias, su Merced: asina lo he comprendido. Les diré, pues, las bobadas que yo pienso; y sáquenme del error, si es error. Pero no vayan a enfadarse conmigo ni a tratarme de loca, ni de metida en lo que no sé, porque me duele y me acobardo más de ser mujer.

—Al grano, Chatica.

—Pues bueno: yo creo que al Rey nuestro Señor le levantan falsos testimonios. A su Majestad lo puso Dios Nuestro Señor en el trono, para que nos mande. Y, cuando Él lo puso, no sería para que fuera un mentecato ni un injusto, sino todo lo contrario. Su Majestad no puede querer que las mujeres de aquí no sepan leer ni escribir, porque eso es una bobada tamaña de grande. Habrá libros que enseñen cosas malas; pero yo sé que hay otros que enseñan religión y cosas buenas, como las vidas de los santos, las novenas, los Santos Evangelios, el misal y ¡quién sabe cuántos más! Pero, aunque las mujeres leyeran todo lo malo, no habría motivo suficiente para quitarles los libros. Sería lo mesmo que taparles los oídos, porque se oyen cosas malas; lo mesmo que vendarles los ojos para que no vean todo lo malo que se hace.

—¡Barajo, Cuñita! Lástima que no fueras hombre, para sacarte de leguleyo. Ya te entiendo tu idea; nos vas a decir que no enseñarles a jalar pluma, para que no nos escriban a los hombres, es como cortarles la mano, para que no vayan a matar o a robar. ¿No es cierto, Cuñita?

—Usted lo dice, Cuña. Pero no es eso, tan solamente. Es que no veo qué maldad puede haber en que una mujer le escriba a un hombre. ¿No conversamos con todos, cada rato?

—¡Vive Dios, mi Chata, estás tentada del Enemigo Malo!

—¿Por qué, su Merced? Si es su novio, y se va a casar con él, le escribirá que le quiere mucho. Si es un amor malo, mejor es que se lo diga por escrito, a él solo, que no por razones, con negras o con blancas, que se meten en estas cosas, no sólo porque les hagan regalos, sino por salir a murmurar y a hacer chismes y escándalos.

—¡Madre mía del Pilar! Pero ¿de dónde has sacado tú tanta experiencia?

—¿Qué quiere, su Merced? Estoy entrada en los diez y siete años y, desde los diez o los ocho, estoy viendo y oyendo. ¿Qué culpa tengo yo, si he entendido algo? Por esto verá que, si las niñas blancas no estuviéramos de ociosas viendo y oyendo lo que no debemos ver ni oír, ni aun sabríamos de cosas malas. ¿No será peor aprenderlas asina en un libro? Ya se irán persuadiendo que, si nos enseñaran algo, que nos interesara, si nos pusieran a trabajar, seríamos útiles y buenas, de verdad y no de mentiras, como hay tantas que se las dan de muy señoras. Pero tampoco hay que culparlas. Nadie puede estarse con los brazos cruzados: algo tiene que hacer. Y, si no hace cosas buenas, las hará malas. Eso es asina, su Merced. Y no es porque yo lo diga; lo dice Doña Gregoria: que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

—¡Válgate Dios, Chata! ¿De suerte que quieres saberlo y hacerlo todo como los hombres?

—Todo no, su Merced; pero sí alguito, siquiera saber leer y escribir y trabajar en algo, que sea trabajo de verdad: no estarme toda la vida cosiendo cosas que para nada sirven o haciendo bailar el huso. Es muy triste que una mujer, hecha y derecha, siga jugando con trapitos.

—Pero ¡si éste es el destino de las mujeres, Cuñita!

—¡Le entiendo! Si Dios me tiene para casada, seré la mujer de cría y tendrán que mantenerme por obligación. Si no me tiene, tendrán que mantenerme por devoción, porque no me han enseñado a ganarme la vida ni a valerme yo misma. Tal vez el Cuña tenga que cargar con el petardo.

—Pero ¿y lo que le dejen mis compadres?

—Aunque sus Mercedes me dejaran el oro y el moro ¿qué me ganaba yo, si soy una boba que no sé manejar un medio partido por la mitad? Cualquier almártaga[1] me quitaría la herencia, mientras despabilaba[2]. ¿No hicieron eso los hermanos con las viejitas Castellanos? A lo menos eso he oído decir.

—Hablas como un misal, Cuñita. Veo que te parece muy pilado trabajar y conseguir con qué vivir. Pues bueno: ya que estás tan encantada aquí, arriéndale la mina a mi compadre y te metes de minera.

—¡Ojalá esa boca dijera la verdad!

—La dice, Cuñita. ¡Pero eso sí!: en estas californias[3] tan desiertas, no tienes riesgo de pescar, ni tan siquiera un negro jetón, porque a todos los casamos en agüita.

[1] *almártaga:* haragán, flojo (UU). Este significado no aparece en DRA.

[2] Las palabras de Bárbara sugieren algún presentimiento intuitivo de acontecimientos futuros. (Orellana al "explotar la mina" repite la conducta censurable de César hacia Filomena en *Frutos de mi tierra*).

[3] La comparación entre las dos regiones mineras, a mediados del siglo dieciocho, parece anacronismo. La colonización de la región norteamericana, por frailes franciscanos, se inició en 1769, apenas por la época histórica del principio de la novela. La llamada "fiebre del oro" no sobrevino hasta 1848.

—Por eso no se afane, Cuña: la que ha de pescar marido lo saca de la tinaja o de la olla aguamasera. Matrimonio y mortaja del cielo baja.

—Pero ahí te veo muy en ello pensando en los huevos del gallo, como si esto de minas fuera moco de pava. Se necesitan muchos calzones para aguantar esta vida, y ya ves que tú no puedes botar las polleras.

—Con las polleras puestas me comprometo a aguantar aquí, todo el tiempo que se necesite. No sólo a eso sino a trabajar como el más caliente[1]. Ya veo que se están burlando de mí y que de loca rematada o de boba chupadedo no me rebajan. ¡Ojalá me mandara yo sola, para que vieran! ¿Creen que no sé ya cómo se trabaja una mina? Pues lo tengo muy sabido, aunque no lo crean. Ni me parece eso una dificultad tan grande. Yo no sé qué partes de la cinta serán las ricas; pero ustedes tampoco lo saben ni lo sabe nadie. Sacar el oro es cosa de suerte y la suerte y la muerte no escogen.

Sigue exponiendo que no despotricando. El Cuña ya no se ríe y su Merced se rasca la cabeza. Cuando ella cesa, le dice aquél, con cierta sorna:

—Bueno, compadre ¿qué hubo de los errores? ¿Se los saca o se los deja adentro, hasta que carguen y revienten por sí solos?

—¿No será mejor dejárselos? Estos enredos de la Chatica, de querer saber y entender, como los hombres, son ardores de la mocedad, aunque algo anticipados. Ahí se le irán pasando, a conforme vaya asentando los cascos. Y, para decirles mi verdad, no creo que yerre del todo: eso que dice de la ociosidad de las mujeres me parece muy puesto en razón. La Chatica esta es ladina de nación, y, cuando sea mujer, hecha y derecha, creo que irá a discurrir y a obrar con mucho juicio. Ojalá no me equivoque. Ahí iremos pensando qué hacemos con ella, si es que no me la quitan muy pronto.

—Gracias, su Merced, por lo que piensa de mí. Que Dios lo permita. Y por la quitada no tenga recelo. Su Merced no es de esos padres injustos que casan sus hijas contra su voluntad, con los que a ellos les acomoden; y yo mantengo mi corazonada de que la casanga mía ha de ser muy difícil. No me tengo por un espanto; pero sé que no soy bonita ni agraciada. Mas sin embargo no me conformo con cualquier Perico de los Palotes, de éstos que se topan aquí. Ya ven que por ahí me salen dos y ¡maldito el caso que les hago! Si después, cuando ya esté bien quedada me da la embestidera, yo misma sabré curármela, aunque sea con azotes a cuero limpio, como receta Liborita. En ridículo sí no verán nunca a Bárbara Caballero[2].

[1] *caliente* (col.): valiente (DRA).

[2] La descripción de la protagonista acentúa su falta de hermosura y, sobre todo, la dignidad humana, su característica sobresaliente. La frase "En ridículo sí no verán nunca a Bárbara Caballero", reverbera a lo largo de su carrera y, especialmente, durante su etapa final cuando la Independencia acaba con su marco tradicional, y Doña Bárbara mantiene su dignidad a pesar de todo.

—¡Ay, hija! ¡Si de veras te dictara la soltería, para que nos acompañaras hasta la muerte, a tu madre y a mí! ¡Qué más nos quisiéramos nosotros!

—Mi Dios lo sabrá, su Merced: no le quitemos el oficio.

—¡Ah Cuñita ésta para sabida! ¿Conque no te comprometes a nada y metes a Dios?

—¿Acaso soy zaurí[1] para adivinar lo que tenga dispuesto Su Divina Majestad?

—Sí, hija: no se mueve la hoja de un árbol sin Su Santísima Voluntad.

Al día siguiente, yendo para los trabajos, convinieron los dos compadres que era una criatura salida del tiesto, de puro entendida y lanzada; que discernía como un libro; que si, como nació en Yolombó hubiera nacido en Salamanca, sería un pasmo de sabiduría; que, por lo mismo, peligraba su fe y hasta su reputación si aprendía a leer y a escribir; y que, aunque se le pusiera en algún oficio serio, tendrían de mantenerla en la santa inocencia del espíritu; esa inocencia que tanto convenía a esta gente de Indias, destinada por Dios, por más que fuese criolla y prócer, a obedecer, sin réplica ni reparos, lo que a su Real Majestad se le antojara.

[1] *zahorí:* perspicaz (DRA).

III

En cuanto regresan al lugar, liquida Don Pedro las ganancias de la temporada, y son tales que tasa en dos libras y media el regalo prometido a su servicial Chatica.

Doña Rosalía, tomando por pura muchachada el embelecamiento minero de la hija, no le hace al principio el menor caso; pero, viendo su insistencia y que Don Pedro, lejos de reprenderla y llamarla al orden, parece apoyarle tamañas osadías, entra de lleno en abierta oposición. Sobre parecerle absurdos y poco femeniles conatos semejantes, no quiere, en manera alguna, que la hija se le ausente demasiado. Con sus guitarreos, cantos, regocijos y chanzonetas es la única de esa su prole, simplona y apocada, que comparte con ella el genio barbián y sevillano; la única que le ha heredado el oído musical y la afición a bureos, galanuras y majezas; la única que con sus manos facultativas, perfila los arreglos caseros que hacen las negras, poniendo en todo gracia, delicadeza y señorío. La casa sin su Bárbara se le hace lóbrega, taciturna y sin orden; y, por otra parte ¿cómo permitir que una moza casadera, de tal linaje y de tales condiciones, vaya a esconder su juventud y a malograr su salud en esos huecos insalubres? ¡Qué oro ni qué niño muerto! Que trabajaran los hombres como bestias de carga, que ganasen como gentes que venden su alma al diablo; pero a las mujeres no les cumplía sino gastarles la plata, darles hijos, levantar la familia y alegrar la casa[1]. La que se saliera de tal norma, tendría de ser una loca desaforada, desenvuelta y hombruna. Así es que, a tarde y a mañana, le hace reflexiones al marido y le echa sermones a la hija, en reserva, por supuesto, pues no quiere que nadie en la calle se imponga de extravagancias, tan ridículas como censurables.

[1] Bárbara reta el puesto tradicional de la mujer dentro del marco social colonial (ver nota 1 de pág. 30).

La chica, por su parte, le replica, al principio, con todas las razones de que es capaz; pero, al fin, apela al argumento supremo: encerrarse a llorar y salir con los ojos hinchados, cual si se tratase de un amor contrarrestado.

Si no esta pasión, base de la vida, otras harto avasalladoras del humano sentimiento eran la sed de oro, el ansia de aventuras, esas fiebres heredadas de los conquistadores españoles, y que, por un capricho o una ironía de las leyes ancestrales, resurgían, poderosas, en una hembra, sometida, todavía, a la autoridad paterna[1].

Don Pedro, después de un tira y afloja, que ofusca a su mujer más que un desacuerdo abierto, le declara una noche, en el secreto de la alcoba:

—Mira, Rosalita: deja las angustias y las andaluzadas y oye, en sana calma, lo que voy a decirte. Bien podíamos oponernos a los planes de esta muchachita y obligarla a obrar según nos parezca; pero yo y mi compadre Vicente hemos estudiado el punto, al derecho y al revés, y hemos sacado en limpio que es mejor dejarla hacer su santísima voluntad. En primer lugar, lo que ella sueña no tiene nada de censurable ni de ridículo, como tú crees: señoras muy principales han sido mineras aquí, en Méjico y en el Perú. Ya has oído hablar de Doña María del Pardo y de Doña Ana de Castrillón[2]. El hecho de que la Chata esté moza y soltera nada quiere decir, porque, si se va a la mina, no habrá de estar nunca sola: o estaré yo o estará mi compadre o los muchachos. En segundo lugar, ella es hija mía y nieta de mi padre; y por donde los Caballeros metemos la cabeza nos la rompemos o la sacamos al otro lado. A ella ya se le ha metido la cosa, y mientras más la contrariemos, más se empecina. Ya ves cómo está: pues se pondrá peor, si seguimos oponiéndonos. Y con esto sacaremos lo que el negro del sermón, porque estoy seguro que, no bien sea libre, se mete de minera, aunque se caiga el mundo. Pues que haga desde ahora lo que ha de hacer de aquí a cuatro años. Y mejor que principie mocita: si es novelería, matará ligero el antojo y volverá sobre sus pasos; si es de veras, gana tiempo. Y no creas que no sea capaz de dirigir esos trabajos. Lo hará mejor que nosotros: a esa criaturita no le cabe la capacidad en el pellejo. Ya ves que piensa con el juicio y la cordura del hombre más capaz. Y, cuando Dios le dio tantas entendederas y tanta actividad y ese modo de ordenar y de mandar, no sería para que se encerrase en el aposento a hilar y a remendar. Por su mismo genio tiene que ocuparse en trabajos más útiles, aunque no sean muy acostumbrados por el común de las mujeres. Puede ser, también, que así que estos muchachos la vean trabajando, en toda regla, les dé vergüenza de que unas naguas les den el ejemplo y que dejen ese maganseo y ese desentendimiento, que me mantiene frito; pueda ser que cuando estén con la Chata, en la mina, no los vea yo en sus cacerías y en sus pescas o

[1] Bárbara continúa el patrimonio de mujeres conquistadoras tales como Ana de Castrillón y María del Pardo.

[2] Ver notas 3 de pág. 11 y 1 de pág. 24.

haciendo el perro, donde los pañe la pereza, sin asomarse, siquiera, a los trabajos.

—Es que tú, también y todo, eres tan exigente con esos chicos —musita la esposa, con el resto fonético que del andaluz le queda.

—¡Qué exigente, tonta, ni qué caracoles! ¡Vive Dios que no sé cuál de los tres es más almártaga ni más paranada! Las cosas son como son y... ¡santas pascuas! Pero... ¿por esto vas, agora, a emprender el llanto y el berrinche?[1]

—No es por eso, Perucho —gimotea Rosalita—, eso de puro sabío se me había olvidao. Es que me atribula lo triste y sola que va a quedar esta casa, sin la muchacha, y que la pobrecita se me puede morir de calenturas en ese monte.

—¡Válgame Dios, hija! Una niña de teta discurriría mejor que tú. Muerte hay en todas partes y para todo ser nacido; pero nadie se muere la víspera. Ya ves: con tantos años en malos climas, ningún minero se ha muerto en Yolombó, ni siquiera el Sevillano, con todas sus borracheras y todas sus vagamunderías. Ahí está comiendo arepa, muy morocho[2]. Y mira: la negra Sacramento, aunque sea con todas sus mojigangas y salvajadas, sabe hacer menjurjes que curan y que preservan. Será con brujería o sin brujería, pero aprovechan. Ya ves que a mí me ha curado; ya ves que ha curado a mi compadre; ya ves que a la Chata ni siquiera le ha amagado la chapetonada. Que te haga falta es otra cosa; pero ella tampoco va a vivir de asiento en la mina: estará yente y viniente, como todos. Si las otras hijas son calladas y moscas muertas, a ti te sobra alboroto: alégralas tú a ellas, ya que ellas no te alegran a ti. O, si no, trae amigas que te diviertan o vete a buscarlas. ¿No te veo, por ahí, calle arriba y calle abajo?

—Pues sí, hole Perucho. Eso será lo mejor: no dejarla caer. Y ¿cómo piensas entablar a la muchacha? ¿Qué es lo que ella va a ganar?

—De cualquier modo, hija: o la llevo en colas o le señalo pedazos, en la cinta, para lavarlos, para ella sola, o le doy mensualmente lo que crea justo; en fin, de cualquier modo, porque lo gana. Lo que ella nos sirve allá no se lo pago con cualquier sueldo; ya ves, pues, que hasta por los intereses de la familia, conviene que la dejemos en su idea.

—Y también es algo justo que te acompañe a ti, en ese monte tan fiero.

—Sí, hija, para eso es de juntos. En fin, Dios dispondrá. Y, si resultare lo que pienso, la Chata y Sebastián pueden dirigirlo todo, sin mi presencia. En tal caso sólo me daré mis asomadas, de cuando en cuando, porque ya ves que no debo ni me conviene soltar la vara del todo.

—¡Ya lo creo, hijo! El mando a nadie le hace daño y eso de que al

[1] *berrinche* (fam.): enojo (DRA).

[2] *morocho* (fam.): robusto, bien conservado (DRA).

Sotalcalde de Romero, tan morral, le toque la paga entera, me sabe a cuerno quemao.

Al día siguiente va Doña Rosalía a su hija Doña María de la Luz, con la gran resolución, entre tristona y consolada.

—No se apure por eso, su Merced —le dice la obesa y descomunal señora—. Es mucha la falta que nos hace; pero muy bueno que esté en la mina: pueda ser que mi taita y el pendejo de Vicente no se pongan a negriar[1], delante de ella, como negrean cuando se ven solos. Lo que es al puerco de Vicente no se le escapa ni la bruja de Sacramento.

—¡Josú, hija! ¿De dónde sacas tú esos cuentos tan feos?

—¡Ave María, su Merced! Quien la ve tan viejorra y tan vivaracha, y la engañan y la embotellan que ni a una inocente. Como si no supiera yo lo indecentes que son los hombres.

Y aquí, desde su pabellón de manta que cae a su silla monumental, en donde ella cultiva su exuberante corpulencia y sus gestaciones casi perpetuas, sigue concretándose en el hidepú de Fulano y el hidetal del Zutano, porque Doña María de la Luz no larga de su boca infanzona su palabreja favorita. Su padre, su marido, su suegro, sus hijos, el cura, el sacristán y sursum corda son, para ella, otros tantos hijos de perra, si no de alguna cerda revolcada[2].

A estas y las otras comparece en el amplio aposento Taita Moreno[3], en cuerpo y alma.

Acaba de salir de una de sus encerronas alcohólicas, y, como le acontece después de estas emergencias, viene muy acicalado y peripuesto. El negro Benedicto, su sastre y camarero mayor, industriado para tales casos, le ha velado la mona, noche y día, para ver qué necesitaba. La solitaria bebecinia ha sido, en esta vez, de treinta y tantas horas; y, en cuanto ha golpeado, ha acudido el guardián, con los barreños y las jofainas, las aguas frías y las calientes; ha avisado en seguida a la cocina para que frieran lo más suculento e irritante que en la despensa topasen; y ha volado, luego, por Don Pablitos Layos para que lo afeitara, arreglase el cabello y le trenzara la coleta. Mientras el gran peluquero ha manipulado sobre rostro y cabellera, Benedicto ha apercibido toda la muda que la ocasión requiere; y se ha dado, con amor de perro terranova, al lavatorio de los pies, manos y demás partes de aquel amo, que lo mismo le regala con una onza pelucona[4] que le da una zurra muy de padre y señor mío, que así son sus veleidades.

[1] Juzgando del contexto, "negriar" (negrear) aquí tiene significado sexual.

[2] El párrafo recuerda a García Márquez.

[3] La vitalidad del Taita Moreno se declara en sus veleidades: "Yo no puedo dormir solo porque me da mucho frío" (pág. 166).

[4] "Onza de oro y especialmente cualquiera de las acuñadas con el busto de los reyes de la casa de Borbón" (DRA).

Bien adobado y mejor comido, se bota a la calle, muy campante y plantadote. Aunque setentón, trata de empinarse y hasta se empina; aunque desdentado y sumido de carrillos, aún lucen sus ojos, casi negros, unos vislumbres juveniles de honda picardía. Es alto y cenceño, no muy arrugado, y sus facciones enérgicas aún dan fe de lo que esa cara pudo haber sido en sus floridos años. Negrean sobre el cabello albo el sombrero al dos y el lazo mariposil de la coleta; rompe paño de San Fernando, ala de mosca, en un terno más para corte que para cortijo[1]. La chupa, ornada de presillas negras y de botones de plata, ciñe el talle y vuela en los muslos, que ni una flor que se abre; el chaleco, con dos relojes, cadena y colgante sello, baja hasta el tapabalazo del calzón a la rodilla; las nevadas medias hacen resaltar el zapato punta de lanza, con tamaña hebilla; luce en los puños vuelos de sutilísima holanda y en el cuello una chorrera, toda rizos, ondas y espuma; en fin, lo que se llama un viejo majo.

El cual se apoya en un bastón que remata en una bola terráquea, con mares argénteos y continentes áureos. Esta pelota y una carta de España, a la aguada, vuelta un cochambre por las moscas y una criba por las cucarachas, que decora la oficina de alcabalas, son todos los mapas que en Yolombó se conocen. La historia de la ciencia antioqueña tendrá de agradecernos tan importante dato y... volvamos al Taita en cuestión.

—Que Dios bendiga la casa de mi hijo Don Vicente y de mi nuera Doña Luz —declama, muy petulante, al colarse en el aposento—. Y a la compaña también.

Fórmulas sacramentales y eucarísticas, con apretones de manos muy efusivos.

—¿De dónde bueno, paisano?

—De casa, Rosalita. ¿De dónde más había de ser?

—De allá, su Merced, —afirma Doña Luz— si se ha pasado tres días arreo, viendo al diablo.

—Me parece que no eres ninguna vieja solterona, para estar averiguando vidas ajenas. Y ¿quién te ha impuesto de lo que no te importa? ¿Vicente, acaso?

—El mesmo que viste y calza, suegrito, y ¿por eso se enfada tanto?

—¿Dónde está ese sinvergüenza, para darle unas patadas en las nalgas?

—En almorzando, cogió la calle. Por ahí andará enamorando, porque ese hidepú hasta al sol medio día hace sus indecencias.

—¡Que haga cuantas le dé su real gana: son cosas suyas! Pero que no se meta en las ajenas. ¡Dejámelo estar!

[1] El esplendor sartorial del Taita y otras descripciones indumentarias, presentadas con detalles cariñosos, recuerdan la efímera carrera de sastre del autor.

—Pero, paisano de mi alma. Si usted mesmo nos cuenta sus monas, sin que nadie se lo pregunte. Si usted nunca ha sido hipócrita con lo que hace.

—Una cosa es que yo cuente y otra cosa es que me fisguen. Cuando venga ese cochino, dígale que yo le mando decir que, si yo bebo y me emborracho, él juega y pierde siempre; que si yo consigo mujeres bonitas y blancas, él se entrapicha[1] con cualquier zamba mondonguera.

Toma actitud de marcha, todo trémulo por la ira; pero Doña Rosalía, como un rehilete, corre a la puerta, la cierra de un golpe, se guarda la llave y exclama:

—No, mi consuegro; no lo dejamos ir asina, sin contentarse con nosotras. ¡Ni riesgo! Siéntese otra vez, y verá cómo se calma. Lo que hemos de hacer es armar un buen tresillo. Casualmente que truje un bolsillao —y hace sonar la faltriquera de la saya.

Niégase el viejo a jugar. En la casa se oyen cantos de niñeras, retozo de párvulos, arrastre de palos contra el suelo, chillidos de loros y pericos.

La consuegra, que le conocía estas cóleras efímeras y atrabiliarias, sabe que, con frecuencia, se le pasan volviendo al motivo que las ha causado. Así es que, sentándose frente a él, le dice muy insinuante:

—¡Asina sí, paisano! Ahora cuéntenos, en toda calma, cómo vio al diablo y qué estaba haciendo.

—Ve, Rosalita, —depone con cara y modos muy otros— esas negras condenadas me hicieron una mistela tan rica, que me tragué dos frasqueras y media: siete frascos, como quien dice. Pero resultaron tan traicioneras, esas malditas, que ni supe bien cuándo y cómo me las eché al cuerpo. Al diablo apenas lo vi, un momento. Estaba hecho un pendejo, rascándose los...

No se oye bien qué se rascaba El Enemigo Malo, porque, a ésas, late un mastín en la calle. La falta de juego y la razón de Don Chepe para el hijo, en lo que a hembras se refiere, tienen a Doña Luz en puras ascuas. Pero su madre le ríe al viejo Taita tantas ocurrencias. Esto lo pone, por completo, de muy buen humor, y, fingiendo un gesto de muchísima reserva, les dice:

—Bueno, matronas de Yolombó: cuéntenme, ahora, los escándalos de estos tres días. ¿No ha habido matrimonios cambiados, ni encabes[2] nuevos, ni han nacido muchachos mal habidos? Cuéntenme para ir a hacer hartos escándalos con Doña Gregoria, la Niña y Pablitos. Estas cosas sin escándalos no tienen gracia: no gozan ni justos ni pecadores.

—Nosotras no sabemos ni lo negro de la uña, suegrito. Siempre habrá alguna indecencia. ¡Figúrese con tantas perdidas toleradas como hay agora!

[1] *se entrapicha:* no aparece ni en DRA, ni en UU, ni en R. El sentido es obvio: 'enredarse'.

[2] *encabes:* noviazgos (TB). No aparece en DRA. Según UU, "encabarse" quiere decir "hallar novia".

—¿Perdidas, Lucita? No seas levantatestimonios: son mujeres bondadosas que compadecen al prójimo y lo favorecen a tiempo.

—¡Las bondades de algunos! —repone Rosalita—. Será por tanto que se pagan los hombres de las virtudes de las mujeres. ¡Ay! ¡Ay!

—Nos pagamos, sí señor. Pero es que ustedes, las que no pueden hacer ciertas cositas, les tienen algo de envidia a las que pueden. Muchos hombres buenos envidian al diablo y las gatas no comen chorizo, porque les cierran la despensa.

—¡Ah viejo descarado y lengüilargo! —exclama la Sevillana, con fingido enojo—. Con una pata en la sepultura y urdiendo maldades. ¿No piensa enmendarse ni siquiera a las diez de última?

—¿Para qué voy a enmendarme, a estas horas? Si fuera mozo, me enmendaría; tendría tiempo para lucir la enmienda. Pero no ofendamos más a Dios hablando de pecados sabrosos. Hablemos agora de cosas sublimes. ¿Conque el Pedro lo está sacando por quintales? ¿Dizque trujo agora dos maletadas?

—Pues ni sé, paisano, para decirle la verdad. Usted sabe que Pedro es más misterioso que la Santísima Trinidad. Le estará yendo bien, porque ahí lo he notado muy güete.

—Agora sí es cierto que hacen el viaje a España o se vuelven del todo.

—¡Ojalá, paisano! Pero ni a deshacer los pasos volveré yo a nuestra Sevilla, tan querida. La veré en sueños. Ni aun asina, porque ya ni sueño con ella. Ya estamos muy patoniados, y, aunque estuviéramos jóvenes y poderosos, ¿cómo hacíamos para dejar tantos hijos y lo poco que tenemos? Ya ve usted: tuvo tiempo y modo de volverse ¡y aquí se ha quedao!

—¡Qué se iba a volver, con tantos hijos y tantas esposas! —interviene Lucita—. Habría tenido que alzar con medio Yolombó.

—No tanto asina, Lucita. Las esposas mal podría llevarlas; la descendencia no es asina, enteramente, como la de nuestro padre Abraham[1].

—Sí, Suegrito: se pueden contar en los dedos de la mano y sobran dedos.

—Tampoco. En casa no quedaron más que nueve, porque los otros seis se los llevó la Virgen, antes de que pecaran. Los de fuera serán alguna docena, cuando más. Los otros son invenciones de la gente. Es que es muy sabroso comerse, entre todos, el pato, y que lo pague uno solo. Pero sean pocos o sean muchos, blancos, mulatos o mestizos, allá verán que ninguno va lejos, porque el Vicente, que dizque es el tantasguascas de la casa, tampoco ha salido con nada, y Lucita me dispense.

—¡Qué va a salir ese cochino!

[1] Patriarca hebreo, padre de Isaac.

—Pero yo no lo culpo. Es que yo no sé qué diablos tienen estas malditas Indias del Rey. Viene uno aquí, lleno de bríos y de muchos calzones, dizque a conseguir con qué volverse a su tierra, a vivir bien holgado y a todo taco. ¡Qué arrogancia y qué cosa aquella! Le parece a uno que es un demonio, capaz de agarrar esta tierra maldita, y domarla como a muleta cerrera, y arrancarle por la fuerza todos los tesoros que a uno le dé su gana[1]. Pero pasan los días, y los orales no parecen, y los planes se desbaratan, y los ánimos se van acabando y uno se va volviendo un insulso, un pendejete, un indolente boquiabierto. Será que los negros nos pegan su pereza o que esta tierra nos va atembando, con tanta plaga ponzoñosa, tanto árbol venenoso, tanta fiebre y tanto tuntún.

—¿No será también —interrumpe Lucita— las yerbas que les dan las brujas de aquí, y los achaques que les pegan esas asquerosas del diablo?

—¡Eso sí no, mi nuera! Eso es de todas partes. Ni tampoco les eche la culpa a estas infelices. ¡Qué achaques iban a tener las tales indias ni esas negras, cazadas con lazo, en esos montes del África! Ese regalo se lo trujeron aquí los españoles. A mi padre, que no era ningún majadero y que cursó muchas materias, en Salamanca, le oí decir, varias veces, que esos males no se conocían en la Europa, agora añísimos; que los cruzados los trujeron de Palestina y los regaron por todas partes.

—¡Pues nos mataron los tales cruzados! ¿Y quiénes eran ésos?

—¿Los cruzados? Pues eran unos guerreros muy valientes, que fueron a Jerusalén a rescatar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que estaba en poder de los moros.

—¿De Nuestro Señor Jesucristo? Pero Él, después que resucitó ¿no dizque se voló al cielo?

—Sí; pero sin el sepulcro.

—¿Y trujeron, tan siquiera, el ataúl?

—¡Qué iban a traer, boba, si eso es un peñasco! Eso fue una cosa muy larga y muy peliada, y se derramó mucha sangre. Al principio como que se lo quitaron los cristianos; pero los moros lo volvieron a recobrar, hasta el sol de hoy, y ahí lo tienen los perros infieles, muy bien guardado.

—¡Ah! Pues si no están en él los huesos del Señor, no me parece tanta pérdida.

—¡Callá la boca, hija, por los clavos de Cristo! —clama Doña Rosalía, espantada—. ¡No digás esas ociosidades, que hasta herejía serán!

—¡Que si serán! Si lo supiera la Santa Inquisición, a un calabozo íbamos a dar todos los de esta casa, esto es si no nos quemaban vivos.

Doña Luz queda más muerta que viva.

—¡Pero no te asustes así, Lucita, que hasta daño te puede hacer! Todo es

[1] Actitud común del inmigrante europeo.

charla mía. Ni nadie va a contar ni a acusarnos. Tampoco has cometido falta de ninguna laya: has hablado como un loro. ¡Qué vas a saber tú de estas cosas de religión, tan trabajosas de entender! Hasta los curas se enredan, cuando entran en explicaciones. No te preocupes por esto, que no vale la pena.

—De modo y es —murmura medio recobrándose— ¿que esos males indecentes vienen de Jerusalén?

—De allá o de esos lados. Pero eso no nos va ni nos viene.

—¡Bendito sea mi Dios! ¡Cómo iba yo a figurármelo, pobre de mí!

—Ya ves, pues, que esas mujeres no tienen niguna culpa. Ni de eso pende la zoncera de los que vivimos aquí: es del clima. Por eso, todos los que nacen en estas tierras, por más que vengan de gente de arranque y de canela, resultan unos sorombáticos[1], unos enteleridos, que parecen tuntunientos. Por eso los llaman criollos, porque gallos finos mal podrían llamarlos. O, si no, fíjate en todos estos mocitos de agora: ni para trabajar, ni para saber, ni para puertas, ni para trancas, ni para carga, ni para silla; para nada sirven. Ni enamorar saben estos pendejos, aunque sean unos potros que se revientan de puro alentados. Todo se les va en ventosidades y relinchos: encorralan la yegua y, en llegando la hora del combate, la dejan ir conforme vino. Si no los habré visto yo, con estos ojos, que se ha de comer la tierra. En esta mocedad de aquí, me...

Tampoco se oye bien, porque el viento sacude la ventana. Lo cierto es que Taita Moreno sigue con tal explosión, que le alcanza no sólo a los mozos de Yolombó, sino también al Padre, al Hijo, a la Hostia y a la patena. Por fortuna que a los chapetones no los llaman a juicio por blasfemia, que, si los llamaran, toda España estuviera en Ceuta[2].

Taita Moreno saca su bolsa de seda, con argollas corredizas de oro, y, tomando tres onzas, como tres soles, le estira dos a su nuera y le dice con cierta chuscada:

—Toma, hija. Es para pagarte el susto que te hice dar. Y, si te antojas de mascar seda, como aquella vez, te compras unos pañuelos bien finos.

—¡Dios se lo pague, Suegrito! Pueda ser que no me dé por esas salvajadas tan ociosas.

—Esta otra, para que les compres embustes a los churumbeles.

—¡Ah señor para formal! Les voy a comprar una novillona bien macuenca[3].

—Para la paisana esta otra, porque me trae mucha cuenta: te compras el pavo, el tío Capetas y la lechona, para el San Juan, que lo vamos a celebrar,

[1] *sorombáticos* (zurumbáticos): aturdidos, lentos (UU).

[2] Fortaleza española situada en África del Norte al frente de Gibraltar.

[3] *macuenco:* desmesurado, enorme (R).

este año, con mucho rumbo. Pero, ya sabes: desde agora estoy convidado a la cena.

—Gracias, paisano. Pero no me comprometo a nada: es seguro que, de aquí al San Juan, me ganan la onza: he tenido estos días una suerte perra.

—Allá verás tú cómo sales del apuro... Y hasta la vuelta del cacho.

—¿Se va, Suegrito, sin bogarse tan siquiera un chocolatico? Ya van siendo las once.

—Dios te pague. Ya me está colando la irritación de las mistelas. Me voy a casa de las Layos a que me den una buena toma de cañafístula y, antes, las escandalizo con hartas mentiras. Pueda ser que Pablitos esté hoy en el humor de los peligros.

El viejo que sale, y Lucita que emprende el melindre de los celos.

—¡Ya ve, Madrecita! Su Merced que decía que son cuentos míos las vagamunderías del tal Vicente. Ya oyó la razón que le dejó. ¡Si tan siquiera fuera con blancas! Que venga a buscarme el lado, ese puerco, para tener el gusto de estriparlo a cocas.

—Eso es lo que has de hacer. Pero no lo vas a matar del pipo, porque no estás, agora, para ir a la cárcel.

—¡Sí! ¡Su Merced como todo lo vuelve chacota!...

—Esta sí es la boba. Te pones a creerle a tu suegro. Pero ¿no viste, so carajeta[1], que está con los humos de la mona?

—¿Sí será eso?

—¡Válgate Dios, hija! Vives en Belén, tocando gaita con los pastores. Muerta de miedo estaba de que le fueras a salir con el cuento del casamiento. Dizque se pone como un demonio del Averno[2]. Y no es porque le parezca ridícula la tal casanga, a sus años, sino porque la pretendida le resultó respondona.

—Cuente, a ver cómo es la cosa; pero desde el principio, porque yo, como no salgo, ni conozco la gente forastera... Para decirle mi verdad hasta creí que eran conversaciones de ociosos. Le pregunté al tal Vicente, y lo que hizo fue reírse.

—Que nos traigan primero, el chocolate. Debes estar trozada de fatiga.

Ya lo anuncia el olor trascendente de nuez y de canela. Eso sí es toma de los dioses inmortales. Una vez apuradas las jícaras y desaparecidas las parvedades, Doña Luz reclama la historia.

—Mira, hija: es mejor que juguemos tute o relancinas, aunque sea mano

[1] *carajeta:* tonta (TB). No aparece ni en DRA ni en UU.

[2] Lago italiano, citado por Homero y Virgilio e identificado en la antigüedad con la entrada al infierno.

a mano. Eso es un cuento muy largo; en esto viene gente y tenemos que suspender, porque son intimidades de la casa. Otro día.

—Cuente, su Merced, que estoy deshecha. No quiero ni jugar. Cierra la puerta, y, aunque toquen, no le abrimos ni al Rey.

Así lo hace. En buenas se va a meter con esta hija. Comunicarle algo en que ella tenga que aplicar alguna de las potencias del alma, es casi un imposible. Doña Luz es una cosa viviente que da frutos; su existencia, un sonambulismo[1].

Apenas núbil, inconsciente, sin vida interior, pasó de los hijos de trapo a los de sus entrañas fertilísimas. Aquel su iniciarse en el amor, sin comprenderlo ni sentirlo; aquella procreación sin tregua; aquellos pedazos de su carne que no alimentó su pecho ni dio calor su regazo, la han hecho madre en el sentido animal, tan solamente. La quimera de los celos, las inverecundias del suegro, los chismes de las esclavas, las sugestiones malévolas de las comadres hacen de ella una hembra ayuntada y nada más. Las fatigas de su fecundidad, su poltronería, su obesidad, su impedimento físico, la vaciedad de su mente, la pasión por el juego, el dinero a rodo, el capricho y las veleidades elevadas a sistema, la falta de disciplina y de educación, hacen de ella un ente extraño, amorfo, infantil, alejado de la social corriente. Tanto, que en este medio tan vulgarote y abigarrado de parroquia, se cita a Doña Luz como caso curioso de la suprema estulticia.

Pero, en fin, si es un vientre, es un significado, un vaso de elección, una fuente de vida. ¿Qué importa, entonces, su idiotismo?

¿Luz con gana de oír y de no jugar? ¡Cosa más inusitada! Este antojo tiene que satisfacérselo la madre, de grado o por fuerza. ¿Quién podría asegurarle que este nietecito invisible no necesitaba oír este relato, por boca de su abuelita? Por el hijo, que aún no había salido de su cepa, hablaban siempre los caprichos imprevistos de la madre. ¡Oh ley providente e infalible! Pues, si la criatura de Dios lo necesitaba... ¡a relatar al punto! Mas de pronto ¡oh inocencia! Doña Luz cierra los ojos y se queda dormida como un ángel y ronca igual a un arriero.

Y sigamos a Taita Moreno.

Era tan orgullosote y señorón, que ni aun en las francachelas más desaforadas ni en las orgías más tormentosas se le vio nunca borracho: desde mozo se encerraba a beber. Cuando se vio desdentado, no comía delante de nadie, para que no lo vieran "haciendo la prueba de la peseta"[2].

[1] Resumen apto de la personalidad de Doña Luz.

[2] Ver pág. 100, donde se explica la "prueba de la peseta":

Tuvo unos dientes de perlas...
Guardados en la maleta,
Y al mascar hacía siempre
La prueba de la peseta.

Hasta de real pudo hacerla
Este mozo tan feliz,
Porque sin mascar juntaba
La cumbamba y la nariz.

Fue muy afortunado en minas, en amores, y, a pesar del apotegma, mucho más en el juego que en todo. Y no se jugaba, entonces, por pasar el rato: perder o ganar una arroba de oro, en una noche, era caso muy frecuente; perder o ganar un par de esclavos, era cotidiano. El juego le fue fiel toda la vida. Ponía en él una probidad y una delicadeza dignas de santa causa; mas no le salieran a él con paradas o dados sospechosos, porque armaba la de Dios es Cristo. Si era trompadas, trompeaba; si a garrote, lo esgrimía; si a puñal, vinieran chuzones y corriera la colorada.

Experto en bailes, cantares y guitarra, era el alma de todo regocijo; y en los simulacros de toros, que nunca faltaban en las fiestas titulares, siempre salía el Sevillano, capín capeando, suerte aquí, suerte acullá. En las carreras de San Juan hacía el gran papel y las enormes locuras, caballero en esos corceles que él se conseguía. Como el rumbo y el derroche eran su vanagloria máxima, mantenía siempre ingente cola de mequetrefes y parásitos. En fin, era un bromista, un revoltijo de jaque y caballero.

Con el dolor de la viudez, se acordó de Dios y de los sacramentos de la Madre Iglesia, y, recluyéndose en su casa, como un recoleto, diose a entender que debía de ordenarse, para purgar en vida, con una ejemplar y austera, todas sus culpas, toditos sus pecados. Mas, dándole rubor el ingresar en el seminario, en tan notoria ignorancia, se puso, muy en ello, bajo la dirección del Vicario Tamayo, a estudiar latín, religión y otros saberes. Año y medio llevaba en sus aplicaciones eclesiásticas, cuando, de presto... ¡Dios libre a Yolombó y a sus contornos! Aquello fue el escándalo y fueron las aventuras, ya con la Fulana, ya con la Zutana, y, muy especialmente, con una muchacha rionegrera, tan linda como tremenda, a quien llamaban la Cuchillera. De ésta y de las otras le vino aquella progenie innegable, pues ya se sabe que la culpa es más acusadora que una santurrona urdemales.

Haciendo el Don Juan, ahora por lo zambo, ahora por lo blanco, cuándo con solteras, cuándo con casadas y armándole siempre el tiro a toda viuda muchachona, vivió hasta los sesenta y siete. De ahí adelante, no teniéndolas ya todas consigo, en estas campañas amatorias, recogióse a ese buen vivir que trae el tiempo, bien así como esas serenidades de la tarde, después de una tormenta meridiana. Mas he aquí que en este ocaso desteñido de Don Chepe, surge de pronto una faja sonrosada con cambiantes de oro. Es el amor, el amor senil, con toda la poesía de las chocheces y los rubores de la infancia. Se lo ha insuflado hasta el tuétano pecador una campesinita, tan fresca y tan mona que ni pimpollo que revienta. Al través de los vidrios de sus espejuelos, la ha contemplado, en el atrio, al salir de misa. ¡Qué éxtasis! Los piecitos, que apenas asoman, parecen de nácar; el cabello castaño, partido por el centro de esa cabeza triunfal, se embucla en las crenchas, para caer atrás en dos trenzas esponjadas. Los ojos garzos, rasgados, luminosos, avizoran en torno; mas de pronto los velan las pestañas, rizadas y sedosas, como hebras de pluma, y bajan al suelo como ungidos de piedad. ¿Qué le dicen aquellos ojos al viejo erótico? La sigue con los suyos aturdidos y ávidos. Recoge ella, con la

izquierda, la saya de indiana azul celeste, dejando afuera el cándido ruedo, mientras se arregla, con la diestra, la mantellina de bayeta negra. Don Chepe induce la forma soberana que cubren estos trapos pobres y montunos. ¡Que San Miguel Arcángel escude con sus alas a la vejez tentada!

Don Chepe averigua, inquiere, indaga: es Silverita Villaciento, hija de unos patriarcas marinillos, que viven en "Los Guamos", orilla izquierda del camino real. Labran su terruño, tienen unas vaquitas y un ventorro de víveres y comestibles.

En almorzando el lunes, allá se va el viejo, en su overo. Por fortuna el tiempo es bueno, no muy malo el camino y corta la distancia. Acompáñalo, no obstante, como espolique, el negro Benedicto; pero lo deja, por ahí, en espera, para hacer el joven, llegando él solo a los portales de su amada.

IV

—¡Ah de la casa! —grita en cuanto arrima.

—Buenos días, señor Don José María —contesta Don Rufo saliendo al corredor, muy hospitalario y atento—. ¿Por qué no se desmonta y se cuela?

—Con mucho gusto, si lo permite el amigo.

—¡Tanté no permitirle! Más que fuera...

Y corre y toma las riendas y amarra el caballo y saca el taburete de cuero, reforzado con rejos, y se lo ofrece al caballero.

—¿Hablo con Don Rufo Villaciento?

—Con el mesmo, sí señor: un criado suyo, en lo poco que pueda servirle.

—Gracias amigo y... al tanto me ofrezco.

—¿Y qué vientos lo trujeron por acá, tan temprano?

—Por aprovechar este día tan bonito, montando un rato.

—El tiempo está pa'eso, sí señor.

Parola va, parola viene; mas no asoma hembra alguna. Don Chepe se cuela a la sala y luego al patio, en son de admirar lo alegre del paraje, el aseo y el cultivo. ¡Dios del cielo! En la cocina sin paredes está Silverita, pegada de la piedra, muele que molerás, maíz tostado. Se le hace más linda que en el pueblo, con aquel vaivén, el rubor que la acomete, con los ojos medio lacrimosos por el humo, aquellos brazos medio desnudos, el pañuelo en la cabeza, y los remiendos del vestido. Otra chica raspa arepas, acuclillada junto al fogón; la madre, sentada en un tronco y rodeada de coyabras, plasma en cada mano pelotas de cacao con harina.

Don Chepe, apoyándose en un cerco, bajo el negro alero, junto a los largos trozos de guadua, en que traen el agua:

—¡Qué bonita huerta! ¡Y qué vista!

—Ái cuatro matas, a fuerza e'lidia —repone la señora, con esa llaneza campesina, de los nobles descalzos—. La plaga no deja nada a vida. El punto es muy amañador y la divisa les gusta mucho a todos los que vienen, sí señor. Y, si le agrada divisar d'este lao, que le saque Rufo el tabrete, y, antes, se toma algún cacaíto o alg'otra cosa.

¿Divisar? Pues eso es lo que quiere. Y se cala los anteojos, y divisa; pero no al monte. Rufo vuelve con el asiento.

—¡Dios le pague por todo! Demen claro; pero ha de ser en una de esas totumas tan limpias.

—¡Ave María, señor! Tanté[1] en totuma. ¡Hasta pena nos da!

Él insiste; la vieja se encanta con aquel señorón tan sin orgullo; y, después de la totumada, entran los tres viejos en conversa. Mas Don Chepe no se contiene y le dice a Silverita:

—¿La niña ya tendrá su buen novio?

—¡Tanté novio! ¿Qué va a tener uno en este monte?

—Pero en el pueblo o alguno de los que pasan por aquí.

—¡Eh! ¿Uno qué va a saber, metido aquí en su oficio? Y en el sitio ¿qué va a conocer uno a nadie?

¡Qué habla y qué ojos! Pues y ¿esos dientecitos de ratón y aquellas jeticas y aquel mimo y aquella vergüenza? El viejo se troza por mitad del espinazo.

Al fin hay que partir. Les regala a las mujeres sendos capones, esa moneda de ocho reales con Carlos III[2] por un lado y las Columnas de Hércules[3] por el otro, que llamaron, después, "peso de barras".

Una vez en el corredor le regala a Don Rufo cuatro onzas; le promete vaca parida, protección en todo negocio y empleo, en las minas, para los hijos; y, por último, le pide, con toda formalidad, la mano de Silverita. Don Rufo cree soñar. ¿Qué más se querían él y María Engracia? Ahí estaba la hija cuando a bien lo tuviera.

Don Chepe, en llegando al pueblo, vase a los depósitos de unos canarios que tienen cogido el comercio y todos los productos de España, merced a un monopolio de hecho. Con muchos tapujos y misterio les compra bayeta catalana, para cuatro capisayos, paño de Segovia, para cuatro pantalones, lienzo fino, para cuatro camisas. Esto por lo masculino. Por lo mujeril, paño negro de San Fernando, para tres mantellinas; alepín a listas, para tres sayas; dos cortes ostentosos de rengue blanco, con floripones de seda violeta,

[1] *tanté:* tantee (UU).

[2] 1716-1788; hijo de Felipe V.

[3] Las llamadas Columnas de Hércules las integran las montañas de Ceuta y de Gibraltar.

entreverados de argentería, con que quiere quebrarles los ojos y ganarles la voluntad a Silverita y a la hermana. Encima, piezas de bretaña y siete mantas espesas, de lana burda, para que ningún Villaciento vaya a pasar fríos en esos altos, donde tanto ventea.

Antes de amanecer y sin que nadie lo note, parte el negro Patricio, al día siguiente, con enorme maleta, el mensaje y las explicaciones verbales, porque en casa de Don Rufo no conocen ni el cristus.

De él, para abajo, todos se pasman con aquella maletada; y Patricio, el más hablantino y zalamero del Congo, va largando aquella retahíla de finezas que le enseñó Don Chepe. Es su confidente y su tercero en todos sus amoríos[1].

"Es que sus Mercedes no saben qué laya de caballero es mi-amo José María —finaliza con blanqueo de ojos y gesto sublimado—. ¡Después de mi Dios, él! Ni el mesmo Rey será asina. Lo dice este triste negro que lo conoce más que toíto Yolombó junto. Liberto soy y con mi-amo tengo que morirme. ¿Iba yo a dejalo? Ni porque fuera él a tirame de la torre de Santa Bárbara. No tengo más que mi cuerpo gentil; si más tuviera, toíto era pa mi-amo".

Los viejos y los hijos apoyan a cual más, menos Silverita que no dice "esta boca es mía". Vuelve Patricio al amo con este mutismo. Qué importaba. Si dádivas quebrantaban peñas ¿cuánto más un corazoncito de paloma?

Al otro día comparece en la casa montañera. Gracias y extremos por tanta mercancía. Aún la tienen apilada en la tarima; sino que Proto, el menor de los tres varones, un tagarote como un toro, se ha puesto su cobija a guisa de capa, y se pasea, muy ufano, haciendo posturas y bobadas.

Don Chepe saca una cajita de plata, la abre y se la ofrece a su amada, en prenda de alianza: un collar, unos zarcillones y una sortija, de esmeraldas y perlas, que fueron de su mujer. Aquello fulgura, como un puñado de gloria.

—¡No por Dios, señor! ¿Cómo voy a recibirle eso? ¡Yo no! ¡Yo no puedo!

Se tapa la cara con ambas manos y se echa a llorar como un chicuelo.

—¡Esta montuna, que por todo le da vergüenza! —regaña Doña Engracia—. ¡Recebí! ¿Cómo vas a dejarlo con la mano estirada? ¿Te parece que él es cualquier pergüétano?[2]

Aumento de llanto y nada más.

—Es qu'está tan mediana —murmura el padre.

—¡Tanté, Don José María qu'es la Secaleche! —apura la madre—. Ai onde la ve, tan crecida, apenas va colando en los quince años: por la

[1] El confidente de Taita Moreno, según su propia confesión, "lo conoce más que toíto Yolombó junto" (pág. 50) (ver *Estudio preliminar. Técnica narrativa: intervención del autor*, para la discusión del puesto del negro en la obra de Carrasquilla).

[2] *pergüétano:* zonzo (UU). No aparece en DRA.

Candelaria del año entrante los ajusta. Peru-es que la vergüenza y la pendejada no la desamparan.

—Aprovechate, hole Silverita, no sias olleta. Mirá qu'en otra no te volvés a ver —aconseja Proto.

—No te metás vos —gruñe la vieja—. Y, en lugar de acabar con la cobija sin provecho, andá p'un viaje di-agua.

En situación semejante jamás se había visto Don Chepe. Pero he aquí que aquella arisquez de ave bravía, lejos de desconcertarlo, lo enardece más y mejor. Sobre serle el caso nuevo, le augura al punto una conquista por educación, un éxito admirable. ¿Cómo no? Las bestias cerreras y furiosas eran las que mejor se domaban; y aquel amor, con esa tortolilla rabiosa, debía tener unos ribetes que... se le salían las babas desde ahora.

¡Qué ofuscamiento el de Doña Engracia! De pronto hace señas y salen al corredor los tres viejos y el moscón de Proto, siempre en cobijo. Silverita se lanza al aposento, toda emperrada; Nerea, su hermana, la sigue al vuelo.

—No le dé pensión[1], Don José María —declara la vieja—. A ella se le pasa, entual. ¡Allá lo verá! Y vusté ¿me da licencia para desaminar las alhajas?

—¡Por supuesto, mi señora!

Le entrega el cofrecillo; saca el collar y Proto se agacha boquiabierto. Las ocho rosetas, con cerco de perlas y centro de esmeraldas, unidas por tres cadenillas, aljofaradas, asimismo, son, en esas manos ásperas y callosas de vieja campesina, como una burla sangrienta de la fortuna.

—¡Ave María, señor! Ni en Marinilla ni en Los Vahos vide yo unas prendas tan preciosas.

—¿Son di-oro bajo, madre?

—¿Nu-estás viendo, so carajete, que son di-oro fino? Ya te dije que te jueras, cabeciduro.

—¡María Santísima! ¡Pero asina valerán! Déjeme ver, madre, un ratico, y yo me rumbo.

—Déjelo, señora —interviene Don Chepe—. Si no está haciendo nada malo.

—¡Es pa'que lo vea, madre!

—¡Padrecito! —grita Nerea desde el cuarto—. Que ella sí recibe; que jue que le dio mucho miedo de coger eso, tan valioso.

—¡No se lo dije, Don José María!

Y, cofre en mano, corre al cuarto. A poco saca a Silverita de un brazo, y Nerea la empuja por detrás.

—Vea señor: yo no es que no acete, sino que... que... Decí vos, Nerea, que a yo, tuavía, me ocupa la vergüenza.

[1] *pensión:* temor, cuidado (UU). No aparece en DRA.

—Sí, Don José María —afirma la hermana—. Ella sí quiere; pero le da mucho miedo de recebir las prendas, porque aquí no tenemos onde guardarlas, no hay más que dos baúles sin llave; y aquí dentra mucha gente, y cualquiera les echa mano. Ella lo que quiere es que vusté se las guarde, allá en su casa.

—Sí, Don José María —interrumpe el montañeretas del muchacho—, aquí se cuelan muchos gatos. Hasta esta mercancía, que nos envió, arriesga, en esta casa, pu-ái colgada de las varas. Pero lo que es mi jerga sí no se la pañan; ¡del zarzo no la dejo bajar, ni a palos! ¿Yo iba a ser bobo?...

—No meta la cucharada, Protico, qu'eso es malo —aconseja Don Rufo.

—Ya te dije que te quités de aquí. ¿Qué sabés vos, entrometido? Pa'eso qu'es tan desobediente.

—No lo acose tanto, m'hija. Eso es asina como él y Nerea dicen. Siempre es mejor que Don José María se güelva a llevar estas cosas tan valiosas.

—Pero, hole Rufo, ¿no se pueden enterrar aquí, onde nadie lo sepa?

—¡Dios nos libre y nos favorezca! Enterrar esos tesoros es un pecado muy grande: la tierra no es más que pa'los difuntos y pa'las matas. El que entierra lo castiga mi Dios en el mesmo pecado: se le olvida el paraje del entierro o el diablo se lo muda. Eso pasa siempre, m'hija.

Bueno: se volvería con el depósito; pero, antes era preciso que Silverita hiciese acto de posesión: que lo tomase todo; que lo viese y lo examinase; que se pusiese, joya por joya.

Tal tiene de hacer, con la ayuda de Nerea. ¡Qué sarcasmo más cruel! Lloran los remiendos y llora la pedrería. ¿Y Silverita? Ni llora ni sonríe. Dejaría de ser mujer si no sintiese el poderío de las joyas. Pero, en cuanto se despoja de aquella riqueza instantánea y hechizadora, el vértigo cesa y la conciencia le habla.

Don Chepe se despide, transfigurado por la felicidad. ¡Qué delicadeza de niña! ¡Qué ejemplo de anciano! Las gentes pobres y sencillas eran hasta alumbradas por su propia bondad: eso de los entierros era tal y como el patriarca lo decía. La avaricia era tan vil y degradante que merecía todo castigo. Doña Engracia no tenía nada de interesada ni de codiciosa: sus embelecos eran de puro hacendosa y previsora; la Nerea, un tesoro; el bronco Proto, un buen corazón. ¡En qué familia iba a entrar! Los otros miembros, ausentes, serían por el mismo estilo. A todos los protegería, uno por uno. ¡Qué dicha era amar con intenciones tan buenas y a gentes tan santas! ¡Qué mujercita le deparaba Dios!

Y al viejo se le saltan las lágrimas. Sí señor: aquel David, sin corona ni salmos penitenciales, ha encontrado la Sulamita[1], que le caliente esos huesos, que no quieren morir sin inflamarse en las postreras llamaradas.

[1] La confesión candorosa del Taita "Yo no puedo dormir solo porque me da mucho frío" (pág. 53) recuerda el episodio bíblico del viejo Rey David a quien le cubrían de vestidos "mas

Esa noche manda a llamar a todos sus hijos. En cuanto están en la sala aparece, muy teatral, muy imponente, muy revestido de su autoridad. Hombres y mujeres se ponen de pie.

—¡Sentaditos todos! —y ocupando su sillón, guarda un silencio instantáneo, de solemnidad y sugestiones que rompe así—: los he reunido a todos para decirles que me caso, en el mes que entra. Me caso con Silverita Villaciento, una niña del campo, muy bonita, sumamente bondadosa y de una familia muy limpia y muy noble. Espero, pues, que me la acaten y reconozcan como a mi esposa; y que no me vayan a salir, después, con enojos ni malas caras ni fastidios. Esto se los pido y se los mando; y está dicho.

—Está muy bien —le sale Don Vicente, más formal y protocolario que él—. La voluntad de su Merced es la de todos nosotros, y lo que nos mande, eso haremos. Pero, si me lo permite, yo me atrevo a decirle algo, respectivo a su matrimonio. Su Merced dirá.

—Habla, hombre, y hablen todos, que para eso es la boca.

—Gracias, su Merced. Pues le diré que, si va a casarse, me parece que debe ponerle casa aparte a su señora.

—¿Crees que no cabe aquí en este caserón?

—Cabe de sobra; pero estas muchachas solteras y su mujer tal vez no se entiendan.

—Pondré casa aparte. ¿Y qué más? Que yo estoy muy viejo y ella muy niña, que yo soy un español muy pulido y ella una montañera sin desbastar, y que celos y que cuernos y que en esto me muero y que resultan mil desgracias y que trastorna el mundo y que se viene abajo el sol, la luna y las estrellas. ¿No es cierto?

—No tanto asina, su Merced —contesta Mariana, tan zafada y bocona como él—. Rebájele un poquito. Y mire una cosa: su Merced tiene de vicio hijas que lo atiendan y lo mimen y le sigan sus ideas.

—¡Déjate de pendejadas, que ya no eres ninguña niña de teta! Pero, si no lo entiendes, oye: yo ya no estoy para saltar tapias ni para quedarme en la calle, toda la noche; aquí no debo traer más mujer que la legítima; y yo no puedo dormir solo porque me da mucho frío.

—¿Asina es la cosa, su Merced? Pues, entonces no se ponga a esperar un mes: cuando el palomito arrastra el ala, hay que correr a buscarle su palomita, porque persigue las gallinas.

---

no se calentaba... Y buscaron una moza hermosa por todo el término de Israel, y hallaron a Abisag Sunamita" (*Libro de los Reyes,* Libro I, Cap. I). La variedad ortográfica que se permite Carrasquilla (la Sulamita, pág. 52; Sulamita, pág. 63; la Sunamita, pág. 119) recuerda "Tórnate, tórnate, oh Sulamita" (*Cantar de los Cantares*, Cap. 6, 13). Parece que las ortografías que confunde el autor (n y l) se confunden muchas veces y aun se confunde la moza hermosa que servía al Rey David con la heroína del *Cantar de los Cantares* (ver Jacobus, Lane, Zenos, *A New Standard Bible Dictionary,* New York, 1936, pág. 846).

—¡Perra irrespetuosa! ¡Te vas de aquí agora mesmo!

—Ya me voy, su Merced, y dispense. Lo dije por apoyarlo. Cásese, que no le haremos ningún desacato a su mujer. Que lo digan todos los presentes.

Todos afirman; pero el viejo ni los oye, porque se entra al cuarto y les da con la puerta en los hocicos. Una vez fuera, les dice Doña Mariana: "Ya la hice. Pero yo veré cómo la lavo, porque no paguen justos por pecadores. Callémonos el pico, mis queridos. Agora se casa, es capaz de tener hijos, y si se disgusta con nosotros, es capaz de dárselo todo a ellos, toda la cata entera y dejarnos a nosotros tocando gaita. ¡Conque punto en boca! Y pelarle el diente a la madrasta; y hacerle a su Merced hartas feligranas".

La cual Merced no pega el ojo en toda la noche, con aquel matalotaje de rabia, de amor y de planes. Pasa dos días indispuesto; mas al tercero se recobra.

A las nueve, sale hecho un Adonis[1] de las manos de Don Pablito y del camarero. Estrena el traje de caballería, color de botella, que le ha venido por el último galeón. Le han calzado la botas de tarro y la espuela de oro. Mientras le ensillan el caballo gallinazo, su lujo de las grandes ocasiones, se asoma a estudiar el día, para ver si deja o lleva la gran capa de embozo colorado.

¡Tendrá que dejarla, sin remedio! ¡Qué día! El Señor ha mandado a los espíritus del viento le barran su cielo, para que los yolomberos, que son tan despegados de su Padre[2], le adoren en ese infinito sin mancilla, ya que no asoman a las tres iglesias del lugarón. Y, si está tan embellecido, bañado por esa lumbre de soslayo, ¿cuál lo estará cuando le caiga a hilo de plomada? Hasta las campanas de oro de la Gloria van a repicar en este ángelus meridiano, a ver si así acuden los indevotos; pero es probable que ningún yolombero se dé por notificado.

Don Chepe mira y admira sin acordarse de Dios. Allá estaría su tortolita, con sus remiendos tan limpios y su carita de Virgen. Ni un lienzo de los templos de su tierra. ¡Ah! ¡Si esto fuera a orillas del Guadalquivir, a la sombra de los olivares, entre los perfumes y galas de la primavera! Y Sevilla y Silverita se le confunden en un mismo anhelo, y de lo hondo de sus entretelas se le arranca un suspiro, que se va hasta el firmamento.

Al bajar los ojos a la tierra, se le acerca Doña María Engracia, nada menos. Viene descalza, con sombrero de caña enfundado, mantellina y tamaño paraguas de fula azul. No se da un alabado más ferviente que el de Don Chepe, al contestar el saludo.

—¿Será atrevimiento desijile que nos colemos adentro y me atienda unas palabras?

[1] En la mitología griega, joven de gran hermosura de quien se enamora Afrodita.

[2] Carrasquilla satiriza las costumbres religiosas de los yolomberos, "tan despegados de su Padre" (ver prólogo de la novela).

—Al contrario, señora: con el mayor gusto.

Y pasan de los portales a la sala, porque en Yolombó no se conocen los zaguanes[1].

—¿Y aquí no haberá algún cristiano que nos escuche?

—¡Caracoles, Doña Engracia! ¿Tan secreto es lo que tiene que decirme?

—Más bien sí, Don José María.

Pasan al cuarto del lado izquierdo, nido frío del viejo milano, entorna él la puerta, y ambos se sientan.

—A las órdenes, mi señora: usted sabe que mi persona y mis bienes están a su disposición y a la de toda su familia.

—Tantísimas gracias, señor. Asina lo hemos visto. Pero yo no vengo a desijile más favores. ¡Imposible que fuéramos tan aprovechaos! Yo vengo a otra cosa, más bien maluca. Rufo determinó que viniera yo, porque él, manque muy entendido pa'todo, es corto con las personas de mucho respeto; mientras que a yo no me da recelo de nadie. Será de lo puro mentecata que soy.

—A ver, señora ¿qué es la cosa?

—Pues que no hubo nada de aquellito.

—Cómo de aquellito.

—Pues del casamiento de vusté con Silverita.

El viejo se pasma y la vieja añade:

—Asina mesmo como se lo estoy diciendo; pero ni yo ni Rufo tenemos la culpa. Nosotros no somos gente de dos palabras.

—¡Pero, señora, por Cristo! Cómo me sale, a estas horas, con semejante ancheta. ¿No se comprometieron, solemnemente, usted y Don Rufo, a darme la muchacha? Responda.

—Asina mesmo fue, Don José María; se lo prometimos de muy buena fe; pero...

—No son capaces de hacerse obedecer de una chicuela. ¿No tienen autoridad sobre ella?

—La tenemos, porque el Señor se la da a toítos los padres —repone con voz temblorosa de profunda emoción—. Pero cuando Él permite que El Enemigo Malo se meta en una familia, no vale autoridad de ninguna laya.

—¡Divino, señora! ¿Conque El Enemigo Malo es el de todo?

—El de todo, Don José María —asegura la vieja largando el llanto—. ¡Se lo juro por esta Santísima Cruz!

[1] La falta de zaguanes en Yolombó es una nota ambiental interesante (ver la escasez de mapas, pág. 39).

Poniéndose en pie, cruza el índice y el pulgar, los besa con fervor y llanto tan sinceros, que Don Chepe, supersticioso y hasta creyente[1], se sobrecoge, presa de extrañas sugestiones. Imposible le parece un juramento falso en mujer de tanta fe. La cree loca, idiota o víctima de algún fenómeno para él inexplicable. Y ¿por qué no podía ser diabólico? ¿No sabía el diablo, solo, más que todos los hombres juntos?

La cólera, que se le iba encrespando, amaina de un golpe y el instinto de lo sobrenatural se le despierta de otro golpe.

El llanto de la señora y las cavilaciones del señor, los obligan a un corto silencio. Escena peregrina si las hay. Él, tan infanzón y decorativo; ella, tan labriega y franciscana; él, tan pensativo; ella, tan dolorida.

El cuarto es enorme; la mesa, labrada y patiabierta, con palmatorias de plata y escribanía chapada, se pierde en la balumba de bolsas, papeles y corotos; de las encaladas paredes cuelgan santos y monturas, espuelas y cantimploras. La tizona hidalga y la jeringa ayudadora lucen por ahí, muy en ello. Álzanse, tallados, monumentales y policromos, el escaparate, y los arcones y el camón, medio velado por su carpa de indiana, a pintarrajos. Los guadamaciles de los asientos son una fauna. De un brasero se escapa el humo, medio eclesiástico del sahumerio.

—¡Por el Señor del Gran Poder, deje el lloriqueo y cuénteme, a ver qué es eso!

—En concencia y ley de Dios tengo de contárselo toíto —murmura enjugándose con la mantellina—. Ái verá cómo no tenemos la culpa ni yo, ni Rufo, ni la Secaleche. Vea: el sábado, que mañana va a ser ocho días, pasó por casa, por ái a las nueve largas, una viejita forástica, bordoniándose en un palo, y con un cotón y una montera que no se sabía de qué laya de trapo los habían hecho. Li-aseguro, Don José María, qu'eso parecía, más bien, cuero de ovejo que vestido de cristiano. Nos pidió limosna; y la Secaleche, como es tan caritativa, le sacó una totuma de mazamorra, su buena arepa y unos trozos de plántano que nos habían quedao del sancocho.

—¡Ah, sí! La bruja. Ya voy entendiendo.

—Tanto asina como las brujas vagamundas no será. Pa qu'es decilo. Pero cosa buena no puede ser; será alguna mandada por ellas. Vea, Don José María: pidió la limosna sin decir "por el amor de Dios", y, cuando s'iba, en vez de decir "Dios se lo pague", sacó de la jíquera una guayaba muy grande, se la regaló a la Secaleche y se largó callada. En el corredor estaban grojiando[2]

[1] En el Yolombó de la época, la creencia y la superstición están íntimamente aliadas (ver el personaje de Bárbara Caballero).

[2] *grojear:* estar alegre (UU). No aparece en DRA.

Marcelino y Evencio, los otros muchachos, y todos tres comieron de la tal guayaba[1].

—¡El maleficio! ¿Cómo no?

—Asina mesmo, señor: en la indina guayaba estaba. En preba d'ello, vea: esos muchachos han sido, a cual más, las criaturas más obedientes y sometidas. Si yo o Rufo les hubiéramos mandao que se tiraran por un volcán, li-aseguro que se habían tirao. Han sido de lo más amigaos entr'ellos; y han vivido en grojas y chacotiando como chiquitos, con ser qu'están ya de ponese en estado y tener atisbadas las novias. Pues desd'ese día cambiaron por completo; por completo, Don José María. Tanto qu'el lunes, después que vusté se vino, ganaron de la roza, con una porfía y un argumento, de lo más fiero, por un tacizo que se les perdió. No les valieron reprensiones ni mías ni de Rufo, sino que siguieron contendiendo. Se dijeron palabras acaloradas, y se insultaron que aquello daba miedo.

—¡Pero señora, por Cristo! ¡A dónde va a parar usted con todos esos enredos! ¡Acabe, a ver qué fue!

—Espérese señor, y lo verá. Tengo de contárselo toíto, bien patente, pa'que no nos culpe a ninguno. La Secaleche ha sido, desde qu'estaba en la maca, tan paciente, señor, y tan dócil, que ni una ovejita criada en la casa. Daba gusto ver la sumisión y el modo con yo y con Rufo. ¡Agora esa moderación pa'todo! Nunca se le había visto ni miedos, ni cismas, ni alharacas, de ninguna laya, nian con esas tempestades y esos huracanes, tan medrosos que hacen en ese monte; ni le da recelo di-acostase sola, ni bajar íngrima a la roza o por agua. Pues, señor, desd'ese día se volvió otra. Ya desd'el domingo prencipió con los miedos. Oiga, pa'que vea si estas son cosas de gente buena y sana y que sepa discurrir. Esto lo sé, porque me lo contó Nerea, que le saca a la Secaleche toíto lo que piensa. Ella dizque lo conocía de lejos, porque a los señores prencipales no hay quien no los conozca; pero nunca lo había visto de cerquita. Pues bueno: el domingo salió de misa, primero que nosotros, a llevar una razón a casa de Mano Arciniegas, onde posamos y guardamos la ropita buena; y dizque se topetó con vusté, en el altosano, y vusté dizque la voltió a ver. Pues con esto tuvo pa'llenase de miedo de vusté y cogele horror. ¡Tanté! ¡Como si vusté fuera un asesino o algún hereje descomulgao! Vea si esto no son enredos malinos, que le ha metido El Patas en la cabeza o tal vez en ese corazón, que ha sido tan inocente y tan buenito.

—¡Efectos de la guayaba, Doña Engracia! —dice el viejo, medio sonreído, pues no le augura nada malo eso del miedo—. Siga, a ver en qué paró este terror.

—Pues siguió asustándose por todo, por toíto. Esa noche, cuando

[1] El obsequio de la guayaba como mal augurio tiene ecos interesantes. ¿Sería algo atrevido relacionarlo con la manzana ponzoñosa que come Blanca Nieves?

estábamos rezando, dio el chillido, porque Langaruto le lambió un calcañal. ¡Como si el perrito, que l'adora, no viviera lambiéndola cada rato! Por la mañana, cuando íbamos a coger la molienda del cacao, se voló del pajarete una gallina idiática, que tiene Proto, y cuasi se nos muere del susto. Ya la vido cómo se puso cuando vusté nos habló, desde el patio. Yo pensaba qu'era de la pura vergüenza; pero no había tal: dizque le pañó un miedo y un azar, que ni podía agarrar la mano de piedra.

—¿Conque mucho miedo, Doña Engracia?

—Ái lo irá viendo. Cuando su negro nos desempacó las mercancías, todos nos engüetamos y le mandamos las razones del agradecimiento, menos ella; se calló la boca, como si la tuviera con candao; pero se puso descolorida mortal, ni vido, ni tocó, ni desaminó nada. Ni tan siquiera los cortes, como de vestido pa'la Virgen, que vusté le destinó a ella y a Nerea, pues también dizque le daba miedo y entripao por todo el regalo, hasta con esa tela tan preciosa. Vea si estará bien perdida y acosada con el maleficio.

—¡Tremenda resultó la guayaba!

—Ya vusté vido todo el emblema[1] y todo el conflito en que nos puso, con las alhajas, ya vido que ái se las chantó Nerea como si estuviera dormida, y que ella las cogió en la mano por obedecer. Pero dizque se moría del terror de agarrarlas; que sintió un yelo, por dentro, que le ganaba y le volvía a bajar. ¡Fíjese, pues!

—¡Sí, señora, un emblema atroz!

—Y ái verá: el cuento de que vusté le guardara las prendas fue por Nerea, que se lo alumbró, pa'que saliera del paso, con esa potesforma[2]. Dizque le dio tantísima lástima de vela con esa cobardía y ese sobresalto, que se le coló, detrás d'ella, al aposento, y le enseñó la cosa. ¡Figúrese, como ella la mima!

—¿Conque fue Nerea? ¡Vaya!

—Qué iba a acatar la Secaleche, con esa congoja tan fiera. ¡Pobre m'hija! Pero todo eso es nada, comparado con lo que nos pasó después. Ái sí vimos, bien patente, yo y Rufo, el indino maleficio. Apenitas se vino vusté, se tiró en el patio y echó a chillar, tan feo y tan maluco, que parecía mesmamente un animal del monte; y Langaruto echó a latir, parejo con ella, muy triste y alebrestao; y ái principió la rebelión y principió la pecadera: que no usaba nada de esa ropa; que no se casaba con vusté, manque la cubriera di-oro, de los pies a la cabeza; que a la iglesia la llevaban en pedazos; y qué sé yo qué más disparates y sublevaciones. Rufo la reprendió muy bonito, y le puso de presente el compromiso que teníamos con vusté, y la llamó a obediencia. Pues le contestó que la matara, si quería; pero que en esto no le obedecía ni en

[1] Doña Engracia utiliza la palabra "emblema" en el sentido de "problema" (ver: "un emblema atroz", pág. 58 y pág. 62, donde ocurre la palabra "emblema" entre comillas).

[2] *potesforma:* forma, simulación (UU). No aparece ni en DRA ni en S ni en TB.

vida ni en muerte. El pobre, así que vido tanto pecado mortal, en una hija que había sido tan buenita, y que se vido tan afrentao por ella, le pañó una tembladera y una cosa, que se coló al aposento. Pero ni pudo retener el llanto: ái lo sentí moquiando. Me agarró una injuria, señor, que yo, que nunca había tocao a la Secaleche ni pa'un pellizco, la agarré de las crisnejas, la levanté del suelo y la zamarrié muy duro, y nian asina se sometió: que no se casaba y que no se casaba. La largué y se revolcó en el suelo y se arrancó pelo y se aruñó la cara, como una loca furiosa, y me gritó "vieja verduga" y otros dichos muy irrespetosos. Sería el diablo que se me revistió o quién sabe qué; pero ái mesmo le eché mano al primer palo que topé y le metí no sé cuántos palazos. No la maté, porque a ésas llegó Marcelino a defendela. Lidiamos, lo mesmo que muchachos en lucha; pero no me pudo. A ésas, llegó Evencio, y entre los dos, me agavillaron, y Nerea se emperró a los gritos. ¡Ya ve por Dios qué cosa más horrible y más repunante y más asquerosa! Salió Rufo y, en vez de atendele, echaron a decir cosas en contra mía y en contra d'él; y ái se hablaron y se amigaron, otra vuelta; y que se largaban pa'la porra, si seguíamos acosando a la Secaleche, y que se la llevaban, quisiéramos o no, y otro montón de amenazas, a cual más pior. A ésas, llegó Proto y se puso a favor mío y de Rufo; y le insultaron; y Evencio le mandó al suelo de un arrempujón y le reventó las narices. Ái mesmo caí redonda di-una moridera. Cuando me recobré, me vide en la cama. Nerea estaba hincada ante la Virgen de Chiquinquirá, llorando como un chiquito. Me dio tanto susto que me tiré al suelo de un brinco. Salí y no vide a nadie más. Me largué a los gritos y Nerea me sobaba y me abrazaba; pero nada me decía. Me trujo la comidita; pero ¿qué iba yo a comer en aquel desespero? Al fin pude sacale: la Secaleche había cogido el monte; y Rufo y los muchachos se habían regao en su busca. Yo me salí al camino, a gemir como una loca; yo la veía ahogada; yo la veía ahorcada; porque a yo se me metió que ella mesma se había quitao la vida, de puro rabiosa y desesperada. Pasaban las horas y nadie parecía. Yo no podía rezar ni estarme queda. Nerea lloraba parejo con yo, y bregaba por aquietame; y pior me ponía. A fuerza de triunfo me llevó abrazada hasta una piedra: y ái nos sentamos, más muertas que vivas. Yo estaba como embobada, de tanto padecer. Muy tarde, cuasi a la oración, parecieron con ella. Venía toíta aruñada, y con la ropita hecha hilangos. Nada le dije, porque asina me lo ditaba la concencia. Callaos la boca llegaron toítos; y, no bien nos sentamos, nos dijo: "Si me siguen moliendo, me huigo pa'siempre d'esta casa. Yo sabré con quién".

—¡Ajá! ¿Conque sabía?

—¡Qué va a saber, señor! Si es que está distraída; si es que El Patas la tiene asina.

—Sí, señora: a todos nos alcanzó la guayaba, sin comerla ni beberla. ¡A usted la primera!

—Tal vez sí, señor: El Patas sabe tanto (se larga a llorar). Porque es mi deber he tenido corazón pa'contale toda esta rebelión y estos pecaos tan

grandes y tan afrentosos, de mis hijos, pa'que vea que ni yo ni Rufo, ni ellos mesmos, semos culpables de que todo se haiga acabao.

—¡Sí, señora: todo se lo llevó el diablo! —exclama el viejo, con filosófica amargura—. El diablo es el de todo. Yo no culpo a nadie.

La vieja sigue llorando y el viejo calla. No se conoce a sí mismo; se busca y no se halla. Con el prolijo relato ha ido cayendo del burro, lenta y gradualmente. Tan gota a gota ha bebido el desengaño, que hasta a su genio irascible le ha dado tanta tregua, que ha podido oír las retahílas. En fin, otra vez sería: palomas sobraban en el mundo: lo que faltaban eran gavilanes. Se levanta, se pasea, entreabre la puerta y aparece el negro Benedicto.

—Aquí está el caballo, mi Amito.

—¡Te largás pa'los infiernos, con tu caballo, negro asqueroso! Y usted, señora, déjese de lloriqueos, que eso no vale un comino. Levántese y váyase con Dios.

—Sí, señor —musita, medio intimidada—. No le enfado más. Dispénseme si le he causado molestia. Por obligación he venido aquí. En estico me voy; pero, antes, le suplico que nos empreste la maletica. Es que allá no tenemos nada aparente pa'devolverle la ropa.

—¡Qué ropa ni qué demonio! ¿Se figura usted que unos tristes harapos que les eché encima deben devolvérmelos? ¡No sea inocente, señora! Úselos o véndalos o lo que le dé su gana. Si su Secaleche no los quiere, que los bote.

—Eso siempre es muy penoso pa nosotros, no habiendo ya nada. Y óigame otra súplica (saca un pañuelo y desata de una punta). Nos tiene que dar un placito pa devolverle toíto el dinero. Fue que Rufo debía unos riales y pagó con una onza; pero ái le manda las tres restantes, pa'que se las abone y me dé el recibo.

—¡No sea indecente! ¡Guárdese sus onzas que nada me debe! Y dígale al hidepú de su marido que no sea calzonazos ni sinvergüenza.

—¡Tampoco nos ultraje de esa laya, Don José María! (volviendo al llanto). Aunque pobres y remendados, semos bien nacidos y nobles: con nada ajeno nos quedamos ni andamos en boca de nadie.

¡Dios libre a Doña María Engracia de los ojos desorbitados y de la cara desencajada de Taita Moreno! ¡Líbrela de aquel cuerno de la abundancia que le vierte encima! Para la nobleza de los Villaciento, para las Tres Divinas Personas, para la vajilla sacramental, alcanza, y sobra con qué pavimentar a Yolombó enterito.

—¡Afuera, vieja arrastrada, o llamo a una negra para que te saque a empellones!

Siente ella que el pelo se le para, debajo del sombrero, que le sube por el espinazo una aguja como de frío mortal. Quiere alzarse y sus piernas son de trapo; voltea los ojos y la pupila se esconde y el mundo se le va.

—¡Petronila!... ¡Benita!... ¡Traigan agua y vinagre!

Acuden y, tras ellas, otras, y luego, la familia entera.

—¡Maldita sea mi alma y el diablo que no la quiere! ¡Ya reventó esta mugre de vieja y agora me la cobran! ¡Vuélvanla, aunque sea a estrujones, si no, manden doblar!

No ha menester de asperges la aterrada marinilla. El soponcio le pasa y las dos esclavas la llevan, casi en vilo, hasta la casa del compadre Arciniegas. Frente a la casa del suceso se agolpan allegados y curiosos. Don Chepe, explica a su modo y cuanto su rabia lo permite. Prohíbe a su familia, bajo precepto de obediencia, le mencionen el asunto; y hace saber a los extraños que le escupe la cara a quien le nombre algún Villaciento.

Vuela, obsecuente, la comadre Hilaria a recibir a la señora; la ajonjea con vino, paños fríos en el cogote, toma de hojas de naranjo y comistrajo. Mas, si le pasa el mal físico, le apura el trastorno en aquella mente sobresaltada.

El Nazareno de Marinilla, el Cristo de Zaragoza, San Antonio de Pereira y todos los milagrosos que se le vienen a la memoria, le parecen pocos para el trance: quisiera, en su ayuda, la Corte celestial entera. ¡Qué horrendo, qué abominable era ese señor tan rico y tan misterioso! ¡Virgen de Chiquinquirá, madre querida! Si así habían de ser todos los principales, mantuviérala Dios, a ella y a su familia, en ese monte y en esas poquedades. Don José María no era un hereje excomulgado; era un poseído del demonio. ¡Hasta el mesmo demonio sería! Tan solamente el demonio podía vomitar, por esa boca, toda llamas, esas palabras tan asquerosas contra la Santísima Trinidad y el Santísimo Sacramento. Pero ¡benditos Ellos!, mil veces benditos, por haberle dado a la Secaleche ese corazón que adivinaba. De ese adivinar pendía el horror que esa criatura, tan buena y amorosa con todas las personas, le tenía a ese hombre endiablado. Ni aun intenciones tendría de casarse con la pobrecita: toda su bambolla sería por hacerla caer en el pecado inmundo. Y ella, su madre, tan inocente y mentecata, que se había puesto a creer en la bruja y en la guayaba. Él era el brujo, él era el guayabo. Ya caía por qué era esa risita, tan maligna, cuando mentaba esa fruta. Él era el de todo. ¡Claro, clarísimo! A la prueba se remitía: desde que le había clavado el ojo perverso, en el atrio, le habían sobrevenido, a la pobre, los sustos y las alarmas: desde que el viejo había visitado la casa habían resultado las desavenencias entre los hijos; desde que había entrado a la casa esas ropas, contagiadas de diablura, habían resultado las desobediencias, la rebeldía y los pecados. ¡Ni porque las mataran las usaría! Pues ¿y esas joyas condenadas? ¡Qué horror! En esta riqueza, tan alucinante y tentadora, estaba el maleficio supremo y las argucias del Enemigo Malo en un embrujo de oro y pedrería. A la Secaleche se las habían puesto y de ahí venían los revuelcos, los alaridos ferósticos, el aruñarse la carita, el arrancarse los cabellos, el proferir palabras arrogantes y el coger el monte, como animal ahuyentado. Las había cogido la pobre Nerea, y de ahí su astucia de que el viejorro las guardara, con el fin de meterle una mentira, cosa que jamás se le había ocurrido.

Pues, ¿y ella? Era la más contagiada. ¡Bien lo veía, ahora! De haber cogido y observado esas trampas del diablo le habían resultado aquellos "emblemas" tan atroces; la tentación de enterrar los engaños malditos; aquel arrebato, que la había cegado; aquel levantar de los cabellos a la Secaleche; la paliza hórrida; la lucha, brazo a brazo, con Marcelino; el levantarle falso testimonio a una pordiosera hambreada y a una fruta, que había hecho el Señor para que comieran los pobrecitos de la tierra y las pajaritas del cielo. Y esto era nada: lo espantoso era aquel juramento en falso por la Cruz de Jesucristo, para que el maldito viejo no la culpara. ¡Ah demonio! Con sólo visitarla y llevar sus regalos hechizados habían llovido las culpas sobre su familia como un azote de Dios. ¡Qué tal que hubiera mandado la vaca parida, tan anunciada! Ya estuvieran apestados y furiosos los otros animalitos. Ni el mismo Rufo estaba libre: de haber guardado esas onzas, algo malo tendría de resultarle. ¡Y lo que eran las astucias del demonio para contagiar a los cristianos! ¿Quién, si no él, le había metido a Proto el embeleco de envolverse en esa cobija, que ni un convaleciente con fríos? ¿Cuándo y cómo se le habían ocurrido tales extravagancias y ociosidades? ¡Permitiera Dios que el diablo se contentara con la reventazón de las narices y no le hiciera cometer pecados, como a sus hermanos! ¡Y cómo sabía el maldito! Como no podía colarse a donde hubiera Cruz, endiablaba a los cristianos, que sí podían, aunque pecadores. ¿Ahí no tenía ese viejo en su cuarto, cristos y santos, tan grandes y tan patentes?

Brega por rezar, pero en vano; se alza del rincón donde cavila, llama al Arciniegas primogénito, y le dice:

—Mirá, hole Israelito, andá en un momentico a buscame al Padrecito Lugo; y te doy un buen remojo.

—Entualito se coló a la Iglesia de Santa Bárbara. Ái lo topa.

La vieja corre, y coge reja.

Es el compadre Arciniegas un sanvicenteño, proveedor de víveres en las minas[1], acomodado y servicial. Mantiene a su servicio una clientela de indios y de indias, para los transportes. Desde el ventorrillo de un conocido, ve y oye todos los escándalos, comentos y murmuraciones. ¡Hasta su comadre, una santa, libre de calumnia, por vieja y por fea, la tienen en tela de juicio estos yolomberas lengüilargos! Corre a la casa, e Hilaria lo ilustra. Doña Engracia torna muy calmada, con la absolución de tan estupendos pecados; y emprende marcha inmediata. ¡Imposible dejar partir a su comadre, solita y a pie, en semejantes emergencias! Llama a la Daza, una india de Oriente, le hace poner la silleta, monta a su comadre, y, a pasito de perro, la acompaña hasta Los Guamos, pregunta va, pregunta viene. Deja, a las siete, en casa de Don Chepe, los regalos y las onzas endiablados. Por fortuna que el viejo está

[1] El compadre Arciniegas es "proveedor de víveres", el puesto que tenía el mismo Carrasquilla en la mina de Sanandrés.

encerrado, en su bebecinia, que, si no, le mienta la madre y la deja de botar con tusa, cual lo declara, al día siguiente, al imponerse de tales devoluciones. Dios viene a ver la negrería porque el amo, por corajina y ostentación, hace repartir onzas y trapos entre su servidumbre.

Los endiablados de Los Guamos comulgan al domingo; el lunes va el Padre Lugo, en mucha reserva, por supuesto, y echa el exorcismo, con todas las reglas y solemnidades que la Iglesia prescribe.

El diablo huye despavorido, a otros montes lejanos, y no vuelve a rondar por esos lares, a donde las cruces no le han dejado entrar; el microbio estragador y embrujado se extingue por completo. Doña Engracia pide a todas horas muchísimas mercedes: que ningún cristiano, poseso o tentado, asome las narices por su casa; que nadie de su familia vaya a recibir, a coger o a comprar cosa alguna, mandada por El Patas; que a los descendientes y allegados de Taita Moreno los libre Dios, en vida y en muerte, de los contagios infernales; que no caigan rayos ni centellas sobre ese Yolombó, cuando el blasfemo largue esa lengua de condenado. Quiéralo así Santa Bárbara bendita para bien de esa población, que le ha levantado iglesia.

Los Villacientos vuelven a encajar su vida en los moldes evangélicos y en las serenidades de su obscuridad, y, en ese hogar, montañero y labrador, Cristo manda, Cristo reina, Cristo triunfa.

Tal fue el idilio de David y Sunamita[1].

[1] Ver nota 1 de pág. 52.

V

Tenemos de encajar aquí algunas particularidades yolomberas, en relación con la Colonia.

Ya sabemos que estas fincas del Rey las administraban mayordomos, bajo leyes más o menos elásticas, con buenas pagas, mejores facultades y uña libre. Tampoco ignoramos que estos súbditos de América mandaban como cabildantes y por elección popular. ¡Así sería el mando! Los ediles, en su mayor parte, eran analfabetos de la cepa; las atribuciones municipales no las conocían, ni estaban, tampoco, definidas ni deslindadas legalmente; las jurisdicciones geográficas de los municipios no estaban determinadas; recursos rentísticos no los tenían. Desconocidos eran, en estos mundos, por aquel entonces, los rudimentos legislativos y administrativos, y muchísimo más los económicos.

Si en la Metrópoli había política colonial, en las colonias se la ignoraba. Como no fueran las intriguillas de cada municipio, no había aquí política alguna, ni en lo concreto ni en lo abstracto. Ni la palabra misma se conocería.

¿Y la instrucción? Si en los centros capitales no faltaban seminarios y facultades, para los nobles, no había, para las clases bajas, ni un simulacro de enseñanza. Sólo en Santa Fe hubo alguna, medio popular, antes de la expulsión de los jesuitas[1]. En los lugares pequeños, tan dispersos entonces, ni aun la doctrina cristiana se enseñaba, pues en muchos no había cura de almas.

De comercio e industrias, Dios librara a los colonos ambiciosos. El Rey no permitía la competencia más mínima a los artículos de su España, cuyo

[1] Los jesuitas fueron expulsados de las tierras españolas en 1767.

monopolio cedía a quien mejor se lo pagase. ¿Iba su Majestad a perder este mercado, por darle gangas a algunos súbditos agalludos? Si no podía con el contrabando de Inglaterra ¿iba a consentir que sus mismos siervos, contra el bien de todos y del suyo propio, le empeorasen el negocio? ¡Ni porque fuera el más tonto! Que vendiesen víveres y comida, para que sus empleados no pasasen hambres; que les hiciesen casas y todo lo que hubiesen menester para sus personas y bienes, eso sí se lo permitía, a quienes quisieran y con la ganancia que mejor alcanzasen.

En cambio de estas prohibiciones, tan insignificantes, les concedía, como padre amantísimo, que le rompiesen y arrasasen sus tierras, que sacaran para ellos todo aquel oro que le pertenecía, exigiéndoles, tan sólo una bicoca.

Y, como a fuer de padre amantísimo y Majestad católica, estaba empeñado en que todos sus americanos se salvasen, les imponía la religión de su España. Ella les enseñaría, con sus prácticas y doctrinas, a amar y reverenciar a su Rey, que también era divino en su mando e indiscutible en su persona. Y como no quería que las austeridades de la Iglesia fueran a menoscabar, en lo más mínimo, la salud preciosa de sus americanos queridos, otorgóles permiso de comer carne en cuaresma y otros días, mediante la bula de la Santa Cruzada, que todo fiel cristiano tenía obligación de comprar, año por año. Y eso casi gratis: sólo valía tres reales el papelito; pero era en letra de molde.

Tal pasaba en la Colonia, cuadra más, cuadra menos.

¿Y qué hacía esta gente yolombera del Rey? Pues hacía lo que hacemos ahora y lo que se hace siempre, en todo tiempo y lugar: pagarse mucho de su villorrio y de su época, y vivir muy satisfechos.

Esto de gozarse con lo inmediato y lo propio ¿no será una ley ineludible de la vida? El hombre se identifica, más que con su nación, con su terruño nativo; más que con éste, con su barrio; más que con su barrio, con su casa; más que con ella, con el gabinete particular donde más vive.

El hombre cosmopolita o genial podrá identificarse con el universo mundo, por el espíritu; por el corazón se identificará siempre con un rincón cualquiera del planeta, con las cuatro paredes en donde lo amolde el hábito y lo vincule el cariño[1].

Esta gradación —que hemos tomado del amigo Pero Grullo— la metemos aquí, aunque no quepa, porque ahora se dice y se sostiene que este apego al terruño, este preocuparse de él, en todo caso y cosa, es pequeñez en el sentir y decrepitud en el pensar: una chochez como cualquiera. ¡Y perdone!

Sí, señor: los yolomberos eran más yolomberistas que su patrón San Lorenzo. Vivían secos de risa, en una perpetua francachela[2], especialmente

[1] Carrasquilla afirma el credo central del novelista regional, en términos de razón y corazón.

[2] *francachela* (fam.): comida (DRA).

los españoles influyentes y los encargados del mando. Y con razón: Yolombó era un garito de su Majestad, en donde se jugaba a las minas; los gariteros sacaban buena cancha y vendían a los tahúres todo lo valioso que de España se importaba. Esto, el expendio de la bula consabida, el cobro de los diezmos, el tributo de los indios y las alcabalas, eran para mantenerlos con humor de ángel. Yolombó campaba por sus respetos. Las cabeceras de los distritos limítrofes eran rancherías, apenas nacientes; Remedios, tan próspera en sus principios, fue víctima de un incendio; Antioquia y Rionegro, los centros magnos de la Provincia, estaban muy distantes. ¿Qué otra población podía toserle?

La religión católica, alma mater de la Colonia, tenía allí emporio tan pujante, que, a más de la fundadora, había levantado dos iglesias. Los fieles cumplían estrictamente los cinco mandamientos y todo indio o liberto que se hiciese el remiso para asistir al "incruento sacrificio", lo arreaban a latigazos hasta la propia puerta de la iglesia. Algo semejante le acontecía a quien se obstinaba en no pagar el diezmo.

En cuanto al cumplimiento del Decálogo, les importaba tanto como las nubes de antaño. El amor a Dios, el sentido ético del cristianismo; los dogmas y la filosofía de la Iglesia, no entraban para nada en esas almas, arrulladas en la ignorancia y en la indiferencia. Mal podrían entrar. Si allí fueron misioneros, en un principio, ya nadie los recordaba. Los curas echaban, de cuando en vez, alguna prédica, farfullada a la diabla; y los oyentes, lejos de aprovecharla, sacaban de ella algún error garrafal, mucho más pernicioso que su misma ignorancia. Leían el evangelio de la misa, con sonsonete y gangoseo, y los fieles se dormían. El catecismo lo enseñaban de memoria sin explicar lo más mínimo; y las gentes lo repetían como el loro; y como el loro rezaban las oraciones, en las casas; y como el loro las enseñaban las pocas madres que en ello se ponían[1].

Taita Moreno y Doña Rosalía tenían los Evangelios, algunas vidas de santos, uno que otro libro de moral; pero si leían *El Quijote, El Lazarillo de Tormes* y *El diablo cojuelo*[2], les aburrían libros devotos. No les pasaba por la cabeza que aquello se pudiese transmitir a esos hijos, indisciplinados, criados como animalejos muy consentidos.

Los dos sevillanos contaban y contaban de los Cristos y las Vírgenes de su tierra, de la Semana Santa, de la catedral y de los templos; Don Pedro invocaba, en todo apuro, a su Virgen del Pilar; los tres viejos, lo mismo que los otros españoles, rezaban el rosario, a la oración, con su familia, para irse

[1] Carrasquilla prefiere los "templos vivos" a los arquitectónicos, un punto de vista que sostiene en sus novelas y en sus cuentos.

[2] *Don Quijote,* novela de Miguel de Cervantes, publicada en 1605 (primera parte) y 1615 (segunda parte). *Lazarillo de Tormes,* novela picaresca publicada anónimamente en 1554. *El diablo cojuelo,* novela de Luis Vélez de Guevara, publicada en 1641.

temprano a cenas callejeras, a picos pardos, si no a tirarse al codillo y romperse el alma en alguna huronera de Santa Polonia. Comulgaban, por precepto, y era de rigor que ese mismo día abriesen nueva cuenta, con alguna bien gorda.

Doña Rosalía, la dama piadosa, nacida y criada en la tierra de María Santísima, comulgaba como quien toma un vaso de agua; oía la misa como si presenciase alguna pantomima; no conocía siquiera el ordinario ni otras oraciones al caso. Aunque sabía leer, jamás abrió un devocionario.

Claro que toda esta aristocracia yolombera conocía, más o menos, la vida de Jesucristo y algunos episodios del Antiguo Testamento; pero lo que es el Santísimo Sacramento, lo que es el Santo Sacrificio, no lo sabía, no lo sentía por más que lo oyese, hasta cantado, en las grandes fiestas.

Los viejos Villaciento y su compadre Arciniegas introdujeron el uso —que no siguieron los nobles— de postrarse, boca en tierra, a estilo israelítico, en el momento de la elevación. Ellos y Doña Gregoria Layos eran los únicos que rezaban la Estación, después de misa, ante el Santo de los Santos. Por la mañana, iban a visitar los tres viejos; pero a medio día, sólo entraban los muchachos a perseguir golondrinas o a atisbar si algún murciélago despistado se colgaba por alguna parte. Las visitas, según las fórmulas grandiosas de San Alfonso de Ligorio, no se conocían en el pueblo. Si algún cura las estableció, ¿cómo continuarlas, con las confesiones al campo u otra obligación? ¿Ni qué devoto sabía leer en Yolombó?

Pero, eso sí, no se dijera renovación, porque corrían todos los chapetones, endomingados y majísimos, a disputarse las varas de aquel palio guarnecido de campanillas de plata. Era de ver a Taita Moreno, hecho un brazo de mar, con ese guión, que él manejaba a estilo medio taurino, medio banderizo, giro de un lado, giro del otro, repecho adelante, repecho atrás; era de verle cuando algún insolente atrevido tenía la avilantez de agarrarlo primero. A un canariense, que alguna vez no quería largárselo, le ajustó sus trompadas, ante el Amo Patente. Si también era, por fuero de raza y de Sevilla, jefe palatino y áulico de las fiestas reales de Cristo ¿por qué le disputaban su jefatura? En el ceremonial del Rey no podía zamparse ningún intruso, aunque se vistiese de oro. Cuánto menos uno de estos canarios vendetrapos, comidos de la roña.

Si el Santísimo estaba solitario en su casa, en la calle lo acompañaba la turbamulta de la infancia. "¡El paraguas!", "¡El paraguas!" voceaban los mocosos; y vieras cómo brotaba la tierra una horda de forajidos; íbanse detrás y no perdían un ápice de la ceremonia religiosa ni del estado del enfermo y de sus deudos, ni de las hojas de naranjo con que regaban el suelo, en tan solemnes ocasiones. Ojo avizor y boca abierta, acompaña la legión al Santo Viático hasta la iglesia.

La parroquial, sita donde está la de ahora, era de tapias, por los lados, con frontispicio y espadaña de ladrillo, ésta puntiaguda y rudimentaria, abierta

por dos ventanales, en arco, para las campanas. Tenía tres naves, separadas por pilares de madera, cielo de tablas con portaletes, como cualquier casa, enlucido todo con la mera cal. Altares e imágenes eran toscos y ramplones.

Chiquinquirá, emplazada también en la plaza, en la parte media de la cuadra oriental, no alcanzaba a ser ni una capilla: era un humilladero con cualquier remate por campanario.

Santa Bárbara, en la parte norte de la población, más abajo de la plaza y con frente al este, era el monumento del lugar: toda de ladrillo, con arcos y columnas medio moriscos y capiteles de estilo mudéjar, de fachada un tanto barroca, alta y caprichosa de espadaña. Sus altares y retablos, si no muy pulidos en la ejecución, tenían proporciones y algún estilo; ostentaban pintura de varios colores; altos relieves, toscos y disparatados, que representaban a la santa, en varios trances de su complicada existencia. La imagen patronal era quiteña, tallada en madera, con ojos de esmalte, y la obra suprema en Yolombó.

A estas iglesias, de tres al cuarto, no les faltaban sus riquezas. Los ornamentos eran de gran valor, así por sus materiales como por sus bordaduras, recamos y demás ornatos. La ritual utilería, desde los ciriales hasta las calderetas, desde los atriles hasta los incensarios, desde el lavabo hasta la última palmatoria, eran de plata, muy labrada y repujada. De plata eran, asimismo, las varas del palio y las chapas del sagrario y del frontal. Custodias y patenas, vasos y vinajeras, eran de oro macizo, clavados de piedras preciosas.

Así es que los yolomberos, merced al ceremonial católico, tan hierático y decorativo[1], tenían con qué entretenerse aun en lo religioso; y, si las músicas y el coro, de esa tierra, eran para taparse los oídos, a ellos les parecía el colmo de la belleza. ¡Claro! El culto y las iglesias eran allí el único espectáculo que podía sugerirles nociones de arte y de belleza. Por eso lo tomaban a diversión, no a relaciones con Dios o con sus elegidos. ¡Y esto no será sólo en Yolombó ni en esa época![2]

¡Peregrina religión la de esa tierra! El alma yolombera, a este respecto, era un revoltijo, si muy raro y estrafalario, muy explicable, por cierto. Media población era africana, y, por más que fuese bautizada y metida en catolicismo, cada negro conservaba, por dentro y hasta por fuera, por

[1] El aspecto ornamental del ceremonial católico le atrae a Carrasquilla (a pesar de su crítica cáustica). Sobre todo, las procesiones religiosas le ofrecen un pretexto para permitirse digresiones extensas (ver un típico ejemplo, en *El Zarco*, en el cual el autor concluye su digresión substancial con estas palabras: "Con tantos enredos y tantos devaneos hemos perdido de vista a mana Rumalda y a ma Higinio") (*O. C.*, I, pág. 495).

[2] Para las regiones mineras tan aisladas como Yolombó, la religión facilita uno de los pocos contactos con el arte y la belleza.

transmisión o ancestralismo en creencias, mucha parte de las salvajes de sus mayores. Esta negrería, entreverada con esos españoles de entonces, más supersticiosos y fantásticos que cristianos genuinos, más de milagros que de ética, coincidía y empataba con africanos y aborígenes en el dogma común del diablo y sus legiones de espíritus medrosos. De este empate vino una mezcolanza y un matalotaje, que nadie sabía qué era lo católico y romano ni qué lo bárbaro y hotentote, ni qué lo raizal.

Y ¿de dónde teólogo que les hiciese los distingos y sacase a estos blancos de sus errores? ¿Iban esos padres de familia a alarmarse por tan poco? A medida que el tiempo corría y que las negras lactaban a sus amitos, a medida que los entretenían con extravagancias sobrenaturales, la mezcolanza se iba definiendo en diabolismo, y éste infiltrándose en toda mente y en todo corazón[1].

En la época a que nos referimos, muy poco se ocupaban de Dios y de Su Providencia, por pensar en las potencias infernales. El yolombismo, remedianismo, zaragocismo, o como se diga, era todo un sistema de errores que a ser trascendental o conocido, lo condenara la Iglesia, como condenó, posteriormente, el espiritismo, que acaso sea la continuación, bien editada, de las creencias yolombo-africanas de ese tiempo, como la misma Iglesia lo asegura.

En aquel siglo, en que los espíritus fuertes, la incredulidad y el ateísmo invadían la Europa, se vivía en plena Edad Media, en estas colonias mineras[2]. El aire de Yolombó no se podía respirar sin que se le entrasen a uno tantos y cuantos espíritus malignos. Ni los espíritus de la gripa son tan traicioneros.

Había allí una clase, término medio entre España y África, que sería como un cuarto de la población. Componíala el baturrillo heteróclito y matizado de indios, negros y blancos, en que entraba más el Congo que todo. En esta clase era donde el diablo estaba más regado, donde era más temido y prestigioso, por reunirse en ella las tres versiones de su poderío: la católica, la africana y la indígena. Muchos usaban escapularios y amuletos de toda especie, rezaban a imágenes milagrosas, invocaban los ángeles tutelares; pero esto no contrarrestaba, ni con mucho más encima, las fechorías y travesuras de las malignas legiones. Muchos, al salir de noche, iban espantando espíritus, como quien espanta zancudos en el Magdalena. Con los duendes había y sobraba para tan prolijas precauciones. En este pandemónium duenderil hay, como en los cosmos, de cuanto Dios ha creado: duendes que hurtan, que esconden, que pellizcan, que se carcajean, que suspiran; duendes llorones, remedadores, rochelosos y satíricos; los hay indecentones y desasea-

[1] La fusión entre creencia y superstición queda acentuada por la mezcla étnica que caracteriza la población (ver Frutos en *Simón el mago* y Cantalicia en *Hace tiempos*, con respecto a la autoridad que representa el personaje de color y el indígena en ojos del protagonista niño).

[2] Europa disfruta del Siglo de las Luces, mientras que Yolombó vive en plena Edad Media.

dos; y los hay buenos, serviciales y majaderos, como en el mundo de los hombres[1].

Por cierto que a los robacucharas, a los que se topan cosas por ahí, a ciertos cristianos pellizcones y tenorios, les convenía mucho los tales duendes: muchas de las proezas de estos hombrecitos se las atribuían a los duendes.

No consultaban los yolomberos las entrañas de las víctimas y el vuelo de las aves, como los romanos; pero, a semejanza de éstos, tenían sus augures y sus pitonisas. Carecían de astrólogos que declarasen el porvenir de los recién nacidos; pero, por los padrinos de pila que les eligiesen y por los caprichos de las madres, antes de darlos a luz, sacaban con toda precisión el genio de los hijos; y merced a las zahoríes, que en Yolombó no eran raras, sacaban lo más imprevisto de su porvenir. Para descubrir ladrones y tesoros sobraban medios. ¿Cómo no? Había médicas y Ayudados que hacían milagros; culebreros que adormecían víboras y mapanares, pitoraes y cascabeles, y que les robaban el veneno, sin matarlas; había brujos que ahuyentaban las pestes en los animales y le podían a La Madremonte; había hechiceras que movían corazones al odio o al amor; había el prodigio tal, el portento cual y esta y la otra diablura.

Algunos curas, que no sabían de la misa la media, respecto a estas creencias y prácticas, más o menos reservadas, predicaron varias veces contra los agüeros y las supersticiones; pero ni expusieron bien ni explicaron claro ni concretaron los casos ni los fieles les creyeron. El Padre Lugo, sacerdote seráfico por su bondad e inocencia, pero perjudicial a la fe católica por su celo indiscreto y su ignorancia, afianzó más a los yolombetas en estas sus insensatas creencias.

Los exorcismos, esa práctica que la Iglesia ordena solamente para casos extraordinarios, notorios y que se tengan por evidentes, los empleaba el curita, por cualquier chisme de viejas y por el hecho más natural y cotidiano. Estos abusos lo chiflaron, o poco menos; sacaba diablitos del cuerpo de los enfermos, ahuyentaba brujas y duendes, conjuraba pestes en hombres y animales; conjuraba los gusanos de éstos y las úlceras de aquéllos; conjuraba a los hormigueros, a la comadreja, al tigre matarreses, al gavilán robapollos. ¿Qué más querían los agoristas yolomberos? ¡Cómo sería de violento El Enemigo Malo, cuando los curitas no podían nada contra sus astucias!

Preocupados con el diablo, engolfados en sus magias, se fueron olvidando tanto de Dios, que ni a su templo concurrían. Todo aquel orden de disparates se les hizo una verdad casi axiomática; fuéronse familiarizando tanto con ella, que hicieron de esos seres invisibles algo así como penates familiares, que si no hacían bien, tampoco perjudicaban con sus maldades. De modo que el jefe

[1] La jerarquía de los duendes recuerda los mitos regionales (Los Ilusiones, etc.), págs. 24 y sigs.

y capitán de estos genios vino a ser, para tantos supersticiosos, un enemigo a quien tenían que adular y consentir. Tal aconteció en esta clase mixta.

Hoy es el diablo muy moderado y comedido, hasta con los espiritistas y satánicos; y más todavía con los poetas de misa negra y con los liberales de compás y escuadra[1], precisamente porque a todos los tiene cogidos de para y cacho, y bien atrincados en el bramadero. Pero, en esa época en que la gente era tan tentable como ahora, hacía mil escándalos y revuelos en sus asechanzas. En Yolombó no agonizaba nadie sin que El Malo apagase las velas benditas; y, no pudiendo colarse a donde había cruces, hacía mil estruendos en puertas y ventanas, mandaba huracanes y tormentas, hacía gemir a los perros y llenaba de pavor a inocentes y culpados. Hoy tienta lo mismo, en esa hora suprema en que le disputa un alma a Dios, pero lo hace con tal disimulo y tal cultura, que apenas lo sabrá el agonizante. Hoy nos morimos todos, con más o menos miedo, bien o mal preparados; pero a ningún cristiano molestamos. No así en Yolombó: nadie expiraba sin aparecérsele, a unos en cuerpo entero y visible, a otros en sombra. Esta última aparición era horrible: los asombrados no volvían a ser los que fueron antes del asombro: al que menos mal le iba quedaba tuntuniento y turulato por toda su vida. Cualquiera enajenación mental, cualquier invalidez, toda tisis, eran resultas del asombro. Después de muertos y enterrados, seguía lo peor. ¿A quién no espantaban esos cristianos yolomberos desde ultratumba? ¿A quién no hablaban y tiraban de los pies? Eran horribles de espantadores.

Un muerto en toda casa, más que una pesadumbre, era el horror mayor de la familia. Se les hacía el novenario, no tanto por sufragio, cuanto por tener compañía por unos días. Una vez terminada, iban los propios novenadores a hacer la visita de duelo.. Tan augusta era esta entrevista, que tenía su ceremonial con todo y rima. El visitante, por cuenta propia o en representación de sus acompañantes, saludaba con gran genuflexión y decía:

Son mías cuitas ajenas
Y por esto estoy aquí:
No vengo a renovar penas
Pero a compartirlas, sí.

Y contestaba el jefe, no menos inclinado:

Esta visita tan grata
A mi familia y a mí,
Dolor no quita ni pone;
Pero se agradece, sí.

Los misterios de la muerte y del más allá les aterraban. ¿Qué no podría hacer un difunto si era capaz de salirse de su hoyo, para asustar a los vivos y lisiarlos para siempre? Los deudos pedían a Dios y a Las Benditas Ánimas

[1] Alusión a la masonería, asociación secreta que emplea símbolos de la albañilería.

alivio para sus finados y que se los tuviesen bien asegurados en sus sepulturas. Ni porque viniesen a contarles en dónde estaba enterrada la cata, querían verlos ni oírlos. ¡Qué iba a gozar nadie, con esa plata, si quedaban bien asombrados!

Gran culto recibían el diablo y sus legiones: monicongos, familiares, piedras, pezuñas, colmillos y huesos, se guardaban en senos y faltriqueras. Las prácticas diabólicas se empleaban en todo: quien supiese las palabras misteriosas de los conjuros e invocaciones, era uno como semidiós, a quien pagaban bien y rendían homenaje. Los niños de pecho, que no llevasen al cuello un hilo con la cuenta familiar, corrían el peligro de que alguna bruja, picada con el diablo, por no haberle atendido a sus reclamos, le hiciera a las criaturas algún divieso maligno o las enfermara de garrotillo. ¡Fatales eran las brujas desdeñadas por "taita señor"!

Pero, entre el brujerío yolombero, que no era escaso, sólo se conocía, como bruja despreciada por su amo y galán, a la Señá Bernarda Metaute, una vieja muy huesuda y espiritada. Era de Cancán, y nunca se le conoció familia alguna. Interrogada sobre ello, daba respuestas evasivas. Vivía en las afueras del lugar, por los lados de El Retiro, en terreno de Don Chepe, en un rancho medio caído, que él le había permitido habitar. A más de eso, le daba una peseta los domingos y ordenaba en la casa que le pasaran bastimento para toda la semana. Desde su llegada le conocieron a Miamo, un perro calungo muy asqueroso, y a Sumercé, un gato pintado de blanco, negro y amarillo. ¡Tanté gato de esas tres colores y con esa laya de nombre! Les daba comida que ni a jornaleros tragones. Vivía con ellos en el regazo pecador, y, en vez de echar pelea, eran muy amigos los dos animales.

Pronto comprendieron que vieja, perro y gato eran cosa mala; pronto la vieron volando, de las doce para el día, de caballete en caballete, unas veces sola, y otras montada en Sumercé, muy oronda, la muy sinvergüenzona; pronto notaron que en la calle, por donde pasaba, les daba a los niños romadizos y soltura, peste a las gallinas y gusanos a los perros. Como el diablo no había de enojarse por los daños a una bruja que él desdeñaba, la acosaban a pedradas; y, una mañana, aparecieron aplastados, frente al rancho, la Señá Bernarda y Miamo. A Sumercé no lo volvieron a ver por parte alguna.

En vano indagaron las autoridades y Don Chepe: viose, desde luego, que los matabrujas y mataperros eran unos Ayudados muy horribles: ni adivinos ni adivinas pudieron ver en el agua de ninguna vasija conjurada, la cara de nadie: todo se les volvía como culebrillas, muy inquietas y horripilantes.

Hubo, también, otras brujas muy conocidas y bastante dañinas. Aunque no estaban en amistad con su señor, volaban de noche y revolaban que era un gusto. El diablo, en vez de celoso, es un sinvergüenzote muy tranquilo. No por gusto le pintan aquellos atributos frontales. Por eso les permitía a sus querindangas los tratos que quisieran, de lo cual resultaban tantos perjudicados, que Don Pedro confinó a esas diablas a las minas de Doñana, donde el patrón era un viejo invulnerable y los negros unos refractarios a los hechizos.

"La calle de las brujas" llamaban entonces, y acaso la llamen todavía, a un callejón muy torcido, más abajo de la plaza y hacia el Nordeste. Este aquelarre o San Isidro de La Habana contaba con un buen personal. La mejor voladora y de yerbas más eficaces era una cuarterona, muy garbosa y zalamera, llamada la Colorada. Las señoras intrigaron con el cura y con Don Pedro para que la sacaran del lugar; pero ni lo eclesiástico ni lo civil hicieron nada[1]. Con su cuerpo zandunguero y su palmito inocente de Concepción quiteña, con su mata de pelo, que se echaba por delante, al encaramarse a los tejados, siguió haciendo estragos, si no con venenos materiales, que nunca se le conocieron, con prestigios harto diabólicos. Estaba tan entronizada la hechicera, que siempre que se topaba en la calle con alguna señora, se daba a toser y a decir: "¿Conque mucha ganita de rumbarme? Conténtese, su Merced, con lo que yo le deje, y no muela".

En esa época, toda mujer del partido era bruja de hecho: no podían concebir las dos facultades separadas. Acaso tenían razón.

Los españoles, en medio de este caos yolombero, se acogieron a la Santa Cruz, para poder vivir a todas sus anchas. Cristo no iba a tratarlos mal, a ellos que habían traído y propagado su religión por estas Indias Occidentales. Pocos males podía hacerles el diablo: cruces y crucifijos no faltaban en las casas y todos los cargaban en sus rosarios.

En cuanto se persuadieron de que no podían volver a su tierra, porque en ésta les arraigaban intereses y afectos, se propusieron vivir lo mejor posible, entre prácticas religiosas y paganas, como la suerte pusiese la parada, en este hoyo antioqueño donde también había sol, pan y muerte.

En poco tiempo hicieron de aquel poblacho, todo pajizo y destartalado, algo decente y cómodo, y se dieron a gastar esos oros tan sumamente lidiosos; los del comercio hacían su agosto, porque de España les venía a esos blancos los trajes de los grandes días, telas, avíos de casa, vinos, aceites y conservas, encurtidos, guadamaciles, monturas y maletas, todo objeto de cobre, hierro, pedernal y estaño; pues aquí no se fabricaban más que utensilios de palo.

Se daban sus filos de infanzones y de hecho lo eran, si no de fuero: nacieron nobles; no tenían ningún gravamen; mandaban en estas tierras, como señores naturales, fuera de que los españoles, de natividad, se sentían superiores a los criollos, que por más que éstos fuesen sus propios hijos[2]. Bien hecho: la Geografía da o quita mérito.

[1] Ver el personaje de Luz en *Historia etimológica* (O. C., II, págs. 605-607) y la conspiración de las matronas que empujan inútilmente a las autoridades civiles y eclesiásticas hacia medidas drásticas (ver también nombre y función social de La Pintada en *Los de abajo*, de Mariano Azuela).

[2] Carrasquilla satiriza la costumbre de basar el valor humano de un individuo en factores geográficos, lo que resulta muchas veces en el absurdo menosprecio de los propios hijos nacidos en América, de parte de los españoles.

El "servicio", ese servicio que tanto aterra hoy a las señoras, era a pedir de boca; esa plata labrada, con que hoy se ponen bizcas las señoras al sólo nombrarla, era allí el pan nuestro de cada día. De plata era casi todo el trastería de la mesa, cubiertos inclusive; los braseros pequeños, para encender el cigarro, y los grandes para prender el sahumerio; de plata las tazuelas, la palangana y jarra del lavabo; las palmatorias y los velones, y el bandejón para llevar los niños al bautismo; frasqueras y estribos, espuelas y mangos de látigo; de plata, de mucho peso y resistencia, ciertas vasijas, tan prosaicas como indispensables. En cuanto a enchapados, ni se diga; desde las monturas hasta los marcos de los santos. Holanda y lino eran lo común, para toda clase de ropas blancas; y los damascos de lana y seda lucían por esos camones. La mesa, con pescado y caza casi a diario, era de una abundancia homérica, a fin de dar las sobras a quien las pidiese. Y eso que los víveres no eran regalados. En aquel suelo tan feraz la agricultura era tan deficiente que sólo había plantíos reducidos de caña y uno que otro trapiche de manos. La panela para las minas la llevaban de Barbosa y hasta de los fundos de San Juan de la Tasajera; las papas y las arracachas desde La Carolina del Príncipe, de Santo Domingo, La Concepción y de los cortijos de La Magdalena.

Ya sabemos que los españoles sólo tenían por riqueza el oro y la plata. Poco se preocupaban, por ende, del cultivo de la madre tierra. Sólo los labriegos, asturianos y vascos[1], sembraban donde podían, a falta de otro oficio. Remedios, el emporio de la minería y de suelo fertilísimo, tenía su despensa en el Centro y Oriente de aquella Provincia; y, con este abastecer, se enriquecieron muchos que jamás pensaron en buscar oro. La carga entraba a esa región a espaldas de indios porque aquellas vías, más atajos para cabras que caminos para hombres, no permitían otra clase de transportes. De esta recua humana de proveedores se aprovechaba Yolombó para completar sus bastimentos. ¡Ya se ve si les saldrían baratos!

Los matrimonios eran fiestas públicas, con matanzas de terneros y de cerdos, sin contar las carnicerías en montes y corrales; y todo a expensas de padres y padrinos de ambos contrayentes. A la novia la sacaban hecha un altar, la coronaban de cualquier flor y le ponían siempre el "velo de castidad". La madrina, ritual camarera de honor, estaba a la vela todo el día, para reponerle el coronamiento y hacerle mudar de galas, tantas veces cuantas fuesen las vestimentas que para el caso se tuviesen preparadas. Aquel revestirse arreo constituía el lujo supremo de casaderas y casadas.

No bien salían los desposados de la iglesia, les daban entusiasmadas vivas; el cortejo paraba y los alféreces de la fiesta, el novio inclusive, echaban jura a

[1] Los vascos y sus descendientes representan un gran porcentaje de la población antioqueña (ver James J. Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* (versión castellana por Emilio Robledo), Medellín, 1950, así como *Estudio introductorio*, en Gabriel Arango Mejía, *Genealogías de Antioquia y Caldas*, segunda edición, Medellín, 1942).

los ovacionistas, con los puñados de reales, medios y cuartillos de real, que al efecto llevaban. ¡Qué arrebatiñas y qué caídas de adultos, entre aquella granujería enloquecida!

Los convidados, que era toda la gente de reconocido linaje, se iban agolpando en la casa, cupieran o no, mientras cuatro comisarios, ad-hoc, atajaban en los portales a la turbamulta *intrusa*. Nadie quería perder aquel desayuno, con tanta cosa de trigo y de azúcar; de aquella azúcar que se traía desde Cuba[1] y de aquel trigo de Castilla, sembrado y cogido por manos de españoles. En acabando aquella chocolatada camachuna, cuyos humos de canela trascendían hasta la calle, principiaba el bureo de contradanzas y chirigotas, entre copas y bizcochuelos, mientras en los corredores interiores se arreglaba el banquete número uno. Sentábanse a la mesa por tandas, y, en tanto que las negras atendían adentro a la blanquería, los negros sacaban a la calle o a la plaza los peroles de ajiaco, los talegones de arepa y aquellos costales con la cacharrería de peltre. Pronto el remellón de totuma iba colmando el trasto de quien se arrimase a esos fondos humeantes. Los picadillos de carnes y los tintes de azafrán y de yerbas cubren con un manto de gloria las humildades del plátano y de la papa. Aún no ha terminado aquella Jauja: allá vienen los calderos de dulce (conservón que acá decimos) y vienen los costales con las totumillas de tarralí. Aquel melote, con papaya, breva y limón, se agota en un soplo, a mano limpia. ¡Qué delicia! Lo mejor es que la calle no tiene caño, porque el agua no la han subido al pueblo.

Síguela, luego, el encanto del Jerez, del Málaga y de las mistelas, trepados y revueltos en la cabeza. Bailan, gritan, rochelean, repican las panderetas, a saltos y cabriolas; improvisan guaches de cualquier tarro. Varias de aquellas señoronas, vestidas de puntos y de rengues, bastante más escotadas que las actuales, si más luengas de faldas, no pueden sostenerse en aquellos zapatos empinados de raso; esos zapatos que desde los guardarropas de la Pompadour[2] han alcanzado a los arcones de Yolombó. Otras damas, muy en pie, cantan bundes[3] o ejecutan el número que se les ordena, con la chispa de la chispa. Una da "celos llorando", otra remeda al cura, ésta imita la chirimía[4], aquélla baila al torbellino. Esotra, condenada por unanimidad,

[1] La procedencia del azúcar de la lejana Cuba, más bien que del cercano valle del Cauca, ilustra los problemas de comunicación entre las distintas zonas colombianas aisladas.

[2] Jeanne-Antoinette Poisson, Marquesa de Pompadour (1721-1764), favorita de Luis XV.

[3] "Es lo cierto que al africano parecía dolerle algo muy hondo cuando entonaba aquellos aires... pero todo, bien fuese el bunde más regocijado, le salía triste, impregnado de nostalgia" (*Salve, Regina*, en *O. C.*, I, pág. 190). Ver también la transcripción de un bunde original de Juan Francisco Ortiz, en Benigno A. Gutiérrez, *Arrume folklórico-De todo el maíz*. Suplemento de tonadas típicas campesinas y relatos populares, seguido de la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, con 121 notas de Roberto Jaramillo, Medellín, Imprenta Departamental, 1949, págs. 17-18.

[4] "¿Qué aldeano no tuvo en su niñez el goce inefable de la chirimía? ¿Quién no sintió esa música triste y selvática?" (*Estrenos*, en *O. C.*, II, págs. 597-601).

escoge a cualquier galán, lo hacen extender en el suelo, le arreglan el féretro, y ella se postra de hinojos, a llorar, con canto gemebundo, a su amado "Juan José de la Rosa"[1], intercalando, en el estribillo coreado, los lamentos que le inspire su numen, y con la mímica que el caso exige. Este número ultra, que varía según el temperamento de la dama, lo ejecutan varias, en una misma fiesta. Por cierto que revivió, por esos lados, y con mucha boga, un siglo después.

Pasado el banquete número dos y el reparto callejero, que ya no necesita vajilla, continuaba el jaleo, entre trasudores y desmayaderas, hasta la media noche, hora en que soltaban a los infelices novios.

Durante siete días, nadie asomaba por esos palacios encantados de la luna de miel; pero, a la octava noche, despertaban a los recién casados con la serenata ritual. Música y letra las componían entre todos los entendidos en estas artes chuscas, que no eran pocas, en este pueblo de bromistas desocupados. Tales serenatas tenían que ser, según costumbre tradicional, alusivas a las peculiaridades, más o menos íntimas, de los obsequiados. A veces resultaban bastante más expresivas de lo necesario, pues la musa de Taita Moreno, alma de toda guasa, recorrió siempre la gama de lo verde.

De ahí en adelante seguía el visiteo de felicitaciones, que tenía también su fórmula, pero en estilo chancero. El visitante recitaba:

Beso
Y rebeso
Planta, carcañal y hueso
Y vuelvo a besar
Planta, hueso y carcañal.

El visitado respondía:

Pago
Y repago
Tal besar, merced y halago
Y vuelvo a pagar
Favor, halago y besar.

Si la recién casada era viuda, no había serenata sino "cachada"; si, entre el primero y el segundo matrimonio, había algún episodio de resultados vivientes —que allí no era raro— la cosa tenía más pitos que cachos; y, si ambos contrayentes eran viudos, aquello resultaba una asonada atronadora de carnaval.

También eran muy festejados los bautizos. Engalanaban a la negra más bonita, y, una vez que tomaba la bandeja con el niño, los tapaban con un velo de puntilla, los echaban por delante y los padrinos los seguían, entre todos los

[1] Ver el nombre del protagonista Juan de la Rosa, de la novela *El Zarco*.

chicos de la familia, que, a lado y lado muy peripuestos y vela en mano, formaban fila en reverente procesión. A la vuelta, había refresco infantil. Cuando la madre, terminada la cuarentena, volvía de la purificación y de la oferta, era el pipiripao para los mayores, con mucho bailoteo y muchísimo cantorio. Té bailable, que dijéramos ahora.

Como no todos los mozos principales podían estar en las minas, y como no tenían otras ocupaciones perentorias en el lugar, vivían en cacerías y en pescas, más o menos distantes, más o menos largas, y siempre muy aparatosas, cacareadas y ladradas. Bien así como los deportes actuales. Pescaban desde doradas hasta fiebres; cazaban desde tigres hasta tortolitas de Eva. Si esta última era una cacería un tantico reservada, aquélla resultaba una gesta gloriosa, celebrada con pólvora, con hurras y gritería. Traían el cadáver de la fiera en florida y enramada barbacoa, a hombros de cuatro jayanes, más denodados de olfato que de ánimo; y, después de pasearla por todo el pueblo, entre los perros heroicos y los tiradores barraganes, se iban, entre el rebullir de los curiosos, con el más hábil de los matanceros a sacar, con arte y sutileza, aquella piel que a las veces se remitía a la metrópoli, como regalo para algún gran señor del Consejo de Indias[1]. ¡Qué espectáculo! Aquel ¡fo! ¡fo! de muchachas y de viejas, aquel taparse las narices, era para revolver el estómago del más difunto; pero no perdían ripio de aquella disección peregrina. Lástima que no pudieran comerse la carne de ese animal, tan bien cebado con las pobres reses; lástima que no se pudiera beneficiar aquel tripitorio. Y todo para esa gallinazada inmunda que no se apartaba, ni con la piedra, de tanto Caifás[2]. ¡Puf puf! Hasta una peste iría a levantarse. Claro que todo era puros aspavientos: por brutos que fueran no iban a enredarse con una carroña.

Mas los tigres no eran casos frecuentes, y había otra caza, silenciosa y nocturna, tan benéfica a todos como factible e inmediata. Y no era con esos sombreretes de palma trenzada, ni con esos cogepuercos remendados ni con ese chamarrón ni con el desgreño y aire de salteadores, con que se lanzaban al monte: era con el atalaje semanero: cachuchín, a cascos de cualquier trapo, capote o tabarro de bayeta, calzones rodilleros de mahón, alpargatas muy aseguradas con correas, rasurada la cara y la coleta como un primor. De tal guisa, garrote en mano, paso cauto y sin perro indiscreto, se internaban, en las noches de luna, por las espesuras de los platanares y los rastrojos de las zanjas, en asecho de esas chuchas y comadrejas, tan ladinas como carniceras. Pocas veces volvían chasqueados; y ahí quedaba esa inmundicia para las ollas que, al efecto, mantenían aquellos negros comesierpes.

¡Espíritu municipal el de esa mocedad! A ruego de algún inmediato interesado, se iban en convite, muy de madrugada, a hacer algún banqueo, terraplén o desagüe. A las ocho suspendían la cava para tomar el sancochón

[1] Ver nota 3 de pág. 7.

[2] Sacerdote hebreo que hizo condenar a Cristo.

jugoso, y el chocolate de harina, aliñado con pimienta dulce, obsequio del convidante; dormían la siesta, tirados en la yerba, hasta las once, para seguir la faena hasta la una.

Algunas veces amanecían con la jugadera enconada, y, requiriendo la baraja o los dados, tendían los capisayos a la sombra de algún árbol; y ahí me los tenía usted tan absorbidos y alejados de la vida que ni de almorzar se acordaban.

Los que tenían novias promovían meriendas señoreras, y aquello era el suspirar silencioso, en el acarreo de la chamiza; el sonreírse, al soplar por debajo de esas olletas amables, que se resistían a cantar; el declararse con las rebatiñas y derrames de las jícaras y con la guerra a roscazos.

En noches de luna, cuando no tenían ningún bureo en planta, eran los coloquios y era la poesía, calle arriba y calle abajo, al son de panderos y guitarras. Hacían posa para cantar un bunde, hacían posa para bailar el toro; y hasta las mamás más seriotas echaban sus puntas de fandango, con abraceos y trabes, por ahí con cualquier barbián caprichoso.

El sábado estaba consagrado, por tradición, a la diosa Suerte. En comiendo, o sea a la una p. m., empuñaban los cubitos azarosos con que jugaron la túnica inconsútil, hasta las tantas de la madrugada. El tahurote sinvergüenza, que se quedaba con la plata tan difícilmente sacada a las mercedes de taita y madre, tenía que costear la tamalada y el aguardiente, para todos los arruinados. Bien sabían ellos en dónde les abrían sin golpear demasiado.

Las borracheras eran solamente en fiestas o por matar algún desengaño amoroso, que por apuros económicos o patológicos no se iban a despechar esos yolomberos, tan epicuristas[1] y gozones.

Tales los vagares y los devaneos de la juventud aristocrática.

¿Pues y aquella rapacería sin escuela y sin juguetes importados? Era de ver aquella horda ominosa y cochambrienta de hunos y de hunas[2]. Machos y hembras llevaban, hasta los diez años, por toda vestimenta, un camisón, casi talar, fruncido en el pescuezo con un cordón, y farfullado del lienzo más basto y más barato. A ellas les cubrían la cholla con monterilla, de cogotera hasta la espalda; a ellos, con cualquier gorringo de caña o de guasca, quemada el uno, rompido el otro, éste con la trenza descosida, aquél bailándole en espiral, de lado y lado.

[1] Epicurista (ver epicurismo, pág. 139): Ni "epicurista" ni "epicurismo" aparecen ni en DRA ni en Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* ni en Gili Gaya, *Tesoro lexicográfico* (1492-1726). La *Enciclopedia universal* de Espasa, así como la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso sí citan la palabra "epicurismo", remitiendo a "epicureísmo". Evidentemente Carrasquilla a veces emplea términos que, aunque existen, son de uso poco común hoy día.

[2] El autor identifica la gente menuda de la clasa baja de Yolombó con las fieras hordas de Atila.

De los once años en adelante les acortaban a ellos el camisón, para atracarles aquellos calzones, destinados a llevar tantas lucernas posteriores. Por fortuna que la suelta chamarra tapaba un tantico. A ellas no les acortaban nada: sobre la luenga veste les amarraban la saya... y nada más. Pensar que una mujer pudiese usar algo parecido a bragas, era un insulto, en esa época.

Por supuesto que entre esa gente menuda estaba el diablo muy metido. Zagalones y rapaces, hombres y mujeres recorrían el lugar, en una promiscuidad siempre alterada por las luchas intestinas: pescozones y pellizcos, berrinches y corajinas, acabe de gorras, rompimiento de monteras. Cebo y acicate, a sus ferocidades, eran estas epopeyas. Cual si esgrimieran el lanzón formidable de San Miguel, chuzaban a la pordiosera y al llagado, apaleaban perros y gallinas, y oídlo ¡oh vosotros los clientes de cantinas y choferes! mataban las culebras[1]. Sí, señor, no tan sólo las verdes y las cazadoras, que nada hacen, sino las mapanares y las víboras. A los ratones les sacaban el cuero, cual hacían los grandes con los tigres, y lo estacaban en las paredes. Las cocinangas de pajarito y el asado de armadillo eran diarios y en plena calle. No había gorrinillo a quien no arrancasen la cola, para comérsela a medio chamuscar.

No tenían las chicas muñecas que se durmiesen ni hablasen; pero inventaban mostricos de trapo, si no de mazorcas de maíz. Carecían los chicos de caballitos que anduviesen, pero las bellotas de plátano, paradas en cuatro chucitos, corrían a maravilla. Hacían balanzas de cáscara de naranja y guitarros de tablillas, maletas de naipes y paraguas de rascadera, hacían unos gallos de cera, con plumas de verdad, muy plantados en su redondel de totuma, que reñían a saltos. ¡Eso sí era!

Por deportes tenían el columpio y el mataculín, el salto y la carrera, las patadas y la lucha, el "pilón" y el "gulumpán de la arena", la silla de la reina y la casita; y había cada olimpiada y cada match que temblaban las colonias. Los más arrojados se iban a montear y traían, a más de colmenas, sirpes y caimitos, guáimaras y madroños, almendras y corozos, aceite de milpesos, leche de sande y de anime. Los coleccionistas reunían montones de chocho grueso y del menudo, "lágrimas de San Pedro" y achirillas, de táparos y "cocos de mono", de congolos y ojos de venado, de yolombos y chontas; reunían calabacines, caracoles de rosca y retorcidos. ¡Qué museos! Y todo era envuelto en trapos o en hojas, porque el papel era cosa rara: el sellado y el de autos le conocían en las oficinas, el de cartas en una que otra casa; el de imprenta, lo mismo que el cartón, no existían ni en la mente de los yolomberos. Pues ¿y las cerbatanas?

Esta rapacería resultaba hasta misericordiosa de puro desalmada. A pesar de oír, a toda hora, qué clase de espantos son los muertos, eran esos diablillos los únicos que no les tenían ni pizca de terror: a todo moribundo lo

[1] Ver *Estudiantes* (en *O. C.*, II, págs. 563-568), donde al superhombre Juaco lo devora "la serpiente espantosa".

estudiaban hasta la postrera boqueada, y, a todo difunto montañero, que trajesen en barbacoas y amortajado con la cobija, lo rodeaban desde su llegada, le asistían en la iglesia, ayudaban a echarle la tierra y no le abandonaban hasta la última apisonada del hoyo. Cada noche hacían "El Difunto" entre los de brazos más largos, para espantar viejas.

Al obscurecer se reunían en las cocinas para oírle a la negra Fulana las estupendas e interminables aventuras de Sebastián de las Gracias, de Tío Conejo y del "Patojo", mientras llameaba el lar, se doraban las arepas en el rescoldo y gorgoreaban los olletones incitantes. A todo esto se congregaban los mayores, en los portales, ya con huéspedes, ya con vecinos, para departir sobre el Rey, su Sacra Real Familia y sobre los Gobernadores y Visitadores de la Provincia.

Para recreo y lujo de grandes y pequeños, mantenían por esos corredores y solares más animalejos que personas: guacamayas y loros, cotorras y periquitos, paujíes y gallos de monte, ardillas y martejas, micos y cuzumbos. Domesticaban tatabras, pericos ligeros y perros de monte; en fin... el arca. A estos animales no perseguían los malvados, fuese por cariño o por miedo a una zurra.

Con respecto a sus hijas, vivían las madres yolomberas sumamente pagadas y satisfechas del cumplimiento de su misión docente. "Formar el corazón de las jóvenes", que hoy se dice y se formula, como programa y objetivo de muchas escuelas; eso en que ahora se gasta tanto dinero y tanto tiempo, y en que las madres tienen que buscar otras de afuera, porque ellas no se atreven, siquiera, a pensar cuál sea esa forma por la que hayan de plasmar esos corazones tan queridos, era, para las matronas de Yolombó, puro trabajo de campesinas vendecomidas. Ni más ni menos: era echar natilla en una totuma, dejarla secar, ponerla boca abajo, en un plato, y quitar la totuma. Unas miajas de doctrina, las oraciones del diario, dos o tres para las grandes solemnidades, enseñadas y aprendidas por el método consabido e inmortal del loro; el consejo de que fuesen muy buenas y muy señoras de su casa y de que cumpliesen "los deberes de obligación del estado"; y héteme el corazón de una niña, con una forma muy segura y muy patente, a punto de ser presentada en el ventorrillo de la vida. Las mentes de las jóvenes, si acaso las tenían, se formaban por sí mismas, sin ayuda de nadie, sin el sol ni el riego, bien así como esas plantas que se alimentan del aire. A las mercedes de sus papás les cumplía, tan solamente, no dejar que las invadiesen las hormigas de las letras de molde ni el pulgón de la manuscrita.

La educación, por el lado práctico, no era tan completa, como ahora, valga la verdad. Mucho de adiestrarlas en la preparación del menjurje tal y el guisote cual; pero se les olvidaba enseñarles cuántos granos de maíz y de frisol se gastan al día; ni para cuántas personas alcanza una papa; mucho de ilustrarlas en la hechura de "paños para barba", esos paños de tantas labranzas y floreos; mucho de flecos para colchas y cortinas, con recargo de madroños y caireles; mucho de acericos bordados y de randas de palitroque: pero ni jota

sobre remiendo de medias y talegos, ni de hacer servilletas de una blusa, ni corbatas de forros viejos de paraguas. No parecían antioqueñas esas yolomberas, tan despilfarradas[1]. Con la educación trascendental del espejo no eran tan conformes ni tan descuidadas: les transmitían la unción del pelo, con aceite de milpesos, y la del rostro, con albúmina; el pintorreo de carmín y de albayalde, con "Pasta de la Reina" y de cascarones de huevo; y el enorme secreto de teñirse las canas con fritanga de hollín, en aceite de fresno.

A veces descansaban estas matronas docentes, de la baraja, de los dados y de sus pedagogías; y, reuniéndose hoy en una casa, mañana en otra, se entregaban a los horrores del chocolate, y a las voluptuosidades de la maledicencia. A los maridos les estacaban los cueros, mejor que los mozos al tigre, mejor que los chicuelos a los ratones. Cuando estaban templadas por lo verde, llamaban a Taita Moreno, para que, a boca llena, en crudo y sin camiseta de ninguna especie, les deshojase de perejil para arriba. No se sabía cuál se divertía más, si el narrador o las oyentes.

Si no podían comprar pasatiempos industriales, ni espectáculos a máquina, tenían que inventárselos los yolomberos propios y ser libros y lectores a un mismo tiempo; a un mismo tiempo espectadores y espectáculos. Por eso vivían tan festivos y regocijados, que nada entretiene tanto como esas diversiones, sin programas ni etiquetas, en que todos toman parte y que sólo pueden disfrutarse en el descanso de la franqueza y de la confianza recíprocas.

El buen humor y la espontaneidad, que hoy se han perdido, por los protocolos y las urbanidades, por las elegancias y por la moda, tenían allí su reinado. Como no había molde social reconocido ni prescrito, cada cual se presentaba con la autoeducación que viene del carácter y la cuna. Precisamente porque ignoraban los empalagos y remilgos, que trae consigo la letra de molde, eran muy divertidos y originales en su trato; pues, si la inteligencia y el saber, reales y efectivos, valen, una que otra vez, en las conversaciones sociales, nada valdrán jamás todas estas quisicosas supuestas, aprendidas y postizas, que ahora decimos y conversamos: todo este librismo ajeno, sin digerir, casi textual, con que nos quebramos los oídos, unos a otros, para deslumbrarnos y hacer viso. En Yolombó los bobos no se metían en docena, como ahora, porque no eran bobos instruidos, como nosotros. Si esa gente no conocía sabios ni doctores ni artistas, no sufría, en cambio las cócoras ni el atosigamiento de los que queremos mangonear de todo aquello. ¡Dichosos los yolomberos que no trataron "intelectuales" ni políticos ni financistas! ¡Feliz edad en que no conocían las conferencias orales y en que la dictadura periodística no le tomaba a nadie declaración indagatoria![2]

[1] Las observaciones satíricas sobre la pedagogía de la época subrayan la falta de educación práctica de la mujer y el predominio fatal del método "consabido e inmortal del loro" (ver también la alusión a "ese saber práctico de la vida que vale más que los aprendizajes doctos y académicos", pág. 28).

[2] Ver la autobiografía en la que observa Carrasquilla: "Al cuarto poder tengo qué agradecerle" (*O. C.*, I, XXVI).

VI

¡San Juan Bautista! "¡La voz que clama en el desierto!" Desde que Flaubert lo sacó, por incidencia, a la liza literaria, se ha ido poniendo tan en moda que ya hemos visto su cabeza, con todo y bandeja, hasta en pantomimas coreográficas[1] ¡Con tal que no empalaguen, con él, como con el pobrecito de Asís![2] Y es lo raro que sólo los devotos almanaquistas sabemos, ahora, en qué día lo celebra la Iglesia. No así en otro tiempo: sesenta años atrás se le honraba, en estas montañas, con especialidad en los pueblos del Nordeste, y aquello eran fiestas.

Los yolomberos, que nunca reparaban en gollerías, desde que se tratase de diversiones, mal podrían reparar, en tales circunstancias; por economizar un peso ¿desairar aquel santo que desde España venían celebrando? No tal: año por año lo festejaban, bastante más que a su mismo patrón.

Hace dos meses que mandaron, según usanza establecida, diez indios y dos negros a Rionegro y a Marinilla, para sacar, por esos caminos de micos, los tres músicos y los dos cantores, que por allá los han conseguido. Desde el catorce del mes, previo tope pedestre y regocijo general, están en la población. Eso es lo nunca oído: dos coristas que tienen voces de ángeles avejancados, un cornetín de llaves, uno como requinto, un bajo que ronca como cien negros juntos; otros tres, tamboreros y timbaleros, que tienen los señores Castellanos en la mina, completan el concierto celestial. Yolombó goza y goza. ¡Qué noches, qué días! Voladores, truenos y triquitraques, a toda hora. Después de la salve, baile; después de la misa, lecciones de tonadillas; concierto, al ángelus meridiano.

[1] El cuento de Gustave Flaubert (1820-1880) se titula *Hérodias*.

[2] Francisco de Asís (1182-1226), fundador de la orden franciscana en 1209, abogó por la fraternidad universal.

Apenas hace cuatro meses que el Padre Juan Antonio Romerales desempeña el curato. Es tasajereño y campesino, y aunque ha estudiado varios años en Popayán, no ha botado del todo el encogimiento cortijero. Ha venido muy informado del carácter de sus feligreses; pero, así y todo, se le han hecho un tanto tentados de los tres enemigos del alma y más para los siete pecados capitales que para las virtudes opuestas. Mejor se confirma en su idea a medida que los va tanteando; y en verdad que le hacen roncha algunas cosillas; pero piensa que ni es evangélico ni le conviene demasiado malquistarse con esos chapetones, tan empingorotados y en tanto predicamento con su amo y señor el Rey, de quien él dependía. El curato[1] no era rico, y, en dejando de ayudarle con la congrua, muy mal habría de pasarlo el hijo de su madre. Conque tate, tate, Juan Antonio, que en boca cerrada... Pudiera ser que alguno de estos señores, tan desparpajados y formalotes, lo llevara en colas, en alguna minita.

Así es que en aquellos sanjuaneos, que no le parecían bien religiosos, tuvo de mostrarse muy satisfecho, lo que llenó de gusto a Taita Moreno, a quien compró con actitud tan gallarda. El viejo quería parecer, en estos regocijos, muy barbián y entusiasta, para que todos vieran que a él no le importaba un comino la tal Silverita ni los tales por cuales del Rufo ni de la Engracia.

Es víspera del santo, y Don Chepe trasiega de acá para allá, para ver cómo marchan todos los preparativos. La cosa anda.

Cuadrillas y patrones van llegando, porque, en estas solemnidades de San Juan, todos los esclavos que trabajan en minas, disfrutan, por costumbre inveterada, de tres días de libertad con uno de salario. Los del pueblo, que sólo tienen los indispensables menesteres del oficio doméstico, los anticipan cuanto pueden. Ya están preparando los leños, con trapajos aceitados, y las frutas de higuerillo, ensartadas en chuzos; ya se ha acarreado leña, paja y basura, ya se han aderezado las candilejas y clavado las alcayatas. Los chicuelos ya tienen sus caballos en pesebrera. Las señoras Layos han expedido todo, antes de la víspera. En las casas sacan del horno las primeras pastas. No hay baile esa noche; pero toda la gente se engalana para esta verbena, la más sonada del año. Al terminar la salve, ponen las mesas con las ventas y se prenden las luminarias iniciales; los cohetes estallan al son de aquella música cantarrana, que nunca cansa. Chicos y grandes la siguen por doquiera. Niñas y galanes se van formando, por grupos, en plaza, calles y portales.

En los del Alcalde Mayor, cerca de la puerta de su cuarto, se han reunido todos los convidados. Es casa de esquina, con corredores y entrada a ambos lados. A más de Don Vicente y su mujer y sus menores, están el Padre Romerales, Don Pablito Layos y su hermana Doña Liboria.

Es una solterona muy fea, de color amarillento, un tanto contrahecha,

[1] (A) y (B) dan "curate"; (C) y el manuscrito "curato". Se ha adoptado esta versión en la edición actual.

que a los sesenta años conserva los dientes, el pelo y el regocijo de una muchacha. Es mujer de espíritu, bondadosa, trabajadora como ella sola, y la única que en Yolombó no agarra naipes. Sabe leer y escribir; pero se hace la analfabeta, por no parecer marisabidilla ni rebelde. Ha leído, a escondidas, por supuesto, los contados libros que tienen en Yolombó; conserva algunos; y, desde Antioquia, conoce obras de Calderón y de Lope, de quienes retiene varios trozos; y se ha aprendido versos de Esteban de Villegas, de Baltasar de Alcázar[1] y de otros. Es, pues, una sabia de tapada[2].

El diantre de la vieja tiene un arrebolamiento que ni ella misma sabe si es real o simulado; pero séalo o no, tiene ingenio, chispa y prontitud. Es la sola para llorar a Juan José de la Rosa[3] y para todas las charlas, copleos, jácaras, ensaladillas y chilindrinas que allí se acostumbran; tiene una charla muy rasgada, con oportunidades y sin malevolencia. Se viste como muchacha, como muchacha canta y danza, sin que a nadie le parezca ridículo. Es muy querida de blancos, negros y mezclados. El copete se la disputa, y Taita Moreno ve en ella el alma de Yolombó.

Todo él es un incendio: las hogueras arden por todas partes; música y pólvora no cesan; dos negros chirimeros, esclavos de los Ceballos, lanzan esas notas agudas, que nadie sabe si son tristes o alegres, entre el pum pum de un tamboril, que golpea el negro, confidente de Don Chepe. Otros tamborileros bajan por "La Calle de El Tigre"; y se distinguen los sonidos, entre roncos y estridentes, de la gaita. Del lado de "El Retiro" sube otra música, que emula si no rivaliza a la gaitera: son caramillones, tañidos con sentimiento; son bombos y guaches, sacudidos con primor. He ahí a los negros de los González, que se pintan solos para estas armonías de égloga.

Negrería menuda sale de toda casa, con haces de blandones; galanes de Angola, todos de blanco, despechugados, remangados de pierna y brazo y en cabeza, surgen aquí y allá negreando y albeando a un mismo tiempo. Las sayas rojas y las monteras abigarradas, de las beldades del Congo, las brota la tierra por dondequiera. El blanco y el colorado resaltan en aquel fondo, movible como una lagartijera pintada de betún. Aquello se inflama: en cada mano llamea un blandón; las candelas divagan de aquí para allá; el rebullicio se define en grupos; las músicas le siguen. El baile rompe, en la parte plana de la plaza, frente a la portalada del Alcalde.

[1] Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), Félix Lope de Vega y Carpio (1562-1635), dramaturgos españoles; Esteban de Villegas (1589-1669), Baltasar de Alcázar (1530-1606), poetas españoles.

[2] Liboria, "sabia de tapada que finge no saber nada por no parecer rebelde", es una creación femenina bastante rara en los escritos de Carrasquilla. Por lo ordinario, las mujeres en Carrasquilla son tan cultas como elocuentes y no fingen ignorancia. Liboria Layos, maestra de Bárbara, es uno de los elementos constructivos de Yolombó, el "alma de Yolombó" (ver *Estudio preliminar, Tabla genealógica*, en *Génesis y ecos autobiográficos*).

[3] Ver nota 1 de pág. 76.

Es el mapalé[1] delicioso. Son doce; fórmanse en filas, negros de un lado, negras del otro; alzan los blandones, a igual altura y a un solo golpe; se cruzan, se alternan, los brazos se entrelazan, se traban las llamas. Cara a cara, blanqueando los ojos, vibrantes las jetas, se magnetizan. Acentúan el compás con pie experto, ya hacia adelante, ya hacia atrás. Bordan y dibujan sin desligarse un ápice. Se alzan, se menean, se doblan, se agachan. Van a caerse. Mas, a un tiempo mismo, se desprenden en rueda, levantan las diestras y las acumulan en el centro en un solo foco, mientras las siniestras forman, junto al suelo, un círculo concéntrico. El molinete gira y gira, en vértigo de llamas. Rómpese de pronto y aquello sigue por parejas. Es el desvanecerse supremo. Remenean las caderas, en convulsivo zarandeo; tiemblan los senos, cual si fueran gelatina. Jadean aquellas bocas; serpean aquellos cuerpos, barnizados por el sudor; relumbran los ojos, los aros y las gargantillas. Se estrechan los cuerpos en un espasmo; tornan a inclinarse, tornan a erguirse; se afianzan en los remos, lanzan los bustos hacia atrás; arrojan las teas, y terminan. Es un brote de esa África lejana, que llevan en su sangre y que sus ojos nunca vieron; es un rito sagrado ante un Eros[2] cruel y dolorido. ¡Oh, fuego, que así ardes en la cera obscura de la colmena agreste, como en los ampos nevados de las abejas rubias!

Los tamboriles y caramillos siguen y siguen; sigue la gaita y el bombo; arden las fogatas y el embolismo no cesa. Viene, después, "El Perillero", luego "La Gaitera" y otras danzas, menos complicadas; en fin, esos padres de la cumbia y abuelos de ese tango dominador, de quien se ha ocupado el Santo Padre. Alguna vez el África acoyundada por los ladrones civilizados, raptores de sus hijos, debía imponérseles a los malvados, si no por las armas, por el poder de su siquis tenebrosa. ¡Quieran sus dioses que se venguen, todavía, con otros maleficios más negros y más letales![3]

Animadísima está la tertulia de Don Pedro, congregada a lado y lado de los portales. Doña Bárbara, sus hermanas y amigas, forman bullicioso corrillo, sentadas en escaños, afuera de las barandas. Sólo la pobre Doña Luz no se halla. Está escotada, de zarcillones de lámpara, tembleques de oro muy florales, a un lado del rodete y, encima, el encumbrado peinetón de teja. Medio se vela el regazo fecundo, con un mantelo obscuro y enflecado. Metida en su magna silla, más parece un atado de ropa que una forma humana.

—¡Caminen levántemen y déntremen pa'dentro! —ordena gemebunda— Estos negros y estas tamboras me tienen sorombática.

Don Vicente y Don Pedro acuden. Apenas si pueden ayudarla a

[1] La magistral descripción del baile costeño acentúa el frenesí y éxtasis sensuales del ritmo que tiene sus raíces en la tradición africana del negro (ver nota 3 de pág. 75).

[2] Dios del amor en la mitología griega.

[3] Clara intervención ideológica del autor en favor de la emancipación del negro (ver *Estudio preliminar, Técnica narrativa: intervención del autor*).

incorporarse. La toman de los brazos; ella se arrastra, en sus babuchas de tafilete; y la llevan a un aposento. Al instante llama a Don Pablito; arman el tute y se recobra a la primera baza.

Doña Rosalía anda de aquí para allá, en mil ajetreos con las negras.

—¿Cómo le van pareciendo estos bailes, señor cura?

—Muy divertidos, Liborita: más bien son baquianos estos negritos.

—¿Conque sí le petan[1] estas vagamunderías, con candela?

—Mucho: son muy particulares. Pero sí estoy pensando que se van a arder.

—¡No lo crea, señor cura! Ellos juegan con el fuego. En Antioquia teníamos una negra que sacaba con la mano las ascuas ardiendo, y se quedaba muy tranquila. Y aquí he visto negros, jugando al machete, con tizones en llamarada.

—¡Son tremendos! Pero, agora que me acuerdo. Hace días que estoy por preguntarle: ¿ustedes son españoles, de nación?

—Nosotros no, señor cura, ni nuestra madre, Doña Sinforosa Larrea. Nuestro padre, Don Marcelo Layos, era de Medellín, de Extremadura, la tierra de Hernán Cortés[2].

—Me han dicho los señores Castellanos que era hombre de mucha letra.

—Como Juez Letrado vino a Antioquia. Cuanto sé decirle, mi padre, es que tenía muchos libros, no solamente de leyes, sino de todo. El pobre vivía estudiando y sirvió a su Majestad hasta su muerte.

—Y ¿asina tan mayor y tan sabio, estudiaba?

—¡Como no tiene idea, señor! Él decía que mientras más se sabe hay que aprender más.

—¿Y cómo vinieron a dar aquí?

—La pobreza que nos trujo, señor cura. Manuel, el hermano mayor, padre de Sebastián, trabajaba aquí, en las minas; y nos hizo venir a buscar la vida y con quién casarnos.

—¡Y ya ve el resultado! —interviene Don Pedro—. Pablito topó, para enviudar; y Gregoria y ésta todavía están, con cuatro ojos, atisbando un marchante. Ahí, donde la ve, se cree un sol, de linda y de muchacha.

—¡Ah, viejo patasdecera! ¡Siempre te verán de buscapleitos! ¿Qué opina, señor cura, de la laya de alguacil que nos ha puesto aquí su Majestad? ¡Qué

[1] *petar* (fam.): agradar (DRA).

[2] Extremadura, cuna de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, era asimismo la de muchos colonizadores de la región antioqueña. La fundación de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín conmemora la capital de Extremadura, Medellín.

tal que estos indios levantaran pendón! ¿A dónde nos diera el agua, con este estafermo que ya no puede ni atacarse los calzones?

—¿Nos dejaría comer de los indios, Liborita?

—¡Nos guisaban en mote, señor cura!

—¡Ahí te veo, curita, muy encabado con la Liboria! —le grita Taita Moreno desde la puerta.

—¡Agora sí! Se acabó de componer el bunde, con este par de espantajos.

—¡Alerta, curita! Esta vieja hechicera te está enamorando y te hace alguna de las suyas, porque es india pura. Mírale el pelo y el diente.

—¡Ay! ¡Ay! Si la envidia fuera tiña... No puede convenir este viejo en que no esté canosa y desdentada, como él.

—¿Asina será, Liborita? —guasonea el levita.

—Es que no saben todos los amantes que ha tenido esta malvada, y todos los escándalos que ha dado.

—Yo nunca lo he negado. Todos los buenos mozos han sido mis amantes. Los he adorado, señor cura, en secreto, en público y de todas maneras; pero esos ingratos no me han entendido ninguno de ellos ni me han hecho ni una mala propuesta. ¡Ni tan siquiera me han pellizcado! Los hombres tienen un gusto tan depravado que nos desprecian a las bonitas, por pegarse de algún avistrujo. Ya ve pues, señor cura, que si estoy solterita todavía, no es por mi culpa.

—A mí me ha mantenido loco: me persigue hasta en la iglesia.

—¡Ah Don José María pa'más tremendo! No cabe, todavía, en el pellejo. ¡Cómo sería de mozo!

—Que lo diga ésta, que me crió.

—¿Este Chepe? ¡Ay! ¡Ay! Era tan inocente y tan buenito, la criatura, que se lo pagamos de aguinaldo a la Chinca, para que lo cargara, junto con el Niño Dios.

—Y cargaditos nos tuvo hasta que me largó, para que tomara estado y diera buen ejemplo. ¿No lo crees, curita?

—Cómo no, Don José María.

—Y ¿sabes por qué te lo pregunto, Juan Antonio? (pasando muy fresco de lo charlado a lo serio). Porque ha habido quien me tenga por un condenado. Mira: hará como seis años, por este tiempo, nos mandaron aquí un cura de agua bendita y de alfeñique; pero a la vez muy osado y muy imprudente; un tal Padre Quintanilla, que nos enloqueció a todos y se enloqueció él, con sus repulgos de pastel de boda y sus escrúpulos de monja loca. Todo le parecía un pecado enorme. Hasta escupir en el altozano. Todos éramos unos pecadores, tan abominables, que ni el Papa podía absolvernos. A cada prédica echaba y desbarajustaba y nos ponía en la paila mocha. A mí, sobre todo, me tenía

entre ojos. Un día tuvo la avilantez de nombrarme desde el púlpito, para cosa mala; y yo le grité embustero y mentecato y lo más que se me vino a esta lengua, que se ha de comer la tierra. Unas viejas se emperraron a berriar; los indios se alebrestaron; y no hubo una buena pelotera porque este Capitán hizo bajar del púlpito al atrevido.

—Hasta con voz de mando, porque no le valían las señas que le hacía.

—Si, como me lo dijo desde el púlpito, me lo dice de cerca, te aseguro, curita, que ésta era la hora en que estaba excomulgado y con la mano seca, porque le había volado las muelas a ese pendejo. Desde ese día, vimos que el tal cura era un condenadero de todos los demonios; y nos pusimos a intrigar de aquí a Santa Fe de Bogotá y con el Gobernador de la Provincia y con el diablo, hasta que nos lo sacaron de aquí. Por cierto que nos costó un infierno de plata el tal sacorio. Le preparamos una despedida, que no se le olvidará en toda su vida. En el momento en que un indio lo sacaba de la casa, en la silleta, principiaron a repicar las campanas de las tres iglesias y a reventar voladores. Eso duró medio día, porque no cesaron hasta que calculamos que Quintanilla iba lejos y que no oía los regocijos.

—¿Conque le pasó cacho al compadre Quintanilla?

—¿No le había de pasar, hombre Juan Antonio? ¿Te figuras tú que nosotros, los españoles, íbamos a tolerar que viniera a zamarriarnos, como a indios bravos, un criolletas infeliz, nada más que por ser cura? Si su Majestad y nosotros les damos colocación ¿cómo nos vienen a meter adentro el resuello?[1] Aquí lo que necesitamos son curas, como tú y como Lugo, que nos digan la misa y nos administren los sacramentos, sin meterse en la vida de nadie ni regañar ni buscar ruido.

—¡Asina mesmo es, Don José María!

—Sí, curita: si pecamos, ahí estáis vosotros para absolvernos y... ¡santas pascuas! Por eso te queremos, curita, por eso me gustas mucho, porque no has venido a gruñir ni a molestar, sino a cura de almas[2]. En estas salves de San Juan te has manejado como un español de toda cuenta. Y... hombre Vicente: que nos traigan cañas para brindar por este curita.

—Ya vienen, su Merced.

—Bueno, vieja hechicera: tienes que echarle un brindis, en verso, para ver si así lo conquistas. Pero bien salado, porque este curita es muy duro de pelar.

Romerales no sabe si reírse o aterrarse. Entra una negra con la bandeja de cañas. Don Chepe le ofrece una a la dama.

—¡Arriba, pues, vieja! Échale espuela a esa cabeza, llena de cucarachas.

[1] Carrasquilla satiriza la actitud arrogante del español peninsular hacia el "criolletas infeliz", quien se atreve a intervenir en su vida particular, "nada más que por ser cura".

[2] Ver *Curas de almas*, en *O. C.*, II, págs. 572-575.

—¡Déjame recapacitar una pizca! No seas chocho ni atropellado.

Se soba la frente, cierra los ojos, se alza, levanta la caña y dice, con garbo:

Brindo por San Juan Bautista,
Por San Juan Evangelista
Y por toditos los Juanes
Que figuran en la lista.

—¡Bravo, vieja! ¡Alerta, Juan Antonio, que figuras en la lista! —y se echa al cuerpo la caña, con aparatoso deleite.

Don Pedro, que ostenta la tizona, la vara y toda la muda autoritaria, pide permiso, por un momento, para ver cómo marcha la fiesta. Según el bando de la tarde, todos los negros domésticos que hayan de servir cenas, tienen que volver a las casas, a las nueve. Pueden seguir el baile, de las diez en adelante, con todas las cuadrillas mineras, hasta el amanecer, si les place, con tal que con sus músicas, cantos y chiflidos, no interrumpan las serenatas, que desde las doce principian a llevar los mozos nobles a sus novias, ni a estorbar la enramada de las ventanas con que, en esa verbena sanjuanera, las obsequian.

Don Pedro va a inspeccionar qué hace el liberto Fieldebalanza, comisario mayor y que comanda el cuerpo de diez horqueteros y dos carabineros, que en tales ocasiones se levanta. Ellos que conocen, de pe a pa todos los negros y las negras, danzantes y mineros, deben repartir, a peseta por cabeza, la propina con que Don Pedro obsequia, esas noches, a quienes dan el espectáculo. Con tal objeto se pone, de nueve a diez, una mesa a la puerta de la Alcaldía, con las mochilas de plata. Negro por negro, desfila, entre el cuerpo repartidor, y recibe su peseta. Ahí se sitúan también los otros magnates que quieran darla a todos esos bailarines.

Esta repartición es celebrada con cohetes y hurras de la chiquillería, de los bundistas y de los matachines sin máscara que, desde esa hora, principian a salir. Este disfraz o matachineo es privilegio de la nobleza. Entre la clase mezclada sólo se le permite, previo permiso, a uno que otro, reconocido por muy formal y poco cinchado. En estas comparsas, de tiznados y embadurnados, que recorren el lugar y se cuelan a toda casa noble, entran señoras y señoritas, hechas unos esperpentos. Cuáles salen de pordioseras y montunas, cuáles de negras o de indias, éstas de brujas, aquéllas de viejas inválidas, sin que falten diablas con tamaños rabos y tamaños cuernos.

Don Pedro, por su carácter legal; Doña Luz, por su impedimento y Don Pablito por su seriedad, son los únicos que, con el cura, no se preparan, en la tertulia, para el disfraz rocheloso de esa noche.

Tornan los negros y torna el señor Alcalde. Le acompañan "los plateros reales". Son personajes de nota, por ser españoles de nacimiento. Los han enviado allí desde Antioquia y Rionegro, para que les trabajen a los canarios de ese comercio, cuanto en Yolombó pueda expenderse en labranzas de

metales preciosos. Custodias, vasos sagrados, joyas y trastos, todo lo han hecho, para esos almacenes. Son alicantinos y hermanos muy unidos Marcos y Salustiano Montoya. No están todavía maduros y son ambos guitarristas y juerguistas, a cual más, y, si no grandes cantores, muy hábiles, especialmente Marcos, en eso de componer versos y romances, tan usados, entonces, para cantos y farsas de fiestas. En ellos —que eran la prensa de la época—, sacaban cualquier asunto local, sucedido en el año, fuese importante o ridículo, con todo y nombres propios. Marcos componía o ayudaba a componer las charlas y burlas, con que tanto gozaban los yolomberos. Esta noche está en muchas connivencias con Taita Moreno y más aún con Doña Rosalía y Doña Liboria.

La chiquillería de la casa va entrando, engolosinada con los olores, henchidos de promesas, que de tantas cocinas se desprenden.

—¿Cúyos son tantos muchachitos?

—De su servidor, señor cura —contesta el Alcalde—. Hijos y nietos.

—Como que más bien hay descendencia, ¿no?

—Y eso que las grandes de María de la Luz prefirieron, esta noche, la casa del Taita Moreno.

—Pero no vayas a creer, curita, que es por más cariño a mí y a sus tías paternas. Es que esas muchachas me sacaron el rabanillo: viven de punta con la Chata, y no quieren toparse con ella, porque se agarran. No desmienten mi sangre, las puerquitas. Ni tampoco la de este monterilla: ahí donde lo ves, es un tigre.

—Ni aun gallinero, señor cura. Es que, cuando uno es autoridad, tiene que hacerse el tigre, para que no se lo coman los gatos: por dentro soy más oveja que por fuera, para que lo sepa. Y no será malo otra cañita.

Cuando la liban, llegan Martina, Pilarcita y Bárbara, todas de veinticinco alfileres. En nada se asemejan las primeras a la última: son calladas, tímidas y ambas bastante bonitas. Aunque de menos años que la Chata, están para casarse. No las acompañan sus novios, sino sus dos hermanos, Ventura (a) Sarangoche y Pedrito (a) el Bronco. Así los ha bautizado Taita Moreno, y la familia y el lugar los han confirmado, bajo tales motes. Vienen endomingados, a lo noble y ricacho; pero les lloran los sombreros al dos, les molestan los zapatos y ambos corcovean entre los casacotes.

Don Chepe, en cuanto ve las tres nietas[1], les tiende la capa y les grita: "¡Olé, luceritos! ¡Que esas paticas de ángel pisen ese trapo pa'que quede bendito!"

Sólo el lucero apagado pone un pie; pero los radiosos se quedan lelos. El viejo petulante se vuelve a los mozos, y exclama: "¡Valientes caballeretes tan chontales y cerreros, Cristo del Gran Poder! Ni en Córdoba los amansan. Cuidado como se tropiezan con una hoja y se van de hocicos".

[1] Parece que el autor erróneamente incluye a Bárbara entre las nietas del Taita.

El Bronco ríe a carcajadas y Sarangoche se dispara reventando la retranca. ¡Qué furia la de aquel potrancón!

—Bueno, Barbarita —indaga el soperetas de sotana—. ¿Conque se va a meter de minerita?

—Ese es el ánimo, señor cura.

—Son novelerías de ésta, que es tan embelequera —declara el Bronco.

—Si son, me vuelvo cuando se me pasen. Solamente el agua no se vuelve atrás.

—Sí, Chata; vete a la mina y saca hartas arrobas, para que vuelvas y quemes este pueblo, tan feo, como quemó Doña María del Pardo la Villa de Santa María de Agreda[1]. ¡Pero que no te quede piedra sobre piedra!

—¡Virgen Santa, Don Chepe! ¿Cómo voy a quemar las iglesias? Hasta me haría ahorcar el Rey, nuestro Señor.

—¿La ahorcarán, Liboria?

—¡Por supuesto! Pero a ti, primero, porque le diste este consejo, viejo perdulario.

Él llama a la chica aparte, le habla bajo y ella hace ademanes de quien conviene.

Pasa esto en el gran cuarto de Don Pedro, que da a los portales. La puerta de la sala se abre y sale Doña Rosalía, muy retocada, brazos y pecho al aire, hecha una ascua de oro y pedrería. "Pasen, señores".

Don Chepe le hace una andaluzada con la capa y ella le mete un buen pellizco en un molledo. "Ay, ay, paisanita de mi arma, que vas a acabar conmigo con esa uña tan brava".

Acuden al salón. Eso sí es el ensueño de un poeta. Esos sí son olores del Paraíso. Por las mesas y tarimas, damajuanas, botellas, cestas de pan, bandejas con aves y caza, pilas de aceitunas, ensaladas; plata por todas partes. En el centro campea la enorme y circular mesa con mantel hasta el suelo y los meros cubiertos en montones. En la puerta interior aparecen dos negras majísimas. Es la lechona: sí, ahí yace en el fondo del bandejón la tierna infanta del cochino. Sus entrañas ya son yerbas y carnes ajenas. Está íntegra, como de palo, barnizada, misteriosa. Parece que duerme en una apoteosis. Encubre la costura del vientrecillo el colchón de lechugas en que reposa; vela la mortal herida un collar regio de huevo hilado, amarillo que ni el oro. Lleva en las mandíbulas, cual si fuese el olivo de esa paz eterna, un manojillo de perejil y de orégano.

—¡Virgen Santísima, Doña Rosalita! —exclama el cura tasajereño—. Pero ¿cuántos vamos a cenar, pues, en esta casa?

[1] Ver nota 1 de pág. 24.

—Denos mi Dios qué comer, que muelas sobran. Va a verlo, señor cura.

—¡A mí me da pezuñita, madre Rosalía!

—A mí oreja, su Merced.

—¡Formales, churumbeles! Si vienen a acatarrar, ya saben que mañana, en vez de darles peseta, los cuelgo a toditos de las patas, y no ven ningún San Juan. Se van para el corredor, que allá se les lleva a todos lo que les dé su gana.

Caballeros y Morenos salen muy felices, sin propósito de enmienda. Bien saben ellos que de los regaños de Taita Moreno resulta siempre el premio y jamás el castigo.

Mientras sirven aquella sopa vivificante, caña va y caña viene. Los plateros, hasta entonces silenciosos, van largando las lenguas levantinas. Antes que la cena se termine, ya están guitarra en mano. Todos se apresuran para ir a disfrazarse. Los viejos y Doña Liboria prenden cigarros de La Habana. El cura quiere despedirse, pero Don Chepe lo ataja:

—No te vas todavía, Juan Antonio: quiero que le oigas a la Chata unos cantos que yo le enseñé, para que acabes de desamargarte.

Mas la chica se demora. Liborita va a averiguar, y torna a poco.

—Dizque es que Pilar le dice que ya está muy grande para cantar esos versos de "Los Recados".

—Que salga y que se deje de atenderle los pudores a Pilarcita —gruñe Don Pedro—. ¡Figúrense: la Chata haciendo cocos!

Una negra, con tamaña jeta y dientes muy blancos, surge de pronto; hace venia y monadas. Cifran los alicantinos; y con voz de contralto extensa y flexible, con cierto gusto y buena afinación, ayudada de música y zandunga, echa estas coplas:

Caracoles y coles
Son mi comida:
Una caracoleada
Me dio la vida.

Pimentón y pimienta,
Ajo y cebolla,
Son los cuatro recados
Que le echo a mi olla.

Culantrón y cominos
Le echo al mondongo;
Anís y nuez moscada
En todo pongo.

Ajonjolí y jamaica,
Canela y clavos,
Le pongo hasta al cacao
De los esclavos.

Por eso me mantengo
Yo tan caliente,
Que hasta a micos y monos
Les pelo el diente.

En esto me da ataque
De mordedera
Y a todos los ataco
Como una fiera.

Y sale como un volador. Palmoteo y risotada general.

—¿Cómo te parecieron los versos, Juan Antonio?

—Asina, calorios como usía.

—Me gusta que me vayas conociendo, curita de campanario. Ahí te vamos dando el punto, hasta que te saquemos de partir a machete y mazo, como a dulce cañonero. Esos son los curitas que aquí menestemos.

Doña Liboria se toca con el mantelo de puntilla, lo arregla en los brazos y se despide.

—¿Cómo es eso, vieja? —salta Don Pedro—. No te dejamos ir, sin que veas, siquiera, la repartición de propinas.

—No puedo, Capitán. Dios te pague por todas tus formalidades.

—Quédate. No seas ranchada. Pareces aragonesa.

—¡Ni bamba, monterilla! Esta es la hora en que Gregoria y Felisinda no han acabado de espolvorear y tostar aquel mundo de bizcochuelos. Esa es obra de romanos. Quedé de volver temprano y ya ves la hora.

—Ya habrán terminado.

—Es que, fuera de eso, tenemos tres dulces extendidos en las mesas; y tengo que madrugar, con los pajaritos, a cortar las panelas, porque, antes de misa, deben estar a la venta y a mí es a la única que le sale la cuenta, en el corte. Pablo puede quedarse, si Luz desea jugar más. Y hasta la vuelta del cacho.

—¿Y te vas sola?

—¡En grima! Pueda ser que me robe algún indio forastero.

Los alicantinos y Don Chepe, se guiñan los ojos y salen, a poco, en busca del negro Isidro Castellanos, la gran voz de toda la negrería, tan rica en cantores. El viejo, que tiene muchísimo en qué entender, esa noche de la faenas, tira Tigre arriba.

¡Pobre Doña Liboria con aquella bizcochuelada! ¡Mucho que sí! Está atisbando por una rendija de la ventana. Apenas ve subir a Don Chepe, se echa una saya negra, se emboza en la mantellina y sale a la calle, como la Tapada de Lima, que pintaban en la lotería. Atisba que atisbarás, se cuela a casa de Don Pedro, por la entrada lateral.

Ella, Doña Rosalía, con la mujer del Juez Letrado, la Alcabalera, las Montoyas y las González y las unas y las otras, del alto copete, se andan en vueltas de disfraces y desfiguraciones, con todas sus hijas casaderas, la chiquillería intrusa, los jóvenes y viejos más granados. En casa de Doña Rosalía tiene Liborita todos los útiles. Ahí ha de reunirse la comparsa matachinesca, con sus músicas respectivas.

A poco más, están congregados frente a la Alcaldía, celebrando el reparto, entre las ovaciones de los agraciados. Luego se van de casa en casa, e improvisan mojigangas, bailan "El Aguacerito" y el fandango y cantan, en carácter, los bundes y las cañas más en boga. La negrería sigue en la calle, sin decaer un momento. La Sevillana y Liborita son dos espantos; a más del embadurno, se han pegado en cara y brazos líquenes y musgo, se han vestido de harapos, yerbajos y hojarasca. Madremonte[1] se llama esta figura. Hablan tan fingido y tan feo, que han podido guardar el incógnito. Son las doce; y las ennoviadas abandonan la jarana, para irse a escuchar, desde sus rejas, las cantigas de sus amadores. Doña Liborita se vuelve ojo de hormiga.

En varias partes hay varios ajetreos: transporte de flores y de ramas, de palmas y espigas, de faroles y escaleras, de lazos y cabuyas. En un dos por tres están, esas ventanas felices, disfrazadas de selvas tropicales. La más lozana y frondosa es la de Liborita, la gentil. Don Chepe, su adorador, ha echado el resto. Está de barba negra y mejillas de arrebol, embozado en esa capa que no pudo lucirle a Silverita. Allá se va, con el negro Isidro y toda la turbamulta desfigurada y Yolombó entero, Capitán a Guerra inclusive. Llegan, y un trueno horrísono estalla, junto al follaje. Aquí de las guitarras alicantinas, de las dulzainas negreras, de la garganta del Mandinga y de la musa de Marcos Montoya:

Abre tu puerta encantada
Para postrarme de hinojos:
Ábrela, Liboria mía,
Que me matan tus enojos.

Ábrela ¡por Dios te lo ruego!
Antes de que yo me mate,
Florecita de lechuga,
Cascarita de aguacate.

Mas no asomes tu figura,
Porque se pasma la luna,
Al mirarte esos mofletes,
Del color de la aceituna.

Al contemplarte esos ojos,
De sapa desengañada,
Y esos labios más obscuros
Que morcilla trasnochada.

[1] Ver nota 3 de pág. 24.

Al envidiarte ese talle,
Más pompo que una batata,
Y esos pies que Dios te hizo
Para romper alpargata.

Mas si la luna se pasma,
Yo me pasmo mejor que ella.
Deja esa virtud, ingrata,
Y escúchame mi querella.

Mas si el recato te impide
Abrirme la puerta al punto,
Junto a tu reja mañana
Encontrarás tu difunto.

Callan y revienta la explosión de esta muchedumbre sanjuanera. Si las castas se dividen, ahora las une el éxtasis, en un haz de simpatía y admiración, por ese sevillano insuperable, a quien no abaten los años ni las decepciones doblegan. Silverita, ante Don Chepe, se les hace una mosca, posada en la torre de Santa Bárbara.

Ni Liboria ni duendes ni nada da señales de vida, en esa casa, tan insignificante hace un momento, tan henchida ahora, de interés y de prestigio. Yolombó se retira.

—Creí que iba a asomarse y a decirme cuántas son cinco —murmura el viejo bromista, más que ufano—. ¡Cómo estará de caliente!

—Ya me lo figuro, Don José María —repone una voz senil y cavernosa—. ¿Qué se iba a suponer la pobre, ni nadie, esta burla tan chusca? ¡Ah señor éste!

—Pero ¿quién eres tú, por fin, Enemigo Malo?

—Soy La Madremonte y he venido a corromper estas aguas. A mí no me valen los conjuros del tal Padre Lugo.

De pronto se le ocurre que puede tomarla por Doña Liboria, y agrega:

—Siquiera te he embromado un ratico, paisano.

—¡Ah malvada! y qué opinas: ¿no crees que la Liboria me las cobra, en las fiestas de San Lorenzo?

—Si la pobre no viviera tan ocupada, algo podía sacar, de aquí para allí. Pero ¡eso sí! fórrate, porque los pellizcos que te va a dar...

Sigue la batahola callejera, mientras que en casa de Arciniegas rezan Don Rufo y Doña Engracia, en desagravio de tantas ociosidades y tantos pecados.

A las tres velan el pueblo las alas aterciopeladas del descanso. Ni los ronquidos de negros y de indios, tirados por ahí en los portales, ni los aullidos de perros, nerviosos por la rochela, ni las orgías de los gatos, ni los alertas del gallo, ni las carcajadas de las brujas, turban aquel sueño concentrado, que sólo el albazo de San Juan Bautista ha de cortar al primer

golpe. Y lo corta, como a su cabeza desgreñada por la santidad, la cuchilla del sátrapa enloquecido[1].

Los perros van saliendo en busca de las sobras; van saliendo los indios a colocar sus ventas de ollas, bateas y canastos, de cucharas de palo y molinillos de raíz; salen los sacristanes y dan el avemaría; salen Lugo y Romerales[2]; salen los Villacientos comulgadores; y... ¡qué espanto! Al pie de la ventanilla enramada de las viejas Layos, yace el cadáver de Don Chepe, en traje de gala, con un puñal clavado en el propio corazón. Lleva sobre el estómago un letrero muy patente. Gentuza y chiquillería le rodean. Mas ¿quién va a leer ese letrero? La puerta se abre y Liborita, divulgando su saber, hasta entonces arcano, lee, en medio del terror: "Me maté por una ingrata". Los plateros, que viven ahí cerca, salen afanados, y, al ver tanto pavor, se largan a los gritos. La gente se alborota; pero los alicantinos se calman, y, sacando seis candeleros de barro, le prenden las velas.

Aquel cadáver, obra de sus manos traidoras, tiene cabello de cerda con gran coleta; la cara, de trapo encolado, con mentón y narices muy puntudas; las canillas, armadas en palos, muy tiesas y desmedradas, y todo el cuerpo a la imagen y semejanza posibles. La pérfida Sevillana, rebuscando en vejeces apolilladas, ha topado desde los zapatos hasta los guantes. Don Pedro y Don Vicente llevan a Don Chepe a que se contemple difunto. Ya lo tienen en tarima y con almohadas.

Ríe, embroma y felicita a la Liboria por su venganza, que él cree forjada y llevada a cabo en media noche. Eso del letrero le escuece un tantico. Más bien que por ella ¿no lo diría por Silverita? De los colaboradores ya no tiene duda. Se la pagarían los tres traidores y da la venganza por terminada. Bien dicen que los tremendos son los mayores inocentes.

Las carreras de San Juan, esas carreras tan célebres que, por antonomasia, han hecho la elisión del adjetivo "bautista", se celebraban en Yolombó por simulacro, por la sencilla razón de que no había bestias[3] ni por dónde correrlas. Los pocos caballos, que por puro lujo tenían los magnates, los montaban, por turno, jóvenes y viejos, para dar unas vueltas y revueltas por esos altibajos, y abrir una cortísima carrera por la Calle de El Tigre.

Mas lo que no canta el carro lo canta la carreta. Apenas desayunada ha salido, por ensalmo, la cabalgata de rapaces y rapazas, al grito de "¡San Juan! ¡San Juan!" y al estridor de tanto palo, rastrillado en cuanto topa, recorren y atruenan todo el pueblo, hasta la hora de la misa, entre los corcovos de los

[1] Carrasquilla se refiere al cuento de Flaubert, *Hérodias*, arriba citado (nota 1 de pág. 82). Herodías era la esposa de Herodes Antipas, gobernador (sátrapa) de Galilea, quien hizo morir a San Juan Bautista.

[2] Parece que el Padre Romerales no reemplaza al Padre Lugo en la aldea, sino que comparte el curato con él; siguen ocurriendo referencias que documentan la presencia del Padre Lugo.

[3] La escasez de caballos en el Yolombó de la época es otro factor ambiental de interés (ver la falta de zaguanes, nota 1 de pág. 55).

corceles y las caídas de los jinetes. Y qué de reyertas por un encontrón, por un faldellín enredado, por unas riendas rotas, por una gorra arrojada, por si la cabeza de trapo de tal caballo se desbarató, por si la otra de palo se hizo añicos, por rasgaduras de camisones, por escupas a la cara y porque sí y porque no.

Suspéndese lo hípico por lo religioso. Todos tienen de asistir a esa misa de coristas marinillos y con música rionegrera; esa "música seria", tan poco oída en esos parajes.

El lujo es alarmante. Llevan los indios mulera, como escapulario, bragas y chamarra de lienzos, que fueron encerados, y sombreros descomunales de palma. Lucen las indias saya de fula o de percalón, mantellina de estameña, camisa y sombrero masculinos. Los labriegos blancos van muy peripuestos: rabodegallo amarrado a la cabeza, bajo el sombrero de caña, enfundados, en género de cualquier clase; camisa de liencillo, suelta y sin almidón: cogepuercos de pardillo, alpargatas amarradas, gran capisayo obscuro, con forro de bayeta, roja o amarilla; otro pañuelo, cogido por una punta en la cintura y colgando como peinilla; rosario y escapulario por fuera; bordón nudoso, con rejo; una bolsa terciada, de cuero o de cabuya, de la cual se ha derivado el carriel. Salvo la saya, de frisa negra, que suben con ese cordón de lana, que llaman chumbe; salvo el paraguas cubrebueyes, de fula, el arreo festival de las labriegas es como el de sus hombres.

A los pequeñuelos blancos se les ha cambiado el camisón semanero, por otro de alepín retumbante, con rizado blanco en el cuello. Monteras y sombreretes han sido substituidos por ese gorro medio catalán, que antes de terminar aquel siglo había de ser símbolo de esta libertad tan decantada. A los calzonsingente —que tal los llamaban— a más de mejorarles de trapillo, se les ceñía el blusón con una correa. A las "nagüetas" se las mejora mucho en la indumentaria dominguera: faralaes apuntillados en los escotes, quingos y volantes en los faldellines, pañuelo ceñido en la frente y suelto atrás, a estilo arábigo. El tormento del borceguí no lo sufren estas criaturas felices, por más que sean hijos del Preste Juan de las Indias: como los pescadores de Cafarnaúm[1], llevan los pies al aire libre.

No van mal los que dicen que el traje es el alma de quien lo viste: el de aquella clase revuelta era, en Yolombó, una mezcla de prendas de todas las clases, en una misma persona. Máxime si se trata de atavíos de gala.

Los negros van como comunidades en formación pública: siempre con ese como piyama, más blanco, por supuesto y menos basto, con la camisa medio rizada, a puro dedo, a pura uña, a puro congolo, porque en ese Yolombó no se conocen planchas[2].

[1] La ciudad de Galilea, Cafarnaúm, fue la residencia de Jesús por algún tiempo.

[2] La alusión a planchas (que no se conocían en Yolombó) recuerda otros fenómenos ignorados, o poco conocidos, en el Yolombó del período, como mapas (pág. 39), zaguanes (nota 1 de pág. 55) y caballos (nota 3 de pág. 96).

La nobleza ostenta este día todos aquellos indumentos miseros, a la usanza española, caballeresca y cortesana: ricos casacones, tabardos y chupas; ricas sayas de medio paso; riquísimas mantillas, lisas, de casco y de madroños. Mas no se hable de La Moda, esa voltaria divinidad, que así enriquece a varios, como arruina a tantos. Aquellas fábricas de San Fernando, que luego quemaron los ingleses, daban paños, que, como la piel de zapa de Balzac[1], resisten los embates del tiempo y de los elementos. Lo mismo eran esas fayas y esos damascos. Esos rasos y esas blondas, de seda auténtica y de mucho canto, que pasaban de generación en generación, como la divina misericordia. En Yolombó hubo hijuelas, consistentes en trapos.

Todo este boato se ha concentrado en la misa de San Juan. Esto, unido al canto y a la música, edifica a estos paganos bautizados más que unos sermones cuaresmales. El Padre Juan Antonio sube al púlpito; habla y habla; pero nada bonito que les parece la prédica; mas llega el prefacio y... ¡ahí sí pues! El don precioso que Dios le puso en el gaznate nunca lo suponían allí. Doña Gregoria y Doña Engracia lloran a moco tendido; Taita Moreno y Rosalita, tan indevotos, se pasman. Apenas en Sevilla.

Cuando salen de misa ya están enterrados, a lo largo de la Calle de El Tigre, los nueve gallos que han regalado entre los Ceballos y los Olanos. Sólo tienen la cabeza y parte del pescuezo afuera. Es número para mozos y jinetes garridos. Va a verse cuál o cuáles decapitan, desde su silla, de refilón y a la carrera, esas pobres aves, que simbolizan al Bautista. Las negras ambulantes ya tienen puestos peroles, en la plaza, mondadas las yucas y pelados los plátanos, para la popular sancochada, que poco a poco vaya resultando.

En la calle apenas si hay campo para las carreras. Tres caballos y dos yeguas son los sostenedores. "¡San Juan! ¡San Juan!". Montan unos, montan otros; corren, suben, bajan, tornan a subir, tornan a bajar. Pasa media hora. Hay sangre en los machetes, hay sangre en el suelo; dos corredores han caído; pero ninguna cabeza crestada ha volado como la de Carlos I[2]. ¿Qué sucede? Lo de otras veces: que Taita Moreno monta en cólera; que sostiene, como siempre, que los criollos son una tracalada de blandengues, tíos lilas y sinvergüenzas: un padrón de ignominia para España. Echa por esa boca afluente, más que una cloaca; y, como se llama Chepe I, manda y ordena que a todos los gallos les tuerzan el pescuezo y los echen a las ollas. Y como todos sus arrechuchos los resuelve con oro, tira onzas, hace que otros las tiren, para que ese Yolombó, cinga o mandinga, propio o extraño, se harte de comida, una vez siquiera en su vida tal y cual. ¡Que Dios bendijera las furias de Taita Moreno! Qué compras de carnes y de aves, qué traer de leña y qué mondar de yuca, qué ollas aquí y allá, qué lonjas de tocino, qué regocijo y qué humero.

[1] Carrasquilla alude a la novela *Peau de chagrin,* de Honoré de Balzac (1799-1850). El título de la versión española contiene la palabra "zapa", y no "sapa" (como aparece erróneamente en C).

[2] El monarca inglés Carlos I (1600-1649) fue ejecutado por Oliver Cromwell.

A todo esto han plantado en la plaza un bosque muy espeso. Córtale un camino, demarcado con cuerdas y estacones, desde la desembocadura de El Retiro hasta la de El Tigre. La gente se enristra en los linderos, el mujerío se aglomera en los portales y en los atrios. Como el coro en el teatro griego, como los letreros en el cine, van cantando el romance, a medida que se va representando, unos mestizos y un ciego, a los acordes pausados de un violín, que raspa un calderero de las herrerías reales. Es cosa de bandoleros de Sierra Morena. Por El Retiro, sube un correo con tamaña maleta a la espalda, resguardado por dos carabineros. Por El Tigre bajan a la estampía cuatro salteadores, muy sombrerones y patibularios. Embóscanse de a par, a lado y lado, y ponen la puntería en las horquetas de los árboles. ¡Qué expectativa! Ya se acercan los correístas, ya van a entrar al bosque, ya entran; y, a un mismo tiempo... ¡pum! ¡pum! y a un mismo tiempo, los tres al suelo. ¡Cosa más cruenta y más horrible! Muertos y matadores se enrojecen; se enrojecen senda y arbolado. Esculcan los carabineros; los harapos de los infelices no valen su despojo. Rompen la maleta; basura y piedras, piedras y basura; vuélcanla, en su furia, y aparecen ¡qué ocurrencia del destino! una camisola y unas polleras en calandrajos irrisorios. Se las tiran a las caras, véndanse con ellas, unos a otros, poseídos de una rabia del infierno. Se tumban, se revuelcan, se agarran del gañote, y, en un periquete, botan afuera las cuatro lenguas y ahí quedan patiabiertos. ¡Terrible día aquel! Será porque no temen los yolomberos a los muertos. Que recojan los que puedan ese tendal, pues la villeja, en masa, se ocupa del sepelio de Don Chepe.

En las sancochas concentradas en El Tigre y en El Retiro, por Fieldelabanza y sus horqueteros, desborda la alegría africana[1] en este día de las venturas: bailes, cantos, cohetes, alternan con los atracones de carne asada y de aquellos ajiacos que alimentan con el vaho.

Entretanto, en la parte occidental de la plaza, donde se han agrupado los indios, sólo se les ve comer, sin que interrumpa su mutismo ni siquiera la risotada de un chicuelo. Ni el expendio de sus mercancías les anima esas caras tan acartonadas y amarillentas, que sólo expresan apatía, inocencia y el no ser. Y ¡cómo impresiona esa melancolía de los indiecitos![2]

En cambio, la horda corredora se desfoga repleta de vida, en aquel sanjuaneo, que no los sacia. Han enterrado un pollo y dos palominos, y ya los ultiman a bejucazos; las chicas tienen puestas las ollas, para esos cocidos de ave menuda, en que son tan habilidosas.

Son las dos. En los portales y puertas de todos los caciques hay tertulia de sobremesa: unos fuman habanos, otros toman cañas o mistelas, los más

[1] La "alegría africana" contrapesa la melancolía acostumbrada.

[2] La simpatía del autor por el grupo autóctono se refleja en la frase: "¡Cómo impresiona esa melancolía de los indiecitos" (ver la simpatía de Carrasquilla por los negros, nota 3 de pág. 85).

paladean, trago a trago, ese chocolate, amargo y clarucho, con que asientan la comida, como hoy con el café[1].

Por dondequiera hay grupos en expectativa, compuestos casi todos de esa clase revuelta que, como los espíritus ambulantes, flotan entre el cielo y el infierno.

De pronto surge, del lado de El Hoyo, algo que atrae la gente. Corren éstos, corren aquéllos y todo bicho viviente se agolpa allá. La cosa se va destacando, en forma y en sonido.

—Me parece que es tu entierro, Sevillano —le dice el Alcalde.

—¿Mi entierro? ¿No me habían enterrado desde esta mañana?

Ni más ni menos. Cuatro penitentes caritapados cargan el féretro. Síguele un cortejo de enlutados, ellos como frailes, ellas como dueñas, todos plañideros, todos estucados de barroblanco, con ojeras tenebrosas. El cortejo se acerca. ¡Zurrungo! ¡Zurrungo! ¡Chángara! ¡Chángara! Es entre caña y monos, y una voz que rompe y... va de jácara:

Yo soy la triste Liboria
Que les vengo a lamentar
La suerte de esta criatura
Que se acaba de matar.

Coro de muchas voces, repite la cuarteta y sigue alternando con el romance.

Se mató el pobre frenético
Porque no abrí el aposento:
Quería entrarse muy fresco
Sin que hubiera casamiento.

Nos conocimos gatiando
Y d'eso fue la querencia;
Y no quisieron casarnos
En estado de inocencia.

Fue mi novio el más hermoso,
Más galán y caballero,
Fue de los hombres el faro
Y de niñas el lucero.

Era su cara tan lisa
Como concha de armadillo;
Y sus zancas tan rollizas
Como las zancas de un grillo.

[1] Observa Emiro Kastos: "El chocolate es una bebida de tomo y lomo que me encanta. ¡Qué extravagancia posponerlo a este sudorífico endeble y desabrido que llaman té!" (*Una botella de brandi y otra de ginebra*, en *Artículos escogidos*, Bogotá, 1972, pág. 374) (Biblioteca Banco Popular, vol. 31).

Tuvo unos dientes de perlas...
Guardados en la maleta,
Y al mascar hacía siempre
La prueba de la peseta.

Hasta de real pudo hacerla
Este mozo tan feliz,
Porque sin mascar juntaba
La cumbamba y la nariz.

Su nombre José María
Le vino como encargado:
Era tan bueno el querido
Que será canonizado.

Fue moreno de color
Y moreno de apellido,
Y tuvo un alma más blanca
Que el canturrón derretido.

No nos pudimos casar
Por ser un par de angelitos:
Yo cuento noventa y nueve
Y él contaba cien, larguitos.

Yo les pido, caballeros,
En medio de mi amargura,
Me ayuden con un socorro
Para darle sepultura.

Que será aquí, en esta plaza,
En un hoyo bien cavado,
Que al que se quita la vida
No lo entierran en sagrado.

Por más que Don Chepe esté presente, por más que le tengan miedo, unos ríen, a carcajadas; y, como la risa es contagiosa, ríe el Alcalde y ríen sus contertulios. El viejo se pasea con arrugado entrecejo y da golpes en el suelo con su bastón de esfera terráquea. También intenta reír y hace muecas. Tan pronto se le rebota la color, tan pronto se le va.

Del grupo se destaca una enlutada, y estira a los señores una punta de la mantellina, en actitud pedigüeña. Don Chepe, con mano trémula, saca la chuspa, corre una argolla, toma una onza, la tira y exclama:

—¡Ya te conozco, pava! ¡Todas me las pagarás!

—¡Que mi Dios le dé vida y salud y le aumente sus bienes!

El Alcalde da otra y no permite dar a los restantes. La comparsa se retira, el viejo y el Alcalde se entran con sus camaradas.

—No te calientes, Sevillano, que tú pusiste el pleito. Harto has molido tú la paciencia; justo es que te la muelan a ti, alguna vez. Si te ven tan furioso, te sacan otra jácara.

—¡Tú, también estás contra mí, Alcalde de monterilla!

—¡Qué voy a estar, Sevillano! Es que me cae en gracia verte tan bravo. Tú has voliado mucha soga; pero no quieres que te la voleen a ti.

—¡Será por eso o por lo que te dé la gana! ¡Pero sí me da soberbia, valga la verdad! Y no es por la jácara. ¡No lo creas! Hasta divertida estará. Lo que me duele es que me haya sacado con ese vestido tan viejo y tan mugroso. Si yo he sabido, les mando el mejor que tenga.

Aumento de risa de Don Pedro. Los demás, se van al otro extremo de los portales, por no estallar.

—Cálmate, Sevillano, y vamos a tomarnos una caña, por tu salud y por tu entierro.

—¡Para cañas estoy yo agora! También me da mucha injuria con tu mujer y con el tal Marcos. Por eso fue que ese hidepú no me quiso recibir las dos onzas, cuando me compuso la serenata: ya estaba convenido con la Liboria; y arregló todo lo de ella de acuerdo con lo mío. Por eso fue el pelele y todo el enredo, tan bien compuesto.

—Eso te lo figuras tú, Sevillano. ¿No pudieron hacerlo todo al amanecer y en el día?

—¡A otro perro con ese hueso! No te hagas el mentecato ni me quieras hacer a mí. ¿Te figuras tú, Alcalde de cuatro patas, que en dos o tres horas, iban a hacer jácara y muñeco, a ensayar a la Chata y a los negros González y a los músicos de Rionegro? La hechura del pelele me la tragué esta mañana. ¡Pero, agora no! Eso es trabajo de quince días. ¿Qué dices tú, Olano?

—Tal vez sí, Don Chepe. Tanto el muñeco como el relato están muy bien guachaquiados[1], para hechos a la carrera.

—¡Más claro que el agua! La tal Rosalita Alzate tomó la cosa por su cuenta. Yo se las cobro a esa traicionera.

—Mira, Sevillano. Mejor para ti: quiere decir que te siguieron la broma y que han aprendido algo de lo que tú les has enseñado. Porque no puedes negar que tú eres el maestro y el autor principal de toda charla y vagamundería. Algo deben aprenderte.

—¡Pues están muy aprovechados!

—¡Ya lo creo! Véngate de Rosalita y de Marcos: eso es lo que has de hacer. Pero no vayas a mostrarles tu pica, porque se gozan más en su triunfo. Hazte el divertido con ellos, que nosotros te guardamos el secreto de tu calentura.

—Sí, Chepe —afirma Don Timoteo Ceballos, el hombre de las sentencias ensartadas—. No te la dejes conocer. Al enemigo mostrarle las armas y

[1] *guachaquear:* guachapear (UU).

esconderle las heridas; a llaga fea, tapa de plata. Ellos te las pagan, porque el que tumba vallado viejo, escorpiones le picarán.

Don Pedro escancia, toman y a poco dice el ofendido, algo aplacado:

—¡Ya sé qué tengo que hacer con esos malditos!

—Cuéntanos, Sevillano, que tampoco te divulgamos.

—Pues mira, Capitán de charco sucio: en la cuaresma entrante no hago colgar un Judas solo sino dos: a la Rosalita y al Marcos. A ella la guindo, bien alta y bien fea, en la torre de Santa Bárbara, con su buen letrero. Pero antes, yo les hago otros males.

—¡Famoso, Sevillano!

El señor Carnaval, que fue siempre autoritario, más había de serlo en ese Yolombó, educado por Taita Moreno. Así es que, de pronto, ocho o diez mozos de lo más prócer y timbrado, sin decir oste ni moste, se ponen a abrir la sepultura en lo más llano de la plaza. A poco llega el cortejo, y, entre mil alaridos y aspavientos, bajan el cadáver, lo depositan, le echan la tierra y le ponen la cruz; con el cartel consabido. El Alcalde no contiene la risa, al verle las caras a Don Chepe.

Los Judas y su comparsa han ido a varias casas de ricachones y han recogido como seis onzas. Reparten una, entre los negros coristas, pagan los rionegreros, cambian el resto por menuda, hacen montar al Bronco el mejor caballo y... ¡va de jura!

Con esta moneda, bajada del cielo para tantos menesterosos, terminan los festejos de San Juan Bautista, antes que el Ángelus llame a la oración.

VII

¿Y qué hizo Doña Bárbara en las minas?[1]

Por espacio de cuatro años entró en colas con las utilidades de Don Pedro. Fueron ellas tan cuantiosas y siempre tan sostenidas que todos tuvieron por cierto que a la joven la asistía algún agente especial de la fortuna misteriosa; y Don Pedro acabó por ver en su hija algo así como un talismán, en carne y hueso; una mascota que dijeron después. La cosa era demasiado lógica, en aquella época de supersticiones y de monomanía por lo sobrenatural; fuera de que los mineros, por su misma profesión aleatoria, son ilusos, soñadores y hasta fantásticos, como lo son los guaqueros, los tahúres y cualesquiera otros que persigan el vellocino de oro[2]. La siquis de esas gentes forman casilla aparte.

En esos cuatro años no sólo adquirió la joven todos los conocimientos empíricos y rutinarios, de entonces, sino que, mostrando en todo un tino, un cálculo y un espíritu de observación, tan personales, les hizo sentir a todos, y lo sintió ella misma, que poseía, por don del cielo, muchas de esas particularidades que ni se aprenden ni se enseñan. Don Pedro, así como Layos y otros directores, llegaron a consultarla sobre el punto del aluvión en que más debían cargar la mano.

"La Amita de oro adivina on tá..." repetía Sacramento. "¡Eso no tiene quite! Por eso la llamo asina, porque yo, aunque no sea zahurí, como era mi madrecita, la difunta María de la O, siempre güelo, tal cual vez. Hasta seré yo la que le he pegao l'adivinadera".

[1] La heroína vuelve a intervenir activamente en el capítulo VII, por primera vez desde el capítulo II.

[2] El vellocino de oro fue robado por Jasón y los argonautas.

Era para adivinar, realmente. Aquellas orillas del San Bartolomé, en donde habían escarbado los indios y los primeros colonizadores, estaban aún inexplotadas, y a veces en los antiguos trabajaderos se encontraba tanta riqueza como en los puntos vírgenes.

La joven llegó a convencerse de su dominio sobre la fortuna; y, quien se siente seguro de sus propias facultades, casi siempre triunfa. El optimismo conduce a la constancia y no deja caer el entusiasmo.

Cuando pudo tratar y contratar, por ser mayor de edad, tomó a Don Pedro en arrendamiento y con todas las formalidades legales, una zona muy extensa de aquellos aluviones, por un término mayor de tres años y menor de doce, pagando el diez por ciento de la ganancia líquida.

¡La suerte está echada, Barbarita! Vamos a ver si aquel Ilusión, que te decía tantos secretos, te engañaba. Escogió, más como asesor que como director, a Don Mariano Vieira, honrado a carta cabal y experto en el ramo; y puso la mina bajo la protección de la santa de su nombre. Compró y alquiló esclavos, montó el agua y levantó la casa, con plantíos de yuca y plátano, hizo tumba de rozas, construyó ranchos, hizo picar y ensanchar las trochas y estableció la cacería, como medio alimenticio.

Aquellos zurrones para cargar mineral la mantenían ofuscada, por lo lento e incómodo de su servicio. ¡Aquí de tu inventiva, Bárbara Caballero! Pronto cada pareja corría con un cajón, clavado en dos troncos paralelos, salientes a lado y lado. Cátame el primer preludio de las parihuelas.

Con su verba enlabiadora y sus modos cariñosos, hizo de sus hermanos lo que no hiciera su padre, con el resecamiento y el silencio. Al Bronco lo entabló como agente proveedor de víveres y a Sarangoche como capataz de la cuadrilla, con ribetes de director, en lo relativo a palamenta, canoas y correderos de agua. Señaló a ambos buen jornal, llevándolos siempre en colillas; y, aunque Sarangoche era rabioso, ella lo fue manejando con tal maña y tal prudencia que acabó por volverlo corriente y moliente. "Cómo será la Chata cuando ha podido toparles la comba a estos dos muñecos", era la muletilla de Don Pedro.

Y tanto, que a poco pudieron casarse y mantener sus mujeres y su prole. Ellos fueron hechura de la hermana[1], de menos edad que ambos, y así lo reconocían uno y otro.

Para hacerse querer y respetar de los esclavos, propios o ajenos, tenía la joven su secreto: la justicia suavizada por la caridad. En su primera salida a Yolombó, el liberto Pacho Castellanos fue acusado, con pruebas casi palmarias, de hurtos en el canalón. Tocar el oro del Rey era casi un delito de lesa majestad. Vieira, que como director de minas tiene atribuciones

[1] Bárbara no es la hermana de los dos, sino su tía (ver nota 1 de pág. 90, donde el autor comete el mismo error, incluyendo a Bárbara entre las nietas del Taita).

policiales, lo hace poner de patas en el cepo, le echa la carlanca al cuello y lo amarra al palo, mientras lo llevan al pueblo para juzgarlo. Al día siguiente regresa Doña Bárbara, y, no bien la imponen del suceso, vuela al rancho que hace las veces de cárcel. Se queda a solas con el acusado; y el infeliz, entre lágrimas y suspiros, se lo confiesa todo y dónde oculta el oro.

Lo casaron los amos a los quince años; no hubo hijos en el matrimonio; pudieron rescatarse él y su mujer; murió ella y él se casó, entonces, por su libre elección, con una india de quien tiene seis hijos, muy pequeños todavía. Ella es una enferma que no puede trabajar. Lo que él gana no le alcanza; y sus hijos y su mujer viven con hambre. Por eso ha robado.

Doña Bárbara, enjugándose el llanto que no puede contener, le dice:

—Bueno, Pacho: te regalo el oro, sea el que fuere, y te suelto, con tal que no vuelvas a tocar lo ajeno. Si en tu casa hay hambre, yo veré cómo se acaba.

—¡Se lo juro a su Mercé, por lo que quiera! —clama, entre un sollozo que lo ahoga—. ¡No me l'hinco, porque no puedo!

—No necesitas jurar. Prométemelo, y sé que me cumples.

De ahí en adelante, Pacho gana jornal triple. Él, Guadalupe y Sacramento forman, desde entonces, esa trinidad de libertos, más fieles y sumisos a Doña Bárbara, que sus esclavos legales.

Día por día la fortuna aumenta sus favores. Tanto, que la favorecida se da a cavilar cosas y más cosas.

Un día de lluvia está en su cama, a la hora de la siesta, entregada a insólitos como encontrados pensamientos:

¡Muy bien hasta ahí! Pero ¿si la fortuna le volvía la espalda? Y ¿a quién obedecía la fortuna cuando daba? ¿Sería a Dios o a los santos?... ¡Problema peliagudo y torturante! Nada sabe la minera: pero su mente es fértil, y en la fertilidad cualquier semilla que el acaso le arroje, algo produce. Bien sabía, en su misma ignorancia, aquello del camello y del ojo de la aguja; aquello del pan nuestro de cada día; y que la pobreza es grata a Dios y un voto que le hacen los que bien le sirven. Luego la fortuna, cuando daba, no obedecía a Dios. Él, en vez de mandarle dar, más bien le mandaba quitar. ¿De quién dependía, entonces, la próspera fortuna? ¿Qué cosa más maluca y enredada?

Se siente mal y llama a Sacramento.

—¿Pa'qué me menesta la Amita de oro?

—Para que me des una fleta, de las tuyas, porque me parece que me ha colado causón del bravo.

—¡Mi Señora Santa Bárbara no lo ha de permitir! Pero, si le ha calao, yo se lo ahuyento, entualito.

Le palpa la frente y la pulsa, hasta en la garganta del pie.

—Tanto como causón sí no tiene; pero está con mucho fogaje. Voy volando a'rreglale "la fleta de las cuatro virtudes", que m'enseñó mi madrecita,

la difunta María de la O. Es como con la mano. Casualmente que ái manijo, en un coco de mono, los ingredientes prencipales. Los demás ái los cojo. ¿Pa qué plantó su negra la barbacoa de remedios, sino pa'mantenela bien alentaíta? Quédese ái, en su cama, bien sosegada, qu'entualito vuelvo.

Y vuelve, realmente, de ahí a poco, con un barreño de agua hirviente, un estropajo y una tutumita de tarralí. Cierra la puerta.

—Ha de ser algo calientico. Ái la voy infriando, con el coco, y su Mercé va tantiando, con sus deditos, hasta ver el punto.

—¿Y cuáles son las cuatro virtudes?

—Yo se lo cuento a su Mercecita, ¡a los demás ni bamba! Las cuatro virtudes las dan la cáscara del anime, la del fresno, la del carate colorao y las siete yerbas de Salomón.

—¿De Salomón? ¿Y de dónde las sacaste, negra?

—¡Ajá! Pues de ái de la barbacoa (y chorrea y chorrea). Son la yerbamora, la cerraja, la ruda de Castilla, la acedera, la verbena negra, la espadilla y la sarpoleta; pero ésta se la eché en ráiz, porque esta indina mata no pega aquí.

—¿Y las cuatro virtudes?

—Pues son: matacausón, mataflato, mataespundia y matallaga.

—¡Virgen santa! ¡Hasta matagente será eso!

—¡No lo diga ni por chanza! Entualito verá. Ái truje est'esponjorio de pepino de olor, que también tiene mucha virtú. No le vaya a dar recelo por él. No ha tocao pellejo de ningún cristiano. Su Mercecita lo va a estrenar. Y vaya zafándose la ropa, qu'esto está a punto.

Cuando el sobijo va espinazo arriba y espinazo abajo, dice la sobada:

—Bueno, negra. Vamos a ver si es cierto que me lo cuentas todo.

—¡Toitico, mi Amita de oro!

—Bueno: cómo es eso del Familiar y de Los Ayudaos. Pero me lo cuentas todo, bien claro y bien patente.

—Pues, por ser a su Mercecita, teneré de contárselo, ¿qué voy hacer, pues? Pues vea: El Familiar es un muñequito, algo chirringo, muy congo y muy zalamero él, que uno carga y no deja que a uno le suceda cosa mala y que le salga muy bien todo lo que uno hace y en toíto lo que emprenda. Es'es, precisadamente, la virtú del Familiar[1].

—¿Pero eso sí es cierto?

[1] Ver el mito citado por el novelista venezolano Rómulo Gallegos (1884-1969): "Según una antigua superstición, de misterioso origen, bastante generalizada por allí, cuando se fundaba un hato, se enterraba un animal vivo entre los tranqueros del primer corral construido, a fin de que su espíritu, prisionero de la tierra que abarca la finca, velase por ésta y por sus dueños. De aquí veníale el nombre de "familiar" (*Doña Bárbara*, capítulo VII, Parte I).

—¡Válgame el Santo Cristo de Zaragoza, mi Amita! ¡Que se abra la tierra y me trague, si le digo mentira! Mire, Amita: dende que yo y Guadalupe cargamos Familiar, nos ha ido bien en toda cosa: no nos hemos enfermao ni nada, con ser qu'él era, antes d'eso, un costal de achaques, hasta de lo más fatales. El Familiar no tan solamente lo libra a uno de todo mal, sino que lo enmienda de todas las picardías y cosas malas. Guadalupe, ái onde lo ve tan acondutao y con esa vida tan bonita que lleva agora, era, antes d'eso, el zambo más vagamundo, más alzao y más peliador. Ái tiene el cuerpo toíto señalao, del cuchillo que le echaron. Como en dos veces estuvo a punto d'entregar los zurrones. Precisadamente, en la cura de unas puñaladas que le metieron, fue qu'el y yo nos enchamicamos. ¡De yo no se diga, Amita! Por ser a su Mercecita se lo cuento. Yo era la negra más fregada y más perseguidora que se ha visto. Dende muy medianos nos rescató mi madrecita, la difunta María de la O, a yo y a mis tres hermanos, porque ella ganaba mucho adivinando y curando. ¿Y sabe pa'qué me sirvió la libertad? Pa'volveme... ¡ni le digo qué! Con decile que me vide en las delgaditas pa'que no jalaran con yo pa'las galernas de nuestro amo el Rey. Estábamos cocinando en las minas de Tierra Adentro; y una zamba, Elduvina Penagos, le dio quereme sin contra a un amigo mío y me lo robó; y yo, de caliente, l'atisbé una noche y le metí unos barberazos que en un tris la mato. Tuve que salir guyendo, como animal perseguido, porque la justicia m'iba a prender. Pasé trabajos y hambres que ni perro sin amo; y, por allá a las mil y quinientas, repunté a Zaragoza y me puse otro nombre: quizque me llamaba Cándida Rosa Olaya. ¡Vea las cosas de su negra, Amita!

—¡Caramba! ¿Conque eras el diablo suelto?

—¡El mesmo Patas, Amita! Y no vaya a pensar que seguí muy jormal: vaca ladrona no olvida el portillo; pero, por fin, topé con Guadalupe, lo rescaté, nos casamos y mandamos levantar El Familiar, y ái nos ve. Dend'eso hemos vivido muy bonito. ¡Ya ve si será ayuda go no! Ya ve que dimos con su Mercecita. ¿Qué más nos queríamos nosotros?

—¿Y cómo es la levantada del Familiar? Explícame bien.

—Pues es que uno lo manda a hacer al que sepa levantalo y se lo paga. Comprado no sirve, porque le meten a uno gato por liebre. Tiene que labralo un mágico que sepa las veintiuna palabras ocultas, que tienen la virtú de ayudar y de librar. Él se las dice, en el oído, al Familiar, no bien lo tiene acabao y pintao. Y ya queda con la virtú. Lo labran de la ráiz de un palo, que tan solamente los mágicos conocen; y lo pintan con un tinte negro, que tampoco nadie sabe, sino el mágico. Tienen que sacar la ráiz de bien adentro de la tierra y de parte noche; y de noche tiene que labralo, porque un Familiar no queda de servir, si ve la luz del sol, antes go después de levantao. El que carga El Familiar tiene que velo con vela, hasta de día; y tapalo y envolvelo, si tiene que ponelo a un lao, pa'mudar de ropa go pa'bañase; y no se le puede enseñar a nadie, ni de día ni de noche. Ya ve, Amita: ni yo he visto El

Familiar de Guadalupe ni él ha visto el mío. Con una sola vista de alg'otro, que le caiga encima, queda sin virtú. Tan solamente, pueden velo el mágico que lo levanta y el dueño. Si no fuera por eso, mi Amita, yo le enseñaba el mío, que aquí lo tengo, en la boca del estógamo, engüeltico en su trapo y muy amarradito, con un pañuelo. Los hombres pueden cargalo, con tal qu'esté bien engüelto, en cualquier bolsico, onde no se les pierda.

—¿De modo que el que quiera cargar El Familiar tiene que recibirlo de noche y de las propias manos del mágico?

—No, mi Amita: él puede entregárselo al que el dueño recomiende; pero muy bien engüelto.

—¿Y si el recomendado lo desenvuelve y lo ve o le deja ver la luz?

—¡Pierde, por completo, la virtú! El recomendao tiene que ser de mucha concencia go tener el mesmo interés que el dueño.

Silencio.

—¿En qué se quedó pensando?

—En que es muy dificultoso conseguir el tal Familiar.

—Pes eso, alsigún.

—¿Pero qué es El Familiar, en últimas? Es alguna imagen del diablo o de algún diablito, o es alguna cosa indecente y maligna?

—¡Lo que menos, Amita! Imagen del diablo ni de los diablitos, no es, porque ningún Familiar tiene cachos ni cola. A lo menos yo no lo he oído decir. Mas sin embargo, yo no se lo aseguro, mi Amita. Como uno no conoce más que el di-uno, ¿qué va a saber? El mío, a lo menos, es como un cristiano, de cabecita algo grande pa'l cuerpecito, y con una carita muy cismática. Me parece que el de Guadalupe es asina mesmo, por lo qu'el mi ha dicho.

—Pero bueno, negra. Esas cosas que uno carga, como las cargo yo, para poder tener virtud tienen que ser reliquias de santos o escapularios o rosarios o alguna otra cosa religiosa y bendecida por los sacerdotes. Yo no creo que Los Familiares sea cosa que se pueda bendecir.

—¡Pues quién sabe, Amita! Ái veo a San Miguel Arcángel en l'Iglesia de Santa Bárbara, pisando al diablo y chuzándolo con la lanza. Ái está bien patente y bien horrible, y ya ve que el retablo está bendito y que la gente le reza. Y arrecuéstese bien tranquila, y verá qu'entualito[1] se recobra. Esta fleta no falla. Voy a bajar los fríjoles y ya güelvo y le traigo agua chorriada, pa'que se acabe de refrescar.

Sale con los chirimbolos; pero la Amita de oro no se puede contener en esa cama. Se alza, se mueve en el cuartucho; mira a la salilla; mira al zarzo; y, por fin, se detiene ante la imagen de su santa patrona; pero no le reza.

[1] *entualito:* al momento (no aparece ni en DRA, ni en UU). UU trae "untualito" con el mismo significado.

Desde niña la acompaña y la quiere, con ese amor que toda alma pone en los objetos sagrados y familiares. Ve en ella la compañera de su vida. Siempre le ha parecido hermosa, acabada, y, ahora, se le hace rara, extraña. Es un retablillo, traído por Doña Rosalía desde su tierra, tallado en alto relieve, de colorido al óleo, con ropajes chillones y principescos, a golpes de oro. Mírala el rostro mimoso, mira la torre almenada, mira la palma. ¿Qué sería esto? ¿Habría perdido en la mina la perfección de otros tiempos? Indudablemente ella estaba, ese día, con ideas. Eso que sentía no era enfermedad, precisamente. Se acerca a la imagen, la besa y le murmura: "Quítame esto, mi Santabarbarita querida".

Han pasado tres días. Es ya noche cerrada; el rosario ha terminado; Vieira y Sarangoche se han recogido en su zarzo; la garitera remienda en la cocina, a la luz de los tizones; en el cuartel de la cuadrilla no se oye un ruido; los perros duermen en su caseta; junto a la fogata, ahuyentadora del tigre, vela un negro rodeado de leña; apenas se perfilan las cumbres de los montes, en ese cielo sin estrellas; los cocuyos rayan el espacio con sus lumbres fugitivas; los murciélagos raspan con sus alas rumorosas la paja de los aleros; se oye el río, el agua de la mina y la selva.

En el cobertizo frontero de la casa están Sacramento y Guadalupe sentados en un tronco; la Amita, en un banco, medio recostada a la puerta; a sus pies, Carrillo, el terranova compañero. La lamparilla de Santa Bárbara apenas si alcanza a reflejarse en los platillos de cobre de las balanzas y en la patena secadora.

—¡Hoy sí pues, Amita! —zalamerea Guadalupe—. ¡Como que se lo sacó toíto! Ái vide a Pacho secándolo en el jogón, y nián podía mover la callana de puro rebosada.

—No estuvo mal, mulato: dos libras escasitas.

—¡Si Amita se resolviera! —interviene Sacramento—. ¡Miren! Ni un grano les quedaba a estas playas. Lo podía asoliar en cueros, como hacía el dijunto Don Aniceto Moncada; pero a la Amita no le caberían en toíta la plaza.

—Don José María también quizque asoliaba, antes d'escondelo. ¿No ha oído, Amita?

—Pues no, Guadalupe, ni a sus Mercedes ni a mi Cuña les he oído tal cosa. Sí dicen todos que Don Chepe es muy acaudalao.

—¿Acaudalao no más, Amita? Está aporcao en oro. Ese modo de regar onzas y de jartar a regalos a todos los cristianos es porque no tiene onde guardalo. Ya ve cómo tiene a la negra Bonifacia y a la mulata Natividá. Los vestidos que sacaron el día de San Juan son como pa'la mesma reina. Hasta flores de oro tenían esas telas tan preciosas.

—Y vos te pusites a vigialas.

—¡Eh! ¿Yo pa'qu'iba a vigialas? ¡Vean esta boba!

—No te pongas celosa, negra. Este es muy formal. Y no fue él solo el que las reparó: las negras dieron el golpe con esos vestidos. A Don Chepe le gusta embromar hasta en sus regalos. Dicen que fue por debajiar a Doña Romelia y a Doña Justa, las mujeres de los canarios, que sacaron, para la misa, vestidos de esos mismos rengues. Como él no quiere nada a los del comercio rial...

—¡Esos son otros, Amita! Me parece que es por quintales el que mandan a guardar a España. ¡Cuánto será lo que le pagan a mi Amo el Rey!

—Millones. Pero eso dizque es una miseria en comparación de lo que gana esa compañía, que trabaja en toda la Provincia. Esto de Yolombó dizque es un chuzo infeliz. ¡Figúrense cómo será en Antioquia y en Rionegro!

—¡María Santísima, Amita! Esos sí son los más aporcaos del mundo.

—Más tenería la Amita, si quisiera.

A la noche siguiente están en el mismo puesto.

—Guadalupe: me vas a hablar con toda verdad. ¿Los que cargan Familiares tienen algún compromiso con el diablo o con algún espíritu malo?

—¡No ve, Amita! Ái tá creyendo, su Mercé, toítos los testimonios que nos alevantan a Los Ayudaos. A yo, por eso, no me gusta contar, pa'que no se pongan a echar y a hacele dar rabia a uno. Los Ayudaos ni tan siquiera conocemos al diablo, ni an de vista, ni a ningún espíritu malino. Pregúnteselo a ésta.

—¿A ninguno, Amita? Sí los hemos oído, pu-ái, en montes y hasta en pueblos; pero no más.

—Ni nadie los vido jamás, a lo menos entre la gente Ayudada. Yo sé toíto esto muy bien sabido, porque se lo oí contar, muy patente, al dijunto Patricio Pulgarín, qu'era el mágico más sabido de Zaragoza y el más baquiano pa'levantar Familiares. Los Familiares libran a los cristianos de todos los males y li-ayudan en todo lo bueno; pero si uno cree en ellos. Si no cree, es como cargar un pedacito de palo. Y, si son buenos con todos ¿por qué no los va a cargar uno? Y, si es cierto que ayudan ¿cómo no va a creer uno en ellos?

—Pero, mulato pelicerrado, ¿no has oído predicar que es pecado creer en agüeros?

—¡En agüeros, sí, Amita, porque son mentira! ¿No ha de ser pecao creer en esas levas tan grandes? Quizque se va a morir un cristiano, porque se le coló a la casa un pájaro forástico go una chapola negra; quizque si uno pasa por debajo de una escalera, puesta en paré, le sucede cosa mala; quizque si uno mienta culebra, lo pica; y otro rigor de virotadas, por el mesmo encarte. Creer eso sí es un pecao muy grande; pero creer en El Familiar nu-es pecao de ninguna laya, porque la ayuda que nos prestan sí es verdá, Amita. ¡A la vista está! Y, si El Familiar tiene que ver con diablos go duendes go brujas, será menos pecao, porque eso sí no son levas. Go, si no, pregúnteselo al Padrecito Lugo, que harta guerra le han dao. De espíritus malos no pueden venir Los

Familiares, porque, antós, no hacerían bienes sino perjuicios. Asina es, Amita: si no, ya los curas haberían echao y rajao contra Los Familiares. Y ya ve que no los mientan ni pa'bien ni pa'mal.

—¿De manera que Los Ayudaos no se acusan cuando se confiesan?

—¿Pa'qué se van a acusar? Sería lo mesmo que acusase de cargar algún remedio, que lo libre a uno de achaques pegajosos, go de cargar paraguas pa'no mojase.

—Pero los bienes que se reciben por las manos de los malos espíritus no debemos desearlos los cristianos.

—Es que su Mercé es demás de desigente. Y no se lo digo por inrespeto. ¡Dios me libre! Uno debe recebir el bien, venga de donde venga. Si su Mercé se saca una guaca bien rica, se la guarda go se da gusto con ella; pero no se pone a pensar si el indio que se enterró, con ella, era duende go diablo chiquito.

—En eso no te falta razón, Guadalupe; pero los cristianos no debemos ambicionar más que bienes que nos vengan de Dios.

—¡Ái la quiero coger, Amita, bien cogida! Ái verá que todo pende de Dios. Esto lo decía muy claro y muy patente el dijunto Pulgarín qu'es el viejo que sabía decir. Li-aseguro, a su Mercé, que ni el predicador más sabido empata las cosas tan bien relatadas como ese demontres de mágico. Él nos decía esto: que mi Dios pa'castigar al diablo, por toítas las picardías qu'hizo en el cielo, antes de rumbalo de allá, lo pone, en algunas ocasiones, a hacele bien a la gente, qu'es como ponelo en penitencia, porque hacer bien es lo que más le repuna y lo que más li-hace padecer. Y que, con esto, hace mi Dios en una vía dos mandaos: castiga al diablo y le ayuda a los cristianos. Asina mesmo lo manifestaba el dijunto Pulgarín. Ya ve, pues, Amita, que toíto esto es porque mi Dios lo quiere asina. Y, agora, yo le voy a manifestar otra cosita, asina más bien medio en secreto, porque siempre es maluco decilo.

—Lo que sea, échalo afuera y déjate de escrúpulos.

—Pues es que su Mercé y alg'otros tán creyendo que Los Ayudaos no semos sino los negros y las pionadas. Pero no es asina, Amita, y perdone que yo se lo manifieste: Los Ayudaos tán que no caben en la blanquería, toítos los amos de nosotros los negros. Mire: en Zaragoza han habido como ocho curas Ayudaos. Allá y'en Remedios son Ayudaos todos los ricos y los prencipales. ¡Aquí en Yolombó no se diga! S'hicieran esculque, como hacen en las minas, cuando roban oro, ¡mire, Amita! no caberían en este cuarto Los Familiares. Asina mesmo como se lo digo. Ayudao es Don José María y Don Vicente y los señores Castellanos y los señores Ceballos y toíto el señorío prencipal. El amo Don Pedro, el padre de su Mercé, que manda a todos por nuestr'amo el Rey y, después d'él, el señor Antolínez y el señor Gamboa, esos del comercio rial, que llaman los canarios, son los más Ayudaos de todos. Porque haberá de saber, su Mercé, que los señores de la España del Rey, nuestro Señor, vinieron Ayudaos dende allá. ¡Allá es la mata de l'ayuda! Por eso jue que

repuntaron hasta estas cantumbas y acabaron con los indios; y, por eso, sacaron a los negros de los montes del África y les echaron la carlanca y los vendieron como a manadas de cuchinos. Por eso, los negros de agora, que no sean Ayudaos, como yo y ésta, viven pu-ái cuál más por debajiao aunque tengan buenos amos, porque tan solamente su Mercé no acosa a sus negros ni injusticea con ninguno. Ya ve, pues, Amita, qu'el uso de Los Familiares viene de los mesmos amos, venidos de la España. Y nos contaba el dijunto Pulgarín que el Rey, nuestro Señor, es El Ayudao más grande de toíto el mundo y que de ái pende que mande a más cristianos que otros reyes, que ái por esas tierras.

—¡Ave María, Guadalupe! Admirada estoy de todo lo que entiendes.

—Es que su Mercecita no sabe entuavía lo qu'este taita tiene en esa chonta. Por eso fue que me enchamicó.

—¡No salgás, agora, con ésas! Te parecía un zambo muy cuadrao y por esto me dites quereme y me rescatates. ¡Eso fue todo!

—¿Pa'qué se lo voy a negar, Amita? Le di quereme sin contra, cuando le asistía de las puñaladas. El taita este padecía de una sequía, que lo mantenía desesperao; y, en las naranjadas, le daba la yerba mágica. Yo la conozco, muy bien conocida, porque mi madrecita, la dijunta María de la O, me la mostró, dende mediana, y m'enseñó la oración secreta, que hay que decila las siete veces que hay que ponela al sereno y en el momento de ponela. Y qué le parece, Amita: la primera toma la abalanzó, íntegra, este indino; pero después las retuvo todas. Si no hubiera sido por el quereme, yo no hubiera cogido a éste, con toíto lo perro y enamorao qu'era. Y hasta agora no l'he cogido en ninguna picardía.

—¡Sí, Amita: esta vieja tan fea, me empendejó, bien empendejao!

—Menos para aprender. ¿Quién te contó, Guadalupe, todo lo que hacían los españoles aquí? Porque me figuro que el viejo Pulgarín tan solamente hablaría de brujadas.

—Pues eso pende, precisadamente, del Familiar. Antes de cargalo, yo no entendía cuasi y toíto se me olvidaba; pero, apenas me lo colgué, me golví atencioso y eché a recordar. Y, como uno siempre ha vivido entre los blancos, les oye sus conversas y algo coge. Yo jui nacido y criao en casa de los amos Castellanos; pero ellos me vendieron a los amos González, qu'echaban unas conversas más rasgadas de las fundaciones de muchos pueblos de las dos Américas y de las minas del Pirú[1] y del Méjico; y contaban mucho de una

[1] Ver Garcilaso de la Vega, el Inca, *Comentarios reales*, parte primera, libro primero, capítulo IV, (*La deducción del nombre Perú*). Al encontrarse con un indígena, los españoles le preguntaron por señas "qué tierra era aquella... el indio... respondió apriesa... y nombró su propio nombre, diciendo Berú, y añadió otro, y dijo Pelú". Desde esa época (1515 o 1516) los españoles llamaron Perú a aquel "riquísimo y grande imperio, corrompiendo ambos nombres... otros, que presumen de más repulidos... corrompen dos letras, y en sus historias dicen Pirú".

Doña María del Pardo y de un tal Mariscal Robledo y de otro fundaor llamado Don Gaspar de Rodas[1] y de otros, muy guapos y aguerridos. Y vea, Amita: eso fue mucho antes de conseguir El Familiar y ya se me había olvidao; pero toíto me volvió a la cabeza, en cuanto lo cargué.

—¿De manera que Los Ayudaos se vuelven también muy sabidos?

—Precisadamente, Amita: son los más sabidos. Vea: El Ayudao más grande qui-habido en el mundo era el Rey Salomón[2]. Tenía tanta de la cencia que entendía el habla de toítos los animales. Asin'es que él se sabía lo que dicen las gallinas cuando cacarean y lo que canta el caballo cuando relincha. Pa'contar, no ha habido gallo qu'echale. Cuando contó las estrellas del cielo y las arenas del mar ¿qué se le podía escapar a ese hombrecito? Él levantó la Casa Santa de Jerusalén y el Templo. Es tan lindo y tan altísimo que la Iglesia de Santa Bárbara es un rancho, comparao con esa preciosura. Él fue el que les enseñó a los tres Reyes Magos, que jueron otros Ayudaos, sumamente grandes. Y a los tres les dejó todos sus libros. Por eso los llaman magos porque fueron los maestros de los mágicos, que todos penden d'él. Esos libros quizque se fueron perdiendo, pero uno solo se escapó y vino a manos de un Ayudao; y di-ái sacó el invento de componer los libros sin agarrar pluma y sacar un montón en un momento. Esto lo contaba muy bonito el dijunto Pulgarín, que lo aprendió en Cartagena, de boca de un vicario muy Ayudao, cuya era la casa donde él sirvió. Quizque se labran las letras en jierro, como marca pa'ganao, pero más medianas, se juntan y se va marcando con ellas, en toítos los papeles que uno quiera. Ya ve, pues, Amita, los resultaos de l'ayuda. Si su Mercé quisiera, no tan solamente se sacaba toíto el oro de estas playas y di-otros ríos, sino que fundaría pueblos y levantaría iglesias y hasta componería libros. ¡Figúrese su Mercé con esa capacidá que manija pa'todo! Si los negros, que semos unos micos sin cola, aprendemos ¿qué no aprendería su Mercé?

—¡Eso sí no lo digas, Guadalupe! Los negros, aunque tengan la color obscura, son tan cristianos como todos los blancos: están bautizados y redimidos por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

—Asina mesmo lo creo, Amita. Yo era por decir que semos unos tristes inorantes, muy brutos y muy fieros.

—Eso tampoco, Guadalupe; hay negros buenos mozos y negras muy bonitas, lo mismo que entre los blancos. Ni tampoco les faltan entendederas a los negros. Ya ves: tú las tienes mejores que muchos blancos.

[1] Gaspar de Rodas, tercer gobernador de Antioquia, realizó el descubrimiento y la conquista del Bajo Porce a fines del siglo XVI (Uribe Angel, *Op. cit.*, pág. 11). En cuanto a Jorge Robledo, afirma Uribe Ángel, que, para la historia confusa de la región y de la época (siglo XVI), "no alcanza a distinguir el historiador, en el primer término del cuadro, sino tres figuras conspicuas: Belalcázar, Pedro de Heredia y Robledo; todo lo demás es accesorio" (*Op. cit.*, pág. 655).

[2] Hijo de David, símbolo de sabiduría.

—Dios le pague, Amita, ese dicho. Su Mercé es tan buena con los negros que hasta les alevanta cualidades. ¿Qué le parece si fuera Ayudada? ¡Cuántas caridades hacería a los cristianos, con esa entraña y ese corazón que manija su Mercé!

—Eso sí es levantado, Guadalupe. Yo soy tan mala como cualquiera. Tal vez no cometo muchas faltas, porque me acuerdo que soy noble y que debo dar ejemplo a mis esclavos.

—Pues más gracia, Amita, porque antós se contiene, que es tan trabajoso.

¡Qué desvelo el de aquella noche! ¡Valiente zambo tan ofuscador y tan persuasivo el tal Guadalupe! Lo mejor sería despedirlos. Pero ¿de dónde sacaba ella dos negros más fieles, que mejor le sirvieran y le acompañaran a estas soledades? Siendo libres ¿cuáles esclavos más sumisos? Y eran muy bondadosos, en el fondo; eran ejemplares. Confesaban y recibían a Dios cada año; compraban la bula; oían misa, siempre que salían al pueblo; los domingos siempre rezaban con ella, en la mina, cuanto se le ocurriese; eran los primeros en acudir al rosario y en llamar a toda la cuadrilla. El cariño que le profesaban no era por interés de la paga; la recibían casi obligados. Y ¿con qué dinero les paga ella tanto interés y adhesión tanta? Por complacerla hasta le adivinaban sus deseos. El oro que sacaba los alegraba, a los dos, más que a ella misma. De sus hermanos no había recibido, nunca, tantas atenciones. No: ella no salía de sus negros, por ningún motivo. Si Guadalupe volvía con sus argumentos, no le prestaría oído, si no lo mandaba callar.

La fricción mágica le aprovecha, probablemente, porque no ha vuelto a sentir escalofríos; pero los cantos, con que alegra la casa, no se le oyen, en esos días. Como siempre, va a asomarse a los trabajos y lava sus bateas; como siempre, se impone de todo, interviene en el recibo y arreglo de víveres y despacho de las raciones; como siempre, está a la vela para que a los marranos y a los perros no les falte el cuido, para que los trastos estén bien limpios, todo barrido, cada cosa en su puesto, y cada labor a la hora prefijada. Pero, ya en unos como en otros menesteres, se la ve ensimismada y cavilante, allá como muy lejos de la vida real.

Un día, al levantar la negra el almuerzo que Doña Bárbara apenas ha probado, le dice, con cierto gesto muy reticente:

—¡Esu-es, Amita! Quédese ái, sin pasar bocao y atajando esas ganas. En esto se jumentiza y se atemba, como si algún dijunto l'hubiera asombrao. Yo sé lo qu'es una gana de Familiar, bien pegada.

—¡Déjate de bobadas, negra! ¡Para ociosidades estoy yo, agora, como mantengo esta cabeza con estas honduras, en que me he metido!

—¿Ociosidades, Amita? Pues, agora, precisadamente es que debe asegurarse, bien asegurada. ¡El trabajo que li-ha de costar! Será porque no tiene un triste patacón con qué comprar El Familiar. Oígame, Amita de oro:

no padezca más, de bobita. En Zaragoza vive el Usebio, hijo del mágico Pulgarín, que le dejó toíto el misterio y toíta la curia pa'levantar Familiares. Los levanta lo más chirringos, que son los que tienen más virtú, y, como son los más trabajosos pa'labrar, valen mucho más que los grandes. Figúrese, Amita, que tiene que clavar la uña de palo, con "la aguja de la potencia", en una tabla que no haiga visto rayo de sol; y, como la labranza tiene que ser con velas y e'una cosa tan menudita, tiene que ponese "los espejuelos mágicos", que agrandan tanto las cosas, a la vista, que una hormiga se ve del grandor de un alacrán. ¡Si no fuera por eso, ni bamba de trabajar en esa nada de madera! Asina, y con una navajita, que ni an se puede agarrar de puro menuda, va sacando, con mucha maña, la figurita. Mire, Amita: yo y Guadalupe vamos y se lo tremos, en menos de quince días. Decimos que es a pagar una promesa, y, antes, su Mercecita puede enviale una manda al Santo Cristo. No hay riesgo que yo go Guadalupe le echemos la vista encima al Familiar. Asina, envueltico, como el Usebio lo entregue, asina mesmo se lo entregamos a su Mercé. Yo le busco, pa'que haga la comida de los blancos y me l'acompañe, mientras golvemos, a una de las libertas González. Ellas, aunque hagan bazofia pa'los cargueros y la gentualla, que pasan por el pueblo, son guisanderas finas y a cual de las tres más asiada y mujer de bien. Aproveche, agora, que pasaron esos caniculares tan bravos y que la cuadrilla no menesta de yo, porque no hay llagas ni calenturas.

Guadalupe, que ha ascendido desde las bajezas gariteras hasta las alturas del aserradero y a esos carpinteos de zuela y serrucho, indispensables en toda mina, pasa por el cobertizo, con unas tablas; y, cual si adivinase la conversación, interviene:

—¡P'alante, Amita, y no tenga ningún recelo, que su Mercé es más caliente y más resuelta que cualquier blanco! No se deje ventajiar de ningún minero. Eso lo saberá el Usebio y nosotros tres. Y no es porque sea malo y haiga que tapalo, por eso, sino pa'que no echen a fregar la pacencia y a metesen en lo que no les va ni les viene. Y también pa'que crean que toíto lo güeno que le va a suceder no es por ayuda ni por nada, sino por la capacidá y la buena cabeza de su Mercé. Por eso es que todos esconden El Familiar. Créaselo a este zambo que tiene mucha experencia y que está por servir a su Amita.

¿Qué iba a hacer ella con esas dos serpientes del paraíso? Al mes siguiente cuelga en su pecho una taleguita diminuta, entre el relicario de Santa Justa y Santa Rufina, el rosario y los escapularios de Las Mercedes y del Carmen. Si con tan santos amuletos no había empate, habríalo con esa libra de oro que ha mandado a ese Cristo, tan taumaturgo como visitado.

Y ya que te metiste en honduras, Amita de oro, sigue el consejo del liberto: ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Quién dijo miedo? Siéntese más segura que siempre: sus lares mineros están más que asegurados. El diablo y El Patetarro están ahuyentados: a la entrada de la casa, se alza, en un morrillo, la Santa

Cruz de Mayo, muy destacada e imponente. Sobresaliendo del platanar, desde altísimo palo, asoma, blanca, cachiabierta y asustadora, la eficaz calavera de vaca. Verdad que El Bracamonte brama en altas horas de las noches negras; pero a los animales de la mina les ha alcanzado la ayuda, y ninguno ha enfermado. Verdad que La Madremonte mantiene envenenadas las aguas de ese río, y que de su aliento no se ha escapado ni la Amita de oro; pero ahí están las yerbas y las magias de La Ayudada Sacramento. Ningún otro ser maléfico de la selva ha asomado por esos penates. Los Ilusiones vienen siempre; pero la joven minera mal puede temer a esos geniecillos amables que le han profetizado su destino.

Sacramento y Pía, la garitera, toman por la noche las precauciones de ordenanza. Entierran el fuego, con dos tizones en cruz, para que El Rescoldao, un diablillo cocinero muy entrometido, no venga a revolcarse en el fogón. Atan las escobas y les meten las palmas en un costal, bien amarrado, para que las brujas no vayan a cabalgar en ellas y a hacer estropicios y goteras en los caballetes. Tapan con paja las herramientas y los utensilios menudos, para escaparlos de los duendes. A estos vagabundos, tan ociosos, no les gusta que las gentes trabajen: esconden la aguja y el dedal, el azadón y la pala, los regatones y los cuchillos; esconden el mecedor y el molinillo, la mano de moler y el picador de la piedra. Y no se pueden descuidar, ni una noche, porque, cuando se les mete molestar a una familia, no les vale ni cambio de domicilio: a donde vaya, van ellos; en donde se demore, se plantan. Son como perros tras de los amos.

Tampoco faltan medidas contra los enemigos naturales y visibles.

Pía es una mestiza primitiva y franciscana, que ama a los animales y conversa con ellos, cual si fuesen sus mismos hijos[1]. La comadreja no alcanza al parapeto a donde hace trepar a las gallinas; las aguililias y los gavilanes no se alzan los pollos, porque sobre el corralejo ha puesto una red de bejucos, que los ataja; las hormigas no atacan las yerbas medicinales y las de aliño, porque Sacramento ha hecho correr el agua al pie de los postes de las barbacoas; ni tampoco suben a los arbolillos, porque les amarra enredos de cabuya en cada tronco. De las picaduras de zancudos, trompeteros y de moscos alevosos se ríe Doña Bárbara; y hasta de los reptiles mortíferos, ya que San Pablo, invocado cada noche, tiene de librarla de todos ellos.

El oro sigue y sigue como una bendición.

Guadalupe y Sacramento ¿qué eran para ella, al fin y al cabo? No alcanza a definirlo; pero se le quiere antojar, en el reconocimiento que ahora le inspiran, algo como dos encargados de La Providencia, para velar por ella. ¡Claro! ¡Clarísimo! Si Dios se valía hasta del demonio mismo, para hacer el bien ¿no habría de valerse de dos negros bautizados, tan cristianos como ella y

[1] El personaje franciscano de Pía recuerda a la Beneda de *Hace tiempos*, parte II, quien también conversa con los animales.

tan buenas personas? Sí: eran sus verdaderos Familiares, hasta en los congos. Y ya que esa ayuda misteriosa, que por ellos había conseguido, era, de un modo o de otro, la ayuda misma de Dios, había que encaminarla no sólo hacia la riqueza sino también hacia la sabiduría. Atando un cabo de tres años atrás con las afirmaciones de Guadalupe, no le queda la menor duda de que los sabios son los enormes Ayudados.

Era este cabo ilustrador su admiración por la Aritmética. ¡Ni más ni menos! Cuando, merced a las lecciones de Don Pedro, de Don Vicente y de Layos, vio que esas cuentas que ella llevaba en su cabeza, sin saber cómo ni por qué, se fijaban con garabatos y rayas en un papel, que todos entendían de una misma manera y sin que nadie se equivocase, se quedó pasmada. Le parecía casi imposible que eso hubiera salido de cabeza humana. Pregunta quién ha inventado eso, cómo, cuándo y dónde, y ninguno de los tres profesores sabe decirle nada. Y ahora lo veía claro: era obra de un Ayudado y cada número una brujería.

Esta su ciencia, tan enorme como empírica, de las cuatro reglas, se la había consentido Don Pedro, por serle a ella indispensable para las cuentas en la mina; pero con la condición expresa de no volver a pensar, siquiera, en esa lectura y en esa escritura vitandas. Ella se ha sometido sumisa.

Pero las cosas y los tiempos habían cambiado; ya era Ayudada y de la ayuda debía aprovecharse; ya era libre, y alguna libertad debía gastarse. Por más que fuese una rebeldía a las órdenes de ese Rey, tan querido y tan santo, y un desacato a la voluntad de esos padres, tan bondadosos, ella tenía que aprender esas brujerías supremas de la letra...[1] o se reventaba... A la primera visita de Don Pedro le suplica le permita hacer lo que él no puede ya evitar. La ley de la necesidad le obliga a acceder. Pero ¿de dónde maestro? Ni él ni Rosalita ni su compadre Vicente tenían tiempo para enseñanza tan dificultosa y demorada. Los empleados reales mal podían enseñar lo prohibido. Tampoco los curas, tan empleados como todos. Vieira y Sarangoche y el Bronco ¿qué iban a enseñar, si apenas juntaban las letras y echaban la firma?

Pero la joven, merced a esa memoria y a esa como adivinación que todo Ayudado tiene de poseer, piensa en Liborita. No se aguanta en su devaneo: arregla todo, a la carrera, y se planta en Yolombó al día siguiente.

[1] Consciente de su misión, Bárbara se dedica a aprender a leer y escribir con la misma fanática perseverancia, algo supersticiosa, que caracteriza a todas sus actividades.

VIII

A las nueve de esa mañana hay mucho rebullicio en casa de las Layos. Con saber que ahí está Taita Moreno, todo está dicho.

El perro viejo, aunque presenció su propio entierro, como el Virrey Solís, no se metió fraile cual lo hizo éste[1]. Pasados los alborotos de aquel San Juan, tornó a las ansias de la Sunamita, y, no topándola cual la soñaba, empeoró tanto de genio que tenía a las hijas a cantos de enloquecerse. Con todos regañaba, y, por un quítame allá esas pajas, prendía la casa. Le dio por enlazar perros y ahorcarlos públicamente, de la solera del portalón. Cada vez que la comida no le petaba, hacía sentar las negras a la mesa, y, látigo en mano, las obligaba a comerse todo el condumio. Mientras más llantos, más azotes. Por cierto que una vez casi despacha a la vieja Ubalda, del atracón que le hizo dar.

Por iniciativa de Doña Mariana acordaron, todos los hijos, ayudarle a buscar la palomita. Fijáronse, desde luego, en María Francisca Echavarría, miembro de una familia de origen vascuence, que abría una posesión, por los lados de La Melonada, la cual familia salía al pueblo con alguna frecuencia. Era gente a estilo de los Villacientos, si no tan toscos, de menos apostura. Fuéronle al viejo con la candidata; y él, que ya le había echado la vista encima, acogiólo todo con grandísimo entusiasmo. No era Pachita quinceañera ni tan linda como la Secaleche; pero, con sus veinticinco años, muy floridos, hacía figura garbosa y competente.

Aquí no fue Don Chepe ningún endemoniado ni hizo maleficio de ninguna especie. Parecía que a esos labios que tanto aterraron a Doña Engracia, los hubiera purificado, ya que no el ascua inflamada de marras, la dicha del amor, bajo las canas y las arrugas.

[1] José Solís Folch de Cardona (1716-1762), Virrey de la Nueva Granada, quien efectuó reformas en el trabajo en las minas; se hizo franciscano hacia fines de su vida.

Hízose el matrimonio en volandas; se le arregló casa aparte; y la campesina pobretona, no ha hecho nunca, como suele acontecer, "la caranga resucitada"[1], que decimos por acá. La alcurnia y la riqueza de su marido no le marchitaron, lo más mínimo, su modestia y humildad de campesina. Mostróse, desde el principio, muy señora y muy mujer de su casa y más que afectuosa con su vejestorio, a quien llama Pepito. Entre ella y sus hijastros reina gran cordialidad; y, como al viejo se le ha aplacado el geniazo, con la nueva esposa y los nuevos hijos, toda la familia ve en Pachita una Santa Marta que ha domado el dragón, con el cinturón de sus bondades. Le reverdecen y enajenan tres churumbeles, repletos de vida, que semilla de árbol viejo, si él no está carcomido y ella cae en buena tierra, también da, en ocasiones, el ciento por uno.

Si ya no le perturbaban los rumores de faldas, no se ha olvidado de las encerronas báquicas. De una sale, precisamente, a buscar en casa de las viejas Layos la horchata que le refresque la sangre y la ducha de candor que le serene los espíritus.

Doña Liboria está en la cocina, pegada de tres pailas de dulce, que bate y rebate, alternativamente. Doña Gregoria y Felisinda (a) la Niña, unigénita de Don Pablito, amasan y rezan, en esa sala donde hay tantísimos santos. El señor papá arma unos zuecos, junto a la puerta de la calle; y Taita Moreno, recostado en una silla frailera, goza con aquellos tres benditos, protegidos suyos, tan opuestos en carácter a la avispada Doña Liboria. Casi a diario va a escandalizar a los tres, con los embustes y las invenciones que se le vengan a la cabeza y a pedirles preces por tantos pecadores. Mientras las roscas y los panes van surgiendo de las manos de tía y sobrina, de sus almas azules van saliendo las oraciones, por tantas necesidades.

"Otro padrenuestro a San José y a la Virgen para que Juan Cardona y la Cachumba no sigan ofendiendo a Dios y para que el marido no la mate cuando vuelva de Remedios". Padre nuestro, que estás en los cielos...

"Otro credo a mi Padre Santo Domingo, para que el mayordomo Anselmo Gil deje esa sacadera de velas y no vuelva a vender el incienso de Nuestro Amo". Creo en Dios Padre...

—Vea, tía; no se le olvide Pastorita.

—¡Ah, sí! Otro credo a mi Padre San Juan Nepomuceno, abogado de la buena fama, para que no sigan hablando de Pastorita Pérez y para que ese Roque Silva le cumpla la palabra antes del suceso.

Este relato por las necesidades, con todo y nombre propio y circunstancias, era indispensable a su piedad, tan simple y tan extraña como sincera y fervorosa.

[1] *caranga:* piojo blanco que se aloja en las ropas (UU). El modismo local "caranga resucitada" señala a una persona de humilde origen que pretende subir a fuerza de dinero.

Taita Moreno goza que eso es gozar. Están los tres Layos con "la sabiduría alterada", como él dice. A más de las preces gregorianas, topa a Pablitos en una de sus crisis de razonamientos y probanzas, en que hace aquellas caras y abre aquellos ojos y alza aquel índice, poseído de inefable rapto.

—Vea, señor Don José María: es que antes en este Yolombó no pasan cosas muy malucas y muy desagradables. Así se lo vivo yo diciendo a Gregoria, a Liboria y a la Niña. Porque yo, ái callao mi boca, con mi genio tan serio, todo lo reparo y nada se me pasa por alto: aquí han cogido un vicio muy peligroso: han dao en dejar, después de la queda, las puertas de la calle, no más que ajustadas, sin echarles llave ni aldabón ni tranca de ninguna especie. Y póngase a pensar, señor Don José María, todos los peligros que eso puede tener. Mire: puede pasar una vaca y empujar con los cachos y, entonces, la puerta se abre, y, una vez abierta, la vaca se cuela a la sala y hasta puede hacer algún daño y dejar sus comarcas, bien asquerosas, en el suelo. Y otro peligro que hay en este vicio: puede pasar algún ladrón, ve la puerta abierta, se zampa con mañita, y, como están dormidos en la casa, puede hasta robarse alguna cosa de mucho valor. ¿Qué se le da a él? Pero eso no es lo pior, señor Don José María: lo pior es que también puede entrarse alguno de estos perversos, que nunca faltan, y meterse hasta un aposento y topar alguna señora dormida, y hasta puede irrespetarla. ¡Qué sabemos!

—¡Muy peligroso, Pablos!

No puede ni hablar, porque, si larga la risa, el expositor, que es muy susceptible, se le enoja y termina el goce.

—Y vea otra cosa, señor Don José María... pero mejor será no decirle nada, porque le puede chocar.

—¡Di, hombre Pablitos! ¡Qué me va a chocar!

—Aquí hay un uso muy fastidioso y que no me parece bien propio para las señoras casadas. Yo lo veo todo, aquí donde usía me ve. Sin mentale persona, yo he visto a varias señoras, pasiando de noche, en el oscuro, con un solo hombre, muy extraño. Piense y verá que eso trae muchos inconvenientes: como se van muy lejos, se les puede ocurrir alguna diligencia... Y ¿cómo la hacen?

—En el oscuro, ¿qué se va a ver, hombre Pablitos?

—Tanto como verse, no. Pero se siente, que siempre es más bien maluquito. Y también puede suceder que, si el hombre es algo atrevido, hasta pueda pelizcar a la señora, al descuido; y una señora pelizcada puede hasta exponerse.

—¡Ah Pablitos este para marrullero y mundiao!

—No, señor Don José María; fíjese y lo verá, es un uso muy poco conveniente. ¿No le digo que en este Yolombó hay vicios muy particulares? Yo no vi nada parecido en Antioquia, y apuesto que usía tampoco le vio en su ciudad de Sevilla.

—¡Nunca, Pablitos! Allá no se ve una mujer, por la noche, ni aun en su casa. ¡Figúrate, allá!

—Eso sí es señorío. Yo a la Niña no la dejo salir por la noche, ni por muerte de un obispo. A las visitas de duelo, la llevo de día, ¡usía habrá visto!

—¿Cómo no? Pero no seas injusto con la Niña. Déjala salir de noche, sola o con el que quiera: no te la pellizcan.

—Ella sí es muy virtosita, y no me pesa el decirlo; pero nunca conviene exponerla —repone muy satisfecho, sin sospechar siquiera la ironía del viejo maleante.

Todavía dilucida más peligros e inconvenientes, y, a estas y las otras, pregunta el gozón:

—Hace tiempos que no te veo tutiando. ¿Le cogiste pereza a la baraja?

—Ni sé, señor Don José María. Usía sabe que yo soy un hombre muy serio, para todas mis cosas, y aquí hacen tanta rochela, en sus tutes. A mí no me gusta el cuarto si no es con Doña María de la Luz, con el Padre Lugo y con Don Timoteo[1], que brujulean con tanta calma y tienen tanto misterio, para esconder el juego. Pero pocas veces nos juntamos. Hasta lo ponen livianito, para que juguemos los pobres. A mí hasta me da mucho. También es que yo lo juego divinamente, con ser tan trabajoso, guerriao. ¡Son muchas las jugadas que yo discurro! Mire una, señor Don José María, y se la manifiesto en un momento: cuando se juega guerra, entre cuatro o entre cinco, conviene arrastrar del as de la muestra, si uno lo tiene, porque puede suceder que alg'otro de los jugadores tenga el tres lámparo, y, entonces, tiene que rendirlo. Y con los diez tantos del tres y si ha acusado las cuarenta, con baza de as forastero, arriesga hasta a ganar el juego. ¿Cómo le parece el enredo?

—Lo que me parece es que no jugaré contigo, porque me ganas con ventaja.

—Pero no de mala fe, señor Don José María. Usía sabe que yo soy tan escrupuloso en el juego como en el rezo.

Don Chepe, dando por terminado el baño de inocencia[2], vase a las amasadoras, les da onza para que hagan una hornada bien surtida y le envíen las pruebas; se despide a gritos de la Liboria y sale. Cuando les echa las bendiciones desde la calle, según su costumbre, a esos cristianos que no han perdido la gracia del bautismo, casi se topeta con la Chata.

[1] El nombre de Timoteo Ceballos trae a la memoria la alusión del autor al "señor Félix Ceballos, cuya carta me remite... [que] debe ser también descendiente de Taita Moreno" (carta de Medellín, mayo 7 de 1939) y el enlace entre Mariana, hija del Taita, y Joaquín Ceballos del cual nace Matildito (pág. 323) (ver *Estudio preliminar, Génesis y ecos autobiográficos*).

[2] El "baño de inocencia" recuerda al cuadro *Copas*, en que la evocación de la niñez produce el mismo efecto terapéutico (*O. C.*, II, pág. 612).

—¡Olé, salerillo! ¡Dichosos estos ojos pecadores, que ven el garbo y la riqueza de Dios!

—¡Los míos, Don Chepe, que lo ven más buen mozo y más morocho que siempre!

—¡Guasona! ¡Estás como un lucero! No vienes del monte: vienes de la propia Sevilla. ¡Cómo se te ve la gracia de la tierra de tu madre y de María Santísima!

—De tal palo, tal astilla.

—¿Ya vienes a quemar esta bodega?

—¡Ojalá, Don Chepe! Eso para usía que puede volverla a levantar de oro, toda entera.

—¡El monterilla de tu padre será el que la levante! Ése sí tiene oro con qué tapar la torre de la Giralda[1].

—Pero a usía hay que verlo en mano ajena. ¡No sea tan ingrato! Ya supe que todos están alentados en su casa.

—Gracias a Dios, Chatica. Y no he ido a darte la bienvenida porque tomé mucho del mataburro y apenas estoy pasando las fatigas de la irritación. Pero, en comiendo, allá estoy, para que me des la mediatarde y las arrobas que me trujiste.

—Mina y minera a su mandar, Don Chepe.

Aunque sea en semana, está hecha un pino de oro, con el traje blanco de puntilla, el mantelo y el peinetón de pontificar.

¡Qué sorpresa y qué encanto el de las cuatro antiguallas!

—¡Pues no ves, hijita de mi vida! —le ajonjea Doña Gregoria—. Nosotras, metidas en este sepulcro ¿qué íbamos a saber de tu venida? A Don Chepe no se le ocurrió decirnos una palabra. Por eso no te hemos enviado el cariñito.

—Ya me lo figuraba. Pero tenía muchas ganas de verlas, y, como el querer es sinvergüenza, vine primero a darles el traído.

Y sacando un trapo con oro, se lo entrega.

—¡Ah mujercita ésta! ¡Siempre acordándose de estas tristes viejas! ¡Que Su Divina Majestad te lo pague, con arrobas de oro y de gloria!

—Amén, Gregorita. Pero no crea que es mucha cosa: meros doce castellanos y medio, porque una librita que separé, para traerles a todos su embustico, tuve que partirla en ocho partes.

—¡Es mucho, mi hijita! Mandada fuiste por Santa Ana y mandado fue Don José María, que nos dejó una onza, porque hoy sí es el día en que esta

[1] La Giralda es la famosa torre de la Catedral de Sevilla.

viejita querida se ha lucido con nosotros (señalando el lienzo). ¡Siempre eres asina! Por una triste vela que te prendemos, los martes, nos mandas un buen retorno, cuando menos lo esperamos. ¡Dichosa la gente rica que escoges para socorrer a los pobres!

Se arrodilla en la tarima. Doña Bárbara, la Niña y Don Pablo la imitan.

—Una salve a mi Señora Santa Ana, abogada de los pobres, en agradecimiento del socorro que nos envió y para que Barbarita Caballero, que lo trujo, saque harto oro en su mina y consiga la gloria eterna, con sus caridades. Dios te salve Reina y Madre...

Su voz cascada se amolda declamatoria al sonsonete de ese fervor suyo, tan hondo como aparatoso.

—No es agora tan solamente que pedimos por tu intención. Ya sabes, mi hijita, que siempre te encomiendo en mis pobres oraciones (torna al amasijo). Imposible olvidarte si te llevamos en el corazón.

—¡Lo sé! ¡Dios se lo pague! ¿Y qué piensan comprar, Gregorita, con ese oral que les mandó Santa Ana?

—Dos hábitos, mi hija: uno para mí y otro para Servanda. Yo no dejo enterrar a esa pobre negra, sin su buen hábito. Ella ha padecido mucho en este mundo y hay que ver cómo le mermamos la candela del purgatorio. Como somos las más viejas, nos debemos morir primero. Los que queden que lo brujulén, como Dios les ayude. Asina lo hemos determinado, de acuerdo, entre los cuatro blancos.

—¿Y cómo va el balance? ¡Por lo que veo venden mucho!

—¡Cállate la boca, hijita! Si los de esta casa nos volviéramos dulces y cosas de horno, los mismos que se vendieran, con este rigor de cargueros y terciadores que pasan por este sitio. Pero ¿qué nos ganamos con esta laya de precios que tienen agora los bastimentos? ¡Con esas minas de Remedios no hay que hacer! A estos indinos vivanderos, que pasan por allá, hay que plañiles, para que no vendan más caro que en el propio Remedios. Pregúntaselo a Pablo. Y que me le dé conversa, mientras voy a ver cómo va el horno.

—Sí, Barbarita —interviene el viejo— yo que les compro, sé lo usureros que son estos arribeños. Y lo peor es que hay que comprarles, porque, con la minería de aquí, no alcanza lo que se labra en el distrito ni para los yolomberos. Aquí no les gusta labrar la tierra[1]. Y eso que da gusto sembrar y

[1] Se subraya este rasgo interesante de la economía de la región que menosprecia el cultivo de la tierra, prefiriendo la minería, la caza y la pesca. Dentro de tal contexto, conviene recordar el concepto de Manuel Uribe Angel de que "el suelo de Yolombó es fértil, generalmente hablando. Se producen en él caña de azúcar, maíz, plátano, café, cacao, sagú, yuca, etc., etc." (*Op. cit.*, pág. 147), aunque hay que reconocer que "en todo el estado de Antioquia, la agricultura se halla en lamentable atraso" (*Op. cit.*, pág. 228).

deja mucho, a pesar de la plaga. Por allá arriba sí hay mucho labrador blanco, que tienen mucho indio a la pata. Pero le temen mucho a estas tierras tan bravas y con tanta culebra y tanto animal venenoso. Por eso no tenemos ni riesgo de comida barata en estos montes. Pero a Barbarita Caballero sí no le entra ni La Madremonte del San Bartolomé, que es la envenenadora más terrible; ni le entra ninguna plaga. Ahí la veo más fresca y más alentada que una muchacha de tierra fría.

—No lo crea, Don Pablitos: me han dado fiebres y hasta muy duras y obstinadas. Pero ¿qué va a ser uno? Ya le habrá oído el verso a Don Timoteo:

Las minas sin culebras
Ni calenturas,
En vez de oros y platas,
Dan amarguras.

—Asina lo creen los españoles, y cuasi todos los blancos de aquí. Vea, mi Barbarita: por todas esas tierras frías y sanas, como San Nicolás de Rionegro y San Vicente, La Concepción y Santo Domingo, donde no hay ni moscos, están las vetas y las minas de oro corrido que no caben. Pero todas las arañan con poquita gente, mientras que a estos lados y a los del Nordeste, tan plagosos y tan enfermos, les meten toíta la negrería del África. Tan solamente en Santa Rosa de Osos[1], que es cuasi una paramera, meten pionadas grandes. Esas minas sí no dan amarguras.

—Asina es, Don Pablitos y... con su permiso que voy a zamparme hasta la cocina, aunque Liborita no me deje. Es que ya me voy, y tengo que hablar con ella una cosa muy urgente.

—¡No, no, mi Barbarita! —salta Felisinda, asiéndola por el mantelo y llevándola a un rincón—. No se vaya a meter a esa cocina. Está Servanda barriendo el horno, y le vuelve un humero ese camisón tan lindo. Hasta se le queman esos zapatos, tan preciosos, como está ese suelo de brasas. Cuélese aquí al aposento de nosotras. Ya yo acabé de amasar y me pego de las pailas, para que pueda venir tía Liboria. Más bien descansa la pobre, que está en ese brete de los dulces, desde que dieron el avemaría.

—¡Eso sí, porque la Niña quiere que todos descansen menos ella!

—¿No ve que como soy la muchachita?...

A poco entra Doña Liboria y las dos en conferencia, la cual se interrumpe con las once. ¡Oh! ¡El chocolate de las Layos! Yolombó entero se descubre con sólo nombrarlo. Lo muelen los ángeles con canela de la gloria, bajan a

[1] Santa Rosa de Osos es la cuna de Porfirio Barba Jacob, la "fiera" (según el concepto de Carrasquilla), quien hizo bien en "ponerse nombre de brujo judaico" (ver carta a León Zafir, fechada en Medellín, junio de 1939, *O. C.*, II, págs. 812-813).

hervirlo y a batirlo y ponen en su espuma todos los tornasoles del iris. Su aroma se difunde: es el incienso al Dios Paladar[1].

A Barbarita, por ser quien es, se lo han escanciado en el cubilete de plata, que, con el jarro, en que le han servido el agua, y los santos y los retratos, constituyen la herencia de las Layos. No es lo solo: también les han legado sus padres ese sello especial de la gente bien nacida, que no lo borra ni la miseria más extrema.

Mucho habla de abolengo aquella pulcritud y aquel esmero, en aquel mobiliario, tan viejo y tan modesto; algo, los tres óvalos de Vírgenes, de talla y alto relieve policromado que campean en las cabeceras de las camas; algo, los retratos de los padres, el San Antonio, de bulto, en su urna diminuta; el crucifijo, de prolija cruz, en su ménsula tallada. ¡Cuánto dieran los coleccionistas de vejeces por esos marcos de los lienzos, que decoran la sala; cuánto, por aquellos trastos de pedernal, dorados, con zonas azules y rojas y flores de realce, en todos los colores! ¡Cómo fueran las pujas por la bandeja, con fondo de marquesitas sonrosadas y bordes de arabescos, que adorna el tinajero de esquina!

Mucho deben querer las Layos todas esas cosas para haberlas trasladado desde la ciudad de Juan de Cabrera hasta este Yolombó tan remoto.

Tomado el chocolate, dice la obsequiada:

—Ustedes no serán ricos, pero trabajan muy sabroso y viven muy sabroso y comen muy sabroso.

—¡Vean ésta con las que sale! —replica Liborita—. ¿Habíamos de trabajar furiosas y vivir como perros y gatos? ¡Y la comida! Si un bocado que uno se echa, no le sabe ni lo come, se muere de hambre. Las sabrosuras tuyas son la necesidad.

Y aquí se lanza Don Pablo a probar esta tesis de la necesidad. Al despedirse, declara Doña Bárbara:

—Aviso a todos que me llevo a Liborita desde esta tarde, hasta que a mí me parezca. Sólo la dejo venir a dormir, a la hora de la queda. Pero a las seis de la mañana debe volver a casa. Ella escogerá allá la negra que más le cuadre, para que les ayude en la cocina. ¡Conque ya saben!

Apenas sale, busca a Marcos, el alicantino, sabio autor de aquel cartel que le pusieron al difunto Don Chepe. A las tres le entrega cuatro abecedarios, muy gordos y claros, en el revés de naipes: dos de minúsculas y dos de mayúsculas, en tipo de molde y en tipo de manuscrito.

Aquí principia aquella brujería[2]. Es tal la consagración de discípula y

[1] Descripción tan memorable como apetecible del chocolate, preparado por manos expertas.

[2] Dentro del ambiente de superstición, la educación que brinda "la maestra Barbarita" tiene lógicos ingredientes de brujería (ver nota 1 de pág. 118).

maestra, que, pasados cuatro días, se persuade Don Pedro que aquello va de veras, que no tiene ataje; e interviene en el asunto e interviene Rosalita e intervienen el platero y el cura.

¡Valiérale Dios a Doña Bárbara! A medida que sospecha lo que eso puede ser, se va desvaneciendo en uno como ensueño de pasmo. Los números se le hacían ya una simpleza. El que había inventado estas otras cosas no era un Ayudado solamente: tenía que haber sido el diablo en persona. Sólo él era capaz de tanta magia y de tantísima sutileza. ¿Ser unos garabatos, ahí pintados como un cristiano que cantara, que conversara y que echara sermón? ¡Eso no lo había inventado la gente! A ella no le metían ésa tan gorda. Que levantaran cosas más creíbles; pero ésa, no. ¿Y cómo harían las gentes para meterle el diente a ese enredo? Aprender a leer era más difícil que montar una mina. Esas letras embrujadas, que se llamaban de un modo, ellas solas, y que, cuando se iban a juntar con otras, no se decía más que media, en una y casi nada en otras; ésas, que eran una cosa hacia arriba y otra cosa hacia abajo; eso era horrible de trabajoso. Tan solamente eran fáciles de leer ésas que se decían conforme se llamaban.

Tiene entendido que con la lectura se puede saber de todo; que es una cosa muy grande; pero no ha oído leer más que las bulas, las amonestaciones, algún bando real y trozos de los evangelios misales; y siempre se le había figurado que lo escrito era algo así como señales o figurillas que el lector iba descifrando, componiendo y diciendo a su manera. Así es que tomaba por dificultad de expresión los titubeos y trabucamientos del señor cura; mas, cuando se va persuadiendo de que el lector no tiene que poner de su parte, más que voz y ojos, se enajena de entusiasmo.

Liborita ha tomado, como muestra de lectura, señalando, con un puntero, renglón por renglón, letra por letra, la *Vida de Santo Tomás de Villanueva*[1], de Quevedo, por ser el mamotreto de letra muy gorda. Pero ni ella ni el señor cura ni Don Pedro leen cosa para oírse y admirarse. Pero he aquí que Marcos, que tiene alguna práctica, buena voz, mejor oído, y la propiedad natural del que entiende y siente lo que lee, da audiciones en aquel ateneo. Revolviendo entre los pocos libros del difunto Don Marcelo, que conservan sus hijas, da con un tomo de versos, lo lleva allá y lee las canciones pastorales de Gil Polo. ¡Qué fascinación! ¡Ni cantos ni sermones ni cuartetas eran nada! ¡Como lectura no había! ¡Ah Marcos este para bien cuadrado! Hasta buen mozo se le hace y eso que es medio bizcorneto y un tanto maletón. Por fortuna que es casado, que si no, la discípula lo pretende. ¿Y ese Gil Polo, que había compuesto esa jácara del Licio y la Galatea, tan larga y tan preciosa, con esas cuartetas, tan bien casadas? Tenía que ser un Ayudado de los primeros. Hasta por el nombre se le notaba: era nombre de brujo, enteramente. De España tenía que ser el hombre. Que Dios se lo

[1] *Vida de Santo Tomás de Villanueva,* obra ascética de Francisco de Quevedo (1580-1645).

conservara a su Majestad, por muchos años, para recreo suyo y de sus súbditos.

Todos sus devaneos y obsesiones[1] resultan terriblemente contagiosos. El mujerío joven y parte del hombrerío menudo es atacado de la epidemia. No queda baraja que no hurten los poseídos. Se escribe en el suelo, en la pared y en las puertas, con chuzo o con carbón; se escribe en tablas y en mesas, cubiertas con arena; se escribe en guascas de plátano, en hojas de chagualón y en pencas de cabuya. Marcos hace agostos con los abecedarios de baraja, porque no tiene competidor y cobra una peseta por cada uno. Reúnense, por grupos, para formar en el suelo, con los naipes letrados, los nombres de los reunidos. Letras que hayan de repetirse las presta quien las tenga. ¡Qué disputas y qué agarrones! Es una novedad deliciosa, una ociosidad, un deporte. A los portales, en ángulo, de la casa de Don Pedro, acuden casi todos en busca de Barbarita. Ella es el centro y el alma de aquella boga, tan extraña como emuladora, en que compiten hombres y mujeres, pequeñines y grandulazos.

"Si quieres aprender, enseña" es sentencia que la pone en práctica, sin conocerla. Es ella la maestra, por ley de iniciativa y de capacidad. La palabra "escuela" es término exótico en Yolombó, que sólo conocen los eruditos españoles. Ningún raizal puede emplearla, ahí, como término común, porque no se conoce la cosa que el término significa. Sí: escuela y muy escuela. ¡Hay escuela en Yolombó: la escuela de la maestra Barbarita Caballero! ¡Habráse visto! Y Barbarita se embriaga con el título y se identifica con sus discípulos. Hay más mujeres que hombres. Por esta promiscuación resultan gruñidos y escándalos; pero las mujeres las hizo Dios para porfiadas. Don Pedro, que al fin y al cabo le da razón, en todo, a esa hija de tanto vuelo, juicio y fortuna, llama a los curas y les dice:

—Los llamo, compadritos, para encarecerles que no vayan a echar prédica y a gruñir, por ahí, contra la escuela de Bárbara.

—¿Yo acaso lo he pensado? —dice Lugo.

—Me alegro que nos avise —dice Romerales— porque ya estaba medio orejón. Barbarita sola, ¡vaya en gracia! Ya usía ha visto que yo le he seguido la idea. Pero escuela, del tiro, asina para tantos, tal vez no le agrada a su Majestad.

—No hemos comprendido bien sus deseos ni sus intenciones. Ya lo veo claro. Su Majestad no quiere sabios aquí; pero tanta ignorancia, tampoco. Ya voy viendo que las mujeres, para poder cumplir sus deberes religiosos, deben saber alguito, y, sobre todo, hay que decir como el compadre Timoteo:

[1] La educación viene convirtiéndose en una de las magníficas obsesiones de Doña Bárbara, "centro y alma de Yolombó", la cual contagia a su ambiente, de acuerdo con el lema de sabor casi faustiano: "¡Dios mío, qué hermoso era el saber!" (pág. 129).

"Mandemos como queramos que Dios lo perdona todo y el Rey no sabe nada".

Vase al Secretario Escribano y le saca "muestras de renglón". Marcos le hace competencia con otras mejores. Todo pasajero es atisbado, y, si tiene aire de sabido, se le pide eche renglón o clase de lectura. Algunos la dan, el lector señalando con el puntero, los aprendices atrás y boquiabiertos. Varios huéspedes han leído bien; pero ninguno ha superado a Marcos. Las bulas de la Santa Cruzada sirven de cartilla. Por fortuna que en toda casa las conservan.

La maestra ha tomado el asunto tan a pechos que, durante diez meses, sólo ha ido a la mina cada miércoles, para regresar cada sábado.

La ayuda obra día por día, con mayor eficacia y a dos carrillos: en el pueblo la sabiduría, en la mina los orales. Se hace a tinta y a papel; se hace a gansos y a cortaplumas y los taja que es un primor.

Al cabo de estos diez meses, la maestra y varias de sus colegas saben medio leer y medio escribir. A ciertas horas se ve a Doña Bárbara en su bufete, moja que moja la pluma alba, mueca va, ladeo viene, ante las muestras nuevas.

A ciertas horas se encierra y se agarra de Quevedo, que, como sabemos, es un mamotreto de tipo gordo y francote, forrado en pergamino. Señala que señala, tartamudeo ahora, ahora pujido, cuándo desempate, cuándo trastrueque, pasando y repasando, palabra por palabra, no cesa hasta que saca en limpio y patente, a fuerza de entenderlo, el trozo que se propone. Los que le ha leído Marcos casi los repite como él; pero ella misma teme que sea cosa de memoria y no de conciencia, por lo cual se lanza en pasajes desconocidos. Página puesta en claro es rectificada. Así va sacando la *Vida de San Pablo Apóstol*[1] ¡Dios mío, qué hermoso era el saber! Su Majestad no podía desearle la ignorancia ni aun a esos judíos que habían crucificado a Nuestro Señor. Persuadida estaba de ello. Estos españoles, que mandaban aquí, por su Majestad, se engañaban todos ellos, con toda su nobleza, la Merced de su padre inclusive.

Estudiando y estudiando se le ocurre de pronto que "ese montón de bobadas", que no eran letras y que siempre se ponían encima de ella o entre las palabras, no las ponían por ociosidad. Alguna cosa contendría todo eso. Interroga a Marcos, y él, que es lector empírico, muy poca cosa le aclara. Vase a Don Pedro, y… tampoco. Busca al Padre Romerales y éste sí se lo explica y se lo enseña todo. ¡Qué sacerdote tan sabio! ¿Sería algún Ayudado? Lo que más le encanta son el punto final, los admirativos e interrogantes. ¡Qué luz! Ya sabía cuándo se acababa de decir alguna cosa, para continuar con otra; ya sabía dónde y cómo era esa zamalería, tan bonita, que Marcos ponía por momentos; ya sabía dónde y de qué modo se hacía esa cosita allá, como

[1] *Vida de San Pablo Apóstol,* obra ascética de Quevedo (ver nota 1 de pág. 127).

cuando se juega "Comadre la rana". Ahora sí: ¡ya sabía coger la tonada! Torna a repasar cuanto ha leído, con toda la música y la encerrona del caso. ¡Aquí de su oído y de su voz! Lee, en una muy alta y muy segura; y, como entiende lo leído, aprende a graduarla y a adaptarla al pasaje; y, como sabe cantar, sabe escucharse. Hace la prueba final y… ¡qué encanto! Llega a la dicha casi divina de admirarse a sí misma. Marcos, a su lado, es una matraca. Busca a Gil Polo… y ¡aquí de su ayuda! Pues, si eso eran canciones, ella se comprometía a cantar hablando. Y modula y ondea y hace cadencias. Ya no es admiración lo que se tiene: es que se priva consigo misma. Lástima que no pudiera ponerle un poquito de manoteo, como cuando se echa el verso del fandanguillo o se canta accionado.

Inventándose una postura de mucho señorío y majestad, debuta con Gil Polo, a la noche siguiente, en la tertulia de su Cuña. Aquella gente se queda turulata. Don Vicente la palmea, por la nuca; Rosalita no vuelve del asombro; a Don Pedro se le saltan las lágrimas; el cura hace una mueca boba; y Doña Luz bosteza, nostálgica de baraja. Sino que Taita Moreno salta, elástico, y tirándole la capa, palmotea y grita:

—¡Olé, Chatica, viva esa gracia y ese talento que mi Dios te dio! —Y la abraza y abrazada la levanta del asiento, da con ella una vuelta y la vuelve a sentar, muy garbosote.

—Mira, Chata: vas a dejar esa mina y nos vamos a recorrer el mundo: tú de comediante y cantaora y yo de director.

—A su mandar, Don Chepe.

—Sí, señor: yo te conocí la mordida y la zalamería, desde que eras una churumbela. Por eso te enseñé la tonadilla de "La Negra Caliente", con que le quitamos las arrugas a este curita de campanario. Y ya ves: ya le gusta echar a rumbar los dados de mi Dios.

—Ni modo de negarlo, Barbarita: ¿Qué va a hacer el pobre de uno con estos blancos tan contentos?

—Pero encomencemos ya, que está muy tarde. Arrimá la mesa, Vicente.

—¡Eso sí, porque se revienta mi señora María Baraja!

Antes de partir para la mina, por larga temporada, reúne, previo pacto con el cura y con Marcos, a sus compañeras de aprendizaje, más granadas, y les encarece, con toda la elocuencia del caso, no dejen caer la escuela, bajo ningún pretexto, vengan muchos o pocos escolares. Compromete a cuatro, de las más principales, a que la dirijan, por turno semanal. Compromete a Don Pedro a que les deje, a más de los portales, un cuarto de la casa contigua, que es suya; a que apoye, con su autoridad, el plantel; y a que exhorte a los padres de familia a enviar la chiquillería. Deja razón a sus sobrinas Morenos[1] de que

[1] Esta vez Carrasquilla no se equivoca, aludiendo a las Moreno como "sobrinas" (ver las alusiones erróneas al parentesco, notas 1 de pág. 90 y 1 de pág. 105).

se aprovechen de su ausencia para estudiar; y que dejen de tenerle tirria[1], porque ella las quería mucho. Tal se hace, y, una vez ausente, les escribe para darles instrucciones, cual el Apóstol a sus nacientes iglesias. Cada asomada que da al pueblo la pasa casi toda en esa su fundación, tan querida.

De ahí el que no faltase en el lugar, de ahí adelante, algún simulacro de escuela. Todas las yolomberas, de esa generación, que juntaban las letras y firmaban, se lo debieron a Barbarita.

¡Ayudada tenía que ser! Ocurrírsele a una joven, de aquella época y en aquel medio, tan extrañas y progresistas invenciones, es caso muy personal y peregrino. El solo hecho de aprender a leer y escribir, de aquel modo y en las colonias españolas de entonces, implica fuerza de entendimiento y voluntad, facultades especialísimas para iniciar y más aún para arbitrar; que esa ignorancia en que vivían los súbditos del Rey, en estas sus Batuecas de América[2], no era tanto por sistema colonial, cuanto por la época, la distancia, la imposibilidad.

¡Leer y escribir! Hoy lo enseñan en un periquete a cualquier chicuelo, cualquier maestrilla rural, sin que él mismo sepa cuándo ni cómo.

Sesenta años atrás, cuando ya había maestros oficiales, con todos los textos y útiles de primera enseñanza, era ese aprendizaje, en estos pueblos montañeros, labor ardua y engorrosa de varios años. Sé de alguno, ni muy desaplicado ni muy estúpido, que siendo escolar asiduo, desde los cinco años, llegó a los doce sin saber leer y firmándose como quien copia un dibujo. Natural. Aquí no se había oído ni la palabra pedagogía. A la Administración Pérez y al progresista Berrío les debe Antioquia las primeras normales[3].

Harto merece, entonces, esta maestra yolombera del siglo XVIII una loa pindárica[4] de mucho fuego y arrebato; pero este cálamo tan montuno no es para tan alto empeño.

[1] *tirria* (fam.): odio, mala voluntad (DRA).

[2] *Las Batuecas:* región aislada de la provincia de Salamanca, renombrada por la simpleza de sus habitantes.

[3] Ver el ensayo *Sobre Berrío* en que Carrasquilla rinde un gran homenaje a Pedro Justo Berrío (1827-1875): "Desde que el Verbo Eterno bajó al mundo, existen y existirán los Caballeros de Cristo. Pedro Justo Berrío es uno de ellos" (*O. C.*, I, pág. 735).

[4] La alabanza de Carrasquilla es menos lírica que la del célebre poeta griego.

IX

Esta vez no torna escotera a sus aluviones: lleva libros, papelería y útiles de escribir, con todo y gansos.

Ante aquella mesa, patas de banco, aserruchada por Guadalupe, tendida de percalón a floripones, con el tinterón de cuerno y el arenillo de "milpesos", está, pluma en mano, como Teresa de Jesús[1]. Hasta el pañuelo se lo ha amarrado a guisa de bonete. Mira el retablillo de su santa, mira el suelo y el arcón, empotrado en el tabique y en que guarda el oro; mira las tres escopetas y los polvorines, colgados en sus clavos. Mas no es por buscar inspiración en estas cosas ambientes; las mira sin darse cuenta de ello. Va a copiar una de las muestras del alicantino, con textos suministrados por el Padre Romerales. Lee la que ha escogido; y el pensamiento se le va muy lejos: "El temor de Dios es el principio de la sabiduría". ¿Temor? ¿Y por qué? Ella no sentía eso ni lo entendía: amor bastante, confianza mucha; pero temor... Ella no podía tenerle miedo a Dios. ¡Cómo! No copiaba eso: escribir una cosa era tal vez contraer un compromiso y ella no podía cumplir éste. Pues a otra muestra. Ésta sí: "Da mucho, si tienes mucho; poco, si tienes poco, porque la limosna rescata los pecados". Todo su corazón quisiera poner en este escrito. Por esto le está quedando tan parejo y tan claro. Copia y copia hasta escribirlo sin muestra. Así sigue con otros.

Es tanto su amor a la ciencia que ha logrado que Pedrito (a) Sarangoche[2] deponga su apatía e indolencia y entre en estudios con ella. Vieira, padre de varios hijos, también se antoja de perfeccionar su saber. Cátame a la mina hecha una escuela. A la luz de un candil de fierro que cuelga de una viga, por

[1] Santa Teresa de Jesús (1515-1582), escritora mística española, renombrada por su asombrosa actividad, siempre fiel al lema de su vida "A Dios rogando y con el mazo dando".

[2] Error del autor: Sarangoche se llama Ventura; el Bronco se llama Pedrito (ver pág. 90).

su largo cabo de garabato, leen y escriben, después del rosario, hasta la cena. Llega día en que, interesados en lecturas, esperen la noche con impaciencia. Leen los Evangelios y emprenden el *Quijote*. Claro que la maestra es la lectora; pero los dos estudiantes meten, de cuando en vez, su cuarto a espadas, dirigiendo ella, detrás del lector, todo aquel ejercicio. Otras noches les declama los versos que ha ido aprendiendo; y, si los blancos se deleitan, Sacramento y Guadalupe se privan. "Asina tenía que ser. Tanté en esa capacidá de Amita, ayudada por ese Familiar", que, con todo y envoltorio, no alcanza a ser del grandor de medio dedo meñique.

Los domingos, mientras los patrones se andan en sus cacerías, reúne, en su bodega o en la de Don Pedro, las dos cuadrillas. Les da gran comilona, y, con toda esa fuerza mental que va adquiriendo, les enseña la doctrina, que ni el cura más entendido. Aquello le alegra el corazón, porque los negros, más que esclavos, son para ella compañeros y camaradas a quienes sirve y complace.

Cuando está ahí el Bronco, la cosa se complica. Éste, que no es tan poquita cosa como su hermano, saca todo su saber, entre alardes, risotadas y chirigotas. Ya verían que a todos cuatro los iba a sacar de ese hueco para llevarlos a España, para enseñar al Rey y a la Reina y los Reicitos.

Ni la gravedad de la ciencia ni las delicias del arte ni los aparejos doctrinales ni las fiebres son poderosos a distraerla de sus obligaciones como empresaria, máxime cuando "la ayuda" resulta día por día, mes por mes, año por año, más eficaz y manifiesta. Semana por semana lleva o manda a Yolombó cada trapado que Don Pedro y los liquidadores del quinto real se van para atrás. Ha hecho fabricar caja aparte, para guardar los caudales de esa hija venturosa. Es uno como arcón, forrado por dentro con planchas de hierro, cuatro llaves, cuatro candados y la mar de refuerzos.

Doña Bárbara no atesora del todo ni se atiene al negocio minero, únicamente; compra esclavos, compra una casa, principiada por el alcabalero; y la termina con todas las comodidades y elegancias del caso, y la habita cuando viene al pueblo; compra a Taita Moreno la manga donde mataron a la bruja; hace allí casa y planta huerto y corral.

Ha titulado un terreno por donde pasa la trocha de la mina; y, con negros tumbamontes e indios alquilados, ha hecho abrir un pedazo bastante extenso y tumbar otros para rozas. Hace construir casa y siembra en torno de ella cuanto esa tierra da; descepa el llano que le queda al frente, y, aprovechando aquellos pastos naturales, pone hato y a Feliciano y a su familia por mayordomos administradores. Estos negros los ha comprado en El Cañón, como expertos en ganados y labranzas. Su generosidad, su justicia y las colas en que los lleva, han hecho de ellos unos señores mayordomos y de esa abertura una posesión productiva.

Ha resultado con más espíritu municipal que el mismo Ayuntamiento. Lo hace reunir, y, de acuerdo con los demás mineros de San Bartolomé,

recaba la compostura y el sostenimiento de la trocha que allá conduce, con la ayuda de los interesados. No muy tarde, entre esclavos e indios penados, hace de estas estrechuras selváticas algo transitable, hasta para caballerías. Y Don Pedro, que legal y mentalmente es el Cabildo, no deja, de ahí adelante, cegar la vía.

Desafiando serpientes y tarántulas, jaguares y leopardos, así como otros animales enemigos de los útiles, principiaron a usarse entonces los de carga y silla, por estas hondonadas del San Bartolomé; y a abrir pradillos, donde puedan gozar de esa hierba que ahí siembra Dios, para que vivan sus criaturas, servidoras del hombre.

Doña Bárbara encarga, entonces, a España los arreos hípicos; a San Juan de la Tasajera el corcel de honor, y se da a los alardes amazónicos. Toda esa gallardía es tan sólo para entrar al pueblo, salir de él y andarse por ahí, peón de estribo al pie, uno que otro trecho. La silleta, a espalda de indio o negro, tan poco decorativa como mareadora, la ha sustituido por una litera, entre confesionario y andas, que conducen dos gañanes, muy bajo y nivelada, merced a dos cargadores pendientes de un cinto, a estilo de cíngulo.

En cuanto a elegancias y embelecos, nada ha olvidado. Los canarios del comercio, que ven en ella el cliente por excelencia, la estimulan para los pedidos, que hace año por año. De España le han venido guitarra y panderetas, dos cornucopias, crucifijo y tablas de santos, damascos, alfombras y holandas, joyas y todas las galas y arrequives de gran lujo y "última usanza". Ocupados mantiene a los plateros reales, en su vajilla, en candeleros, lámparas, vasos sagrados y demás objetos rituales, que regala a las iglesias.

A parientes y amigos les trae siempre las pruebas y para cada necesidad tiene algún socorro.

En su negrería hay de todos los oficios; y a los cantores o tañedores de cualquier instrumentillo, los adiestra ella misma, para alegría propia y ajena.

La fortuna, que no deja en paz la cabeza de quien ha favorecido, mal podría dejar de inflarle, esa suya, tan juvenil, tan de mujer y tan sin lastre. La egolatría, ese embrujo a que todos nos entregamos, a cualquier triquitraque que tengamos por triunfo, la va invadiendo con sus ardides y sutileza. Pronto el dios Yo, esa divinidad para la cual no hay ateos ni tan siquiera blasfemos, levanta en las honduras de su corazón un templo olímpico de sublimidades y excelencias. Aquello es el humo perpetuo de los sacrificios y el perfume de las adoraciones.

Pero cátame que este autoculto de Barbarita[1] le conviene al prójimo, por amarse, estimarse y adorarse más: es caritativa, dadivosa, afable y cortés con todo el mundo.

[1] El autor acentúa el "autoculto" de Bárbara, la neurosis de grandeza que produce efectos negativos en personajes tales como Agustín Alzate (*Frutos de mi tierra*), Juana de Samudio (*Grandeza*) y Ceferino Guadalete (*Superhombre*), pero que, en el caso de Bárbara, se manifiesta en actos de generosidad.

Claro que personaje tan encumbrado es el campanario de la aldea, a donde convergen todas las miradas. Por delante le pagan el tributo con el cobre sucio de las adulaciones; por detrás, salvo las Layos y Don Chepe, todos le muerden los zancajos, porque a los pequeños no nos queda más recurso que bajar a los altos, al nivel común o más abajo, para no sentirnos tan menguados. Los que más amigos se le muestran, los que más la frecuentan y reciben sus favores, son los que mejor le hincan el colmillo; lo cual es muy razonable, porque hablar mal de los enemigos o de los malvados ¿qué gracia tiene? La tiene denigrar a los amigos que nos sirven y escupir a lo limpio.

Ella sabe cómo le cortan sayos y capirotes; y aunque a ratos la engrifan y mosquean ciertas picaduras de pulgas cocineras, se calla su boca, por no mostrarles que les hace caso. Jamás murmura contra nadie, no sólo por no rebajarse ante sí misma, sino, también y más todavía, porque no le alcanza el tiempo para pensar en pequeñeces ajenas, viviendo tan ocupada en las grandezas propias.

Su mayor enemiga es la Cayubra[1], nada menos que su sobrina, la primogénita de Doña Luz. Se había casado, apenas fue libre y contra la oposición de sus padres, con Cancio Zamarreta, un señoritingo de los lados de Oriente, muy fanfarria y embusterote, de quien se dejó deslumbrar. Cuando se persuadió de que se había botado tristemente con un cinchado, que no servía ni para hacerle un presente al diablo y que estaba en la inopia, se le pudrieron los huesos con el veneno de los fracasados.

A la primera a quien le dedicó su encono fue a Doña Bárbara. El viejo indecente de Taita Caballero les había quitado a los otros hijos casi todo el patrimonio, para entregárselo a esa ladrona tolerada. Todas esas arrobas de oro eran un robo a sus hermanos; y, como Doña Bárbara la socorría y la ayudaba, en todo y por todo, veía en ello una como restitución irrisoria que la irritaba más y más contra esa facinerosa.

Por odio a la tía y en su empeño por no sentirse muy abajo, con ese Zamarreta, tan inferior a ella, autorizaba insultos a su propia sangre y en su propia cara.

Vecinos suyos y muy sus compinches, por ser de la misma calaña de su marido, eran Rosendo Querubín (a) el Ñurido[2] y su mujer Naciancena Aldana, ambos rionegreros; él caratoso, guaquero[3] de profesión y poco afortunado; ella, trabajadora infatigable. Hechura de sus manos eran los comestibles que vendía en un tenducho, alzado en un ángulo de la sala, frente a la entrada. Mientras lo asistía farfullaba monteras y ropa de cargazón. Ella,

[1] Cayubra: forma metatetizada de cuyabra (coyabra), utensilio doméstico hecho de calabaza (UU) (ver cuyabra, pág. 435).

[2] *ñurido:* raquítico, enclenque (UU). No aparece en DRA.

[3] *guaquero:* buscador de tesoros en sepulcros indígenas (UU). No aparece en DRA.

que no el marido, conseguía la vida y había conseguido la casa. No tenían hijos sino un muchacho adoptado, un tal Castor Camilo, muy consentido y mal inclinado.

Desde su llegada se les vio el pujo por meterse entre la blanquería, pero la blanquería olió que tenían más de cincha que de enjalma, y no les dio lado, por más que ellos agotaron los medios. Para consolarse de la derrota les dio por zambear a las principales familias. Eso era su tópico favorito y una obsesión de vencidos.

—Vea una cosa, Antoninita —la consuela el Ñurido—. Nosotros nos conocemos mucho y no tenemos por qué andar con mentiras. No crea que Cancio es de peor familia que la suya. Vea: esto no es Rionegro, donde sí habemos muchos blancos, por los cuatro costaos: aquí, el que no tiene de cinga, tiene de mandinga. Eso lo sé yo muy bien sabido. Mi tío, el Padre Benito Lerzundi, lleva un apunte de toítas las familias nobles de todos estos cantones, y cuasi no figuran las de aquí. ¡Ya l'oye, Antoninita! Agora que fui a Rionegro me trató el punto. Él sabe todas las trampas que hay en eso. Cuasi todos los pergaminos, que nos estregan aquí en el hocico, son falsificaos. Los levantan en Cartagena, unos escribanos, que viven d'eso. Vea: los Castellanos, que son los más orgullosos y altaneros, son presidarios fugitivos, que se escaparon de unas galeras que tiene el Rey en el África. No son nacidos en España sino unos zambos de Santa Cruz de Tenerife, que queda también por el África. Los González y los Montoyas, ya los ve: son unos zambos de Cuba, que compraron el Don en Santa Marta. Los Caballeros tampoco son nobles, y usté me dispensa, Antoninita; pero asina es. Fueron muchos y se han regao. Sí nacieron en España; pero son de sangre gitana y aquí se han mezclao con negros. El Rey puso de Alcalde Mayor a Don Pedro, por ser muy buena persona, pero no por noble. Doña Rosalía dizque sí es de buena sangre; pero es una cortijera de un campo. A los Layos y a Don Chepe sí los tiene apuntaos. ¡Pero ya ve qué laya de blancos! El uno, con toda su plata y todo su rumbo, es la perdición del pueblo, y usté me dispensa. Y el otro... ¡Pis! ¡Pobre Don Pablitos! ¡Y el tal Sebastián!

—A los Caballeros se les ve el zambo a leguas —afirma Naciancena—. ¡Vea que a su tía Bárbara, Antoninita!

—¡No me mienten esa ralea!

—No es por mentársela —repone el Ñurido— es pa'que vea que el apelativo de sus hijos no es lo que aquí se figuran.

—¿Quién se lo figura? Se lo figurará ese viejo, que a usted le parece tan bueno, y esa ladrona. ¡Ave María! Más bien quisiera ser güevo cambiao, que tener sangre de esa canalla tan aborrecible.

—Francamente, vecinita: la Bárbara sí es lo más repunante.

Esta parla, más o menos, se repite a cada entrevista.

Tales son los enemigos más descubiertos de Doña Bárbara.

A los recaudadores reales les han entrado deseos de conocer esos Pactolos[1] que tanto dejan a su Majestad; y no por temer ningún fraude, en gentes tan honorables como fieles a su Señor. Don Vicente consigue bestias y cargueros; y allá se los lleva, con su hijo Martín[2]. La minera echa la casa por la ventana, en aquella recepción; y les da a los dos agentes sus buenas pruebas.

[1] Las arenas auríferas del río Pactolo le producían sus riquezas proverbiales al Rey Creso de Lidia.

[2] La intervención de Martín, el bisabuelo del autor por el lado materno (ver la carta de Medellín, mayo 7 de 1939 y la *Tabla genealógica, Génesis y ecos autobiográficos*), completa el desfile de los personajes de primer plano de la novela, con excepción de Fernando de Orellana.

X

Han salido de la trocha y llegan a La Abertura. El tambo y su cultivo resaltan a la vista como un consuelo.

Doña Bárbara ordena se suspenda la jornada y los agentes del real fisco se despiden, muy reconocidos. Les ha dicho que se demora ahí, hasta el día siguiente, por inspeccionar su finca. No hay tal: si sigue, llega de noche a Yolombó, y ella quiere entrar en pleno día, para que tantas envidiosas la contemplen entre su cuadrilla de esclavos, caballera en su alazán, sobre su sillón de terciopelo carmesí, chapado en plata, con el atavío amazónico que le ha venido de España y todo ello entre música y voladores. Buena era ella para no darles en qué morder a esa sobrina suya, tan menguada, y a esa gentalla alpargatona, de menor cuantía. Decían las muy indecentes que ella no era dama de media y zapato; que no sabía montar; que el oro que ella traía de su mina era más bambolla que realidad; y que ella, Doña Bárbara Caballero y Alzate, hija de padres venidos de la propia España y la mujer más sabia de Yolombó, era inferior a la recaudadora real y que no había topado con quién casarse. Ya verían todos esos piojos infelices qué laya de avispa les picaba en la jeta, sin picarlos.

Los cuatro negros, las dos negras, el sobrino Martín, el bridón ensillado, las dos bestias que traen vitualla, toldos y utensilios, forman una como cuadrilla en torno de la litera colgada, que cargan otros cuatro negros y donde se entroniza, entre almohadas y sobre los envoltorios del oro, la encumbradísima hijadalgo.

Tanto es el régimen y tantísima la industria en que mantiene su negrería, que, en llegando frente al tambo, párase el cuadro y a un mismo tiempo principia el aviso. Tañen dos el cuerno, otros dos las gaitas, redoblan dos los tamboriles, sacuden las hembras los calabacines con pepas, mientras los restantes prenden el yesquero y encienden las pajuelas, fósforos de la época, y disparan los cohetes.

¡Qué bien repercute en la selva tanto alboroto y tamaña tronamenta! No sólo se estremecen las fieras, se alborotan guaguas y conejos y vuelan espantadas las avecillas, sino que en las puertas del tambo asoman varias siluetas. De más arriba, por la pendiente de atrás, donde principia la roza, se desgajan otras tres, menos proceras, que ni pelotas por esa falda. Son Feliciano y Silvestra, sus dos hijos casados, con sus mujeres y tres negritos. Los mayores mermando, los menores apurando el paso, llegan los nueve a un mismo tiempo, y medio se hincan de rodillas. Calla el musiqueo y calla la pólvora. Como en recitado de escuela se oye:

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, Amita!

—Por siempre sea alabado y bendito —contesta ella, entre autoritaria y complacida.

—Buenas tardes la compaña —dicen los venidos.

—Buenas se las dé Dios —contestan los topados.

Sigue estruendosa la fanfarria, andando y andando, falda arriba, atraviesan aquella abertura, en donde sestean algunas reses, sobre la yerba que medra entre las cepas y los troncos medio podridos, que ahí atestiguan los siglos de aquellos árboles de que fueron parte. En el corredor frontero del tambo colocan la litera, como a santo que volviese de procesión. Doña Bárbara levanta el velo, asoma la cabeza y ordena:

—Descarguen y tolden, que aquí nos quedamos esta noche, para comer el chócolo y cenarnos la guagua, que traemos. Cada cual a lo que tenga que hacer, y, después... a divertirse hasta mañana.

La negrería se desvanece de la dicha. Así eran siempre las ocurrencias de esta ama, tan alegre, tan garbosota y tan considerada con sus negros. ¡Y ver, por ahí, otros amos!

No exageraban los vendidos africanos: ser esclavo de Doña Bárbara es una ganga: les da dos días libres por semana, buena alimentación, buen alojamiento, buena ropa y buenas medicinas. Cepo y látigo, nunca jamás; trato franco y cariñoso, siempre. A la primera falta, amonestación; a la segunda, medio ayuno; a la tercera, venta, así sea a menos precio. Con tal sistema mantiene sus treinta y siete siervos, disciplinados y adictos, así en la mina como en el pueblo. Y, como era más limpia que el agua y más galana que un jardín, viven los negros como palomos impolutos, y las negras como unas visiones de colorines, con aditamentos de vidrio, de cobre y hasta de oro, en ocasiones. Ama y siervo se regocijan a una con estos lavatorios y majezas. Doña Bárbara une a los dones de mando y de orden el de regocijo y alboroto, de un epicurismo[1] harto inocente. Ser bondadoso riendo no es mal vivir.

[1] Ver nota 1 de pág. 78.

En cuanto se siente fresca, sale de su nicho para su aposento —pues ahí lo tiene, lo mejor posible— en donde le han arreglado sus trebejos y la cama, con todo y toldillo. De ahí da las órdenes para el comistrajo; ahí ha tomado el chocolate, en su cubilete de plata; hecho las abluciones con aguas calientes; cambiado de traje; puesto el oro a buen recaudo. Sale al corredor y se recuesta en su silla; una silla de cuero de res sin depilar siquiera, sobre la que han tendido, por vía de preservativo, una colcha muy gruesa de macana, con labores a motas.

Viendo y viendo, se va como embriagando. No es para menos en campo tan agreste, en un clima tan enervante y en una observadora de aquella especie. Y luego que la tarde se inicia con unas serenidades, en que todo ruido se siente nítido, realzado y embellecido. Al torrente, que salta a un lado, por sus pedrejones medio escalonados, se le escucha su quejumbre. Una taifa de aves, de plumaje obscuro, pechugas de oro y picos hiperbólicos, ha dado en requerirse, con su canto casi articulado, allá en el rastrojo de la falda; y aquello es amarse, amarse hasta la muerte y "Dios te dé" por aquí y "Dios te dé" por acá, "Dios" por todas partes[1].

Doña Bárbara se levanta y va a un extremo del corredor, para abarcar mejor. Como la esperaban ese día, agua, escoba y azadón han hecho milagros: en el patio, ni una hoja; en las barbacoas de cebollas y de flores, ni una yerba; ni una telaraña en los totumos y aguacates; en la huerta, todo muy labrado y con la calavera ahuyentadora. Los matojos de tomillos mandan sus vahos; los mandan el apio y el culantrón de sabana y hasta un clavellino muy cargado, los manda, muy ufano, con su polen que riega el suelo como si fuese con los mismos oros de esos ríos salvajes. En aquel barracón de paja y barro, enlucido con barroblanco, brilla el aseo, lujo del pobre.

Doña Bárbara andorrea en redor de la casa, oteando aquí y allá, en un fantasear del más puro positivismo: famoso lote aquel para una posesión así pecuaria como agrícola. Aunque hubiese plaga, en esa tierra, no domada todavía, los pastos naturales vestían todo el desmonte y la fertilidad repuntaba por todas partes. No sólo de oro vivía el hombre. Si ella tuviese la seguridad de quedarse en Yolombó, habría de enseñarles a estos hombres inútiles y rutineros, lo que era trabajo y ganancia; había de sembrar leguas de caña, poner más de veinte trapiches, echar rozas y más rozas, criar miles de marranos, para abastecer a esas minas de Remedios y no dejar que esos arribeños patimorados se llevasen toda la plata de estos lados, con sus víveres rancios y sus porquerías. Pero ella... sabría Dios para qué la tenía destinada. Y aquí, por enfrentarse con un problema, que, de algún tiempo acá, se le viene presentando, trata de estudiar aquel terreno, que es uno como valle, medio inclinado, entre las lomas que circundan a Yolombó. Contempla a

[1] El canto "casi articulado" del "diostedé" recuerda el "yacabó", el ave fatídica que señala momentos nefastos en *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos.

lado y lado las cumbres perfiladas en el cielo radiante de la tarde, contempla las pendientes y hondonadas, contempla este detalle y aquella nube; mas todo en vano: el problema no admite dilatorias ni disimulos. En esta vez se le impone, imperativo, avasallante.

Doña Bárbara torna a la silla y torna a recostarse. Las cosas tan contradictorias de la vida; ella, la más noble, la más sabia, la más rica de Yolombó, la más garbosa y tonable, si no la más bella ¿estaría destinada a vivir allí, sola y lóbrega toda su vida, entre sus pobres negros? ¿Moriría sin ir a España, sin conocer a su Majestad? Tanta así sería su desgracia. Verdad que ella tenía arrestos suficientes para atravesar, sola, mar y tierra, arrostrar todos los peligros y volar por el mundo, como el hombre más resuelto; pero una mujer sin quien le manejase sus intereses ni la hiciese respetar ¿qué papel podría hacer fuera de su tierra, por ésas tan lejanas y remotas? ¿Y en su casa quién podía acompañarla? ¿Quién velar por sus haberes, en su ausencia?

Su padre no estaba para andanzas, y esta tierra lo arraigaba; sus hermanos, con obligaciones, mentecatos y montunos, estaban más para esconderlos que para mostrarlos. Y pensar en su media naranja, a estas horas, era casi una insensatez: veintinueve años no eran moco de pava y ya se había colado a los treinta. Sus sobrinas, sus hermanas, menores que ella, casi todas se habían casado y eran madres. Las fiebres, cogidas en las minas, la habían desmejorado y avejancado. Si alguno caía sería un milagro.

San Antonio y la gran santa de su nombre, a quienes siempre había pedido compañero adecuado, no querían escucharle. Cuando Dios no quería, los santos y el diablo nada podían. La cosa en lo humano no tenía lado. Estaba quedada: vieja y todo, no podía conformarse con cualquier ordinario cinchado de éstos de por acá. ¡Ni riesgo! Hartos había desdeñado de jovencita, para salir, a las diez últimas, con estas conformidades tan risibles. Pues no señor: Bárbara Caballero y Alzate se armaba con un español de verdad o vestía santos: bien casada o bien quedada. No cabía término medio[1]. En cuanto a su viaje a España, bien podía tener solución, sin casanga ni nada. Ella buscaría, como si se tratase de una aguja en un pajar, y había de topar un hombre a carta cabal, para que le manejara sus caudales; y, no bien creciera su sobrino Martín, se largaría con él hasta la misma España y hasta la propia Jerusalén. Martín sí iba a ser gente y a sostener su nobleza, a todo rumbo. ¡Se le veía! No había hecho Dios una criatura tan primorosa, tan ladina y tan alegre, para sacar cualquier chisgarabís. Y, a todas estas ¿dónde andaría ese diablillo? Llama a Feliciano, para informarse:

—Él se fue, mi Amita, pa'la roza con los tres negritos a traer más chócolo. Y ¿a su Mercé l'está amagando la congoja? Ai la veo medio aburridona.

[1] Emiro Kastos corrobora esa posición, al afirmar en *Mi compadre Facundo* que "éstos [los antioqueños] no tienen pasiones a medias" (*Artículos escogidos*, Bogotá, 1972, pág. 150) (Biblioteca Banco Popular, vol. 31).

—No, Feliciano. Es parecer tuyo. Estoy muy a gusto y hasta tengo ganas de cantar.

—¿Le treigo la vigüela?

—A la noche, después de la cena. Bueno: ¿y la roza dizque va a dar más de lo que pensábamos?

—¡Cállese la boca, su Mercé! Aquí fue onde mi Dios dijo: "tomen máiz y frijol hasta que se lo toquen con el dedo". Esta sí es la tierra pa'comida. Hasta parece mentira. Pero, eso sí, mi Amita: lo que son las bobas, los pericos, las arditas y toda laya de animales, nos tienen locos. Dende el amanecer tenemos qu'estar alguno, en la roza, rumbando piedra sin caridá, porque se la tamban mientras espabilamos. Pa'eso que no les vale ni espanto ni sombrerón.

—Tendrán hambre, Feliciano. Mi Dios da para todos. Y, agora que estamos solos, voy a decirte una cosa: me parece que el negrito Gabriel lo podemos casar muy pronto. Allá le tengo reservada a Chepa, la negrita de Celedonio. Hacen una parejita muy chusca.

—¿Nu-estará, en tuavía, muy mediano, Amita? Él apenas va a dentrar en los quince años.

—La Iglesia los recibe desde los catorce. Se lo consultaremos al señor cura. En fin, mientras más pronto, mejor.

Ya que no se peina para ningún galán, péinase para su negrería. ¡Pues no faltaría más que sus esclavos la viesen de cualquier facha! ¿Qué respeto podía inspirar una ama y señora de treinta y siete negros, fuera de críos, con alpargatas y saya de fula? El zapato y la media, antes que todo y en cualquier parte y estado: por eso se sacaba el señorío de una dama, como el valor de un caballero, por su espada.

Esto del zapato y la media es en ella como un rito sacro. En la mina, sólo los deja para entrar en lugares encharcados, y se vale, en tales casos, de unos zuecos muy altos, donde mete el pie desnudo; este pie, pulido y escultural, en que ella cifra su orgullo de mujer y de raza.

La negra Narcisa, su camarera mayor, muy sabia en su oficio, le ha calzado, para esta tregua campesina, media calada, alba y fina y chapines de tafilete verdusco, con hebillas de plata y tacón a lo Luis XV[1]. Hale vestido una saya, de medio paso, a la garganta del pie, de granadina gruesa y obscura, a ramazones azules; camisa suelta de batista; pañoleta ligera, a guisa de berta, pendida con borche de corales, sobre la cual cuelga el rosario de oro, con cruz labrada y óvalo, de Santa Bárbara por un lado y de Santo Domingo por el otro, fuera de las dos pajuelas para uñas y oídos.

Todo el cabello rubio y rizado se lo ha recogido en trenza y sin carrera, en la propia coronilla, se lo ha prendido en rodete y cubierto todo con un

[1] Luis XV (1710-1774).

pañuelo tornasol de rojo y negro, amarrado a estilo bíblico. Sobre cuyo nudo le ha puesto la rosa más pintada que topó a mano. Y, como su señora, merced a las malditas calenturas, tiene deslustradas las colores de su rostro, le arrebola las mejillas con unos pases de papelillo y la blanquea con "Pasta de la reina". ¡Negra más recursada y más artista!

Ella ve en su señora algo así como un ídolo, a cuyo culto se siente consagrada, por divino ministerio. Y el ídolo, claro está, se deja cultivar como a su sacerdotisa se le antoje. Esta idolatría vincula a la señora y a la esclava.

Bien necesita aquel rostro de tanto cultivo: nunca ha brillado por noble ni por perfecto. Es ancho, respingado de nariz, de boca grande y tosca; de tez, si blanca y fina, propensa a los parásitos de las pecas; los ojos zarcucios y aceitunados. Los dientes magníficos brillan como una ironía. Acaso por esto tiene una risa muy graciosa. En cuanto a formas, andares y movimientos, puede tenérselas tiesas con la gaditana más resalada; su voz es grave, expresiva, de muchos matices y transiciones.

No le pesa su cara fea; con frecuencia la saca a colación; ni envidia, tampoco, el rostro de la beldad más celebrada. Bien se le alcanza que Dios no junta, en una sola persona, todas las ventajas.

Narcisa, en cambio, y por humorismo de la suerte, es tipo acabado de hermosura.

En el Congo hubiera sido reina, y de reyes descenderá, probablemente. Es una criatura tan negra, de un negro tan fino y tan lustroso, de formas tan perfectas, de facciones tan pulidas, que parece tallada en azabache, por un artista heleno. El blanco de esos ojos y los dientes rutilan en esa obscuridad; uno como musgo de seda le cubre la cabeza; andares y movimientos son cadencias; veneno letal le recorre todo el cuerpo.

Muchas onzas le ofrecen a Doña Bárbara por Narcisa; pero es el caso, que, hace tiempos le ha dado carta de libertad; y la negra, que es viuda, no quiere volver a casarse ni dejar a su señora.

Un inglesote que pasó para Remedios intentó raptarla. Desde entonces la mantiene Doña Bárbara pegada a sus faldas.

Fuera de este lazo, las une otro, tan peregrino y casual, que la dama lo tiene por cosa de la Providencia: las dos cantan que es una gloria; cantan a la buena de Dios, por instinto, ni más ni menos que dos pájaros. Sin que ellas lo sepan, Doña Bárbara es contralto y Narcisa soprano. Por eso las dos voces se conciertan. La de esta raza africana tiene una melancolía y una ternura tan profundas, que se dijera que la informa y la inspira la nostalgia ancestral de esa libertad, de esos bosques y de esa patria, perdidos para siempre. Y la voz de Narcisa, así cántese aires criollos como españoles, posee, en grado sumo, esa indecible tristeza. Cuando la señora toma la guitarra y la esclava el

pandero, bien para bundes, bien para tonadillas, se paran muchas gentes a oírlas.

Ahí asoma la negra: trae el braserillo de plata con el sahumerio de incienso, benjuí y alcanfor, a fin de perfumar el aposento de su Amita. Cierra la puerta, para que el humo lo penetre todo. Hase puesto, también, como un pino: los pies entre blancas y amarradas alpargatas; falda roja de filipichín[1], con lunares; camisa de escote y faralaes escarolados; montera de divisa encarnada; gargantillas de abalorios, rojos y azules.

En seguida saca la muda para mi Amito Martín; porque un futuro señor, "tan precioso como un grano de oro", mal podía estar, ante sus negros, desaliñado y sucio como cualquier pobretón. Pero el Amito no aparece por parte alguna. Llámanle, grítanle y... nada. Por fin asoma, allá arriba, con los tres negrillos. Trae un costal con choclos, frisol y una porción de caracoles, que se ha rebuscado en la roza.

Le lava los pies, le limpia la cara; y los ojos de zafiro y los labios encendidos resaltan en esa blancura. Narcisa le desenreda la cabellera de oro, le hace la coleta, con no poco arte, y le pone el castor panzadeburro. Todo en balde: el mocosuelo no puede estarse quieto ni un segundo[2]. Pronto se le enreda el capote de tartanilla, al trepar a un aguacate; y los pantalones tobilleros y la blusa de mahón se vuelven una indecencia; y la coleta se deshace. ¡Lo que le valen los regaños de tiíta Barbareta!

Baja del árbol para trepar, ya en una bestia, ya en otra. De ellas pasa a las espaldas de los tres negrillos; hace que le den vueltas, en torno de la casa; luego le hacen la "silla de la Reina", llevándolo hacia adelante y hacia atrás, por todo el patio. Tiene entrañas de amo cruel, y los azota con una vara, entre gritos de mando, risotadas, cantorios y miquerías. Por fortuna que su veleidad no es para largas tiranías: a poco toma, con sus vasallos, para la manga, a turbar, con su vara, el sesteo de las vacas, toréalas con el capotillo y va a horcajarse en los terneros, ya que no en ellas. El Amito Martín es el diablo suelto.

La negrería lava la ropa, arma el toldo para el pernocto, acomoda rejos y enjalmas, cuida el alazán, acarrea leña; entretanto se sazona la guagua en el asador, hierve el ollón de frisoles, la mano de moler va y viene, sobre la piedra, para pulir aquella masa lechosa, más película que harina, mientras que en el perol se va cuajando la "colada del chócolo", encanto de Doña Bárbara.

[1] Ver la carta de Antonio J. Restrepo en la cual dice: "Por 1876 era Tomás Carrasquilla, en la Universidad de Antioquia, lo que ahora llaman en esta Bogotá, un "filipichín", que vale por pisaverde, petimetre y demás voces aplicables al que se acicala demasiado y cuida más de su persona e indumentaria que de sus libros o tareas o negocios". (*Del primer novelista antioqueño,* en *Prosas medulares,* Barcelona, 1929, I, págs. 335-348).

[2] Apta es la descripción de Martín —"diablo suelto"—, quien se caracteriza por su "veleidad" y tiene marcados puntos de contacto con el abuelo Taita Moreno.

Pronto apercibe cada cual su totuma, su plato y su cuchara de madera. Siéntanse, alineados, en el borde del corredor, con la misma disciplina que en la mina. Una negra sale con la batea, colmada de esas panojas asadas en hoja de plátano; y las va repartiendo por la línea. Otras sacan el perol y la olla, cogidos con trapos. Olor de gloria se difunde[1]. Con un cuarto de totuma, que es el cucharón del montañero, va sirviendo una zamba, la frisolada; y otra, con el tenedor de Adán y Eva, va poniendo encima de lo servido el trozo de guagua, el de tocino y ese tembloroso de la colada, cuajada como natilla y con incrustaciones de tortillón. Y dientes blancos de negro, ¿para qué os quiero? La ración se repite, que a casa de mi Ama Barbarita el hambre nunca ha asomado las narices.

Ella y el infante Don Martín, en mesilla amantelada, se regodean allá en el aposento sahumado, con esos guisotes tan ordinarios como suculentos, con esas arepas humeantes[2] de maíz niño, a lo cual se agrega, como postre y sobremesa, sendas leches postreras, ordeñadas en coyabrillas tersas y rojizas por fuera, amarillas y rugosas por dentro. Que Dios bendiga al calabín, esa sorbetera del campesino.

Previa tregua de media hora, la negrería se congrega en el corredor; tiende Narcisa una alfombrilla pastusa, en el umbral de la puerta del aposento, la señora se arrodilla, se arrodillan todos, en dos filas, machos acá, hembras allá. La voz de Doña Bárbara se oye grave, clara y fervorosa desde el mismo ofrecimiento de Domingo de Guzmán. Todo sigue con método y devoción sin que el solo atropelle al coro ni el coro al solo; todo con el orden y la regularidad que tan prolija dama pone en todo; sino que el hereje de Martín, sacando su repertorio de gestos y piruetas, se los hace a las negras, con precoz malicia, del extremo del corredor, donde se ha acomodado. Bien sabe el pillastre que tiíta Barbareta cierras los ojos cuando reza.

Con la última santiguada principia el bureo, y anochece. Casi hay plenilunio; pero los negros, en un soplo, recogen helecho y hojarasca, prenden hoguera en el patio. Dos se quedan para cebarla. Doña Bárbara va ordenando los números de esta velada que su fantasía improvisa. "Perillero con sapa", ordena por vía de prólogo. Mientras cada cual apercibe su respectiva compañera, ella templa la vihuela de Feliciano. Al patio salen cinco parejas. Los diez traen, a falta de teas, un tizón encendido en cada mano. Suenan pito y gaita, tamboriles y guaches; suena la vihuela, estimulada por esas manitas aristocráticas y ensortijadas.

El alma soñadora de Doña Bárbara, mejor que el instrumento campesino, vibra y vibra en este rapto, no sabe si de alegría o de tristeza, que la ha

[1] El "olor de gloria" que se difunde recuerda la gloria del chocolate de los Layos, el "incienso al Dios Paladar" (ver nota 1 de pág. 126).

[2] Ver la "segunda Trinidad bendita" que cita Gutiérrez González, o sea, "mazamorra, fríjoles y arepa".

acometido de repente. ¡Ay! ¡No tener ella a mano, en tal momento, su guitarra sevillana! ¡Allá estaría en su caja de terciopelo, con chapas de plata, como una enterrada en vida, su guitarra querida!

El aire es monótono y pausado, algo así como un minué africano de salvaje elegancia, como un amor a fuego lento que no agotase a los amantes. Negros y negras, frente a frente, los ojos en los ojos, rútilos en lo blanco, ígneos en las pupilas, al aire los tizones, danzan y danzan al redor de la fogata. Se acercan, se apartan, para unirse, luego; los brazos en los brazos, cruzados los tizones, los senos oscilantes, con remeneo de caderas, giran, a paso lento y subrayado. Marcan los pies el ritmo, como los golpes del bolillo en el parche del tambor. En repentino y simultáneo ímpetu, se desprenden, se vuelven del revés, espalda con espalda. Se acuclillan, saltan de un lado, saltan del opuesto, hacia dentro, hacia fuera; pero siempre acuclillados y rastreros, cual si fuesen sapos posesos por el demonio.

"Fandanguillo con verso cantado", se decreta en seguida. Han de romperlo Feliciano y Joba, los más viejorros de la manada. Todos entonan en coro la copla inicial, al son del musiqueo:

Venga el fandanguillo,
De los chapetones,
Que siembran pepinos
Y arrancan melones.

Los designados salen al puesto, haciéndose, por broma, cual le place a su señora, muy coquetones, mozos y amartelados. Paseo va y cortesía viene; dengue aquí, dengue acullá. Al ¡So! de Doña Bárbara, todo calla; y el negro muy comediantón, recita, con su habla medio bozal:

Tomá niña este clavel
Qu'es mi regalo mejor;
No nació cosa má rica
En lo jardine de amor.

Sigue el coro, con otras estrofas. Al ¡So! segundo, torna el silencio: si zalamero es el galán, le aventaja la damisela. Fingiendo rabia y arrogancia, exclama:

No te recibo el clavel
Y lo rechazo sin pena,
Que de un negro tan candongo
Nunca vino cosa buena.

Aplausos, y otra pareja. Es condición ineludible que los versos que hayan de echarse han de ser de un verde bien intenso. Sabido es que Dios hizo la

lengua castellana para decir indecencias[1] y que los chapetones, de esa época, eran más crudos de boca que de letra las Santas Escrituras. Así es que la negrería, educada entre tanta palabrota, larga muy oronda, ante su ama y señora, las mayores inverecundias, y ella se las ríe que es un gusto. Llégale a Doña Bárbara y a su esclava dilecta el gran número. Entre las tonadillas que cantan hay una de su propia musical invención. Es tomada del romance de "Doña Leonor la asesina", que recita el cieguito Benjumea, el mendigo mimado de Yolombó; y vaya una muestra:

Le dio a beber el veneno,
En sus labios de candela,
Y Juan se fue consumiendo,
Cual se consume una vela.

Y le robó el corazón
A Don Gil, con toda calma,
Y al pobre, sin confesarse,
Al punto se le fue el alma.

Y ¿el Amito Martín va a quedarse sin su número? ¡No, por cierto! Que venga "El Coco", ese paso que Taita Moreno, en persona, le enseñó con todos sus pelos y señales. No se hace rogar: salta al patio, como un rehilete. Aquí del mimo cantador:

Una negra guardó un coco
¡Ay sí, señor!
Mandó que se lo alcanzara
¡Ay sí, señor!
Y así que se lo alcancé
¡Ay sí, señor!
Mandó que se lo pelara.

Y así asao, todo lo que hizo con el coco, hasta convertirse en su dueño y poseedor:

Mi coquito
¡Ay sí, señor!
Mi mujer
¡Ay sí, señor!

Y desmayándose de lado y lado, al rematar, avanza hasta la fila de negras, y las va pellizcando, molledo por molledo. "¡Ah Enemigo Malo!... exclama tiíta Barbareta, entre aterrada y sonreída... ¡Si chiquito quiebra grano!... ¡Con qué enjundias irá a salir si se cría!"

La sesión termina. Dos negras farfullen la indispensable cena. La negrería se atraca de gamuza, esa fementida mezcolanza de cacao, harina de maíz e

[1] Este concepto disiente de la anécdota de Carlos V, políglota que empleaba varios idiomas para expresarse en distintas ocasiones; utilizaba el castellano para comunicarse con Dios.

hígado de res, acompañada de "bizcocho de arriero" del cual hacen soberbios migotes. Tía y sobrino saborean la fritanga de masas y trozos de tasajo, con aquel "chocolate de canela", que trasciende con sus olores de la cocina al aposento[1].

A dormir tocan. Y, como a Doña Bárbara no le agradan demasiado ciertas promiscuidades, manda a los machos a dormir en la tolda, acomoda a las negras en la sala y a Martín en el zarzo de su aposento. Le hace trepar al punto, y quitar la escalera, para que al diablillo no se le ocurra bajarse a pellizcar a Narcisa, que, como perro guardián, duerme siempre al pie de la cama de su dueño. Métese la señora en su cuja de cuero, cierra el toldillo y reza, mientras la familia de Feliciano toma todas las precauciones contra brujas y duendes.

Mas ningún genio dañino da señales de vida, en la placidez de aquella noche. Un cárabo, desde el caballete de la cocina, lanza sus cuatro sílabas, con irónica tristeza; gime la gurría, en los rastrojos aledaños; el perico ligero, desde el monte más cercano, deja oír, de cuando en cuando sus alaridos casi humanos; y, desde el gallinero de paraguas, rasga el aire, con su clarín de oro, el gallo vigilante, para avisar al orbe que el hombre habita entre los genios y las fieras de los montes.

[1] Ver notas 1 de pág. 126 y 1 de pág. 145.

XI

Cohetes y pitos, tamboriles y guaches anuncian el suceso, a eso de las ocho de una mañana gloriosa. Las gentes se paran, las gentes se asoman.

—¡Hijí! ¡Fiestas reales en Yolombó! —exclama el Ñurido—. ¡Asómese, Antoninita!

—¡Ah solterona para más ridícula! barbota ésta, midiendo puño—. ¡Ah malaya una escopeta para bajarte de un tiro!

—¡Pero fíjese en el lujo!

—¡Sí! ¡Con lo que no es suyo! Parece una guacamaya, la maldita. Cómo vendrá hablando de fino. ¡Figúrense la maestra! Pero véanle los embelecos. Esta sí es la uñona más descarada: ya puso de escudero a ese pendejete de casa.

No es para menos la corajina. Precedida por Martín, caballero en un cuartajo, entre su cuadro de negros, al detonar de los cohetes, al son de los salvajes instrumentos, entra triunfante Doña Bárbara, en su alazán gallardo. ¡Cuán decorativa y empingorotada! Recoge en el regazo la capa verde, de museta enflecada; del sombrero de felpa pende una gasa que revuela al viento. Media vara la eleva, de los lomos del bruto, el sillón áulico, forrado en terciopelo purpurino. Las chapas labradas del espaldar relumbran, al sol, como la apoteosis de la plata. Del brazo izquierdo cuelga la escarcela; la enguantada diestra sujeta la rienda cordobesa, mientras el bridón, cual si gozase de cabal potencia, se cuadra, resopla, enarca el pescuezo, erige la oreja, brota el ojo, sacude las crines y el mechón frontal que le importuna. Culmina sobre tanta majestad, cual tilde que la acentuase, el plumaje escarlata de gallo de monte, que adorna el chapeo.

Montón de granujas y de toda gente la acompaña. En su casa la esperan, el matrimonio que la cuida, sus padres y sus hermanos. En arrimando al poyo de cal y canto, que ante el portal se ha construido al efecto, párase en él, abre la escarcela, saca los puñados de reales, los riega, y las gentes se dan

trescaídas. La negra cuidandera la lleva, casi en brazos, hasta la sala. ¡Viva Doña Bárbara! se oye por dondequiera.

Pasados los besuqueos y efusiones, pasado aquel festín de bienvenida, le pregunta Don Pedro:

—¿Te dio mis razones mi compadre Vicente?

—Sí, su Merced. ¿Es que no piensa que sigamos con nuevo contrato?

—No, hija, no. No es eso. No te explicó o no entendiste. Podemos seguirlo hasta que San Juan agache el dedo. Lo que no quiero yo, ni quiere ésta, es que vuelvas allá, o, por lo menos, que no te estés por tiempo largo. Ya tienes la salud algo averiada, y, al fin, la pierdes por completo. Tu presencia allá no es necesaria: Vieira y los muchachos te administran y vigilan eso, perfectamente.

—Eso parece; pero su Merced sabe que

Ojos de los extraños
No alcanzan a ver los daños.

—Ésos son dichos de Timoteo, que para todo tiene estribillo. Mira a mi compadre Vicente: jamás se asoma a la mina: aquí se queda, enviándoles la plata, herramientas, trabajadores y lo más que se necesita. Y ya ves los ataos que le tocan, mes por mes.

—Más le tocarían, si estuviera allá.

—Aunque asina fuera, hija. En el caso tuyo, no hay que pensar en libra más ni en libra menos: estás aporcada en oro, estás poderosa. Sea que te cases o que te quedes soltera, te sobra oro para dejarle a medio Yolombó, aunque lo tires por la ventana. Ni tú misma sabes lo que tienes. Y, ya que te gustan tanto los refranes, acuérdate que hay varios que apoyan lo que digo: la codicia rompe el saco; seguro mató a confianza, y qué sé yo cuántos más.

—Y tanto le hizo el diablo a su hijo, que por fin le sacó un ojo —interviene Rosalita—. Un día de estos te coge allá una calentura brava y hay que traerte en barbacoa. Lo menos será que te nos aparezcas aquí como un carey o una arracacha morada, bien tomaíta por el carate.

—Eso lo cura Sacramento, mientras yo me persigno. Pero sus Mercedes tienen razón: eso es asina. Lo malo es que ya estoy hecha a ese laberinto de allá, y si me quedo aquí, con los brazos cruzados, me muero de la pura aburrición. Yo no soy capaz de sentarme a coser ni a bordar ojetes.

—Tú inventas empresas hasta dormida —repone el padre—. Sigues con la escuela o sacas otra inguandia. Pero aquí te necesitamos, por agora, para un asunto que será hasta largo. ¿No te dijo nada mi compadre?

—No, su Merced. ¿Y qué es la cosa?

—Es esto: tenemos que sacar a Luz a una tierra muy caliente y tenerla allá

un tiempo, a ver si bota esa gordura, que la está matando. Si la dejamos aquí, se tulle, por completo, se hidropica o le viene otro mal. Hemos pensado llevarla a Antioquia, y que la única que puede acompañarla eres tú. Te conviene mucho ese viaje, no sólo por pasear y conocer, sino para que sudes esos malos humores, que tienes insolvados en el arca del cuerpo. ¿Qué opinas?

—¡Magnífico, su Merced! Nada más provocativo. Lo malo es que Luz se rancha a no ir.

—¡Ésa es otra! Contamos contigo para que la convenzas. Tú eres la única a quien ella atiende. Ya mi compadre le dio puntadas y se puso furiosa: que ni con perros la sacamos de aquí.

—¿Y para cuándo han pensado el viaje?

—Para de aquí a un mes, más o menos. En pasando el Corpus. Ya mi compadre Carvajal nos escribió que tiene la casa lista; y que le avisemos la llegada, con dos o tres días de anticipación. El viaje es obra de romanos, con esos caminos y ese cuerpo de Luz; pero ¡no hay remedio! Mi compadre irá a llevarlas; y Martín las acompañará, para que las divierta con sus cantos y sus micadas.

—Me parece muy bien. Lo que hemos de hacer es arreglarlo todo, sin decirle una palabra a Luz. La víspera o antevíspera del viaje, yo le saco el sí de algún modo, porque si se lo sacamos desde agora, se arrepiente. Hay que cogerla en el momento de la promesa. Yo la conozco. Ella me cuenta, agora, que venga por el traído; y yo no le adelanto una palabra. Si nos vamos, me llevo a Liborita. Con eso se hacen, en una vía, dos mandados; hacemos descansar a esa pobre, unos días, y nos hacemos a la mejor compañía. Como es de allá, puede servirnos muchísimo. Yo le proporciono lo que necesite: socorremos a Doña Gregoria, le mandamos a la negra Malena, como la otra vez, para que les ayude en la cocina.

—¡Ah criatura ésta para ocurrírsele! —exclama Rosalita, admirada.

—Asina sale la cosa, hija —afirma el padre—. Y ya tenemos convenido el punto principal. El otro es que hay que sacar la danza, el día de Corpus. Ya me comprometí con el cura. Obligación mía es ayudar a la propagación de la Santa Fe; y no hay oficio que nos venga del Real Consejo de Indias en que no encarguen esto, con mucho encarecimiento. Y yo creo que estas "danzas de adoración" y estos cánticos, tan patentes y tan a lo vivo, les aprovechan más a los indios y a los negros, que sermones, rezos y procesiones.

—Asina es, su Merced. ¡Eso es tan lindo y tan conmovedor! Me alegro mucho que vuelvan a sacar las danzas, porque, en estos últimos años han salido los Corpus tan simples y tan sin devoción.

—Es que tú eres la única que tiene paciencia para ensayar esas cosas y que sabe idear algo bueno. Y, como no has salido en todo este tiempo, sino en las vísperas de la fiesta, no ha habido quien dirija nada.

—¡Muy cierto! —confirma Rosalita—. Acuérdense de aquella mojiganga, tan boba y tan irreverente, que sacaron, una vez, estos forásticos cinchados, dirigidos por los Ñuridos, dizque para quebrarnos los ojos a los yolomberos y enseñarnos a hacer cosas buenas. Hasta el Padre Lugo, que es tan conforme, prohibió que volvieran a sacar esa indecencia. Figúrense eso con diablos grandes, revolcándose ante el Amo Patente. Por eso, aunque Liboria, las González y Marcos, nos han convidado a mí y a las muchachas, no nos hemos atrevido, por no salir con alguna arracachada; y, ellas solas, tampoco han querido cargar con el muerto.

—Eso no es cosa del otro mundo, su Merced. Nadie ignora que esos son "actos de adoración", para niños inocentes, y que no es cosa fingida sino de verdad. Los versos están hechos; y, como son tantos, pueden escogerse los que se quiera. La música y el baile es muy fácil de arreglar.

—Para ti, que tienes una inventiva, tan adecuada para todo, y que sabes mandar.

—Gracias, su Merced, por el elogio, pero ni aun flor será. Pues bueno: si yo he de ser la directora, tengo de decirles, desde agora, que la danza debe ser más bien con negritos que con niños nobles. Lo digo por esto: los versos mejores son para dichos por negros; los negros tienen mejor voz que los blancos; y, sobre todo, los negros, que no han de ser sacerdotes, deben aprender, desde chiquitos, a tomar parte en la religión y a adorar a Dios. Con estas danzas comprenden que, aunque sean unos tristes esclavos, están, también, redimidos con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, lo mismo que nosotros.

—Sí, hija, ésa es mi idea, aunque no hubiera sabido decirla tan bien como tú. Deben ser negritos. Fiel te consigue los que necesites.

—Pero mira, Pedrín de mi alma —interrumpe Rosalita, toda gemebunda—, acuérdate que en mi Sevilla los que bailan, ante el Santísimo, el jueves de Corpus, son los niños de la nobleza, tan ricos, tan preciosos, vestiditos como unos reyes. ¡Ay, Barbarita! Se me acuerda el verso del sevillanito, de un entremés.

—¿Cómo es, su Merced?

—Óyelo bien, para que me lo troves algún día:

Si el Señor me va a premiar
Con su más gloriosa silla,
Sin que pueda yo mirar,
Por un roto, a mi Sevilla,

Yo le digo así al Señor:
Guárdese la silla, Usía,
Que es mi cielo y es mi amor
Esta Sevilla, que es mía.

—¡Muy bonito! Y no se acobarde su Merced, que algún día vamos a Sevilla.

—¡Tú sí, hija, porque estás moza; pero yo...

Árbol en lo hondo trabado,
Antes muerto que arrancado.

—Bueno, Doña Timotea[1]: tu Sevilla se te acabó, desde los tiempos de marras, como se me acabó a mí mi Zaragoza; y, cuando las cosas se acaban, será porque otras principian. Conque dejémonos de bullas y veamos qué siguió y en qué paso andamos. Dios nos metió en este hueco y aquí estamos. Él sabrá si nos deja o nos saca.

—¡El consuelo que me da, este hombre malaentraña!

—Sí, su Merced: eso es asina. La mejor Sevilla es estar contento donde uno viva. Aquí ¿qué nos falta? Y hagamos la cuenta de los negritos que podamos juntar, en las tres casas, porque se necesitan veinte, por lo menos: diez negritos y diez negritas.

—Más de la mitad, hija. Te lo aseguro, sin hacer la cuenta.

—Fiel te consigue los que quieras. ¿No serán de ocho a diez años?

—O de diez a doce, su Merced. Hay que escogerlos pronto, no sólo para ensayarlos, sino para que los espulguen y los aseen bien, desde agora, no sea que después resulten con niguas, con piojos o con alguna roña bien maluca. Ojalá se consiguieran todos bien bonitos; que, lo que es para canto y baile, todos son a cual mejor.

—Sí, Pedro: que los consigan bien zalameros y bien dientes de quesito, para que salga eso bien chusco y bien divertido.

—¿Divertido y con devoción, su Merced? Eso no es ningún juego.

—Desde esta tarde te mando a Fiel. Y allí está el almacén real, para que pidas lo que sea.

—Las telas será lo de menos, con tal que se consigan cuatro o seis almudes de chochos y de "lágrimas de San Pedro"[2].

—Fiel te los hace conseguir por cargas. Se riegan indios y muchachos por estos montes.

—Para la música y los versos, yo me entiendo con Marcos. Y, desde el domingo, hablo con los González, para que nos manden los negros, con anticipación, porque eso tiene que ser con caramillos, tamboriles y panderos. Música de cuerda no sale, ni chirimía tampoco.

[1] Don Timoteo Ceballos "para todo tiene estribillo" (pág. 150): por lo tanto, el apodo de "Doña Timotea".

[2] Objetos de adorno.

—Como te parezca.

—Pero mira, Barbarita: que los saquen lo más en cueritos que se pueda. Asina es como quedan bien, esas criaturas inocentes, para que relumbren al sol, que ni un charol. Los machitos tienen con un taparrabillo, bien troncho.

—¡Ah madrecita ésta! —la chiquea Barbarita besándole el cabello—. No está más que por divertirse.

—A mi Dios no le choca que uno se divierta, desde que no peque.

Ya tiene la minera en qué pensar, mientras viene el paso serio del viaje.

Desde el miércoles siguiente tiene reunidos materiales y obreros: blancos y negros, hombres y mujeres, niños y adultos, metodizados por la división del trabajo, que ella practica, antes que la proclamen los economistas, que aún están en la mente de Dios.

Aquí de su sentido del perendengue y del indumento peregrino. En el enorme y despejado patio de su casa, arreglado para asolear el oro, congrega a los negrillos, tarde por tarde, no bien despide los trabajadores. Aquello es un misterio, a portón cerrado. Fiel y otros policías, creados para el caso, vigilan afuera, para que ningún intruso vaya a meter ojo u oreja. Capaces eran esos chicuelos extraños de cantarlo y bailarlo todo, antes del estreno. No hay que temer la menor indiscreción de los mandinguillas danzantes: Doña Bárbara tiene un pajarito que todo lo sabe y todo se lo cuenta. ¡Ay del que hable o cante una palabra! Será acusado ante ella por el terrible espía y sufrirá la pena de doce azotes, a cuero limpio; la expulsión de la danza, la pérdida de los trapos coreográficos, de la paga y del famoso refresco, con que se les va a obsequiar el gran día. Todos salen aterrados, atisbando ese pájaro cuentero.

La víspera es la casa de Doña Bárbara una complicación babélica de embolismos, endiastrados de puro religiosos: por acá el altar, por allá el refresco, y, por último, el ensayo final, con todo y música y trajes. Rosalita, por no perder el resto de cabeza, que le han dejado tantos aparejos, ha huido de aquel horror. Interin, llueve y llueve. Doña Gregoria pide al Santísimo, con todas sus explicaciones habituales, no vaya a dejarse coger de un aguacero, en media plaza.

A las siete de la mañana siguiente salen de comulgar, ella y la Niña, henchidas de ventura.

—Mira, Felisindita, la lucida que se va a pegar Nuestro Amo. Ve ese sol. Parece, mesmamente, la custodia.

—¡Ave María, tiíta! ¡Valiente milagro tan patente, con la noche que nos hizo anoche!

A las nueve están esas puertas colgadas de damascos; esas ventanas y esos postes, vestidos de follaje; la plaza, barrida; los altares, en los puestos señalados la víspera. Los montes brindan y alaban a su Hacedor Sacramentado con sus parásitas, en plena florescencia; con los penachos de sus palmeras; con

sus aves de plumaje gayo; con martejas y ardillas, monos y cusumbos; las mujeres, con el último de sus zarcillos y con sus artefactos de plata; el cielo, con su manto; el sol, con su gloria.

Por supuesto que Doña Bárbara le tributa su arte y su boato; bajo tres arcos paralelos de chusque, ornados de yedras, se alza una escala, de alfombras, de plata labrada, de flores, de bellotas. Sobre ella, una mesa vestida de joyas.

La gente de montonera sale de la parroquial. Fiel y los diez comisarios ordenadores la enfilan, en calle, puesta de rodillas, por los cuatro costados de la plaza, bajo la orden terminante de que nadie se mueva de su puesto, hasta que todo termine. Las ocho campanas, de las tres iglesias, lanzadas a vuelo, avisan que sale la visita del Señor. Después de la cruz y los ciriales, va la doble fila de blancos, alumbrando; luego, la de señoras, con las tazuelas incensarias; por el centro, las ninfas. El guión bate su paño frente al palio deslumbrante; las campanillas que los enflecan tintinean, en religioso musiqueo. El pluvial, rígido y magnífico, acampana la silueta del sacerdote, a guisa de Virgen española. En sus manos mortales lleva a Dios, en el Milagro Perpetuo de la Hostia. Apenas aparece en el sitial, entre su custodia de esmeraldas, rompen caramillones y panderetas, tamboriles y crótalos; surge de lado y lado la fila alterna de africanillos danzantes; tómanse por las manos; júntanse en rueda; la ensanchan y giran. Giran en torno del altar, al son de un aire lento, triste al par que alegre, como de un valse ingenuo, que todos han oído no saben dónde. Sólo llevan por traje lo que exigir puede el pudor de la africana infancia. Pero los chochos, gruesos y menudos, y las "lágrimas de San Pedro", de todos los tamaños, se desflecan por los muslos en pampanillas, ondean en los pechos por sartales, ciñen las frentes a estilo románico. Narcisa ha abierto carrera a esos cabellos de hollín; y su vinagre acarminado ha encendido esas jetas de diablillos, para que más resalten los dientes ratonescos. Están bellas y misteriosas las criaturas. Las negras más bonitas sacuden los panderos. La Alcaldesa, Doña Bárbara, Pilarcita y la Alcabalera, tañen las castañuelas, detrás de sus esclavas, tal vez para probar que, ante este Dios, a quien reciben, no valen las jerarquías de la Tierra. La rueda gira.

Cuatro voces acordes rompen:

Vengan aquí todos,
Vengan y verán
Al Rey de los cielos
Convertido en Pan.

Las veinticuatro voces repiten la estrofa. Y así hasta terminar.

En esa hostia blanca,
De mies terrenal,
Quiso transformarse
El Dios celestial.

Para que su eterna
Sustancia esencial
Fuera el Pan de Vida
De todo mortal.

Por darnos en vida
Los bienes eternos,
Sale hoy de su templo
Por venir a vernos.

De África venimos;
Mas somos cristianos:
A Cristo nos dieron
Los blancos hermanos.

Por eso, postrados,
En rapto de amor,
Adoramos férvidos
Al Dios Redentor.

De un golpe se postran de hinojos, las manos puestas, poseídos de fervor. Calla la música, la rueda se rompe, se contrae en dos filas y siguen pareadas, delante del guión. Los músicos avanzan fuera de la calle. Repítese la danza en los otros altares, con otras estrofillas, no menos ingenuas, si muy hermosas y de arte supremo, para esta muchedumbre más sencilla que creyente.

Y eso es bello a no dudarlo[1]. Cualesquiera que sean el arte y la calidad del rito, los corazones limpios, de esos negritos infelices le prestan hermosura, verdad y poesía. Aún lloran Doña Gregoria y la Niña, cuando salen de la iglesia; los padres de los negritos siguen adentro, y no se atreven a mostrarse afuera, así tan enternecidos y lacrimosos. ¡Pobre África! Alguna vez tu alma, amargada por tantas injusticias y crueldades, había de tener sus fruiciones. Razón tiene Don Pedro: todo ese Yolombó, a quien no conmueve el misterio indecible de Dios Sacramentado, se ha sobrecogido por una plegaria representada.

La religión, origen de tantas instituciones civiles, sociales y domésticas, lo es también del teatro y de la danza[2]. La Europa católica mal podía sustraerse a estas formas instintivas del culto universal. En los países latinos, muy especialmente en España, se usaron, por siglos, representaciones sacras en templos y en procesiones. Autos sacramentales compusieron en la Península los mayores ingenios. Las danzas de Corpus-Christi se bailaron en varias ciudades, hasta la pasada centuria. A la Nueva Granada las trajeron los primeros pobladores; y, si en los lugares reducidos de Cundinamarca,

[1] Los conceptos de hermosura, verdad y poesía dentro del contexto de la muchedumbre sencilla recuerdan una frase clave del credo estético de Carrasquilla: "la humildad y la sencillez ejercen un influjo poderoso en quien sabe sentir" (carta fechada en Sanandrés, noviembre 11 de 1907, *O. C.*, II, pág. 776). Carrasquilla admiraba a la gente sencilla, sin "tiquismiquis literarios".

[2] El autor intercala una digresión sobre las raíces del teatro y del baile en el culto religioso.

entraron en estas ceremonias modalidades y remembranzas indígenas, en los centros mineros del Nordeste de Antioquia, se les mezcló el África con todos los caracteres de su barbarie. Es fama que en Zaragoza y en Remedios, por la fuerza y mayoría del número, eran esas ceremonias seudorreligiosas otras tantas meriendas de negros: unos carnavales, más del Congo y de Angola que del lugarón más atrasado de la Madre Patria. Esta influencia africana, como se sabe y se desprende de estos cronicones ordinarios, desfiguró no poco el escaso sentido teológico que por estos rincones tuvieron unos cuantos. En Yolombó, acaso por sus caciques medio alcurniados, no dominó el africanismo en estas manifestaciones sacramentales.

Los españoles debieron traer a estos montes, al par que las tales danzas, todo un parnaso verbal sobre el Santísimo Sacramento; y, tal vez, los sacerdotes lo emplearon como medio de propaganda. Claro que no nos referimos a las oraciones rituales. Las gentes de esos lados, así fuesen descendientes de esclavos, relataban o cantaban, especialmente en los velorios y en los alumbramientos de la Santa Cruz muchos himnos y alabanzas al Misterio Supremo, alma y vida de nuestra religión.

De ese acervo flotante alcanzamos a oír un tanto, allá en nuestros primeros años, y de ese tanto hemos guardado en la memoria las coplas que en este paso hemos sacado.

Y perdonen este paréntesis tan sabio, porque el que se mete con vejeces tiene que ser hasta pedante y erudito[1].

Pues bueno: a los negritos se los llevan al refresco, donde les sirven sus amos y les dan sendas pesetas de a cuatro reales.

La Alcaldesa, para aprovechar la música, abre sus salones, desde las dos, y no sólo para tocar las castañuelas sino para bailar, al par que sus hijas, porque aquellos sus sesenta años, tan descansados, con tanto dinero y despreocupación tanta, son más para jolgorios que para rezos.

Las viejas bailadoras y arreboladas no eran casos raros, en esa época ni mucho menos en ese Yolombó, tan regocijado. Todavía no se conocían los bailes de "abracijo y agarrado", como se llamaron después a otros varios, un poco menos íntimos y comprimidos que los actuales. Todo era "baile apartado": contradanzas, toros, molejones, fandangos, pantomimas y coplas, para una pareja separada o una sola persona; algo así como el cupletismo de ahora. Ya por ese entonces se iban mezclando a los africanos los aires y bailes españoles y ya alboreaban las vueltas, el gallinazo y la guabina[2], tan

[1] La cáustica alusión trae a la mente la pregunta: "¿De dónde y cuándo saqué yo tanta cosa y tantas vejeces?" y el motivo por el cual no dedicó la novela a su abuelo Naranjo "por creer eso muy académico o de escritores muy encumbrados y sublimes" (carta fechada en Medellín, mayo 7 de 1939, *O. C.*, II, pág. 812).

[2] Ver el ensayo titulado *Resurrección* (*O. C.*, I, págs. 704-705), homenaje a Alberto Castilla y a la guabina antioqueña: "Tú, por tantos lustros cantada y bailada por la gleba en minas y en

socorridos después. Así es que los galanes no sufrían abrazando viejas ni ellas se sentían en ridículo, al dirigir las figuras y pasos de alguna danza de varias parejas.

¡Oh, el puesto! Con tal frase se significaba la actitud y el plantaje coreográficos de cada cual: era cosa de lugar al par que de postura.

Doña Bárbara, en el puesto, es el número uno y la gran profesora. Saca tal donosura y tales gentilezas que hasta la misma cara se la compone. Verdad que su cuerpo, tan armónico, la elegancia y la soltura de sus movimientos, su oído y educación musicales, su mismo carácter bizarro y fantástico, son para los tiquis miquis[1] de Terpsícore[2]. De ahí su locura por el baile y el ser tan disputada por todos los galanes.

Desde antes de la fiesta se andan en los aprestos del magno viaje. Han conseguido toda la indiería carguera bajo la consigna de aseo y relevo de ropas; han hecho preparar ocho arrobas de tasajo y ocho almudes de bizcocho de arriero; y esto y lo otro y lo de más allá.

Llega el momento en que la minera ha de conquistar a Doña Luz; y la señora prende la casa con el berrenchín. Que gordura no era achaque; que todo eran embelecos de ese tal por cual de Vicente, para mandarla lejos y quedarse él negreando[3] con toda comodidad, si no para salir de ella y casarse con muchacha bonita, como había hecho su taita. Que en ese camino, tan largo, iban a comérsela el sol y el sereno, la fatiga y la plaga, si no la picaba alguna serpiente; que ella no podía salir de su casa, porque tenía que comer siempre con arepa caliente, usar sus mismos trastos y tener a su negra Melchora, para que la ayudase en todo. Que de sólo pensar que pudiera acostarse en cama extraña, se le revolvía el estómago; que ella no podía entenderse con gente forastera ni quería conocer ningún pueblo ni menos la tal Antioquia. Todo se lo allana Barbarita.

—Sí. Lo que quieren es ponermen de burlesco, así que allá me vean cargada en mi litera.

—¿De dónde sacas eso, hermana? Si en litera sacan allá a las señoras más principales, aunque sean unos espartillos. ¿No ves que eso es cosa de gente rica y noble? Yo también consigo allá una litera de calle, para que nos saquen a pasear y a conocer.

---

haciendas; tú, siempre rasgada en vihuelas bravas y en tiples alazanes, en el patio del cuartel de la empresa o al amor de la fogata en la cocina ingente", seguido por una descripción de las más vivamente captadas: "La guabina se arma. Mira una pareja...". (En otro ensayo, *Pro Patria*, Carrasquilla rinde tributo a Emilio Murillo por ser el "Shakespeare de nuestro bambuco"; ver nota 1 del cap. XIV).

[1] En *Varias palabras*, en *Grandeza*, Carrasquilla junta las palabras, o sea "tiquismiquis".

[2] Terpsícore es la musa de la danza.

[3] Significado especial de la palabra "negrear" (ver nota 1 de pág. 38).

—¡Sí! Para que me tengan harto miedo esos antioqueños, si voy y me muero y los espanto.

—¡Valiente inconveniente, hermana! Pues si nos morimos allá y los espantamos, cuánto mejor. De todo lo bueno que puede hacer uno, después de muerto, lo mejor será espantar hartísimo, sobre todo a la gente que no lo quiere a uno. Yo, de todos modos, me voy, aunque sea con Liborita y con Martín. Lo que más me provoca del viaje es aprender el tute real, que es, agora, el uso nuevo, allá y en Santa Fe, y traer una baraja real.

—¿El tute real? Y eso ¿qué laya de tute es?

—Pero ¿dónde vives tú, hermana? Ya se ve. Si tú no reparas en nada. Desde la última vez que vine de la mina, nos contó Don Hermógenes Luján, cuando pasó para Cartagena. Pregúntale a sus Mercedes. Aquí nos explicó cómo es el tute. No pudo enseñarnos a jugarlo, porque aquí no hay baraja real. Eso dizque es la cosa más divertida y más bonita. Figúrate que tiene cuatro manjares más, de flores y de frutas, y lo pueden jugar hasta diez personas; y tiene, a más de las figuras de la otra baraja, cuatro reinas, cuatro señoras a caballo y cuatro peones de estribo. ¡Qué tan delicioso será acusar las cuarenta en piñas y en rosas!

El poder de la mentira, aplicado a la pasión, ha conseguido siempre lo que no pudieron las razones.

Pasa esto un sábado.

XII

Desde las cinco de la mañana del siguiente lunes, medio Yolombó está en expectativa. ¿Cómo no? Aquel éxodo de treinta y tantas leguas, por unas trochas sin posadas, sin recursos alimenticios, por ríos sin puentes, son para admirar a cualquiera. Antes de las seis sale la procesión. Encabeza el comisario Fiel, con la maleta de los fondos, y cuatro negros más, armados de escopeta, como escolta; y dos más, armados con machetes, para rozar y descumbrar. Martín, en su silleta, a espaldas de indio; y Doña Liboria en su litera alzada por dos, preceden a Doña Luz. Por medio de cargadores y cual si manejasen una parihuela, la llevan cuatro, bajo toldo, en unas andas reforzadas de hierro y construidas para el caso. Son sus palos tan largos que, en medio de cada espacio, caben dos indios, uno tras otro. Detrás va Doña Bárbara, en su alazán y con todos los arreos; síguela Don Vicente, de enorme castor, bota y capote militares, terciado el morral de caireles, en una mulita pava de color manzanillo. Toda esa caballería es vano alarde, sólo para entradas y salidas, ante las gentes. Detrás vienen vacías las silletas y la litera respectivas; vienen dos negros y cuatro negras para el servicio en Antioquia; vienen diez indios más, para turnarse en la carga de gente; dos peones para arrear las dos bestias de carga y cuidar las dos de silla. Ninguno va vacío; quiénes con baúles de ropas, quiénes con petacas de cobertores y de almohadas, éstos con los bastimentos y el maíz pilado, para las personas, y sin pilar, para los animales; aquéllos con los petates y utensilios; cuál con los trastos de cocina, cuál con los toldos y las estacas; y el negro Mariano, que es una torre, sostiene, en tamaña silleta, piedra y mano de moler; los peroles para cocer el maíz y los frisoles, y los calabazos para cargar el agua, van de sobrecarga.

Poco diremos de aquella odisea que hace época en Yolombó. Doña Luz, a vueltas de sus rabietas, sustos y fatigas, se va acogiendo a la ley de la necesidad y llega hasta a reírse de buena gana. Liborita muestra, como en todo, brío y regocijo de muchacha. El entusiasmo de la minera aumenta a

cada jornada. Don Vicente ríe y tontea, parejo con Martín. Indios y negros no saben cómo mimar a blancos de este jaez, en ocasión tan solemne, tan rara y especial. Aquel madrugar con los pájaros y aquel toldar a las dos, junto a un arroyo; el campamento a lo gitano; los fogones y moliendas en la tolda; la dicha cuando pernoctan en ranchos o poblaciones; las compras de bastimentos, las partidas de tute y chocolate, bajo toldo o bajo techo; el encanto de conocer; el de la vida improvisada y nómada, el ejercicio, el movimiento, el ajetreo, les abren buen humor, mejor apetito y un sueño que le puede al temor de las culebras y de las inclemencias del tiempo. Verdad que la hoguera, sostenida por turno, como en la mina, y el vigilar del guardián escopetero, preservan, durante la noche, las cuatro bestias y las cuarenta personas, si no de los genios del monte, de tigres y ladrones, por lo menos.

A todo caserío o pueblo a donde llega tan insólita caravana, se agolpa el vecindario boquiabierto y el hampa pedigüeña; y más de un indiecillo se postra de rodillas, por implorar, por pasmo, por respeto. Desde luego que venteros e implorantes no pierden su tiempo con esos blancos, que no guardan ni la menuda ni la gruesa.

Sólo han tenido tregua de dos días, para lavar y secar toda esa ropa de indígenas y africanos, que tanto ofuscan el delicado olfato de Doña Luz.

Un indio de los baquianos se ha adelantado, desde la "Cuesta de El Tigre", para avisar, oportunamente, la llegada, a Don Isidro Carvajal.

Pasado el Cauca, en aquella barqueta que le produce a Doña Luz el vértigo del espanto, se decreta lavatorio, muda y acicalamiento generales. La negra Narcisa adoba a las damas y al Amito Martín, mientras Blas, el barbero, rasura y adereza a Don Vicente. Él y la amazona montan sus animales; y, como de ahí adelante es aquella senda camino de cristianos, Doña Bárbara ordena la marcha, con todos los regímenes y todas las concordancias, la simetría y los emparejamientos que ella pone en todo.

A tiempo lo hace, porque, a poco más, principian a toparse con transeúntes, que bajan al río; y, a poco andar, les salen de una casa el compadre Carvajal y Don Nicomedes Layos, que vienen a encontrarlos. En rigurosa formación se toman la capital[1], más derretidos que sólidos, a eso de las cinco de una tarde luminosa, catorce días después de su salida de Yolombó.

Aquella ciudad señorial, adormecida a la sombra de tamarindos y palmeras se les hace a los viajeros cosa de ensueño. Doña Luz ojea por la abertura de su toldillo como atisbara, desde el coro, una monja tentada por el demonio de la curiosidad. Todas esas casonas de cal y canto, con puertas de arco, las toma por iglesias, y, como en Yolombó no se conocen zaguanes[2],

[1] La capital provincial por esa época era Santa Fe de Antioquia.

[2] Ver nota 1 de pág. 55.

tienen a aquéllos, tan anchos y con santos sobre los trasportones, por otras tantas capillas, a ellos erigidos.

Liborita llora, a moco y baba. Un mes antes creía que esa Antioquia de su alma volvería a verla desde el cielo; y ahora está en ella y no en sueños.

Doña Bárbara, entretanto, no sabe cómo ponerse sobre ese alazán y en ese sillón egregio y argentado, máxime cuando la novelería aldeana ha alcanzado hasta la ciudad: los adultos se paran, se asoman a puertas y ventanas; la chiquillería sigue detrás.

Como la casa queda por Chiquinquirá, tienen de atravesar la plaza principal. Aquí sí da la amazona con la postura apetecida: Lucrecia Borgia, al entrar en Ferrara, sería una entumida, al lado suyo.

En la casa los esperan, con la gran comidona de bienvenida, las hijas del compadre Carvajal y unas allegadas de Liborita, que los instalan en un santiamén.

Pasado el relumbrón de la entrada y el aturdimiento de todo cambio, entra Doña Luz a aplicarle su criterio a esa Antioquia, tan decantada y a este viaje tan complicado; y, pese a Liborita, se deshace en una serie de berrinches, a cual más verboso y vehemente. Que eso no era tierra para ningún forastero; que los antioqueños debían ser gentes de palo y de fierro, toda vez que resistían ese infierno; que ella iba a quedar en el puro hueso, si acaso no perecía, como San Lorenzo, en su parrilla; que esos lagartos, tan sangripesados e introducidos, la asustaban; que esos pájaros, tan chillones, no la dejaban dormir por la mañana; que aquel caserón, tan vacío y tan enorme, le daba ganas de llorar; que eso era seña, clara y evidente, de que allí habían muerto muchos cristianos, tal vez en ese mismo cuarto donde ella dormía; que esas camas, sin pabellón y sin colchones, más bien parecían cosa de indios que de nobles; que el chocolate, tan ponderado, le sabía a la pura olleta; que el agua esa, tan tibia, era más para vomitar que para refrescar; que allí hedían los negros más que en parte alguna; y que ella misma se sentía fétida y próxima a la pudrición.

Cuando Melchora, la mulata camarera, logró arrimarla a una ventana, después de muchas súplicas, a la señora le apura el ofuscamiento: ve gente, mucha gente, de una y otra clase; pero ni cosa parecida a señoras en litera. Hasta esa hidetal de la Bárbara, a quien siempre había creído, había estado engañándola, como si ella fuera alguna mocosa de seis años. Allá verían cómo el tal tute real y la tal baraja de los ocho manjares tampoco resultaba. ¡Que volviera esa puerca fabulosa a meterle sus levas! Y el enojo es tanto, que Melchora tiene que volverla al aposento, luego al punto.

Allá se recluye casi todo el día; y más se fastidia si entran a conversarle. Sentada en un taburete de vaqueta, con el mero camisón, pasa las horas, entre resoplo y resoplo. Melchora tiene que entrar cada rato, con el totumón de agua; y la riega como si fuese una mata; y ahí se queda, con el camisón

pegado. Con estas sofoquinas y estos asperges, le están vedadas hasta las consolaciones del solitario.

Al único que admite en su trato, y eso por momentos, es al volantón de Martín. Esta criatura, de las socaliñas, viene a bailarle el agua con sus carocas y sus arrumacos y a contarle todo lo que ha visto y conocido, nada más que por sacarle plata; pero no bien tiene el patacón empuñado, corre a hacerles fieros y a obsequiar, con dulces y roscones, a sus nuevos amigos, a quienes supone en penuria. Claro que ellos se sienten demasiado merecedores de este tributo que rinde el aldeano a los señoritos de la capital; porque, cuando un blanco y un negro beben juntos, el negro es el que paga.

Ya se van alarmando Don Vicente y Doña Bárbara con los tedios de Doña Luz. No así la Liborita: da por seguro que, en cuanto la aburrida coja el sabor de esa tierra bendita, todo se le convertirá en alegrías; y que ello será más pronto de lo que puedan figurarse.

El yerno y las hijas del Capitán a Guerra de la villa de Yolombó, mal pueden ser huéspedes insignificantes, por más que Antioquia sea el centro oficial y la ciudad de los blasones. La fama de las riquezas y abolengos de Caballeros y Morenos les precede, fuera de que varios señorones y dignatarios de la ciudad han recibido de ellos, a su paso por Yolombó, las atenciones de nobilísimo hospedaje. La capital de la Provincia ha sido, por otra parte, muy célebre por su hospitalidad y por el agradable trato de sus habitantes. Así es que Don Vicente, en cuanto hace su primera salida, con el compadre Carvajal, es acogido con gran cordialidad.

Desde el día siguiente de la llegada principian los mensajes de bienvenida, acompañados de aquellas pilas de frutas en aquellos bandejones de plata. Pronto principian las visitas, y, con la del Gobernador, Don Francisco Baraya y su mujer, quedan los forasteros colocados en primera línea. A todo esto, sigue Doña Luz siempre encatada. Y ninguna falta que hace, para estos visiteos de gran tono. Lo Ortiz y lo Uruburo, lo Pardo y lo Martínez, lo Villa y lo Arrubla, lo Gómez y lo Hoyos, Londoños y Corrales, los títulos de Pestagua y Casanegra, y Pelayo, y El Cid y el Rey, por todos sus representantes, invaden la casa.

Doña Bárbara trae desde Yolombó, entre ceja y ceja, el problema capital del indumento. ¡Casi nada lo del ojo!

Aunque Francia haya impuesto, de siglos atrás, sus fantasías indumentales, no era en el siglo XVIII, como lo es hoy, la soberana que unifica e iguala el mundo civilizado, con el rasero del traje. Y, si muchos países europeos no la seguían, entonces, ni entre las gentes más elegantes ¿qué iban a seguirla en estas fincas americanas del Rey de España? Tal vez más del noventa por ciento de los colonos ignoraban la existencia de París. Mas, como en todo tiempo y lugar, hay inventores e imitadores, la moda no faltaba en la Colonia. Sobre la tradición española, sobre la ropa hecha que de España se traía, sobre las variaciones industriales en telas y adornos, la gente iba cambiando y

evolucionando según sus facultades. Aquello era por pueblos, por caseríos, por familias. Por eso la moda yolombera no podía ser la antioqueña.

¿Y qué hace Doña Bárbara? Pues a la mañana siguiente le traen a Serafina Holguín, una cuarterona muy aseñorada, que es la Petronia[1] de la capital. "Pida, haga y deshaga" —le dice la nueva cliente. Del examen de tantas galas resulta: mantillas, mantelos, peinetones y zapatos, aprobados con plenitud; los trajes dominicales, aprobados solamente, porque han menester de reforma; los del diario, reprobados, en conjunto y por separado, porque las telas no se soportan, en ese clima; y las hechuras son chambonas. Pues a buscarlas, y quien las cosa. Serafina sale a las compras, y, a más de telas le trae Eucologio Romano[2], bolsa para llevarlo, alfombra, sombrillas y abanico, de país florido y apaisajado. Ahí mismo, en el caserón ponen el costurero.

—Vea mi niña: con ese cuerpo suyo y ese modo de andar[3] y esos vestidos tan ricos y de tanto valor, me comprometo a lucirme. Creo que le va a poner la pata hasta a la mesma Gobernadora. Allá verá que no la dejo salir asina no más.

—Pueda ser que salgamos con algo, Serafinita. Y cuenta con tu buen remojo.

Jamás ha usado abanico y apenas si se acordaba de uno apolillado, que guardaba Doña Rosalía, como reliquia de su tierra. Mas, como ha nacido para posturas y visajes, en cuanto coge el pericón, que le han traído, aprende el venteo de frente, el de filo y el de sesguerete.

A las primeras visitas les sale que ni una aguerrida española de alto señorío. Su debut, en la misa, ha sido un éxito: Serafina la ha aderezado con todos los untos y menjurjes del caso, con el peinetón más sublime y la mantilla más lujosa. Narcisa, hecha una ascua de oro, la ha acompañado y le ha tendido la alfombra, con no poca maestría. Todos admiran el lujo del ama y la belleza de la esclava.

Liborita ha hablado por boca de profeta: Doña Luz se ha pasado al enemigo con armas y bagajes. Ya el chocolate no le sabe a cobre ni la molestan los lagartos y pajarillos; se ha hecho a buenos tuteros y se encanta con los trajes vaporosos, que estrena cada día, y con las frutas de que se atraca. Obedeciendo a las prescripciones del médico, hace esfuerzos por moverse, de aquí para allá, y por andar sin apoyo. La sacan, muy peripuesta y

[1] Petronio, escritor romano, fue el árbitro de la elegancia en la corte de Nerón (siglo I). Aparece como personaje en *¿Quo vadis?*, novela que Carrasquilla admira: la heroína de la novela *Ligia Cruz* se llama Petronia, y resuelve adoptar el nombre de Ligia como tributo a la protagonista de su novela predilecta. (Los detalles indumentarios traen a la memoria a Carrasquilla, "sastre efímero" de Santodomingo).

[2] Devocionario que contiene los oficios del domingo y fiestas principales.

[3] Entre los rasgos físicos sobresalientes de la Marquesa se destacan la voz, la risa y el modo de andar.

enjoyada, por la mañana y al atardecer: varios amigos le mandan negros para la litera. Como el dinero es barniz mágico que hace resaltar lo bello y esconder lo feo, le celebran sus dicharachos tan zafios y su palabrota favorita: los toman por bizarría de infanzona, resabiada por el mimo. Al salir de la rutina, de la pereza y del marasmo en que ha vivido, su espíritu, como el polluelo que rompe el huevo, tiende a la expansión y a sacudir los caprichos y las manías de que es víctima. Va pareciendo menos niña. Don Vicente se despide feliz, dejándola tan bien.

Morenito, como llaman a Martín, ha adquirido mucha popularidad, con su cara de ángel y su alma de diablo; y, como lo tienen muy bien sastreado y con borceguíes historiados, y, como Narcisa lo acicala que aquello es, se anda por ahí, muy puesto en razón y escupiendo por el colmillo.

Doña Bárbara está traída, llevada y peloteada, entre los obsequios que recibe y los que devuelve. Como han traído parte de vajilla y comprado más, relumbra el platal labrado, por esa casa. La bolsa, nunca cerrada de la minera, es ahora una arteria rota. ¿Cómo no han de quererla? Pero lo que es el novio no ha aparecido por ninguna parte, por más que tira el anzuelo[1]. Le hacen bromas con un señor Luján; pero ni él se le declara ni ella sabe capearlo.

Liborita, que desde su llegada no ha cesado de levantarles a sus protectores los más hermosos testimonios, ante todos sus conocidos, está dichosa con tantos agasajos. Les ha probado, además, que, aunque desterrada de su Antioquia, no vive entre indios de pampanilla.

Doña Bárbara no se deja enervar ni por el clima, ni por las novedades ni por las lisonjas: desde el principio ha buscado a un señor Martínez, Escribano muy docto, para perfeccionarse en las sabidurías. De contarle él fundaciones y episodios de la conquista, ha venido aula oral, de Historia y Geografía, que ella apunta en sendos cuadernos. De ahí han venido relaciones con un sacerdote, muy fuerte en las dos materias; de ahí, compra de libros y de la *Historia de España*, del Padre Mariana[2].

La lectura de esta obra, que el profesor le va comentando, la embriaga; le parece que vuela, como un espíritu milagroso, por los tiempos y las gentes que fueron. ¡Ah! ¡Quién supiera toíto lo que ha sucedido en el mundo![3] Ni las siestas narcotizadoras le impiden la lectura. "Esta niña se va a volver idiática —dice la hermana, al oírle los comentarios—. Quiere saber como los curas. Valiente pendejada pegarse todo el santo día de un libro hidetal. Cuentos del Rey se los oye a Liborita y a cualquier negra, sin todas esas

[1] La falta de novio se convierte en inquietud cada vez más molesta y apremiante.

[2] *Historia general de España*, del Padre jesuita Juan de Mariana (1535-1624), famosa por su valor investigativo y por su estilo, apareció a partir de 1592 en latín y en 1601 en castellano.

[3] El anhelo obsesionante "¡Quién supiera toíto lo que ha sucedido en el mundo!", tiene ecos de "Zwar weiss ich viel, doch will ich alles wissen" (J. W. von Goethe, *Faust*, primera parte) (ver nota 11 del cap. VIII).

afugias". Sólo interrumpe sus estudios para atender a una invitación, que le viene como anillo al dedo: es a Santiago de Rionegro, La Ciudad, cual se le llama por antonomasia. Allá se va con una familia de Ortiz; y se lleva consigo a la indispensable Narcisa y al perillán del sobrino.

Le tocan las fiestas titulares de "la Virgen de Arma", la Niña María, con mucha pólvora, muchos cánticos religiosos y profanos, reuniones, farsas, pantomimas en la plaza y la mejor coyuntura para conocer y frecuentar este otro centro, rico y nobiliario, de la Provincia.

Da el golpe como rica hembra entonada y como sabidora. Entre pedantona e ingenua, con el desparpajo que Dios le dio, indaga con los señores serios, sobre los orígenes de la ciudad, sobre las familias españolas, sobre todo lo interesante que allí haya sucedido. Recibe agasajos de toda especie y lecciones de guitarra; aprende tonadillas y se ensaya en contradanzas; va a La Marinilla y a esas posesiones de esos campos tan amenos; regalos de flores y de dulces le vienen a diario. Todo lo retorna, con los rumbos que ella se gasta; sino que el galán tampoco le resulta. Mas conste que ella ya no se preocupa de asunto tan capital. ¿A qué? Desde que ha salido de su rincón nativo, desde que ha visto cuánto vale, ante los extraños, siente la voz de su destino, la conciencia de esa ayuda misteriosa que no se ha desmentido ni un solo instante. Esa voz le grita, allá dentro, con la elocuencia de la seguridad, que, así treintona y de cara tosca, le ha de venir, de muy lejos, acaso de la misma España, su media naranja[1], tal y como ella la sueña, cuando menos se lo percate. ¡Clarísimo! Dios, por obra y ministerio del Familiar, no podía dejar su obra inconclusa. Tantos méritos, tantas capacidades, tanto corazón, tanta riqueza, mal podían ser para padres, deudos y pobres, solamente: algún hombre venturoso, a quien se daría entera, tendría de compartir con ella los favores de su suerte. Al mismo tiempo, ese presentir profético le advertía, no sabía cómo ni por qué, que esa su otra mitad, no resultaría por parte alguna de esta correría, sino allá donde su estrella la había lanzado a la vida.

En noviembre regresan a Antioquia, entre los rigores del invierno y los fangales de esas trochas, que a ella no le arredran. Engólfase, otra vez, en las clases y en los relatos del Padre Mariana. Hace un paréntesis, a fin de diciembre, con Los Diablitos.

Este carnaval, derivación de las mojigangas con que en España se celebraban los Santos Inocentes, es privativo de la ciudad blasonada y clásico en el país. Antioquia exhibe, en esa fiesta, su travesura, su regocijo y una faz muy simpática de su casticismo. Los españoles que levantaron en esa ciudad medio oriental tantos caserones de piedra, disponían sus salas de grandor exorbitante, para que cupiesen hartos diablitos.

Doña Bárbara se fascina con los bundes y estribillos negreros, con las canciones de los nobles, con los pasos cómicos, los entremeses y jácaras

[1] La "media naranja", deseada por ella, asume identidad geográfica: "le ha de venir de muy lejos, acaso de la misma España".

locales, en que sacan, con todo y nombres propios, las cosas risibles que hayan acontecido en el año. Esos antiocanos, de buen humor, tenían gracejo, sin malignidad, para estas bromas representables. De ella resultaron los sainetes en que sobresalieron años después. ¡Lástima que tales expansiones hayan sido arrastradas por las corrientes de los tiempos!

La acaudalada minera da de su lomo escama, en tan magna ocasión: ayudada por Martín, que es su edecán de honor, tira plata por las ventanas a los negros bundistas. Por supuesto que le dedican trovas, a cual más encomiástica. Preparada está para recibir la diablería cómica y danzante; y es de ver cómo acuden las tandas, cómo se le colma el salón y cómo corren negros y blancos, con licores, refrescos y pastas. Embriágase ella con esa satisfacción, mitad vanagloria, mitad nobleza, del rico dadivoso.

En estas bizarrías han vivido ella y Doña Luz, aunque en pequeño.

De lo que no tienen ni idea, las hijas de aquel Yolombó indevoto, es de la actitud penitencial que toma, a poco, la ciudad católica, con motivo de la Cuaresma. Desde la publicación y venta de la bula, que es allí una solemnidad y un afluir de fieles compradores, principia la ciudad a recogerse. Desde el miércoles de ceniza todo es austero y taciturno. Dijérase que el velo negro que cubre los altares se extiende por esos ámbitos, en otros días tan risueños. Ni una voz ni una cuerda se oye por esas casas, de ventanas cerradas. Las gentes que no concurren a las iglesias, a los ejercicios del Vía Crucis, los practican en sus casas, y, en unas y otras, se postran de hinojos y besan el suelo, a cada estación; si acaso no se azotan con correas. No se habla más que de rezos y de sermones. Muchos deploran la ausencia de los jesuitas y piden a Dios para que vuelvan pronto.

Entonces vienen a saber las dos señoras Caballero qué son esos sacerdotes, tan lamentados, y cómo su Majestad Carlos III[1] los ha expulsado, ha tiempos, de todos sus dominios. Doña Bárbara pone en trabajos al sacerdote, su profesor, para que le explique tan peregrino acontecimiento. Él no puede hablar mal de su Señor; pero acusa de impiedad a sus ministros; y ella no compagina estos dos particulares: el Rey es, para ella, un ser casi divino, que no puede mandar nada malo ni permite que lo mande ningún otro; e, ignorando la sentencia bíblica, no analiza la majestad, por no confundirse en disparates.

Este acatamiento a los mandatos del Rey dista mucho del que guarda a los de la Santa Madre Iglesia: extralimitando el permiso bular y haciéndose la ayuna, la abstinente y la impromiscua, devora dorada y solomo de cerdo, hasta en los viernes, lo mismo al almuerzo que a la comida.

Cumple con el precepto sacramental: pero ¿va ella a salirle al confesor con que es Ayudada? ¡Ni porque fuera la más estúpida! Lo que hace es

[1] Carlos III ordenó la expulsión de los jesuitas en 1767 (ver nota 1 de pág. 64).

aprovecharse de esta calma social, para darse de lleno a la Geografía y al Padre Mariana.

A Doña Luz, como es enferma, nunca le ha obligado nada de religión. Esas cosas siempre la han mantenido sin cuidado; y más ahora que tiene otras, de grande entidad: es un cuarto de ropilla, con tres señoras pudientes y embarajadas, como ella, y que tampoco se fijan en tiempos santos, ni en peso de más o peso de menos. ¡Deliciosas amigas aquéllas! Las horas corren sin que las cuatro sientan la vida, ni siquiera el sabor del chocolate.

Si no fuera por este apoltronamiento ropillero habría perdido bastante más libras de grasa la señora de Don Vicente, porque ya es mujer de darle, ella sola, la vuelta al claustro, aunque un tanto despacio y ayudándose en las paredes.

Liborita, que se ha constituido en su enfermera, no le perdona los potingues diarios, ni aquel purgante semanal de jalapa y calomel, con que el médico promete volverla un pábilo, sin debilitarla ni un ápice.

Morenito, a todo esto, está entregado a materias eclesiásticas, que a él se le hacen sobremanera interesantes y divertidas. Es ello que el ceremonial católico, de que nunca había hecho el menor caso, en su tierra nativa, le parece, en Antioquia y en San Nicolás de Rionegro[1], hermoso y atractivo en demasía. Tanto, que frecuenta a diario las iglesias, y, entrando en relaciones con monaguillos y sacristanes, se ha usurpado funciones de turiferario y coládose hasta las mismas sacristías.

En ello ha reparado el sacerdote, profesor de la tía, y quiere enseñarle el ayudar a misa. ¿Misa? Pues, de tanta cosa bella, ésa es, precisamente la que más le atrae y cautiva. Héteme que, entre el presbítero y Villita, el acólito mayor de Santa Bárbara, le ponen al tanto del oficio, con todo y los latinajos del caso, mucho antes de que los maestros se lo figuren. Pero Martín aspira no tanto a ayudar cuanto a celebrar. Con Villita y otros mocosuelos de iglesia, arma el Santo Sacrificio, por todos los rincones de la casa. No queda trapo y trasto que no saque. Hasta el mamotreto mayor de los comprados por Doña Bárbara, se convierte en misal. Martín atrae a negros y a blancos, con su unción y estilo para celebrar. "Ahora sí, pues —exclama Liborita—. No volvamos a rezar ni a confesarnos: desde que el diablo se volvió cura, fue porque el infierno se acabó".

Don Vicente torna, y, en pasando los horrores de la canícula y antes que principien los del invierno, regresan a Yolombó.

[1] La referencia a San Nicolás de Rionegro disiente de aquélla a Santiago de Rionegro que ocurre en las páginas 166 y 181. Aclara Manuel Uribe Ángel: "Desde tiempos lejanos, la ciudad que ahora tratamos se llamó simplemente San Nicolás de Rionegro, y el nombre de Santiago de Arma de Rionegro, no se le dio sino en el último cuarto de la centuria pasada, cuando por la decadencia de la ciudad de Santiago de Arma se hizo la traslación de la Virgen, en 1783, a la por entonces floreciente de Rionegro" (Uribe Ángel, *Op. cit.*, pág. 301).

Esta vez, la caravana ha aumentado en gente e impedimenta: la minera trae maestro de canto eclesiástico, porque va a poner coro; trae maestro de música, con los instrumentos respectivos, porque va a poner banda; trae pintor y dorador, porque va a retocar los altares y las paredes de Santa Bárbara; trae montón de tarros con arbustos y frutales prendidos, porque va a plantar arboleda.

XIII

Al entrar a Yolombó no saben qué les pasa. ¿Cómo y cuándo se ha vuelto eso tan feo y tan pequeño, tan estrecho y tan escueto?[1] Doña Luz no pesa ya más que ocho arrobas, y medio anda por la casa. Si tanto lloró por la ida, lloriquea ahora por la vuelta. Ni el volver a ver a hijos, y a padre, ni el mismo juego la consuelan demasiado: "Esa manía del hidetal de Vicente y del hidecual de su Merced de quedarse metidos en ese monte, habiendo en Antioquia tantos oficios para toda laya de cristianos". Porque a ella le parece que no es más que alzar los trastos.

Doña Bárbara vuela a la mina no bien descansa. Todo a pedir de boca, conforme se lo han escrito. Busca negra médica y se trae al pueblo a Sacramento y a Guadalupe. A ella la pone en la casa de las afueras, para que ayude a plantar la arboleda y quede de mayordoma y hortelana. A Guadalupe lo pone de carpintero. Los pintores establecen sus trabajos. Luego acomete sus nuevas empresas. Entre negros, propios y ajenos, de oído y voz, que residan en el pueblo, se eligen los mejores escolares. Luis, hermano de Martín, entra como cantor.

Vuelve a abrir la escuela, con más discípulos que otras veces; y ella, con todo lo que ha aprendido, enseña mejor que siempre. Don Pedro le presta apoyo más eficaz.

Dos veces por semana inspecciona la enseñanza de música y de canto; a diario va a ver cómo marcha el retoque; las noches del sábado, son para sus cantos con Narcisa, con todo y reunión. En ellas muestran lo mucho nuevo

[1] El efecto asfixiante al regresar del viaje capta una sensación humana muy común; recuerda la reacción psicológica del "Zarco" (*El Zarco*) y de Ligia Cruz frente al cambio del medio ambiente.

que han traído, con bastante parsimonia, por supuesto, para que no se vulgaricen esos aires, con las imitaciones de tanto cantorcillo de mentiras. En las horas de vagar y en las asomadas a la mina, lee y estudia. En fin, esa actividad suya tiene mucho en que ocuparse.

No piensa en Antioquia, como la hermana, ni en Popayán ni en Cartagena ni en la misma Santa Fe. Pone más alta su puntería. España, la Madre España, es su meta[1]; si no resultare la media naranja, se iría con Martín, apenas creciera, y, si él se casaba, se iría con su mujer.

En el pueblo se ha descubierto una calamidad consternadora: aquella Santa Bárbara, en que se cifra el arte y el orgullo de Yolombó, al sacarla del camarín, para retocárselo, casi se les ha deshecho en las manos. La broma, esa broma hórrida, la tiene tomada, tan tomada que le come el pecho, como el cáncer a Blanca de Castelo. No se han atrevido a llevarla a otra iglesia, por temor de que se ultime en el tránsito; ahí la dejan, medio velada, entre el polvero y los andamios. ¡Qué compasión!

Doña Gregoria ha inventado, en la iglesia en reparación y ante la imagen sentenciada, una plegaria de devotas lacrimosas. Cada día la apostrofa, a la salida: "No nos abandones, queridita, agora que te están componiendo tu templo. No te dejes comer de esa plaga. ¿Qué trabajo te cuesta hacer este milagro? Mañana te hemos de topar buena y sana. ¡No te dejes comer, por lo que le debes a Nuestro Señor!"

Vase, torna y destapa con mano trémula y ¡qué pena más honda!: siempre aquel reguero de aserrín fino que parece polvo de canela. Ungen las partes carcomidas, con sustancias matagusanos y... nada. Las refriegan con solimán y... tampoco. Llaman al Padre Lugo, llaman al Padre Romerales: conjuran la broma, y esa noche come más.

Doña Gregoria ya no insiste: pide a Dios misericordia porque sobre Yolombó iba a caer un castigo tremendo. De rayos y centellas tendrá de ser, porque ¿quién podía atajarlos, agora? A la timorata rezandera y a la Niña les acometen tales convulsiones, a cada trueno, que no pueden arrodillarse ni para rezar el Magníficat. También se alarma Don Pablitos; mas se consuela probando, con sutiles razonamientos, erección de índice y gesto de infalible, lo peligroso que es labrar santos de mala madera, porque bien podía suceder que les colase polilla y que, una vez colada, podían hasta dañarse y hasta no servir. ¿A la polilla qué se le daba? ¡Así lo vivía él diciendo!

La espléndida minera trata de aliviar tanto afligido, asegurándoles que va a encargar a Quito otra Santa Bárbara, a primera oportunidad. Pero este dolor es sin consuelo: aquella imagen era insustituible, como la madre. Traerían

[1] Se viene trasluciendo, cada vez con más claridad, la fanática inquietud de Bárbara, la cual no admite transacción, ni término medio (fiel a un rasgo básico del antioqueño, formulado por Emiro Kastos), y que la conduce al borde del desastre.

otra, tal vez igual en perfección; pero ¿podrían quererla y venerarla, como a esta fundadora, con quien han vivido toda la vida?

Siempre da consuelos quien más los necesita: Doña Bárbara, ante este caso, que tanto deploran, siente, allá muy adentro y muy entrañado, algo que la asusta y la corroe. La santa de su nombre ¿estaría enojada con ella, por El Familiar? ¿Por qué, si no, quería acabarse y desaparecer del templo que ella ansiaba embellecer, para mejor honrarla y venerarla? ¿Rechazaría su santa esta ofrenda que ella le rendía con todo el corazón? Le reza, la invoca; pero, lejos de disiparse esta tortura, se le convierte en obsesión y la vuelve de un lado y la vuelve del otro y la sutiliza y la alambica. Ríe, sin embargo, ante todo el mundo, como si tal; no descuida ninguna de sus empresas; pero no puede leer, y, por varios días, deja de asomarse a los trabajos de la iglesia.

—Vea, Amita: yo estoy tentada de manifestale una cosa a su Mercé; pero tal vez le parezca metimiento de su negra —le dice Sacramento, mientras trasplanta un sapote y ella hace que lee, sentada en una piedra, a la sombra de un aguacate.

—Manifiesta lo que quieras. ¿De cuándo acá?

—Pues es que yo estoy viendo que su Mercecita tiene un pesar go un entripao[1] muy grande. Yo la he estao vigiando estos días. No es por achaque, porque está muy alentaíta; no es por la mina, porque cada día le saca más maquila; no es por padecimientos ni en casa de mi amo Pedro ni en casa de mi amo Vicente. Pues, antós, es porque su Mercecita dejó novio allá en Antioquia.

—¡Qué novio ni qué pan caliente!

—Confiese, Amita, que con su negra es como si lo sepoltara en la tierra. Si es algún blanco, que se está haciendo de mi alma con su Mercecita, avise pa ayudale: ya sabe que yo sé dar quereme sin contra. Yo y Guadalupe, de algún modo, se lo hacemos tragar. Si está penando, es porque quiere.

—¿Estás loca? ¿Cómo me sales con semejantes disparates? Si no fuera porque sé lo que me quieres, y lo fiel que eres conmigo, no te aguantaba estas ridiculeces. ¿Te figuras tú, por un momento, que yo vaya a querer a un hombre que no me quiera?

—¡Su negra no es que se lo figure, Amita! ¡Dios me libre y me favorezca! Pero como todo se ve en esta vida, y como yo he visto a su Mercecita, como tan acongojada... ¡Pero, gracias a mi Dios que no es por eso!

—Ni por eso ni por nada. No estoy triste ni tengo por qué estarlo. Es que, cuando uno estudia, se pone pensativo y callado, por meditar en lo que aprende. Mi media naranja no es de por aquí[2]. ¡Ya lo sabes!

[1] *entripao* (fam.): enojo que uno tiene y se ve precisado a disimular (DRA).

[2] La obsesión de Bárbara —un *leitmotiv* de la novela— es un portento que prepara el desenlace.

—¡Qué va a ser de aquí, Amita! ¿Cuál de estos blancos yolomberos puede emparejar con su Mercecita? El esposo de la Amita de oro tiene que ser un blanco de mucho agarre, muy sabido y muy cuadrao él: un fefe de su Sacarriel[1] con espada y guácara[2], asina como mi amo Pedro, go de ái p'arriba.

—Él resultará algún día.

—¿Que resultará? Hasta su Sacarriel lo manda dende la España, pa'que se case con su Mercecita. Hasta será algún princés, bien mandatario. ¿Pa'qué manda, antós, en todos los cristianos?

—Déjame leer y no digas más disparates.

—¿Disparates? Acuérdese de su negra.

Aún le sigue la morriña unos cuantos días: mas de presto ¡qué luz!

¡Claro como el agua! ¿Cómo no había dado en ello? Si Santa Bárbara estuviera disgustada con ella por El Familiar, tiempo haría que el retablillo de su imagen, bajo cuya protección ha puesto la mina, estaría en polvo. Al día siguiente se va allá, y, a los tres, regresa radiante de dicha: a su santica querida no la ha atacado ni carcoma ni polilla ni gorgojo ni siquiera las moscas indecentes han dejado, ni aun en su torre, la menor mácula. Así tenía que ser: aunque El Familiar tuviese algo de malo, ella compensaba con usura tan leve falta, haciendo con todos el bien que pudiera.

Su tranquilidad se la corona Doña Gregoria. En desmontando, se le llega, trasfigurada de júbilo.

—¡Ay, mi hijita de mi vida! Vengo, no tan solamente a darte la bienvenida, sino también a que me mandes las albricias.

—Te las mando, viejita. ¿Cómo no? ¿Pero a cuenta de qué?

—¡Del milagro más patente, mi Bárbara! Me lo acaba de contar Gumersindo, el que está poniendo el doro: esta mañana examinó la imagen, y resulta que la mascarilla del rostro y el delantero de la garganta no son de madera, sino de plomo fundido en horma; y que se pueden encabar divinamente. Que, encargando a Santa Fe las manitos y los pies, remonta la imagen cualquier carpintero baquiano; y que, vestida con telas de verdad y con su buena cabellera, de pelo natural, queda más hermosa y más perfecta que labrada toda en madera. ¿No te parece, mi hijita, mucha dicha?

—¡Tanta, que es imposible!...

Todo lo encarga; y el 4 de diciembre del año siguiente, celebra la fiesta de su Santa, con imagen e iglesia remontadas, con banda y coro yolomberos. ¡Qué regocijo más santo y más triunfal!

[1] *Sacarriel*, según (A) y (B); *Sacarrial*. según (C). Según UU: *Sacarrial:* su sacra real majestad.

[2] *guácara:* levita, frac (UU). No aparece en DRA.

Durante este tiempo ha seguido con la escuela y con el Padre Mariana, el cual le acendra y le apura el amor a esa España y a esos Reyes divinos que echaron a esos infieles y a quienes Dios les dio, en pago, estas Américas, tan escondidas en medio del mar.

El Rey, a quien siempre ha venerado, se le hace, ahora, un ser sobrehumano, investido de toda grandeza física y moral[1].

Con todo, sobre ese Carlos III no quiere ahondar demasiado, no sea que alguna noticia prosaica le quite algún rayo a esa aureola que su fantasía le presta. Sabe que es viejorro, y que, viudo ha tiempo, no ha vuelto a casarse. Esto no puede agradarle, por más que lo bregue. Y lo brega, porque ponerle peros a su Majestad, siquiera sean nonadas, que en lo más mínimo afectan su grandeza, le parece ociosidad vitanda, casi sacrílega. Así y todo insiste en este mal pensamiento: el Rey, para ser más imponente y más hermoso, debía de ser joven y apuesto; y un Rey sin Reina, así fuese un viejecito trémulo, se le hacía medio deficiente, medio desairado.

Tal piensa y fantasea Doña Bárbara, sobre su Amo y Señor, cuando, por allá a mediados del años de Jesús, María y José, de 1789, cae en Yolombó, como una bomba, el estupendo, complicadísimo y exornado notición de que su Majestad Carlos III ha muerto, en diciembre del año precedente; que su hijo Carlos IV ha subido al trono y que ha hecho proclamar y jurar, a las cortes, como Príncipe de Asturias y heredero de la corona, a su hijo Fernando[2], de cuatro años de edad. Tamaña nueva viene acompañada del manifiesto de la flamante Majestad a todas sus colonias del orbe; de grabados con su retrato, el de la Reina, la serenísima señora Doña María Luisa de Parma[3], y el del futuro Rey, que será el sétimo de su nombre; de entusiastas cantos de grandes poetas, a los nuevos soberanos.

Doña Bárbara toma tan transcendentales acontecimientos como cosa de su casa. No es para menos: esos Reyes de España, tan providentes, que daban el oro de sus minas a quienes lo sacasen, que tanto le habían dado a ella y su familia ¿qué otra cosa eran, si no sus verdaderos padres?

Su pecho de súbdita fanática[4] se hinche de amor por estos nuevos elegidos de Dios, que habrían de fatigar la historia con hechos gloriosos y sublimes. ¿Sabría Él los infieles a quienes vencerían, las nuevas Américas que descubrirían, las tierras por donde extenderían la religión verdadera, los adelantos y prosperidades que traerían a España y al mundo entero? Verdad

[1] El fanatismo de Bárbara le hace rechazar como sacrilegio cualquier crítica al Rey.

[2] Fernando (1784-1833), Rey de España ("el sétimo de su nombre").

[3] María Luisa de Parma (1751-1819), esposa de Carlos IV, la cual comparte con Godoy el poder político en España, antes de la invasión francesa.

[4] El concepto de "súbdita fanática" proclama su orientación ideológica y se ciñe al mismo tiempo a la definición de Emiro Kastos (ver nota 1 de pág. 141).

que el nuevo Rey era ya un cuarentoncito; pero, en esa cara tan noble se le veía el heroísmo y un alma más grande que sus dominios. La Reina era una belleza; se le adivinaba la virtud, en ese señorío, alto y ejemplar, que sólo a las mujeres reales les es dado. ¡Era mucha grandeza esa María Luisa de Parma! Hasta su nombre lo decía. ¡Qué nombre más bello y más elocuente! Y cómo le salía ese apelativo tan nuevo. ¡Qué dicha para ese poeta Moratín[1], que había compuesto esas alabanzas, tan preciosas y tan bien casadas, al Rey, a la Reina y al Príncipe Fernandito! Ahí las tenía bien guardadas para aprenderlas y decirlas. Y eso que eran algo trabajosas y enredadas. Bien decía ese hombre al decir que la Reina era "un esfuerzo del poder de Dios" y que en Fernandito había hecho repetidos portentos. Ni gracia era: si Dios los tenía predestinados para ser Reyes ¿cómo iba a hacerlos lo mismo que a los hijos de cualquiera? Tenía que esmerarse. ¡Criaturita más adorable el Princesito![2] Era idéntico al Niño Jesús, de las señoras Uruburos, esas viejitas, tan bondadosas, de Antioquia. ¡Idéntico! No le faltaba sino sentarlo en el silloncito dorado y ponerle el mundo en la manita. ¡Cómo quedaría de bello Fernandito en su silla y con su mundo! ¡Cómo iría a ser de asombroso cuando mandara! Ya se le veía en esa carita que embobaba. ¡Qué tan lindo sería cuando lo era más que Martín!

Ese malvado vicio que tenían en España de no avisar las cosas a tiempo. Si hubiera sabido que María Luisa iba a tener familia, ella habría adivinado, de ello estaba segura, que iría a ser muchachito. Le habría mandado, entonces, bandeja y tijeras de oro; éstas para cortarle el ombliguito, aquélla para llevarle a bautizar. Mas, ya que ella no había tenido esa dicha, el Princesito no se quedaría sin su buen regalo. Ya idearía qué. Todo su oro, que le enviara íntegro, aún era poco. ¿No se lo había regalado el mismo Rey? ¿No le pertenecía? Pero, en fin, ahí le enviaría a su Príncipe alguna poquedad, siquiera para mostrarles al Rey y a la Reina que ella no era ninguna ingrata. Se le figura su ofrenda tan hermosa y tan santa como la del Rey Mago que llevó el oro al Niño Dios: el Príncipe era medio Dios; ella, medio maga.

Esa noche sueña, o sueña que sueña[3], con Fernandito, ya Rey. Al menos así lo cuenta a quien quiere oírla. Lo ha visto en su trono, allá muy arriba, resplandeciente como el sol. Con su mano iba regando por las dos Américas como una semilla. En donde caía iban naciendo pueblos de oro y de plata. ¡Qué sueño más delicioso! Doña Gregoria, la Niña, Don Pablitos, Sacramento y Guadalupe le aseguran, a una, que eso es sencillamente una profecía. Ella no lo duda.

[1] Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), dramaturgo y poeta español, autor de una *Oda a la muerte de Carlos III y advenimiento de Carlos IV al trono* (ver los versos iniciales de dicha oda, que recita Doña Bárbara, en la página 178).

[2] Se ha establecido "s" en "Princesito" por derivarse de "Princés".

[3] "esa noche sueña, o sueña que sueña", un recurso borgiano antes de Borges.

Vase a Don Pedro y le dice:

—¿Cómo piensa, su Merced, que celebremos la jura del Rey?

—Pues el Consejo de Indias dice que debemos hacer fiesta religiosa, con Tedéum, para dar gracias al Señor por tantos beneficios.

—Y jura del Príncipe ¿no hacemos?

—Creo que eso no lo dice el Consejo. Al Príncipe ya lo han reconocido y jurado allá. Pero si quieres que lo juremos, no hay inconveniente. Lo que abunda no daña, cuando es bueno.

—¿Y no hacemos fiestas reales?

—Hagamos. Pero eso sí: no me pongas, agora, en muchas labores, porque tengo mucho que hacer.

—Sí, su Merced: asina lo veo. Los gastos y el arreglo de la fiesta corren por mi cuenta. Déjeme hacer, con tal que me reúna el Ayuntamiento y mande echar el bando, para que venga bastante gente.

—Pasado mañana, que estén aquí todos reunidos, echamos el bando. ¿No te parece que se debe anunciar para el lunes en ocho días?

—Muy bien, su Merced. Pero mande que barran todo, blanqueen paredes y que adornen puertas y ventanas.

Vuela, luego, acompañada de Sacramento, a los canarios y plateros y les encarga un lavamanos, compuesto de palangana y de botija, de peso de seis libras, del diseño más bonito y más labrado que topen, y que, suspendiendo toda obra, se pongan en ésta inmediatamente. Les entrega, pesadas, las seis libras de oro y unos zarcillones y una cruz pectoral, para que les quiten las doce esmeraldas y se las pongan a las dos piezas.

A la noche habían de llevarle el diseño. Compra, además, tres varas del lino más valioso que tienen esos comercios, y corre a casa de Doña Justa, la mujer de Antolínez.

—Aquí vengo, mi querida, no sólo a verla, sino también a ponerle un oficio que solamente usted sabe hacer en Yolombó.

—Con mucho gusto, Barbarita, desde que sea capaz.

—¡Seguro que no! ¡Como que no aprendió a labrar lienzos en las Filipinas y como tiene esas manos tan ordinarias!... Es un paño de manos, para mandarle al Príncipe de Asturias. Aquí está el lino. Saque todas sus habilidades, y pida.

Y, que si no soy capaz y que si luego no le gusta y que tabarín y que tabarán, acaba por convenir. Doña Bárbara dará unas cuantas puntadas por la dicha de trabajar, con sus propias manos, para ese Príncipe, tan querido.

A las nueve de ese lunes predestinado, todo Yolombó en ramas y colgajos de trapo; toda luces, la Iglesia de Santa Bárbara. El tablado, tendido de bayeta roja y amarilla, con flores y follaje, por las manos artísticas de Marcos,

campea frente a la Alcaldía, lo mismo que un altar. Hasta los indios visten la muda dominguera; la banda retumba; los voladores estallan; el humo se difunde.

Viene, luego, la misa cantada y con prédica. Romerales no es ningún Cicerón[1]: pero, al mentar al "tierno infante" que algún día hará feliz a medio mundo, se emperra a moco tendido, y se emperran Doña Bárbara, Doña Gregoria, la Niña y otros blancos y, tras ellos, la negrería e indiería. Aquello es el sollozo colectivo de la dicha yolombera.

En saliendo de aquel sacrificio, que ha durado hora y media, suben al tablado, en congregación y al compás de un aire entre vueltas y pasodoble, el Alcalde Mayor, el Juez, el Escribano Letrado, los Secretarios, los Alcabaleros y todo el Ayuntamiento, reforzado por todos los notables.

Doña Bárbara también sube, papel en mano; y Martín, que está apostado sobre una silla, junto a la mesa, con la bandera de faja gualda, entre dos rojas, más angostas, la tremola muy gentil ante las autoridades, y, dignatario por dignatario, la saludan reverentes. No ha hecho Doña Bárbara, ante el Santo de los Santos, una genuflexión tan doblada y fervorosa como esta que le dedica al pabellón de su España querida. Bien es cierto que Marcos le ha pintado en el fajón amarillo una quisicosa que así puede ser escudo de armas como disco de ruleta.

Levanta Don Pedro la vara autoritaria, hace seña a la banda de que calle, se descubre y dice:

"Quítense todos el sombrero que va a principiar el reconocimiento y la jura. Hagan silencio, que esto es un acto muy serio".

Hace pausa, toma un papel en la mano izquierda, pone la derecha sobre un libro abierto, tose y lee:

"Ante el misterio de la Santísima Trinidad, ante Nuestro Señor Jesucristo, María Santísima, los Santos Apóstoles, especialmente Santiago, y demás santos del cielo; ante los otros reyes cristianos y demás hombres del mundo, puesta la mano sobre los Santos Evangelios, juro obediencia y vasallaje a nuestra Sacra, Real Majestad, señor Don Carlos IV, actual Rey de España, de estas Indias y de los países y colonias, comprendidos en sus dominios.

De la misma manera reconozco y juro a su augusto hijo, el Príncipe de Asturias, Don Fernando, que será el VII Rey de este nombre, como a legítimo sucesor de la corona de España."

Y agrega:

"Como primera autoridad de esta Villa, reconozco y juro, también, en nombre de sus habitantes y súbditos, que no lo hagan personalmente."

[1] Marco Tulio Cicerón (106 A. C.-43 A. C.), escritor y orador romano, renombrado por su elocuencia.

Unos, tras otro, éste turbado, aquél trémulo, esotro impávido, lee la fórmula, obra del Escribano Letrado. Doña Bárbara, como remate y variante de tamaña solemnidad, lee y jura la última.

En ella acabando, exhorta el Alcalde:

"Si hay alg'otro blanco que sepa leer y escribir puede venir a reconocer y jurar al Rey y al Príncipe y firmar esta diligencia". (Como nadie se mueve, continúa). "Se van a leer, agora, unos versos a su Majestad el difunto Carlos III, a los Reyes actuales y al Príncipe, que hemos jurado. Son compuestos por un hombre muy grande de España. Pongan mucha antención, que es una cosa muy buena".

El silencio se siente en aquella muchedumbre. Martín, ensayado al efecto, baja de la silla, avanza con el pabellón adelante de la mesa, y lo inclina de un lado hasta desplegarlo. Doña Bárbara se cuadra, decorativa y misteriosa, como una pintura, en ese fondo gayo.

Rompe seda azul celeste; calza zapatos blancos, bordados con hilo de oro; la mantilla, de blonda negra, montada desde la cumbre del peinetón, le forma una como mitra, que resalta imponente sobre la faja amarilla de la bandera. Desenrolla el papel. Mira al público. Mira al cielo.

¡Ea, pues, Barbarita Caballero! ¿Para qué aprendiste la letra de molde? ¿Para qué te dotó Dios con esa voz[1] tan extensa, de tantos registros y que nunca chilla? ¿Para qué tu sentido de la armonía y de la expresión? Se siente maga, poseída del numen, y principia:

Robó con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo
Y su espacio llenó de asombro y pena.

La gente no sabe si eso es hablar o es cantar. La música de la voz, sin canto ni tonada, jamás se había oído en Yolombó. Nadie entiende jota de lo que dice; pero lo bello no se hizo para entenderlo[2]. La escuchan, sobrecogidos, como si fuera un ave de otro mundo que entonase melodías nunca oídas. Al terminar se siente el rebullicio espontáneo del entusiasmo, no el palmoteo que se contagia, porque esa gente ignora ese modo de aplaudir.

—¡Viva Carlos IV! —grita el Alcalde, y Yolombó contesta:

—¡Viva Fernando VII! —y lo mismo.

—¡Viva Bárbara Caballero! —vocifera Taita Moreno.

[1] La eficacia de la voz de la heroína, destacada de nuevo por el autor, recuerda la sensación que le produce a Eloy la voz de su segunda madre: "Sobre tan buenas partes agrega esa, inapreciable, de la voz. Es una voz que no sé definir" (*Hace tiempos*, segunda parte, en *O. C.*, II, pág. 337). Carrasquilla acentúa las sensaciones auditivas.

[2] "Lo bello no se hizo para entenderlo" evoca el precepto estético de Larra de que "los razonamientos se razonan, los sentimientos se sienten".

—¡Viva! —retumba por la plaza.

—¡Música! ¡música! —manda el viejo.

Principian las firmas.

Aquel pueblo, que dista mucho de ser el soberano de la actualidad, no da un viva, si no se lo indican los señores: y la clase mezclada, que ni manda ni es mandada, no tiene voz ni aun en las plazas públicas.

El Sevillano, no bien firma, toma la bandera; que, si las Canarias no le disputan el guión a Sevilla, tampoco le quita Zaragoza el símbolo hispánico, por más que esté investido de la autoridad real.

El viejo, sin atender al programa del bando, se baja como puede y manda: "¡Síganme todos!"

Y le siguen, y la procesión se arma; y aquí echa viva al Rey y allí al Príncipe y allá a Doña Bárbara; y manda a Fiel que las eche y se las haga echar a los horqueteros; y que den una vuelta por la plaza y suban por El Tigre, y bajen por El Retiro y El Hoyo, a viva pelado. Cuando tornan, ya gozan todos del aprendizaje y de la libertad del viva... Los tres nombres repercuten por esos contornos, entre los alborozos de la banda.

A tiempo regresa: ya se han sacado del baúl, escondido debajo de la mesa, los mochilones de menuda; y la minera y Martín principian a tirarla, de lado y lado, como quien riega maíz en un corral. Aquí no hay que enseñarle a nadie: entre la rebatiña, los estrujones y las caídas, se desgañitan los aparadores con los vivas a la rumbosa dama. Hasta al arrapiezo del sobrino le alcanzan unos cuantos.

Su abuelo se entra a casa. ¡Pues no faltaría más que unas polleras criollas le fueran a echar el pie adelante a las bragas de un sevillano! Saca el bolsico, se planta en el portal y, en cuanto terminan los del tablado, llama y apellida a esa lid tan grata. En cuatro puñadas del rumboso y unos centenares de puños de los aparadores, pasa la refriega en un soplo.

Don Pedro y Don Vicente, preparados para el caso, siguen con las suyas. Y ¿qué hacen esos blancos, que han reconocido, jurado y firmado? Pues no tienen más remedio que aflojar también los dineros. Por Don Carlos y Fernandito hay que echar el resto. Total: que la granujería y los menesterosos sacan el jornal prodigioso de la ganga. ¡Viva el Rey Carlos IV, viva el Príncipe Fernando, viva Doña Bárbara, que lo ha inventado!

A las tres acude el pueblo a ese Tedéum, que jamás ha oído cantado. La voz de Luis Moreno se oye, entre la grave y baja de dos negros, como el chorro de agua entre el rumor del bosque.

Por la noche hay licor libre, de seis a siete. A los que no van al estanco se lo llevan a donde estén; hay refresco bailable en casa de la anfitriona. Pone la contradanza, aprendida en Antioquia; y luego, acompañada de Narcisa, saca las tonadillas y los bundes, los arpegios y pandereteos, que se tenían tan

guardados. La beldad africana, habituada a estas exhibiciones artísticas, se muestra, si muy en ello, muy en su puesto de negra y de esclava voluntaria. No sabe la hermosa todos los corazones que quiebra.

El prestigio y la popularidad de Doña Bárbara crecen en este día, como un escándalo. ¡Qué mujer más sabia y más rumbosa, de más industria y de más invenciones! Ni un cura echaba una leyenda como ella, ni un jefe tenía tanto don para dirigir.

Pero las cosas mejores siempre tienen su lado malo: solterona tenía que morir[1], porque ¿de dónde gallo para echarle? Siempre era mejor, para las mujeres el ser bobas y al nivel de cualquiera que les saliese. Muchas yolomberas se consuelan de su insignificancia, con tan sensatas consideraciones.

[1] Viene intensificándose el portento, que se proclama en la palabra "solterona".

XIV

La que no se consuela es Antoninita: a la aborrecida tía la tiene, esa noche, asentada en la boca del estómago. Vase a sus vecinos y compinches los Ñuridos, para ver de desfogarse un tantico, porque la invitación al refresco y al paseo del día siguiente, que de la tía ha recibido, se le ha indigestado. La grandísima ladrona la había invitado por no estar en el pueblo Zamarreta. ¡Fuérase a un cuerno con sus convites! A casa en donde le hacían el gesto al marido no tenía por qué asomar la mujer, ni las narices. Ni ella iría, tampoco, de ningún modo.

Encuentra buen ambiente: los Ñuridos, que han alcanzado sus copillas, están de gorja, por "las salvajadas yolomberas" y los papelones de Bárbara.

—Le aseguro una cosa, Antoninita —le dice el señor—. Si esa leyenda ha sido en Santiago de Rionegro[1] la bajan a piedra. ¿Dónde se han visto sayas metidas en cabildos y leyendo en público? Ni allá habían permitido esas montunadas, tan impropias y tan fuera de tiesto. ¿Acaso son bobos?

—¡Ah! ¿Pero con el viejo Pedro? —exclama su nieta—. Para él toda ridiculez que haga su Chatica es una hazaña tan grande, que todos tenemos la obligación de celebrársela. ¡Y ay del que no se la celebre! Y ¿se iba a quedar ella sin hacernos el papel de que sabe leer?

—Pero sí lee muy bonito, valga la verdad, y tiene muy buena prenuncia.

—¡Válgale Dios, vecino! ¿Conque usted, también, se dejó embotellar? ¡No sea inocente! ¿Qué va a saber leer esa loca? Sabrá lo que sabe la vieja Rosalía: tutubiar y pujar a cada palabra. Todo eso es que se lo enseñó y se lo ensayó el Marcos, para que pelara la gracia delante de la gente, como un chiquito, cuando le enseñan décimas o relatos. Eso es todo; y por eso le paga a

[1] Ver nota 1 de pág. 161.

ese bizco tan cismático. Y como ella es tan supuesta y tan fabulosa, se pone muy en ello a hacer que lee y engaña al que no la conozca... ¡Pero ni a mí ni a mis hermanas nos mete sus levas!

—¿De veras, Antoninita —injiere la Ñurida— que sus hermanas tampoco la van con ella?

—Mire, vecino: desde que estábamos en camisón se metió a casa a querernos mandar, a ponernos peros y a tomar la palabra, en todo; pero nosotros, aunque éramos unas lendejas, no nos dejamos mandar; y la rumbamos bien rumbada. Si no, ái estuviéramos de esclavas suyas, porque eso es lo más dominante y mandatario. Donde ella no dirija o mande, le parece que nada sirve. Y asina le parece al viejo Pedro. O, si no, vean lo de hoy: si su Chata no se mete en todo y echa la leyenda, ái estuviera creyendo el viejo que no había salido la tal jura. ¡No sé por qué no le ha largado la vara de una vez! ¡Valientes cosas! Por el Rey, vaya; pero miren que hacer tanto alboroto por un mocoso que no se sabe si se criará o no se criará. Me tienen tan hostigada con el tal Príncipe de Asturias, que ya lo veo hasta en el caldo de los frisoles, aunque sea hijo de su Majestad.

—¡Ah, vecina ésta, pa más sobada! ¡Qué tal que la oyera Don Pedro! Hasta en el cepo la ponía.

—Ojalá me dijera algo, ese viejo, para tener el gusto de cantarle la tabla, bien cantada. ¿Les parece que, porque es el Alcalde y abuelo mío, le voy a cargar agua en la boca? ¡Será porque no ha hecho infamias y porquerías, pautado con su Chata! ¿Les parece poco darle la mina, para que se saque el oro, para ella sola, y dejar a los otros hijos por puertas?

—Pero, entonces ¿cómo la va tan bien con Don Vicente y Luz? —averigua la Ñurida.

—Porque ella sabe tapar sus picardías con mielejejas y untándoles la mano a todos. Es que ustedes no saben lo ovejos que son sus Mercedes y lo ardilosa que es ella. Tanto mi taita como mi mamita la tienen por una santa. Y no es de agora que les ha cortado el ombligo: siempre han sido con ella cuasi como el viejo Caballero. Pues vean lo del viaje a Antioquia, de mi mamita. Cualquiera de las solteras y, hasta alguna de las casadas, podía haberla acompañado; pero les pareció que, si no se llevaban a la sabia y a la ricachona, no les aprovechaba el viaje ni salían lucidos. Ella los envuelve a todos con sus zalamerías. Qué tal será de fregada que también le ha dado raspado de jarrete a Taita Moreno, con todo lo viejo que es y con toda su picardía y sus marrullas.

—Pero ella sí les da a todos los de la familia. ¡Eso se ve!

—Sí, vecino. ¿No le digo que a todos nos unta la mano? Por muy gata y agalluda que sea, siempre le da vergüenza ser asina, y algo restituye. Pero, si nos quita, tampoco quiere estar peleada con nadie. Con las de casa tanto ha hecho, que ya están escupiendo en un mismo tiesto. Ella es el diablo de

astuta. A mí, aunque no le piso la casa, me hace mil carantoñas[1], cada vez que me ve. ¡Pero conmigo sí no le valen sus engañifas!

—No ve, vecina: si no fuera tan rabanilluda, le sacaba todo lo que quisiera.

—No, vecino: adulanta y paniaguada no puedo ser ni con los santos.

—El que se la va a sacar, con ella —dice la Ñurida— es su hermanito Martín. ¡Cómo lo tienen de intronizado y consentido y figurando desde agora!

—¡A ése, sí! Pero ái sí dio con la horma de su zapato: ái donde ven a ése, tan calzonsingente y tan cara de Virgen, es El Patas suelto. Le sacó la entraña a Taita Moreno. Ése sí le arranca a tía Barbareta, como él la llama, todo el platal que ganas le den. Y lo mesmo es con sus Mercedes y con todos. Ése sabe darle yerbas a todo el mundo: maneja chuspa requintada, lo mesmo que un grande. Por eso es tan metido. Ni los tíos, menores que él, lo han podido desbancar con Taita Moreno: le da lo mesmo que a ellos o hasta más. Si es que es igualito a él, en lo alborotado y en lo pícaro. Y la tía Barbareta, que ya está demás de quedada, todo se lo va a dejar a él solo. En casa lo hemos conversado.

—Pues quién sabe si será otra cosa —chismea el Ñurido—. Por ái dice la gente que la negra Sacramento le ha enseñado muchas brujerías, y que, desde agora, le está dando quereme sin contra al sobrino, para casarse con él, apenas está en edad. Que es del mesmo que la bruja le dio a Guadalupe.

—¡Eso, también y todo, es mucha gana de conversar! Ella será uñona y creída y fabulosa y fingida; pero ese disparate sí no le ha pasado por la cabeza. Ella quiere a Martín como si fuera su hijo, porque se puede decir que ella lo ha criado. Y él también es muy apegado a ella.

—Eso se ha visto, vecina.

—¡No digo que no! Pero yo le aseguro que eso no es cierto.

—Bueno, Antoninita —indaga la Ñurida—. ¿Sí es cierto que Bárbara tiene más de cien arrobas de oro, enterradas en la casa grande, que compró?[2]

—Tanto como cien no creo que sean. A mi Taita le he oído decir que, si ella no fuera tan bizarra y tan manirrota, sería la más acaudalada de estos lados, porque el oro que ha sacado y que saca es por quintales. Pero que a esa laya de gastos no puede guardar mucho. Ni creo, tampoco, que lo tenga enterrado. En casa del viejo tienen dos arcones, cuasi como unas camas de grandes: uno de ellos es el de la tía Bárbara.

—Pero el oro ¿dizque lo asolean en cueros, mes por mes?

[1] *carantoñas* (fam.): "halagos que se hacen a uno para conseguir de él alguna cosa" (DRA).

[2] El chisme del oro enterrado recuerda los rumores parecidos sobre el tesoro que tiene enterrado Doña Bárbara (ver Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*).

—Muy cierto, vecino; aunque yo no lo he visto. Eso lo hacen con mucho misterio, él y los negros, en un corral, que hay detrás de su cuarto.

—Y ¿sí es cierto que él y Doña Bárbara son Ayudaos?

—¡Demás de Ayudaos! Lo mesmo que Taita Moreno y los Castellanos y los Montoyas y todos los ricos de aquí.

Expone, más o menos, las teorías e historias de Sacramento, como si se tratara de la cosa más corriente y usual.

—¿Don Vicente también es Ayudao? —interroga la curiosa.

—Ni sé decirle, vecina. Él se ríe, cuando le salen con el cuento; pero, con estas cosas, todos son tan reservados, no se sabe si se ríen por disimular. Lo que es Taita Moreno y tía Bárbara se enfadan, cuando les salen con indirectas al tanto. Pero Ayudaos son. Eso se sabe y se les ve, en todo.

—Don Vicente, también. No le quede duda: no lo mueve un terremoto.

—No tanto, vecino: lo que gana en las minas lo derrocha y lo pierde en el juego. Si fuera Ayudao ganaría en todo. Dicen que Taita Moreno tiene más por el juego que por las minas. A tía Bárbara no le gusta jugar: le parece impropio de señoras. Pero, las pocas veces que juega, por complacer, se recoge toíta la plata. Es que la ayuda resulta en todo. Asina se lo vivo cantaletiando a Cancio: que se deje de esos escrúpulos que tienen los de esos lados, y que consiga un Familiar, un monicongo o lo que sea. ¡Pero él, no! Ni aun agora que se metió, con los hermanos, en esas minas de La Magdalena. Cada rato me manda razones, con los hijos de Arciniegas: que la cosa va muy bien, que tienen muchas esperanzas; pero de ái no pasa, porque las ganancias han sido ridículas. Si fuera Ayudao, ésta era la hora en que estuviéramos escupiendo en botija.

—Vea una cosa, Antoninita; en eso hace como un santo el paisano Cancio: plata, conseguida con brujerías, es polilla. Eso me lo ha explicado, muy bien, mi tío, el Padre Benito, que sabe mucho. Esos son convenios disimulados con El Patas y él los cobra, de algún modo, con el alma de uno. Muchos guaqueros son Ayudaos y han sacado hasta caciques, de oro fino, no de tumbaga. Pero a mí, aunque nunca me han resultado guacas ricas, jamás me ha tentado la dichosa ayuda. Más vale un real de oro, conseguido con buena conciencia, que una arroba con la ayuda del demonio. Los Ayudaos tienen una muerte muy horrenda. Óigame lo que me contaba mi tío Benito: en San Juan de Rodas había un tal Don Sabas Arellano, sumamente rico, porque cargaba monicongo y sabía levantarlos. Cayó enfermo, con un mal que nadie le conoció; se fue poniendo negro, que ni un carbón; perdió el habla y la conocencia; y, cuando estaba en las últimas, rodeado de sus hijos, al sol medio día, se sintió un rumbido que los dejó a todos sin sentido y un letargo muy fatigoso. Cuando recordaron, Don Sabas había desaparecido de la cama. Salieron aterrados, a ver qué contenía eso; y, de presto, echó a sentirse, por toda la casa, una jedentina y un jumero de la cosa más medrosa. Se jueron

por el jumo y echaron por una manga abajo, y, por allá, en una zanja enmalezada, toparon a Don Sabas como arao, con las güellas de las uñas en toíto el cuerpo. Ái mesmo le había arrancado el alma El Patas, y ái mesmo les dejó el zurrón. Asina mesmo fue, porque el Padre Benito no decía una mentira, ni porque lo fueran a matar. Otras muertes muy horribles ha habido, por estos tratos con El Uñetas y con espíritus malinos: ¡Es que enredarse con ellos no es cualquier cosa, Antoninita! Y, si le dan a uno plata, más feo se la cobran. ¿Usted cree, por un momento, vecina, que yo le tengo envidia a estos ricos Ayudaos de aquí? ¡Ni un pite! De envidiar, sería a los de Rionegro. Esos sí son ricos, que han conseguido, sin robar y sin brujería de ninguna laya; eso sí es gente que vale, a conforme tiene. Aquí no le cargan miedo a la brujería, y, cualquier día los denuncian y son perdidos. Usted sabe, vecina, que en España y aquí en Cartagena al que cogen en brujería lo queman vivo, hasta que se vuelva chicharrón. Por eso, Antoninita, deje que Cancio pase trabajos, sin ayuda mala. ¡Ái está mi Dios!

—Sí, Rosendo. Él sabrá; y los Ayudaos se entenderán con Él. A nosotros no nos toca meternos en estas cosas.

Las del camarada Querubín ya se le van asentando y piensa cómo le manda, antes de retirarse, un puyazo que le arda. A ésas entra el mequetrefe de Castor Camilo.

—¡Valientes horas de venir!

—¡Ah! Pes como hay fiestas riales, yo me jui a vigiar el refresco. No hubieron más juras, a como yo pensaba, y no puede completar pa la'muda.

—¿Y qué viste?

—¿Vusté y mi mama no vieron, pues? Yo los vide, pu-ái, asomaos.

—Por ái pasamos, no más. No semos perros velones, pa'metenos onde no nos llaman.

—Pes del refresco no me tocó más que dos cosas. Más bien taban sabrosas; pero tan medianas que me las també de dos bocaos.

—¡Te fuistes a velar, como si no hubieras visto comida! ¡Este garoso que jamás se le llena la tripa!

—¡No alevante, mama! Ái compartieron los negros; y a yo me dieron, sin velar; pero un zambo me pisó el dedo que se me había trompezao, en la jura postrera; y a yo me dio rabia y nos echamos cocas. Oh, mama: ¿sí haberá pa' la muda, aunque sea entrefina?

—Ya te dije que sí.

—Pero a la chamarra me le hace bolsicos ¿ya l'oye? Oh, papa: ¿vusté por qué no es rico, pa'qu'eche jura, en fiestas, como los blancos prencipales?

—Porque no soy Ayudao.

—¿Cómo es Ayudao, papa?

—¡Ah, ah, Castor Camilo! —salta la Ñurida—. No venga a preguntar chocancias, delante de los mayores; y vaya acuéstese, que es muy tarde.

Procesa Yalí, la edecana de Naciancena, una india tahamí[1], de las que llaman ladinas, medio viejona ella, muy conversetas y marisabidilla, asoma en la puerta, embozada en su mantellina.

—¡Eh, misiá Antoninita! ¿Vusté por qué no fue al refresco?

—No voy a reuniones, cuando no está aquí Cancio.

—Contá a ver qué viste, Procesa, y sentate en el baúl.

—¡María Santa, Ñor Don Rosendo! Nian yo saberé decile. Esu-es la cosa pa'más linda que se haberá visto en este sitio. Yo me vine, porque los señores menestían el portalón, pa'tomar la fresca, y nos rumbaron pa'la calle. Go, si no, allá estuviera guindada, como mico, de esas ventanas. Toíto el señorío prencipal est'allá; y'eso es tocar y tocar, esa banda, y los negros repartir cosas di-horno, di-una y'otra laya, y copadas de vino. Esu-es una luminaria, más mejor que las di-una iglesia en salve. Vean: esas cosas, que guindan en el salón, se caen de velas. ¡Agora esos bailes, Ñor Don Rosendo! Echaron una cosa, entre ocho señores y ocho señoras, quizqu'es la contriadanza; y ái salían y se hacían venias y s'iban enredando, todos, de lo más parejo y lo más bonito. En después, agarró la guitarra la Niña Bárbara y la negra Narcisa la pandereta; y echaron a sacar sones, y, de pronto, se largaron a cantar, las dos juntas ¡que no le digo! ¡Esas sí son tonadas! La negra canta delgadito y la niña grueso, lo mesmo que un hombre. Y ái verá: esos dos cantidos empatan de lo más precioso. En después se sentó la niña en un tabrete y echó a ventiase, con mucho orgullo, como quien sopla candela con el cuero, con una cosa ái que si-abre y se recoge, asina como hacen las chapolas con las alitas; pero mucho más grandísima y más linda. A un ratico la sacó al puesto el padre de su Mercé, misiá Antoninita; y bailaron como haciendo el son con los zapatos, todos dos, y ella con las castañetas, de p'arriba y de p'abajo. ¡María Madre! ¡Valiente moda de poner el cuerpo y de hacer movenciones[2] tiene esa niña! Al último, dejó los sones y se alzó la saya, pa'sacar bien los pies y zapatiar bien ligero. Eso sí fue lo que más le agradó a la gente.

—¿Y eso qué laya de baile es, Antoninita? —pregunta el Ñurido, con gesto despectivo.

—El zapateo de Cádiz.

—Pues en Rionegro no bailan esa montunada.

—¡Qué la van a bailar! Esa montunada la trujeron de España mis dos

[1] "Los tahamíes ocupaban los lugares medianeros al Porce y al Magdalena, es decir, la parte oriental del Estado" (Manuel Uribe Angel, *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia*, París, 1885, pág. 506).

[2] *movenciones*: movimientos (UU). No aparece en DRA.

abuelos sevillanos, que son unos montunos y se la enseñaron a otros montunos de aquí.

—¡Sí, lo sabía, Antoninita! Era por picarla. Bueno, Procesa, ¿y estaba muy bonita la Niña Bárbara?

—¡María Madre, Ñor Don Rosendo! Y'eso que de rostro no es tan perfeuta, como la Niña Pilar y la Niña Polonia; pero ese cuerpo, tan fanfarrón él, y'esa garganta y esos brazos, que parecen unos alabastros, no los va teniendo cualquier bonita, asina a ojo. ¡Agora si le vieran esa ropa! Esa sí les echó la pata a toítas. Ya vieron hoy, cuando subió al tablao. Pes esta noche está más galana y se revistió con otro camisón y con más oro. Esu-es como una morselina con flores que relumbran, asina como el vestido de la Santa Bárbara nueva. Los aritones le gulunguean hasta el pecho y, en la cabeza, le temblequean unos ramos di-oro ¡que quién sabe cuánto valerán! ¿Por qué no van a asomasen un ratico? Ella debe estar bailando, entuavía.

—Pero ¡cómo estará de jedionda, con esas fuentes, que dizque no hay quien se las aguante!

—¿Qué es lo que dice, Naciancena? —estalla Doña Antonina—. Hágame el favor de repetir, porque no le entiendo.

—¡Eh, Antoninita! ¡Se viene a hacer de las nuevas, usted, que no les tapa nada! ¡Y no dizque carga agua en la boca! ¡Jú! ¡Jú!

—Pues, si no me lo explica, no sé lo que quiere decir.

—¡Valiente novedad! Todo el mundo sabe, en Yolombó, que la negra Sacramento le abrió a Bárbara una fuente en cada pierna; y que aquí, tienen fuente Luz, Rosalía, la Alcabaleta y cuasi todas las principales, porque en ese clima, tan enfermo, es como pueden vivir alentadas, porque por ái supuran los malos humores y la materia corrompida.

—¡La materia corrompida la tendrés vos y toda tu ralea, zamba atrevida y lengüilarga —barbota frenética, y, lanzándosele como una tigre, la levanta de la greña, le ajusta una tanda de sopapos y la despatarra en la tarima—. ¡Es pa'que aprendás a respetar las señoras, mugrosa tolerada!

—¡Socorro! ¡Socorro! —chilla la india flechándose a la calle—. Socorro, que están matando a mi señá Naciancena.

—¡Viene a maltratar a mi señora, porque la ve delgadita! —salta el Ñurido, desencajado, a recoger a su dama—. ¡Barajo con las matronas yolomberas! ¡Esta dizque es la nobleza de aquí! ¡Hasta cuchilleras serán todas éstas!

—¡Callá la boca vos, Ñurido, porque también chupás[1], conmigo! Vos sos un sinvergüenza, fundillirroto, que no ganás ni con qué comprar unos calzones. No te has muerto de hambre, porque esta zamba te mantiene.

[1] *chupar*: padecer, aguantar (UU). No aparece en DRA este significado (ver la frase final del cuento *Simón el Mago*: —Sí, mi amiguito: todo el que quiere volar, como usted... *chupa!*).

Bótase a la calle, plantifícase en la puerta de su casa, que está al frente; y, de puerta a puerta, siguen los floreos, a grito pelado, ante la gente que por ensalmo se reúne.

—¡Esto es lo que uno saca de hablarle a la gentuza!

—¡La trató de lengüilarga y ella habla hasta de los abuelos!

—¡Vos también hablarías de los tuyos, si los tuvieras, zambo bastardo! ¡Ni vos sabés quién es tu taita, caratejo asqueroso! Te parece que no sabemos que sos hijo de Ña Cuncia Querubín, la vieja más vagamunda del tal Rionegro.

—¡Del tal Rionegro! ¡Já! ¡Já! Ya se quisieran un pedacito pa oír misa, los que viven en este mugrero. ¡Por mal de mis pecados vine yo a dar a esta maldita bodega!

Él que dice, y la gritería que se arma y la piedra que llueve y los Ñuridos que se atrancan. Que nadie les había tocado cacho; que se largaran a jeder lejos o los sacaban a palos.

A eso, cuatro negros con cuatro faroles, Fiel con sus horqueteros y Don Pedro, en persona, con el Secretario, el Juez Letrado y medio baile.

—¡Quietos todos! ¡Y silencio! ¿A ver qué es el escándalo?

—¡Qué ha de ser, su Merced! Que tuve que darle en la jeta a mi señora Doña Naciancena Aldana de Querubín, porque tuvo la bondad de decirme, en mi propia cara, que las nobles de aquí somos unas hediondas, que nos abrimos fuentes, para no podrirnos con la postema corrompida que tenemos en el cuerpo. Pero me faltó darle al caballero Don Rosendo Querubín, el más esclarecido de Rionegro. Me acaba de decir que todos los de aquí somos unos montunos indecentes, y que los caudales de los ricos yolomberos son conseguidos con la ayuda del diablo y que va a alzar con todos a la hora de la muerte, como hizo con Don Sabas Arellano, un Ayudao de San Juan de Rodas; y que si los acusan, su Majestad los hace quemar vivos, a todos, por brujos y Ayudaos. Y él es un sabio muy grande. ¡Figúrense! ¡Con todo lo que le enseñó su tío, el Padre Benito Lerzundi, que sabe más que Salomón!

Murmullo e inquietud.

"¡Silencio he mandado! Despeje Fiel, hasta la esquina."

Eso corre sólo con la plebe. Los nobles rodean al Jefe. A ésas, Don Vicente.

—¡Hija, por Dios! ¡No me hagas desesperar! ¡Éntrate!

—Sí, Antonina —ordena el abuelo—. Te lo mando como autoridad.

Obedece. Don Vicente cierra la puerta y se guarda la llave. Don Pedro, con toda su flema, no sabe cómo obrar. Siente vergüenza al par que indignación. Conoce a su nieta: la tiene por malalengua y verdulera, por imprudente e iracunda; pero la acusación que acaba de oírle no se le hace falsa

ni siquiera exagerada. Ella no podía inventar, de pronto, todas esas barbaridades, fuera de que él tenía ciertos datos. ¿Debería recusarse, en este caso tan especial, y llamar al Sotalcalde?

Al ver la ira de la gente, se le viene a la memoria la vieja apedreada, por lapidadores hasta entonces ignorados. Ve en pedazos a los Ñuridos y al hijo. Ni a la india Procesa la cree segura. Si no obraba con mucho tino y no intimidaba a esa clase revuelta, tan desalmada y rencorosa, desde esa misma noche podían asaltar esa casucha, tan mal cerrada. El mismo Querubín podía entrarse por el solar de la casa de su nieta, vengarse de algún modo y tomar las de Villadiego. Posible era, también, que, cualquier día, algún noble, ofendido con el canalla, le diera unos azotes y sobreviniera de ello alguna desgracia. ¡Valiérale Dios con los Ñuridos, con esa nieta tan aplebeyada y feróstica y con estas urgencias tan apremiantes! Si obraba con todas las fórmulas y autos escritos, ahí quedaba la eterna constancia de los arrebatos bochornosos de esa tontorrona. Si no obraba, pasaría por Alcalde encubridor de las faltas de sus allegados. Pero, en fin, para algo tenía facultades anchas y ... vinieran consecuencias.

Llama al Secretario, a dos testigos, a dos faroleros. Golpeando con la vara en la puerta de Rosendo, vocea, autoritario: "¡La Justicia del Rey!"

Rosendo abre, más muerto que vivo. Los seis entran, sombrero en mano.

—Haga salir a la señora maltratada, para reconocerla.

—No merece la pena, señor Alcalde.

—Hágale salir, le digo.

La india, recostada en el poste del corredorcito interior tiembla, como con tercianas. Por entre los trapos, que velan el aposento, sale la Ñurida, toda trémula y lacrimosa. Alúmbranle, examínanle aquella cara flacuchenta, que el livor amortigua. Nada que valga: aruñetazos más o menos cruentos, amagos de cardenales y de hinchazón. No es para multarse la muñeca de esa hidalga, trompadachina e impulsiva.

"Oigan, pues, lo que voy a decirles: a ustedes se les ha acogido aquí muy bien; pero no han querido o no han sabido corresponder. Desde hace días tengo noticia que han lanzado palabras injuriosas y burlas contra la nobleza y contra el pueblo en general; y que usted, Rosendo, me llama "Don Pedro, el Cruel"[1]. Ni el señor cura ni yo les hemos hecho ninguna advertencia sobre el particular, porque pensamos que no pasaría adelante y para que no nos creyeran muy severos y exigentes con los forasteros pobres. Pero en estos días, precisamente, he estado por advertírselo, porque he sabido que se han hecho a odios y rencores por sus expresiones ofensivas. La indignación que acaban de levantar les probará que aquí no los quieren. Pues bueno: agora los amonesto, bajo penas muy severas, ante el señor Secretario y los caballeros que me

[1] Don Pedro el Cruel (1334-1369), Rey de Castilla.

acompañan, a que se abstengan mientras permanezcan aquí, de proferir palabras, contra ninguna persona ni ninguna cosa o costumbre de este pueblo. Fuera de este Distrito tienen la boca libre, para decir lo que se les antoje. Si me quieren acusar, les doy permiso, desde agora mesmo. Ahí están, para oírlos, el Gobernador de la Provincia, el Virrey o su Majestad. Si nos quieren acusar a varios de aquí, por brujería y pactos con el diablo, ahí está la Santa Inquisición, en Cartagena de Indias[1]. Casualmente agora está muy alarmada, porque en Europa se ha levantado mucha incredulidad e irreligión[2]. Esto se lo habrá escrito, a usted, su tío y maestro el Padre Benito Lerzundi. En cuanto a la riña, entre ustedes y mi nieta, oigan mi sentencia: ella o su marido o su padre pagarán, inmediatamente, una multa de cien patacones, es a saber: la mitad para las cajas reales y la otra mitad para la tesorería del Distrito. Bien merecen ustedes algún castigo, por sus apodos e irrespetos a mi autoridad, y por las falsedades tan afrentosas que han levantado contra señoras y caballeros, muy respetables, y con las provocaciones con que acaban de obligar a mi nieta a una falta, muy impropia y reprensible, en una hidalga de su clase. Pero se trata de un asunto en que soy cuasi parte, y, por eso, no les impongo a ustedes la menor pena. No quiero que se diga, después, que me he valido de mi autoridad, para vengar ofensas a mi familia y a mí mesmo. En cuanto a los males que puedan hacerles los enemigos que ustedes mesmos se han buscado, por chismosos y censores, no tengan el menor cuidado; mientras yo sea Alcalde, nadie les tocará un pelo ni les dirá una palabra, ni les hará un gesto que pueda molestarlos. Esta noche les haré guardar, por dos alguaciles, el frente de la casa y el cerco del solar. Asina es que, agora mesmo, se recogen tranquilos y nadie me da un paso fuera de la casa, como no sea para pedir sacramentos. Mañana, de siete a ocho, me hacen el favor de esperarme, porque tengo que tratar con ustedes un asunto, no como Justicia Mayor, sino como particular. Siento mucho todo lo sucedido y... buenas noches".

Deja los gendarmes y se va al despacho a propia hora. Hace redoblar el tambor por las esquinas de la plaza y Tigre arriba. Son las diez; y las gentes salen de sus casas y, unidas a las que trasiegan por ahí, con motivo del baile, se agolpan frente a la Alcaldía. El mismo Don Pedro echa el bando.

Ni gestos ni golpes ni palabras ni cantos ni chiflidos ni guiños ofensivos a los cuatro Ñuridos; no tirar a la casa ni una hoja ni una arena, ni una escupa; en la pared, ni raya, ni rasguño, ni cosa que moje, manche o chafe; frente a ella no se les permite hacer nada ni a los perros. Todo menor de catorce años que infrinja el mandato, sufrirá doce azotes, en vergüenza pública, si es varón; si es varona, los sufrirá en el solar de la Alcaldía. En ambos casos pagarán multas los padres respectivos a discreción de la autoridad. Si los

[1] La Santa Inquisición funcionaba en tierras españolas hasta principios del siglo xix.

[2] Don Pedro se refiere a los productos ideológicos del Siglo de las Luces.

infractores son de quince años para arriba, la cosa es seria: seis días de cepo para los machos; seis de cárcel para las hembras, a pan y agua ellos y ellas, por los días de la pena. El bando no excluye ni a los dos sevillanos[1].

¡Qué susto el de las gentes que no han podido salir! Por las ventanas asoman las caras con tamaños ojos. Desde esa reja, alguna vez tan enramada, averiguan, con todo bulto, la Niña y Doña Gregoria. Por fin pasa el platero y les cuenta.

—¡Gracias a Dios, Marquitos, que no es más que eso! Véanos, todavía, con el temblor de la muerte. Creí, firmemente, que los indios de estos montes de abajo se habían levantado, agora, con el Rey nuevo, para no pagar el tributo, y que iban a hacer exterminios en esos pobrecitos. Y ¿quedó muy aporriada la pobre Ñurida?

—¡Qué aporriada, Doña Gregoria! Apenas dizque la aruñó.

—¡Gracias a mi Dios! Con todo lo acuerpada y maciza que es la Cayubrita, arriesgó hasta a apagarle una vista. ¡Siempre me da mucha de la lástima con esa pobre! Recordame, mañana, Felisindita, pa'que le mandemos una caspiroleta, bien confortativa.

—¡Hasta la matan, Doña Gregoria, si se mete en ésas! Es que no ha visto cómo está esta gente con los Ñuridos.

—Por eso mesmo me da más lástima. Pero ¡benditos sean mi Dios y su Majestad que nos pusieron un mandatario como el Capitán! Yo lo vivo diciendo, Marquitos: al tanto habrá, en las dos Américas, quien mande más bonito y con más advertencia que Pedro Caballero. ¡Eso es mucho hombre! Si no fuera por este bando tan a tiempo, apandillan a esos pobres, porque aquí siempre hay algunos cristianos muy caudillos y muy fatales, aunque me esté mal el decirlo. Y vea las cosas, Marquitos: venir a acabar esta jura tan famosa y tan solemne, con este entripao tan maluco. ¡Cómo estaría la Barbarita de confundida! Allá dizque estaba en el baile, como una reina.

—Muy majestuosa, muy lucida y muy maja. Ella baila como una bailarina de España. Y en el baile se le ve la nobleza, más que en todo.

—¡Es que con ese garabato y ese oído ni gracia es! Y ¿qué me dice de ese modo de leer décimas?

—¡Primoroso, Doña Gregoria! Como yo no lo había oído.

—Sí que me huelga oírle eso, Marquitos, porque usted sí entiende de estas cosas. ¡Dichoso el hombre que se case con ese tesoro de mujer!

—¿Y sí se casará, todavía?

—¡Demás, Marquitos! Ella no es una criatura en agüita; pero está en la

[1] Ya que por lo común los decretos se aplicaban en forma discriminatoria ("los castigos sólo se hicieron para los infelices", pág. 249), se debe señalar que en este caso el bando no excluía "ni a los dos sevillanos".

edad propia de agradar. Verá que le sale el novio cuando menos se piense[1]. Mi Dios no iba a hacer una mujer tan llena de atractivos y de virtudes, para solterona. A las que hemos de ser solteronas nos hace de otro modo. O, si no, véanos a Liboria y a mí: desde que tuvimos uso de razón vimos que éramos muy feas, muy bobas y sin gracia de ninguna laya, sobre todo yo, porque ella siquiera ha tenido pico, a ratos. Y por eso hemos vivido, hasta la fecha, tan despensionadas de los hombres, como ellos de nosotras. Vea esta Felisinda tan tranquila: asina hemos sido nosotras.

—¡Ajá, tía! ¿Y yo para qué me iba a embelecar? ¡Será por tan linda y tan preciosa!

—Pero, asina solteras, han vivido muy felices, Doña Gregoria.

—Más bien, Marquitos, asina tan pobres. Uno debe vivir muy contento en el puesto en que el Señor lo tiene y no amalayar lo que no debe ser para uno. Desde que se nos cerró la güerfandá hemos tenido que trabajar, como negras, para poder ganar el bocado. Y muy a gusto. Mi Dios es tan bueno, que nunca nos ha dejado enfermar; y, agora que estamos tan patoniadas y con un pie en la sepoltura, nos mandó este ángel de Barbarita, que nos socorre y nos da hasta para botar, porque esa sí es la caridad andando. Por eso le da mi Dios por arrobas. Y dispense, Marquitos, que lo haya parado, a estas horas, con estos coloquios, tan interesantes.

—Muy divertido he estado con sus cosas, Doña Gregoria. Duerman tranquilas que los indios no se alborotan. Y hasta mañana.

Mucho más conturbada que la protegida se encuentra la protectora. Eso es con todo y llanto, y, ni las consideraciones de Liborita, que la acompaña y ayuda en tantas labores, son poderosas a consolarla. Suspenderse una fiesta tan aristocrática y de tanto significado, por un escándalo canallesco y con una sobrina suya, nieta del jefe del lugar, parecía inconcebible. ¿Un noble echando cocas? ¡Qué vergüenza! Cómo estaría gozando el zamberío, que pretendía pasar por blanco. ¡Qué fatales eran los matrimonios desiguales![2] La Cayubra se había enzambado hasta ponerse más abajo de su marido. Si esa terca hubiera aprendido a leer y a escribir, como sus hermanas, se estimaría lo bastante, así casada con un cinchado, para no meterse en migas con cualquier gente y no dejarse llevar de esas iras tan mandingas y tan de mujerzuelas. Eso había sido una escena, más para merienda de libertos que para riña de comadres. Si ella pudiera tener ese genio de Luz, que sólo sufría con

[1] Entretejiendo íntimamente dos elementos centrales de la obsesión de Bárbara, el autor sigue preparando la intervención de Fernando.

[2] El conflicto vulgar entre su sobrina y la Ñurida corrobora la convicción de Bárbara de que no sirven los matrimonios desiguales, cimentando su propia determinación obsesiva de contraer matrimonio con un español noble (ver "Pues no señor: Bárbara Caballero y Alzate se armaba con un español de verdad o vestía santos").

menudencias y picaduras de pulgas. ¿Pues no se oponía, la muy chicuela, a que se dejase el paseo al Salto? Pero ¡ni riesgo! Ni ella, ni ningún otro, de la casa, estaba para presentarse, al día siguiente, en regocijos y bromas. ¿Con qué cara, con qué corazón? Los invitados la excusarían, de hecho, en vista de inconveniente tan insuperable. Cada cual recibiría su botella y su tapado, bien surtido, de los fiambres preparados. Pero el bunde de "Los diablitos rabilargos", con que iba a dar otro golpe, se quedaba entre la guitarra. El mantelo blanco de flecones, el sombrerito de Cuba con cintas en cola y ése traje calentano, última creación de Serafina, no deslumbrarían, al día siguiente, ni a las canarias ni a esa Alcabalera, tan preponderante. ¡Todo fuera por Dios! Más se había perdido en el diluvio, y el día del juicio no era al otro. Lo esencial de la fiesta había salido a maravilla: su Majestad y ésa criatura divina estaban reconocidas y juradas, por Yolombó entero. Ella había tenido la dicha de poner su firma, tan patente y tan pareja, en esa diligencia tan trascendente. ¡Dichosa firma, dichoso ese "Bárbara Caballero" que iba a partir para España, tal vez para ser cogida por las manitas del nuevo Niño Dios! La Reina era tan buena y tan querida, que hasta le pondría el papel para que él hiciera el de leerlo. ¡Cómo sería de bella el habla de esa criatura!

XV

Los que no le topan la comba al palo son los infelices Ñuridos.

Todas las seguridades y promesas de Don Pedro se las ha desvirtuado, por completo, esa cita tan extraña del final. Si no venía a buscarlos, a la mañana siguiente, como Alcalde, sino como particular ¿a qué otra cosa podía venir más que a ejercer con ellos una venganza que, como autoridad, le estaba muy vedada? Cosa más clara y más lógica. Ésta sería la hora en que habría entregado la vara al sustituto, para quedar en libertad de hacerles todos los males que su rabia le inspirase. Esos chapetones eran tan espantosos. Les parecía que matar a un cristiano, de por aquí, era lo mismo que echarle bala a un animal del monte. Ese permiso excepcional y único, que el tirano les había concedido de salir esa noche, si necesitaban auxilios sacramentales, se le antoja a la Ñurida un embuchado de cosas hórridas y tremendas. El hombre terrible y solapado les había dicho, con su disimulo y sus engaños, que arreglasen sus cuentas con Dios, si no querían morir en pecado mortal. Tanto se le ahonda y se le apura la fúnebre cavilación, que se siente, ni más ni menos, que en capilla. Ahí yace, en el camastro, entre gemidos y quebrantos, como atacada de baile de San Vito.

Siéntase en el borde, sacude las canillas, para ver de contrarrestar el temblor que le gana pierna arriba. Castor Camilo puja, en la tarima; gime la india, en su estera, que ha tendido en la sala, junto a la entrada del aposentillo. El Ñurido, sentado en el baúl, semeja el Señor de la Piedra. Los dos horqueteros tosen en la calle y los currucutúes lanzan, de cuando en vez, sus croajares melancólicos.

—Oiga, m'hijo, ese animal tan medroso. ¡Y con esta oscurana! ... Vea, a ver si pueden encender el candil.

—¡Hole, Procesa! —llama el marido—. Levantate y andá a la cocina, vos que sabés cómo enterrates, sacate un tizón y traelo, bien prendido.

—¡Sí! ¡Pa'que se cuelen esos horqueteros, por la talanquera, y me prendan a yo, pa'llevame pa'la cárcel!

—Andá vos, Castor Camilo. No te hagas el dormido.

—¡Eh! A yo m'está doliendo mucho este trompezón. ¿Por qué no va vusté? ¿Pa'qué se meten en sus moliendas?

—¡Este descomedido, tan desconsiderado! ¡Comé muda nueva!

—Pes ¿nu-es con plata mía? Ni le da a uno ni deja comprar con lo di-uno.

—Cállese la boca, m'hijo, y respete a su taita.

Al fin, el Cid Campeador[1] y la india se arrestan a salir hasta la cocina. Tornan a poco; él, tembloroso; ella, volea que volea el tizón alumbrador. Mas esos labios convulsionados no soplan de servir, y la llama no resulta. Las pajuelas —esos palillos aceitados, fósforos de entonces—, no las topan. Por fin, a fuerza de sacarle punta al mecho, de arrimarlo al tizón, de pujar y echar afuera el poco aliento de que disponen, consiguen el milagro. Pero cátame que esa llamita tan descolorida y enfermiza se le hace a la cuitada más espantable que la tiniebla cerrada; y el gimoteo se le apura.

—¡Por la Virgen, m'hijo! Por qué no va, en un vuelo y se traye al Padre Lugo, y, antes, que se venga con el Santo Óleo. ¡Yo estoy muy mala! Tiénteme el corazón, pa'que vea que no son aprehensiones mías. Me va ganando por el espinazo una congoja helada, que será el yelo de agonía. ¡Vea que ya me voy entiesando!

En efecto, los brazos y las piernas están rígidos. Rosendo, tan aterrado como ella, la soba, la estriega, la sacude, la levanta. Ase de una "jíquera", que cuelga junto a la cama, y, estregón hacia arriba, estregón hacia abajo, consigue medio debelar aquellos nervios amotinados.

—¿No ve, m'hijita, que nu-es nada? Es que vusté se muere del susto y me hace morir a mí. Eche, yo le pongo los alpargates, pa'que se pare y se mueva y camine.

Dicho y hecho. La pasea, abrazada, del cuarto a la sala y voltean aquí y allá, no muy seguros, ni conductor ni conducida; pero la muerte se aleja un tantico de la Ñurida. Siéntala en la tarima y principia el sobijo tierno y acariciador.

—¡Pues no ve, m'hija! Ya está buena. Y quería que yo le fuera a desobedecer a ese hombre, o que estos horqueteros, paniaguados por él, me descalabraran de un palazo. Es que vusté no sabe cómo se ponen de abusivos, a lo que se ven con mando.

—Vusté se me está haciendo muy tranquilo. ¡Jí! ¡Jí! Pero allá verá que él sale de nosotros, de algún modo. A él ¿qué se le da, si es el cabecilla y el

[1] Rodrigo Díaz de Vivar (¿1043?-1099), héroe semi-legendario de la reconquista española.

mandón? Tal vez no será degollaos; pero nos cuelga de esta viga y nos da tormento; y yo, tan flaca, no aguanto. Hasta será mejor que nos dé toma de solimán o de algún veneno pior. También será pa'desafialo a vusté y matalo en la pelea; porque ¿vusté cómo hace pa'defendese? Hasta será con vusté solo, pa'dejame viuda y lóbrega en este pueblo enemigo.

El llanto, de puro afluente, la desataca.

—No lleve las cosas a ese punto. Allá verá que de unos azotes no pasa. Traerá dos negros para que nos tengan. A mí será a calzón quitao y a vusté a nagua subida. Esto es todo.

—¡No ve, m'hijo! —le murmura, menos lastimera—. Vusté que se puso a echar del tal zapatero de Cádiz y de los Ayudaos de aquí, pa'que se calentara esa Cayubra.

—¡No es cayubra sino alacrana! ¡Valiente lengua tan puerca la de esa mondongona! Pero no fue por lo mío. ¿No vio que fue por ese enredo suyo de las fuentes? Eso ¿sí es cierto, o es prevención?

—Será de todo, m'hijo. Cuando ésta contó lo creída que estaba la tal Bárbara, en el dichoso baile, se me salió ese dicho. Es que esa orgullosota no nos ha voltiado a ver, tan siquiera. Asina fue la cosa. Y aquí la estamos pagando con el Taita.

—La culpa la tiene esta india, que salió haciendo sus escándalos, pa'que se amontonara la gente. Si no, ni se hubiera sabido. Hay que salir de esta boba, mañana mesmo, porque, cualquier día, nos vuelve a meter en otro caldo pior. Es que es tan salvaje.

—No me regañe, Ñor Rosendo, que yo estoy padeciendo mucho —gimotea a moco y baba—. Yo no soy culpante. Yo ¿qué iba a saber? A yo me pañó mucho del susto, cuando vide que esa señora, tan macuenca, se le abalanzó a misá Nazancena, tan medianita. Pero güeno: si me quiere rumbar, yo me gano pal'monte, onde mis hijas, manque esté tan aquerenciada con vustedes y en este sitio, tan amañable, donde hay que vigiar tanta cosa bonita. Con el rial que me restan, de la media semana, no mi-alcanza pa'poneme allá; pero yo garoseo, pu-ái, plántano biche, go le pido a los pasajeros.

Y sigue el moqueo y sigue la gemebunda letanía.

—¡Callá esa jeta, animal de cuatro patas, que nos tenés con la cabeza entamborada!

—Me callo, pues, si asina me lo manda, Ñor Don Rosendo.

—¡Caray con la fregancia que han cogido! —rezonga el chuchumeco de Castor Camilo, saliendo del cuartucho, en la mera chamarreta—. Será porque a uno no l'está doliendo este trompezón tan verdugo. Echan ái sus peleas, pa'quedasen, en después, pendejiando. Y pa'eso que determinaron prender ese diajo de candil, que güele tan jediondo. ¡Fo! ¡Fo!

—¡Volvete pa'tu cama, embelequero! ¿No te da vergüenza levantate asina, tan deshonesto?

—¡Pes no me vea!

—¡Volvete, te digo!

—Sí. ¡Por tanto que dejan dormir! ...

—¡Volvete, desobediente! —le grita, empujándolo hasta la pared.

—¡Eso sí! Pa'estrujar a uno si'stá pronto; pero, cuando esa zamba se le vino a mi mama, sí no jue pa'defendela.

—¡Grosero! ¡Inrespetuoso! ¡Falto de rejo! Tirá pa'la cama o te sale por un ojo.

—No me voy. ¡Será por tanto que le da a uno! ¡Ni-an a mi mama!

El Ñurido salta, electrizado por la ira; lo agarra de los molledos, y, con la fuerza que da la locura, lo acogota y lo dobla en la tarima, boca abajo. La chillería de las dos mujeres, los bufidos del rebelde, escandalizan la calleja.

El Ñurido ve a la mano sus albarcas guaqueras; va a alcanzarlas para administrar sus justicias, y el reo se le encabrita, brinca hasta la puerta, quita la tranca y se arma.

—¡Arrimá, maldito! —articula ahogado—. ¡Arrimá pa'que sepás con quién te metés!

La puerta se abre y aparece un horquetero.

—¿Es pelea, gu qué?

—¡Este Ñurido mugroso, que me quería pegar!

El liberto se pasma y luego exclama:

—¡María Santísima, Don Rosendo! A vusté sí se le acabaron los calzones con este langarutico rabioso. Mío había de ser este arrimao y no le queda güeso sano.

—¿A vos qué te importa que yo sea arrimao y langaruto[1], negro asqueroso? ¡Porque lo ponen ái, con una horqueta, quiere soperialo todo!

—Estuvieras en la calle y yo te enseñaba a respetar. Pero mañana has de salir.

—Jale con él, Cifuentes, agora mesmo, y llévveselo a Don Pedro, pa'que me lo castigue.

¡Tú que le permites! No le vale la tranca. Eso es como pollo a quien alza el gavilán. En la calle se les une otro horquetero; luego, Fiel, y cuatro más, con dos faroles. Vuelan a casa del Alcalde, golpean en su ventana, según consigna en tales casos. El rostro de la autoridad real asoma por un postigo.

[1] *langaruto* (fam.): larguirucho (DRA).

—¡Ah! ¿Es con Rivillitas, el protegido de la señora Naciancena? Asina será ello.

Cifuentes informa.

—¿Conque me lo envía el señor Don Rosendo, para que le haga el remedio que él y su mujer no le han hecho nunca? ¡Ajá! Le conviene; se lo pide el cuerpo.

Da la fórmula y se la aplican, luego al punto, a la vista del médico, en la calle y a las luces que se filtran por los trapos de las farolas.

Sí señor: tendido, boca abajo, cuan largo es, en la banquilla recia y patiabierta de las azotainas legales, que han traído, en un periquete, le aplican, con el vergajote ritual, diez lapos, en esa parte, que, merced a su indecoro, lleva al sereno. El indómito puja; pero no da un ay.

—Bueno: agora me lo llevan al pulguero, a que duerma en la banca a pierna pelada. Con esta soba y el frío del amanecer, se levanta curado. Allá me lo tienen, hasta nueva orden.

El liberto insultado, al conducirlo, le canturrea, con pausada zandunga, muy bien subrayado y con aire de "monos ":

Esto decía la Reina,
Al regresar de la cita:
"Cuando el rabo quiere rejo
El mesmo lo solicita".

Cuando a la suya acude Don Pedro el Cruel, no puede menos de compadecer a los Ñuridos: dijérase dos convalecientes de tifo. A esa cara castigada la abigarran cardenales verdes y morados. Una vez en el estrado justiciero, que es un taburete fementido, con asiento de tabla, se produce:

—Como soy brujo y Ayudao, oí todo lo que dijeron y conversaron anoche. No se han equivocado: vengo a vengarme de ustedes; pero no es con desafío, ni con azotes ni con veneno, sino a aconsejarles que vendan la casa y que desocupen el lugar, antes de tres días. Diga, pues, señor Don Rosendo, cuánto pide por esta finca, para que.la venda hoy mesmo, porque hay quien la compre. Pida lo justo, para evitar las demoras del avalúo y puedan irse pasómañana.

¡El pasmo de estas dos ánimas que salen del Purgatorio, tan inopinadamente! Al fin logra musitar el Ñurido:

—Pues, señor Alcalde: esta casita, con su solar, que es más bien grande, no la vendemos, esta Naciancena y yo, en menos de quince onzas.

—No vale tanto; pero no hay que andarnos, agora, con reparos. Hoy mesmo los llamo, para que vayan a firmar la escritura. Les pongo a la pata al horquetero Cifuentes, para que den sus vueltas de viaje, con toda tranquili-

dad. Los Arciniegas les consiguen las indias de carga que necesiten. Les anticipo lo que tenga aquí.

Saca la chuspa y pone cuatro onzas en la mesa.

—Pasado mañana, oscuro, oscuro, se madrugan. Les doy dos custodios, con escopetas, para que los saquen hasta tres leguas del lugar, por el camino que sea. Les aconsejo que se vuelvan para su tierra. Ustedes, con esa lengua que tienen, no son para vivir en tierra extraña. Y sepan y entiendan que las paredes tienen oídos. Debo advertirles otra cosa, porque es mi obligación. Su Majestad y el Consejo de Indias encargan siempre que se corrijan los niños mal inclinados, a fin de que no resulten criminales. Este huérfano que ustedes han recogido, es terrible y de pésima ralea; su padre, Serapio Rivillas, nos dio mucho que hacer, hasta que murió en cadenas, por riñas y heridas. Ustedes, en vez de enderezar a este muchachito, lo han torcido más, con mimos y consentimientos que él no merece. Son varias las quejas que tengo contra él, por buscarruidos, altanero, peleador y uñoncito. Nada les había advertido, porque me figuraba que ustedes harían la diligencia para corregirlo. Pero, por lo de anoche, veo que les puede y los burla y que no los respeta ni los quiere. Lo menos que van a sacar de él es un vago mal entretenido, si es que algún día no les roba y les saca cuchillo. Deben entregárselo a la autoridad, aunque a mi señora Doña Naciancena le cueste muchas lágrimas. Si quieren dejármelo, yo lo concierto aquí, con un buen patrón de minas, para que lo ponga en disciplina y le enseñe a trabajar, porque en el pueblo no lo consiento. A cualquier parte que se lo lleven, yo avisaré a la autoridad que sea, para que haga con él las diligencias del caso. Mándenle a la cárcel, agora, lo que necesite, porque allá lo dejo, hasta que se vayan o se lo lleven. Con el bando de anoche, nada le dirá ningún muchacho; pero él es muy capaz de buscarle pleito a cualquiera y armar grescas y zafarranchos, que pueden complicarles a ustedes la salida.

En cuanto se retira el Capitán a Guerra, cae Rosendo sobre las onzas, como perro famélico sobre el hueso que le arrojan. La Ñurida, después de mandar a la india con el desayuno y la muda para el preso, emprende el llanto.

—¡Ave María, m'hija! ¡A vusté no hay quien la entienda! Ya ve la noche, tan fatal, que hemos pasao, y, en vez de darle gracias a mi Dios, por haber salido tan bien librados, de este trance tan fiero, se pone agora a moquiar, como india perseguida.

—¡Es que me da mucho pesar del muchachito! Y mire una cosa, m'hijo: este viaje, asina tan de presto y como echaos me da mucho flato y me pone en mil aguas, porque no sé qué camino cojamos. Yo no es que viva muy a gusto entre esta gente, tan creída y que nos quiere humillar; pero aquí, no tan solamente gano mis realitos, sino que vusté no me la juega, aunque haiga tanta zamba enyerbadora, ni creo que tampoco me ofenda, con ninguna, por ái, en sus guaquerías.

—¡Agora sí, que le toquen pisa! Creí que se le habían olvidao los celitos y las necedades.

—No me hable golpiao ni con esos burlescos, porque me pongo pior. Déjeme que acabe de manifestale, pa'que no vea que son chocancias mías. Le digo que no sé pa'onde cojamos, porque vea: a Remedios no puede ir ningún matrimonio arribeño, porque esas hechiceras, que allá están chotas, enyerban al marido y le hacen maleficio a la mujer. Cansa estoy de oír que esto pasa allá, con los casaos forásticos. ¡Mucha dicha volvenos pa'Rionegro! ¿Cómo no? Pero vusté, m'hijo, se vuelve a enredar con aquella sinvergüenza, y yo me muero de la injuria y de la pesadumbre.

—¡No le digo! ¡Quien la ve tan sabida, en unas cosas y tan atrasada en otras! Liberata hace tiempísimos que se fue de Rionegro: se casó con un viudo labrador y por allá dizque viven, por los laos de Canoas.

—¡Ah! Pues si es asina, nos vamos, m'hijo, bien a gusto (con todo y sobijo por la espalda). Mi Dios nos vino a ver. Ya ve que hasta este rancho se lo metimos al viejo hasta las cachas; y, si vusté no fuera tan desacatao, en ocasiones, le habría pedido dos o tres onzas más, y ése se las había dao. Él lo que quiere es rumbarnos pa'que no quede aquí quien les trisque las montunadas y les sepa las cacas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Lo que se le da al gato que lo amarren con longaniza! Y ve, holito: lo que nos dijo de Castor Camilo son cuentos, que le llevan estos mocosos de aquí, que son tan incendiarios: le tienen tema, porque han bregao por agavillalo y no han podido. Yo siempre me lo llevo, m'hijo. ¡Pobrecito mi zanquilengo!

—¡A tu agüela, la tuerta, te llevarés ti, so cochina! —fulmina el hombre brincando de coraje.

Da zancajos, con los puños apretados, todo trémulo y descompuesto; el carate se le aviva y da resoplos.

—¡Maldita sea mi suerte, tan arrastrada y tan puerca! Agora que íbamos a salir de ese bandido, sale esta bruta con esos despropósitos. ¡Lléveselo pa'que le premie todo lo que me quiere, todo lo que me respeta y las cosas, tan lindas, que me dijo anoche! Vaya tráigalo. Don Pedro se lo presta, un momento; vaya y póngale la tranca en la mano, pa'que me mate, agora que no se cuela ningún horquetero y lo ataje. ¡Vaya! ¡No se demore! Y lléveselo pa'Rionegro, y allá lo pone en un nicho y le enciende velas.

—¡No se ponga asina, m'hijo!

—¡Qué cuentos de m'hijo! Ni mi mama me mijea, agora, con esta soberbia, que me alza. Bien puede largarse con su dolatro, pa'donde le dite su gana. ¡Pero conmigo no cuente! Apenas se firme l'escritura, le echo mano al oro, hago mi joto[1], me pongo mis quimbas y... ¡ojos que te vuelvan a ver! Yo

[1] *joto*: bulto, maleta (UU). No aparece en DRA.

no menesto escolta: yo sé por dónde me las emplumo, porque conozco estas veredas y estos montes, al derecho y al revés. No faltará por ái, quien me quiera y me considere.

—¡No me atormente tan maluco, Rosendito! Yo me desprendo de Castor Camilo. Yo se lo dejo a Don Pedro. Si quiere, yo se lo entrego, por papel y pa'toda su vida. ¡Si quiere, hoy mesmo!

Él sale patio adentro; ella se arrincona, se tapa la cara, con ambas manos, y se abisma en la pena; torna él, mudo y ceñudo; ahoga ella los sollozos; ambos callan; la india vuelve.

—Lo topé, enjunecido, con el castigo. Ni an quería desayunase ni mudase; pero, no más lo piconié que los íbamos pal'sitio del Rionegro, se engüetó, y, antós, se tomó su cacao, muy garoso; se mudó volando; y allá lo dejé chiflando, de puro lo güete.

—¡Tirá pa'tu cocina, intrusa! ¡Siempre te verán dando noticias!

—¡María Santa, Ñor Rosendo! Yo inoraba qu'eso fuera inrespeuto. Su Mercé haberá de dispensame, en vista d'eso. ¡Tanté uno que tan solamente li-había cocinao a pionadas!

—Buen día le dé Dios, señor Don Rosendo —saludó el horquetero, desde la puerta.

—Bueno se lo dé a vusté, Cifuentes. Prosiga.

—Será proseguir, pa'manifestale que aquí me mandó el señor Alcalde, a que lo custodie, si va a salir a deligencias, y a que me dispense, por si fuere causante de lo de anoche; pero a yo me pañó repunancia, de la mala, a lo que vide al muchacho tan faltoso, y armao contra vusté. Pero él se le enmienda, con los diez lampazos que le mandó dar el señor Alcalde.

La Ñurida da un alarido. Soponcio, más fingido que real, le sobreviene y se ve de lado, sobre esa tarima, que tanto ha figurado en estas cuitas. El esposo no la acorre.

—¡Por Dios, señor Don Rosendo! Tal vez haberé cometido alg'otra pifia. Yo pensé que su señora era sabedora.

—No se entripe, por eso, Cifuentes. A ella le dan morideras, de pura rabia, si se le asienta un mosco a su tesoro. Muy bueno que le haigan calentao el rabo; pero antes fue poquito: veinticinco azotes merece ese saltiador. Y vusté, vuelva por acá, en almorzando, que tal vez tengo de salir a unas deligencias.

Don Pedro, al despedirse de la casa de los conflictos, se va a inspeccionar el reparto de víveres, que en honor y reverencia de las Majestades juradas, ha decretado y dispuesto la gentil alférez. A poco, alcanza la litera consabida.

—¡Eso sí! En sintiendo cosa que te huela a francachela, no te atajan sinsabores ni entripados.

—¿Me voy a privar de divertirme un ratico, por unas cocas que le dio

aquélla a esa zamba atrevida? Han hecho tantos aspavientos, con esa virotada, como si hubieran matado algún cristiano. ¡Y a mí que me parece que la Cayubra hizo como una santa! Pero Vicente y Bárbara empioran las cosas, con tantas aleluyas y tantos mîsterios. Y ¿ella cómo sí vino?

—De precisión, hija, porque tiene que dirigir, como yo; pero no por divertirse.

—Pues yo también dirijo. ¿Le parece a su Merced que yo no sé compartir comida en crudo? Seré algo tullida; pero manca ¿por qué?

—Bueno, hija, no está mala idea. Que te pongan, al pie, los tercios de maíz y de frisoles, las medidas y la raya. Y, si quieres, te mando a conseguir balanzas, para que también peses la carne. Asina sudas siquiera un cuarto de manteca.

El suceso es en el camino, frente a la casa hortelana de Doña Bárbara. Ella, Liborita, Doña Justa y la mujer de Taita Moreno presiden, desde el corredor, esta obra caritativa, entre los deleites del cacao y el mantequeo de los chorizos. Aquello es un enjambre alborotado. Los más expertos carniceros han madrugado, con todos sus trebejos, a la matanza y el beneficio de las tres reses.

En los trípodes de palitroques, hincados en tierra y unidos por varejones, chorrean los tasajos cruentos, penden los costillares y se acumula el hueserío. Unos trozan, a ojo, en los bateones del oficio; otros salan; éstos parten y quiebran, con hachas y machetes; aquéllos defienden los tripitorios de los aleves gallinazos. Forman en ringla los tercios de maíz, de frisol y de panela. La sal forma islote aparte, en sus capachones de hoja de caña. Los horqueteros atajan, a lado y lado, el hampa mugrienta y calandrajosa, de pedigüeños y granujas, acrecentada por la indiería, que ha acudido de varias leguas a la redonda. Aquella miseria humana hierve como una gusanera.

En ese concurso de canastos y de costales, de mochilas y de talegos, de zurrones y de petacas, sería difícil adjudicar el premio al más viejo y remendado. Fiel, el indispensable Fiel, ese hombre que puede empadronar de memoria al vecindario entero, clasifica los aspirantes y tasa las porciones, en razón de las necesidades, que a cada cual le supone.

La repartija empieza: la banda rompe; pero ni las armonías resonantes aplacan el corazón de la fiera andrajienta; y los horqueteros no son poderosos a contenerla. Insultos, atropellos, puños, pellizcos, envidias y antipatías se combinan, se traban, se contraponen en esta competencia. Competir es odiar, dijera alguno. Y con este socorro a la colectividad necesitada se inician muchos rencores y quedan casadas muchas riñas. Al fin se agota el último grano, se agota la última piltrafa y la horda se dispersa. No suben al cielo las oraciones por Doña Bárbara, porque las clases mendicantes mal pueden agradecer socorro alguno: cuanto les dan lo tienen como restitución o desagravio de conciencia, por lo mucho que los ricos trampean, quitan y roban. Y luego el gremio de jíquera y de tarro, ha sido y lo es más ahora, en

estos lares antioqueños, de suyo muy caritativos, casta privilegiada, a quien todo se le debe, por fuero cuasi divino. Quien no les dé, a estos señores, cuanto ellos exijan, lo mandan al infierno, patas arriba, como al avariento de la parábola.

Avisan a los Ñuridos que los dos han de comparecer, a las tres, en casa de la compradora, Doña Bárbara, a firmar la escritura. ¡Valientes cosas tan enredadas y burlonas tenía la vida! Tamaña comparecencia, a la mansión excelsa, hubiera sido para ellos, a su arribo a Yolombó, un desvanecimiento de vértigo; y, ahora, a su salida, es un menjurje de sustos, cavilaciones y rubores. ¡Ay, Señor! Si tan siquiera les quitaran esa escolta horquetera tan afrentosa; si tan siquiera no se notasen, en el ñurido rostro, los recibos de las trompadas. ¡Pero no hay remedio! Corren a ver cómo se inventan el atalaje del caso. Borra ella las señales del llanto, ya que no las otras; trueca las alpargatas hogareñas por los zapatos miseros; échase encima todo el baúl, y, medio arrebujada en la mantellina de bayeta, no se siente tan de lo peor. Pero con el guardarropa del pobrecito Rosendo no valen industrias ni engañifas. Al fin salen. Va él con sus mejores alpargatas, chupeta de mahón, el castor de siempre, más seboso que suele; muy erguido, eso sí, porque a cualquier agache indiscreto, puede mostrar, al ojo inquisitorial de aquel Yolombó enemigo, ese par de remiendos, que, a guisa de espejuelos, le condecoran las sumidas posaderas. Lleva, otrosí, el capisayo muy dobladito y embrazado, tal como el impermeable, un señorito de hogaño.

Los horqueteros exhibicionistas no se les apartan media vara. Pues ¿y aquel saludo en esa casa? ¿Sería de mano, de venia o de nada? Optan por lo último, por más que fuese insigne montunada. Los encuentran a todos reunidos. Si mudos y adustos, entran temblorosos. A más de los dos testigos legales y del Alcalde, se les unen los dos firmantes rogados, porque, si el sobrino del Padre Lerzundi no garrapatea su nombre ¿qué podría hacer la pobre Ñurida? El hecho de saber escribir supone principalidad muy notoria. En efecto: a más de legalidad, dan honra al acto un Montoya, un Castellanos y dos González. La compradora acoge a los vendedores con esa su amabilidad que nunca se desmiente. Leído aquello por el Escribano Letrado, convenidas las partes, echadas las firmas, guardadas las once peluconas restantes, dice Doña Bárbara:

—Me hacen el bien de quedarse un ratico a tomar la mediatarde. Les voy a dar la prueba de las cosas que se habían preparado para el paseo.

Los Ñuridos, pensando que eso no es con ellos, quieren retirarse.

—No, señores: no se me van. Es cosa de un momento. Ya está servida.

—Le damos las gracias; pero es más bien como maluco —murmura Rosendo—. Y tenemos algo que hacer, agora.

—Ruégueles, su Merced.

—Espérense. ¿Cómo le van a desairar el agasajo?

Pasan a un lado del anchuroso corredor, en donde ha hecho poner reja y enredarle el antiguo jazminero. Es el primer remedo de comedor que se conoce en el pueblo[1]. Están los nueve platillos colmados de fiambres. Don Pedro ocupa la cabecera, a los Ñuridos los ponen de frente, en los puestos del medio.

¡Qué tortura más extraña! Ellos, habituados a yantar en la cocina, a beber en totuma, a comer sus frisoles y aguasales en plato de palo, sin más utensilio que la cuchara de lo mismo, sienten, ante esta mesa y entre estos blancos, el suplicio de su propia pequeñez. Harto sabían del "pordebajeo" por desprecio; pero de este otro, por agasajo y convite, no tenían ni idea. ¡Cómo sabían humillar estos ricachones Ayudaos! ¡Cómo sabían estregarle al pobre, en los hocicos, con tanta labia y tanto disimulo, todas sus riquezas! ¡Papeleros más aborrecibles! Y lo peor era que había que agradecerles el servicio; que, si no, pasaban los humillados por canallas. Con sus vestidos tan tristes se sentían tan acochinados, tan parche donde no es el dolor. Y, luego, esos malditos chismes de plata, que ellos no sabían manejar, y tantas cosas cuyo uso ignoraban.

El Escribano pondera el pavo, Castellanos hace el panegírico del embutido de tocino; hablan del pastel tal y de la ensalada cual; pero los Ñuridos no saben ni qué es lo uno ni qué es lo otro, ni si es de sal o de dulce o insulso. La conversación misma, los resta de esa gente. Ni modo de meter la cuchara. Hablan de las nuevas Majestades, de los nuevos Ministros, de las nuevas Cortes.

—Bueno, Don Jerónimo —pregunta la anfitriona—. ¿Cúyos[2] son los padres de la Reina, que su Merced no ha podido darme noticia?

—Tampoco se la doy yo, Barbarita. Hace tanto tiempo que no sé nada de allá.

—Es lo que dice el Sevillano —repone el aragonés—. Aquí se enyerba uno mesmo, con tanta plaga y tanto monte, que acaba por olvidarse de todo, por volverse otro. Si a mí me hubieran dicho, hace cuarenta años, que había de llegar un día en que no me acordara de mi familia ni de Zaragoza, me hubiera parecido un disparate. ¡Y ya ven! Me acuerdo de esas cosas, cuando se habla de ellas. Vean a Rosalita: recién venidos, era mucho lo que lloraba por Sevilla y por la gente de su casa; agora las mienta cuando por José. Las cosas lejanas se nos vuelven mentiras.

—Asina será, su Merced; pero ¡ah triste! ¿No le parece muy triste, señora Naciancena?

[1] El comentario ambiental sobre el primer "remedo" de comedor que se conoce en Yolombó recuerda la escasez de mapas (pág. 39), zaguanes (nota 1 de pág. 55), caballos (nota 3 de pág. 96) y planchas (nota 1 de pág. 98).

[2] cúyos (ver el mismo uso arcaico en la pág. 90).

—Sí, Barbarita, muy triste, enteramente.

—Pues yo y ésta —se atreve a articular el Ñurido—, siempre nos acordamos mucho de Rionegro. Será porque no está tan lejos como España.

—Tienen tanta razón: no tan solamente es la tierra de ustedes sino la de tanto forastero. ¡Valiente gente tan hospitalaria y tan atenta!

Y aquí sigue Barbarita con la gran loa del suelo natal de los Ñuridos. Pero ni estas cucharaditas de miel ni las de ese postre de torrejas y huevo hilado, tan grato y fácil de comer, les aplaca esas hieles que se les han alborotado.

A la salida los esperan los horqueteros, en la puerta y muchos curiosos, que husmean ese convite tan inexplicable. El más atosigado es el Ñurido. ¡Los favores y generosidades de estos blancos de mentiras! Todos esos papeles de la gamonala, ayudada por el demonio, y de su taita, el viejo mandón, tan Ayudao como ella, no eran más que para pisotearlos, por pobres y en castigo de haber dicho la verdad. Mejor hubieran sido los azotes: al menos podrían rajar del tirano, sin pasar por desagradecidos. ¡Maldita fuera su suerte tan perra! ¡No tener él fortuna, para taparles la boca con oro, a puñadas! Y para eso que esos montunos no le quitaban el ojo, ni a él ni a Naciancena, como si nunca hubieran visto gente custodiada ni caras con señales. ¡Gracias a Dios que iban a largarse de este mugrero, y a no volver a ver, en su vida, ni al Cruel ni a la Letrada ni a esa boquisucia, inmunda, de la Alacrana!

En la esquina se separan. Él se va, con Cifuentes, al último arreglo con los Arciniegas; ella, con Mataute, a despedirse de Castor Camilo.

Cuando, entre llantos y suspiros, le da consejos, los reales de la jura y tres pesos, que le deja en herencia, entran con tamaño "tapado", que para el preso envía Doña Bárbara. ¡Qué revoltura en el corazón de la infeliz Ñurida! Pero, al menos, ese taco de penas comprimidas, que la ahoga, se deshace en raudal de lágrimas. Oprime al chisgarabís en un abrazo, le da besos y más besos y marcha con el horquetero.

¡Oh, Ñuridos, tan menguados de corazón como de carnes! ¡Adiós! ¡Que el clima medicinal de vuestra tierra os engorde! ¡Que la Niña María, vuestra patrona tutelar, os cure esas entrañas putrefactas!

XVI

Los orfebres han echado el resto y algo más: palangana y jarra llevan la real marca, cinceladura a la redonda y repulgos en los bordes. Ejecución, forma y tamaño realizan el ideal de Doña Bárbara: "chiquito pero con gana". Que se viera el tributo en el mucho peso; que se viera el cariño, en las pocas dimensiones; que el Rey-Niño hiciera diabluras con sus trastecitos; que mojara alfombras áulicas; que les tirase agua, de sus Majestades para abajo.

Si los alicantinos se han lucido, no se queda atrás la toallista. ¡Hasta ahí aguja astuta y labradora! Aquello es alamares por arriba y alamares por abajo, apuntillados por acá, garambainas por allá, y, en el medio, entre pajaritas, mariposas y follaje, la sacratísima marca, con la real corona, encima, que hasta de blasón entiende Doña Justa de Antolínez.

La mirífica tributaria tiende una mesa con colcha de damasco rojo, pone en ella el tributo, se aparta, recoge la vista y estudia el efecto. ¡Oh! ¡Ah! Mucho tendrían que correr en los Madriles de su Majestad para labrar una cosa más peregrina y acabada. Las esmeraldas refulgen, como ojos de hurí, tres a un lado, tres al otro, algo juntas, dejando dos espacios libres, para que no vayan a lastimarse las regias manecitas. Análoga distribución tienen las otras seis, en lo más prominente de la jarra.

Grandes lenceras habría en España; pero a Doña Justa no le ponían la ceniza en la frente, aunque hilasen muy delgadito.

Con tal compostura y tal arreglo, expone todo, en el portal de la Alcaldía, al público pasmo de los yolomberos. La gente se agolpa como en publicación de bulas.

A todo esto, el Escribano Letrado termina una relación, circunstanciada y prolija, en que, desplegando sus dotes de historiógrafo, en forma florida y gigantesca, narra todas las solemnidades del reconocimiento y de la jura. Consigna, en estilo férvido y alado, cómo la valvasora Doña Bárbara

Caballero y Alzate, lo ha costeado todo a sus expensas, con amor rendido de vasalla; cómo ha reconocido y jurado al Rey y al Príncipe de Asturias, al par que los altos dignatarios y los próceres hidalgos; y que su firma y que su lectura y su gallardía y que el lavabo y el paño, trabajado por sus propias manos; y que, "merced a esta egregia joven tienen los nuevos soberanos y el real heredero, un templo en esta villa, muy noble, muy leal y muy minera; y, en el pecho de cada yolombero, un tabernáculo, en donde humea, noche y día, el incienso inextinguible de las adoraciones".

¡Muy bien! Se miente por adular y se adula por obedecer. Al fin y al cabo, cualquier patraña se convierte en verdad de a puño, al ser registrada en papelorios oficiales; y es privilegio de todo historiador levantar un elefante de una hormiga, fuera de que la letra impresa es de suyo alucinadora y convincente.

Don Jerónimo de Girón, convidado frecuente de Doña Bárbara, corre a leerle la magna obra. ¡Qué hermosa era la amistad con gentes instruidas y justicieras! No se habían perdido los gaudeamus con que tanto ha brindado al caballero. Suspira y los ojos se le encharcan. Si a Doña Justa había enviado veinticinco castellanos, otros tantos enviaría a la Escribana, que no habrían de valer más las labranzas de aguja que las de pluma.

La mayor del ganso grande, es arrancada, al día siguiente; la taja, con mucho pulimento; pone una misiva, que se ríe ella de Santa Teresa[1], y... ¡ahí te va el remojo!

¡Lástima que no viviera, ahora, esta Mecenas! ¡Cuántas labranzas le dedicáramos!

Acta y relato son despachados al Real Consejo de Indias, con el oficio del caso. Don Jerónimo pone al Presidente de dicha entidad un mensaje, semioficial, remisorio de la regia ofrenda, en el cual le suplica sea servido de hacerla llegar, por su dignísimo conducto, a manos de sus Majestades.

Doña Bárbara se deshace en aquella expectativa, tan complicada y angustiosa, de meses y más meses. Pregunta, indaga, no quiere perder pie ni patada de los envíos reales de quintos, tributos, bulas y alcabalas.

Ya van llegando los mensajeros armados, custodiando a las indias portadoras; hoy vienen los de arriba; mañana los de abajo; luego los de ambos lados; al fin, se juntan en Yolombó todos los orales, que estos montes tributan a su dueño y señor. Llega el día en que sale el piquete, con la indiería carguera, camino de Nare.

Pasando de las vías de tierra a las de agua, hasta navegación aprende, con tantos temores y tanta incertidumbre. ¿Cuándo bajarían el Magdalena en esos champanes tan endebles? ¿A cuál de los galeones de su Majestad le tocaría el

[1] Santa Teresa (ver nota 1 de pág. 132).

transporte de su rico presente? ¿Cómo atravesaría esa mar, tan tremenda y arriesgada?

Doña Gregoria la emprende con los santos: padrenuestros a San Blas, "para que no vaya a ahogarse el recado del aseo, que Barbarita le manda al Príncipe"; padrenuestros a San Dimas, el Buen Ladrón, "para que esos piratas moros y esos ingleses herejes, no asalten el navío de su Majestad".

Llega el día, en que, según las cuentas de entendidos, el mar ha sido atravesado. ¿Estaría la cosa en Cádiz? ¿Iría, aguas arriba, hacia Sevilla, por ese Guadalquivir, tan mentado por Don Chepe? Otra vez los sustos y las dudas de Doña Gregoria y de la interesada. Si ello iba por tierra ¿qué se les daba a esos bandoleros de Sierra Morena, matar los correos de su Majestad, casi en las propias goteras de su palacio? ¡El último peligro era siempre el más peligroso! Que lo dijera Pablos. El gozón de Taita Moreno acaba de encalabrinar a la señora, con unas cortas y otras largas. ¡En manos de Dios estaba todo! ¡Él sabría!

No menos se alarma Doña Bárbara. De todos modos, ella era una zonza, una aturdida, que no caía, a tiempo, en la cuenta de nada. ¡No haber pedido ella que le enviaran alguito del Príncipe! Recortes de sus uñitas; un frasco con agua, en que le hubiesen lavado las manitas; una sortija de su pelo; cualquier cosa. Esas uñas, esos cabellos, los hubiera guardado en un relicario, con borde de perlas. ¡Si ella pudiera verlo, por un rotico, cuando lo estuviesen lavando en la palangana! ¡Qué dichosa era la gente que vivía en ese Madrid! Pudiera ser que a la Reina, como tenía tanta capacidad, según decía el poeta Moratín[1], se le ocurriera mandarle algo de Fernandito. ¿Qué irían a decir de ella, qué del regalo? Sus Majestades no podían despreciarla, aunque fuera súbdita desconocida, porque los Reyes, como eran tan parecidos a Dios, no olvidaban ni desatendían a la criatura más infeliz. De cualquier modo que fuese, ella tenía de conseguir un retrato del príncipe; un retrato, tamaño de grande, pintado, como un santo, para colocarlo en su sala. Esas laminitas, hechas a molde, como letras para libros, no le satisfacían. Ese retablo, a su vista, era una dicha que sólo podía superarla el conocer a Fernandito, por sus propios ojos. Algún día ¿no le concedería Dios tanta ventura?

Los que crean en locos videntes y en inconsciencias proféticas, acaso encuentren en el fanatismo extravagante de esta americana fantástica, un caso de adivinación o cosa así. Fernando VII, dígase lo que se quiera, fue factor muy eficiente en la emancipación de estas sus Indias. Historiemos, como Don Jerónimo. ¡Qué cuentas!

Por el año de 1815 la causa de la Independencia está perdida[2]. Cosecha de

[1] Ver nota 1 de pág. 175.

[2] Desde aquí se abre una digresión histórica bastante extensa, en forma de comentarios satíricos del autor sobre el tema de que "Fernando VII ... fue factor muy eficiente en la emancipación de estas sus Indias".

crueles desengaños, discordias sangrientas, han sido los ensayos de esa libertad, tan soñada. Buenos Aires es un campo de Agramante[1]; Chile, gime, otra vez, bajo el poder de España; en el Perú domina todavía; los patriotas mejicanos tampoco las tienen todas consigo, y, si aspiran a mando aparte, es con un cetro para Fernando o cualquier otro Borbón, así sea un Príncipe de Etruria. En la Colombia boliviana, desde sus confines por tierras, hasta sus litorales en ambos mares, reina el desaliento y oprime el desencanto. Los cinco años de la Patria Boba, con sus divisiones y luchas fratricidas, obligan a suspirar por el yugo hispánico hasta a los mismos que quisieron sacudirlo. Jamás en el alma americana han imperado tanto los Monarcas españoles, como en estos años de amarguras patrias. Si España hace, en tal momento, un gesto de paz, América se le rinde, más vasalla que lo fuera siempre. Pero el providencial Fernando VII no es para ver más allá de sus narices prodigiosas. El ejemplo de esa lucha española, iniciada por un Alcalde de aldea; esa epopeya que arroja de la Península las huestes hasta entonces invencibles y que lo arranca de las garras del dragón, para devolverle la corona, no es poderoso a hacerlo pensar que en América puedan existir descendientes de esa raza desquiciadora de colosos. Mas, para escoger quién ultraje y extermine a los americanos que han soñado con patria, no está ciego.

¡Oh, las justicias de Don Pablo Morillo![2] Aquella temporada de patíbulos; esa plaza de San Francisco; esa "Huerta de Jaime"; las afrentas a matronas esclarecidas; el hacer de casas nobilísimas, donde sólo han quedado mujeres y niños desvalidos, posadas onerosas de soldadotes insolentes; aquellas escarpias, para esas manos que osaron escribir; aquellas jaulas, para esas cabezas que se atrevieron a pensar.

Fernando aviva el fuego que va a extinguirse; Fernando plantea el problema a los patriotas; si el exterminio de todos es seguro, intentarán evitarlo, como puedan. Ya no luchan por un ideal, tan solamente: luchan, también, por defender la vida, y entran en lid con ese heroísmo de los acosados. De Caracas y de Santa Fe ha salido el grito: de Caracas y de Santa Fe surgen, ahora, esos hombres, en cuyos pechos ha infundido Bolívar un soplo de su aliento. Ellos hacen el milagro en Colombia y le ayudan a hacerlo a sus hermanos del Sur.

Si Fernando VII y sus pacificadores hubieran castigado con nobleza, la independencia americana habría retardado, acaso medio siglo; la historia no registrara esas páginas que parecen mentira; el olimpo de la inmortalidad no tendría este símbolo del hombre insuperado, que crea el alma de medio

[1] Agramante era el jefe sarraceno en el *Orlando Furioso*, de Ariosto. El término "campo de Agramante" señala la confusión que caracteriza un lugar determinado.

[2] Pablo Morillo practicó la política de "escarmientos" durante la época de "pacificación" en Nueva Granada (ver nota 3 de pág. 12). Morillo ordenó la ejecución de patriotas y el Auto de Fe de libros "peligrosos".

continente, que lega a la humanidad cinco naciones, que él ha formado con su cerebro y libertado con su corazón.

Y sigue la eficacia de Fernando para la independencia americana.

Por el año 20 tiene aparejada ingente expedición para acabar con estos indios a quienes no les valen ni confiscaciones, ni descuartizadas ni afrentas. Pero he aquí que la propia Real Majestad hace fracasar su magna empresa. Su política sombría y canallesca, sus veleidades y torpezas, hacen caer la venda a sus más fieles adictos. Media España le vuelve la espalda. Las huestes expedicionarias se sublevan a tiempo del embarque y la revolución se propaga. Libre de ella, si no triunfante y glorioso, se ve al cabo el Soberano gracias a la invasión arrolladora con que le socorren sus compadres de Europa. Sólo piensa, entonces, en restaurar e imponer el absolutismo y en acabar con esos españoles que le han hecho jurar la constitución tan odiada. En sus delirios de autócrata, en su vértigo de sangre, se olvida de sus colonias; y... ¡adiós por siempre, Indias de mi alma!

Bendigamos la regia negrura de aquellas entrañas y las tinieblas de aquella cabeza coronada.

El lector indulgente, si acaso lo tenemos, habrá de perdonarnos este despotrique, tan innecesario como patriotero. Todo es influencia del momento: hoy se conmemora a Boyacá[1] y celebramos la Fiesta de La Bandera. Hasta el cuartucho, en donde emborronamos este fárrago, llegan las descargas del cañón y los estruendos de las bandas.

La época es, por otra parte, de doble culto: si de un lado se sublima al músculo y al hueso, a la trompada y al puntapié, del otro se hacen magnos alardes y estupendas exhibiciones de sapiencia. Hoy, que hay congresos de limpiabotas y conferencias sobre el fregado y el barrido; hoy, que existe un pacto de ostentación —obligatorio por lo mismo que es tácito— todo hijo de vecino tiene el deber indeclinable de sacar a luz lo que sepa o lo que ignore, de cualquier modo y por cualquier pretexto. Y nadie puede escaparse de la tiranía de ninguna época, mucho menos si es pedantesca y feroz, como la actual[2].

Decíamos que este amor de Doña Bárbara a Fernandito es hasta misterioso[3].

Ni uñas, ni cabellos, ni agua con su sacra mugrecilla, le vienen de

[1] La Batalla de Boyacá, el encuentro decisivo que determinó la independencia de Colombia, tuvo lugar el 7 de agosto de 1819 (Carrasquilla escribe esta parte de la novela el Día de Boyacá, acompañado por "las descargas del cañón", sin que se señale el año. Puesto que terminó el manuscrito en enero de 1926, ¿sería agosto de 1925?) .

[2] Las simpatías del autor están enfáticamente en el pasado, período de las "espontaneidades" que se han perdido con el avance de la llamada "civilización", donde dominan los "bobos instruidos" (pág. 81).

[3] El autor vuelve a su trama.

España, sino que su Majestad Carlos IV, queriendo premiarle tanto amor y fidelidad tanta, se le descuelga, al siguiente año, con una real cédula, fechada en Aranjuez, por la cual le da el título de Marquesa de Yolombó.

Tamaña concesión y regalía tanta están a la altura del concesionario; no es título dispendioso, como algunos otros, dados por paga, a cualquier hidalgo acaudalado de la América: el Marquesado de Yolombó no ha de pagar ni siquiera el impuesto de medias anatas; y queda registrado entre la nobleza titulada de la monarquía. No es, tampoco, puramente honorífico e in partibus, como de obispo con diócesis imaginaria; no. En esos territorios yolomberos puede elegir la agraciada, a su sabor y talante, el lote baldío que mejor le cuadre, para vincular en él su título y dominio y fundar allí el solar de su descendencia. Puede, asimismo, levantar las armas de su familia, con las insignias y leyendas con que quiera ilustrarlas, con tal que el escudo sea en gules y de forma española.

Adjunto al nombramiento, viene un oficio para el señor Alcalde, en que se le ordena darle publicidad al Marquesado, en toda su jurisdicción, a fin de que todos los vecinos le rindan a la Marquesa el respeto y acatamiento que ella se merece y le den el tratamiento de "Vuestra Señoría" o de "Vuestra Excelencia", entero o quitando o cambiando letras, por reverente metaplasmo.

La sola gracia del título presta mérito posesorio, y, por ende, la autoridad competente debe darle posesión del Marquesado y de las tierras, cuando a bien lo tenga la agraciada.

¿Marquesa? ¡Jesús, mil veces! Ni ella, ni los padres ni el Letrado ni Don Timoteo Ceballos vuelven del susto. Don Jerónimo, el más sabido de todos, en achaques de títulos nobiliarios, explica. Pues Marquesado es cosa tan enorme que apenas está un punto más abajo de Ducado y uno más arriba de Condado. ¡Era mucha Majestad el tal Carlos IV![1]

Doña Gregoria reza e implora "para que a Barbarita, la Marquesa, le venga pronto un Marquesón[2] de chupa bordada y espadín". Ni más ni menos que como lo concibe Sacramento.

La casa se le llena con el

Beso
Y rebeso
Planta, calcañal
Y hueso.

Pero ella ¡cosa más rara! se muestra inexpresiva, desvaída, aturdidona y

[1] Carlos IV (1748-1819), Rey de España, dominado por su esposa, María Luisa de Parma.

[2] La oración solemne de Gregoria acentúa la ironía implícita en la aparición del "Marquesón", noble "de pega", pícaro de pura cepa.

melancólica. Liborita, de quien no quiere separarse en estas emergencias, al verla llorando, una noche, exclama:

—¡Eso sí no me la trago! La he notado medio pendeja; pero me he figurado que es de puro alegre. ¿Qué contiene ese llanto, a estas horas?

—¿Para qué le voy a esconder? Mire, Liborita: estoy muy agradecida con su Majestad; muchísimo. Veo que yo no merezco tanto; pero

¿De qué le sirve al ciego
Casa pintada
Con balcón a la calle,
Si no ve nada?

—¡Ajá! ¿Y fue que perdió la vista, de presto? ¡Eso será gota serena!

—No lo vuelva broma, Liborita, que usted me entiende.

—¡Ni lo negro de la uña!

—Entonces, no me pregunte nada, porque nada le diré.

El Marquesado provoca tantas cuestiones jurídicas que Don Pedro, Don Timoteo Ceballos y el Letrado, en presencia o ausencia de la interesada, tienen largas y frecuentes conferencias. Opinan, los tres, que Doña Bárbara, en caso de no casarse y no tener hijos, no puede legar o transmitir el título a hermanos o sobrinos; que, si se casa, el marido será, tan solamente, Marqués consorte y que su matrimonio, desde que no sea con un título, será un tantico morganático[1], lo cual no supone soltería obligatoria; que el levantamiento de las tierras marquesiles y del escudo debe aplazarse; que, siendo el mensaje real dirigido a ella, nominalmente, debe contestarlo de su puño y letra, mediante la minuta que ha de sacarle Don Jerónimo; que no debe conservarlo en marco de oro, dentro de la casa, como ella piensa, sino que ha de fijarlo en la pared del portal, donde lo vea todo el mundo y lo lean los que sepan, bien resguardado en su vidrio y en marco que no vaya a tentar la codicia de ningún pasajero; que este documento, por llevar el real sello, la firma y la rúbrica de su Majestad es, por ahora, el mejor escudo de familia; y que, por este medio, se le da al Marquesado publicidad y trascendencia en todo el Virreinato y a Yolombó prez, honra y fama. En todo conviene Barbarita, y, luego, dice:

—Bueno; explíquenme, agora, bien patente, cuáles son las obligaciones de una Marquesa.

—Di, hombre Jerónimo, tú que entiendes de estos embelecos de caballería. ¡Yo estoy tan sorombático con la cosa!...

—Pues, para decirles la verdad, yo no sé que esto tenga obligaciones, asina bien señaladas y bien claras. Eso lo podemos consultar a Santa Fe o a la mesma España. En las leyes que yo he estudiado no me acuerdo que haya nada

[1] Matrimonio restringido a fuerza de la desigualdad social de los contrayentes.

de esto. Esas obligaciones, serán servir a su Majestad, en todo y por todo. Y esto no es ningún trabajo para Barbarita.

—¡Qué trabajo va a ser, Don Jerónimo! Ojalá pudiera servir a su Majestad de rodillas, para probarle que no soy ninguna ingrata. Yo sé que los reyes tan solamente conceden estas mercedes, tan grandes, a las personas que les prestan servicios en las guerras. Y yo ¡pobre de mí! ¿qué servicio le he prestado? Si me hace Marquesa, es a cuenta de gracia.

—¡Eso sí no, Chatica! ¿Qué mejores servicios que la fidelidad y el cariño? Ya ves cómo eres tú con todos tus negros, que te quieren.

—Su Merced habrá de perdonarme si le digo que no me parece bien comparado: los pobres negros nos quieren por devoción, porque, si les damos algo, es para sacarles el quilo con el trabajo; mientras que los súbditos tenemos que querer a su Majestad por obligación, primeramente, y después por agradecimiento: cuasi lo mesmo que a Dios. Él la ha puesto en la tierra para que nos mande y nos favorezca. Después de Dios, a su Majestad se lo debemos todo. Ya ve: si somos ricos, es por el oro de sus minas.

—Asina mesmo es, Chatica. Todo es de Dios; pero Él también premia a los que le quieren.

—Sí, Marquesa: vuestra Excelencia merece el premio.

—¡No me diga, todavía, asina, Don Jerónimo, porque me avergüenzo! Yo voy a ver si puedo servirle mejor a su Majestad. Bien veo, que, por ser Marquesa de aquí, no voy a tener mando ni dominio en ningún yolombero, como creen Sacramento y Guadalupe; pero sí me parece que debo hacerles todo el bien que pueda y que para eso me nombra su Majestad. Yo creo que ser uno noble, con título, no es para ser altanero ni egoísta sino muy caritativo y muy formal, con los pobres y los inferiores[1].

—¡Esa es la nobleza, hija; la verdadera nobleza! —exclama Don Pedro conmovido—. Bien se ve que no eres noble de pega, como tantos que yo conozco. Sigue asina, toda tu vida, y Dios y el Rey te seguirán premiando.

—¡Ojalá, su Merced! ¡Que ellos lo oigan! Voy a ver si puedo ser noble de verdad y cumplirle a su Majestad, de algún modo, aunque sea ordinario y chontal.

Esa noche, en consejo de familia y con asistencia del Letrado, se trata de cómo y cuándo ha de ser la toma y posesión del Marquesado. Taita Moreno, siempre tan rimbombante y aparatoso, con la chochez nata[2], unida a la senil, sostiene que eso ha de ser con reconocimiento y jura individual y colectiva. Es

[1] Definiendo la sustancia de la auténtica nobleza (no la nobleza "de pega" de Fernando de Orellana), Bárbara practica lo que predica.

[2] En cuanto a la "chochez nata", Carrasquilla escribe, en carta a Bernardo Arias Trujillo, fechada en Medellín, noviembre 5 de 1936: "chocho salí del vientre de mi madre, chocho he vivido, y de chochez se han de morir los gusanos que me coman" (*O. C.*, II, pág. 811).

a saber: se llamará a la gente con redoblante; la Marquesa se pondrá en el atrio de Santa Bárbara, en un trono, investida de todas sus insignias; todo mayor de edad desfilará ante ella, al son de la banda, índice y pulgar en cruz, y gritando: "Reconozco y juro a Doña Bárbara Caballero y Alzate como Marquesa de Yolombó". Negros, zambos e indios le doblarán la rodilla; los del revoltijo cinchado le harán una genuflexión bien marcada; la nobleza, una venia muy señorial. Terminado el desfile, la alzarán a hombros, negros y blancos, con todo y trono, para ser proclamada y victoreada, calle arriba y calle abajo.

Maravilloso le parece a Doña Luz el tal programa. Don Vicente la apoya, para que el padre no le miente la madre, en junta tan solemne; pero los otros dos, y la Marquesa, se aterran. Don Pedro opina que tanto aparato y vasallaje tantísimo no son del caso: que bastan el simple reconocimiento y el acto oficial. El viejo sale furioso, vomitando por esa boca desdentada los horrores que tanto aterraron a Doña Engracia. Todos están acordes en que la posesión legal debe aplazarse, hasta que le traigan a la Marquesa los ornamentos rituales; y que el título debe fijarse, cuanto antes mejor.

El problema del marco se resuelve ahí mismo. Por allá, en la altísima repisa que atraviesa un lado del aposento conyugal, venera la madre de la Marquesa, entre otras imágenes, la de Santa Rosalía de Palermo, que trajo desde Sevilla. No le labraron el marco del palo carcomible de la Santa Bárbara consabida: ahí está intacto, con todas sus tallas y doraduras; también lo está el vidrio; mas no así aquel grabado en negro: la cucaracha garrapata, ese Ilusión brujo que se cuela por cualquier rendija, se ha insuflado por las junturas desajustadas del fondo y ha roído a la bienaventurada eremita y a su espelunca, que aquello es una lástima. Montar sobre ése, otro papel, donde su Majestad ha puesto sello, firma, rúbrica y mano, es como juntar santidad con santidad. ¡Cuál se ve en todo las señales de predestinación! La cédula le viene al marco, como anillo al dedo. Mas siempre los sarcasmos de la vida, así en lo grande como en lo pequeño: aquel "Yo el Rey", que hace temblar, queda, precisamente, sobre la calavera con que meditaba la santa, y eso es lo único que la cucaracha ha respetado. Si la imagen de esa Rosalía iba a gozar, aquí en la tierra, de tamaño privilegio, ¿de cuántos no gozaría su alma, tan pura, allá en el cielo?

Ahora, tapada por el papel sacro real, habrá de ser, más que siempre, la tocaya de esa madre tan venturosa de la Marquesa.

Marcos, el de las manos mágicas, hace aquel arreglo y aquella yuxtaposición, y, con cuatro garfios, engrapa el cuadro, entre el portón y la ventana del aposento, a donde le lleguen apenas los últimos, inevitables rayos del ocaso, en aquel horizonte tan abierto. Fiel redobla la tambora convocatoria y echa el pregón: quien toque aquello o le tire con algo, tendrá penas análogas a las que libraron a los Nuridos de la ira yolombera. A propia hora principia la peregrinación para ver y reverenciar la firma de su Majestad.

Todo el pueblo acude, menos la Cayubra. Aunque Don Vicente ha bregado por sacarle los odios de ese corazón rabioso y los errores de esa cabeza perturbada, la descastada sobrina de la Marquesa no amaina.

Las amigas, con quienes murmura, ahora, son las Romeros, señoras de sangre azul, no muy pobres ni mal casadas, sino que padecen el mismo mal de la Cayubra y los Ñuridos, muy encubierto, eso sí, con las fórmulas y moderaciones del señorío. En estas aguas mansas refresca ella las calenturas de su negra tenia; con ésas puede esgrimir esa lengua suya, envainada en otras partes.

—Vean una cosa, mis queridas: esto se los digo en mucho secreto, porque, si lo llegan a saber en casa, me guindan, bien guindada. Ustedes también están creyendo en el tal título de Marquesa. ¡No sean inocentes! Eso lo ha escrito el viejo Jerónimo, por sacarle plata a esa boba. Le ha hecho creer que vino desde España. Es que ustedes no saben cómo es ese viejo de fregao y de falsario.

—¡Pero niña! —protesta Doña Teodosia—. ¿Cómo iba Pedro a hacer fijar en pared, con marco y vidrio, una mentira?

—¿Taita Caballero? Por la Chata, jura hasta en falso. Hasta será algún emplasto, compuesto por él y Don Jerónimo, o por los tres juntos. A ellos ¿qué se les da embotellar a todo Yolombó? Y venido a ver el tal marco: un mugre que tenía la vieja Rosalía, por ahí botado.

—No, niña: eso sí no lo diga —opone Luciana—. El sello de su Majestad no pueden fingirlo. Por eso es sello.

—¡No le digo! ¡Ustedes están todavía por conquistar! ¿Le daba mucho trabajo al viejo Jerónimo untarle la mano a algún mandón de España, de ésos que viven con su Majestad, para que le mandara un papel con el dichoso sello? O ¿no podían tenerlo aquí para algún escrito o mandato? Por la plata baila el perro, mis queridas. Y, a esa boba, le sacan el oro, por arrobas, todos los adulantes. Ya ven: con las retajilas que le escribió el viejo, dizque para contarles al Rey y a la Reina, todos los papeles que ella hizo, en la tal jura, le sacó un rigor de castellanos. Y ¿ustedes creen que el viejo envió eso a España? ¡Al fogón lo echaría!

—Pero el lavamanos y el paño sí los enviaron —asegura Teodosia.

—Eso se dice. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho. De acuerdo con el viejo y el Antolínez, lo habrán derretido los alicantinos y esos canarios, que son tan uñones y tan logreros. Ojalá fuera asina. Porque eso ¡ni para vergüenzas! Solamente a tía Bárbara, que es tan flotante y tan metida a grande, se le ocurre enviar a España, desde estos montes, la tal botija y el tal platón, de oro bajo y de cobre, que parecen sacaos de una guaca de indios. Y ¿ese mugre de paño? Si acaso lo han recibido ¡cómo habrán hecho de chacota la Reina y sus damas, con el dichoso regalo!

—¡Demás que se han reído! —afirma Luciana—. ... Porque, acá entre

nos, esos trastes le quedaron muy chontales[1]. El paño, tan ponderado por Justa, es de lo más chambón y montañero. Teodosia y yo se lo hubiéramos labrado, mil veces mejor, y con labor más bien ideada.

—Yo mesma, que no sé ensartar una aguja, se lo labro mejor, con una pata. Y ¿saben cuánto le dio a Justa? Libra y media y una gargantilla de uchuvas. Lo ajeno se tira, como si fuera basura. Pero persuádanse que el tal regalo no ha ido a España.

—No, niña —contradice Teodosia—. Las autoridades no pueden hacer todas esas farsas tan destapadas.

—¿Qué no pueden? Pero usted ¿dónde vive, niña? Todos los chapetones, que mandan aquí y en otras colonias, hacen cuanta trampa y picardía les da su gana. Ellos no están sino por meter la uña y embolsicarse el oro. ¡Qué va a saber el Rey! A él lo envuelven como a ellos les da su real gana. Si a uno lo engañan y le hacen trampa las negras, en su propia cara, ¿qué no harán estos mandatarios con su Majestad, que está en la porra? Miren: aquí hasta el viejo Caballero, hasta el negro Fiel, no son más que una partida de gatos y de falsarios. Pero démosle gracias a Dios, porque tan siquiera, no nos matan. ¡Mucho cuento es! Pero lo del Marquesado ¡me lo derrito en la nuca! Ni la mesma tía Bárbara cree en tal patraña. Si creyera, ya había prendido el mundo, con lo alardosa que es: allá dizque está recoletada, sin dejarse ver y como entripada.

—Sí está —afirma Luciana—. Se lo notamos desde la noche que fuimos a darle el rebeso. Pero vea, niña: no es porque no crea en el Marquesado, sino porque debe darle bochornito el ser Marquesa, asina tan quedada y tan sin esperanza. ¡Yo se la doy a cualquiera!

—¡También es por eso! Culeca sin gallo no hace más que engüerar. Yo me voy, mis queridas, para que no me jalen más de esta lengua, que me dio Su Divina Majestad. Y ¡chito! porque nos confinan como a los Ñuridos. Esto es si no nos dan una pela, en media plaza, como a Castor Camilo. No crean que me escapo, aunque sea nieta del viejo Caballero y de Taita Moreno.

En verdad que la Marquesa está algo encerrada: se ejercita en caligrafía, a fin de escribir, bien lindo y bien parejo, aquella contesta suprema. ¿Ella en carteo con su Majestad y de propia mano? Muy bien puesto debe tener el juicio, cuando no lo ha perdido en esta ocasión.

Al fin le trae Don Jerónimo aquel borrador, tan hermoso y expresivo. Reza a Santa Bárbara, ensaya la pluma, se persigna y empieza. La mano le tiembla; pero, poco a poco, tregua ahora, descanso luego, logra llegar al paso postrimero...: "De vuestra Sacra Real Majestad muy humilde sierva y vasalla, que los reales pies y manos os besa".

[1] *chontal* (fam.): "aplícase a la persona inculta" (DRA).

Al fin ¡oh la magia de esa diestra suya! echa esa firma, con aquella rúbrica tan parecida a un 8, con cola, que se ha inventado, a imagen y semejanza de la del mismo Rey. Alabado fuera Dios. Tres horas ha gastado en la obra; pero sin la desgracia del borrón; y toda ella tan sacada a pulso, tan bien repartida y acondicionada. Ya verían sus Majestades que su favorecida no era ni ingrata ni ignorante.

Inspiración de su mismo amor al Rey había sido el que ella se hubiera empeñado en conseguir esa sabiduría embrujada de la pluma. No en balde quería ella tantísimo a su ganso, tan apuesto y tan bravo. ¡Las cosas de Dios! ¡Que un animal tuviese esa virtud, tan útil y tan grande en el mundo!

Don Jerónimo le admira la obra y se la cierra en el mismo enorme pliego, por "la vuelva" —como llamaban la parte que le quedaba en claro y en donde se escribía la dirección—porque, entonces, no se conocían los sobres sueltos. Aquel sobrescrito magno también va autógrafo; pero trabajado por diseño, en su reparto y disposición.

Don Jerónimo, Don Chepe y la Alcabalera, que han estado en Madrid y visto ceremonias públicas de la corte, en traje oficial, como salida de besamanos o matrimonios, en la basílica de Atocha, celebran entrevistas con la Marquesa, a fin de hacer el encargo de los ornamentos. Es cuestión de gloria, no sólo para Yolombó y la Provincia, sino para el Virreinato entero. Hay tela de dónde cortar; hay buenos comisionistas para el caso; pero Taita Moreno se revienta de la cólera, al suponer la cancha que van a sacar esos canarios del Enemigo Malo. Mas la necesidad tiene cara de hereje: se les llama; y Barbarita da perlas, esmeraldas, oro, carta abierta, amplias facultades; y el encargo se hace por el primer despacho.

Mientras no le vengan las galas, no le parece decoroso presentarse en reuniones, vestida, así como una hidalga de tres al cuarto. Fuera de que cumple a su título, recogerse en casa, a fin de discurrir cómo se pone a tanta altura. Ante todo debe ser más caritativa que lo ha sido hasta ahora. En tal empeño, dispone una limosna semioficial, todos los lunes. En seguida debe ser más instruida, todavía; y se da al Padre Mariana, a los cuadernos de Geografía, a la *Leyenda dorada*[1], a las profundidades del diccionario de Covarrubias, a los libros traídos de Antioquia y de Rionegro, a los de Don Chepe y del difunto Don Marcelo. Manda hacer estante, y cátame el primer simulacro de biblioteca[2], por esas cumbámbulas mineras. Sus veladas musicales y bailables, de los sábados, así como sus mediastardes del

[1] Juan de Mariana (ver nota 2 de pág. 165); *Leyenda áurea* (la *Leyenda dorada* citada), colección de vidas y leyendas de santos, de Iaccopo da Varazze, sacerdote italiano del siglo XIII; Sebastián de Covarrubias y Horozco (1539-1613), autor del famoso *Tesoro de la lengua castellana, o española* (1611), el "diccionario" mencionado.

[2] Otra nota ambiental que señala un estreno del escenario local es el "primer simulacro de la biblioteca" (ver las notas anteriores que se refieren a instituciones desconocidas o escasas en el Yolombó de la época, o sea, notas 1 de pág. 55; 3 de pág. 96; 1 de pág. 98; 1 de pág. 204).

domingo, las tendrá tal cual vez, con sus íntimos y con mucho pipiripao, por supuesto; pero en el recogimiento que debe guardar mientras tanto, y del cual protesta, enérgicamente, Doña Luz. Las bobadas de esa hidetal de la Bárbara. Si el tal Marquesado no era para bailar, jugar y vivir en bureos y francachelas ¿para qué demonios servía?

Si se desgajara a la tierra un pedazo de luna, no habría en el mundo tanta sensación, como la hay en el lugarón, con tan insólito suceso. Vuela al punto por los cuatro vientos; y, todo bicho pasajero quiere ver el título y conocer la titulada.

Don Pedro y el Letrado podrán apreciar lo que esto significa; pero no quieren o no pueden explicar, tal vez porque nadie haya de entenderlo. Que es cosa de dominio nadie lo duda. Cómo sea y hasta dónde llegue es la cuestión.

Todos opinan sobre el asunto y lo tratan al derecho y al revés. Doña Gregoria desde su ventana, toma la palabra y convence a Marcos y a varios auditores:

"Eso es argumentar por hacer ejercicio. La palabra lo dice claro. Si su Majestad la nombró 'Marquesa de Yolombó', es para que coja todo el marco de estas tierras, de esta Alcaldía y de este Ayuntamiento, hasta los linderos con tierras ajenas. Si fuera del marco del lugar, nada más, sería 'Marquesa del pueblo de Yolombó', tan solamente. Asina es que coge el mesmo mando de Pedro y de los cabildantes. Pero el mando de Marquesa es de mejor calidad que el de Alcalde Mayor y Capitán a Guerra. En prueba de ello es que los Alcaldes apenas tienen vara o espada, y la Marquesa tiene corona. La marquesía es como un reino chiquito. Por supuesto que Barbarita no le va a arrebatar la vara a su Taita, porque es hija tierna; pero, en falleciendo Pedro, a ella le toca. Han habido muchas mujeres mandatarias: nuestro padre Don Marcelo —que Dios tenga en su santa gloria— nos contaba de muchas matronas que han mandado hasta mejor que los mesmos reyes. Y él era hombre de mucha letra. Su Majestad sabe quién vale en su Colonia. Y Barbarita, asina moza, es tan sabida como cualquier justicia o letrado; y, si supiera latines, sabría lo mesmo que un vicario. Es que aquí, todavía, no se han enterado de qué clase de personaje es esta criatura y lo baquiana que es para el mando. Aquí creen algunas, medio mentecatas, que no va a poder con la corona: allá lo verán, después de la coronación".

Taita Moreno va más allá: sin concederle mando oficial ni de hecho, la pone por lumbrera y autoridad espiritual, que ha de dirigir todo el trapiche gubernativo del Distrito.

Don Jerónimo y los curas le siguen.

Héteme a la Majestad en Yolombó, combinada de ninfa Egeria[1]; y ahí te

[1] Ninfa de la mitología romana cuyo nombre señala una asesora de confianza.

van los tributos. El primero es el de Taita Moreno: una pareja de esclavos, que acaba de casar. Los otros mineros ricos no son tan sinvergüenzas, para quedarse atrás; y, luego, ¡es tan grato regalar a los ricos y poderosos! La cuadrilla se le aumenta con seis unidades; su cofre, con chagualas, chicharrones y joyas de mano civilizada; su vajilla, con varias piezas; su lencería, con prendas que han pulido y ornado las más hábiles costureras. Las viejas Layos le envían lo que más aman, la mejor herencia de su madre: el cuadro de Santa Mariana Paredes, la Azucena de Quito[1], que ellas tienen por obra maestra. Y ¿qué decir de las pieles de animalillos y de los plumajes pintados que le ofrendan cazadores y muchachos? Después vienen los tributos del indio y del labriego, que la hacen llorar. Quiénes con los canastos de bejucos y las ollas; quiénes con las gallinas o los huevos; éstos con las colmenas y las frutas; aquéllos con las primicias de sus rozas y lo selecto de su sembrado.

Por fortuna que muchos tributarios son de la clientela mendicante que se riñe los lunes en sus portales. Y ella que tanto lienzo y tanta fula ha comprado para los envoltorios y amarradijos de sus oros, los compra ahora, por mayor, para que sus negras cosan la ropería de cargazón; y cada mes, a más de la moneda habitual, recibe todo pedigüeño, si no la muda hecha, el trapo para hacerla. Claro que, con aquellas desnudeces tan convenientes, es mucho el cuero de cristiano que se contempla al viento, mes por mes. Desde luego que la mina sigue dando para todo.

Con el aumento de negros, ha hecho varios cambios en oficios y domicilios; y, poniendo a otros de hortelanos, se ha traído a casa a la negra Sacramento y a su consorte. Quiere aprovechar estos días de retraimiento social, para hacerle a su mansión componendas y reformas interiores, en los corrales y en las barracas de los esclavos; y pone a Guadalupe en estas carpinterías de hacha y zuela; Sacramento queda, para distraer sus vagares de médica, en lo que se ocurra en casa.

—Vea una cosa, Amita —le dice la bruja, después del matinal saludo—. Su Mercecita tenerá de perdonale a su negra, si le manifiesta una cosa, que se me vino anoche a la cabeza.

—Algún embeleco de los tuyos.

—Ni an embeleco es, Amita de oro. Ya lo va a ver. Dínese eschuchame. Cuando su Majestad, el Rey entual, l'envió papel de Marquesa, es porque le v'a enviar el Marqueso[2], más hoy, más mañana.

—¡Valiente negra tan boba!

—¿Boba? ¡Es que ya lo veo embarcándose de p'acá! Yo quiero que la tope bien linda y bien mocita.

[1] Mariana de Jesús de Paredes y Flores (1618-1645) fue beatificada en 1853 y canonizada en 1950. Es la primera santa del Ecuador. (Parece que su epíteto fluctúa entre Azucena y Lirio de Quito; ver nota 2 de la pág. 224).

[2] Ver la oración solemne de Gregoria para que venga el "Marquesón" (pág. 211).

—Pues eso siempre está algo trabajoso.

—¡En queriéndolo su Mercecita! Yo la blanqueo y la despercudo y le saco colores, como si tuviera meros quince años. Ya ha visto qué laya de carates, tan inveteraos l'he quitao a tanto blanco.

—¡Sí! Dándome alguna yerba, bien venenosa, de las tuyas. Ya quieres salir de mí.

—¿Pa qué decir eso, Amita? ¿A cuál blanco le he hecho algún mal, con mis curas? ¿Cada rato no toma, su Mercecita, lo que yo le receto? ¡Será porque su negra no ha medicinao a señoras y niñas delicadas, que han padecido males bravos! No vaya a pensar, Amita, que yo vaya a dale a ningún blanco purgas pa'negros de mucha fortaleza, ni hacer con ellos las cizañas y brujería que li-hago a la gentualla. Agora qu'está en espera de la coronación y medio encerrada ¿qué trabajo le cuesta a su Mercecita, estase algún mes y medio gu dos, en la escurana o vendaíta, pa'salir ajuera? Lo suyo ni an tanto menesta: es mero curte, del mal clima y de las calenturas.

—Sí: ya sé que sabes descurtir; pero, en saliendo al sol y al viento, ¡adiós blancuras!

—Dende que yo le saque el curte insolvao, yo sé cómo le dura la blancura, toda su vida. No va a menester más los aliños de Narcisa; con clara de güevo y limón y la yerba cándida la libro de todo viento y de todo resisterio[1].

—Ahí vamos comiendo y tanteando. Por agora no nos metamos en tales dibujos.

La Marquesa y Don Pedro tienen larga entrevista sobre intereses.

—¿Su Merced quiere que pasemos aquí el oro? Allá es muy dificultosa la asoliada. El patio encerrado es muy chiquito y hay que asoliar por partes, mientras que aquí salimos de una vez. Hay que hacer esto, agora en estos días, antes que se cuele el invierno.

—Me parece lo mejor.

Al oro de aquella época debía tomarle algún orín o plaga perniciosa, toda vez que se extendía a la lumbre del sol, cada dos o tres meses; bien así como se libran de la polilla los vestidos de paño para oír misa.

Es fama que el transporte de aquellos orales de la Marquesa echaron a la calle hasta enfermos de cuidado; y que cada hijo de vecino hizo cómputos sobre su cuantía; por lo cual nunca se supo, con toda certeza, a cuánto ascendería. Se sabe, únicamente, que cuatro negros, custodiados por Fiel, lo sacaron en costales, en cinco viajes, muy bien contados; y que Don Timoteo le dijo al señor Alcalde, con filosófico retintín:

[1] *resisterio*: resistero (UU). No aparece en DRA.

Si es verdad que el oro roba
La paz de toda alma pía,
Haga Dios guerra a la mía
A diario con una arroba.

—¡Qué arrobas, compadre Ceballos, ni qué estribillos! Eso es mica que mantiene la Chata, por hacernos fieritos a los mazamorreros de a rial y medio.

En acabando los costalados, la emprenden los negros con aquel arcón que parece el sepulcro de Doña Luz. Apenas sí cabe por las puertas tan semejante mastodonte; apenas sí pueden los cuatro sansones con tanto tablón y tanto fierro. Suda que suda, puja que pujarás, consiguen plantarlo en el aposento de la Marquesa, frente al escaparatón de altos relieves, mucho dorado y florones al óleo. Abierta la ventana, lo ve, desde la calle, cualquier caco. ¡Lo que se gana! Como si viese la Piedra del Peñol[1].

El Alcalde y Don Vicente se vuelven ojo de hormiga. La puerta se cierra. ¡Ay! ¡Quién pudiera penetrar los áureos arcanos de aquella encerrona!

Y los penetran, porque, si las paredes tienen oídos, los árboles tienen ojos. Martín, el acólito, y Luis, el cantorcillo, trepan a un guamo, del huerto aledaño, y avizoran, ocultos. El patio de la casona marquesil lo cierran una escuadra en corredor y otra de cerco bajo, vestido de enredaderas. Cuanto allí pasa lo contemplan ambos vigías.

Ellos han transmitido a la posteridad el vértigo de aquella visión. El sol de las diez baña aquel patio, tan despejado. De pronto se convierte en un cinco de oros: en la disposión de esta carta ha hecho colocar la tía Barbareta cinco cueros de res, que irradian relumbrosos y coruscantes. Por los corredores yacen los trapos vacíos, combos por el centro y alechugados por los bordes, así como fundas de sombreros. La tía, el padre y el abuelo de los espías, revuelven, por turno, con un como rastrillo de plata. Los cuatro[2] se agachan, mañosos, y van entrando, pasito a paso, cuero por cuero y... la visión se desvanece. Ni mónago ni cantor guardan ese secreto de familia. ¡Imposible!

Ya son las dos y la puerta sigue cerrada, a piedra y lodo; en la calle está la gente pensativa; y nadie arrima, porque Fiel guarda los portales, cerca al título.

Doña Bárbara adquiere caracteres casi míticos: es Sabia, Ayudada, Marquesa y Poderosa.

Pasan meses y siempre medio recluida. Cualquier día se encierra del todo

[1] Gran roca cerca del pueblo de su nombre. Manuel Uribe Angel subraya "su gran masa, su elevación, su aspecto severo y su contorno majestuoso e imponente" (*Geografía general* ... París, 1885, pág. 94).

[2] Es difícil identificar a "los cuatro", ya que el autor no cita sino a tres, "la tía, el padre y el abuelo".

y sólo le abren a Doña Rosalía. ¿Quién no se impone de tamaña circunstancia? Aureola de misterio acaba de transfigurarla. Cosa mala era, desde luego. Entre las versiones, más o menos malignas, más o menos reservadas, la más general y socorrida es que está aprendiendo brujería, por libros y por estudios prácticos con Sacramento.

La magia, la ayuda, Los Familiares, lo monicongos se vuelven, en la mente colectiva del lugarejo, una boga, una convicción, un devaneo. Aquel tópico se ventila a toda hora, en todas partes y en mucha reserva, por supuesto. La suerte extraordinaria de esta mujer era debida a estas artes demoníacas; y los que más abominaban de ellas quisieran poseerlas, siquiera para salir de las quimbas y las fulas. Don Pedro, que nada ha oído, pero que conoce a su gente, se va a la hija y le dice:

—Ya me contó Rosalita todo el misterio; y vengo a que me oigas. ¡Nada de blanquimentos en secreto! Te blanqueas delante de todo el vecindario, como si fueras la pared de la calle. Estás en una situación en que todo lo que hagas reservado, lo vuelven un cuento. Hazte la cura del curte a la vista de Dios y de todo el mundo.

—¿Pero no ve, su Merced, que al viento se pierden los remedios?

—No salgas al viento, si es tanto el perjuicio; pero que entren aquí, todos los que quieran y que te vean. Tú no eres capaz de suponer todo lo que la gente puede decir de ti. Lo que menos dirán es que tienes sarna o que estás ética.

—Asina es, su Merced. ¡Ya lo veo! Voy a que abran; voy a abrir yo mesma.

Y lo hace.

—También quiero decirte algo más, y no vayas a enfadarte conmigo.

—¿Con su Merced? ¡Imposible! ¡Diga lo que sea!

—Pues bueno: te hemos notado acobardada, cuando más contenta debías estar. Yo sé el motivo. Te mortifica ser Marquesa, estando soltera y no quieres levantar solar para ti sola[1]. ¿Estoy equivocado, Chata? Sí o no, como Cristo nos enseña.

—No, su Merced; no está equivocado. Asina es, aunque me pese el decirlo.

—Eso es muy fácil de remediar. Aquí no tienes con quién casarte; pero en España, sí. Apenas tomes posesión del Marquesado, partes para allá. ¡Vive Cristo que en España encuentras alguno igual a ti, con quien casarte! Obligación es de todo padre procurarle a sus hijos estado conveniente. Este

[1] El dilema de la "Marquesa soltera", expuesto por Don Pedro, se relaciona ideológicamente con la oración de Gregoria para que "venga pronto un Marquesón" (pág. 211), y con la alusión de Sacramento al "Marqueso" (pág. 219).

viaje ha sido tu sueño y agora es tu pesadilla. Te parece que no debes dejarnos a Rosalita y a mí, porque te figuras que no vuelves a vernos. Cuasi estoy seguro que eso ha de suceder: ya estamos muy viejos. Pero ¿qué importa? Ella y yo no queremos sino tu felicidad. Te vas. Ventura te acompañará hasta Cartagena o hasta España, si es preciso. Si no pescas marido, de tu clase, te vuelves. Tal vez nos encuentres vivos, todavía.

—¡No, su Merced, yo no los dejo, por nada del mundo! Si Dios me tiene para casada, aquí me encontrará mi marido. Es muy triste y muy ridículo ir a buscarlo yo mesma. Cuasi estoy segura que moriré solterona: ya no soy joven y nunca he sido bonita.

—Ni eres fea ni careces de atractivos. No resuelvas nada, todavía. Espera unos diítas. Es lo mejor.

—Cuando sus Mercedes fallezcan iré, vieja. El matrimonio es lo de menos: seré Marquesa horra. Yo lo que más anhelo es conocer a sus Majestades. Esto lo he puesto en manos de mi patrona. Ella sabrá cómo lo arregla con Su Divina Majestad.

—Bueno, hija. Huélgome de verte tan noble y tan bondadosa, como siempre. ¡Eso es lo principal! ¡Que Dios te conserve asina! Agora, te encarezco que te manifiestes muy contenta.

—No será manifestación, tan solamente. Es que, desde agora, quedo satisfecha y contenta, porque ya traté, con su Merced, este punto, que yo no le hubiera tocado nunca, si su Merced no me lo hubiera adivinado. Cuénteselo todo a Rosalita, y que no me diga ni me advierta nada. Desde hoy, me verán más contenta que siempre. Y, si quiere que salga al sol y al viento, salgo, y andaregueo por ahí, aunque siga curtida como una cuyabra vieja.

—Sería lo mejor. Te pones blanquetes y coloretes y lo que te dé la gana. Los colores son lo mesmo de verdad que de mentiras: no pasan del pellejo.

Desde el día siguiente monta, encabeza paseos, loquea; y la gente sigue murmurando. ¿Qué evidencias atajaron nunca los malos pensamientos y los falsos testimonios?

XVII

Las siete. Hace luna casi llena; pero en puertas y en ventanas hay candilejas y faroles; hay velas, en guardabrisas de hojas de maíz. La banda toca sus aires más retumbantes y alborozados; la pólvora estalla, en voladores, triquitraques y tronamentas. Yolombó entero trasiega y moscardea, engrosado con los patrones mineros, por las cuadrillas, por muchos remedianos, cancaneros[1] y arribeños.

La casa de la Marquesa es un incendio por fuera y una gloria por dentro; los tres arañones de madera, tres apoteosis de la candela; el cenefón, pintado al temple por los retocadores de Santa Bárbara, muestrario de una flora de ensueño. Relumbra de blancura el Lirio de Quito[2], con sus hábitos de monja, en tanto que San Jerónimo, tan esqueletudo y penitente, dice lo vano de las mundanas alegrías. Apenas sí cabe tanta gente y tanta cosa, en ese salón tan espacioso. En la puerta están Taita Moreno y su nieto Martín, como introductores; en los ocho tarimones se cuñan las señoras, arrimadas a las paredes; más al centro forman calle los magnates; en el lado frontero al aposento campean el Cabildo, los altos dignatarios y el Padre Lugo; en la mesa, papeles, escribanía, los Santos Evangelios, y, sobre un cojín colorado, una cosa a la cual convergen todas las miradas. Hasta miedo infunde tanta esplendeza. Es una como canastilla de oro y pedrería. Pósase acinturada, en su blandura y se abre en ocho picos, como otros tantos reflejos de Panamá y de Muzo.

Guardan la puerta del aposento dos negros enormes, tiesos, inmóviles, como si fuesen de palo. Llevan media y zapato, unas como dalmáticas, de tartana roja muy galoneadas, y tamañas lanzas, puestas a plomo. Marcos,

[1] Alusión a los pueblerinos de Remedios y de Cancán.

[2] Ver nota 1 de pág. 219, para la fluctuación entre "azucena" y "lirio".

Don Jerónimo y Don Chepe, han puesto en estos negros toda la clave del cuadro y del aire palatino. Álzase el Alcalde, repica la campanilla y dice:

"Servíos poneros en pie. (Tal se hace). Ante todo, debo manifestar a la nobleza aquí reunida, que, de acuerdo con los empleados reales y con el Ayuntamiento de este Distrito, he resuelto no recusarme para presidir esta solemnidad. Aunque atañe directamente a mi hija, Doña Bárbara Caballero y Alzate, no hago, con ello, más que cumplir órdenes expresas de su Majestad, nuestro Rey y Señor, Don Carlos IV. Podéis presentaros, señora Marquesa".

Rumorcillo. Ansia. Silencio. La puerta se abre. Aparece pausada, imponente.

Avanza. Detiénese en el centro. Sea por química de Narcisa, sea por alucinación colectiva, surge fresca y hasta bella. Inspiradas en el retrato de María Luisa de Parma, le han fraguado ricillos sobre la frente y rodete, con un nudo, en la propia coronilla. Luce las morbideces del cuello, del pecho, de los brazos realzadas por las perlas y esmeraldas de espléndido aderezo. Denuncia la euritmia de sus formas ceñida túnica de terciopelo carmesí, bordada de oro y de aljófar, que deja ver el pie andaluz, ajustado en chapines de raso blanco, con labores de argentería. Prendido atrás, en el escote y plegado a la espalda, ostenta el manto de felpa azul, guarnecido de armiño, que baja majestuoso, y se abre en cola de pavo real. Llévasela, con gracia y rendimiento, una negrita lindísima, calzada de rojo, vestida más con quincalla y abalorios que con tela.

Todos lelos, embobados, soñando.

—Señores Cabildantes, señor Personero: ¿como representantes de este Distrito, reconocéis y acatáis a Doña Bárbara Caballero y Alzate, que aquí tenéis presente, como Marquesa de toda esta jurisdicción de Yolombó? (Que sí, que sí, que sí). Yo, a mi vez, como primera autoridad, la reconozco y acato, ante vosotros. Dignaos, señora Marquesa, avanzar y poner vuestra mano sobre este libro de los Santos Evangelios (Muévese como una diosa hasta la mesa y coloca su diestra sobre el libro abierto). ¿Juráis y prometéis delante de Dios y de los hombres, puesta la mano sobre los Santos Evangelios, obedecer y servir a su Majestad el Rey de España y de estas Indias, con el reconocimiento de súbdita fiel; velar por los intereses de la Monarquía Española y de la Religión Católica, Apostólica y Romana, como Marquesa de este territorio de Yolombó?

—Juro.

—Si asina lo hiciereis, Dios y el Rey os lo premien, o, si no, ellos os lo demanden. Servíos, señor cura, bendecir esta corona.

Por detrás de la mesa brota el Padre Romerales, por entre una cortina, de sobrepelliz y estola, con todo y mónago y caldereta. Echa latines y asperges.

El Alcalde toma la nobilísima insignia, y con harta más torpeza que gallardía, se la pone a la hija, en el propio nudo del peinado.

"En nombre de su Sacra Real Majestad, nuestro Rey y Señor Don Carlos

IV, os coloco esta corona en la cabeza. Quedáis inscrita en la nobleza titulada de la Monarquía Española"[1].

La Alcabalera vuela a corregir aquello, y, con mano industriada, ajusta al nudo la corona, con las seguridades técnicas. Leída y firmada el acta, empingorotan a la Marquesa en una silla, arreglada al caso, y principia el besamanos. Todos los labios tocan esa diestra generosa; todos: hasta los iscariotescos de la Cayubra. Al beso de Doña Gregoria le acompaña el llanto: "¡Ay, mi hijita, la Marquesa! Cuándo pensé yo tener esta dicha!"

—¡Viva la Marquesa de Yolombó! —grita Taita Moreno.

—¡Viva! —vociferan adentro y afuera.

—Dignaos salir, Marquesa, a los portales, que vuestro pueblo os quiere aclamar.

Y el viejo le ofrece el brazo y salen, y detrás la portacola y detrás la Alcabalera. La banda rompe en triunfal marcha. Todo el frente de la casa es una alameda, flamígera de teas sanjuaneras levantadas a todo brazo. Fiel y sus indispensables emparejan la calle, a horqueta tendida. Cuatro indios, con quimbas historiadas, dalmáticas y gorros de bayeta roja, con muchos ringorrangos y ribetes, traen la litera de viaje consabida, toda endamascada y enflecada, con uno a modo de tono céntrico, que, en vez de solio, apenas si llega a algo como espaldar. Bájanla, y la Marquesa se sienta y se apoya hierática; la Alcabalera dispone, ya abullonando, ya desplegando, aquella cola, con artificio decorativo e instantáneo.

"¡Palos al hombro!"

A un solo compás alzan iguales los cuatro indígenas. Martín, con la bandera de la Madre Patria, marcha adelante, cual si arrease las filas engalanadas de negritas que van regando flores. Detrás, la cuadrilla de la Marquesa; más atrás, todavía, su banda; y, por último, el señorío y los dignatarios. Aquí del vivar a todo pecho, a todo corazón y arreo, arreo. Hasta la Cayubra tiene de contestar. ¿Qué ha de hacer la pobre? La ovación sube, la ovación baja, atraviesa la plaza, sesga cuadrando, más delirante mientras más prosigue.

Doña Luz, la única que ha quedado adentro, saca solitarios; Rosalita y Doña Gregoria, apoyadas en la baranda del portal, contemplan la fiesta al través de sus lágrimas.

"Pero mira, hijita: hasta mi Dios ha destapado las estrellas, para que alumbren la coronación de esta criatura. ¡Cuánto irá a ser el bien que ella va a

[1] El historiador antioqueño Hernán Escobar niega rotundamente la historicidad de la Marquesa de Yolombó: "Con toda autoridad podemos decir en lo que al título se refiere que él fue creado y otorgado bajo la imaginación del maestro Tomás Carrasquilla ... no se encuentra ningún título concedido con el nombre de marquesado de Yolombó" (*¿Existió la Marquesa de Yolombó?*, en *El Colombiano*, Medellín, enero 13 de 1956, pág. 15).

derramar en este territorio! ¡Póngase a pensar! Un padrenuestro al Espíritu Santo, para que la ilumine en su marquesía. 'Padre nuestro, que estás en los cielos'" ...

Porque pide capitulación la tornan a casa. Está mareada. Apenas si puede sostenerse. Al bajarla se desvanece. La llevan al aposento. La despojan de manto y corona; le dan agua tibia y el efecto es eficaz. Se sobrepone: los nobles que la honran son los verdaderos Marqueses; ella su servidora. Hace los honores, parejo con Doña Rosalía y Liborita, con Don Vicente y sus hermanos. Obedece a su Merced mostrándose plena de ventura. Cuanto le insinúan, eso hace: contradanzas, cantos, zapateo, castañuelas, todo. Los negros escancian en los portales, a quien arrime, lo de Jerez y lo de Málaga, y les ofrecen las grosuras y las exquisiteces de las reposterías marquesiles. Martín y Luis tiran, por su tía, sendos mochilones de menuda. Taita Moreno, que ha costeado la ovación procesional, en todo ha estado y está, a pesar de sus ochenta y tantos. Apoyado, luego, en el brazo del Churumbelo, alumbrado por el farol del negro Demetrio, andareguea, de aquí para allá, hasta que pone a los cantores en su puesto: quiere oír y saborear, antes de retirarse, aquella serenata, cuyo es el concepto de la letra. Tras un redoble de bando, se oye el silencio y rompen guitarras, modulan caramillos y voces africanas se desatan en nitideces de dulzuras y de tristezas hondas. Para aquella "Madrecita de sus negros", quieren todos exhalar sus corazones.

Deploramos no conocer aquellas rimas; pero es fama que Marcos, deponiendo la sandalia zumbona de la jácara, cálzase, en esta vez, el alto coturno del sentimiento.

A la una termina esta fiesta, que la tradición ha transmitido, como la página de oro en la historia de aquel Yolombó hidalgo.

Al día siguiente, son las solemnidades religiosas, en esa Iglesia de Santa Bárbara, en que aquella nobleza ha puesto sus conatos y a la cual ha vinculado los actos más trascendentales de su vida.

La Marquesa, en traje humilde de estameña, y amantada como una dueña setentona, asiste, desde el alba, a todas las solemnidades. Besa la tierra, en la Elevación, y comulga lacrimosa y edificante. Sale a repartir, pobre por pobre, aquella limosna en sonante. Es pública, porque tiene carácter oficial; es privada, porque cada socorrido se compromete a no divulgar la cuantía que recibe.

Pero, tras los ritos penitenciales, vienen siempre los pascuales. Desde las ocho de la siguiente mañana está reunida la blanquería, orillas del San Lorenzo, ante la cascada. Si no de altura vertiginosa, se desmelena blanca y juguetona por un peñasco, todo caprichos, musgos y cardos bajo altísimas frondas, para formar unas cuencas remansadas, dignas de Adán y Eva, antes de dañarse y, aún más, después del daño.

Como es lugar consagrado para francachelas acuátiles, la vega del lado del lugar, la mantienen, si no muy limpia, por la misma frecuentación, con sus

árboles y pedrejones muy acicalados. Desde la víspera de aquel paseo memorable ha ido la negrería, con escobas y herramientas de aseo; y ha dejado ese prado como unas platas. Antes de amanecer están ahí, con la vitualla, preparada o por preparar; y, combinando lo natural con lo industrioso, ha forjado, con cuerdas y ramajes, entre tronco y tronco, las toldas que no alcanzaron a brindar los aparasolados carboneros. Bajo el sombrajo más espeso colocan a Doña Luz, con todo y litera, con su trinca embarajada, ante la mesa aleatoria. Saborea los deleites del acuse con los del chocolate, con chicharrones de a diez cortes. En tolda de trapo, con la bandera española, está la cantina, administrada por Sacramento y Guadalupe. Bajo otras espesuras se charla, se canta, se bebe, se ama, se disfruta la dicha del vivir. Báñase promiscuada, la chiquillería, vigilada por negras; los esclavos cazadores se van, monte adentro, por ver si topan cualquier avechucho. Y allá, a discreta distancia, junto a la linfa clara, entre arbolillos y rastrojos, con el decoro de toda grandeza, se amontonan los bastimentos, penden los perniles, cuelgan las ristras de chorizos, cantan los peroles la fritanga del cerdo, levantan las calderas el loor a las gallinas, muelen especias los almireces; caen, en tazones de pedernal sevillano, los remellones de caldo. Las negras vuelan repartiendo aperitivos, repartiendo tentempiés; y el humo levanta su penacho glorioso, anunciando la vida.

Mientras no llegue la Marquesa, con su cortejo de vejestorios, no hay para qué pensar en ese almuerzo. ¿Qué será tanta demora? Más cátalos ahí. Pero ella sola, con el sobrino. Bajan a cual más trasfigurado, que un buen corcel fue siempre un Tabor[1], para quien sepa regirlo con destreza. Monta el mozo aquel overo que le ha regalado Taita Moreno, con una espuela de oro, por ñapa y suplemento. Ostenta sombrero al dos, chupa ceñida, chorrera encañonada, capote con esbozo rojizo y verraquillo sutilísimo. Y ¿qué decir de tía Barbareta, con el atavío amazónico que le ha llegado, entre las varias galas cortesanas? Es ella para vista a esa distancia, en que se esfuman fracciones y sólo vale la silueta. Encumbrada en los lomos de su alazán, sobre aquel sillón, tan argentino, es la Marquesa. ¡Con qué garbo las enguantadas manos asen las riendas y el látigo! Casaquilla, ala de mosca, le ajusta el busto y le diseña las caderas, mientras el fundón ampuloso casi besa el suelo. Un mosquetero agachado hasta las cejas, destaca una pluma sesga, sobre el verde difuso de la loma.

Todos corren al apeo; y Don Jerónimo escuadra la zanca, en una piedra, para que ella apoye el ágil pie. Recógese con donaire la faldamenta; deja ver el zagalejo de moaré rosa; y va a sentarse al sillón que le tienen, a la sombra de un yarumo. La rueda se le forma.

Martín se riega, arrastra que arrastrarás el ala, ágil y vibradora. Alborea en los diez y ocho. Es altísimo, una recta del cogote a la cintura, bien plantado, anchas las espaldas y una delgadez de poeta idealista. Aquella cara

[1] La montaña de la transfiguración de Cristo.

de ángel, en que no asoma un pelo masculino, es una ironía de la naturaleza: desde el tuétano hasta la epidermis le abrasa el fuego que da vida.

Ya tiene tan buena hoja de servicios, que le llaman el Garañón de Don Chepe, pues es de saberse que el viejo sátiro reverdece y se complace en este nieto, que le ha heredado la entraña arrebatada. Si de rapaz le enseñó coplas y cuentos colorados, ahora le ilustra en la carrera y le receta, con la frescura de un camarada. El mismo Don Pedro, tan seriote, le ríe sus devaneos; Doña Luz lo adora; y la tía Barbareta lo mima como a su unigénito. Así es que el nieto de los dos magnates viene a ser, por tendencia, por jerarquía y por fortuna, el burlador alegre de la villeja.

Arma tope a los viejos, con cohetes, guaches y coplas, y allá se van, tras él, locas y locuelas. Al divisar los topados prenden esa encañada. Los dos próceres vienen en sus mulitas impasibles, con sendas parejas de negros al estribo. A la Alcaldesa y a Liborita las traen en silla de manos; atrás viene más servidumbre, con asientos, esteras y chirimbolos. Martín saca la cacha de Málaga y les ofrece coco. Tómalo Don Pedro muy tranquilo; pero Taita Moreno le tira de la coleta y las viejas lo pellizcan.

Pachita, con los tres vástagos, sale muy satisfecha a recibir a Pepito. El almuerzo principia; y Martín ni come por galantear y embromar. No bien se acaba, sigue Doña Luz con el juego. A poco, viéndola Martín muy rostriplácida, se va a ella y se le pega.

—¡Esta María de la Luz tan de buenas, y ver su pobre Churumbelo!

—¡Fo! ¡Fo! Quítate de aquí, hidetal, que jiedes a negra. ¡Quita de aquí, so indecentón!

—Tanto que le gusta hacer escándalos a esta María de la Luz. ¡Si estás toda dañada! Presta yo te compongo la peineta y te desarrugo la pañueleta.

Y la soba y le hace mil monerías. Ella le echa codo y le mete la uña, llena de dicha.

—¡Ay! ¡Ay! Lucecita. Hoy es el día que van a acabar conmigo, entre la madre y la hija. ¡Ñau! ¡Ñau! —señalando la mochila—. Una manotaíta, no más. ¡Ve que se va a reventar, de puro preñada!

—¡Quita de aquí, Pajalarga, Verijasdioro, Cara de zamba lambida!

Mientras ella insulta, él mete la mano en la mochila, por tres veces.

—¡Quita de aquí, Ayudao, logrero, que me vas a dejar pelada y zonza, con tu jedentina!

—¡Esta María de la Luz tan ingrata con su pobrecito Churumbelo!

Vuelta a los sobijos, besuqueos y garatusas. Al fin se le desprende.

—¡Pa juntos! —le grita la Cayubra.

—Si no le saqué nada. Arréglame la coleta, que cuasi me la arranca Taita Moreno; y te doy un patacón.

—Échalo ya, porque, después, no me das nada.

—¡Tómalo, so desconfiada!

En guardándoselo, emprende ella la componenda, con toda calma; y él le dice muy quedo:

—Mira, Cayubrita: si me haces buen tercio, con tu vecina, parto contigo lo que le saqué a María de la Luz.

—¡Ah, maldito sinvergüenza! ¿Te parece que estoy muy buena para alcahueta?

—¡Vean esta boba con las que sale!

—¡Sí boba! ¿Te vas a casar con ella? Y no te metas mucho, porque ese Arciniegas, ahí donde lo ves tan motolo, es de la cáscara amarga.

—¡Ayúdame, Cayubrita! ¡No seas egoísta!

—¡Quítate de mi vista, almártaga, antes de que te jarte a cocas!

Y lo empuja y lo pellizca.

—¡Ay! ¡Ay! Cayubra. Hoy no salgo con vida de este salto. Uñas de mujer mataron al Churumbelo.

Taita Moreno, que le ve rascándose, suelta la risa. Está solo. El nieto se le acerca, haciéndose el triste. Se le sienta atrás y le pone ambas manos en los hombros.

—¿Qué le hiciste a la Cayubra?

—Que no quise partir con ella lo que le saqué a María de la Luz. Figúrate, Taita. ¡Ni tan siquiera dos tristes onzas! Podías tú darle un socorrito a tu Churumbelo mono, que está en la miseria y en muchísimos apuros.

—¡Te dejaste pelar al juego! Eso era visto. Ya te he dicho que pierdes la cabeza, como tu Taita, y no haces sino pendejadas.

—No es eso, Taita.

Arrima su cara a la del viejo, oreja con oreja, y grita:

—¡María de la Luz! ¿Nos parecemos? ¡Fíjate bien!

—Individuales, sobre todo en lo vagamundos y saltatapias.

—¿Cuáles son tus apuros? —inquiere el viejo, feliz.

—Estoy comprometido con un aderezo muy valioso. Tiene que ser de oro, muy fino, con zarcillos, bien grandes, de lámparas, y un collar de ocho ruedas, bien laboriadas. Ya lo tengo visto; pero ese hambriento de Antolínez, no quiere fiármelo.

—¡Ojalá le vayas a rogar a esos canallas!

—¿Yo qué hago, pues?

—¡Cualquier quebranto, menos ése! Apuesto que es para la cafioquita de Arciniegas.

—¡Ah, viejito Ayudao, que todito se lo sabe! —Y casi lo besa, con sus embustes peligrosos.

—¡Este pendejete! Especula, agora, con tu figura. Deja los regalos valiosos, para cuando te vuelvas feo o estés viejo. Mira: ve a floriarle a la monita de Juancho Castellanos y pellízcala, con mañita.

—¿Te parece bonita, Taita? Ya no ves bien: es una chuchita mantequera. ¡Si fuera a la Alcabalera!...

—¿Te gusta? ¡Hasta viejero es este condenao!

—¡Es que ésa mira a uno, muy sabroso, y...

—¿Y qué?

—¡Y nada! Allá está Don Vicente Moreno haciéndoles mala cara al Taita y al hijo. Cree que estamos conversando cosas malas. ¡Ah señor para levantatestimonios! Podías reprenderlo, delante de la gente, para que aprenda a respetar.

—¿Cómo está, agora, contigo?

—¡Cerrado de arneses! No me afloja un triste patacón, aunque le den en el codo con un martillo. Antier me leyó una lista; y resulta que me he tragado toda la fortuna de la familia. Hasta creo que me ha metido en mal con tía Barbareta, porque sudo para sacarle una ridícula onza. Y ya ves cómo era, antes, conmigo. Lo de María de la Luz no me alcanza ni para pagar los mandados. Si no tuviera a este Taita tan formal ¿qué fuera de su pobre Churumbelo?

—No vengas, agora, de adulante, que nada sacas. ¿Cuánto te falta para las joyas?

—Meras tres onzas.

—Mira: allá está tu Taita, el Monterilla, hablando cosas sabias con el pendejo de Jerónimo y con Timoteo. Si vas y le coges las orejas, te doy las tres onzas.

—¿A Taita Caballero? Es capaz de partirme el espinazo, con la vara. Pero... voy a ver si puedo.

Vase despacito, como quien vacila, y, al fin, se arrima al grupo y se le pega al otro abuelo.

—¡Ajá! ¿Qué querrá el duende en la sacristía? ¿A qué te mandó el Sevillano? ¡A cosa buena no es!

—¡Ah, su Merced, para fregado! Le adivina a la gente hasta lo que piensa.

—Di.

—Si su Merced no se ha de enfadar, le digo. Pero sepa y entienda que yo vine nada más que por obedecerle a Taita. Las cosas que se le ocurren.

—¡Al grano, hombre!

—Pues es que tengo que pagar hoy, precisamente, una deuda de juego y me faltan tres onzas. Le dije que me las regalara; y me las prometió, con tal de que viniera y le tirara las orejas a su Merced. Figúrense, señores, si yo podría cometer esa falta de respeto. Pero, ustedes conocen a Taita.

—Mira, chico; tienes un modo de pedir, tan nuevo, que hay que premiarte la novedad. Aquí tienes las onzas. Si es deuda de juego, ve a pagarla, hoy mesmo.

—Mire, su Merced —murmura, atajando—. ¡Aquí no! Ahí están atisbando aquellas niñas; y me da vergüencita. Con permiso de los señores, véngase su Merced, aquí, detrás de estos arbolitos.

Y se van; y recibe y torna al otro abuelo.

—¡Vengo temblando! ¿No viste la cara que puso? ¡Se las tiré bien tiradas!

—Hombre, Churumbelo, yo no vi bien.

—Ya fallas por la vista. Pero ¿no viste que se levantó furioso? Me llevó detrás de ese rastrojo y me puso como un pantano. Es que me veo sano y no lo creo.

—La levantada sí la vi.

—¡Vele la cara! Si está que se revienta. ¡Valientes onzas tan bien ganadas! No le vayas a mentar nada, agora, porque me empuerca, delante de tanta muchacha.

—Bueno: te debo las tres onzas. Ve mañana por ellas.

—Dámelas, agora, Taitica. Tú tienes la chuspa[1] repleta. ¡Yo lo sé! Mira: de aquí a que volvamos a la casa te has enfadado con tu Churumbelo, quién sabe cuántas veces; y, de caliente, no me das nada. Aprovéchate, agora que estamos tan amigos. Levantémonos, con disimulo, y demos una vueltecita para que éstas no vean que me estás socorriendo. ¡Es que tú no sabes, Taitica, lo triste que es un joven noble en la miseria!

O porque el viejo cae en la red o porque se conmueva, el mozo logra su intento. Con seis onzas se hacen hasta pajaritas de oro. La jarana sigue, muy animada; pero el Garañón y el overo... ni vistos ni oídos.

La Marquesa se recoge, en su tedio, muy temprano. Narcisa, que duerme en un cuartucho contiguo, la siente inquieta. Luego le parece que llora; después, que solloza. No puede más la liberta; y vase al borde de la cama.

—¡Amita! ¿Está mala? ¿Qué padece su Mercé?

—No es nada. Vuelve a acostarte.

—¡Imposible! Algo tiene que tener y muy grande. ¿Le llamo a Sacramento, pa'que le dé una fleta aromática o alg'otra medecina?

[1] *chuspa* (am.): bolsa, morral (DRA).

—Si no es nada, negra. Acuéstate.

—¡Imposible, Amita, dejándola asina! ¿Por qué tiene tantísima de la tribulación? Dígame. ¿Qué li-hace que yo lo sepa? Si es secreto, yo no cuento.

—Te digo que no es nada. Lloro no sé por qué.

—Yo jamás la había visto, asina tan acongojada. ¿Le han hecho ofensas malucas? ¿Será la corona?

—Te digo que no es nada. ¡Déjame!

—No me mande eso, Amita. ¡Yo se lo suplico! Yo más bien me echo, aquí, junto a su cama, callada mi jeta, pa'que su Mercé no se enfade; yo le rezo a la Virgen y a mi Señora Santa Bárbara, pa'que le envíe algún consuelo, en este padecer tan grande.

Y la beldad del África se arrodilla, al pie del lecho, y ora y se enjuga las lágrimas, mientras la Marquesa sigue llorando.

¿Por qué llora de aquel modo?

XVIII

Qué despertar más raro en aquella familia. A Martín, con todo y caballo y espuela de oro, se lo ha tragado la tierra. Nadie sabe nada. Lo vieron, a prima noche, a pie y a caballo y nada más. La Cayubra ata cabos y vase a casa de Arciniegas, con cualquier pretexto. Todo cerrado. Cosa extraña en gente tan madrugadora. Golpea, y al cabo de un rato, asoma un chicuelo por la ventanuca.

—¿No hay gente, en la casa?

El chicuelo hace pucheros y no quiere hablar.

—Contesta o llamo a Fiel.

—¡Yo sí digo, antós, manque me caliente mi mama! Ell'está llorando en la cama y mi taita y Bibiana se jueron.

—¡Ábreme!

—Mi mama me calienta. Yo no puedo abrile. Más bien que me agarre Fiel.

Vase a Don Vicente con el cuento. Consejo de familia. Ofuscación. Llanto de Doña Luz: ve a su encanto asesinado. Don Pedro se deja de paños calientes. Hace abrir la casa e interroga. Al fin la comadre de Doña Engracia afloja, entre gimoteos y terrores.

—Yo le cuento todo, señor Alcalde, sin añadir ni quitar. Si semos culpantes, su Merced nos castigará. Hace días que hemos oído decir que el niño Martín es Ayudao para enamorar; que tiene poder en los ojos; y que, con sólo voltiar a ver a una mujer, ya la tiene pronta para todo lo que él quiera. Hasta irrespeto y mala crianza será manifestarle esto: pero asina lo aseguran personas que no son mentirosas ni idiáticas. Por eso las madres de muchachas mozas, le tenemos mucho recelo a ese joven. Asina fue, señor, Alcalde, que, no bien reparamos que le echaba ojo a Bibiana, me confundí y más se

confundió Arciniegas, mi esposo. Vimos que eso no podía ser con buenos fines. Asina se lo manifestamos a ella y la reprendimos. Pero nada nos suplimos: la pobrecita estaba loca perdida por él. Vea, señor: no bien lo veía, echaba a temblar y se ponía descolorida; y aquí, en la casa, se la pasa llorando y toda elementa. Yo ni la culpo: es tan lindo ese joven y tiene una prenuncia y una cosa, allá tan salada, y ese poder en los ojos para perturbar a cualquier moza. Escondido de nosotros han echao conversas; pero, ayer tarde y a la oracioncita, fueron aquí, primero por la ventana y después por la cerca de la otra calle. Yo la llamé al orden, pero no me obedeció. Cuando vino Arciniegas se lo conté todo, como era mi deber. El se entripó mucho y me dijo: "Se la roba, cuando menos lo pensemos". Se puso en atisba, por la calle y por el solar. Como hizo esa luna tan linda, todo se veía. Ya nos íbamos a acostar, cuando oímos un chiflidito, muy maluco. Nos pusimos orejones; y, a un ratico, volvió el chiflido más patente, como por el lao de la cerca. Arciniegas le echó mano a la escopeta, que estaba descargada, nada más que por echarle la flota al joven o al que fuera. Abrió y salió para adentro: al frente, en la propia cerca, estaba parao el niño Martín. Yo lo vide como adentro y asina lo vido Arciniegas, porque, como el cerco es sólo para atajar animales, tan solamente tiene dos macanas, muy apartadas; y, todo el que está en la calle, parece que estuviera adentro. Asómese, señor Alcalde, para que lo experimente, su Merced mesmo.

—No hay necesidad. Le entiendo, Hilaria.

—El joven, como es tan alto y estaba embozao en una capa negra, de la mesma color de los atravesaños, lo vimos, mesmamente, colao en la manguita y como muy imponente y asustador. Arciniegas, toíto tembloroso, le apuntó con la escopeta. Entonces el joven le gritó, con una prenuncia de mucha arrogancia y mucha amenaza, estas propias palabras: "Bien podés tirame, so bandido. No traigo arma pa'defendeme. Pero sea porque me mates o porque me hagas herida o porque no me hagas nada, te cuesta la vida; te hacemos colgar de la horca de Santa Bárbara. Tirame, asesino". Créamelo, señor, que asina mesmo le dijo.

—Se lo creo, Hilaria.

—Se calló un ratico, se quedó ái parao; y, después, se fue muy despacio. Voltió por la esquina y pasó por el frente de la casa. ¡Ya se puede figurar, señor Alcalde, cómo nos quedaríamos! Arciniegas me dijo: "Esta maldita flota de la escopeta me va a costar la vida. Este joven, que es de la principal nobleza, me va a acusar de que intenté asesinarlo. Es agora mesmo que vienen a prenderme. Arrégleme, a la carrera, una muda, que me voy". El pobrecito temblaba, como no tiene idea, señor Alcalde. Le di la muda, sacó platica y se fue. Y ésta es la hora que no sé de él. No más salió, fui a acostarme con mis dos hijos, pero la muchacha no estaba en el aposento. La busqué por toda la casa y no la topé por ninguna parte. A propia hora salí a buscarla por la calle, sin decir nada a nadie, por no divulgar yo mesma, una cosa tan inominiosa.

Visto que no parecía, me volví. Ya comprenderá, señor Alcalde, la noche que habré pasao. Para mí tengo que se fue con el joven Martín. Asina mesmo pasó la cosa. Si su Merced quiere, se lo juro.

—No necesita jurar. Veo que no miente. Y no se confunda: llame a Arciniegas y dígale que nada le sucede y que vaya a hablar conmigo.

—¿No le hacen nada, señor?

—Nada, absolutamente. Se lo prometo.

—¿Y mi muchachita?

—Ella parece.

—Sí parecerá; pero... el fuste.

—Se le ponen bastos y se le monta de nuevo, y queda famosa. Si, de esta huida con ese aturdido, le resultare crío, yo le respondo, que ella y el fruto tendrán cuanto necesiten, por toda su vida. Y, si usted y Arciniegas quieren ponerla en estado, yo me comprometo a buscarle marido que le convenga. Eso corre de mi cuenta.

—¿Asina será, señor Alcalde?

—Asina mesmo.

—Y ella ¿no quedará con mala nota?

—¡Qué mala nota, mana Hilaria! No sea cándida. Un retoño de la nobleza más esclarecida y acaudalada de estos lados a ninguna soltera le perjudica. Cualquier mozo se da tres caídas por ella, máxime si es tan linda y tan sazonada como esta muchachita suya.

—¡Pues siquiera, señor Alcalde!

—Y dígame una cosa: ¿su marido le dejó recursos?

—Alguito me dejó.

—Aquí le dejo. Arciniegas arreglará conmigo, si quiere (le entrega una chuspa, llevada al efecto). Y, si le faltare, mande a pedirme, con toda confianza.

—¡Dios se lo pague, señor Alcalde! ¿Y me hace venir la muchachita?

—Cuente conmigo, Hilaria. En fuste o completa, aquí se la traemos.

Medio consuelo por ambas partes; medio, nada más porque Doña Luz no se conforma con que le hubieran apuntado a su niño, con escopeta descargada; y pide cárcel para ese hidetal, tan atrevido y tan malvado.

—¡Ojalá le hubiera metido unas municiones a ese vagamundo! —exclama Don Vicente—. ¡Si no es el primer lío en que se mete!

—Y tú ¿por qué te pones a culparlo? Si es como tú y como tu Taita.

—Pues, entonces, ninguno tiene culpa, hermana —deduce la Marquesa—. Si cada hijo le va sacando al padre, la culpa será de Adán.

—Y de Eva, usía —repone Don Pedro—. Ellos lo hicieron todo en compaña.

—Asina sería, su Merced —alega la celosa—. Pero calzones y sinvergüenza son la mesma historia.

—Mira, hija que también hay sayas que no han conocido vergüenza de ninguna clase. Pero no aclaremos, agora, cosas tan claras; y averigüemos dónde están los palomos, para devolverle la palomita a sus padres.

—En La Abertura —asegura tía Barbareta—. Allá están.

A estas y las otras, llega Taita Moreno, y, al aclarar todos los embustes y enredos del galán, para levantarse las seis onzas, se lo celebran todos, menos Don Vicente.

—¡Es que tú le tienes tirria al pobre muchachito!

—No seas simple, hija. Entre los dos abuelos, me parece que la cosa no tiene mucho de censurable. Pero me da miedo de que, ese loco, vaya a echarse esas voladas con gentes extrañas. Y, como no hay plata que le resista, con sus calaveradas y sus amoríos, vive más limpio que una patena y a punto de petardo.

—¿Y qué culpa tiene él de que todas las mujeres lo quieran?

—¡Sí! Para ti todos los hombres somos unos arrastrados, menos Martín; a ése te lo mandó Dios con el derecho de hacer lo que le dé su gana. Lástima que no fueras tú una niña extraña, para que te casaras con él.

—No era que me casaba: era que me lo robaba y me lo llevaba bien lejos, donde ninguna hidetal me lo quitara. ¡Es que es más bello que el dios Venus!

—¡Barajo, hija! —le burletea Don Pedro—. ¡Cómo has aprendido de cosas, con Timoteo! Hasta volviste macho a Venus. Y esta vez te salió el cambio: eso es, precisamente, tu niño adorado: un dios Venus.

—Sí, compadre, un dios. Lo malo es que a Luis y a Pío y a los otros hijos, que no son buenos mozos, aunque más gente que Martín, no les alcanzó divinidad ni derecho a ser perdidos. Ni siquiera amor de madre. Los hijos feos son animales, que manda Dios.

Y se larga, porque ve que su señor padre lo va a poner como él suele. No se engaña: apenas vuelve la espalda, se levanta furioso.

—¡Estos pendejos que se ponen en argumentos con ese biato, tan terco y tan intolerante! ¡Ponerse asina porque el Churumbelo se fue con la Bibiana! ¡Ah mentecato infeliz! ¡Si no parece ni hijo mío! Y tú, Monterilla, también has tenido una pifia muy gorda. ¿Para qué te pusiste a prometerle a la mama que le volvías, pronto, la muchacha? Devuélvesela de aquí a dos o tres meses. Ya que se fueron, hay que dejarlos que gocen. Cortarles la dicha, cuando apenas le están cogiendo el gusto, de pecao no rebaja. Sí, Monterilla: eso es envidia de viejo, pura envidia, porque no puedes hacer lo que está haciendo nuestro nieto. Yo averiguo dónde están y le escribo al Churumbelo que no

largue la muchacha; y les mando ropa y recursos. ¿Suspenderles ese amor? ¡De ninguna manera! ¡No faltaba más!

—Sí, Suegrecito, asina es: untado un dedo, untada toda la mano.

La Marquesa ha acertado: están en su finca. Al terminar de esa noche de luna, con amenazas de bala y de horca, llega la pareja, a tiempo que los pájaros alaban al Señor, con sus amores. Llegan en la actitud más bella de los amantes que se escapan: una sola cabalgadura; el amante, en la silla; la amada, a la grupa; él, ceñido; ella ceñidora: los labios que tanto han suspirado, junto al oído que ansía escucharlos.

Como la chica se ha botado sin mantelo ni abrigo de ninguna especie, lleva, con gracia ingenua, el capote de su galán. Es la fruta lozana del campo, que el sol de la vida principia a madurar.

En apeándose declara el Amito Martín, a la negrería de Feliciano, que Bibiana es su legítima esposa; que se han casado en secreto, porque Don Vicente se oponía y él es menor de edad; que, al cumplir los veintiún años[1], divulgará su matrimonio; y que, para cualquier negro jetón que vaya a contar al pueblo que él y su mujercita están ahí, tiene sus puños prepotentes, su látigo, su pistola y su puñal. Los negros no le creen una palabra; pero, teniendo de hacerse los crédulos, rinden a la Amita Bibiana la pleitesía del caso.

Al día siguiente comparece por ahí, como otras veces la negra Sacramento, en busca de yerbas para sus medicinas. Apenas si se asoma a la cocina. Se da a trasegar por ahí y se torna sin despedirse. Lleva la prueba que necesita: ha visto el caballo, en un rastrojo, y los pantalones de hilo del Amito Martín tendidos a secar, en una cerca.

A las nueve de la mañana siguiente, asoma por el camino tía Barbareta, en persona, acompañada de Sarangoche y de un indio con silleta y ropas. Son inútiles escondrijos y tapujos, porque ella declara, no bien llega, que, si un año se demoran en salir los dos pichones, eso se estará ella en la finca. El sobrino se presenta, al cabo, confuso, desolado, oliendo el desastre; entrégale la tía la carta de Don Vicente; y, antes de terminar la lectura, los lagrimones le corren al apasionado doncel.

—¿Qué es eso, Martín? ¿Tan hombre y con lloriqueos? ¡Ni se cree!

—¡Es que tú no sabes, tía Barbareta, lo que es el amor! Si supieras cómo nos queremos esta negrita y yo, no vendrías con esta comisión tan cruel. ¡Vuélvete, por Dios, Barbareta! Diles que no nos encontraste, que nos perdimos en el monte. ¡Y yo, tan imbécil, que no lo hice! ¡Esa maldita negra

[1] Parece que el autor se equivoca en cuanto a la mayoría de edad durante el período colonial. De acuerdo con la sexta partida de Alfonso el Sabio, título XIX, ley II "menor es llamado aquel que no ha aun veinte e cinco años cumplidos" (Joseph Berni y Català, *Apuntamientos sobre las leyes de partida*, tomo III, Valencia, 1759, pág. 98). Creo que esta ley tuvo vigencia durante la época histórica de la novela.

Sacramento fue la de todo! ¡Bruja del demonio! ¡Yo me voy! ¡A mi no me separan de mi mujercita ni Don Vicente Moreno, ni Don Pedro Caballero, ni la Marquesa de Yolombó, ni el Rey, ni Dios! ¡Me separarán, pero en pedazos! ¡Yo he de coger de los gañotes a esa bruja asquerosa hasta que le quite el resuello! ¡Malditas leyes tan estúpidas! Si me he de mandar de aquí a tres años ¿por qué no me mando desde agora? ¡Feliciano! ¡Feliciano!

—¿Qué manda el Amito?

—¡El caballo! Me lo ensillas antes de traerlo. Me voy, con mi mujer, conforme vine. ¡Me voy a esa bodega del demonio, para que todos vean que mi mujer es mía! Si no nos quieren casar, que no nos casen. ¡Nos vamos lejos! El mundo es muy grande. Si no me dan plata, se las quito: lo de una familia es de todos los de la casa. ¡Baja, negrita, de ese zarzo; baja, mi reina, que la Marquesa de Yolombó no va a comerte! ¡Baja!

Baja con la cara tapada por el capote. Los dos se van falda arriba, hacia la roza.

—Súbete al zarzo —le dice Doña Bárbara al hermano—[1]. Escúlcale las cosas; y sácale el puñal y la pistola.

Llama al indio y le manda:

—Deja la silleta y vuelas al pueblo y dile al señor Alcalde que mande, inmediatamente, los seis comisarios armados. ¡Pero es que vuelas! ¿Se te olvidará la razón?

—No, mi señora la Marquesa. Entual me pongo en el sitio.

—Todo se te paga. Antes de las doce debes estar allá.

—Estaré, mi señora la Marquesa. Yo tengo pata de venao.

No bien baja Ventura con las armas, montan... y a Yolombó.

—Ésos se van para la mina. Allá verás.

—No lo creas, Sarangoche: si se fueren, mejor: allá es donde los quiere el Cuña. Los comisarios vendrán con orden de seguir hasta donde los encuentren. Los pobres negros son los que le van a pagar el pato, así que no tope las armas. ¡No pasará de sopapos y de coces! ¡Valiente criatura tan desaforada! Me da lástima. Si no se le asientan esos cascos, va a sufrir mucho en la vida y a atormentar a ese justo del Cuña.

—¡Al tanto habrá hombre más bueno! Se necesita ser un santo para aguantar a Luz, a la Cayubra, a Martín y a Doña Chepe, montados, todos cuatro, en la nuca.

—Lo malo es que mi Cuña se impresiona y se acobarda por todas estas cosas. No es como su Merced que todo lo compone, con su tino y su burla y sus buenas intenciones y su canela. El día que nos falte ese viejecito, no somos

[1] De nuevo se presenta la confusión de parentesco. Al hablar del "hermano" el autor sin duda alude al hermano de Martín, Ventura, alias Sarangoche (ver nota 1 de pág. 240).

sus hijos los únicos huérfanos: es que Yolombó queda sin pies ni cabeza. Yo no veo a quién pueda dejarle el estandarte, mejorando lo presente.

—No mejores, Chata: ninguno de nosotros ni de las otras familias nobles sirve para taco de escopeta. Ni Vicente sirve. Es muy bueno y muy entendido; pero clava el pico. Muerto Pedro Caballero, acabado Yolombó.

—¡Muy cierto, Sarangoche! Aunque su Majestad nos mande una lumbrera, no conoce el patio.

—Ni el ganao, tan bravo, que tiene que manejar.

El indio ha cumplido la orden.

Al llegar al pueblo los dos hermanos[1], sale la comisión, presidida por Fiel; la Marquesa les hace algunas indicaciones. A eso de las dos, al doblar un recodo, se topan, de manos a boca, buscados y buscadores.

—¿Qué es la molienda, negros... del ajo y del pimiento?

—Nada malo, Amito Martín —contesta Fiel, muy zalamerote—. Es que mi amo Don Pedro y mi amo Don Vicente nos envían quizque a separalos a su Mercé y a la niña.

Cambronadas[2], aprendidas del Taita, no os quedéis adentro.

—Insúltenos, mi amo, lo que su Mercé quiera; pero semos mandaos por el fefe de todos; y tenemos que separalos, por las buenas go por las malas. Sométase, Amito, bien voluntario. Es muy feo y repunante que unos tristes negros tengamos que agarrar, a mano juerte, a un niño, tan jaque y tan cuadrao, como su Mercé. Nosotros le bajamos la niña. Si están casaítos ¿qué li-hace que se aparten, por unos días? Usencias no dañan matrimonio: antes lo sazonan.

—Sí, mi monito —suplica ella—. Es mejor. La justicia del Rey es muy terrible; y Don Pedro, aunque sea tu abuelito, te puede poner en prisión; y yo me muero de la angustia. Separémonos, aunque se nos parta el corazón, porque ¡no hay remedio! Lo que dice Fiel es asina.

—Y ¿te vuelvo a encontrar lo mesmo?

—¡Queriéndote más, mi rey!

—Tu rey no; tu esclavito que te sirve de rodillas. Ya ves: a ti sí te obedezco. Te vuelves a tu casita y yo sigo al destierro. ¡Pero, no le hace! El día del juicio no es mañana. Bájala, Fiel, con mucho cuidado.

Una vez desmontados, les dice el negro:

[1] Los "dos hermanos" son Sarangoche y su tía Bárbara.

[2] *cambronadas*: palabra que puede ser eufemismo de "cabronadas" o, con más probabilidad, procede del nombre del general francés Pierre Cambronne (1772-1842) que "intimado a rendirse por los ingleses (en la batalla de Waterloo), contestó con una expresión brutal pero gráfica que en Francia se conoce por *le mot Cambronne*" (Espasa, *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*).

—Miren, mis niños: tómesen un coco bien acuerpao, pa que se conforten. Esta cacha l'hizo llenar, mi ama, Doña Luz; y desen una panzada con el jiambre que les invió. Deben tener mucha de la fatiga. ¡Ni haberán comido hoy! Saca todo, hombre Bohórquez.

—¿Comimos, negrita? ¡Yo ni sé!

—Estamos con el merito desayuno.

Sobre una piedra les ponen las hojas de carne mechada, con patacones y chicharrones, las presas de gallina, los huevos duros, qué sé yo; y, tras la jerezana libación, acometen, a estilo hindú. Otro coco de sobremesa.

—Mira, mi negrita: llévate el capote para que te lo pongas de noche y pienses en tu mono (se esculca y saca chuspa). Cinco oncitas[1] meras, me quedan. Toma tres; y que se repartan estos negros las otras dos.

—¡No, mi monito! ¡Hasta es afrentoso! ¡Yo no te recibo eso! ¡Y, agora, menos!

—Para que compres un camisoncito, bien laboriao y te lo estrenes cuando yo vuelva ¿no me recibes?

—Recíbale, la niña.

—¡Si se queda pelao!

—Aquí tengo unos sueltecitos, mi reina, y en la mina me sobra plata.

Zagala y negros se resignan a la dádiva.

—Unas trompitas bien largas, para despedirnos.

—Lo que quieras, corazón.

Si es verdad que el alma está en los labios, aquí se compenetran estas dos.

La montan en la silleta, la custodian dos carabineros y... ¡a Dios te quedo!

—Cuidadito como me la afrentan entrándola asina, en silleta.

—No se afane: ellos la dejan afuerita, en casa; y mi zamba se la lleva a la madre, por el callejón de atrás, sin que nadie userve. Asina está determinado.

Martín se sienta en la piedra, se tapa los ojos y se sume en la pena.

—Voy a servirle otro coco, mi amo. Écheselo al cuerpo y no se ponga asina. Su canelita está bien preciosa, valga la verdad; pero ¿a su Mercé qué? Si su Mercé vive como ratón en despensa abastecida: a qué querés boca, y, sobretodamente, mañana go el otro día, se vuelven a encabar. Écheselo, mi amo, no deje gota.

—¡Echa acá, negro maldito, a ver si se me pasa este taco!

Y agrega en tomando:

[1] Ver zaragocismo (pág. 69).

—Bueno, Fiel, hagamos una cosa: vuélvete, con éstos, que yo me voy solo.

—No podemos y su Mercé dispense: mi amo Pedro y mi amo Vicente nos dieron orden determinante de que lo pusiéramos en la propia casa de la mina. ¿Acaso lo custodiamos como reo? Es que, como es tan calorio y tan sobao, su Mercé mesmo, se puede hacer algún mal, de puro picao. Monte y vámonos, que, con la luna, llegamos allá muy sabroso. Hay otro coquito.

—¡Lo que quieras, negro! Ya me quitaron mi muchacha y mi libertad y mi pistola y mi puñal. Mientras me quitan la vida, hagan de mí lo que les dé su gana.

—Eso es, mi amo: asina bien voluntario. Allá topa con quién consolase: su Mercé no les hace el asco a las mulatas y allá están agora, unas zambas muy apropiadas d'esas de cencia secreta, que no le hacen maleficio ni a los mocitos que encomienzan.

—¡María Santísima, mi amo! —exclama el negro Cusumbo—. Allá están la Marucha Lara y la Pascuala Jácome y otras casadas, bien de agarre.

—¿Cómo no? —interviene Cifuentes— y para el Garañoncito de los patrones de la mina y del pueblo, la yegua que escoja.

—Sí, negros. Yo tengo que ahuyentar esta pena, de algún modo. A los monos nos gusta el cuerpo jumao. Taita Moreno, también dizque era monito, cuando mozo, y, por eso, ha sido tan amigo del canturrón.

—¿Mi amo José María? Que se lo pregunten a mi mama, que pu-ái tiene las pruebas...

XIX

Es esta confinación por la cuaresma. La Semana Santa era en aquel Yolombó lo que ha sido y es, ahora, en los grandes centros: una orgía para unos, una diversión para otros[1]. Martín pide permiso de salir a francachela y se lo niegan. Rabia Don Chepe, rabia Doña Luz; pero Don Pedro y Don Vicente se sostienen: quieren castigarle la rebeldía y temen nuevas complicaciones con la Bibiana.

Los directores de la mina salen al pueblo y Martín queda dueño del campo. No sintiéndose menos católico que nadie, determina celebrar, en la mina, los grandes ritos de Semana Santa.

Desde el miércoles saca monicongadas y títeres; y el viernes la enorme procesión, desde la casa al morro del Toro, el Gólgota, como quien dice. Marucha es la Dolorosa; Pascuala, la Magdalena; una caratosa, la Verónica; el brujo Roque, San Pedro; y San Juan, un zambito carifino. Él es, a un mismo tiempo, Herodes, Anás, Caifás y cura. Escoge para Cristo a Crispín, un mulato joven y bien parecido, a quien paga dos onzas, para que se deje crucificar sin clavos.

Todos van muy talares y amantados con cobertores, polleras, chamarrones, y demás trapajos que encuentran a mano. A las doce, amarran al negro, con el mero pañuelo hoja de parra; y enarbolan la cruz, tal y como dicen los Evangelios, no como lo cuenta Papini[2]. Destácase en la propia cumbre, alta,

[1] El concepto de Semana Santa ("orgía para unos, diversión para otros") trae a la memoria el comentario del autor sobre Semana Santa en Bogotá que encontramos en la carta para su hermana Isabel, fechada en Bogotá, junio 16 de 1915: "Por las noches es Bogotá una bacanal, en nombre y en memoria de Nuestro Señor Jesucristo" (*O. C.*, II, pág. 785).

[2] Carrasquilla no respalda la versión de la crucifixión que sostiene Papini en su *Storia di Cristo* (1921). Germán Arciniegas tampoco acepta la autoridad de Papini en cuanto a su versión del diablo ("cuando Papini escribió su libro en defensa del diablo, poco me

negra y fatídica, sobre el límpido firmamento. Martín se encanta del cuadro. Sobre aquel cuerpo, de cara al ocaso, lanza sus rayos el resistero; y los insectos le acometen como a bestia muerta. El infeliz entona el clamoreo.

—¡Bájeme, mi amito, que me muero! ¡Bájeme, por los clavos de Cristo!

—¡Aguanta, negro sinvergüenza! ¿Para qué te comprometiste?

—¡Yo le devuelvo sus onzas y le encimo! Hágalo por su madrecita. ¡Yo le trabajo, también, de noche! ¡Vea que me muero! ¡Vea que dejo viuda y tres güerfanitos!

Y sigue implorando, y el amo inexorable.

Suplican las Marías, suplican los apóstoles, suplica el pueblo, y... nada.

—Se está haciendo para que yo le pague más.

—Véalo, amo Martín —plañe la una.

—¡Repare que ya no parece ni an cristiano! —plañe la otra.

No lo parece, en efecto: es un harapo, una miseria, un odre roto, que se reduce. Nube de moscas y de zancudos, revuelan en torno; las gallinazas avizoran. Ya no articula, gime, ronca, tiene hipo. Se ha colgado, con la cabeza de un lado, como desprendida; la boca es una oquedad, convulsiva, invadida por la plaga.

—¡Está atacado al celebro! —grita San Juan.

—¡Qué sabes tú de celebro, zambo cismático!

—¡Si no lo baja, amo Martín, lo devoran los guales! —gimotea la Verónica.

El llanto se acrecienta, se contagia, en siniestro vocerío.

—¡Maldita sean estas negras, tan alharaquientas! Bájenlo, pues, para que dejen los escándalos.

Ponen la escalera. Sube uno, suben dos, suben tres; varios le sostienen. Qué dificultades para cortar esos lazos; para que ese resto humano no se les venga al suelo. Al fin lo aparan, sin saber cómo; se lo llevan sin saber cuándo. Le echan agua, lo frotan, lo estriegan, lo masajan, le untan lo que encuentran. Una émula de Sacramento lo toma a su cargo. Lo tienden en el patio, sobre la tapa de un granero. Chorros calientes, yerbas aromáticas, emplastos que arden; Martín, ya alarmado, averigua.

—El aicidente es muy jondo. Pero yo se lo güelvo, mi amo Martín. Ténganmelo de la nuca, pónganlo boca abajo, que yo le voy trabajando por el espinazo.

---

convenció"). Arciniegas llega a la conclusión, documentándose ante todo en *La Marquesa de Yolombó*, de que "mi diablo es el de Tomás Carrasquilla" y "que a nosotros no nos vengan con pobres diablos europeos" (*Transparencias de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1973, págs. 128-131).

Y con un palo engrasado le recorre las vértebras, como quien extiende masa con rodillo.

—Ya le va golviendo el resuello, mi amo.

—¡Qué resuello, negra estúpida! ¡No ves que está tieso!

Lánzase al corredor y barbota:

—¡Malditos sean estos negros de cera, que se derriten al sol! Tan macizo que parecía el sinvergüenza. Agora sí es verdad que Don Pedro Caballero y Don Vicente Moreno y la Marquesa de Yolombó me acogotan, con la carlanca, y me empuntan para los infiernos.

Paséase desatentado, lívido, trémulo; sáltale el ojo, el cabello revuela en mechones. Tira del bonete, arráncase los bíblicos disfraces y se queda en paños íntimos. Cuélase a la sala, ase un latigón de toro; póneselo bajo el brazo y sale. Toma el cuerno convocante y lo tañe con aliento de cíclope. El negrerío le cerca.

—¡Que no se quede nadie! ¡Es con grandes y con chiquitos! ¡Y más con las mujeres que con los hombres! ¿Quién falta? ¡Digan!

—Naide, amo Martín.

—Oigan, pues: el negro Crispín ha muerto de un tabardillo furioso. Oigan bien: de-un-ta-bar-di-llo-fu-rio-so. El picón o la picona, que vaya a decir, a otra parte, que fue por muerte de cruz, le cuesta cincuenta azotes, a cuero limpio, con este chirrión. Véanlo bien, para que no se les olvide. El que vaya a mentar, aquí o fuera de aquí, que en esta mina ha habido Semana Santa, le cuesta otros cincuenta, también a cuero limpio. ¡Cincuenta! ¡No le rebajo ni uno solo! ¿Entienden? ¿Quedan notificados?

Afirmación y promesa generales: ni una sílaba saldría de jeta africana ni mestiza.

—¿No hay algún negro arrastrado que sepa carpintiar?

—Pes yo medio sé echar, ái, serrucho y martillo —dice Tobías Castellanos—. Y este Cantalicio también sabe alguito.

—Pues, agora mesmo, sepan o no sepan, se ponen a hacer un cajón, bien bueno, para Crispín; y madruguen a hacer la cruz de punte o de dinde, bien grande. Todo se los pago, muy bien pagao. ¡Pero es volando! Y ven acá, Manuelón: ¿cuántas velas hay en la Proveeduría?

—Haberán algunas cincuenta.

—¡Pues a buscar más, a la mina de la Marquesa y a la de los González; y a que vengan todos al velorio!

Y que candelejas y que mechas y que las tales por cuales de las Fulanas y las Menganas vuelen a coser la mortaja; y que las cocineras cojan la piedra y hagan horchata y no dejen con vida ni a las cluecas.

Se va al difunto, lo lava, lo acicala, le viste lo mejor que encuentra y le

calza alpargatas nuevas. Pronto le ponen de cuerpo presente, en la tarima, entre ramas y entre velas, con la Cruz de Mayo, a la cabecera, y otra de ramo bendito, puesta en ambas manos.

El velorio es muy concurrido y los veladores muy obsequiados; Martín reza, de rodillas, el rosario de la Virgen y el de las benditas Ánimas; negros y negras entonan alabados; y Crispín, tan desfigurado por la tarde, se perfila, a media noche, opaco y escultural, en la impavidez augusta del misterio.

Martín encabeza el entierro, ayuda a bajar el ataúd a la fosa, echa las primeras paletadas y clava la cruz, entre las muchas, pardas y lamosas, que se alzan en aquel camposanto, sin cercado, cubierto con el manto de la naturaleza. Allí rezan las aves, gime el viento, murmura el rastrojo una elegía y se oye el memento del miércoles de ceniza. Allí reina el culto más hermoso e ineludible que a los muertos se debe: el dulce, eficaz olvido, signo supremo de la paz.

Al correo de las brujas no le valen edictos ni bandos conminatorios: desde el medio día de este sábado de gloria se saben en Yolombó los sucesos de la mina, con todos sus pelos y señales. Don Vicente, en el colmo de su ofuscación, vase al suegro, por ver si se desahoga.

—¿Qué opina, compadre, de esta Semana Santa?

—Pues, hombre Vicente, que le resultó muy patente al Padrecito Moreno.

—¿Qué hacemos con ese facineroso? Ilumíneme algo, usted, que tiene calma; porque yo estoy a cantos de enloquecerme.

—No es para tanto, compadrito.

—¡Cómo que no es para tanto! ¿Le parece cualquier cosa esta última hazaña? ¡Cometer un crimen tan extravagante y tan sacrílego, con un negrito, tan humilde y tan bondadoso, nada más que por divertirse! Lo que más me atormenta es la entraña de ese verdugo: el pobre negro dizque partía el alma, con las súplicas que le hacía desde la cruz, y no vino a descolgarlo sino cuando estaba en las últimas. ¡Ni los judíos, compadre! Porque, si Cristo les hubiera suplicado asina, tal vez lo hubieran bajado.

—Tampoco se ponga a llorar de ese modo, compadre Vicente. Eso ya no tiene remedio.

—¡Ni eso ni ese malvado! Es que todos, en la casa nos hemos propuesto sacar de ese mozo un bandido, con tantas complacencias y tantos mimos. Yo el primero, por no reñir con Luz y con mi padre, y mi Cuña y usted mesmo, compadre, y los particulares y todo Yolombó. ¡Yo no sé qué tendrá ese perdido que se compra a todo el mundo! Las mujeres le saben todas las picardías y los atrevimientos y las faltas tan feas; y ya ve que se dan tres caídas por él. ¡Hasta Luz! ¡Eso es muy raro!

—Nada raro, compadre. En eso no hay ayuda ni poder de ojo, como creen estas gentecitas. Es lo más natural. Precisamente por pícaro y desaforado y

atrevido lo quieren las mujeres. Si fuera un buen mozo, tímido y santurretas, como los hijos de Juancho González, no le harían caso. Ya ves[1] que ambos tienen buena figura; y no levantan baza ni con noviecitas feas. Mozos calaverotes y alborotados, como Martín, a nadie nos disgustan.

—Yo no sabía, compadre, que la vagamundería y la desvergüenza y los vicios y la mala entraña tuvieran tantos atractivos.

—¡Válgame Cristo, compadrito! Parece que usted viviera en la luna. Todas las maldades, si se hacen con garbo y con fortuna, le gustan a todo el mundo. Ésa es la condición del hombre y ésa es la historia de mucha gente muy admirada: picardías bien hechas. Y Martín las sabe hacer: es muy caballero y muy servicial, con todo el mundo; es muy generoso, es muy listo y divertido y tiene sal y pimienta.

—¿De manera, que en la proeza de ayer, tuvo mucho garbo?

—Vamos por partes, compadre, y no me enrede las cosas ni se enrede usted. En toda cosa hay que considerar las intenciones del que las hace. De otro modo, todo juicio es injusto. Martín quería divertirse con su Semana Santa y nada más; si él se hubiera figurado, que el negro podía morirse, no se mete en esas ociosidades. Eso es claro. No lo descolgó, porque supuso que era flojedad del negro o papeles, para que se le pagara más. ¡Eso es todo!

—Pero se necesita ser muy bruto para no pensar en las consecuencias.

—No, compadrito: Martín no es adivino, ni hombre de experiencia: es un aturdido, con los cascos a la jineta. Y, si fuéramos a eso de las consecuencias, nosotros seríamos culpables de todo: no lo dejamos salir, al lugar, como él quería. Habría hecho locuras con la Arciniegas; pero no tendríamos difunto. ¡Ya ve, pues, compadre!

—Usted lo disculpa mucho y cuasi está igual a mi Taita, porque no sabe de la misa la media. No sabe sus últimas hazañas.

—¡Vaya, compadrito! Sé la misa desde el persignarse hasta el acabe: que se le coló al aposento a la Alcabalera, y, que, aunque ella le dio sus buenos guantones, siempre la abrazó y la piquió, a como le dio su gana; que se agarró a puñal, con el pecoso de Timoteo, por la zambita de Vargas; que lo chuzó y le quitó la muchacha; que se está conquistando a Narcisa; y que el Sevillano, se la quiere comprar a la Chata, y siendo liberta, para regalársela a Martín. Ya ve, compadre, que siempre sé alguito.

—Apuesto que le parecen muy bonitos esos tratos y esas intimidades, sobre vagamunderías, entre el abuelo y el nieto.

—Pues, compadrito, si he de decirle mi parecer, no sólo me parecen bonitos sino convenientes.

[1] La forma "ves" que se encuentra en (A), (B) y (C) parece ser error del autor, ya que ocurre solamente una vez durante la conversación entre Don Pedro y Don Vicente, en la cual se utiliza íntegramente el tratamiento formal de "usted".

—¿Le parece muy bien que el abuelo le ayude a pecar al nieto?

—¡Caracoles, compadre! ¿Usted por qué no se ordenó? Mejor está para predicador de cuaresma que para padre de familia. Un abuelo, como usted, mundiado y corrido, ¿con esos escrúpulos?

—Es que usted, compadre, tiene la manga muy ancha.

—No es que yo la tenga ancha, sino que usted la tiene tan estrecha y atrincada, que no le cabe el brazo. No sé cómo no la ha roto, para que no lo embrome tanto. ¡Y Luz que lo cree un pecador tan infiel, tan adúltero! ¡Ojalá le oyera y le entendiera estas cosas, para que viera que todavía le chorrea, a su maridito, el agua del bautismo! ¿Estaré en el caso de enseñarle a un abuelo lo que es un nieto?

—¡Tal vez sí, compadre, porque yo no entiendo eso, asina! Yo lo entiendo por el lado del respeto y de la veneración y de la religión.

—¡Capuchinos descalzos tenemos! ¿Conque tan solamente lo ve por ese lado? Pues eso es lo malo, compadre: los dados tienen seis caras y hay que verlos por todas seis. Y déjese de pecados, que sin ellos no habría religión. Por pecados vino Nuestro Señor Jesucristo a redimirnos; por pecados nos dejó los Sacramentos. Cuando la religión tiene tanto jabón y tanto lavadero, es porque hay mucha ropa sucia. Lo que hace el Sevillano, con su Churumbelo, nada tiene de censurable; no le abre los ojos a ningún inocente; y, con dejar de tocarle ciertos puntos, a su nieto, por un decoro bobo, no va a evitar lo que le pasa, siempre, a todo muchacho. ¡Al contrario! Mucho es que los viejos tomemos estas cosas de los hijos y los nietos, por el lado de la salud; algo muy perjudicial podemos evitarles. La confianza que se tienen abuelo y nieto no se opone al respeto ni a la veneración: eso va de hombre a hombre: el uno que acaba y el otro que principia. Asina es, compadrito, que no debe escandalizarse por el regalo de la Narcisa; allí no hay alcahuetería fea ni relajación de la sangre ni de la autoridad paterna: hay previsión, nada más que previsión.

—Pues, compadre, si quiere que le diga, me quita mucho peso de encima. Tal vez sí soy intolerante con Martín y hasta con mi padre. Pero es que yo vivo temblando, con todos los amoríos y contiendas de este mozo; cualquier día lo matan o mata él.

—¡No sea pendejo, compadre! En otra parte le pudiera pasar algo. Aquí no. El Sevillano ha sido el más pendenciero y enamorado y ahí lo ve, que no se le ha asentado una mosca. Por cualquiera de estas cinchaditas bonitejas, que Martín requiera y consiga, no han de asesinarlo: se lo agradecerán. El descaro con la Alcabalera le pasa a muchas y... ¡tan honradas como antes! El marido no va a decir nada, porque no le conviene ponerse en malas con nosotros, ni ha de ser tan simple que vaya a aparecer como cornudo, por unos besos, hurtados a su mujer. La riña con el pecoso, el aruño que le hizo, son muchachadas aisladas, por hombrear los dos galanes. Asina es, compadrito, que no habrá más difunto.

—Bueno, compadre: me alegro que sea asina. Y ¿qué castigo piensa imponerle, por la muerte del negrito y por esa crueldad tan feroz? Porque, como justicia real, algún castigo tendrá que darle. Asina lo veo; y por eso, no tengo derecho a quejarme por más que pueda dolerme y afrentarme.

—Pues, compadrito: si usted, como padre, quiere castigarlo, castíguelo. Yo, como justicia mayor, pienso hacerme de la oreja mocha. Yo no voy a llamar, agora, a mi sustituto, para abrir un proceso y embrollar, con papeles inútiles, para probar una cosa tan sabida. Montoya tampoco hace nada por su propia cuenta. Estoy seguro de eso. Y si alguno le va con denuncia contra Martín, yo haré que lo despache con cajas destempladas.

—¡Por Dios, compadre! Pero ¿no dirán de usted cosas muy malas?

—¡Ya lo creo! Que si fuera un infeliz, ya lo habría ahorcado; pero que, como es mi nieto, lo dejo libre[1].

—Lo dirán, con sobra de razón.

—Estoy viendo, compadrito, que usted o es muy mentecato o se está haciendo: los castigos sólo se hicieron para los infelices; y yo, en todo esto, no veo delito ni crimen, como usted; veo una desgracia, proveniente de una muchachada. La crueldad de Martín, que tanto lo horripila a usted, le viene de raza. Todo español es cruel: España es grande por guerras y conquistas, que no son sino crueldades. Ni hay, tampoco, castigo aparente para él: no lo puedo enviar, con grillos, a las galeras o las bóvedas de Cartagena, porque no es criminal; no lo puedo azotar, por ser hidalgo, de alta nobleza. Podría ponerlo en la cárcel unos días; pero ¿para qué? ¿Para que Luz y el Sevillano se lo pasen allá, todo el día, en jarana y bochinches, por consolarlo? Volverían la cárcel un garito o algo peor; y, si yo tratara de impedírselo, armarían escándalos, desprestigiarían la autoridad, ante el zamberío, y hasta me desautorizarían. Eso sería el tal castigo: una burla o una farsa de fiestas.

—¿De modo y manera que yo no debo castigarlo tampoco?

—Usted, sí, compadre. Castigo particular es muy distinto. Yo lo dejaría en la mina, hasta que cumpliera los veintiún años[2], vigilado, con disimulo, para que no vuelva a hacer Semana Santa. Me parece que es el único castigo que se le puede imponer al dios Venus.

—¿Sin amonestarlo, ni nada?

—Si va a buscarlo y a echarle regaños y sermones, se los vuelve chacota y

[1] Está marcado el contraste entre la "justicia" de Don Pedro Caballero ("como es mi nieto, lo dejo libre") que subraya la verdad melancólica de que "los castigos sólo se hicieron para los infelices", y el concepto de justicia que sostiene el otro Alcalde Don Pedro, o sea, Pedro Crespo, quien insiste tanto en la justicia sin tener en cuenta los nexos familiares, que al preguntarle incrédulo su hijo Juan: "A tu hijo, señor, tratas con tanto rigor?", contesta: "Y aun a mi padre también con tal rigor le tratara" (Calderón de la Barca, *El alcalde de Zalamea*, jornada III, escena 13).

[2] Ver nota I del Cap. XVIII.

se ríe de usted, en sus propias barbas; si le escribe, no le salga con religión, ni conciencia, ni temor de Dios, ni otros enredos de la laya, porque él no sabe ni entiende de estas cosas.

—Asina es, compadre. ¡Ese hombre no tiene ni aun principios religiosos!

—¿Religiosos? ¿Usted los tiene, compadrito?

—¿Cómo no he de tenerlos? ¡Vaya!

—Pues, si los tiene, será porque nació con ellos o porque se los sopló Dios, como la sabiduría a Salomón. De otro modo no tiene por qué tenerlos. Aquí nadie ha enseñado eso: ni curas, ni padres, ni autoridades. Ni eso hace, tampoco, mucha falta: Dios no le pide a nadie ningún principio: pide que crean y esperen en Él, nada más. Tampoco pide que uno sea bueno, sino que se arrepienta, a raticos, de sus pecados. Tanto será asina que a muchos malvados los ha vuelto santos. Ya ve, compadre, que al ladrón Dimas se lo llevó al cielo, el mesmo día de su muerte. Espere en Dios, compadre, ya que es tan religioso; y no se meta en Sus Cosas. Él sabrá qué saca de Martín. Asina es, compadrito, que no debe agrandar tanto las cosas, porque no le caben en esa manga tan estrecha y tiene que dejarlas afuera. Deje rodar la bola. Tenga a ese aturdido en la mina, mientras se manda. Dígales a Luz y al Sevillano que es un santo, a punto de canonizar. Y... no vuelva a tocarme el punto.

XX

La Marquesa ha puesto en estado dos parejitas de sus esclavos y se ha ido con ellos a la mina, a fin de celebrar las bodas. Regresando con Sacramento y Guadalupe, a los ocho días, se toma la plaza, ella sola, como una Camila[1], en su alazán pinturero, con todos los arreos hispánicos, más airosa que siempre, a las diez de una mañana inspiradora.

Al pasar frente a los portales de la Alcaldía, donde hay corro, le sale Taita Moreno. Refrena ella el educado animalillo, con gran desenfado; salúdala el viejo, con besuqueo de guante y aire de culto ostentoso; hace seña hacia los contertulios, y un caballero se les viene. Sombrero en la izquierda, la diestra al pecho, se inclina, cortesano.

—¡Marquesa: Don Fernando de Orellana, de la nobleza española, que desea conoceros![2]

—Me complacéis muchísimo, señores. Os lo agradezco.

¡Cómo toma el hombre la punta de esa mano y cómo arrima el labio!

—Os saludo, Marquesa, con todo mi respeto. Ya pensaba que iba a partir, sin tener el gusto de conoceros. ¿Seré tan feliz que me admitáis una visita?

—Sois muy cortés, señor Orellana. La feliz seré yo si os veo en casa.

Despídese sin apretón de mano; pero sí con un agachadito y una media sonrisa, que acaba de toparse entre el repertorio de sus cortesanías. El caballo le ayuda en tan alta ocasión: este animal, que comparte estados de alma con

[1] Camila es la virgen heroica que sacrifica su vida en la *Eneida* (libro XI).

[2] Aparece el último de los personajes de primer plano, o sea, Don Fernando de Orellana, de la "nobleza española", cuya intervención viene preparándose con consistencia. Fernando a primera vista encarna todas las características del "novio ideal" de los sueños de Bárbara.

su señora, sigue, orgulloso de su carga, con andares y postura, entre serenos y arrogantes, de insólita novedad.

—¡Por Cristo que es mujer bien interesante! Jamás había visto una Marquesa tan marquesa. Es una criolla más fina y más noble que cualquier española.

—¡No te lo decía, hombre paisanito!

El atragantamiento efusivo de la articulación, el ceceo y la locuaz acometividad, denuncian al andaluz de pura cepa. Es de estatura aventajada y armónica, muy flexible y nervioso, más cenceño que grueso, muy enérgico y pronunciado de facciones, de manos y pies largos y señoriales. En el pelo, negrísimo y medio crespo, asoma una que otra cana. Por los labios, movibles y encendidos, como por los ojos pardos, rasgados y con cerco de ojeras, se adivinan vehemencias. No se sabe si es moreno, pálido o amarillo, y, a cualquier palabra, muestra unos dientes blancos, parejos y bien conservados. Parece de más de treinta años, parece de menos.

Va primorosamente afeitado, no lleva coleta ni arreglo estudiado en el cabello, sino guedejas, ni cortas ni largas, a la inglesa, que ya principian a dominar en la moda. No lleva traje pomposo ni jarifo: un terno, color pulga, de paño finísimo; casaca cruzada, chaleco corto, calzón ceñido, sin más adornos que botones plateados, con esmalte negro. Gasta botas a la rodilla, doble corbata de pañuelo negro, bajo un cuello alto, flojo y de orejas caídas; un fieltro, negro asimismo, de ala angosta y copa alta en forma cilíndrica; y, por complemento, un látigo delgado, con macizo mango de plata. También se nota en esta traza la austeridad británica y una distinción y pulcritud enteramente personales. Es figura que sugiere rango y educación. Sus maneras y su verbo los confirman.

Ha llegado, cinco días antes, con dos criados, tres indios con maletas espalderas y otros tantos que les han sacado, en silleta. El Padre Lugo, con quien han topado, al entrar, lleva al señor a la casa del Alcalde, que le acoge con todos los miramientos que tal huésped parece merecerse.

Don Chepe se le dedica, no bien le ve, y su encanto crece, a medida que el forastero se produce. De lo que ha contado, espontáneamente, y de lo que el viejo le sonsaca, resulta esta biografía:

Ha nacido en Sanlúcar de Barrameda[1]; es hijo segundón de Don Álvaro de Orellana, Conde de Villamanrique de Zúñiga, y de Doña Ana Pérez Montes de Oca, cubana de nacimiento, los cuales viven todavía. Es viudo, hace cinco años, de Doña Piedad Núñez de Hermosilla, la cual le ha dejado tres hijas. Ha venido a la Nueva Granada, no sólo por curiosidad de viajero español, sino también, por reclamar una herencia que a sus hijas les ha legado

[1] Lugar andaluz, renombrado por su vino, punto de partida del último viaje de Colón (1498).

Doña María Tadea de Sanmiguel de Medinaceli, tía y madrina de su mujer, viuda acaudalada, muerta en Santa Fe, sin sucesión ni ascendientes.

Regresando de esa ciudad, hase entrado a la Provincia, a fin de tomar datos sobre regiones mineras, por encargo especialísimo de un su tío, comerciante y armador de Cádiz; el cual tío proyecta la formación de una compañía, para trabajar vetas y aluviones en el Virreinato, donde, según asegura el proyectista, las hay tan ricas como en el Perú y en Méjico, mucho menos explotadas que en estos dos países y de explotación más barata.

Declara que su plan era recorrer el Norte y el Nordeste y hasta el centro y Occidente de Antioquia; pero que los caminos, los climas y las plagas le han hecho desistir de tal empresa; que, por más bragado y español que sea, no ha nacido para conquistador y aventurero y mucho menos para habérselas en estas selvas[1], habitadas por la muerte; que, con los datos que en Yolombó ha conseguido, por los agentes del fisco real, cobradores de los quintos, ha venido en conocimiento de lo que su tío desea.

Su vida ha sido de labor perseverante, pero tranquila y reposada: sus viñedos, sus olivares, sus libros, sus estudios; pues, el hijo de sus padres, sin dejar de ser andaluz de rumbo y de trapío, cuando venía la ocasión rodada, había tenido que valerse por sí mismo, desde pequeño, ya que no le había cabido en suerte el mayorazgo de su casa. Mas, si no ésta, le había cabido la de ayudar a su hermano heredero, en todo y por todo, por ser hombre casi inutilizado, debido a crueles y empecinadas enfermedades. ¡Él sufría tanto con este hermano, tan desgraciado, en su opulencia! Le cabía otra satisfacción que no podía menos de enorgullecerle, es a saber: desde niño había sido tan decidido por los estudios, que todos pensaban, menos él, que iba para sacerdote; pero, cuando la vida lo había lanzado en otra clase de trabajos y en las obligaciones de esposo y padre, había dejado los libros, sin olvidarlos del todo, en sus cortos instantes de vagar. Pues bien: cuatro años, tan sólo, había vivido henchido de dicha, con su Piedad adorada. Cuando se vio sin ella, su único alivio habían sido los estudios, la meditación y la compañía de sus libros. Todo trabajo de otra índole lo hacía como una penitencia, toda sociedad le era insoportable, toda diversión se le figuraba un insulto a su dolor; la pena de sus padres, por la suya, lo acibaraba más y más, y sus hijitas le servían de tormento. A no ser por sus libros hubiera enloquecido: en ellos había templado su pensamiento y serenado su espíritu. Tres años y medio de constante estudio le habían disciplinado la mente. Tanto, que tenía escritos sobre historia y sobre moral, no para publicarlos probablemente, sino por puro ejercicio y pura afición. Comprometido estaba, con sus dos únicos amigos, a escribir sobre este viaje y este Virreinato. En ello meditaba y por ello llevaba no pocas cosas anotadas en sus carteras. He aquí por qué no estaba

[1] Para un concienzudo estudio del papel de la selva en la novelística hispanoamericana, ver LYDIA DE LEÓN HAZERA, *La novela de la selva hispanoamericana*, Bogotá, 1971 (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XXIX).

ocioso en Yolombó, como no lo había estado en ningún punto e instante de su peregrinación.

Y a fe de Don Fernando de Orellana que había tema en estas Indias de su Majestad. Era una gloria, para un español, encontrar aquí la misma España que dejara allá. ¡Con cuánta belleza probaba esto la frase de Carlos V! Y no lo decía por Cartagena ni por Santa Fe ni por Honda ni por Mariquita: al fin y al cabo tenía algunas noticias sobre el carácter castizamente hispánico de estas cuatro ciudades: lo decía por este Yolombó, tan querido y por él nunca imaginado. ¿Cuándo y cómo pensar en este hallazgo? Imposible suponer que en estas breñas ásperas, en medio de estas selvas intransitables[1], existiese un centro de tanta nobleza y alegría, con todo lo más exquisito y gracioso de su España. Y lo que más le cautivaba, de este centro, era que sabía ser cristiano, caritativo y bondadoso, sin frailes ni conventos. A él, siendo tan católico y creyente, le alcanzaban un tantico las ideas del Ministro Aranda, para muchos tan malvado, para él tan sabio. Tanto lo sería que su Majestad Carlos III había tenido que ceder al empuje de tamaña sabiduría. Y no porque el segundón de Villamanrique de Zúñiga fuese enemigo de los jesuitas. ¡Lo que menos! Nadie, como él, admiraba sus virtudes, su saber, sus facultades para la enseñanza y el apostolado; pero mal podría su Majestad admitir en sus dominios otro poder que hiciese sombra al suyo, así fuese el más religioso. Tan divino era el uno como el otro; pero el del Rey de España debía imponerse sobre todos, ya que el Sumo Pontífice le había concedido intervención en lo religioso.

Todas estas cosas las dice Don Fernando con tanta sencillez, con tanta sinceridad, de un modo tan expresivo y adecuado, que Don Vicente y Don Timoteo, el Alcalde y el Letrado y, muy especialmente Taita Moreno, se quedan turulatos, al ver en un hombre tan gracioso y vivaracho, tanto sentimiento, tanta madurez, tantísima ciencia. ¡Valiente genio tan lindo y tan variado! ¡Valiente hombre para robar corazones! Español tenía de ser; español con la gracia de Andalucía, la gravedad de Castilla y el fuego de toda la Península. Lo que es a Don Chepe se le cae la baba, hilo a hilo. A poco más le obliga a que se traten tú por tú, y Don Pedro le imita.

Hablando con él a solas y ahondando en el camino confidencial, le dice:

—Mira tú, mi querido paisano, las cosas de mi padre y cómo es con este arrastrado de su hijo segundón. Apenitas se recibió la carta de la herencia, se me vino encima: "Arregla tus bártulos y te embarcas para América en el primer galeón. Aquí no haces falta: da tus órdenes, que yo estaré a la vela de todos tus asuntos; y tus niñas quedan con tu madre". Se va en busca de abogados y de cura: a los dos días me trae los papeles y me pone esta peluca: "Aquí tienes todo. Hasta certificado de que eres libre para casarte. Te estás allá, cuanto necesites, para botar esa mococoa, que te está anulando. No me

[1] Ver nota 1 de pág. 253.

vuelvas acá sin mujer y con esa cara de cura sin curato. Ya sabes que las criollas, de la nobleza, son por el encarte de tu madre: mejores que las nacidas en nuestra tierra. Te llevas a Juanelo para que te afeite y te componga y te cuide la ropa y trebejos, porque tú eres capaz de presentarte allá, hecho un Adán, y de botar hasta los calzones; te llevas a Ginés, para que te saque de trabajos; pero ya sabes: no te llevas cosa que se parezca a libros. Si te mueres de vómito negro o disentería, nada pierdes ni pierde nadie, con esta vida que pasas y nos haces pasar a todos. Ya lo sabes: sin mujer no me vuelves. Y no me repliques una palabra". En fin, que el viejo me echó como a un chavalillo y no tuvo vida hasta que me puso en el barco. Y has de saber, paisano, que me adora y que soy el hijo predilecto.

—Y muy desobediente, paisanito. ¿Por qué no te trujiste alguna santafereñita? ¿O fue que alguna cartagenera te cogió, a la llegada?

—Ni una cosa ni otra, Don Chepe de mi alma. Para encontrar esposa (tú lo sabes mejor que yo) nadie busca ni elige: es el corazón. Él da el grito y la orden: "¡A ésa"! Y uno le obedece, ciego, sin pensarlo siquiera.

—No te entiendo tus enredos.

—Será, paisano, que cada quisque tiene su modo o su locura. Tú, que ya me conoces algo, debes comprender cómo habrá sido de borrascoso este pobre cuerpo. Si yo te contara los líos de mi juventud y las mujeres que he tenido, me abrazarías. Pero una mujer, para entregarme a ella, toda mi vida, sólo dos veces me la ha mostrado el corazón, a todo grito; y, apenas la vieron estos ojos pecadores, ahí me quedé, de pies y manos.

—Cuéntame eso, barbián.

—Te lo cuento. ¿Por qué no? Tenía veinticuatro años. Conocía toda la escala de los amores que llaman: limpios o manchados, de vicio y de virtud, unos serenos, otros impetuosos, muchos locos. Hasta novias tuve, por mentir mejor. Me creía un sabio consumado en la materia, un desengañado, de puro saber: me sentía incasable, solterón empedernido. ¡Me engañaba como un chiquillo! No tenía idea de lo que era amor. Estaba en Toledo, y allí me gritó el corazón la primera vez. ¡Pero qué grito, paisano! Yo corrí, fuera de mí, a obedecerle. La vi entrando a la catedral, la seguí, la vi tomar el agua bendita, la vi arrodillarse; había gente, entraba más, la catedral se llenó; pero no se me perdió, entre la multitud. Había fiesta o no sé qué; pero yo no tenía ojos ni alma más que para ella. Salimos. Tampoco se me perdió en el remolino. La seguí calles y más calles. Yo, que le echaba piropos a todo esperpento, estaba mudo. Al doblar una esquina, se vuelve a mí y dice: "Caballero, no me mire ni me siga; soy casada". Todavía oigo su voz. Ahí me quedé, no sé cómo. Pero la veo entrar a una casa. De la casa sale una vieja y la interrogo. No mentía esa mujer: era la esposa de un Notario. Se llama Doña María Ordóñez de Solís.

—¿Sería muy linda y muy garbosa?... —murmura el viejo, con la boca hecha agua.

—No sé decírtelo, paisanito: era ella.

—¡Pero qué idiático y pendejo eres tú!

—Muchísimo, paisano. Pero ¿qué he de hacer si no soy de otro modo?

—¿Y cómo te casaste, siendo asina?

—¡Por el grito del corazón! Fue en Cádiz, en casa de Doña Soledad Fernández, una amiga de mi madre. Este grito fue más imperioso que el primero. Tenía veintinueve años y temblaba, como liebre cogida; y no decía nada al derecho. Antes de dos meses estaba casado con mi Piedad. ¡Ya ves, paisanito! Para perderla a los cuatro años. Vivo y río, no sé por qué. Será por costumbre o por vicio.

—¿De modo que aquí, en la Nueva Granada, no te ha dado ese corazón ni un ñutido[1], tan siquiera?

—¡Ni eso, paisano! Figúrate cuántas mujeres bellísimas y tentadoras trataría en Santa Fe. Yo iba a palacio, a toda hora, y ahí conocí la alta nobleza. Por supuesto que hice farsas y lo que tú quieras. ¡Y ya me ves, viejo! En Cartagena también hablé con varias, muy saladas y muy picantes. Yo no sé, Don Chepe, qué será este misterio del amor verdadero. Debe ser el alma la que adivina y no los ojos.

—¿Y qué vas a hacer, si vuelves allá sin tu costilla?

—Eso me pregunto yo. Si en Cuba no me la impone el corazón, si no me grita, será irme derecho a los presidios de Ceuta, para evitarle a mi padre ese trabajo, porque él me manda allá o me encierra en El Nuncio de Toledo o en Los Toribios[2].

—¡Agora sí asomó la oreja andaluzada!

—No creas, paisano, que es mucha andaluzada. Si vuelvo solo, voy a darle una mortificación muy grande; creo que la cantinela y la letanía le van a durar hasta que reviente. Lo conozco mucho. Pero yo no me caso sin que el corazón me señale la mujer, aunque rabie mi señor padre. Yo no voy a labrar la desgracia de una pobre mujer ni la mía propia, con un casamiento sin amor. Será locura o lo que quieras; pero no puedo evitarlo. Y mira una cosa, paisano: te suplico que hablemos de otra cosa. ¡Con ésta te mortifico y te importuno! ¡Y no guardes, por Dios, un recuerdo muy ingrato de mi pobrecita persona!

—¡Figúrate tú cuánto me irás a chocar cuando te recuerde! ¿Para qué viniste aquí, paisano de mil demonios?

—¡Ni lo sé, Don Chepe! Para molestar a gente tan bondadosa y tan hidalga; para llevarme un recuerdo que me hará sufrir y gozar, a la vez,

[1] *ñutir*: en Colombia, refunfuñar, rezongar, gruñir (S). No aparece en DRA.

[2] Los Toribios de Sevilla: institución para la corrección de jóvenes delincuentes, fundada en 1723 por el Hermano Toribio.

cuando vuelva a mi tierra. Y ya será muy pronto. Tal vez mañana o pasado, cuando más.

Y se levanta y se lleva el pañuelo a los ojos y se pasea. Don Chepe se alza, a su vez, le toma por los molledos y le regaña con cariño, disfrazado de rabia:

—¡De aquí no te vas, gitano del demonio, hasta que a nosotros nos dé la gana! Estás prisionero. ¿Lo oyes?

—¡Tanta bondad no la pagaré nunca, paisano querido!

Tornan a sentarse.

—Aunque te dejáramos, no te puedes ir. Ya principia el invierno, y, por esas trochas inundadas, no pasan ni los patos. Si no les dejas el zurrón a los gallinazos, sacas una calentura maligna que te mata en veinticuatro horas. ¿Te parece que estos montes podridos son moco de pava? Ya te dio la chapetonada al ganar el río, y, agora, te paña la pelona. ¡Sábelo y entiéndelo!

—Pero ¿cómo me quedo aquí más tiempo? ¡Eso es abusar de la hospitalidad!

—¡No digas pendejadas ni vengas a injuriarnos con reparos! Mi casa, la del Capitán, las de mis hijos, son tus casas. Ya sabemos que no tienes el tiempo contado ni tasado; aquí descansas unos días, tomas tus informes y vas escribiendo la cosa sobre el Virreinato y jugamos tresillo y rumbamos dao y le metemos al vino y a la mistela; y, si quieres, hasta zambitas bonitas te conseguimos. Aquí te mimamos con lo que haya, porque tú naciste para que te mimen; y, a todos nos has dado quereme.

—¡Ah viejo noble y barbián! (Lo soba y palmotea, por la espalda). ¡No desmientes la raza!

—Te tengo que robar para mí solo, siquiera por un par de días, por ahí aparte, donde no se meta Timoteo, a echar aleluyas, ni vengan a embromar, con cosas sabias, el tal Letrado y ese pergüétano de Vicente. Me tienes que contar, punto por punto, todas tus aventuras y tus conquistas, y cómo andan, por allá, los asuntos amorosos, las francachelas y los toros. Me figuro que ha de haber, agora, mucha cosa nueva y unas bailarinas y cantaoras, de acabar con uno. Me has dicho que no sabes echar una tonada ni tocar una cuerda ni bailes de jaleo; y no te creo. Dejarías de ser andaluz[1].

—¡Ya lo ves, mi Chepe! ni de mozo me dio por ahí. He sido, siempre muy desaborío y muy tío Lila. Si quieres que te diga, ni de toros entiendo cosa; y he tratado con muy pocos toreros. De muchacho no perdía corrida y no dejaba de asomarme, por ahí, con otros camaradas, a jaleos y jaranas de mucha gente. Pero mis enredos mejores fueron siempre entre la individua y yo, solitos. Contadas serán las veces que anduve, con otras parejas en estas

[1] Ver "También nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposición nacional que todos los vecinos le reconocen ... 'Siendo argentino', dicen, 'debe ser músico'" (DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Facundo*, Montevideo, 1964, pág. 48).

trapisondas. Ya habrás notado que no tengo lenguaje muy zafado ni echo tacos ni suelto palabrotas muy subidas ni dicharachos. Y no es porque me choquen: me hacen reír y me divierten en los demás. Pero yo no los uso: en mí sería una cosa supuesta y muy fingida, por dármela de mozo crudo y achulado y muy gitanillo y muy charrán. A mí no me gusta aparentar lo que no soy[1]. Pacato y memo me hizo Dios, ¿para qué voy a desfigurarme, Don Chepe?

—¡Diantre, paisanito! ¡De todo tendrás tú, menos de moscamuerta y de pendejo! Eres hombre letrado y caballero de mucho pulimento y buena crianza. Al fin, hijo de Conde. Eso es todo. Pero, aunque seas más boquilimpio y delicado que Don Quijote de la Mancha, tienes que saber mucho cuento verde y muchas coplas cochinas. Me tienes que echar todos esos cuentos y esas coplas. ¡Hace tantos años que no meto la lengua en la sal de mi tierra!

—Pues, conmigo, no tienes riesgo, paisano. Te echo las coplas y los cuentos que sepa; pero sin sal. Del salero de nuestra tierra y de María Santísima no me tocó ni un granito: lo más salado, contado y dicho por mí, resulta soso. Mi padre me prohibió, desde niño, que contara cuentos, para reír, porque se reían de mí y no del cuento. En esto sí he obedecido al señor Conde de Villamanrique de Zúñiga, el caballero más estricto y ceremonioso de toda España. ¡Pobre viejo! Allá estará pensando en la pécora de Fernandito, como él me nombra, cuando cree que no le oigo. ¡Qué lejos está esa España, paisano!

—¡Tanto, mi hijo querido! Ya lo ves por mí: me vine de veinte años, dizque para volver rico, antes de los diez, y hace sesenta y dos que estoy aquí. ¡Métemele pluma!

—Quiere decir que has vivido muy feliz. ¿Y sí es de veras que tengo que demorarme aquí, mientras calmen las lluvias?

—¡Pero hombre, por Cristo! ¿No viniste tan aterrado de la trocha, con los primeros aguaceros? ¡Figúrate cómo estará agora! Ni tampoco hay indios que te saquen. Por abril y mayo y por octubre y noviembre, cuasi se suspende el trajín. En esas minas de Remedios, y hasta en las de aquí, se pasan muchas escaseces, en estos meses, si no se han provisto, con anticipación. Por eso se dice: mayo es de hambre y noviembre de fiambre.

—Por mí, yo les levantaría la roncha, por más tiempo, hasta sin pena. ¿Quién les manda ser tan bondadosos? En ti, viejo, he encontrado un padre, en Don Pedro un protector, en la paisanita un ángel. ¿Pero qué hago yo con este par de criados, entregados a la ociosidad? Juanelo se entretiene arreglándome las cosas y puliéndome y garlando con el que quiera oírle; pero

[1] Después de insistir tanto en el "grito del corazón" y otros gestos hipócritas que no pueden menos de producir la impresión deseada en los yolomberos ingenuos, Orellana llega al colmo del cinismo al declarar que no le gusta "aparentar lo que no es".

el pobre Ginés, que es tan retraído, y tan trabajador, se muere de aburrimiento y de vergüenza de la gente. Figúrate que es hijo del guardabosques del Condado y, por la primera vez ha salido, de las tierras del Conde, para venirse conmigo. Es como un miembro de nuestra familia. Me vio nacer, me guiaba de niño y me quiere más que si fuera su hermano menor. Es hombre un poco raro: ya lo ves como tan taimado y malacara, y es más bueno que el pan, la honradez en persona y lo más rezandero y devoto. Sirve para toda labor de campo; y, como mi padre le dio permiso, desde que estaba niño, de cazar y pescar, en sus posesiones, es habilísimo en ambos ramos. Aquí, en América, he venido a notar mejor sus cosas. Con la gente noble es muy tímido y muy huraño, los negros le horripilan y los indios le atraen. En Santa Fe, cuando no estaba rezando en las iglesias, andaba en migas y tratos con la indiería. Es tan indiero, que con éstos que nos sacaron desde el río, al momento entabló relaciones y cacerías. Es el compañero que me guarda día y noche. Desde que salimos de España ha dormido siempre al pie de mi cama o de mi hamaca, con la pistola al lado. Me adivina los pensamientos y me guarda los fondos. Con él no tengo que preocuparme de nada. Lo malo es que se me aburre mucho, porque dejó su familia y estos dos años se le han hecho siglos. Aunque nada me dice, yo le noto el afán por volver a nuestra España. Pobre Ginés. ¿Qué hago yo con él, si sigue este invierno y no puede cazar? ¡Se me muere de murria!

—¡Sí puede! ¿Qué le hace que se ensope? O, si no, que se ponga a rezar. Se lo mandamos a Gregoria Layos, para que se peguen de los santos. El Juanelo sí no me parece ningún penitente manso. Hasta cuadrado es el taita.

—¿Ése? ¡Otro que tal baila! Pero al revés del cazador. Lo curioso es que, siendo gallego de origen, es más andaluz que el Guadalquivir. Nos sirve hace más de veinte años; y sólo sabe que vino a Sanlúcar, embarcado desde El Ferrol. De sus padres y su apellido no tiene la menor idea. Siete años tendría, cuando entró a casa del modo más curioso. La vieja Manuela, cocinera de toda la vida, le sacaba comida a la puerta trasera y le daba cuanta ropa vieja conseguía. Le fue cobrando tal cariño, que, cuando menos se lo pensó mi madre, ya lo tenía muy establecido en la cocina, como pinche o cosa tal. La Condesa de Villamanrique de Zúñiga ¡lo digo con orgullo! es la dama más caritativa de España y sus Indias. Tomó por su cuenta al arrapiezo y lo fue sacando a pulso. Pues, señor: a los diez y siete años me tienes tú a mi hombre, muy entonado y tieso, de camarero y barbero del Conde y de sus hijos, con buen salario y mejor propina. Como el arrastrado ha tenido figura y genio para ceremonia, me le ponían la librea de gala, en los banquetes y bailes ¡y lo vieras tú recibiendo personajes! No pararon en esto las misas: aprendió a leer, a escribir, las cuatro reglas y no sé qué cosas más, y nos desempeñaba en mil menudencias, mejor que nosotros. Para manejar ropas y trebejos nadie le gana, porque tiene el don del orden, del aseo y de las componendas. Él es carpintero y sastre y zapatero y pintor y albañil y lo que se quiera. Mi madre dice que resucita muertos y no es mentira: dale tú un vestido viejo y véselo

puesto: parece que lo estrena. Como ha sido tan cumplidor de su oficio y jamás ha quitado un garbanzo ni se le ha oído una palabra de irrespeto ni le han visto un gesto de mala voluntad, le han dado, siempre, permisos y propinas, para que salga a sus diversiones. Pues no creas que ha perdido el tiempo: ha aprendido a bailar, a rasgar la guitarra, a cantar y a enamorar. Se prendó de Cata, la costurera; y la Condesa los casó y les puso piezas con todos los aparatos del caso. Juanelo y Cata son en la familia los seres más queridos y admirados. Tienen hijos; pero viven mátame que te mataré, porque ella es muy celosa y él se la juega hasta con la sombra. ¡Lo hubieras visto en Santa Fe, dedicado a las criadas! Lo raro es que nunca le ha pasado nada ni ha reñido con ningún rival. Dicen que nadie es necesario; pero, sin Juanelo, tú me verías como un pordiosero: soy muy descuidado en el traje y todo se me pierde. Ya ves, pues, paisanito, que tengo por qué estar afanado con estos muchachos y con necesidad de irme. Tengo a Juanelo muy amonestado; pero ya lo veo escandalizando, con sus chicoleos; y, luego, dirán aquí que vine a traerles gentes perjudiciales.

—¡No seas pendejo o no te hagas conmigo! Esto es chiquito; pero aquí no nos espantan cucarachas. Aquí hay zambas alegronas, muy para el Juanelo. Déjalos que se entretengan. Y, si el uno reza y el otro enamora, empatas.

Pasan estos coloquios en el cuarto-despacho del viejo, entre los piscolabis oncenos, con sus poquillos de frasquera. La casa está en paz, porque Pachita, con los tres retoños, varias negras y unas amigas, se han ido a un rancho de la manga, a un sancocho de gallina y a jugar primeras pujadas, ese póker de baraja española, tan en boga por aquel tiempo.

—Eso habrá sido confesión general —dice Don Pedro, entrando.

—Cuasi, Monterilla. Pero óyele a éste con las que sale: que se va, más hoy, más mañana.

—No lo creas, Sevillano: está empeñado. Me dio a guardar los papeles y cierta bolsita con arena. Mientras no le entregue las prendas, aquí tiene de toldar.

—¡Ah! Sí, Don Pedro. ¡Eso es sagrado! ¡Figúrese que es la herencia de mis hijitas! Si vendí una de las casas; y tuve que dejar apoderado y entenderme con todos los tinterillos y aprender leyes. ¡Ya puedo ejercer la profesión! Por eso fue tanta demora.

—Pues la de aquí lo dirá el invierno, que no mantiene afán. Y ponga los huesos de punta, que ya están los chánchavos; y Doña Rosalía nos calienta, si nos demoramos. ¿Quieres, Sevillano, hacer la penitencia con nosotros?

—Dios te lo pague, Monterilla. Quedé con la Pacha en bajar a comerles el ajiaco, y, si les desatiendo el convite, arde el pueblo. ¡Demetrio! ¡A servir!

Se toman los jereces y hasta la hora del tresillo.

Don Fernando de Orellana ha despertado en el pueblo la emoción de lo nuevo, de lo extraño, de lo grande; pero, más que él mismo, sus dos

edecanes. ¿Cómo soñar la mente yolombera con criados de tales figuras y tales atalajes? Aquel Ginés, tan cara de mala entraña, tan grandote, con aquella escopeta terciaria, les parecía un judío feróstico, de los que martirizaron al Señor, por más que lo vieran tan devoto e iglesiero. Y, luego, esos dos morrales flecudos y cruzados, que le anchan los cuadriles que ni unas árguenas; y las alpargatas enquimbadas y las polainas de correas y esa chaqueta y esas bragas, que parecen de cuero de caballo zaino; y el sombrerón pando, con una cuarta de ala ¿no son para asustar a la más arrestada? ¡Hasta el nombre era miedoso! Ni de cristiano sería. ¡Tanté Ginés! Ni para perro traicionero.

Mas, si el uno aterra, el otro encanta. Zapato con hebilla, media blanca, calzón rodillero, casaquilla ajustada y sombrero currutaco; rompe que romperás paño fino; y botón por aquí y ribetín por allá. Apenas para el Amito Martín. Y el bergante se empina, y echa atrás la espaldona, y engalla la cabeza; y a la una con un "¡olé!" y a la otra con un "¡salero!", va regando piropos a su paso. Y las zamburrias del partido y del fogón están al arrancarse las polleras y las almas, por este galán tan primoroso. Ya ha debutado, en el fonducho de las libertas González, con guitarreos y coplas; y la chiquillería se ha encantado, parejo con las hembras; y los zagalones principales le ponen entre ojos. ¡No estar aquí el Garañón para que le bajara el copete a este monicongo! Ya les han puesto motes a los dos criados: el Princés y el Muhán.

En cuanto a Don Fernando, son palabras mayores. Por su mismo par de mequetrefes se le saca el grandor; y, esa atmósfera de Yolombó se recarga de un microbio, que en todos se inocula. Eso es indiscutible: caer un Grande de España, viudo, libre, en donde hay Marquesa por casarse, no es ninguna casualidad. Lo envía Dios o el Rey o el diablo[1].

Sentados estos antecedentes, recobremos el hilo.

[1] A los ojos de los yolomberos, la aparición de Fernando está claramente predestinada; constituye el punto terminal en una serie de portentos que anuncian su intervención.

XXI

Así es que, cuando Don Chepe pone en contacto los dos personajes palpitantes, hay en la plaza mucho ojo alerta y nadie ha perdido ripio de aquella presentación tan trascendente. La Marquesa, tan vista y tan revista, en todas sus posturas y actitudes, asume, en esta escena, para esa gente prevenida, aire nuevo de superioridad y de prestigio; que todo candidato a cosa grande crece en tamaño y adquiere majestad.

Presentador y presentado tornan a sus taburetes del corrillo; mas Don Fernando, que tenía la palabra, al feliz arribo de la Marquesa, clava el pico y pone cara de cavilar profundo; cállase, también, el tarambana de Don Chepe; aprovéchase Don Timoteo de tan oportuno silencio para echar sus discreteos e informaciones. La toma contra esa revolución tan condenada, que están haciendo esos franceses contra esos jefes tan malvados, contra la tal República, tan extravagante como imposible. José Luis Montoya, que no sabe ni el significado de revolución ni el de República, se queda en Babia; mas, sintiéndose un tantico desairado en la conversa, mete cucharada:

—Pero su Majestad ¿por qué les permite, a esos pícaros, esos desórdenes y esos irrespetos a su hermano Luis XVI?[1]

—No son hermanos, Montoyita; apenas son de una mesma familia. Mucho hará, su Majestad, si no lo meten en el bunde. Pero nosotros no sabemos nada. ¿Qué va a saber uno, en estos montes? Orellana, que pudiera contarnos todo, está en las Américas, hace dos años.

—Sí, señor Montoya: estoy tan a oscuras como ustedes; en Santa Fe tampoco se sabe mayor cosa.

[1] Luis XVI (1774-1793), Rey francés, dominado por su esposa y ministros (parecido al Rey español Carlos IV) (ver nota 1 de pág. 211), cuya debilidad precipitó los hechos revolucionarios.

—En todo caso, eso está, por allá, muy revuelto y muy fatal. ¡Quién fuera pajarito para volar hasta la Francia!

—¡Siempre verán a este Timoteo averiguando lo que no le importa! ¿A nosotros qué nos va ni qué nos viene con que los franceses quiten su Rey o lo dejen en su puesto?

—No, José María, y perdona que te contradiga. Eso le importa a todo el mundo, y a nosotros, los españoles nos importa bastante: España puede sufrir, con estos trastornos: cuando la casa del vecino arde, la nuestra está en peligro.

—¡Ésos son refranes y estribillos de los tuyos! A España no la va quemando cualquier triquitraque de la vecindad ni la conmueven peleas de perros: España es poderosa.

—Bien lo sé, José María; pero todo poder dura hasta que pueda: Roma mandó en todo el mundo y al fin la tumbaron.

—¡Bueno, Salomón!

—¡Ni Salomón ni cosa parecida! Soy tan ignorante como cualquiera. Por eso averiguo, para ver si aprendo algo; por eso no echo opinión redonda, en ningún asunto.

—¡El que sabe, sabe!

—¡Y el que ignora, ignora! Estamos en paz.

—Bueno, Orellana: ¿por qué te quedaste hecho un pendejo, sin terciar en estas contiendas, tan sabias, de Timoteo?

—Estaba, muy interesado, oyendo.

—Y ¿por eso estás tan cariacontecido?

—Es que me estoy sintiendo no sé cómo: medio malucho. Creo que me amaga la chapetonada segunda, que dizque es la brava.

—Es que estás bilioso. Apuesto que te dieron puerco frito, en el almuerzo, porque Monterilla y la Sevillana, si no se atracan de puerco, les parece que no comen.

—No, paisano: almuerzo muy rico; pero sin eso.

—Levántate y vamos a casa, a que te hagan una buena toma de sarpoleta, con verbena y cascarilla. La Pacha mantiene de toda yerba. ¡Levántate!

Pide permiso, le da el brazo al viejo y se retiran.

—Se está poniendo trabajosito con la chochera —murmura Montoya.

—Él ha sido chocho toda su vida, José Luis: revesero, arbitrario, amigo de imponer sus caprichos y su ignorancia. Cree que aquí no hay más españoles que él y Rosalía; y que en España no hay más ciudad que Sevilla ni más río que el Guadalquivir. Ni el Capitán mesmo le parece bien español; a Zaragoza la cree una bodega y al Ebro un sapero. Asina ha sido con sus abuelos, José Luis, y con todos los chapetones de aquí. A mis dos hermanos y a mí, que nos

trujo nuestro padre, muy cachorritos, del propio Oviedo, nos tiene cuasi como indígenas. Asturias, donde se conserva pura la sangre goda, porque allí no entraron cuasi los judíos, ni dominaron mucho los moros, le parece una tierra de gitanos y de la morralla de otras razas. Asina tuvo la avilantez de decírselo al tío Joaquín, después de casado con prima Mariana. Por supuesto que el tío se le rió en sus barbas, y cotejaron los pergaminos y se los tiraron a la cara.

—¿Asina es la cosa, Don Timoteo?

—Sí. Él cree que nos ha hecho mucho favor a los Ceballos, por haber entrado a nuestra familia[1]. Él nos zambea a todos y a todos nos busca camorra.

—Menos al Capitán. ¿No es asina?

—Porque es el único que lo mantiene a raya. Pedro es muy sagaz, muy prudente, de muchas entendederas y muy sarcástico cuando viene al caso. Por eso lo domina. Pocas veces le hace caso; pero, cuando le hace, le planta recio y lo deja postrado.

—¡Valiente mandatario tan jaque nos ha puesto su Majestad!

—¡Muy completo, José Luis! Yo lo he dicho: si Pedro hubiera sido hombre de estudios, no estuviera aquí; lo tendría su Majestad en algún Virreinato de estas Américas, o de Consejero de Indias o Ministro allá, en España.

—Bueno, Don Timoteo, y, hablando de otra cosa ¿qué opina usted de Don Fernando?

—Pues, hombre José Luis, para dictar sentencia hay que conocer la materia. Por lo que se le ve, parece persona de mucha importancia; falta saber cómo es por dentro. El hombre interesa, valga la verdad. Yo he tenido mucha gana de conversar con él un rato largo, no sólo para que me cuente cosas de España, sino para ver si lo sondeo un poquito. Pero José María no lo deja a sol ni a sombra: lo tiene estancado, para hablarle necedades.

—Y ¿sí será cierto que viene en busca de la Marquesa? Dígame su parecer. Usted es muy zorro, Don Timoteo, y siente crecer la hierba.

—No lo crea, José Luis; no hay tal yerba. Aquí se les ha metido en la cabeza el tal casorio. Bien puede resultar. Algunos se han casado, hasta sin conocerse, porque las gentes les han arreglado el casamiento; pero pocos de estos arreglos paran en boda. Bien puede ser que Orellana haya venido también a eso. El Marquesado ha hecho ruido en Santa Fe. Él mesmo lo ha dicho y eso es muy natural. Pero no es ése el motivo principal de su venida. Mire, José Luis: (atisba de lado y lado y baja la voz). Esto se lo digo en mucha

[1] Nexo familiar entre los Moreno y Ceballos (ver carta fechada en Medellín, mayo 7 de 1939, *O. C.*, II, págs. 811-812).

reserva y eso porque usted es muy sigiloso. Pero vámonos a media plaza, donde nadie nos oiga.

Se van y prosigue:

—Este Orellana es culebra echada. El cuento de que viene a tomar informes sobre minas es un pretexto muy bobo: él viene, mandado por el Virrey, a enterarse, con disimulo, de todas las trampas y ladronicios de estos recaudadores de los quintos reales y de las alcabalas. Su Majestad, cuyas son estas Américas, con todos sus tesoros, no recibe de este Municipio, tales quintos: cuando más los décimos y eso porque Dios es grande. La mitad, o más, se la embolsican estos uñones. Nosotros los mineros pagamos rigurosamente porque asina lo hemos jurado, porque somos de buena fe y porque estos gatos nos liquidan hasta el quinto de un cuartillo. Las mañitas de éstos se las tenemos muy bien cogidas. Si en estas cuentas y en el envío de caudales, interviniera Pedro, directamente, nada podrían quitarle a su Majestad; pero ésos son asuntos aparte y a Pedro sólo le toca visar algunas cuentas y echar unas firmas. Asina está dispuesto por leyes y órdenes, sobre este ramo. Pedro siempre les gruñe y los puya, en ocasiones; pero él no puede enmendar leyes ni convertir a los pícaros en hombres de bien; ni puede acusarlos, tampoco, porque eso no le toca a él. Si asina fuera, muchas cosas malas pudiera evitar. A más de eso, el Consejo de Indias encarece siempre a todas las autoridades de la Colonia, que no haya reyertas ni discordias entre sus encargados. Y, si Pedro acusara, lo acusarían a él, levantándole mil crímenes; y esto se volvería una merienda de negros y una matanza tremenda, como dizque pasó aquí, cuando trabajaba estos ríos y quebradas Doña Ana de Castrillón[1], y como ha pasado en Remedios.

—¿De modo y manera que a su Majestad lo marranean?

—No sólo aquí, José Luis: en todas las colonias y reales de minas. Por eso manda, de vez en cuando, sus Fiscales y Visitadores secretos, con cualquier pretexto.

—Pues eso es Orellana. ¡No le quede duda, Don Timoteo!

—Eso parece. Pero en fin... la cosa sonará: no se quema cuerno en secreto sin que el olor lo divulgue.

No es Don Timoteo el único: dos o tres caciques abrigan esta misma sospecha. Los simplotes muchachos González, que han entrado en migas con el Princés, por no ser ellos de la taifa amatoria y enzambada, le han salido con ésas, la tarde anterior. Él les dice que lo ignora por completo, porque su señor es sumamente reservado y discreto en todos sus asuntos; pero que, siendo tan alto e ilustrado personaje, le parece muy natural que el Virrey Ezpeleta[2], por

[1] Ver notas 16 de *A guisa de prólogo* y 3 del cap. III. así como los alusiones a María del Pardo.

[2] José de Ezpeleta y Veire de Galdeano (1740-1823), Virrey de la Nueva Granada y precursor del periodismo en la región, bajo cuyos auspicios apareció el primer número del *Papel Periódico de la Ciudad de Bogotá* en 1791.

cédula de su Majestad, haya encargado a Don Fernando para que, en su viaje de regreso, desempeñe en Yolombó cometido tan delicado e importante y lleve a su Majestad el resultado.

El Princés que lo dice, y la gente que se persuade. Ya ven a los recaudadores presos y llevados, en cadenas, caminito del Magdalena; ya ven armada la de Dios es Cristo, con la toma de cuentas, en bulas, diezmos y alcabalas. Todo ello entre las emociones del secreto, del chismorreo y de la expectativa, combinadas con esas otras de aquel casorio, que se presiente y flota en todo el ámbito. ¡Qué delicioso está Yolombó! ¡Qué horas tan intensas y tan bien vividas!

Sigamos a Don Chepe y a su paisano querido, al separarse de la tertulia. En la calle nada pueden hablar, porque los atisbones los asedian. No bien abren el cuarto, manda el viejo:

—Échate en esa cama.

—¡Qué cama, paisano, ni qué niño envuelto! ¡Si es el grito! ¡El grito! ¡Aquí lo estoy oyendo!

Y se frota en el pecho y se tapa los ojos y se agacha y se pasea.

—¡Esta Marquesa! ¡Esta Marquesa! Pero ¿no has visto cómo me ha dejado? ¡Qué aire! ¡Qué aristocracia! ¡Y esa voz! Se me fue a las entrañas. La seguiré oyendo toda mi vida.

—¡Pues a obedecer al grito, como has hecho siempre! Te le avientas cuanto antes. No hay que perder tiempo. ¡Al amor no se le deja esperando!

—¡No, paisano, no! ¡Aquí va a ser peor que en Toledo! ¡Lo presiento! Aquella mujer no se pertenecía: ésta se pertenece; pero yo no alcanzo hasta ella. Yo no soy más que el segundón de una casa titulada y no heredo el título; ella es una Marquesa que no ha de bajar de su rango para casarse conmigo. ¡Cuándo pude imaginarme yo que habría de oír este grito, en una tierra que no conocía ni de nombre! ¡Yolombó! ¡Aquí se va a decidir de mi suerte! Ya veo que el destino me arrastró hasta aquí, tal vez para señalarme mi desgracia. Tan sólo puede abonarme, ante ella, el ser nacido y criado en esa España tan grande. ¡Quiera Dios que esa grandeza me habilite! ¡Si no, yo no sé lo que será de mí! Esta mujer me va a obligar a que yo envidie o desee la muerte a un hermano enfermo, a quien venero; a un desgraciado que sufre de alferecía y no deja sucesión. ¡Conde de Villamanrique de Zúñiga!... Ya podría yo pretender a esta mujer. ¡Pero no! Un Marquesado es mayor título que un Condado. Para Doña Bárbara Caballero apenas un Duque. ¡Por qué no es esta mujer una hidalga cualquiera, como lo fue mi Piedad!

Calla. Ha desahogado su pecho de esa ola. Se inclina, los codos contra una mesa, la frente sobre ambas manos.

El viejo tampoco habla: está inmutado. Un amor tan hondo, tan arrebatado y tan bello nunca lo supuso, en pecho de hombre. Él había amado mucho: con pasión unas veces; con ternura, otras; pero de un modo común y

ordinario. ¡Qué hermosos y elevados eran los sentimientos de un español noble e instruido! De Andalucía tenía que ser este Don Fernando, tan querido. El cuitado levanta la frente.

—Don Chepe. Tú has sido, aquí, mi padre: en cinco días me has inspirado el afecto de hijo; a ti te he abierto mi corazón, sin ocultarte nada; tú eres aquí el hombre, tú lo puedes todo, ayúdame, recomiéndame; exagera, si es preciso. Recuerda que somos de un mismo suelo; recuerda que allá me espera un viejo, y no a mí, solo. Piensa que aquí está la esposa que él se sueña para su hijo viudo, la madre para sus nietecitas. ¡Ayúdame, paisano, y Dios tendrá de premiarte tan buena obra!

—¡Cuenta conmigo, hijo querido!

Eso es con todo y abracijos y ojos humedecidos.

—Pero ¿por qué te anticipas a las cosas? ¿Por qué te pones asina? Porque ella no les haya hecho cara a los pretendientes de aquí, de Antioquia y de Rionegro, y no haya querido irse para España, por no dejar los viejos, no quiere decir que vaya a rechazarte. Ella vale muchísimo, ciertamente, y no lo digo por el Marquesado; pero tú no eres un pretendiente, de ésos que se topan a la vuelta de una esquina. Tú vales mucho ¡pero mucho! aunque no lo creas. Tú la mereces, y ¡te lo digo, aunque sea imprudencia y montañerada! Aquí dicen todos que tú debes casarte con ella y ella contigo. Sí, Fernandito: os están casando, para que lo sepas. Y "la voz del pueblo es la voz de Dios", dice uno de los estribillos de Timoteo. Cuasi tengo seguridad de que la mereces. Y levántate y recostémonos afuera, que aquí hace mucho sofoco.

Se acomodan en las poltronas frailescas, a lado y lado de la puerta. Siguen el tema. Demetrio trae copas. Desde la esquina frontera, les atisban; pero no alcanzan a oír ni una palabra.

Y vamos con la Marquesa.

No ha acabado de almorzar, cuando entra Rosalita. Acorta la bienvenida, para contarle, punto por punto, de aquel huésped, llovido del cielo, que la tiene encantada; y le espeta todo el noviazgo, con aire de suegra venturosa. Ríese la novia, con la mayor naturalidad, y pregunta y habla de otras cosas.

¿Y Sacramento? Ha encontrado alborotada a la negrería con el gran suceso. Tiene muchos quehaceres; va a entrar en otros varios; pero no se resiste y se bota a la calle, con la sola montera. Cuanta negra y comadre topa le sale con la historia. Indaga, husmea, avizora y se va derechito a lo que busca.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento, mi amo José María y la compaña.

—Por siempre alabado y bendito, Sacramento.

—Yo venía a saludalo y a saber de su Mercé, de mi ama Pachita y de los amitos.

—Todos alentados, negra.

—¡Gracias a mi Dios! Y a dale tamién, la razón que con yol'invió, mi amo Martín: que muchas saludes y cariños; que estaban muy sabrosas las dos limetas y muy güeno el remojito de las tres onzas; pero no juera malo que su Mercé l'hiciera alg'otro envío de una y otra cosa, porque allá quizque tiene con quién beber y gastar.

—Pero ¡eso sí! No fueron para llevar a la Narcisa.

—¿Iba a llevásela, mi Amita? Si ese niño, en cuanto ve a esa cusumba, arma el brinco que ni gato, cuando güele ratón. Hiju-el niño pa'más calorio. Y pa'eso qu'es tan lindo y tan labioso. ¡Boba que es esa negra que no se ajunta con él! Y ya la ve tan liberta. ¡Será l'única!

—¿El Churumbelo, paisano?

—El mesmo que viste y calza. Y la fiesta ¿dizque estuvo muy rumbosa? Cuéntanos.

—¡Demás de rumbosa, mi amo! Figúrese, su Mercé, con banda y todo y tanto potaje y esos blancos de las otras minas. A los cuatro zunguitos novios, anqu'estaban con mucha de la vergüenza, los sacaron al puesto a bailar, ellos solos, y les gritaron muchas vivas. Mi amo Martín les echó décimas y les hizo chacotas y muecas muy divertidas. ¡Ah niño pa'más tremendo y más salao!

—La Marquesa estaría muy seria con él.

—¿Amita? Nu-hizo más que rise tu-el santo día de vele las cosas que sacó; y bailó con él el zapatiao, con muchas posturas, muy agraciadas. También es qu'ella, en viendo a sus negros contentos, está en sus glorias.

—¿Por cuánto te compró, negra?

—No mi-ha comprao, mi amo. Yo y mi marido, semos libertos; pero le servimos de rodillas, hace años.

—¿La queréis mucho?

—Si no la quijiéramos, mi amo, seríamos los negros más desagradecidos y más malditos.

—¡Si ésta ha sido el diablo suelto, ahí donde la ves! Es médica y bruja y hechicera y enyerbadora; y embrujó a un zambo muchacho y se casó con él.

—Se le ve que ha sido muy arrebolada.

—¿Pa'qu'es negáselo, mi amo? Yo he sido la negra más escandalosa y más vagamunda.

—¿Y tu marido no te castigaba?

—Yo no mi-había puesto en estao, entuavía. ¿No ve, mi amo, que, cuando yo topé con mi zambo, ya yo había tenido mis siete muchachos? Pu-ái andan, regaos, cuatro que me quedaron.

—¡Caracolillos! Y con tanta prole ¿cómo hiciste para hechizar al hombre?

—¿No ve, mi amo, que yo me lo topé, cuasi de muerte y en un abandono muy aflitivo? Le habían metido una puñalada, entre pecho y espalda; y yo me puse a asistilo, y hacele remedios, día y noche; y lo levanté de la postración; cuando coló en convalecencia, me pareció tan jaque, el taita, que me prendé d'él, como si juera mi primer hombre; y, antós, le di quereme sin contra; y luegamente, lo rescaté y nos casamos; y ái tengo mi zambo, muy acondutao, sin que ninguna me lo robe, con ser qu'era el más perseguidor y el que más guerra les dio a los amos.

—¿Y lo quieres mucho?

—¡María Santísima, mi amo! ¡Es mi único consuelo! Hasta afrentoso será que un chicharrón de negra diga estas cosas; pero vejez no apaga amor ni enfría güeso.

Don Fernando no puede menos de reírle, a carcajadas, tanta desfachatez y ufanía; y, sacando la bolsa, le ofrece un patacón.

—Toma, negra, para que cuides a tu consuelo.

—Su Mercé me dispensará; pero a yo me ocupa la vergüenza y no me arresto a recebile. Pensará su Mercé que vine a pedigüeñale, porqu'es forástico.

—¡Recíbele, negra! ¿Te vas a meter de filática con Orellana?

—Será, pues, ya que asina me l'ordena; y me dispensa por si fuere mala crianza. ¡Que mi Dios se lo pague a su Mercé, mi amo Orellana! Y aquí está esta triste negra, tan siquiera pa'lavale los pies, go sacale alguna nigua, porque ya se le haberán colao: a ellas les güenea la carne blanca de forástico. Yo las saco muy bien, mi amo. En calándome mis espejuelos, les deviso los ojos a las hormigas.

—Gracias, negra; pero cuidadito con hechizarme.

—¡Ah, mi amo éste, pa'más burletero y salao! ¡Cómo será de tremendo con las mujeres de las Españas de mi amo el Rey! Y a Dios les quedo a sus Mercedes y me dispensan, por si hubiera estao zampada go irrespetosa.

¡Negra más ladina y más chusca! Todo cuanto se relacionaba con la Marquesa era interesante y tenía un sello especial de señorío. Hasta las mismas brujas de su servidumbre.

Sacramento sale que se bebe los vientos; tópase con Don Pedro, que la detiene; con Doña Rosalía, al entrar en casa; a Doña Bárbara, adormilándose en una silla.

—¡Amita! ¡Amita! Dispénsele a su negra, si la recuerda; pero no se ponga a sestiar, agora, manqu'esté fatigaíta, con la montada d'esta mañana, porque le cayó, desde agora mesmo, güena labor pa'l restu'el día.

—¿Qué es la cosa?

—¿La cosa? Que, si no le ha creído a su negra, en toíto este tiempo, agora tiene de crele, quiera que no. ¡Lo mesmito que yo le dije una y otra vez! ¡Ái le

llegó, a conjorme lo tenía su negra en esta tusta, mandao por mi amo el Rey! Es pa'que se persuada.

—Pero ¿quién?

—¡Sí! ¡Venga a hacerse de las nuevas, con yo! ¡Pes él; el Marqueso, ese di-oro, que le sacó a la plaza mi amo José María, pa'que la saludara; ese mesmo!

—¡Ah negra boba!

—¿Boba? ¡Tese cubando, Amita! Ya lo vide, bien visto, de cerquita y le oí la prenuncia y echamos conversa y le menté a su Mercecita y hasta me regaló patacón. ¡Él es, Amita: ya lo sabe toíto el sitio! Su Mercé no lo vido sino de refilón. ¡Eso sí es Marqueso! ¡Tan apersonao y bien repartido y tan mandatario él y tan respetible, sin ser orgullento ni jaito; y con ese rostro tan perfeuto! Nu-está ni muchacho ni jecho; está, precisadamente, en el punto pa'querelo a toda gana. La color es asina, medio cafioca; y tiene una boca y una dentadura y una zalamería, pa'rise y hablar, que ¡no le digo más, Amita! Y antes que se me olvide: l'invió a decir mi amo Pedro que se apronte, porque, en comiendo, viene a tréselo, él mesmo.

—¿De veras? ¿Me envió contigo, esa razón?

—¡Esa mesma, Amita! Póngase, agora mesmo, en manos de Narcisa, pa'que l'aliñe, y la tope, su hombre, bien bonita. Y vea: póngase la corona y el vestido de la Marquesía. Le arreglamos la zunguita, en un momento, pa'que le coja la punta del manto. Narcisa le recibe los amos; y su Mercecita va saliendo, de presto, del aposento, lo mesmo que la Reina.

—¡Estás de amarrar!

—¿De amarrar? ¡Allá verá sus amarradijos! Porque no lo reparó bien. ¡Si se me olvidaba lo prencipal! Es ojitriste y reparón y con unas pestañas, que se le traban, de puro largas. ¡Debe ser más enamorao y más tierno! Su Mercecita y él van a sucumbir en la dicha. ¡Es que inora lo que son los hombres ojitristes y pestañones! Uno mero tuve, en mi vida; y cuasi me fallezco de pesadumbre, cuando lo prendieron, porque se gatió un oro.

—Vete a tus oficios y cállate esa jeta, que estás hasta vergonzosa.

—Entual me voy, Amita, y me gano pa'l Tigre a trer cáscara de encenillo. Aquí tengo rama seca de eneldo y salvialugo y aromo; y vengo y le prendo un sahumerio; y le echo incensio molido, pa'que le güela esta sala, a mi amo el Marqueso, más suave qui-una iglesia en renovación.

XXII

A las dos está en su silla, libro en mano, y el sahumerio trascendiendo. Si no los arreos magnos, que ha soñado la bruja, viste y estrena uno de los ornamentos ibéricos, de alepín calostro, el entalle casi en las axilas, falda de medio paso. Reálzanlo zapatos de seda, pañoleta de rengue, collar y aretes de perlas, y un peinetón clavado al sesguerete.

No la hacen esperar demasiado.

Ella y su padre se sientan casi juntos; el traído, al frente. Es tanta su educación y tanto el dominio sobre sí mismo, que aquel temblor y aquel embobamiento, que le sobrevinieron, cuando conoció a su Piedad, no se le notan ni lo más mínimo.

—Bueno, Orellana: no vengas a pulirle a la Chata, con tratamientos y ceremonias cortesanas: por más Marquesa que sea, es tan sencillota y tan montañera como Rosalita.

—Sí, señor Don Fernando: tráteme como si fuéramos muy conocidos. Aquí, en Yolombó, no sabemos de etiquetas ni nos hacen falta.

—Mejor que todas las etiquetas es la confianza. En confianza me han acogido todos y es lo que más les estimo y agradezco. Tanta me han inspirado que, al día siguiente de mi llegada, le pedí a este señor y a Don Chepe, que me trataran de tú por tú y me han complacido, a trueque de que yo les devuelva el tratamiento. Eso hemos hecho.

—¡El trabajo que nos habrá costado, sobre todo al Sevillano!

—Ya lo he visto, y es lo que más me huelga. Pues bueno, Marquesa: venga esa confianza, tan agradable y tan cordial. Pero usía tiene que darme el ejemplo: me suprime el "Don" y el "Señor": llámeme "Orellana" o "Fernando".

—¡Convenido! Pero usted no se queda atrás: llámeme "Bárbara".

"Barbarita", no, como me dicen aquí; porque no me pega; no soy menuda de cuerpo ni joven ni bonita.

—No me extraña, esa salida: ya me había hablado Don Chepe de su carácter tan franco y tan sincero. La trataré de usted y le diré "Marquesa", como si fuera su nombre. ¿No quedará bien, Don Pedro?

—¡Muy bien, hombre!

—Y me tiene que perdonar mis preguntas. Cuando uno trata, por primera vez, a una persona, a quien desea conocer, tiene mucho que preguntarle. ¿Me perdona, Marquesa?

—Perdonarle no, Orellana: no hay qué. ¡Eso es muy natural! Pregunte usted lo que quiera. No habrá de ser cosa que yo no deba contestársela.

—¡Desde luego! Yo tengo ya muchos datos sobre usted, porque Don Chepe me ha contado algo de su vida y de su modo de ser. Y esto ha aumentado el deseo de conocerla.

—Tendré que darle las gracias, por ese deseo. Lo malo es que va a encontrar tan poco que conocer.

—Y su arrojo en los trabajos de minas y sus escuelas y su amor al Rey y a los esclavos y a la ciencia; y su caridad y su indulgencia con las faltas ajenas, y su corazón y su inteligencia, ¿le parece que son de todo el mundo y que todos los días se ven?

—¡Válgame Dios, Orellana! Acabamos de convenir en que hemos de tratarnos sin floreos; y ya me sale con ésas. Por lo que veo, Don Chepe le ha contado de mí, quién sabe cuántas maravillas. Rebájeles la mitad o tres cuartos y creo que, todavía, queda mucho. Y no es porque él haya querido decirle mentira, sino porque juzga a las personas por el cariño o el aborrecimiento que les tenga. A mí me quiere, como a hija; y, aunque es tan bravo y tan quisquilloso, nunca hemos tenido un sí por un no. Pero si, como me quiere, me aborreciera, le habría dicho de mí muchas cosas malas.

—Y Don Timoteo ¿también la quiere?

—También, Orellana; es formalísimo conmigo.

—¡Por algo será! Y su Majestad ¿le dio un alto título, sin usted solicitarlo, por pura gracia!

—¡Por pura gracia! Hicimos fiestas en la jura; y yo leí versos, firmé el acta y le envié al Princesito de Asturias un cariño de abuela, como agradecimiento de minera. Ésos han sido los grandes servicios que he prestado a su Majestad. Y querer al Rey que Dios nos pone, es obligación de todo súbdito: Dios en el cielo y el Rey en la tierra.

—¡Ah! Sí, Marquesa: esa fidelidad y ese amor al Rey y al principio monárquico ¡es un grano de anís! ¿Eso no vale ni significa?

—Podrá valer, en un hombre, porque puede escribir o pelear en favor del

Rey. En una triste mujer ¿qué va a valer? Pero no hablemos del título y cuénteme del Rey Carlos IV y de la Reina.

—Pues, Marquesa, aquí me va a coger en delito de lesa majestad. Le parecerá increíble; pero no conozco a nuestros soberanos ni tengo mayores datos sobre ellos.

—Es muy raro, realmente.

—Y muy explicable, al mismo tiempo —repone él con aire de amargura—. Cuando subieron al trono, no hacía un año que había muerto mi Piedad. Yo no salía de casa, sino por necesidad. Vivía con mis penas y tan lejos del mundo, que ni los Reyes me importaban. De mi soledad me sacó el Conde, para venirme a la Nueva Granada; pero... hablemos de otra cosa, Marquesa. Usted es muy bondadosa y no le gusta que nadie sufra. Y ya que me da permiso, sigo preguntando. Con ese amor al Rey, no ha querido ir a España siquiera por conocerlo. ¿Y eso por qué?

—No solamente lo he querido, sino que ha sido mi sueño; pero no puedo, Orellana.

—No quiere ir, por no dejarnos a Rosalía y a mí: que no dizque nos vuelve a ver, y qué sé yo.

—Razón muy poderosa, Marquesa. Estos asuntos del corazón nos obligan a todo.

—Y con todo el corazón se cumplen, estas obligaciones.

—Ya comprendo por qué no ha querido y no quiere casarse. No es capaz de separarse de estos viejos. ¡Eso es muy hermoso, Marquesa!

—¡Alto ahí, Orellana! Esta flor sí no puedo recibírsela. Y lo siento mucho, porque está muy bonita. Yo no estoy soltera por amor a los padres. Aquí tenemos una amiga, una vieja muy chusca y muy bondadosa; y dice que se quedó solterona porque no encontró quien le hiciera un guiño de ojo. Esto es lo que me ha pasado a mí. Ya me ve, con tres docenas de años[1], y no sé lo que es un novio, ni siquiera un pretendiente.

—¡Eso sí que es increíble, Marquesa!

—Que lo diga su Merced.

—Di, Don Pedro.

—¡A mí no me pongan de testigo! Mira, Orellana: nunca les he impuesto

[1] La Marquesa, auténtica mujer, no revela su verdadera edad. Juzgando por los datos cronológicos que nos proporciona el autor y combinándolos con los hitos históricos, Bárbara tiene por lo menos "cuatro docenas" al momento de la conversación con Fernando, posiblemente cuatro docenas y media. Por lo tanto, no creo que Fernando esté en lo cierto al afirmar que Bárbara "confiesa los años" (los colores postizos, sí, pág. 208). Para más detalles del problema de la cronología en la novela, ver *Estudio preliminar, Dimensión temporal*.

ni buscado marido a mis hijas. Cuatro[1] se han casado con los que ellas han elegido y querido. Y yo he venido a saber el cuento, cuando los padres de los pretendientes me pedían sus manos. Aquí dicen que el Sevillano y yo casamos a Luz y a Vicente, sin contar con sus voluntades: y eso no es cierto. Luz, aunque era una niña, estaba perdida por su novio. A esta Chata, como nunca han venido a pedírmela, no le sé bien sus enredos. Creo que, si se ha quedado para vestir santos, es porque le ha dado su real gana. Vicente y Rosalía le hacen cuenta de cuatro pretendientes; y Martín, y hasta la negra Narcisa, aseguran que en Rionegro y en Antioquia le salieron tres. Ésta es mi declaración y firmo.

—Oiga, pues, Marquesa.

—Oyendo estoy. Es hasta curioso. Yo he hablado de esto con varios de casa y de la calle; y esta es la primera vez que su Merced y yo tocamos el punto. Por eso está tan atrasado de noticias. Ninguno de esos pretendientes me dijo "esta boca es mía". Ya ve, pues, que no había tales pretensiones.

—Cuéntanos, Chata; cuéntale a Orellana.

—Pues les cuento lo que no ha sucedido. De muchacha, cuando me dio por ser minera, me salieron aquí dos: muchas caras y muchos ojos y razones y qué sé yo. No me echaron carta, porque yo no sabía, entonces, ni leer ni escribir. Nos vimos pocas veces y ninguno de los dos me dijo una palabra de amor. O eran tímidos o yo no les di lado o no sería mucho su empeño. En todo caso, no hubo nada. Dos años después, me salió otro. Ese sí me mandó carta, sin haberme tratado; y se la devolví, sin abrirla, con cualquier disculpa: no me gustaba y esa carta, asina, sin que nos conociéramos de trato, no me sonó. En Antioquia dizque fue un joven Luján: regalos de frutas y de bobadas y mucha conversación y mucho cortejo. Me gustaba, valga la verdad: era de buena figura, muy cortés y de la nobleza. Pero todo sería farsa, porque nada resultó. La amiga Liborita que es nativa de Antioquia y que nos acompañó a ese viaje, se quedó esperando como un año la carta de propuesta. A poco le escribieron que se había casado. En Rionegro no hubo nada: dos señores Mejías, uno viudo y otro soltero, estuvieron muy atentos y formales conmigo, sin pizca de cortejo ni cosa parecida. Todo fue suposiciones de la gente. Éstas han sido todas mis campañas. De ellas saco en limpio que no nací para la cacería: no levanto venado en ninguna parte; y ya no estoy para manejar escopetas.

—¡Marquesa, por Dios! ¿Por qué se considera madura? Usted está joven; y, lo que más me admira es que, habiendo trabajado en malos climas, esté tan fresca y tan lozana.

[1] Aunque el resto de la familia de Don Pedro y Doña Rosalía (citada en Arango Mejía, *Op. cit.*, pág. 147) se menciona fugazmente (págs. 35 y 37), únicamente María de la Luz y Bárbara actúan en la novela. Consciente de este hecho, Carrasquilla no detalla, en el párrafo que sigue, sino los casos de estas dos hijas y no vuelve a mencionar a los otros.

—¡Oiga su Merced las cosas a este señor! ¿Asina cumple usted su compromiso? Y esto ya no es flor: es mata. Usted no me ve muy acabada, porque tengo carnadura de tagua; pero soy muy descolorida y tengo la cara manchada. Todo es que me pongo colores, para disimular algo. Y ya sabe que no es por parecerle a nadie, sino a mí mesma. Las feas nos aburrimos con nuestra fealdad; y yo aburrida no quiero ser. Si con mi fealdad me resigno, con el aburrimiento no me resignaría. Por eso me compongo y me engalano y me pinto. Yo creo que uno debe vivir muy alegre, con la suerte y la vida que le toque.

—¿Se siente muy fea, Marquesa?

—De espantar, no; pero lo suficiente para no haber conseguido novio.

—Ésta dice que no tuvo quince; y que por eso se rebaja un año[1].

—El decimoquinto, Orellana, ¿no le parece muy justo?

—Justísimo: saltó del 14 al 16 —repone, seco de risa—. Ya sabía yo ese otro rasgo de su carácter. Le aseguro, Marquesa, que es la primer mujer que confiesa los años y los colores postizos.

—Sí, Orellana: conozco algunas de mi edad que no han cumplido los veinticinco; conozco tuntunientas, como yo, que se sofocan y resoplan, con esa sangre tan arrebatada... del colorete. Si estas mentiras se creyeran, yo mentiría como todas; pero, por engañar algo, confieso la verdad, con toda frescura: dicha por mí y en mi contra, la ponen en duda: muchos la toman por charla. Ya lo tengo visto. Ya ve, pues, que es una sinceridad, allá medio traicionera. A usted le enseño mi trampa, porque, como no ha de vivir aquí, no puede perjudicarme, divulgándome. Ya sabe, pues: no se le vaya a zafar, aquí, ni una palabra.

—¡Cuente conmigo, Marquesa! ¿Por qué no me advertiste, Don Pedro, que esta hija tuya era tan traviesa y tan ingeniosa? Advertido, tal vez hubiera sabido presentármele.

—No vengas a hacerte el sencillote. Tienes tú más trastienda que una aduana. Y sí te lo advertimos. ¿No te dijo Rosalía que la llamaba loca tolerada?

—Ciertamente. Y hace una locura, que apenas la harían los gitanos chalanes.

—¿Cuál será, Orellana, para ver si me enmiendo?

—Ríase de mí, Marquesa, y llámeme flojo, blandengue o lo que quiera; pero yo no me metía, a caballo, por estos precipicios, ni a palos, como hace usted; ni entraría, tan orondo y tan majo, sino hecho una lástima de empantanado y maltrecho.

—¡Válgame Dios, Orellana! ¡No me salga con ésas! Usted conoce, de

[1] Parece que Bárbara se rebaja más de un año (ver nota 1 de pág. 273).

más, a las mujeres. Todos esos jineteos míos, no son más que papeles, por darme tono y deslumbrar a ciertas amigas, y, también, por montar un ratico y lucir los trapos de caballería. A mí me da más miedo que a cualquiera. Toda esa locura consiste en esto: el camino de aquí a la mina no es tan malo y siempre procuramos mantenerlo medio abierto y descumbrado. En verano, voy o vengo en mi caballito, con toda tranquilidad, pero con un negro a la pata; en invierno es a pura silleta. Pero cuasi siempre, sólo monto una parte del camino, que es muy transitable: de aquí a una posesión que estoy abriendo, donde tengo unos negritos. Mi alazán lo tengo muy enseñado y conoce a su señora: es muy mansito y muy mañoso; pero sabe hacer papeles, como yo, y se las da de muy alborotado y muy fogoso. Esas son las locuras, Orellana. Ya ve qué tan papelera soy.

—Y también lo confiesa, para que no le crean.

—No, Orellana: ésos son papeles públicos. Puede contarlos aquí, a quien le dé la gana.

—¡Pues he de tener el gusto de callarme!

—Es mejor.

—Todavía me falta importunarla con otra pregunta[1].

—Venga esa pregunta.

—¿Cómo hace usted para querer tanto a los negros? ¿No se le hacen muy repugnantes y muy perversos y muy malvados?

—¡En buena te vas a meter, Orellana! Dile cualquier insulto, menos ése.

—Sí, su Merced. Suplíquele que no hablemos de eso. Veo que estamos en desacuerdo. Y no le he ofrecido cigarro. Dispense, Orellana: es que, como no fumo, se me olvida. Voy a que le traigan.

—No se moleste, Marquesa: yo tampoco fumo.

—¿No fuma? Bien puede fumar delante de mí. No me molesta el humo. Si está en su casa, señor.

—Mil gracias, Marquesa. En realidad, no fumo.

—¿Y eso?

—Fumé una sola vez y en un tris me muero. No lo he intentado después. Me aseguran, también, que daña la dentadura; y eso es lo único que cuido.

—Mira, Chata: si has de darnos mediatarde, despáchanos pronto, porque hoy, sábado, tengo que salir a unas vueltas.

—Ya no se demora, su Merced: fue que les mandé a hacer un dulce, para cuidarlos, y tal vez no se ha enfriado todavía.

—Mira, Orellana: si quieres quedarte charlando con la Chata, quédate,

[1] De aquí en adelante, la edición actual tiene en cuenta la versión de la novela publicada en *Colombia - Diario de la tarde*, Medellín (AA), cotejándola con (A), (B) y (C) (ver *Advertencia*).

con toda tranquilidad. Aquí no celamos las mujeres, como en España. Nada tienes que hacer y es muy temprano.

—Y hacen muy bien, su Merced, en no cuidarnos: eso es hasta ofensivo: la mujer buena y señora, se defiende sola, en un mercado; la que no es, por más que la encierren, abre portillo, como las vacas. Si no está aburrido, Orellana, quédese un rato más. Ya yo no estoy para que me cuiden: estoy para cuidar. Si quiere, lo cuido a usted y lo vigilo, no sea que alguna yolombera entre y se lo robe.

—Sí, Marquesa, vigíleme, porque arriesgo a perder mi virtud, cuando menos lo piense.

—Permítame un instante: voy a ver qué les ha pasado a esas negritas.

—Por supuesto, Marquesa.

Sale apurada y airosa.

—¡Caramba, Don Pedro! ¡Qué hija tienes tú! Ya me habían dicho, Don Chepe y Don Timoteo, que, a más de muy bondadosa y muy franca, era muy agradable, muy traviesa y muy inteligente; pero, valga la verdad, que no la suponía tanto. La Marquesa puede figurar en cualquier salón de España. En Santa Fe se encantarían con ella.

—Gracias, hombre, por lo que me toca. A todos les agrada. Dios no le dio hermosura, sino capacidades y bondad.

—La hermosura se entiende de tantos modos. La Marquesa no tiene facciones finas; pero ese aire y esa apostura no las va teniendo cualquier dama de la alta alcurnia; y una mujer, con ese espíritu y ese corazón, no puede ser fea y siempre será interesante, y... ¡ahí vuelve!

—Ya está, señores.

Salen. Se sientan. Mucha plata y mucho conqué. Narcisa sirve, hecha un primor.

—Vea, Orellana: aténgase a la buena voluntad y confórmese con lo que ofrezco. Ya Rosalita le habrá enseñado a ser buen montañero.

—Marquesa, con el chocolate que aquí se gastan, puede regodearse el Rey.

—Lo único, con que nos damos gusto.

No han agotado los cubiletes, cuando entra Doña Rosalía.

—¡Cómo se cuidan estos blancos y no convidan!

Orellana se deshace en mil cortesías.

—Acabe, paisanito, con toda tranquilidad. Ya yo despaché la comisión.

—Siéntese, pues, aquí a mi lado.

—Le largué el puesto a Pachita y me vine, aunque estaba ganando, porque me supuse que estaba contándoles de Andalucía.

—Mira, Chata: el par de sevillanos tienen loco a este pobre, con su Guadalquivir y su Sevilla. Le han averiguado hasta por el último alcornoque.

—Calla la boca, viejo patas de cera, que tú también has embromado mucho con la tal Zaragoza y el tal Ebro.

—Pero no he llorado, como cierta vieja mentecata, que yo conozco.

—¡Qué vas a llorar tú, viejo empedernido: ni a tu tierra la quieres ya!

La abraza, para acabar de reñir, y se despide.

XXIII

—Bueno, Marquesa —inicia el forastero, una vez en la sala—. Ya supe que usted y el Churumbelo estuvieron muy compinches, en las bodas. Usted debe tener un alma muy grande, cuando le perdonó la Semana Santa.

—¡Ah, Don Fernando![1] Ya se sabrá usted de memoria todas las historias de Yolombó.

—Algunas, Marquesa. Y muy interesantes, por cierto. Don Chepe me ha contado su vida y milagros y los del Churumbelo. No tiene idea de lo que me ha divertido. Abuelo y nieto son dos personajes, a cual más importante y español. Aquí han ocurrido y ocurren cosas bien curiosas, como la matada de la bruja, el maleficio en la familia de la Silverita, el acabe del noviazgo, y los Ñuridos, los Layos y qué sé yo cuántas cosas y personas bien raras.

—Es que al Sevillano no le para nada en el pico. Por contarlo todo, hasta se confiesa en público.

—Es muy comunicativo, efectivamente. Pero a mí no me ha contado todo esto, de buenas a primeras, por contármelo, nada más: es que yo se lo he suplicado, con todo encarecimiento. Ha de saber, Marquesa, que en España se pirran por las particularidades de estas colonias; yo me comprometí a escribir algo, sobre todo lo curioso que encuentre en la Nueva Granada. Por ahí tengo apuntado mucho sobre Santa Fe: cómo quieren y miman a Ezpeleta y a María de la Paz; y los bailes y paseos, que él ha dado a la nobleza.

—Que te cuente, Bárbara, el paseo al Salto de Tequendama.

—Otra vez será, Marquesa. También tengo apuntados los escándalos de un Capitán Aguirre, que se sacó del convento de Santa Clara, a una novicia de

[1] Error del autor: dentro del contexto es evidente que la Marquesa se dirige a Fernando y no a Don Chepe.

la alta nobleza, heredera de una gran fortuna. Esto es muy curioso; y no me iré sin contárselos. Será cuando estén todos reunidos.

—¡No lo eche en saco roto, paisanito!

—Tienen mi promesa, su Merced.

—Pues, como le decía, Marquesa, entré aquí en solicitud de informes sobre la minería de esta Provincia; y encontré una mina de curiosidades. Lo que siento es tener que irme, sin conocer al Churumbelo. Este galán, tan apuesto y tan rubio, que fascina a las mujeres con sus ojos azules y que tiene hechizados a la madre, a los tres abuelos, a Don Timoteo y a Don Jerónimo; que riñe y se desafía y crucifica negros, tiene que ser un endiablado de tomo y lomo, de lo más interesante y atractivo.

—Asina es, Orellana: hasta a usted mesmo,le está alcanzando el hechizo, desde lejos.

—Desde lejos es peor: ahí está la Marquesa de Yolombó hechizada con el Príncipe de Asturias, un arrapiezo que no tendrá ocho años.

—No lo niego, Orellana: deliro por conocerlo.

—Algo semejante me pasa con su sobrino. Conózcalo o no, voy a contar todas sus fechorías y las de su abuelo Moreno. Ya él me dio permiso.

—¡Valiente gracia! Hasta premio le da. Pero vea una cosa, Orellana: yo me atrevo a suplicarle que cuente los milagros sin nombrar los santos.

—Con mucho gusto, Marquesa. Basta con que usted me lo recomiende.

—Mil gracias, señor caballero. Y vea otra cosa: diga en su escrito, pero bien dicho, lo mejor que pueda, para que le hagan caso su Majestad y sus Ministros y el Consejo de Indias, que a estos indiecitos de aquí no les cobren el tributo: que son unos infelices que pasan hambre y desnudez.

—¡Con toda mi alma, Marquesa! Es usted la más noble, entre la nobleza española. ¡Suyo tenía de ser ese consejo!

—No pula, Orellana, ni eche flores. Ya sabe que está prohibido.

—Eso es la pura verdad. ¿Y de sus negros, qué debo decir?

—¿De mis negros? Que ni los míos ni los de ningún señor de Yolombó tienen amos inhumanos ni crueles. Y eso es asina, Orellana. Don Chepe les da azotes, en ocasiones; pero, a la hora, les regala lo primero que encuentra. Esto de Martín es una cosa aislada y no la hizo por crueldad. Fue una ociosidad de muchacho loco: no le pasó por la imaginación que eso pudiera suceder; creyó que las súplicas de Crispín[1] eran aspavientos y flojeras. El pobre ha purgado su locura. Allí me contó todo, riéndose y con las lágrimas que le corrían. ¡Él es asina! Conmigo dizque estaba tan enfadado, que pensó no volverme a hablar en mucho tiempo: que yo le había robado las armas y le

[1] El negro crucificado se llama Sebastián en el manuscrito, Gabriel en (AA) y Crispín en (A).

había echado encima los carabineros; y que, por eso, no había podido defender la muchacha y hacerle frente a los negros armados. Pero que, con las penas que ha pasado, todo se le volvió nada; y me perdonó. No ha dormido en muchas noches; Vicente le escribió una carta, que le ha costado dos tongas de llanto; cuanto consigue se lo manda a la negrita Clara Rosa, la viuda de Crispín, que está inconsolable; le han dado pesadillas, en que ha visto al negro, en la cruz, y le ha oído los clamores; y qué sé yo qué más. Ya ve, pues. ¿Podrá ser un desalmado?

—¡Qué desalmado va a ser, Marquesa! Todo fue lo que usted dice: aturdimiento de muchacho travieso.

—¡Qué tal que no fuera asina, paisanito! Hasta el juicio le habría costado al pobre Vicente. Todavía no ha vuelto de esta pena. Le habrá parecido, como aburrido y callaón. Y si viera: es lo más alegre y grojista. ¡Y ver a Luz y a Don Chepe! No se les dio un comino.

—Por supuesto, su Merced. A muchos blancos que dizque son muy nobles, les parece que matar a un negro es como matar una comadreja o un alacrán. Yo se los he oído, a muchos. Y, si tienen a los negros como animales dañinos, tienen que pensar asina.

—Marquesa, sépalo desde hoy: usted es la primera que va a salir en mi escrito, con todo su Marquesado y todo lo que ha hecho, dice y piensa. Por eso la examino. ¿No se lo había figurado? No vaya, pues, a tomarlo a mala parte ni a rabiar contra mí.

—No tenga el menor cuidado. En vez de rabiar, me pondré orgullosa de figurar en escritos públicos. Usted no ha de escribir de mí cosas malas. Dirá, eso sí, como dicen muchos aquí, que soy extravagante, que me meto a sabia y a letrada, que soy ahombrada y cabildante y que quiero mandar en todo. Eso hasta cierto será. Por supuesto que una Marquesa solterona, que no tiene a quién dejar el título, no resultará muy importante en su escrito; pero eso no me deshonra ni me perjudica.

—¡Allá veremos si resulta! Y otra cosa. Marquesa. ¿Me da permiso para decir que usted es enemiga declarada de la esclavitud? ¡Eso sí que resultaría bien curioso!

—No sólo permiso, Orellana: es que le ruego y le suplico que lo diga, ya que no puedo decirlo yo. Mire: si las mujeres pudiéramos opinar, por escritos públicos, yo me pondría a estudiar, años y más años, hasta que aprendiera a escribir libros, para decir y rajar contra esta maldad tan horrible de los blancos. ¡Yo no creo que haya un crimen más grande, en todo el mundo! O será que soy un animal de cuatro patas y no entiendo lo que es un crimen. A cualquiera que se robe alguna cosa o la venda, sin ser suya, lo ponen en cadena y lo mandan a galeras; a los salteadores, que amarran los pasajeros y los maltratan, para quitarles lo que llevan, los llevan al patíbulo; a los que escalan y rompen las casas para robar, los persiguen y los ahorcan. Pero los blancos y los ricos, se van al África, muy tranquilos, y engañan y amarran y

aporrean a hombres y mujeres y les quitan la libertad y los embarcan como cosa propia. Y esto, en vez de ser un crimen, es un negocio, tan lícito y tan legal como vender pescado o animales cazados en el monte. Esto es lo que yo no puedo empatar, Orellana: que una cosa sea crimen y no lo sea otra, mucho peor. A las personas que tienen el color negro se les puede hacer todos los males, sin que eso tenga nada de malo ni de particular. Según eso, los negros no son personas ni tienen alma; son unas cosas negras, que viven, como monicongos, que tienen sentidos y potencias, como los demás hombres, pero que valen mucho menos que una mula o que una libra de oro y que pueden encerrarse y exprimirse como los ganados. Lo único que no hacen los blancos con los negros es comérselos, como hacían los indios bravos con los conquistadores. Y ¿sabe por qué no se los tamban? ¡Porque les tienen asco! Si no, todas las noches habría cena de negro asado, como lechona de San Juan. Y... un permisito, no sea que estas mías nos oigan.

Sale. Orellana se quiere desternillar. Rosalita se hace la confundida.

—Ella se agarra a disparatar, en mentándole eso; y Vicente le busca argumento, por oírla. Es tal, que jura y perjura que los negros son unos santos.

Vuelve y el español le sornea:

—¿Conque muy santos los negritos?

—Habrá malos, como en todo. Pero los negros son de mejor entraña que los blancos. ¡Una y mil veces! Ellos no roban gente ni acosan ni esclavizan ni venden a nadie. Si fueran tan malvados como los blancos, ya hubieran acabado con ellos. ¿Qué trabajo les daba? En todas las minas hay cuadrillas, con tres o cuatro patrones. Con que los agarraran del pescuezo, estaba el cuento acabado. Y ya ve, Orellana: ni solos ni acompañados se sublevan. Eso es lo que más me duele: que se abuse de la mansedumbre de estos infelices. Los blancos les predican la humildad y la sumisión; pero ellos no se echan ni una sola prédica, sobre la caridad con el prójimo que es el primer mandamiento de la Ley de Dios. La religión de los blancos es muy cómoda: para ellos, oprimir; para los negros, dejarse oprimir. Los juzgan y los tratan como a bestias de carga; como a cuerpo sin alma; pero los meten en religión y en sacramentos. Si no tienen alma, ¿para qué religión ni pláticas? Jamás he visto que lleven a misa los perros ni que bauticen a los micos ni que le enseñen doctrina a ningún animal. ¡Yo me ofusco pensando en estas cosas! Yo no puedo entender por qué el Santo Padre y los Reyes y los sabios permiten estas iniquidades de la esclavitud.

—¡Pero hija, por Dios! Eso lo entiende el más tapado. El Santo Padre, y su Majestad lo que quieren es que se propague la religión de Nuestro Señor Jesucristo, para que se salve harta gente; y los negros del África adoran dioses falsos. Por eso los traen de allá.

—Sí, su Merced, por eso dizque es; pero no me parece bien bonito ni bien cristiano ese modo de predicar; ni creo que los negros ni los blancos ni nadie

aprendan nada a la fuerza y trabajando para los que les enseñen la religión. Mire, su Merced: aquí tengo los Santos Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Cuando quiera, le leo. Nuestro Señor Jesucristo no les mandó que se robaran a nadie de su tierra ni que los esclavizaran y vendieran, para enseñarles la doctrina, sino que fueran a buscarlos a su tierra y les predicaran allá y los dejaran en sus casas, quietos y sosegados. Y eso hicieron los Apóstoles y eso hacen los misioneros. ¡Pero estos apóstoles vendenegros y cazadores de gente, no me cuelan, su Merced! Si yo fuera el Santo Padre, los excomulgaba y los perseguía, como a malhechores y herejes.

—¡Cómo sabe usted de religión, Marquesa!

—¿Yo? ¡Ni la doctrina la sé bien! Leo en el Nuevo Testamento, algunas veces. Eso es todo. Y no es porque sea muy buena cristiana, que digamos, sino porque me parece muy bonito y me entretiene mucho. Aquí somos sumamente ignorantes. Yo les parezco un portento porque sé leer y escribir a medias. Tal vez hubiera aprendido algo; pero aquí no ha habido quien enseñe. Tengo intención de pedirle permiso a su Majestad o al Virrey, para traer un maestro. Ya no será para mí: loro viejo no aprende a hablar. Y, agora que hablamos de esto ¿es cierto que al Rey no le gusta que sus súbditos de América sean instruidos, desde que no sean sacerdotes?

—No sé decírselo, Marquesa, con toda seguridad. Allá sólo el Rey y el Consejo de Indias saben bien cómo se gobierna en estas colonias; y los libros que se hayan escrito, sobre estas tierras, no son bien conocidos en España. Pero allá dicen lo contrario. Lo poco que sepa, en este particular, lo he sabido en Santa Fe. En Santa Fe ha habido, desde el siglo de su fundación, muchos conventos de enseñanza. Actualmente hay uno para señoritas nobles; y los jesuitas, tuvieron escuela para los niños de los indios. Allá son muy decididos por el estudio y hay hombres muy instruidos y tienen muy buenas bibliotecas. No hacen sino lamentar la expulsión de la Compañía. En veinte y tantos años no la han olvidado. Pero su Majestad Carlos III pondría a otros en su reemplazo; porque en Santa Fe hay muchos colegios.

—Sí que me gusta que nos cuente eso. Yo siempre he dicho que al Rey le levantan falsos testimonios; que a él no puede gustarle que sus súbditos de América vivan en tanta ignorancia.

—Tal vez este falso testimonio provenga de la expulsión. Los jesuitas son los mejores maestros.

—No sólo eso, Orellana: son los que convirtieron más indios y fundaron más poblaciones y le hicieron bien a todos. ¡Ya ve ese Pedro Claver![1] Ése sí sabía predicar a los pobres negros: los iba a encontrar a los barcos, con buenas comidas, con regalos y hasta con juguetes para los negritos; y los asistía él mesmo, cuando estaban con llagas o apestados. ¡Ése sí era santo! Y todos los sacerdotes de esa Compañía dizque predican con las virtudes y con la palabra. Por aquí, en estos montes, no hemos tenido dicha de verlos.

[1] Ver nota 2 de pág. 22.

—Bueno, paisanito: si son asina ¿por qué los echó su Majestad, de todas partes?

—¡Vaya usted a saberlo, paisana!

—No le pregunte eso, Rosalita, y dispénseme. A nosotros no nos toca más que obedecer a su Majestad, sin averiguar qué razón tuvo para mandar esto o aquello. Es cuasi una falta echar juicios sobre lo que él disponga: obedezcamos y callemos.

—Pero ¿ni después de muerto un Rey, se puede averiguar por qué hizo o dejó de hacer?

—¡Ni aun después, Rosalita! Vivos o muertos, los Reyes son sagrados para sus súbditos.

—¡Vaya Marquesa! ¡Y dice usted que no merece el Marquesado! Tanta obediencia y tanta veneración apenas, para Dios. Para los Reyes no necesita tanta. Todos los súbditos pueden juzgar a sus soberanos, sin dejar por eso de amarlos y obedecerles.

—¿No será impropio, Orellana, asina de palabra y delante de la gente?

—Tal vez no sea tanto desacato, Marquesa: en España y en Santa Fe, y, me figuro que en todas las colonias, desaprobaron la expulsión de los jesuitas. Por supuesto que no echaron bando. Igual cosa pasaría aquí. La paisana debe saberlo.

—¡Pues no tanto! Yo sí me acuerdo de la cosa; pero aquí no se hizo bulla. Yo sí había oído mentar a esos sacerdotes, allá en Sevilla y tal vez, hasta los oiría predicar, en la catedral o en Santa Inés, que está cerca de donde vivíamos; pero ni me acordaba de ellos. Aquí en estos montes pasa lo que dice Don Chepe: se va volviendo uno tan animal, que hasta la religión se le va acabando. Será por estas iglesias, tan feas y tan pobres, y por estos curas que nos mandan aquí, asina como de mentiras.

—¡Sí, señor! Aquí vivimos apenas con un remedo de culto, para que no se diga que somos herejes, como los ingleses. Por supuesto que yo no lo supe en mucho tiempo. Vine a notarlo cuando fui a Antioquia y a Rionegro, y pude comparar. Yo no tenía la menor noticia de los jesuitas: en Antioquia vine a tenerla. Allá también los lamentaban mucho, como en Santa Fe; y un sacerdote que me daba algunas lecciones, me contó mucho de sus misiones, de todo lo que saben y enseñan y de las buenas obras de Pedro Claver y de otros. Del destierro no quiso contarme nada; y me dijo que no convenía mencionar eso, por ningún motivo.

—¡Pues fue el único que obedeció al pie de la letra! El Rey, en su pragmática, prohibió que se profiriera una palabra sobre el asunto, fuera en pro o fuera en contra. Pero eso era poner puertas al campo: reservadamente todo el mundo dijo y maldijo. Eso fue un grito de toda España.

—Pues, si es asina, Orellana, cuéntenos cómo fue eso.

El hombre narra el suceso con no poca viveza.

—¡Virgen santa, paisanito! Pero un Rey tan cristiano y tan religioso, ¿por qué motivo hizo todas esas barrabasadas, con unos sacerdotes tan virtuosos?

—Se dejó engañar, paisanita. Yo era un chico de trece años. Todavía estaba con nosotros Don Roque Fernández, el preceptor que nos tenía el Conde, un viejito muy timorato y muy devoto; y aún me acuerdo de sus llantos y escándalos. Él veía a su Majestad y al Ministro Aranda, ardiendo en la caldera de Pero Botero[1]. No menos se aterraban la Condesa y nuestras tías, las hermanas del Conde. Resulta que la cosa venía de muy atrás. El Ministro Esquilache prohibió llevar armas, capa larga y sombrero de alas anchas; y el pueblo de Madrid se le sublevó con tal prohibición. Recorrió, armado, las calles, apedreó casas y cometió mil atropellos y desórdenes, pidiendo rebajas de impuestos y la cabeza del Ministro. La cosa fue creciendo como espuma y tomó un aspecto tan amenazador, que ya iba a salir un cuerpo de tropa, a dar fuego, cuando aparecen, de pronto, entre el tumulto, cuatro jesuitas, armados de crucifijos; y aquello se aplaca y se disuelve, como por encanto.

—¡Qué hombres tan inspirados y tan valerosos! ¡Eso sí es sacerdocio!

—Pues ahí verá, Marquesa. Después de que el propio Rey los mandó a calmar la asonada, le hicieron creer que la habían promovido y forjado los propios jesuitas, para mostrar su influencia y su poder y deslumbrar a su Majestad, a la Corte y a todo Madrid, con esta comedia; y que por eso habían calmado, por ensalmo, a la canalla enfurecida.

—¡Por Dios, Orellana! ¡Parece imposible que haya gente tan malvada! Pero ¿por qué aborrecen a esos hombres tan santos?

—Por santos, precisamente.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! Los persiguen como a los Apóstoles.

—¡Cabal! Ustedes se aterran, porque no pueden estar impuestas de cómo están las cosas en Europa. En la propia Santa Fe, no habrá diez que las sepan.

Aquí las informa de cómo está la Europa de perdida, con tanto filósofo incrédulo, con la difusión de tanto libro malo, con tantos masones, y tantos enemigos de la Iglesia y de la Monarquía; de cómo la tal República de los americanos del Norte y ésa con que los franceses tienen aterrado al mundo, son consecuencias de esos libros[2].

Las señoras se horripilan y él prosigue:

—Después de la caída del Marqués de Esquilache, nombró el Rey, en su

[1] Leopoldo de Gregorio, Marqués de Esquilache (Squillace) y Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de Aranda, eran ministros de Carlos III. Sus ideas progresistas y enciclopedistas entraron en conflicto con las tradicionalistas, lo cual explica la alusión a las "calderas del diablo" (Pero Botero es uno de los sobrenombres del diablo).

[2] Ver nota 2 de pág. 190.

reemplazo, al Conde de Aranda. Es un hombre muy sabio y muy entendido en hacienda; pero masón, incrédulo y enemigo del clero. Entre él y un embajador francés, de su propia calaña, le llenaron la cabeza a su Majestad, con todas las calumnias que les levantan a los jesuitas. Le hicieron creer que conspiraban contra él; que intentaban envenenarlo, para poner en el trono a otro Príncipe de la casa de Borbón; le mostraron una carta fingida, del General de la Compañía, a los jesuitas residentes en España, en que les ordenaba la conspiración y les aseguraba que el Rey no era hermano de Fernando VI[1], sino un adulterino, que estaba usurpando y ultrajando el trono. De ahí vino la expulsión.

—¡Virgen Santa, paisano! ¡Valiente Aranda tan condenao! Si los hubiera rumbao de España, no más, alguna disculpita tendría; pero, por todas las Indias y estados del Rey y asina a la traición y a los empujones, siempre es mucha picardía.

—Algo más que eso, paisana.

—¿Su Majestad Carlos IV no les levantará el destierro y los volverá a llamar?[2]

—Tal vez no, Marquesa. Él dejó de Ministro a Floridablanca[3], que fue el último de su real padre. Tampoco dizque es partidario del clero; y en Santa Fe me aseguraron que su Majestad había puesto, otra vez, en el Ministerio, al tal Conde de Aranda. Usted, Marquesa, como que se ha quedado aterrada.

—¡Tanto, Orellana!

—¡Esto siempre es que se va a acabar el mundo, paisanito! Miren que querer quitar al Rey, puesto por Dios, para poner a mandar a un cualquiera, lo mesmo que a un cabildante! Esto tiene que ser cosa del Anticristo, como dice Don Timoteo. El otro día le oí una conversa, con Pedro, de todos estos enredos. Yo no sé cómo hace él, metido en este guaico, para saber y retener tanta cosa que pasa por allá. También es que coge a todo pasajero blanco, sea de aquí del Virreinato o de España, y lo desentresija, al derecho y al revés. ¡Cómo habrá sido con usted, paisanito!

—Me ha preguntado un poco, y eso que Don Chepe lo ataja. Es un señor muy entendido. Si viviera en España o en Santa Fe, sería muy instruido, porque parece que le gusta leer.

—Es su manía, Orellana. Los pocos libros que hay aquí los tiene leídos y releídos. Ni las bulas se le escapan. Estuvo en Cartagena y en Santa Marta y de allá trujo libros. Tiene parientes en Rionegro, que también le mandan. En

[1] Fernando VI (1712-1759), Monarca español entre los reinados de Felipe V y Carlos III.

[2] Expulsada de todas las tierras hispánicas en 1767, la orden fue suprimida por el Papa Clemente XIV en 1773.

[3] José Moñino, Conde de Floridablanca (1728-1808), era Ministro de Carlos III; promovió actividades educativas y se opuso a la influencia de los jesuitas.

la mina tiene; y se le van las horas, pegado a ellos. Agora está leyendo los primeros tomos de la *Historia de España,* que le presté; y lo tienen encantado.

—¿Y no fue de los maestros de su escuela?

—No, Orellana. Entonces sólo salía al lugar algunos domingos.

—¿Y no te ha salido con el cuento de las Repúblicas?

—¡Cómo no, su Merced!

—¿Y qué opina usted, Marquesa, de esa clase de gobierno?

—Mi opinión vale tanto, Orellana, que no debo negarle a usted todo ese valor. ¡No soy asina, tan egoísta! Me parece la tal República un embeleco del diablo. Dios eligió a las familias que deben mandar en el mundo, como eligió a los israelitas para revelarles la verdadera religión. Asina es que todos los mandatarios reales, que no vengan de esas familias, y de padres a hijos, no me parece que valgan. A la gentuza que no sabe escoger ni un triste cabildante, no tienen por qué meterla en esta escogencia de mandatarios. Pero, en estos americanos, de ralea inglesa, nada debe extrañarnos: hijo de tigre sale pintado. Los ingleses no pueden ser buenos porque son herejes y desconocen al Papa y son piratas y contrabandistas. Eso de sacar República, es vicio viejo, en esa gente. Don Timoteo me ha contado que hace muchos años, le cortaron la cabeza a un Rey muy bueno, para poner la tal República; y que, del montón de asesinos que peleaban por el mando, resultó uno, muy terrible, muy valiente y arrestado, que les puso la pata encima a todos y los humilló como le dio su gana. Creo que esto es lo que se saca de estas malditas extravagancias. Usted debe saber muy bien toda esa historia[1].

—Algo he leído de eso, Marquesa. Lo malo es que tengo tan poca memoria. Pero ¿sí le parece bien que los americanos, de origen inglés, se hayan separado de su Inglaterra?

—¡No, Orellana, imposible! Ni porque fuera yo el ser más descastado y más ingrato. ¿Qué dice, usted, Orellana, si aquí, en cualquier Virreinato, determinaran que su Majestad Carlos IV no nos manda y que se armasen y levantasen pendón contra él?

—Lo que usted, Marquesa: que serían hijos contra el padre. ¿De modo que la revolución y la República de la Francia tampoco le gustan?

—¡Dios me libre y me favorezca, señor Don Fernando! ¡Eso ya no es guerra ni nada! ¡Eso fue que se salió el infierno y repuntó en la Francia! Algún pecado habría cometido esa pobre gente y Dios quiere castigarla. Por lo que usted cuenta y por lo que nos contó, hace pocos días, un español que subía para Antioquia, eso es como la rebelión de Satanás en el cielo: todos esos crímenes y degüellos son de hombres poseídos por el demonio que atentan

[1] Alusión a Carlos I de Inglaterra y a Oliver Cromwell, "uno muy terrible ... que les puso la pata encima a todos y los humilló" (ver nota 2 de pág. 98).

contra Dios. Y ya ve, Orellana: allá no son herejes, como en Inglaterra. Dizque son tan cristianos como los españoles.

—Pero mire, Marquesa: así y todo, esos hombres endemoniados, proclaman ideas que no le deben disgustar.

—Sí, Orellana; ya las dijo aquí ese español y Don Timoteo me las explicó: que seamos todos libres, iguales y hermanos. Creo que eso es la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo; pero el modo como la están enseñando, estos franceses, es un poquito peor que el usado por los blancos, para convertir a los negros, de que hablábamos agora. Matando, degollando y destruyéndolo todo, no va a quedar ni quien oiga el sermón. Si no fuera por eso, me gustarían esas ideas.

—¿Hasta la de igualdad, Marquesa?

—Ni sé, Orellana. Yo no puedo entender bien eso; pero que todos tengamos derechos en la mina y que paguemos el contingente, en proporción, y que asina nos toquen las ganancias, me parece muy puesto en razón. Que no sean los jornaleros y los indios y los libertos los que paguen el pato: que lo paguemos entre todos; y que los ricos paguemos más, porque más nos toca. Esto es lo justo, Orellana.

—¿Y que pueda mandar un cualquiera, también le parece, Marquesa?

—Ya sabe que no, Orellana; pero, para los que crean que puede mandar cualquier hombre, lo mesmo les da un Rey que un súbdito. Al mesmo lado vienen a salir: al que nombran, será porque sabe desempeñar el puesto. Nadie va a buscar un carguero entre viejos y niños sin fuerza.

—Marquesa: a medida que la trato, comprendo que Yolombó no es su campo. Aquí, fuera de su familia y de sus pocos amigos, nadie la aprecia en lo que vale. Usted debe irse a España. Ése es su campo: allá es donde debe brillar la Marquesa de Yolombó.

—Sí, paisanito. Asina es; pero está ranchada.

—¡Orellana: se le olvidan los compromisos!

—Sin lisonja, Marquesa.

—Pues, si la cuestión es brillar, éste es mi puesto. En tierra de ciegos el tuerto es Rey. Aquí soy la Marquesa y hasta linda les parezco. En España ¿quién ha de fijarse en mí? El puesto de cada cual es donde Dios lo puso. Por eso, deben dejar a los negros en su África y enseñarles allá el Evangelio. Yo nací aquí, he vivido aquí, aquí tengo mi familia, mis amigos y mis bienes. ¿A qué buscar otra tierra? Es verdad que he deseado muchísimo ir a España y conocer a su Majestad; pero jamás he pensado en quedarme por allá. Este viaje no puedo hacerlo, por agora. ¡Tal vez no lo podré nunca!

—Mire, Marquesa: los peligros de este viaje son más imaginarios que reales. La travesía del mar no es arriesgada, en buena nave y en tiempo

bonancible. Los pilotos y capitanes de los galeones reales son muy expertos. Y lo mismo los de esos paquebotes que su Majestad manda, cada tres meses, para celar y evitar el contrabando de los ingleses.

—No es por miedo al mar, Orellana. He vivido entre culebras venenosas y fiebres malignas; y me he vuelto valiente. Tampoco es por falta de escudero: me iría sola, muy tranquila. ¿Qué podría sucederme? Alguna ventaja tenemos que llevarle las viejas a las jóvenes. Esta Rosalita y su viejo patas de cera no piensan más que en verme contenta; y yo les apoyo: por eso no me voy. No puedo tener gusto en este viaje, dejándolos asina, tan viejorros.

—¡Vea, paisanito, las cosas de Bárbara! Tenemos de sobra, hijas y nueras que nos asistan y nos cierren los ojos.

—Sí, su Merced; pero todas tienen hijos y muchas obligaciones; y yo no. Si Dios me tiene soltera, es para que los acompañe. Ésa es mi obligación. Lo veo muy claro.

—¿Asina es que, si agora te saliera novio de afuera no te casarías, por no dejarnos?

—Mire, su Merced: no hay para qué suponer lo que no ha de suceder. Pero, si asina fuera, mi deber sería el de todas las casadas.

—No disputemos más con la Marquesa, paisanita: nos gana todas las cuestiones. Yo les pido permiso para retirarme. Les he hecho una visita como de aquí a España. Pero yo no tengo la culpa: la tiene la Marquesa.

—¡Sí! ¡Ya lo veo! Soy tan encantadora, que es muy difícil desprenderse de mí.

—¡Usted lo dice, Marquesa!

—Pero no se vaya sin darme la absolución. Ya ve que ha sido confesión general. Y me debe el desquite. Usted no puede irse, tan pronto como piensa, porque ni sus Mercedes le dan permiso ni hay trocha ni hay indio que lo saque. Ya está lloviendo de noche. Deje que llueva a toda hora para que vea lo bueno. Asina es que, en otra ocasión, me toca a mí confesarlo. Pueda ser que no tenga que levantarlo del confesonario. Y ya sabe: ésta es su casa.

Requiebros y más requiebros.

Al día siguiente, en saliendo de la misa mayor, se le viene Don Chepe y le vacía el costal. Si rechazaba a este hombre, era indigna del Marquesado, de la estimación pública y de los Santos Sacramentos. Ella, entre veras y chanzas, no larga prenda.

A medio día hay sesión, en casa de Don Pedro, con asistencia de Don Timoteo, Don Vicente y Montoyita. Orellana narra de España, de Santa Fe, y la sonada aventura del Capitán Aguirre. Como no está Don Chepe, Don Timoteo pregunta, comenta y pule. La Marquesa principia el examen.

Esa noche y a la tarde siguiente vuelven a verse.

El martes, desde las siete de la mañana, viene el Princés, muy galán y haciendo mil dobleces, con misión de su señor. Le pide éste entrevista, a las dos, y ella la concede. ¡Qué belleza de letra, qué firma, qué modo de cerrar esquelas!

XXIV[1]

Narcisa guarda los portales, para atajar toda visita importuna. Las ventanas, partidas por la mitad tienen cerrada la parte baja.

Mano a mano, él y ella.

—Ya habrá adivinado, Marquesa, el objeto de mi visita.

—No hay que adivinar, Orellana. ¿No me lo envió a decir con Don Chepe?

—Sí, Marquesa. Yo la amo a usted con locura, desde el instante en que la vi.

—Sí: "El grito". Ya lo sé. Me lo contó Don Chepe, muy bien contado.

—Pues aquí vengo, Marquesa, a que me dé la sentencia. ¡Sáqueme de esta incertidumbre, que me está matando; sáqueme aunque sea con un rechazo! Prefiero eso, a esta ansiedad. ¡Yo le ruego a usted que me lo diga de una vez! ¡Si quiere, se lo suplico de rodillas!

Junta las manos e intenta arrodillarse. Ella se alza y lo ataja.

—No, Orellana: tengamos juicio. Usted es un señor viudo y yo cuasi una vieja.

—¡Pero dígame algo, Marquesa! ¡Dígamelo por Dios! ¡Vea mi estado!

—Mire, Orellana: ya que ha llevado las cosas hasta este punto, vamos por partes. Yo nada puedo decirle por agora. Como usted sabe, es la primera vez que me veo en estas circunstancias. Yo no sé ni entiendo nada en estas cosas de propuestas ni de amores.

[1] (AA) y (A) repiten el número del capítulo XXIII (lo que puede demostrar que (A) sigue a (AA)). De aquí en adelante, (AA) y (A) siguen la numeración errónea, mientras que (B), (C) y la edición actual utilizan la correcta.

—¿Quiere decir que no me acepta?

—Nada he dicho, Orellana. Y tratemos el asunto con toda franqueza. Vea: usted sabe quién soy yo; y yo no sé quién es usted.

—Don Pedro tiene mis papeles: ahí está mi fe de bautismo, mi filiación, mi pasaporte, visados y revisados por los consulados en todos los puertos: ahí están mis certificados de viudez y las cartas del Conde. Usted y sus padres pueden examinarlos, cuando gusten.

—¡Bien lo veo! Pero usted tiene que asegurarme ciertas cositas, que no tienen por qué saberse por lo que digan los papeles.

—¿Qué será ello, Marquesa?

—Va usted a oírlo. Y tiene que asegurármelo bajo juramento.

—¡Le juro, por mi honor, lo que usted quiera!

—Es mucho, Orellana. Pero yo quiero un juramento más en firme.

—Mande usted, señora.

—Permítame.

Se levanta, entra al aposento y torna con un libro, forrado en pergamino.

—Dígnese ponerse de pie; y contésteme con la mano puesta sobre estos Santos Evangelios, lo que yo le pregunte.

Ella pone el infolio abierto, en una mesa; él se alza sumiso, los brazos cruzados, en actitud solemne; ella se aparta de la mesa; él se acerca.

—Bueno, Orellana: ¿me jura usted, que no ha venido, desde Santa Fe, a pretenderme, por interés de mis caudales? Ponga la mano.

—Le juro, Marquesa, que la pretendo, porque me enamoré de usted desde el instante en que la vi.

Ella estudia el gesto, el ojo, la mirada, la voz.

—¿Me jura que me pretendería lo mesmo, si yo fuera pobre?

—Se lo juro, Marquesa.

—¿Me jura que es soltero y no tiene ningún vínculo con ninguna mujer?

—Se lo juro, Marquesa.

—¿Me jura que no tiene ninguna enfermedad que pueda contagiar o afrentar a su esposa?

—Se lo juro, Marquesa.

—Está bien, Orellana. Siéntese usted.

—¿Está satisfecha? ¿Queda convencida?

—¡Convencida, Orellana! Un hombre como usted no puede jurar en falso, de ese modo. ¡Imposible! Pero todavía, hay otro punto que debemos aclarar. Yo soy una criolla, una Marquesa de chiripa; usted es un español, de

alta nobleza, tal vez el heredero de un título. ¿Su familia no me haría el gesto? ¿No me verá muy abajo de su rango? Decláremelo con toda lealtad.

—¡De eso no me hable, Marquesa! ¡Si quiere, también se lo juro!

—No jure más, Fernando: basta con que me lo asegure. Pues bueno: aunque soy muy mayor de edad y me mando, en todo y por todo, yo someto este asunto a la voluntad de mis padres: lo que sus Mercedes me indiquen, eso hago.

—¡Convenido, Marquesa! En todo esto revela usted su inteligencia y sus sentimientos.

—Tengo que devolverle la flor. Y eso que no estamos fingiendo. Esta noche veremos los papeles; y pasado mañana le aviso todo. Mientras tanto, es mejor que no nos veamos. Ágora le pido, como un favor muy grande, que se retire ya. En esto viene Don Chepe y quién sabe cuántos más; y todo lo dan por arreglado.

—Lo que mande, Marquesa; aunque no verla en tantas horas es para mí un tormento.

—¡Para vernos sobra tiempo!

—Me voy lleno de esperanza, por no decir de seguridad.

—Asina me quedo yo. Esperemos.

Entre ella, Don Pedro y Don Jerónimo examinan los papeles, esa misma noche; y su Merced declara, al terminar:

—Pues, Chatica: tendré que decirte como le dijo nuestro Padre Abraham al rico avariento: "Si tus hermanos no creen en Moisés y los Profetas, tampoco creerán aunque los muertos resuciten". Después de esto no hay más pruebas.

Don Jerónimo confirma.

—Yo no sé, su Merced; quiero a Orellana; no le miento si le digo que me fascina; pero yo le tengo, allá, cierta cosa como miedo ¡un miedo muy horrible![1]

—¿Le tienes miedo, Chata? ¡Pues muy buena señal! Se ve que estás perdida por él. Amor, sin miedo, en una doncella, no es amor: es mera novelería. Cásate con él. No vaciles. Él te merece. Es Dios que te lo manda. Te lo digo yo y lo dice todo el mundo.

Pues, señor: Doña Gregoria, que era una santa, lo presentía; Sacramento, que era bruja, lo adivinaba; a ella se lo venía anunciando su corazón tiempo hacía; a la llegada del hombre, Yolombó entero lo diputaba por su esposo. ¿Y ella? Lo adoraba, con toda su alma. Si esto no era el destino o la voluntad de la Divina Providencia ¿qué podría serlo? ¿Por qué, entonces, esa inquietud,

[1] El momento cumbre de la felicidad de Bárbara se ve empañado por un "presentimiento vago".

ese sobresalto? ¿Por qué, este temor a ese hombre? Ella, tan vieja, y de tanta experiencia en toda otra cosa, ¿por qué tan mentecata, tan ignorante en las de amor? ¡Qué ridiculez! ¿Así serían todas las enamoradas? ¿Sería que el amor enloquecía? ¿Sería eso un tormento y un encanto a un mismo tiempo? ¡Ay, Dios mío! Si Él y la Santa de su nombre no la alumbraban en ese trance, ella iba a salirse a la calle, tirando piedras, loca de remate. ¡Qué noches!

Se recoleta. No quiere ver ni a sus Mercedes y rechaza a Sacramento.

Llegado el término del plazo, van Don Pedro y Rosalita a saber el ultimátum. Aún la encuentran vacilante.

—Pues, hija: eres libre y dueña de tus acciones. Nosotros no quitamos ni ponemos rey. Yo, con la experiencia del viejo y el amor de padre, tengo de decirte que la fortuna sólo viene una vez en la vida y que hay que agarrarla por los cabellos. ¿No decías de moza que, "matrimonio y mortaja del ciejo baja"? Ahí te bajó. Esto está de Dios. No te quede duda.

—Asina será, Rosalita.

—¡Asina mesmo, hija! Cierra los ojos y aviéntate al charco. Allá verás lo feliz que vas a ser, con ese español tan noble, tan interesante y tan sabio.

—Bueno, sus Mercedes, díganle a ese hombre que venga. ¡Está de Dios!

XXV

En este poblachón tan destapado, en aquella casa que se destaca en el cielo, en medio de esos aguaceros que nadie sabe de dónde vienen, se celebran, veinte días después, estas bodas casi reales.

Taita Moreno, padrino obligado, y sus Mercedes echan la casa por la ventana. A Martín se le levanta el destierro, y él y Don Fernando se han encantado, recíprocamente. Sólo Sacramento, no queda bien satisfecha porque Amita de oro no lució las vestimentas egregias, ni quiso cantar de ningún modo. Los edecanes del novio son tan prudentes, que, por no excederse, en este día de las libaciones, se han ido de caza, después del brindis de rigor. El "beso y rebeso" ha ido muy apurado, y la serenata, como nunca se había oído. La Marquesa ha celebrado el suceso con una de las suyas: la víspera, ha dado carta de libertad a todos sus esclavos.

Yolombó toda está de plácemes. Verdad que con la partida de la Marquesa, se iban el rumbo, el prestigio, la caridad y muchísima riqueza; verdad que se iba el alma del lugar; pero ¿qué no haría esta mujer, en España, por el lugar de su nacimiento? ¿Qué no recabaría de ese Rey, que tanto la estimaba? Como por acueducto, de continente a continente, iban a caer allí raudales de gracias y mercedes.

Don Timoteo saca pronósticos, sobre los maestros, sacerdotes y artistas que ella haría venir; sobre los impuestos, que haría rebajar o suprimir del todo; sobre los nuevos blasones, que se concederían a la villa venturosa.

Doña Gregoria, Don Pablitos y los González aseguran que no transcurrirían dos años, sin que tuviesen ahí un Obispado: ya veían a Santa Bárbara convertida en catedral; ya veían levantarse una, a todo calicanto. ¡Con tal que Dios les diera vida y salud!

Y qué marido el tal Don Fernando, y qué vecino iban a perder. Ojalá se

prolongara el invierno, para tenerlo allí, por unos días más. La Marquesa está hasta bella y remozada con la felicidad[1].

A los pocos días, le dice a su esposo:

—Mira, mi Fernando. Tengo deseos de que nos llevemos a Narcisa: sus Mercedes se quedan con las dos negritas. Me hace mucha falta, porque yo no sé pintarme. ¿Qué me dices?

—Lo que quieras, mi reina: tuya es. Sólo te advierto que los marineros te la enamoran y te la roban. Cuando mi madre se casó, se llevó una negra de Cuba y en Cádiz se le perdió. Tú no sabes lo que es esa gente de mar. Si te parece que no sabes pintarte, yo te pinto. ¿Crees que no sé? Será en Cartagena, porque en el río, ¿para qué? Allá, en casa, habrá quien te ponga como una divinidad. Veo que te da tristeza dejar a Narcisa; pero ¿no tienes que dejar los seres que más quieres en el mundo?

—Tienes razón, mi amo.

Otra vez le dice:

—Tengo ganas de dejarle mi corona a Santa Bárbara. ¿Qué opinas?

—Haz lo que quieras, Barbarita. Sólo te advierto que no es propia para imágenes. En España trabajan esas cosas de santos que es una maravilla; de allá le enviamos una, como tú la quieras. Y mira otra cosa, mi reina: Dios mediante, hemos de tener hijitos. ¿Qué mejor herencia puedes dejarles que esa corona? ¿Qué mejor testimonio de su nobleza?

—¡No me digas más, mi amor! Tú siempre tienes razón, en todo.

—Muy cierto. ¡Tengo tanta, que tuviste que quererme, de este modo, hasta aborreciéndome!

Y aquello se sella y se resella, y no se prolonga mucho el jarabe de pico, de balas y de piña, porque, a ésas y las otras, entran sus Mercedes.

Los viejos no quieren perder estos últimos días, no sólo por estar con estos hijos, que no han de volver a ver, sino también para tratar del viaje, del transporte, de la realización de bienes, de tantas cosas.

El invierno va cediendo, y no hay que perder el tiempo. El yerno quiere que todo lo dirija el suegro; y éste opina:

Todo debería hacerse con la reserva posible, para que los averiguones no importunasen con sus fisgoneos, sobre bienes y haberes. Para el transporte de tantos valores, ninguna precaución sería inútil. A Israel Arciniegas, que es tan reservado como activo, se le confiará la rebusca de indias forasteras, para carga, equipaje y señores; indias que no estuviesen en antecedentes de nada y que él traería, por la noche, la víspera de la partida. Sobre cobrar más barato que los indios, servían en el camino para comidas y pernoctos. Bastarían, para

[1] La felicidad, muy efímera por cierto, le concede a Bárbara algo que Dios le había negado, o sea, la belleza.

el resguardo de todos aquellos caudales, las escopetas fieles de Juanelo y de Ginés. Si ponían piquete, era como contarle todo el cuento a la gente del tránsito y a las mismas indias.

Don Pedro idea este leyenda: el Rey, deseando poner en la Provincia un real de vetas, por su cuenta y razón, ha encargado a Orellana para que le conduzca hasta España, unas muestras de los mejores minerales, que le han recogido por toda la Provincia, para hacerlas examinar, en España, por los mineros más sabios; y, como el aire salado del mar, alteraba los minerales, había que empacarlos con muchísimo abrigo. Así es que los tercios debían disponerlos, por fuera y en el encerado, con ciertas apariencias, ciertos tolondrones; y allá con sus salientes medio angulosos. De modo que aquellos orales, en talegas, debían llevar sus apéndices de cascote o algo así, y entreverarse con la ropa. En fin, un empaque de pedrisco. Orellana, como quien no quiere la cosa, daría a entender la historia, a quienes creyese oportuno. La vigilancia en esos medio ranchos o caedizos del camino, donde tenían que pernoctar, debía ser mucha y muy disimulada.

Lento y sigiloso había de ser el arreglo de esas carguitas, de a cuatro a cinco arrobas cada una. Entre los cuatro irían haciendo la diligencia, de tal suerte, que, cuando las indias llegasen, estuviese todo listo. En la maleta espaldera, en que llevaban las ropas y utensilios para el camino, quería la Marquesa empacar el título, su Santa Bárbara y sus Evangelios, para mejor seguridad. Deseaba conservar eso toda su vida, ya que tanto significado y valor de afecto tenía para ella. Las tres cosas iban a ser como una representación perpetua de su familia y de su casa. Orellana se envanecía de estos sentimientos tan delicados: su mujercita ponía en todo tanto corazón. Declárales a sus suegros que, aunque él se siente muy elevado, moralmente, no merece esa esposa, que la Providencia le ha deparado, tal vez para premiar las virtudes de su madre, la Condesa. Ya veía a sus viejos y a sus hermanas chochos, con esta criollita. Así y todo, los suegros y Don Timoteo le notan algo, entre melancolía e inquietud. Como Rosalía se lo manifieste, él le dice, con todo y abrazo:

—¿Cómo no, paisana? Estoy algo intranquilo. Si partiera yo solo, nada podía inquietarme; pero voy a exponer este tesoro de mujer, a los peligros de este viaje tan largo.

—Entregados os tenemos a Santa Bárbara, Doña Gregoria y yo. La tocaya de tu mujercita, que tiene tanto brazo con mi Dios, os ha de poner buenos y sanos, en nuestra tierra. Por eso no te acobardes, Yernito.

—No es por eso, solamente, Rosalita. ¿No os dejamos a vosotros, a nuestra familia y a tantos amigos? ¿No dejamos esta tierra, que yo quiero ya, como si fuera la mía? Si aquí he encontrado mi felicidad ¿cómo no quererla?

A suegra y yerno se les humedecen los ojos; pero no hay llanto, porque Don Pedro lo tiene prohibido, desde ahora y después de la partida. Es su consigna que a nadie anuncien el viaje; que no haya despedida; y que, no bien

estén los caminos transitables, anochezcan y no amanezcan. Sólo Israel tendrá de saber la hora prefijada.

Mientras tanto, se venden las fincas. Guzmán, el Alcabalero, ha tomado "la casa grande" con algunos muebles; los González, La Abertura; Don Pedro, la casita de las afueras, con su terreno y su arboleda. La plata labrada se ha vendido, pieza por pieza; los candelabros y los cuadros se los deja a la Iglesia de Santa Bárbara; tal cosa a las Fulanas; tal otra a las Zutanas.

El Bronco y Sarangoche siguen con el arrendamiento de la mina, tal y como lo ha tenido su afortunada hermana[1].

Sécanse los caminos y viene el madrugón. Las mismas Layos se vienen a dar cuenta, cuando Rosalita les manda la razón. ¡Qué flecha en las entrañas de esas viejas! A casa de Don Pedro acude el vecindario; pero también están prohibidas las patéticas manifestaciones. Lo que es la negrería libertada, llora donde Don Pedro no los oiga. Sacramento encabeza y echa los discursos. Pasada una semana torna el indierío carguero, con las cartas. Los viajeros iban perfectamente: habían gastado cuatro días hasta Remolino; y se embarcarían al siguiente. Echan cuentas: deben estar ya, algo abajo, en ese Magdalena raudal.

Doña Rosalía la acomete con San Blas. Entre ella y las tres Layos le han arreglado altar y lo tienen alumbrado, en compañía de Santa Bárbara. Entre los dos le han de librar a ese par de hijos de todo mal y peligro: él, de las borrascas del agua; ella, de las del aire. En sabiendo el embarque principian la novena, número uno, que ha de coincidir con la navegación del río, a este santo que domina oleajes y vórtices. Ya vendrá la serie grande, cuando calculen que los viajeros se las han con ese mar espantoso, desde Cartagena hasta Cádiz. Qué horror y qué peligros, bien sea en uno de los tres galeones, que traen las mercancías a estas Américas y llevan al Rey los quintos de todas sus labores mineras; bien sea en alguno de los bajeles de La Flotilla, celadora del contrabando, que en todas partes establecen esos ingleses acosadores y tramposos. ¡Enemigos del Papa tenían que ser esos herejotes!

Cuándo fuera ese embarque tremendo, mal podrían ellas precisarlo. Orellana tenía que demorarse en Cartagena, para hacer fundir el oro, y acaso para admirar aquella feria, tan animada y concurrida como la de Veracruz y la de Portobelo, si no más que ellas. A Cartagena acudía la muchedumbre mercadante, del Virreinato de Buenos Aires[2], del Brasil y de toda La Costa Firme. Y ya que las noveneras nada podían calcular, Santa Bárbara y San Blas tendrían de iluminarles el momento preciso de aquel embarque. Mientras tanto, siguen invocando tan poderosos patrones.

[1] Otro ejemplo de "parentesco erróneo" que ocurre en (AA) y se reproduce en (A), (B) y (C). Se trata de su "tía" Bárbara y no de su "hermana".

[2] El Virreinato del Río de la Plata fue el cuarto en Hispanoamérica; se estableció en 1776, después del de la Nueva España en 1535, la Nueva Castilla en 1544 y la Nueva Granada en 1718.

Las cuatro señoras van ya en el segundo novenario. Terminadas las preces del día, pasan al salón, a paladear "las once" y a hacer cada comentario sobre aquel tópico inagotable. Rosalita, medio recostada en un escaño, fuma tabaco, ese consuelo de los tristes[1]. Don Pedro y Don Timoteo, entran, de pronto, desfigurados y trémulos. Siéntase aquél junto a su vieja y la estrecha.

—¡Qué bien les han hecho el milagro Santa Bárbara y San Blas! —murmura él, con voz que no le suena—. ¡Ya no hay riesgo de que se nos ahogue!

—¿Se murió? —articula la Niña, en un alarido.

—Al contrario, Felisinda. Por ahí la traen: de aquí a la noche, llegan con ella.

—¿Con la Marquesa, Timoteo?

—Con ella, Gregorita. Aquel marido perfecto, aquel Grande de España se embarcó, con los caudales y la dejó botada en el camino.

Las lenguas se paralizan. Don Pedro, en completa inconsciencia, levanta la esposa y se van ceñidos hacia el aposento.

Entra Don Vicente, como un difunto que anduviera; entran los unos y los otros, mudos y sobrecogidos. Unos se salen a los portales, y algunos se les agregan.

A ésas, Sacramento. Ríe y llora a un mismo tiempo; mas no calla.

—Demen una limeta, de las grandes, pa llevar harto aguardiente alcanforao. Entual me voy con Guadalupe y con Narcisa. ¡No li-hace que venga fatua go elementa! ¡Esu-es que tiene causón alto y está disvariando! Yo se lu-hago bajar antes que golvamos al sitio. ¡No li-hace que ese Ayudao, tan falsario, le haiga robao los caudales! Mi Amita los recobra muy ligerito. ¡Cuando esta negra se lo dice, saberá por qué!

La casa se vuelve un Belén. Allegadas y vecinas corren a arreglar el cuarto para la Marquesa. Fórmanse corrillos en la plaza. Es ello como los comentos en una catástrofe colectiva. El punto se aclara.

Dos hijos del indio Antonio Guamo se han adelantado a dar el aviso. El padre, que ha ido, con otros indios, a sacar unos viajeros, pocos días después de la partida de la Marquesa, se la ha encontrado loqueando, de una casa hacia el puerto y de éste hacia aquélla. Nadie sabía quién era la señora; y sólo conservaba una maleta, con ropas, santos y otros objetos. Hacía cinco días que estaba ahí abandonada.

El indio Guamo, de acuerdo con el Inspector de Remolino, se la ha traído, a pura fuerza. Han tenido que amarrarla en la silleta, con una sábana,

[1] Es bien sabido que el autor no sólo "se consolaba" fumando hasta setenta cigarrillos al día, sino que también subrayaba la vigencia de la costumbre generalizada: "en nuestra tierra de infelices montañeros tiene Santa Nicotina bendita una basílica en cada casa, y en cada corazón un ara" (*Humo*, en *O. C.*, I, pág. 717).

y poner a dos que la vigilen, para que no se tire al suelo. En los dos pernoctos han tenido que velar a toda hora para que no se les escape. Con mucha dificultad han podido hacerle tragar un poco de chocolate y de agua de panela. Tan enajenada está, que no ha reconocido a Guamo y a sus hijos, que tantas veces le habían llevado víveres a la mina.

Se va Sacramento, con su negro y con Narcisa; se van Don Vicente y Don Jerónimo; se van el Bronco y Sebastián; se van tantos, que esa trocha al Nus[1] parece una romería.

Cuando tocan el Ángelus llegan con la Marquesa. ¡Con qué melancolía la saludan las ocho campanas de su villa! Las negras vienen, a su pie, anegadas en llanto. Está macilenta, demudada, compasiva; a nadie ha reconocido, a nadie ha mirado; habla poco y eso disparates inconexos. Ha habido lucha para que trague unas gotas de vino. Está en otro mundo, allá muy lejos de esta vida. Sacramento no tiene consuelo. Amita de oro no carga ya El Familiar ni las reliquias ni nada. Ese diablo le había robao hasta la Ayuda.

Se han puesto guardias para que no invadan la casa. Muchos prestan oídos; pero de la calle sólo se escucha el silencio. ¡Qué dolor y qué pasmo el de aquella localidad!

¿Qué había sucedido?[2] Nada más sencillo. Juanelo y Ginés, con las indias terciadoras, se han adelantado a los esposos, más de dos jornadas. Van éstos tan despacio que gastan cuatro días y casi una mañana para llegar cerca al puerto. Fuera de las indias que los cargan, les acompañan una que lleva la maleta, y otra los fiambres y los útiles de cocina. Entre las cuatro arman los toldos, en los cobertizos del camino, prenden el fuego, preparan lo que sea y sostienen la fogata para ahuyentar las fieras y culebras. Poco duermen los dos esposos, esas cuatro noches, en esos petates en el santo suelo, con los ruidos del monte, bajo ese techo que el viento desbarata.

Al principiar la cuarta jornada encuentran las indias de la carga, ya de vuelta. Don Fernando les da propina, boletas y razones para Don Pedro; y las despide. A eso de las diez llegan a uno como mesón, único asilo en esa vía, a dos cuadras, más o menos, del puerto.

Es una barraca de paredes de guadua abierta, con cocina aparte, hacia el interior, entre caña, plátano, totumos, algodoneros y frutales. Tiene corredor afuera, sala y un cuartucho, ambos con barbacoas que sirven de camas. La posadera, señá Remigia, y sus tres hijas, todas cuatro mestizas y caratosas, alquilan las piezas y duermen en la cocina, con varios chicuelos.

Don Fernando baja a la Marquesa y la sienta en un banco del corredor, con rendido miramiento, con ternura de esposo esclavo. Viene ella quebran-

[1] El río Nus "sirve de límite a Santo Domingo y Yolombó y es tributario del Nare" (URIBE ANGEL, *Op. cit.*, pág. 147).

[2] El autor, quien, por lo ordinario, utiliza la narrativa lineal, acude al recurso del "flashback" para iluminar las razones de la transformación melancólica de la Marquesa.

tada, y devolviendo, en fatigantes bascas, los mal digeridos alimentos. El esposo hace que le arreglen una de las barbacoas del cuartucho; y allí la lleva, casi en vilo.

—Descansa un rato, mi reina, que vienes medio muerta. Brega por dormirte, porque estas noches, casi no has pegado los ojos. Voy a que te hagan una limonada y te doy unas goticas de láudano inglés, para que puedas dormir. ¡No ves que, si no...!

Le dice al oído algo muy dulce.

—¡Lo que tú quieras, mi rey! Pero ¿y a qué horas nos embarcamos, pues?

—Con la fresca de la tarde. Con este calor, que quema hasta los pajaritos, no te meto yo en un champán. Y no hables, que te fatigas más. ¡Calla esa boquita de tu Fernando!

Le hace tomar la limonada, con tal mimo y ajonjeo que ni para un niño enfermo. La hace acomodar y la soba.

—Vuélvete del rincón. Yo te velo desde aquí mientras escribo la boleta, para los viejitos y despacho estos indios y hablo con Juanelo. Pero vuelvo a tu lado, inmediatamente.

Despacha a las cuatro indias y torna a su mujer. Se le sienta al lado, a velarle el sueño. Cuando se persuade que duerme, se levanta, baja la estera que sirve de puerta, y sale.

Llama aparte a la señá Remigia y le dice:

—Vea, hermana. Yo sé, desde la otra vez que posamos aquí, yo y mis dos compañeros, que usted y sus hijas son muy serviciales y muy mujeres de bien.

—Asina es, señor Don Gaspar, manque me esté mal el decilo. Aquí no hemos quitao una aguja a ningún pasajero. Se lo pueden preguntar al Despertor del puerto.

—Lo sé, hermana Remigia. Por eso, le voy a dejar aquí esta señora, a su cuidado, por uno o dos días. ¡Figúrese usted las cosas que a uno le acontecen! Esta señora se llama Doña Bárbara Martínez, y venía de San Nicolás de Rionegro[1], con su marido, un tal Don Fernando de Orellana, en vía para Mariquita. Se nos juntaron desde la primera jornada; y a la siguiente, nos alcanzan tres alguaciles armados, enviados por el Alcalde de Yolombó, a devolver al Don Fernando y a las dos indias, que traían los tercios de ropa: porque dizque ha resultado complicado en el robo de un oro, en La Concepción; y que la justicia pedía que lo devolvieran hasta Yolombó, para requisarle los tercios. ¡Ahí me tiene usted! Les esculcaron hasta esta maleta y el costal de los fiambres y de los trastos. Don Fernando me suplicó, casi llorando, que le condujese la señora hasta el puerto. Me aseguró que está

[1] San Nicolás de Rionegro (ver las anteriores alusiones conflictivas a Santiago de Rionegro, pág. 166; San Nicolás de Rionegro, pág. 168 y Santiago de Rionegro, pág. 181) (ver aclaración de Uribe Ángel, nota 1 de pág. 168).

inocente de tal robo; y que, en cuanto vean en Yolombó que no lleva ningún oro, lo dan libre y vuelve inmediatamente. Así es que, antes de dos días, debe de estar aquí, si es que no está llegando. La pobre señora viene casi loca y enferma de tanto sufrir. Tuve que hacer adelantar a los compañeros, porque ella no aguantaba jornadas tan largas. ¡Me tiene con el corazón partido! Pero no puedo demorarme, hasta que venga Don Fernando: tenemos que embarcarnos para Cartagena, a conducir hasta allá, unos minerales de su Majestad. ¡Ya ve, hermana, en las que estoy!

—¡Cita la querida! Antes no está postrada.

—¡Me tiene con el corazón destrozado! Yo no puedo ver a una mujer sufriendo.

Saca y le da un puñado de pesetas y una llave; y agrega:

—Mire, hermana: por el servicio y por lo que tenga que gastar en Doña Bárbara. En los costales hay fiambres y trastos. Ésta es la llave de la maleta, para que se le entregue. Cuídela mucho, procure que duerma largo. Y, si hoy no llega Don Fernando, haga dormir en el cuarto, a una de sus hijas, para que la acompañe.

—¡A conforme me lo manda se hará, señor Don Gaspar! Váyase despensionado. Mi Dios le pague por su caridad; y que le vaya bien, en ese río tan bravo.

Ya era tiempo. Ahí viene Juanelo, muy apresurado; pero no majo, sino como un boga o un bandolero, con cuchillo y pistolas al cinto; no sumiso, sino arrogante y cariagrio.

—Apura, pécora, que allá está el Fraile que se lo alzan los demonios. Ya sabes cómo las gasta, cuando esa sangre negra se le trepa a esa cabeza de mula. Ya sabes tú que él no es capaz de quebrantar un juramento; pero sí de vaciarle la asaúra al lucero del alba. ¿Pero estás conteniendo el llanto? ¡Maldito sea tu corazón de mantequilla! ¡No seas infeliz! ¡Deja a esa vieja que se vuelva a su pueblo o que reviente si le da su real gana! No sabe esa tarasca que es lo mejor que puede sucederle. Pero muévete, posma, que en esto sale y nos arma un lío. ¿Quieres echar a perder un trabajo como éste? Bien pudimos, el Fraile y yo, botarte a ti, también, y embarcarnos con todo. ¡Y ahora sales tú contando los pasos y con corazón de gallina! ¡Muévete, bergante, que ahora soy yo el patrón!

Nada replica el otro a semejante andanada; pero apura, medio lelo. Llegan. Tres champanes esperan, ya cargados. Cada cual suelta el suyo. Los bogas reman: y aquellas piraguas primitivas, de guaduas y de paja, se van deslizando, una tras otra, Nare abajo, como tres cientopiés sobreaguados.

A eso de las cinco, despierta la Marquesa. Ella y la posadera se enredan en sus respectivas equivocaciones.

Las hijas intervienen, intervienen los rapazuelos y aquel embolismo se complica.

Al fin cae la venda de la dama. Lanza gritos, arráncase ropas y cabellos y se dispara hacia el puerto, a brincos desatentados. Las cuatro mujeres la siguen, la siguen los chiquillos. Entre ellas, el Inspector y los tres carabineros del resguardo, luchan con ella. Quiere tirarse al río y ha sacado una fuerza increíble en una hembra de su clase. Logran dominarla y conducirla a la barraca. Mas de pronto, la fuerza cesa, y, entre jadeo y jadeo, se dobla, flácida y endeble, cual muñeco de goma que se desinfla. De ahí en adelante, es un autómata, que gime, que suspira, que disparata.

Tal la encuentra el indio Guamo y se la trae, entre la sensación y el escándalo de aquella infamia de que es víctima. Mas, al sentirse en la silleta, torna a la resistencia: tienen que atajarla para que no se tire; tienen que vigilarla.

Después de bien examinado el conductor Guamo, acuerdan, entre Don Pedro, Don Vicente y Don Jerónimo, despachar esa misma noche a Fiel y a Sebastián Layos, a marcha precipitada, con oficios para las autoridades del río y para el Gobernador de Cartagena. Dios y la justicia mediantes han de coger a los bandidos, en aquel puerto.

El Letrado jura quitarse el nombre, si no los descubre y los lanza a galeras o al suplicio. ¡Problema horrible el de aquellos papeles! Eso no podía ser falsificado: ése era un robo a un noble de España. ¡Qué devanarse el de aquellos sesos!

Escribe a Santa Fe, a dos de sus amigos; escribe a la Metrópoli, a un Consejero de Indias; escribe a Sanlúcar de Barrameda. Pasan meses y las respuestas no aparecen. Tampoco aparecen Fiel ni Sebastián. Aquella gente no vive, con ese embate de indignación e incertidumbre. Por fin llegan letras de Santa Fe.

Allá dizque ha sido muy sabido y comentado, entre la nobleza, el Marquesado de Yolombó y están impuestos de los caudales y del estado de soltería de la Marquesa. Allí no ha habido tal sucesión, ni nadie ha conocido ninguna señora con el nombre de María Tadea Sanmiguel de Medinaceli. Tampoco han conocido a ningún Fernando de Orellana ni a sus compañeros, Ginés Hernández y Juan García. Pero sí suponen quiénes puedan ser.

Con Don Manuel del Socorro Rodríguez[1], dizque vino a Santa Fe, desde Caracas, un tal Don Carlos de Ahumada que decía ser oriundo del puerto de Santa María, soltero y segundón de casa grande. Con tales condiciones traía su pasaporte. Era de buena presencia y mejor traje, insinuante y cortés en el trato, entendido en letras y en imprenta y habilísimo pendolista. Al principio ayudó a Don Manuel en "El Papel Periódico", con tanta corrección y competencia, que altos personajes y aun el Virrey mismo llegaron a

[1] Manuel del Socorro Rodríguez (1758-1818), escritor cubano que fundó *El Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá* en 1791. (AA) confunde al cubano con el maestro de Bolívar, el venezolano Simón Rodríguez.

distinguirlo con su trato. Mas de pronto, sin saberse cómo ni por qué, se retiró de estos trabajos y se le vio un tanto disipado, muy andariego y en mucho predicamento y relaciones con los mozos crudos y viciosos de la nobleza.

Había a la sazón, en Santa Fe, por los lados de La Capuchina, un parador o cosa tal, con apariencia muy lícita e inocente y que no era, en realidad, más que una timba clandestina y ladronera, en donde se desplumaba a incautos y hasta a veteranos, y se ejercía aquella otra "profesión, tan útil y provechosa en toda República, bien organizada", que dijo quien lo entendía. Era empresario y director, de semejante huronera, un tal Medardo Rueda, catalán de origen, muy hipócrita y adusto, muy malostratos y valentón. Lo asesoraba, como compinche y calanchín, un tal cordobés, Luis Lombana de nombre, zalamero de trato y experto en las artimañas del sable y del milagro. Viose, a poco, al Don Carlos de Ahumada en mucho metimiento y privanza con ambos empresarios; y vino a ser, cuando menos lo percataron las gentes, el gran arrastrador que, con dulces falacias, les levantaba clientela, entre los jugadores pudientes de alta clase.

Tan mala fama llegó a tener esa cloaca, que la autoridad quiso cerrarla; mas, cuando fueron a hacerlo, ya la habían dejado los empresarios, entregado la llave al dueño de la casa, y volado los tres pajarracos con pasaporte hasta Santa Marta.

Como coincidían, por personas y tiempo, con los sucesos de Yolombó, suponían, los corresponsales santafereños, que eran ésos los autores de tales hazañas.

Don Jerónimo y Don Timoteo, medio ilusionados, se van al Capitán, con el tal informe.

—Hombre, Escriba —exclama no bien se lo lee—. Las mesmas yucas arrancas, llámense Juanes o Diegos.

—Siempre es un hilo, Capitán.

—¡Qué hilo ni qué demonios! Ni un Concilio de todas las brujas de Yolombó, Remedios y Zaragoza, revueltas con las de España, te resuelven esa adivinanza. ¡Ni el mesmo diablo sabrá qué clase de trama ha sido ésa!

—No mates esperanzas, Capitán. Mira que tú y yo contribuimos mucho a la desgracia de la Marquesa. A mí hasta la conciencia me remuerde.

—Se conoce que tu conciencia se te va destornillando. Si obraste de buena fe y con buenas intenciones ¿por qué te va a remorder? No nos remuerde, a Rosalita y a mí, que la animamos tanto. Y ya ves: cuánto vaciló, la pobre; ya ves el recelo que le tenía al hombre. El corazón le avisaba; y nosotros tomamos, por amor, ese aviso. El deseo de verla feliz nos engañó, más que el impostor mesmo.

—Pero, hombre Capitán: ¿unos veteranos, como nosotros, dejarse

engañar de ese modo? Yo sigo sosteniendo que esos papeles eran robados, usurpados o trasferidos, pero no falsificados. ¡De eso estoy seguro!

—Lo que tú quieras, Escriba. Para el caso, tanto da lo uno como lo otro. Pero no te pongas con remordimientos ni reconcomios, a estas horas. A los hombres honrados siempre nos engañan los pícaros, aunque tengamos mucha malicia: la serpiente del paraíso siempre vive armada. Y, de esto, nadie tiene la culpa. La causa de todo esto fue el caudal de la Chata y su mesmo Marquesado: llegó la fama hasta Santa Fe, y desde allá se le descolgó el ladrón. Asina fue la cosa. Y tal vez le haya ido mejor, asina como ha quedado. Siquiera morirá en su casa, y no asesinada o ahogada, por ahí en cualquier parte. Esos tres son capaces de todo. Cuando Dios permite tantas maldades, será para bien de alguno. Yo sólo le pido que aparezcan Fiel y Sebastián y que a Rosalita y a mí nos rebaje algo del purgatorio, por las penas que estamos pasando, a la vejez. Agora, os suplico que no me volváis a tratar de estos asuntos. Dejemos a Dios que obre. Él sabrá si perdona o si castiga.

—¡Pero yo no pierdo las esperanzas de coger a esos malditos! En España se desenreda la trama. ¡Allá verás, Capitán!

—¡Allá tú!

Por fin llegan cartas de la Península. Hay allí tantos Orellanas, que se conocen varios con el nombre de Fernando, no sólo en Andalucía, sino también en otras provincias; pero a ninguno le corresponde la filiación ni las señales dadas. Aunque existe, en realidad, el lugar de Villamanrique de Zúñiga, en jurisdicción de Sevilla, no existe allí el Condado de tal nombre, ni está registrado entre la nobleza. En Sanlúcar de Barrameda no han oído nombrar tales Condes ni tales palacios ni tales posesiones.

¡Pobre don Jerónimo de Girón! ¿Tendrá que quitarse ese nombre tan ilustre?

Conste, desde ahora, que jamás se supo quiénes fueron los tres impostores; que de Sebastián y de Fieldebalanza no se tuvo nunca la menor noticia; que sobre los cinco individuos levantaron, por junto y por separado, estupendas y desacordes consejas.

Preludios de la Revolución francesa fueron, también, los Mesmer, los Cagliostros, los Casanovas[1] y otros pillos, que engañaron a media Europa. ¿Qué mucho que algunos, de menos cuenta, quisieran explotar estas colonias, ricas e inocentonas?

[1] Trío compuesto de dos seudocientíficos y un aventurero, que tenían en común la sed de aventuras, Friedrich (o Franz Anton) Mesmer (1733-1815), médico alemán, que curaba por "métodos magnéticos", censurado y aplaudido; Giuseppe Balsamo (Alessandro de Cagliostro) (1743-1795), médico y alquimista italiano, y Giovanni Iacopo Casanova (1725-1798), aventurero italiano, autor de las picantes *Memorias*.

XXVI

Yolombó sigue con sus hábitos, sus muchos vicios y sus pocas virtudes; pero los espíritus jocundos y retozones han huido de esos ámbitos: ni una copla ni un paso de baile ni un guache ni una vihuela. A la desgracia de la Marquesa, que a tantos abarca, se adunan diversas, particulares pesadumbres.

Don Pablitos, para probar al mundo lo peligroso que es vivir, ha muerto casi de repente[1]. Doña Liboria y Servanda le han seguido, a poco. La desaparición misteriosa del negro Fiel y de Sebastián Layos, sus viudas e hijos desvalidos, son una compasión y un enigma que tortura a siervos y señores. El horror, que ahí inspiran los muertos, tiene a muchas familias amilanadas.

Las fiestas religiosas se han celebrado sin el menor regocijo profano. Al Vicario Romerales, tan adaptado ya a su grey, lo han promovido a Remedios. En su reemplazo han enviado a un Padre Garrido, muy del gusto de Don Chepe; pero que mantiene con la conciencia perturbada a los Villaciento, a Doña Gregoria, a la Niña y hasta al mismo Don Vicente. Tal vez ni serán escrúpulos de monja ni escándalos de fariseo. El curita no usa traje talar; juega, bebe y reniega como un desaforado; del garito sale, al amanecer, todo calamocano, a celebrar la misa, y, aseguran algunos que no consagra y que hace idolatrar, por ende, a los contados fieles que asisten a esos sacrificios, tan falsos como abominables. Sale casi a diario, a confesiones en los campos, y rara es la vez que no sea por los lados de La Palmichala, en donde tiene cierta amiga, casada con un sinvergüenza. Dice ser de la propia ciudad de

[1] La muerte repentina de Pablitos "para probar al mundo lo peligroso que es vivir", refleja una constante en los escritos del autor, o sea, las muertes repentinas, inesperadas y a veces algo misteriosas (ver la muerte de Casafús, y la de Filomena en *Frutos de mi tierra,* así como la de la protagonista de *La perla*).

Pamplona[1], es bien parecido, algo joven y muy cortés e insinuante con todos sus feligreses.

Pero Don Chepe no puede disfrutar de tantos atractivos. Ya no riega onzas ni procura diversiones ni se encierra a sus frasqueras ni se gloría en Martín ni sale de su casa. La ceguera y los ochenta y siete[2] lo tienen claudicado. Su encono consigo mismo, por haberse dejado engañar del farsante y haber contribuido, con su alucinación a la ruina de la Marquesa, no se lo desirritan los tres retoños ni la Pachita. Sus insultos y maldiciones contra el impostor, fluyen a borbotones inagotables de esa lengua que la senectud no domeña. Timoteo se las paga, porque ese viejo letrado, de tantas aleluyas y tantísima letra menuda, estaba obligado, por sus mismos pujos de sabio, a desconfiar de todo santo.

El tal viejo, ya que no supo sospechar a tiempo, se rompe ahora la calavera por ver si descifra los negros enigmas, que Pedro da por insolubles. Más se le entenebrecen con las cartas recibidas de Cartagena: ni los Inspectores del puerto ni nadie ha visto a ninguno de los cinco por quienes se averigua. En la feria, a que pudieron concurrir, fue tal la muchedumbre de forasteros, que era imposible reparar en nadie. Don Timoteo y Don Jerónimo no cesan: se juntan todas las noches a forjar hipótesis para deshacerlas por la mañana. A más de estos rompecabezas locales, tienen los muchos que agitan la Europa.

Sólo al Padre Lugo no le cabe la menor duda: todo es obra diabólica: el tal Don Fernando de Orellana, el diablo en persona; un par de diablitos, de menor cuantía, los dos edecanes. El seráfico sacerdote ya casi no ejerce, ni siquiera exorcisa. El "rematís" lo tiene desbaratado en una cama. Vive, como siempre, en la casimba anexa a Santa Bárbara, y, hace días, le acompañan y asisten el sacristán, Don Carmelo Lara y su mujer, Doña Eusebia Duque, dos patriarcas, originarios de San Vicente, que han casado toda su descendencia. Él está chocho; ella, sorda como una tapia. Con el Capellán, forman una trinidad de benditos, habitadores del limbo.

Don Vicente vive con la cara larga y el corazón amargado. Las penas de esos suegros, tan queridos; la situación de su cuñada predilecta, unidas a las calaveradas del hijo y a las impertinencias de la mujer, son heridas que viven lastimadas. Acaso por olvidarlas, se da a la tarea de enseñar la doctrina, ya que no hay sacerdote que lo haga. Todas las tardes reúne a niños, blancos y negros, en el cuarto de la escuela, que aún subsiste.

Ni la misma Doña Luz las tiene todas consigo, a pesar del juego, de la mochila y de ese hidetal, Pajalarga y Verijas de oro, en quien cifra, a fuero de

[1] (AA) cita a Popayán, (A) a Pamplona. Por motivos evidentes, el autor prefiere "alejar" algo más el lugar de procedencia del Padre Garrido.

[2] El Taita debe de tener más de ochenta y siete, si es setentón a principios de la novela (a menos que la novela comience en 1770) (ver *Estudio preliminar, Dimensión temporal*).

maternal locura, el encanto y la dicha de su vida. Él va, como siempre, y la engatusa; como siempre, ella le prodiga los dulces insultos y le afloja los patacones que él quiera sacarle. Empero, cada rato echa sus tongas, de lloriqueos y de berrinches, contra ese falsario "ojos de chumbimba", que se había robado todo lo que le iba a tocar a la luz de sus ojos; y nunca su palabreja favorita la ha empleado con mayor vehemencia como en estos desahogos maternales.

¿Y qué decir de aquellos pobres viejos? Don Pedro alquitara su dolor en obstinado silencio; ha prohibido le mencionen el asunto; sólo quiere en su casa calma y oraciones y la visita de Doña Gregoria y de la Niña. En saliendo de su despacho, se encierra a leer los Santos Evangelios. Rosalita se recluye en su aposento, a rezar, a meditar, y sólo sale a misa, tocada con mantellina de bayeta. "La bandeja de las ánimas", que decían entonces.

Marido y mujer se preparan a buena muerte; pero se empeñan con Dios y con los santos, para que se lleven, antes que a ellos, a esa hija, cuya locura dan por incurable. Tan puestos están en ello, que, por instigaciones de la vieja devota, tan adicta a la familia, se han hecho terciarios. Cumplen rigurosamente los preceptos de la hermandad, usan el cordón y han encargado tres hábitos, para que los amortajen. La señora los tiene, en el cuarto de trebejos, colgados de una viga, en un talego de seda, con alcanfor y palos de tabaco, para preservarlos de la polilla.

Apoyada la anciana en la sobrina, van las dos Layos, a tarde y a mañana, a rezar con esos dos viejos, más necesitados de consuelos que ellas mismas. En aquella su amistad, tan leal como profunda, hasta se olvidan de sus cuatro muertos, por sentir las tribulaciones de esa familia, por ellas tan querida.

Don Pedro pregunta a cada instante por su hija; pero no quiere verla, ni le gusta que la vean los mismos de la casa. A los hijos menores[1], que no pueden sentir, como la gente madura, se les manda a las casas de la familia, para que no turben con sus regocijos aquel dolor que sólo admite las jaculatorias y elegías que improvisa Doña Gregoria.

—¡Con qué cara le pedimos a Nuestro Señor que le vuelva la razón a la Marquesa! —repite, aunque Don Pedro se ofusque, en ocasiones—. ¿Para qué? ¿Para que sepa las traiciones de ese hombre? ¡No! Que se muera asina, como mi Dios la puso, con esa loquera tan linda y tan paciente. Él nos va a hacer este milagro. Asina, tan vieja, he de tener el gusto de vestirle el hábito. ¡Allá lo verán! ¿No ven que Nuestro Señor la llama cada rato?

—Pidamos más bien por su Majestad y por su triunfo —suplica a veces el viejo— y no mentemos esas cosas.

A la Marquesa la tienen en el cuarto más internado de la casa; allá junto al

[1] No está clara la alusión a los "hijos menores". (Según Arango Mejía, *Op. cit.*, Bárbara era la penúltima de los nueve hijos de Don Pedro y Doña Rosalía). En la novela no actúan sino María de la Luz y Bárbara, aunque se mencionan "otras hijas" fugazmente (págs. 35 y 37).

huerto, con mucha pulcritud y mucho esmero. Le han colgado en la cabecera de su lecho el retablillo de Santa Bárbara y, en el punto más visible, el enmarcado título. La asisten y la velan, sin dejarla un instante sola, Narcisa y Sacramento; la arrullan y la duermen como a un niño; como a un niño le dan los alimentos, sin que ella haga la menor resistencia.

Es un ser inerte, un autómata. No conoce a nadie, no está en este mundo. Su espíritu se ha hundido en los abismos del cerebro, para vivir una vida ultrasensible, que nadie comprende. Por momentos toma actitud de quien escucha y se lleva la mano a la oreja y hace corneta, para oír mejor. ¿Qué le dice aquello tan misterioso? Algo grato debe ser, porque sonríe con esa sonrisa tan triste de ciertos enajenados, y exclama: "¡Sí! ¡Sí!", con marcado acento de entusiasmo. Por momentos, tiene la mirada fija en el vacío, estira el brazo, señala hacia arriba, con el índice, y articula vehemente: "¡Allá! ¡Allá!".

La levantan, la sientan en la silla, la hacen andar por el cuarto, la pasean por los corredores, la llevan al huerto, la sacan a la manga; y siempre aquella ausencia, de esta vida, aquel escuchar, aquella mirada fija, aquel señalar, aquel "¡Sí! ¡Sí!", aquel "¡Allá! ¡Allá!". Ninguna otra palabra sale de esos labios. Mientras las dos negras lloran de tristeza, al contemplarla así, Doña Gregoria llora de alegría. Tiene por seguro que ese "¡Allá!", señalando a cosa tan alta y tan lejana, es la Gloria Eterna; que eso que escucha es la voz de Dios, que la convida a su Reino. Hasta aquellos viejos, tan desolados, quieren creerle a esa amiga de las consolaciones.

Sobre tantas arideces y pesadumbres como acosan a Yolombó, flota una tribulación trascendental a toda la Colonia y, en especialidad, a la nobleza española: su Majestad y su tierra están en mil apuros.

Desde el año precedente, casi a raíz del desastre de la Marquesa, se han recibido de la Metrópoli terribles nuevas. Entre los infaustos papeles, ha venido el manifiesto de su Majestad Carlos IV, a todos sus súbditos americanos, en que cuenta el suceso claro y detallado. Los republicanos franceses han cortado la cabeza a su legítimo Rey, pariente y aliado de su Majestad, y asesinado a casi toda la nobleza titulada y sin titular. Su Majestad ha declarado la guerra a esa República regicida, sin Dios y sin Ley; ha movilizado contra ella sus mejores ejércitos y se halla empeñado en cruentísima campaña. Pide, por ende, a todas sus colonias, subsidios, para los gastos de guerra; pide oraciones, por el triunfo de su causa; pide sufragios, por las almas del Rey y de los nobles sacrificados.

Yolombó, la noble y leal, ha acudido a una, al llamamiento de su soberano. Oro para la guerra, oraciones para el triunfo de su causa; sufragios por las almas de ese Rey y de esos nobles, de aquella Francia, castigada por Dios, con un diluvio de sangre.

Alguna vez la indevota villa había de verse, por más de dos meses, concurriendo casi a diario a las iglesias. Aquel Padre Garrido, consagrando o

sin consagrar, ha celebrado misas, arreo, ya por la paga ritual, ya a destajo. El lugar es víctima de medrosos presagios. Tanto ornamento negro, tanto canto fúnebre, aquel doblar seguido y obsesionante apuran ese horror endémico a los muertos. No han vuelto del susto cuando la muerte de los Layos y la desaparición definitiva de Sebastián y Fiel vienen a confirmar tan tenebrosos presentimientos. Los más aterrados acuden a lavar sus culpas, en los raudales del confesonario.

Martín y todos sus tarambanas no son para tantas tristezas funerarias. Por huir de ese pueblo, luctuoso y desolado, se andan por ahí, en los campos, ya en cacerías y pescas, ya en guaqueos y cocinanzas, para volver por la noche a sus juegos y aquelarres. Casi siempre se congregan, por allá al remate de "La Calle de las Brujas", en donde Martín le ha labrado un nidito a una tortolilla arrulladora, que por ahí se ha topado. Goza ahora las glorias de su mayor edad, rindiendo corazones, con el guiño azul de sus ojos de hechicero; y Doña Luz y Taita Moreno le aflojan los dineros más que siempre.

Tal es la situación de Yolombó en las navidades del año del Señor de 1794[1].

Desde las siete de la mañana de aquel veinticuatro de diciembre, redobla la tambora, y el mismo Don Pedro echa el bando, al tenor siguiente:

Estando su Majestad y el reino en tantísimos trabajos, sería un delito de felonía, si no de lesa majestad, el permitir en el lugar diversiones y regocijos de ningún linaje. El estanco y los ventorrillos, donde se expendían licores, quedaban cerrados desde ese momento. No se admitían en la calle, grupos ni chacotas ni manifestaciones de alegría. Al golpe de la queda, todos se recogerían en sus casas. Los que quisiesen celebrar el Niño, lo harían, en familia, a puerta cerrada, sin cantos, sin música, sin convidados. Sólo se permitía salir a la misa del gallo, en mucho orden y compostura, para tornar a las casas, en cuanto terminase, sin demorarse en la calle, por ningún motivo, y en completo silencio. No habría en la misa villancicos, ni música fuera del coro.

¡Eso no se lo tragaban Martín y sus satélites! A propia hora toman sus escopetas, dizque para irse a pasar la noche en La Abertura. Al poco rato sale el Párroco a confesión, por los lados consabidos.

Llega la noche, llega la queda y aún no ha regresado. Probablemente, no habrá, entonces, ni la tal misa. El pueblo es un cementerio, alumbrado por la luna.

A eso de las once y media, velan el Padre Lugo, el sacristán y la sacristana, en espera del Niño, ante ingenuo pesebre, improvisado con cualesquier ramas. La Virgen y San José, el buey y la mula, muy pequeños y feítos ellos, esperan también al Verbo Eterno.

[1] La segunda vez que se cita un año preciso: 1794 (ver 1789, el primer año citado exactamente).

Es en la salita, donde tiene su cama el pobre Capellán. Está caricontento y alaba al Niño Dios, porque, aunque no pueda levantarse y adorarlo de rodillas, no le atormentan los dolores, en esa Nochebuena. Rezan la novena, tartamudeada, por la voz senil y carrasquienta del sacristán, con el fervor entrañado de esos corazones inocentes.

De pronto golpean, con desusado empeño. Don Carmelo, interrumpiendo la santa monserga, corre y abre. Es Matilde Ceballos, otro nieto de Taita Moreno[1] y casi un niño.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

—¡Por siempre, alabado y bendito!

—Aquí me mandan, de casa, a traerle unos frailecitos que acaban de llegar. Aquí están en la calle. Vienen, a ver si les da permiso para decir la misa del gallo.

—¡Cómo no, Matildito! Dígales que prosigan.

Los tres frailes se dejan ver en el quicio. Llevan hábito franciscano, quimbas, sombrero de caña y alforjas. La capucha, puesta de adelante hacia atrás, con rotos para ver, hablar y respirar, les tapa la cara, lo mismo que una máscara.

—¡Dios le pague, hermano! —contesta uno con marcado acento español—. Nuestra regla nos prohíbe hacer visitas: somos de los mínimos capuchivendados, que es una orden muy estricta. Supimos, por una familia, que el señor cura anda en confesiones y que su paternidad está enfermo. Por eso, queremos decir la misita de gallo, si su reverencia lo permite. Vamos de paso; y seguimos esta mesma noche, porque asina lo manda nuestra orden. Vamos a dar misiones a Zaragoza, Remedios y Cancán.

—¿Conque asina es la cosa? ¿Y de dónde vienen los frailecitos?

—Venimos desde Popayán, mandados por su Señoría Ilustrísima. Hemos dado misiones en los pueblos del valle del Cauca y en alg'otros, de esta Provincia, por donde hemos pasado. A la vuelta las daremos aquí para seguir a La Carolina, Santa Rosa y los pueblos del Cañón. No podemos decirla de revestidos, porque el hermano Francisco apenas es lego. Él será el ayudante, el hermano José subirá al coro y yo diré la misa.

—¡Asina queda muy bien! Es el Niño Dios que los ha mandado. Prenda el farol, compé Carmelo, y vaya abra, toque la misa, y arregle todo.

—Mientras tanto, voy a avisarles a los músicos —dice Matildito, yéndose.

Vanse todos y Lugo le grita a la sacristana, palabra por palabra:

—¡Oiga, comé Usebita! No vaya a esta misa. Mañana oye las tres, que

[1] La carta fechada en Medellín, mayo 7 de 1939 (*O. C.*, II, págs. 811-812), cita el parentesco entre los Moreno y los Ceballos en la familia del autor (ver nota 1 de pág. 122).

diga el señor cura, y, antes, pide por los juntos. No me deje solo, en esta noche tan grande. Rezamos agora el rosario, y, cuando toquen p'alzar a Santos, saca el Niño y me lo arrima, para yo besarlo y adorarlo.

Ella otorga y asiente, con sacudidas de cabeza.

Las campanas de Santa Bárbara, esas campanas fundidas con el oro que, al efecto, enviaron hasta España los mineros del lugar, tañen a poco, musicales y nítidas, en la serenidad de aquella noche. Los fieles acuden, la iglesia se colma y la ceremonia principia, a la lumbre descolorida de dos velas, que más ensombrecen que alumbran. ¡Válgales Dios a estos cristianos fervorosos! Desde el comienzo, notan algo extraño en el celebrante, chantre y ayudante. El Ceremonial tiene algo de pantomimas y micadas; el coro, cierto airecillo de molejón, que no tapan ni el clarinete, ni el bajo ni la corneta de llaves ni el redoblante, ni triángulos ni timbales. En el Orate fratres y el Dominus vobiscum creen oír palabrotas; en el Kyrie y en el Gloria un latín que entienden, y no de modo muy santo. Llega el momento de la prédica; pero no la echa el fraile carinegro, sino que corre varias y primeras amonestaciones. Corre las de cuanta pareja tenga, en el lugar, enredos más o menos ilícitos, y termina con la primera y última del Párroco Garrido, con la amiga de la Palmichala. Toses, bisbiseos, rumores. Risotadas de exhibicionismo sobresalen entre el murmullo: es la Cayubra. Viene luego el prefacio de Francisco Vera, en puro castellano, y vienen otras extravagancias, más o menos impías, hasta que termina aquello.

Los oyentes salen y quieren demorarse en el atrio, para ver a los frailes; pero los comisarios horqueteros arrean y arrean, negros y gentuza, y amonestan a los contados nobles que han asistido.

¿Y qué ha sido, a todo esto, de Don Carmelo? Ni él mismo lo sabe. Al darse cuenta de tantos sacrilegios, entra en un solo temblor y un sudor frío le pasa y otro le sobreviene. El espanto no lo deja levantarse y la lengua se le traba, como en una pesadilla. Ahí se queda, contra un escaño, medio de hinojos, medio desmayado. Cuando la iglesia queda sola, logra levantarse; va a la sacristía y los frailes han desaparecido. Ornamentos, vasos y misal, están tirados, por ahí, y abierta la puerta que da a una manga. ¡Virgen Santísima! ¡El diablo alzaría ya con esos frailes! No los había matado un rayo, por estar en la Iglesia de Santa Bárbara. ¡Librara ella, a este pueblo, tentado del Enemigo Malo!

Aquella alma, henchida de fe, que ama de veras a Dios y más de veras le teme, sufre el horror de las abominaciones ajenas. Y el viejo, aún trémulo y desmadejado, se postra de rodillas ante el crucifijo y le pide misericordia. Trabajo le cuesta cerrar la puerta, porque las manos, todavía convulsas, no pueden voltear la llave.

Don Pedro, que se levanta siempre a las cinco, está, previos desayuno y lavatorio, rezando en una silla, junto a la puerta de su cuarto. Pasa una fámula y le dice:

—Dime, negra: me pareció, anoche, que sí habían tocado misa ¿o fue que yo soñé?

—No soñó, mi amo Pedro; pero no fue el señor cura el que la dijo: fue un fraile franciscano que llegó anoche, con otros dos: uno ayudó y otro la cantó.

—¿Frailes franciscanos?

—¡Pes ni frailes serían nada, mi amo! A yo, y a las otras negras, que fuimos a la misa, nos pareció que eso fue, más bien, un burlesco muy maluco.

—Tráeme el talego con los hábitos.

No tiene necesidad de palparlo para ver que no es el mismo; ni de abrirlo, para saber que sólo contiene lana de balso. Ya sabe quiénes son los frailes, quién ha hecho la sustitución del talego y les ha suministrado las vestimentas: la Cayubra ha entrado ahí, a la oración, en busca de una alcayata para el pesebre de Luz. ¡Familia más rara la de su compadre Vicente!

Vase derecho al Padre Lugo y a Don Carmelo. Los encuentra rezando, en el colmo de la angustia y todos trasnochados. Los consuela, como puede, y se consuela él mismo, porque le cuentan que, en la iglesia profanada, había consumido el Capellán, desde que está en cama, hostia y formas sacramentales. En tal caso el sacrilegio mermaba no poco. Les prohíbe, en absoluto, mencionar con nadie la tal misa ni comentarla ellos mismos.

De ahí sale en busca de Don Vicente. Lo encuentra poco menos que a Don Carmelo. La Cayubra se ha levantado con los pájaros, a pedirle las albricias a Doña Luz; a contarle la gracia de sus dos hijos y de Ceballitos; la parte que ella ha tomado; y cómo los tres frailes, en diciendo la misa, han partido a dar misiones a Cancán. Don Vicente tiene un encontrón con su mujer, al verla desternillándose de risa, y pone a la hija en los infiernos. Por no cometer con ellas alguna grosería, se va de huida y se encierra en su cuarto. Allí le golpea el suegro.

—¡Compadre Pedro, por los clavos de Cristo! ¡Con ésta sí no podemos!

—Sí podemos, compadre. De penas y de rabias nadie se ha muerto. Véanos a Rosalita y a mí tomando cacao. ¡Fatal es el dios Venus cuando le da por funciones religiosas! Siquiera no perdió el tiempo, con todas las cosas de misa, que aprendió en Antioquia. Ya ve, compadre: usted, que es tan amigo de la religión, ya tiene dos frailes en su casa.

—¡Por la Virgen, compadre, no lo vuelva broma! Esto es una cosa muy seria.

—Por lo mesmo, compadre, tratemos de quitarle la seriedad.

—Pero ¿no ve que esos hombres están excomulgados por perversos, por herejes y por sacrílegos?

—No los excomulgue todavía, compadre: espere que lo haga el señor Arzobispo.

—¡Pero, de hecho, incurren en excomunión! Y, si los coge la muerte, se van derechito a la paila mocha.

—No los condene, todavía, compadre: espere a que Dios lo haga.

—¿Pero qué hacen esos hombres, con todos esos pecados en el cuerpo?

—Que se confiesen con Garrido. Ése los absuelve, pueda o no pueda. Usted, que es tan entendido en religión, sabe que la absolución lo mesmo vale de cura santo que de cura pícaro, y, que, una vez dada, nadie puede anularla.

—Pero, como el sacrilegio es público, cualquiera los acusa, un día de estos.

—¡No crea tal, compadrito! Lugo no lo hará. ¡Se lo aseguro! Y Garrido está para que lo acusen a él. ¿Quién más sacrílego que ese vagamundo? Y ni Jerónimo, ni ninguno del Cabildo, ni nadie, ha de meterse en tal hondura, siendo yo jefe en el lugar.

—Garrido lo hará, por vengarse: está furioso con Martín y con Ceballitos, porque le dieron capote la otra noche, y no quieren darle desquite. Usted sabe que él es capaz de cualquier cosa.

—De ésta no, compadre: el que tiene rabo de paja no se arrima a la candela. Con que yo le diga cierta palabrita, lo tenemos del lado nuestro.

Llega, a ésas, Don Timoteo, en completa alarma.

—¡Estos facinerosos nos van a meter en un brete tremendo! La tal misa va a traernos quién sabe qué consecuencias a cual más terrible. Mucho es que esos locos salgan con vida. Lo que es a Vicente y a mí no nos van a dejar ni con qué enterrarnos.

—¡Ya vienes tú a empiorar las cosas, con tus profecías de cura idiático!

—¡Serán lo que quieras, Capitán! Pero esto se riega, se divulga, va a Victoria y de allí a Santa Fe[1]; y el señor Arzobispo se lo avisa a la Inquisición de Cartagena; y los sepultan en un calabozo, si es que no los queman; y a nosotros nos confiscan cuanto tengamos.

—¡Qué Inquisición ni qué demonios! ¡Ya estás tú como el Ñurido! Si fuera para quemar herejes, ya habrían chamuscado a Garrido, a los curas de Zaragoza, a tanta bruja y hasta al Sevillano, a ti y a mí. ¿Te parece que hemos sido unos santos? Estas extravagancias, de estos mentecatos, no salen del lugar. Ni es tanta su culpa. ¿Qué van a saber, esos aturdidos, tan ignorantes, qué cosa es sacrilegio ni profanación ni excomunión? ¿Quién se los ha enseñado? Y creo que, aquí en Yolombó, lo sabremos nosotros tres y Jerónimo, cuando más.

Discuten y vuelven la cosa de lado y lado, a puerta trancada. ¡Las cosas de

[1] Según (AA) "va a Copacabana y de allí a Popayán". El autor "aleja"de nuevo los acontecimientos.

la vida! El mismo deschavetado, autor del conflicto, ilumina la medida que debía tomarse, con aquel bando, en la tarde de aquel viernes santo. A Martín no le había surtido, porque no tenía en la mina, ni el palo ni el mando; pero a un Capitán a Guerra, tendría de surtirle. Y, luego, no era obra de romanos meterle el resuello adentro a tanta gente majadera e infeliz. El Capitán ordena:

—Váyase, agora mesmo, compadre, a pie, en silleta o a caballo. Llévese a Cifuentes, con otros cinco comisarios armados; y lleven cadenas y lazos, por si esos pendejos se resisten. Creo que los alcanza, por ahí en El Pantano, durmiendo la mona y el trasnocho, en cualquier casa. ¡Pueda ser que no se hayan dejado conocer! No faltará, hoy, alguna bebeta y bullanga, por esos lados. Diga que yo lo mando con gente armada, para hacer dispersar los vagos e irse para sus casas. Si topa a los frailes, obre y trátelos como si fueran de verdad. Los llama, aparte, con mucho disimulo; y les notifica. Haga el papel de que va a escoltarlos un rato, por el camino de Cancán; y, cuando nadie los vea, los devuelve y los hace marchar a la mina, donde estarán hasta que yo los llame. Váyase tranquilo y no olvide de traer los hábitos.

Él que sale y el tambor que redobla. Grande cosa debe ser cuando prolonga el llamado con tanta persistencia. Las gentes acuden y acuden, más y más alebrestadas. Cuando media plaza está llena, Don Pedro habla:

"Mucho silencio y mucha atención, porque lo que voy a notificarles, es muy importante. Anoche hubo una misa, que a nadie le vale un comino, porque la celebraron unos ociosos, faltos de oficio, que se fingieron frailes. Ésta es una irreverencia que castiga muy duro su Majestad. En esta falta han incurrido no sólo los tontos que dijeron la tal misa, sino todas las personas que se la oyeron. Desde el principio debieron haber comprendido que eso era una pegadura, de muy mala ley, y salirse todos, inmediatamente. Claro está que, si lo hubieron hecho asina, la misa no la hubieran dicho, esos mentecatos, porque no había otros que se la oyeran. No le impongo castigo a nadie, porque tendría que llevar a la cárcel a medio pueblo; pero sí les advierto una cosita. ¡Óiganla bien, para que después no se quejen! Si su Majestad alcanza a columbrar esta falta, manda a quemar este lugar, como ha hecho con otros, en que se han cometido irreverencias públicas. Asina es que ordeno y mando que nadie miente una palabra ni en la casa, ni en la calle sobre la tal misa, y sobre ese bando, ni agora ni de aquí a un año ni nunca en su vida. Los chiquitos o muchachos que cuenten algo de eso, serán azotados, en vergüenza pública, y sus padres serán multados. El que salga a contar fuera de aquí, sea a pueblo o a campo, sea hombre o mujer, lo mando, en cadenas, a las galeras de Cartagena. Yo lo sé todo; sé quién sale y quién entra. Asina es que, al momento, sé quién es el culpable. Ordeno y mando, además, que de aquí a Reyes, nadie me salga a la calle, más que a sus obligaciones y a confesarse de esta falta; pero callados, como en misa. Prohíbo, también, las bullas con las albricias y con las inocentadas. Conque ¡punto en boca y nudo

en lengua! Aquí no ha habido tal misa ni tal bando: aquí no ha pasado nada"[1].

Unos se quedan despavoridos, por haber contado; otros, chasqueados, porque pensaban divertir y divertirse con los comentarios.

No estará mal consignar, desde ahora, que esta medida de Don Pedro fue tan poderosa, que estas gestas martinianas vinieron a saberse, fuera del lugar, cuando ya no había ni Rey ni Roque.

Como lo ha supuesto el jefe, así acontece: sus paternidades están en una medio venta, en El Pantano. Hay gente, trago y vihuela. Todos abren la boca, con aquellos frailecitos, tan inusitados, tan complacientes y tan contentos. El hermano corista canta, rasga y puntea; el otro, medio se adormila en una banca; pero fray Juan —el dios Venus, encanto de Doña Luz— siempre tan cumplidor de sus deberes religiosos, ha improvisado un confesonario, en un rincón del tenducho, y ha confesado a tres viejas. Una cuarterona, muy resalada, va a coger reja cuando llega Don Vicente, con sus armados comisarios, y el indio que lo ha cargado. Todo lo hace, según las órdenes recibidas. Por fortuna que los misioneros no se han colgado la cogulla; y aquellas gentecillas, más obscuras e ignorantes que el Padrecito Lugo y Don Carmelo, no han sospechado lo más mínimo.

Ninguno de los tres se resiste. Tales cosas les dice Don Vicente, al regreso, que se van a la mina, como tres corderos. Tampoco se ha equivocado, en el juicio, el Capitán a Guerra: no tienen ni remota idea de sacrilegio ni de excomunión.

Después de la queda, se siente en el pueblo tremendo olor de trapo quemado. Doña Gregoria y la Niña, que están impuestas de la misa, no se alarman: al punto comprenden de qué vienen aquellas fragancias; mas se emperran a llorar y a rezar. Pudiera ser que ese humo franciscano atajara el castigo que el lugar merecía. Y, mientras la plegaria sube, el humo se difunde, y sube con ella, como en un holocausto de propiciación.

Garrido tiene cosecha de penitentes como en un jubileo. A los tres franciscanos los hacen salir del confinamiento, para que confiesen tantas culpas, y el Párroco los absuelve sin restricción alguna.

Don Vicente se tranquiliza, con este lavatorio de la gracia; pero héteme que, de allí a unos meses, desaparece Garrido, con los vasos sagrados más preciosos. Ha forzado esa puerta de la sacristía de Santa Bárbara, por donde se escaparon los frailes; y ha rompido un arcón en la parroquial. Don Vicente, y con él varios, se dan a sospechar, que hombre tan sacrílego y perverso, puede no ser tal sacerdote; que el señor Obispo ha sido víctima de algún impostor, de la laya del llamado Don Fernando de Orellana. En tal caso, aquella

[1] La "versión oficial" del episodio, o sea, "aquí no ha pasado nada", recuerda a *Cien años de soledad*.

absolución nada vale y sus dos hijos llevan en la conciencia tan nefandos pecados.

El pobre señor no tiene vida con esta sospecha que le roe el pecho como una gusanera. Pierde el apetito, se desvela, se extenúa. Y ¿qué hace? De acuerdo con Don Pedro, se va a San Juan de la Tasajera y habla con el Vicario foráneo del vecino cantón eclesiástico; se va a la Villa de la Candelaria, y se entiende con el Padre Serna, Superior de los franciscanos, varón santo de mucha sabiduría. De ahí torna, provisto de buenas cartas, y envía sus hijos para que se avisten con el señor Arzobispo. Su Ilustrísima, Don Jaime Martínez Compañón, los oye, en confesión. De allá regresan, a los cinco meses. El Prelado, según la Ley de Cristo, que perdona a quien no sabe lo que hace, absuelve a los dos pecadores y ordena al nuevo cura de Yolombó absolver a Ceballitos.

El que substituye a Garrido no es ningún Doctor de la Iglesia, pero de vida ejemplar. Practica la cura de esas almas, tan menesterosas de las gracias sacramentales, con celo verdaderamente apostólico. Ayudado por Don Vicente, se propone levantar el pueblo, de la postración religiosa en que yace. Hay mucha prédica, mucha enseñanza de doctrina y el culto posible.

Don Pedro y Don Vicente determinan sacar a Martín de ese feudo y de la tutela perjudicial de Doña Luz y de su abuelo paterno. Lo envían a la Villa de la Candelaria, ya desde entonces de alguna importancia[1]. Eso es como con mano de santo. Martín ha sentado tanto la chaveta que está inconocible. Trabaja en una como agencia de víveres, herramientas y enseres para proveer a las minas de Yolombó y de Remedios. Su brío, su constancia y su repentina formalidad, prometen y cumplen. Luis y Ceballitos le siguen el buen ejemplo: ambos luchan en las minas, como valientes.

El pueblo todo ha entrado en vía de enmienda y de piedad. A divina misericordia toma don Vicente tanta reforma, para santificar a esos suegros, en sus postrimerías.

Antes de que termine el siglo, han muerto ellos, ha muerto su mujer, Don Jerónimo, Don Timoteo, las Layos y Sacramento y el Padre Lugo y tal y cual[2].

El quedar jefe del pueblo, el entenderse con las tres sucesiones, mantienen a Don Vicente, tan escrupuloso y estricto, con la cabeza crecida y el corazón mermado.

En tales circunstancias, llega la revolución del año 10. Él, sus hijos, el Párroco y demás próceres del lugarón, abrazan con entusiasmo la causa de la Independencia y firman el acta. El archivo y cuanto recuerde al Gobierno

[1] Medellín, la "Villa de la Candelaria", mencionada por primera vez, comienza a surgir en esa época (desde entonces "de alguna importancia") (ver nota 2 de pág. 86).

[2] La "matanza por mayor" de los personajes inaugura una especie de epílogo: parece que el autor está perdiendo la paciencia con su "comedia humana".

Colonial es destruido[1]. Don Vicente sale diputado a la Asamblea Provincial del año 13, que declara la Independecia absoluta. Tan absoluta, que a esta sección de la Nueva Granada se le llama —y no por ironía seguramente— "La República de Antioquia"[2].

Don Vicente, al volver a su pueblo elector, enferma y se le extravía la razón; más por fortuna, muere en el año 14.

Yolombó queda un tanto acéfalo.

Arrojadas de España las huestes napoleónicas, por esa lidia de la nación entera; encadenado el brujo que esclavizaba a Europa, Fernando VII envía sus tercios pacificadores, a estas colonias que pretenden ser libres. Tras el sitio homérico de Cartagena, avanzan al centro de la Nueva Granada. Tócale invadir esta Provincia al Coronel Don Francisco Warleta[3]. Como los héroes de la conquista, se abre paso, por entre las selvas de Zaragoza, y por ellas entran su impedimenta y su escuadrón de caballería.

Los patriotas, a las órdenes del venezolano Coronel Linares, intentan hacerle frente, en Ceja-Alta, eminencia entre Remedios y Cancán, y que han fortificado a tal fin. Pero aquellos pobres reclutas, no resisten el primer embate de la caballería, y huyen desbandados hacia el centro. Yolombó huye, tras ellos.

El Párroco esconde ornamentos y vasos sagrados.

A la infeliz Marquesa la llevan a La Melonada, con Narcisa y la maleta, su santa y su título. Los españoles entran a saco en aquel foco de rebeldía; matan, arrasan, incendian. No lo destruyen por completo, porque siguen, a marchas forzadas, en persecución de los patriotas.

[1] Este fenómeno explica sin duda la escasez de información sobre la región que cita el autor (ver prólogo y carta de mayo 7 de 1939) y tal vez también la falta de datos sobre el Marquesado que menciona Hernán Escobar en su artículo (ver nota 1 de pág. 226).

[2] La "República de Antioquia" tiene ecos contemporáneos (ver el estudio de JORGE RESTREPO URIBE, *La República de Antioquia,* Medellín, 1972, precedido por *Antioquia: olvidada, marginada y resentida,* Medellín, 1964. Ver también las calcomanías conspicuas en automóviles).

[3] Ver nota 3 de pág. 12.

XXVII

Han transcurrido tres lustros y la Marquesa de Yolombó aún vive. Mal podrían sus deudos dejar en abandono a tan ilustre allegada. La casa de las afueras, que le han asignado como herencia de sus padres, se la han reconstruido. En ella la han asilado, con dos libertas, que la cuidan. Martín, desde la Villa, y sus hermanos, que viven en el pueblo, están a la mira de que no le falte lo indispensable.

Contra lo que se esperaba, ha ido recobrando la razón, lenta y gradualmente. Pero una razón harto diversa de la que tuviera antes de su locura. Hacia el año 27 está en sus cabales.

Sirve aquel curato, en ruinas, el Padre Obregón, sacerdote a carta cabal, que junta, a sus muchas virtudes, algún saber y elevación de espíritu. Él sostiene que a la Marquesa la ha sepultado Dios en la locura, para resucitarla a la santidad. No exagera. La adversidad ha sido como otro bautismo, para esta alma que nunca fue mezquina. La altivez, la vanagloria, las angustias de espíritu se extinguieron en ella por completo, para dar lugar al amor de Dios y del prójimo, entre las flores más fragantes de la sencillez y la humildad. Comulga a diario; a diario visita al Santísimo Sacramento, enseña la doctrina y reza el rosario. No es devota en el sentido rutinario ni menos en el gazmoño: lleva vida interior, de verdadero misticismo, con notas de poesía y de exaltación.

Su amor al Rey, lejos de amenguarse con la Independencia americana, se acendra más y más. Esta separación de tantos súbditos rebeldes, encabezada por la misma nobleza criolla y por tantos sacerdotes virtuosísimos, no la creyera si no la estuviera palpando. Hechos tan inauditos y delictuosos eran señales evidentes de que el mundo se preparaba a la venida del Anticristo.

El Padre Obregón, patriota como el más, pensando convertirla a su causa, acaba por respetarle y admirarle esa fidelidad, tan inútil como entrañable.

Grande, hermosa, le parece a Doña Bárbara la libertad de los negros; pero eso era tan solamente un acto de justicia, una obligación de todo buen cristiano, que no alcanzaba, por tanto, a menguar en un ápice, la delincuencia americana de lesa majestad.

En nuestras contiendas políticas, en la ruina de Yolombó, en la dispersión y muerte de tantos conocidos, de tanta viudez y orfandad tanta, veía un castigo de Dios por ese atentado que echaba por tierra el Gobierno divino de su Majestad. La América toda, regada con la sangre americana, ¿no era la mayor prueba?

La época era para orar; para orar a cada instante, a fin de que Dios aplacase su justicia, y enviase sobre América la lluvia de su misericordia, y le abriese los ojos y la volviese sobre sus pasos.

En su ruina y en sus desgracias propias veía, más que en todo, la mano de la Providencia: su caída había sido cura y castigo, a un mismo tiempo. Dios no quiso que su alma se perdiera con tantas y tan grandes prosperidades terrenales. Ella había sido muy altanera, muy soberbia; su riqueza y su rango, su saber y su título, la habían desvanecido en su egoísmo. Por orgullo no había divulgado los rencores, que escondía en su corazón, contra todos sus malquerientes; pero nunca había tratado de arrojarlos de su pecho, por más que de ello se hubiese confesado. Por ambición, por vil codicia, había profanado, durante muchos años, rosarios, escapularios y reliquias, cargando con ellos un amuleto diabólico, sin que jamás se hubiese acusado de falta tan abominable. Con este pecado, tan largo tiempo inconfeso, con este solo, tuviera para su eterna condenación. Ese Familiar maldito le había inspirado a ella tantas vanidades, tantos devaneos, tantos delirios, inoculándole en las entrañas la soberbia del mismo Satanás. ¡Bendito fuera Dios que le había enviado a Don Fernando de Orellana, para arrancarla de las garras del demonio! ¡Bendito fuera ese hombre, instrumento de la Divina Providencia! ¡Bendita esa locura, que, al apagarle la razón, había extirpado de su pecho las raíces de tantas pequeñeces, de tantas miserias!

Por Don Fernando reza siempre, después de comulgar, para que Dios y el santo de su nombre le den buena muerte; por él pide a tarde y a mañana. Con tanta fe suplica a Dios la libre de odiar a ese hombre y de analizar lo que con ella ha hecho, que Dios la escucha. De ello deduce que le concede cuanto desea para Don Fernando.

Deudos y amigos quieren sonsacarle algo, sobre personaje tan misterioso; pero ella da cualquier respuesta evasiva o suplica se hable de otra cosa. Bien diversa a toda vieja, no gusta de tratar de sus tiempos ni de sus grandezas pasadas. Creen muchos que todo se le ha ido de la memoria, al volver del mundo en que ha vivido tantos años, y que, por ende, su cordura es muy deficiente.

Sintiéndose con una salud inconcebible a sus años, después de haber vivido tantos, en climas tan insalubres y en plena locura, se da a discurrir que

Dios le ha concedido tan gran merced para que trabaje como cualquier mujer de clase baja. Lo piensa así, no sólo por espíritu de penitencia, sino también por serle menos onerosa a deudos tan poco ricos y tan cargados de obligaciones. Previa autorización del Párroco, abre en su casa una a manera de posada, para que pernocten los terciadores y las gentes de medio pelo. Lo que fuera despensa lo convierte en aposento, y en él pone su lecho franciscano; la Santa Bárbara, con su lucecilla; su maleta que guarda aquel libro de los Santos Evangelios, sobre cuyas páginas puso la mano Don Fernando, para prestar los falsos juramentos. Provee al salón de una mesona, unos taburetes desvencijados y unas tarimas en que se puede dormir. Todo aquello es viejo, infeliz; pero fregado con lejía, sábado por sábado. En las paredes, enlucidas con barroblanco, cuelga dos santos que ha heredado. Aquel caserón y aquel huerto brillan, por ese aseo de la pobreza, que tanto despierta e inspira.

Su título, ese marco con vidrio, que ha atravesado los mares, que ha arrostrado tantos peligros, sin romperse ni desconcharse, lo cuelga donde mejor lo vean. Quiere, con esto, humillarse más: que se burlen de ella, por su Marquesado en la miseria, en la decrepitud y en un gobierno que reniega de títulos y aristocracias. Quiere, además, rendir pleito homenaje, por vía de público desagravio, a esa realeza ultrajada, abolida en estas Américas.

Marquesa era y muy Marquesa[1], a pesar de todo: lo que el Rey había decretado, sólo Dios podía revocarlo. Y no sentía esto por arrogancia, antes bien por abatirse más y más. Ya que Dios no había querido que protegiese a las gentes de su Marquesado con riquezas e influencia, les ayudaría con sus oraciones, con enseñanzas doctrinales con buena voluntad.

Al negocio de la posada asocia a Rafaela, nieta de Narcisa: la mulata hace comestibles y fiambres, para vender a los hospedados. Dios las protege: contada es la noche que no tienen terciadores; contada la ocasión en que no vendan lo que han hecho. "La Posada de la Marquesa" adquiere mucho renombre.

Mientras la fámula trabaja en la cocina, la señora ayudada de enormes espejuelos, montados en cuerno, con empates de hilos y de cera, zurce y remienda, dobla tabaco, hace bailar el huso, junto a la ventana, entre rosarios y jaculatorias, siempre con Ayacucho tendido a sus pies.

Por esa simpatía, entre ciertas almas y ciertos animales, Ayacucho ha defeccionado de su amo el cura para pasarse a la Marquesa, con títeres y petacas. Ella ha querido echarlo, en un principio, por parecerle demasiado gratas su compañía y sus cualidades: eso le quitaría mucho a las mortificaciones que se propone. Pero el Párroco se lo regala y le asegura que es un amigo que Dios le envía para que le alegre su soledad. Es tan hermoso como inteligente, tan fiel como educado, de la misma raza y acaso descendiente de

[1] La dignidad humana de Bárbara se destaca cada vez más, en especial cuando se encuentra en la pobreza y todo se le viene encima, económica, política y humanamente.

aquel Carrillo, guardián de sus lares mineros, por tanto tiempo. Ayacucho la sigue, a donde vaya, como su ángel de la guarda. Su nombre, tan patriótico y conmemorativo, no puede menos de cargarle; mas por esto mismo grita y llama a su perro a cada instante por ver de mortificarse.

A sus pobres oficios, une la anciana sus opulentas caridades: enseña a leer y a escribir a quien lo quiera y a la hora que le convenga: congrega los sábados a los aprendices en doctrina, los examina con ternura de abuela; da premios de golosinas a los adelantados y estimula con dádivas a los atrasados. Su huerta está a discreción de la granujería, así estén las frutas en agraz. Y esto no es por caridad tan sólo: lo que Dios daba por sus árboles sin mayor cultivo ni trabajo ¿por qué había de ser propiedad exclusiva del dueño de un terreno? Visita a los enfermos y encarcelados; lleva obsequios a los pudientes, limosnas a los pobres y consuelos a todos. A sus portales no se arrima ningún pordiosero sin salir con algo. Y para todos tiene, porque la caridad multiplica los panes y hace inagotable la alcuza de la viuda precaria.

Su director espiritual no le permite trabajo excesivo, penitencia alguna, ni los ayunos ni abstinencias, que ordena la Santa Madre Iglesia; teme que con ello se debilite y vuelva a la locura. Mas, ya que no le permiten esas penitencias, se las ingenia de otro modo; se alimenta con lo que más le desagrada; y ¿qué va a comer, la pobre, con las meras encías? Recibe, con muchas atenciones, a todo forastero que quiera conocerla y estudiarla como a animal raro. Obsequia a los amigos indiscretos, que bregan por sacarle lo que ella no quiere declarar. Las medias y los zapatos, esos signos inequívocos de nobleza, que le sostuvieron sus deudos, en los muchos años de su locura, son substituidos por la alpargata plebeya y por los zuecos montañeros de que se reía en sus tiempos gloriosos. Y venga el bordón ferrado, señal de invalidez, y vengan la fula y el lienzo gordo de las indias, las más viejas telas y los remiendos disparatados de las mendigas brujas. Tal abigarra, encrespa y empastela sayas y camisas, que a poco rivalizara en indumentos a la mujer aquella, que regaló la guayaba a Silverita. Así sale a sus visitas de misericordia; más para el templo se gasta unos lujos que, de negros, tornaron verdes los años y las vicisitudes.

Las pringues y chorretas, tan socorridas por algunos santos penitentes, nunca entraron en sus expiaciones. El desaseo le parece un pecado tan mortal, como cualquiera, máxime para una cristiana que, como ella, vive siempre en presencia de Dios y le ofrece, a diario, acciones, palabras y pensamientos; y que a diario le recibe, por el espíritu y por el Sacramento.

Por no macular aquel calzado, se monta en los zuecos, así sea en verano; toma el bordón, y zuequín zuequeando, bordín bordoneando, trasiega, por todas partes, seguida siempre de Ayacucho que le lleva en sus quijadas, lo mismo la cesta con los obsequios que el atado de devocionarios. Tal cuadro inspira a las gentes lo que ella quiere: hilaridad o lástima. Y eso que fachas por el estilo no son muy raras en este villorio, tan decaído. Desde luego que deudos y extraños tienen estas pobrezas expiatorias por remanentes de su

locura. "Locos los que tal piensan" asegura el Párroco, cuando los oye, por ahí; pero cada vecino toma estas palabras por parcialidad de amigo o por benevolencia de buen cristiano. Por más loca que siempre la tuvieran, en este pueblo tan patriota, si supieran que al formular aquello de "extirpación de las herejías" en el ofrecimiento del rosario, piensa siempre en Bolívar, en Santander y demás héroes de esa Independencia, que a ella le parece algo así como la Reforma.

La muerte de Córdoba[1], inconfeso y en el despecho de la derrota, la abisma en las más horribles incertidumbres; mas cuando sabe que Bolívar ha muerto, con todos los sacramentos, su alma se regocija en el Señor.

Tiene la Marquesa un cliente, gran su amigo, tan querido por ella como por Rafaela y Ayacucho. Es Juan Pablo Oquendo, nada menos que el primogénito de Silverita. Heredó, de su abuelo Villaciento, el tipo noble, las virtudes patriarcales y el amor al Rey. Vive hace años en Cancán, donde lo cogió, ya casado, la recluta, para atajar a Warleta; pero, antes de que le echasen el guante, tomó el monte, y, pasando las de Caín, él y su familia, vivió medio remontado hasta el sol de Boyacá. Por el año 30 es todo un señor contratista de víveres, en las minas de Remedios, que se riega, con sus hijos, hermanos y sobrinos, por el Centro y Oriente de la Provincia, a acaparar lo que topen.

De ida o vuelta pernocta, siempre, en "La Posada de la Marquesa", donde tienen los dos realistas largos y reservados coloquios.

Al caer de una tarde, un martes por más señas, está ahí con la recua humana; él y los blancos, adentro; la indiería, en el corredor de la entrada; la sala, abarrotada de tercios. Acre olor despensero recarga el aire del recinto. Sólo le alumbra la vela de Santa Ana. La Marquesa lleva el solo del rosario; contesta el vocerío montuno, entre bostezos de sueño y de cansancio.

—¡Jesús María y José! —exclama Oquendo, no bien terminan—. Ni devoción tuve pensando en ese enmarcao, con vidrera, con ese escrito o patente de hermandad. ¿Quiere vendérmelo, mi señora la Marquesa? ¡Y perdone la imprudencia! Yo se lo pago bien pagao, sea en plata o en bastimento.

—¡Hola! Y ¿para qué lo quieres?

—Fue que, en el último viaje que eché a la Villa, me truje una Divina Pastora, muy perfeta y muy patente. La dueña de la fonda, que es muy formal, me la arregló, con mucha curia, muy bien acondicionada, en un canutico de guadua. Pero ái la tenemos, conforme la truje. Y, como la Divina es la patrona de Cancán, y la menor de mis muchachas se llama también

[1] José María Córdoba (1799-1829), héroe de la independencia colombiana (ver el gran tributo de Jorge Isaacs a Antioquia en el poema titulado *La tierra de Córdoba*. Isaacs, caleño de nacimiento, demostró su afinidad sentimental por Antioquia insistiendo en que lo enterraran en el Cementerio de San Pedro de Medellín).

Pastora, pensamos mandarle a decir su buena misa, el día que la bendigan; pero no hemos topao vidrio ni quien nos haga un enmarcao fino. En éste, quedaba como en su casa. Véndamelo, mi señora la Marquesa.

—No es que te lo vendo: te lo regalo con mucho gusto.

—¡Dios se lo pague! Pero, asina, regalao, siempre es, más bien, medio maluco.

—¡Esto no tiene precio, Juan Pablo! ¡Ni tú ni nadie ni la Providencia entera tendría con qué pagar lo que esto vale! Tú no tienes por qué estar al tanto, ni yo te he dicho nunca nada. ¿Sabes lo que es esto? Es mi título de Marquesa, que me concedió su Majestad el Rey Carlos IV, que Dios tenga en su Santa Gloria; me lo concedió, sin yo merecerlo, cuando yo era otra. En este papel está su firma, de su propio puño y letra, en este papel puso él su mano.

—¡María Santísima, mi señora la Marquesa! Siendo asina ¿cómo va a regalarme ese enmarcao?

—¡Precisamente, por eso quiero regalártelo, Juan Pablo! Yo en esto me muero y no tengo a quién dejarle esta reliquia tan sagrada. Sabes que tengo hermanas, tan realistas como yo; pero también están viejas, y sus maridos y sus hijos, como tantos de mi familia, tienen la desgracia de ser patriotas. ¡Si este título llega a caer en sus manos, sabe Dios qué profanaciones harán con él! Llévatelo. Quita el vidrio con mucha maña y pon la imagen de tu Virgen encima de ese papel. No está solo[1]; detrás tiene la imagen de Santa Rosalía, que era de mi madre. Deja ahí esa imagen. Asina te quedará la Divina Pastora tres veces bendecida. Llévatelo. Ponlo en el aposento donde duerman tus hijas, y cuando le digan la misa y cuando la invoques, pídele por el ánima de su Majestad Carlos IV y por esta triste vieja. Llévatelo. Súbete a la tarima y alcánzalo con mucho cuidado. Prende la vela, Rafaelita, y alúmbrale.

El montañés, lelo, pasmado, hace lo que se le ordena; la anciana recibe el cuadro.

—Permíteme, yo te lo empaco en un momento. —Sale. Rafaela y Ayacucho la siguen.

Saca los Evangelios y cuanto tiene la maleta. Sí: ahí en el asiento está la tablilla de comino, la misma con que, cuarenta años atrás[2], resguardó el cuadro para llevarlo a España y guardárselo a esos hijos que iban a nacer. ¡Qué dolor y qué gozo a un mismo tiempo! Toda la escena de aquel empaque entre ella y Orellana, se le viene a la mente. Ya tiene una pena que ofrecerle a Dios.

[1] (A) emplea "sola", para referirse a la imagen; las otras ediciones por unanimidad utilizan "solo", aludiendo al papel del título. La edición actual adopta esta posición.

[2] Las palabras "cuarenta años atrás" corresponden aproximadamente a la cronología, lo que conviene subrayar en vista de la vaguedad frecuente en el orden de los acontecimientos, y de la inexactitud ocasional (por ejemplo, en el caso del Taita, quien se niega a envejecer).

Entretanto, el pobre Oquendo, hace vaivenes en el chacarón de vaqueta. Al fin le dice a un hijo:

—Hole, Alifonso: abrí el costal de los quesitos sanvicenteños. Aquel hojiancho, onde están los de La Magalena. Escogé el más macuenco y echalo p'acá.

Sacando una chuspilla de cabuya, mete los dedos, tienta y vuelve a tentar.

—Aquí lo tienes muy bien empacado —dice la anciana, entrando—. Desde que no lo dejes caer, no tiene riesgo de romperse. Es la herencia que te dejo. Déjala tú al mejor de tus hijos y ojalá se transmita de generación en generación.

—¡Que mi Dios le pague tantos favores a mi señora la Marquesa, que lo que es yo y mi familia con nada le pagaremos! Todo lo que esté de parte de nosotros, se hará conforme lo manda. Eso se lo prometo. Yo quisiera dejarle algún retorno; pero lo malo es que voy pelao. Ai le dejo rial y medio, tan siquiera para que merque un pollo y se lo coma con Rafaelita y el perro.

—¡Gracias, Juan Pablo! Nos lo almorzaremos en tu nombre.

—También le dejo este quesito. Cómaselo con toda tranquilidad: es de casa de las Calderones, las mujeres más asiadas de La Magalena. Y perdone la poquedad, mi señora la Marquesa.

—De nuevo te doy las gracias. Ya sé que son muy ricos esos quesitos.

Ya tiene para premios de la doctrina. A las ocho ora de rodillas, los brazos en cruz, entre lágrimas y suspiros, mientras los indios, tirados en el corredor, con almohadas de hojarascas, tapados con los capisayos, duermen como unos benditos.

La Marquesa, de ahí a poco, sin decaer en apariencia, ni dejar sus visitas ni comuniones, pierde en cierto momento la memoria, la noción de la realidad, desconoce a los más conocidos, pregunta quién es ella. Rafaela no se atiene ya a Ayacucho. Busca quien la reemplace en los oficios y acompaña a la anciana, a la iglesia y a las visitas.

Una mañana torna a eso de las siete. La Marquesa viene sonreída y plácida.

—¿Qué será, mulata, que hoy me siento tan contenta? Nunca había quedado asina después de comulgar. Me parece que estoy livianita, que soy de seda y de algodón. ¿Qué será mulata, esto tan suave?

—¿Qué ha de ser, mi Amita, sino su buena concencia? Sirve a mi Dios; y el que tiene buen amo, contento tiene de estar. Mi Dios la quiere mucho, mi Amita.

—Asina es, mulata. ¡Es tan misericordioso con todas sus criaturas!

La sierva libre la sienta en la banca del corredor, cual si fuese a una chicuela.

—Quédese aquí, en este solecito tan sabroso, mi viejita de cera de Castilla. Voy a traerle el desayuno pa'que se lo tome aquí.

La Marquesa mira el cielo. Le parece tan lindo, tan nuevo aquel azul, con tanta nube blanca. Cierra los ojos con beatitud; y el sueño de los sueños la dobla, en los brazos del Señor.

....

Por mucho tiempo, en las noches de luna, su sombra se perfila, franca y precisa, en cualquiera pared de esa plaza; aparece después un poco vaga; al fin, de ningún modo, porque las sombras de los muertos también mueren.

FIN [1]

[1] La fecha en que Carrasquilla terminó la novela aparece en el manuscrito (enero 19 de 1926). (AA) cita únicamente el mes de enero, mientras que ni (A), ni (B), ni (C) hacen mención de la fecha.

CRONOLOGIA

1858 Tomás Carrasquilla Naranjo nace en Santodomingo, Antioquia, pueblo de «las tres efes: feo, *frío*, faldudo», el 17 de enero de 1858, «sin que hubiera anunciado el grande acontecimiento ningún signo misterioso ni en el cielo ni en la tierra». Eran sus padres Rafael Carrasquilla Isaza y Ecilda Naranjo Moreno, y sus dos hermanos Mauricio e Isabel. Mauricio, dos años menor que Tomás y dos años mayor que Isabel, desaparece a los dos meses y medio, y Tomás e Isabel mantienen un vínculo de amistad estrecho durante toda la vida.

1859 Los datos biográficos fidedignos y documentados para esta época son escasos, lo cual permite conjeturas y especulación. Sin embargo sabemos que las tareas profesionales de don Rafael, ingeniero de minas, puentes y trazados, lo llevan fuera de la casa durante gran parte del tiempo, quedando el cuidado de los hijos en las manos de doña Ecilda. El resultado lógico es el sólido lazo entre Tomás y su madre que se revela en los numerosos ecos autobiográficos de sus escritos.

1860 La casa de Bautista Naranjo, abuelo de Carrasquilla, en Santodomingo, es la residencia del Maestro durante estos años y gran parte de su primera niñez.

1861 El trabajo de don Rafael resulta en viajes temporarios de la familia a los vecinos pueblos mineros, tales como Concepción y Yolombó, facilitándole a Tomás sus primeros contactos con el medio ambiente minero que se han de repetir e intensificar más tarde.

1862 Don Rafael acepta empleo en la Mina del Criadero, a dos millas de Concepción, la cual fue trabajada por el abuelo de Carrasquilla. La

familia vive en Concepción por algún tiempo. El escenario de *Salve, Regina* y de «Superhombre» refleja el panorama idílico de Concepción.

1863 Los viajes profesionales de don Rafael lo llevan a las minas de Doña Ana, lo cual produce visitas más o menos breves a Yolombó de parte de la familia, iniciando uno de los contactos más importantes para la obra creadora del Maestro Carrasquilla.

1864 Carrasquilla se estrena en las primeras letras en Santodomingo de acuerdo con las circunstancias inmortalizadas en *Dimitas Arias* y en el cuento «Superhombre» incorporado más tarde en la trilogía *Hace tiempos* («Fue mi primer maestro «El Tullido», por antonomasia, protagonista luego de algún cuento mío»).

1865 Confiesa Carrasquilla: «Parece que mis primeros pasos en la carrera de la sabiduría me imprimieron carácter desde entonces, porque en ninguna parte aprendí nada» («Autobiografía»).

1866 Su más íntimo amigo de niñez es Francisco de Paula Rendón, llamado cariñosamente «Pacho», algo mayor que Tomás. Es muy probable que Pacho sea uno de los dos niños del cuento «Simón el mago» obsesionados con las maravillas de «brujería» que los lleva al borde del desastre.

1867 «La indolencia, la pereza y algo más de los pecados capitales, a quienes siempre he rendido culto, no me dejaban tiempo para estudiar cosa alguna ni hacer nada en formalidad. Más por allá en esas Batuecas de Dios, a falta de otra cosa peor en que ocuparse, se lee muchísimo... Pues ahí me tenéis a mí, libro en mano a toda hora, en la quietud aldeana de mi casa».

1868 Una carta para Max Grillo desde Santodomingo, abril 21, 1898, ofrece documentación cronológica para el año final de la primera década de la vida de Carrasquilla: «... las minas de El Criadero donde viví de niño... hace como treinta años».

1869 De vuelta en Santodomingo el joven sigue sus costumbres de ávido lector, indiferente a los estudios. «Creo que en el hoyo donde me entierren habré de leerme la biblioteca de la muerte, donde debe de estar concentrada la esencia toda del saber hondo». Parece que la gestación de *La Marquesa de Yolombó* comienza en esta época. Iluminando la génesis de la novela Carrasquilla escribe en una carta fechada mayo 7 de 1939: «Dirá usted que de dónde y cuándo saqué yo tanta cosa y tantas vejeces. Le diré: alcancé a mi padre Martín (se trata de su bisabuelo Martín Moreno) tanto, que yo tenía once años cuando él cumplió noventa y siete. Yo vivía pegado a él como un perrito».

1870 El autorretrato del joven Tomás que surge del protagonista de *Entrañas de niño* y otros escritos es el de un niño de sensibilidad más que normal y de una imaginación vivísima.

1871 Otro rasgo esencial que caracteriza al joven si hemos de creer los ecos autobiográficos de su obra creadora es la curiosidad vehemente que él desea satisfacer en los grandes libros así como en la misma vida más bien que en el aprendizaje escolar.

1872 «He leído de cuanto hay, bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo. De aquí que sea tan ignorante como el tullido consabido. Lo que tengo en la cabeza es un matalotaje caótico de hojarasca, virura y cucarachas.»

1873 Tomás llega a Medellín e ingresa en el preparatorio para la Universidad de Antioquia. La primera carta suya que se conoce (fechada en Medellín, agosto 8 y dirigida a su madre) pone de manifiesto que el cambio geográfico de Santodomingo a Medellín no había cambiado su actitud frente a las actividades académicas: «Estoy muy desaplicado», confiesa, «tanto que temo mucho que me manden para Patiburrú o por lo menos que me expulsen del colegio».

1874 Carrasquilla ingresa en la Universidad de Antioquia. Un informe escolar del mismo año contiene la fascinante observación manuscrita de parte del rector: «La lectura constante de novelas perjudicó mucho a este alumno».

1875 De acuerdo con los Archivos de la Universidad de Antioquia, Tomás Carrasquilla «queda matriculado en Filosofía, Historia Universal, Física, Geometría. Economía Política».

1876 Carrasquilla comienza sus estudios de Derecho y uno de sus condiscípulos, Antonio J. Restrepo, registra la descripción siguiente del joven estudiante: «Por 1876 era Tomás Carrasquilla, en la Universidad de Antioquia, lo que ahora llaman en esta Bogotá, un «filipichín», que vale por pisaverde, petimetre y demás voces aplicables al que se acicala demasiado y cuida más de su persona e indumentaria que de sus libros o tareas o negocios. Estudiante frisador en los 18 a lo sumo, él y su compañero inseparable —el también hoy reputado novelista F. de P. Rendón— era la pécora de nosotros los estudiantes pueblеños...» La carrera académica de Carrasquilla no dura: la universidad se cierra por causa de la rebelión de Antioquia contra el gobierno central. «Corre el año de gracia de 1876... y estalla la cruzada de Antioquia y el Tolima, entonces Estados Soberanos, contra la oligarquía, el «sapismo», las escuelas laicas, el matrimonio civil y

otras varias herejías implantadas por el gobierno general. Ciérranse las escuelas: preséntanse unos, huyen otros.»

1877 Restaurado el orden, Carrasquilla no continúa sus estudios; regresa a Santodomingo donde mantiene su domicilio permanente hasta 1896, con salidas esporádicas generalmente a Medellín. Durante una parte de este período Carrasquilla se dedica a la sastrería en el taller del renombrado sastre Miguel Salas. Además se estrena en el ejercicio literario, por medio de una crónica titulada «El guarzo» que retrata una visita dominical a una pequeña aldea antioqueña.

1878 Además de sus tanteos de sastrería, Carrasquilla sigue dedicado a su pasatiempo favorito de lectura y ya empieza a ensayarse a escribir. De acuerdo con su propia confesión «cualquier día me dio por escribir, sin intención de publicar».

1879 El nombre de Carrasquilla aparece en los Archivos Municipales de Santodomingo como Secretario del Juzgado del Circuito.

1880 El nombre de Carrasquilla vuelve a aparecer en los Archivos con la misma función jurídica.

1881 Es más que probable que continúen sus hazañas sartoriales esporádicamente aunque no hay documentación que corrobore el particular. Deja el puesto en el Juzgado del Circuito y vuelve al ejercicio literario («ahí emborronaba mis cuartillas, lo mismo que ahora o menos mal, acaso; pues creo que en vez de adelantar retrocedo en el tal embeleco literario»).

1882 La escasez de datos documentados le abre la puerta a la especulación. Ciro Mendía, el renombrado poeta antioqueño, afirma que cuando su padre, Juan Manuel Mejía, ejercía el cargo de Juez del Circuito, tuvo un traje hecho por Carrasquilla. Por desgracia faltan los detalles de esta transacción.

1885 De acuerdo con la lápida existente en el cementerio de Santodomingo, muere la madre de Carrasquilla el 25 de noviembre; don Rafael la había precedido en muchos años.

1886 El fallecimiento de doña Ecilda intensifica el lazo de Tomás con el resto de la familia, sobre todo con su abuelo materno, don Bautista Naranjo, estímulo principal para la novela *La Marquesa de Yolombó*.

1887 La íntima cordialidad entre abuelo y nieto que se acentúa después de la muerte de la madre se refleja en la carta en que Carrasquilla ilumina la génesis de *La Marquesa de Yolombó:* «Mi abuelo Naranjo

sin haber sido testigo presencial de esos episodios, vivió enterado en todo y por todo; era viejo inteligente, erudito y de mucha lectura. Tenía una memoria tan prodigiosa, que se sabía a Cantú de pe a pa y todas las guerras y gestas nacionales».

1888 Carrasquilla sigue con su pasatiempo principal de la lectura y sin duda experimenta escribiendo.

1889 Justiniano Macia quien viene a Santodomingo con el cargo de Juez de Circuito, registra que Carrasquilla ha dejado de trabajar de sastre, dedicándose exclusivamente a quehaceres de índole estética. Explica Carrasquilla: «A nadie le contaba de mis escribanías. Ni siquiera a mi familia. Pero como la gente todo lo husmea y el diablo todo lo añasca, el día menos pensado recibí una nota por la cual se me nombraba miembro de un centro literario que dirigía en Medellín Carlos E. Restrepo en persona. Acepté la galantería, y como fuera obligación, *sine qua non,* producir algo para ese círculo, farfullé *Simón el Mago,* para los socios solamente, según rezaba el reglamento».

1890 El cuento «Simón el Mago» aparece en el volumen del tercer aniversario de «El Casino Literario», círculo intelectual dirigido por el ilustre estadista y hombre de letras Carlos E. Restrepo, futuro presidente de la república. «Carlos... determinó modificar la constitución y echar libro de todas nuestras literaturas. Aceptadísima fue por el publiquito antioqueño la miscelánea aquella. Allí salió mi relato, con seudónimo por supuesto.» (Carrasquilla firma con el seudónimo de «Carlos Malaquita», anagrama de su nombre).

1891 El nombre de Carrasquilla aparece en los Archivos Municipales de Santodomingo con el cargo de Juez municipal.

1893 El doce de octubre se inaugura la «Biblioteca del Tercer Piso» en Santodomingo, centro cultural y educativo durante la primera década de su existencia.

1894 La «Autobiografía» de Carrasquilla ofrece los siguientes detalles para la génesis de su primera novela *Frutos de mi tierra:* «Tratábase una noche en dicho centro de si había o no en Antioquía materia novelable. Todos opinaron que no, menos Carlosé y el suscrito. Con tanto calor sostuvimos el parecer, que todos se pasaron a nuestro partido; todos a una diputamos al propio presidente como el llamado para el asunto. Pero Carlosé resolvió que no era él sino yo. Yo le obedecí, porque hay gentes que nacen para mandar.
Una vez en la quietud arcadiana de mi parroquia, mientras los aguaceros se desataban y la tormenta repercutía, escribí un mamotreto, allá en las reconditeces de mi cuartucho. No pensé

tampoco en publicarlo: quería probar, solamente, que puede hacerse novela sobre el tema más vulgar y cotidiano».

1895 Bajo la presión de sus amigos y a pesar de su propia reluctancia, Carrasquilla viaja a Bogotá para contratar la edición de la novela. El viaje por el río Magdalena no le entusiasmó: «El Magdalena, a pesar de sus islotes tan poéticos, de sus orillas encantadas, llega a fatigar», confiesa en una carta.

1896 Carrasquilla regresa a Santodomingo a comienzos de abril y asiste a la sesión de la «Biblioteca del Tercer Piso» del 9 de abril de 1896, en la cual se aprueba la siguiente moción: «El "Tercer Piso" hace constar en acta de este día que tiene grande honra y mayor satisfacción al contar en su seno al señor Tomás Carrasquilla, insigne autor de *Frutos de mi tierra*. Agradece al autor el libro que envió y suplica al original autor de Pepa honre con su presencia e ilustre con su pluma, la sociedad que hoy lo aclama como el más notable de sus miembros». El fallecimiento de su abuelo paterno, Bautista Naranjo, le afecta profundamente a Carrasquilla («Casi he perdido la noción del deber, del gusto y de todas las cosas del mundo real»).

1897 Carrasquilla escribe dos cuentos, «Blanca» y «En la diestra de Dios Padre», una novela corta, *Dimitas Arias,* y «Herejías», su primer ensayo de crítica literaria. Los conceptos del autor hacia sus propias obras no son muy elogiosos: «'Blanca'», escribe con la autocrítica acostumbrada, «me parece a mí muy malita e insignificante», agregando que «no es de mi temperamento la manera delicada y cándida que exige esa narrativa». En cuanto a *Dimitas Arias* al autor le parece «menos malo» y «En la diestra de Dios Padre» «es un folklore que pinta nuestro pueblo».

1898 Aparece «El ánima sola», otro cuento folklórico incorporado después, igual que «En la diestra de Dios Padre», en la colección de cuentos titulada *De tejas arriba*.

1899 Aparecen dos enfoques de la «cuestión palpitante» de la religión, o sea el cuento «San Antoñito», las hazañas divertidas del Tartufo antioqueño, así como la novela *El Padre Casafús* (titulado originalmente *Luterito*).

1901 Aparece un libro titulado *El recluta* (Medellín, 1901) que contiene, entre otros cuentos de autores antioqueños, «A la plata» de Carrasquilla, incorporado después en la colección *Dominicales*. El volumen tiene la finalidad de poner de manifiesto los horrores de la guerra civil, por medio de una serie de cuentos cortos sobre el tema de «un pobre recluta que ha hecho campaña en la presente contienda civil y que a su regreso encuentra en su hogar... lo que quieran que encuentre» los autores invitados a colaborar.

1903 La quiebra del Banco Popular de Medellín consume la mayor parte de los ahorros de Carrasquilla obligándole a buscar trabajo para ganarse la vida.

1906 Aparecen las dos *Homilías*, ensayos de crítica literaria sobre el fenómeno del modernismo en Antioquia, la «Carta Abierta al doctor Castro», «en defensa de una inocente calumniada», y la novela *Entrañas de niño*, el primero de sus tres estudios largos del alma infantil. En junio de este año Carrasquilla se traslada a la mina de Sanandrés, cerca de Sonsón, donde permanece tres años, encargado de las provisiones de la mina. Los «señores banqueros... tuvieron a bien dejarme a la luna de Valencia», confiesa en una de sus cartas, y en otra, manifiesta su protesta contra su medio ambiente en estas palabras candorosas: «A la mina no me he atrevido a entrar, ni entraré Dios mediante: de sólo mirar el plano de aquellas galerías dantescas, me da fatiga en la boca del estómago».

1907 Aparece el cuento fragmentario, «Mirra», de sabor modernista y dedicado a Alfonso Castro «como público desagravio». La permanencia en la mina sigue una experiencia ingrata, lo cual se evidencia en sus cartas en alusiones cáusticas tales como: «Qué diría el pobre de mí, metido en este hueco, que ni el armadillo?» y «Yo Carrasquilla en persona, soy el obispo que pontifica en esa catedral de comestibles y explosivos».

1909 Carrasquilla regresa a Medellín y a su vida bohemia, frecuentando tertulias para literatos y periodistas, así como domésticas, «pontificando» y haciendo su papel dinámico acostumbrado.

1910 Aparece la novela *Grandeza*, con el propósito de novelar «sobre cierta clase social de nuestra ilustre Villa de la Candelaria» y retratar «asuntos, personas y acontecimientos cotidianos y vulgares». La novela es un magnífico homenaje a Susana Olózaga de Cabo, la «dama harto distinguida de Medellín con cuya amistad me enaltezco».

1911 El mismo clima social de *Grandeza* sigue facilitando el escenario para la vida bohemia de Carrasquilla.

1912 Aparece el ensayo «Tres nombres», caluroso tributo a tres grandes exponentes de las letras antioqueñas los que representan la esencia de la región: Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y el Indio Uribe.

1913 La gira por Antioquia de la célebre actriz mexicana Virginia Fábregas y de su compañía evoca tres crónicas entusiasmadas, o sea «Alabanza a Virginia Fábregas», «Reconquista», «Zaza», en

las cuales el Maestro demuestra no sólo vivo interés sino también competencia crítica hacia las obras representadas y el género dramático en general.

1914 El 14 de septiembre sale Carrasquilla para Bogotá por segunda vez. La edición de *El Espectador* del martes 15 de septiembre, contiene la siguiente nota: «Ayer siguió para Bogotá nuestro querido colaborador Tomás Carrasquilla, una de las buenas firmas literarias que honran nuestro diario. Va don Tomás a fijar su residencia en la capital de la república, llamado por el gobierno a ocupar un puesto oficial, y por algunos diarios a colaborar con ellos. Desde allá seguirá el ilustre novelista escribiendo para *El Espectador* sus crónicas admirables, que en adelante tendrán carácter de epistolario». Antes de su salida aparecen, publicados en *El Espectador,* cuentos tales como «Historia etimológica» (con ecos picarescos de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma), «El prefacio de Francisco Vera», y «El gran premio» (incorporados después en la colección *De tejas arriba),* «La perla» y «El angel», dos cuentos contemporáneos, así como una serie de crónicas y cuadros tales como «Abejas», «Ermita», «Liceos», «Ave, oh vulgo!», «Titanes», «Campesinos», «Estudiantes», «Curas de almas», «Salutaris Hostia», «Elegantes», «Estrenos», «Veinticinco reales de gusto», «Vestes y moños», «Mineros», «Vagabundos», «Alma», «Copas» y «La horca». (La mayoría de éstos aparecen más tarde incorporados en la colección *Dominicales.)* En mayo aparecen las tres *Sencilleces,* o sea «La sencillez en la ciencia», «La sencillez en el arte», y «La sencillez en la vida», ensayos que resumen el credo artístico del Maestro. Desde Bogotá escribe las crónicas «Ave, urbe capitolina!», «Gris» y «Flores».

1915 Aparecen ensayos y crónicas tales como «Escobas», «Pro patria», «Resurrección», «Humo», «Venenete», «Sursum corda», «Soberanía», y «Diciembre», enfoque de la temporada navideña de 1915 en la capital. Dos cuentos del mismo año, «La mata» y «El rifle», tratan de un tema sicológico predilecto de Carrasquilla, o sea un personaje humilde ceñido a una sola idea. *El Espectador* del 12 de junio de 1915 contiene un sucinto esquema autobiográfico de Carrasquilla, presentado con el preámbulo siguiente: «Instado por el semanario ilustrado *El Gráfico* de Bogotá para dar sus impresiones personales a un reporter, el ilustre novelista antioqueño Tomás Carrasquilla se negó a la entrevista; pero más tarde envió a aquel periódico una autobiografía suya, que gustosamente reproducimos hoy». Esta «Autobiografía» es uno de los escritos de Carrasquilla más a menudo citados, especialmente revelador para la génesis de tales obras como «Simón el mago» y *Frutos de mi tierra.*

1916 Carrasquilla permanece en Bogotá, como empleado de baja categoría del Ministerio de Obras Públicas. No le satisface ni el

empleo, ni su permanencia en la capital. «Se aburre a ratos, porque le hace falta su gente y porque le jarta la de aquí», es el satírico comentario que encontramos en una de sus cartas. Ya que los años 1916-1918 no han engendrado por lo visto ningún fruto literario ni en el campo de la ficción ni en el de la crónica, queda el epistolario como única constancia literaria de sus actividades durante este período.

1917 No cabe duda de que Carrasquilla tiene deseos de regresar a su tierra nativa, lo cual consta en su respuesta a una pregunta familiar «sobre el asunto de cambio de destino de aquí por otro de allá». En carta fechada el 31 de diciembre de 1917 se refiere a las elecciones presidenciales del año 1918, con la alternativa entre Marco Fidel Suárez y Guillermo Valencia, y calcula de qué modo la nueva administración podría afectar su propia situación. «Si sigo de empleado en la próxima y es posible el cambio, lo haré de mil amores. Si me botan, allá estaré *ipso facto*» indicio elocuente de su actitud hacia la capital.

1918 Elegido presidente Marco Fidel Suárez, Carrasquilla permanece en la capital durante el resto de 1918, regresando a Medellín en enero de 1919.

1919 *El Espectador* del 20 de enero contiene la siguiente nota: «Anoche llegó de Bogotá el viejo Maestro y amigo, después de una larga ausencia». Lo acoge la casa de la Calle de Bolivia donde va a residir en adelante cuidado cariñosamente por su hermana Isabel y la familia de ella. Aparecen las catorce crónicas tituladas «Medellín» que rinden un homenaje afectuoso a diferentes aspectos de la capital antioqueña y sus afueras de acuerdo con los subtítulos siguientes: «Por fuera», «Por más fuera», «Sus pueblos», «El río», «Arrabales», «La quebrada», «El alto de las cruces», «Camellones», «Las calles», «Parques», «Plazas», «Iglesias viejas», «Iglesias nuevas», «Aguas». Aparecen además el ensayo de crítica literaria «Tema trillado» y las dos primeras de sus «Acuarelas»: «El hijo de la dicha» (Acuarela A) y «Palonegro» (Acuarela B).

1920 Aparecen cinco «Acuarelas» más: «Fulgor de un instante» (Acuarela C), «Los cirineos» (Acuarela D), «Regodeos seniles» (Acuarela E), «Superhombre» (Acuarela F) —incorporada más tarde en el segundo volumen de la trilogía *Hace tiempos*— y «Tranquilidad filosófica» (Acuarela G). La novela corta *Ligia Cruz* aparece por entregas en *El Espectador* de Bogotá entre el 20 de noviembre y el 11 de diciembre y está calificada de Acuarela H —rótulo algo incongruo debido a la básica diferencia estructural entre las siete Acuarelas arriba citadas y *Ligia Cruz*.

1921 El primer número de la revista *Sábado*, dirigida por Ciro Mendía y Gabriel Cano, contiene un editorial de Carrasquilla. Aparece asimismo «Sobre un libro», reseña halagadora de la novela de Francisco Villa López, *El libro de Gabriel Jaime*, por ser «epopeya de familia» con «un fondo muy genuino de poesía y sinceridad» y por evadir «los espejismos de la paternidad». Aparece también el cuento «Esta sí es bola», sátira social que ilustra la moraleja de que la felicidad es «una bola de papel radiante... que se escapa de las manos... y se despeña... por la... pendiente de la vida».

1922 Aparece el homenaje a José Asunción Silva, titulado «Por el poeta» y publicado en la revista *Sábado*, y la novela corta *El Zarco*, publicada en *El Espectador*. *El Zarco*, «la más intensa y trabajada quizá de todas las obras del autor, «es el segundo de sus tres escrutinios largos del alma infantil. Entre los personajes cuenta con la magnífica figura de Mana Rumalda, una de las inolvidables creaciones humanas del autor.

1923 Aparece, en la revista *Lectura Breve* de Medellín, el cuadro «Copas» que refleja, en forma dialogada, dos conceptos centrales de la cosmovisión de Carrasquilla, o sea «el delirio de la recordadera infantil» y la preferencia del campo por encima del medio ambiente urbano. Haciéndose voz del mismo autor, uno de los interlocutores expresa la pregunta retórica: «¿No ves, viejo, que el campo serena el espíritu y simplifica el corazón?»

1924 La publicación de *La vorágine* de José Eustasio Rivera, calificada de «la voz telúrica de América que sopla por el hálito misterioso de la selva», produce poca admiración de parte del exigente Carrasquilla. De acuerdo con Eduardo Neale Silva (*Horizonte humano*) «se daba como opinión del Sr. Carrasquilla que *La vorágine* era una lata. Al llegar a los oídos de Rivera estas despectivas palabras, protestó contra la descortesía del afamado costumbrista y procedió a desmenuzar su prosa para exhibir sus muchos defectos y negarle dimensión artística. Afortunadamente recuperó luego la calma y se contentó con dejar clavada la figura de Carrasquilla en la picota de su indignación».

1925 El itinerario de las peregrinaciones diarias y nocturnas de Carrasquilla desde su regreso de Sanandrés y antes de su segunda salida para Bogotá tiene sus ecos en este período.

1926 La época de muchas tertulias, mucho trasnochar y mucho trago, es interrumpida repentinamente por un acontecimiento tristemente inesperado cuando se le producen los primeros síntomas de fallas circulatorias «en las extremidades inferiores». Al llegar a casa una noche cae en el umbral: no vuelve a caminar. Aparece el cuento «Rogelio», «fábula pueril y montañera, escabrosa en apariencia, mística en el fondo», dedicado a su íntimo amigo Efe Gómez.

Dotado de sensibilidad y delicadeza, «Rogelio» capta una experiencia espiritual de las más íntimas.

1927 Las tertulias tradicionales continúan en casa alrededor de la cama del inválido, indicio de la inmensa popularidad del Maestro. Sin embargo la dinámica personalidad de Carrasquilla sufre bajo el impacto de la inactividad forzada. Las frecuentes horas de depresión podrán explicar la escasez de obras cortas en este período. El único título que aparece durante este año es «Divagaciones sobre Berrío», un magnífico homenaje al estadista conservador Pedro Justo Berrío.

1928 Aparece *La Marquesa de Yolombó*, novela histórica dedicada a José Félix Mejía Arango «ya que tanto me has empujado para que lo escriba». La génesis de la novela abarca unos treinta años según consta en carta del 7 de mayo de 1939 donde encontramos los detalles siguientes: «Dirá usted que de dónde y cuándo saqué yo... tantas vejeces. Le diré: alcancé a mi padre Martín tanto, que yo tenía once años cuando él cumplió noventa y siete. Yo vivía pegado a él como un perrito... Mi abuelo Naranjo, sin haber sido testigo presencial de esos episodios, vivió enterado en todo y por todo; era viejo inteligente, erudito y de mucha lectura... Me encargó, eso sí, que ya que yo me había metido a novelista, novelara algo sobre Yolombó y su marquesa». Finalmente, «venciendo mi pereza ingénita», escribe la novela, dándose cuenta de que «si no estaba documentado para escribir historia seria y auténtica, bien pudiera estarlo para una leyenda o cosa así. De allí el tal libro».

1929 La correspondencia revela el estado de ánimo del novelista paralizado y bastante deprimido. Quejándose de sus achaques, su invalidez y «malos estados de espíritu», Carrasquilla observa: «No me falta sino poner escuela y conseguir Niño Dios para estar lo mismo que mi héroe Dimitas Arias».

1930 Aparecen los primeros indicios de cataratas, empeorando su vista hasta virtual ceguedad. De nuevo citamos de las cartas: «... a mi tullidez se me han juntado otros males que me han dejado tan deprimido y nulo que ya no soy ni gente».

1931 La vista se le deteriora tan rápidamente que confiesa en una carta: «... tengo que buscar amanuense, porque me da mucho trabajo caligrafiar con esta ceguera». Aparece el ensayo «Pax et Concordia», en que Carrasquilla pretende curar las heridas del episodio de la «Carta Abierta» de 1906 ofreciéndole la mano conciliadora a su viejo amigo Alfonso Castro: «Sí, Alfonso, hagamos las paces».

1932 Ciego del todo, Carrasquilla comienza a dictar la última obra de su carrera creativa, la trilogía *Hace tiempos (Memorias de Eloy*

Gamboa). De nuevo la correspondencia facilita algunas de las circunstancias rodeando la génesis de la novela: «... dicté esas mil páginas cuando estaba completamente ciego, y no en el retiro y recogimiento, ni a un secretario aguerrido y enterado, sino a cualquiera de la familia a la hora que se podía y en medio del bullicio de muchachos y visitas, de portón y pordioseros, de teléfono y radio... a pesar de tener que dictar hasta la puntuación a viejos y a mozos, a hombres y a mujeres..., pude escalonar sin mayores confusiones y con alguna ilación, esa teoría de doscientos personajes, dentro de un ambiente de elementos tan dispersos como heterogéneos».

1933 Sigue el dictado de la trilogía bajo las circunstancias citadas. Es época de profunda depresión, sobre todo a causa de su incapacidad de leer.

1934 La carta de enero 21 revela plenamente su dilema físico: «... aquí estuvo mi ahijado. No pude verlo con los ojos del cuerpo, porque estoy completamente ciego...» Cinco meses después, el 20 de junio, se efectúa la operación del ojo izquierdo, la cual resulta un éxito y el Maestro recobra la vista parcialmente. En este mismo año aparecen, en un volumen de la Editorial Atlántida de Medellín y bajo el título de *Dominicales,* los diecisiete cuadros publicados en *El Espectador* durante los años de 1914 y 1915.

1935 El 7 de agosto el Presidente de la República le confiere a Carrasquilla la Cruz de Boyacá. Aparecen los dos primeros volúmenes de *Hace tiempos* titulados: *Por aguas y pedrejones* y *Por cumbres y cañadas.* Es un vasto panorama de «La Antioquia que fue», vista por los ojos del joven Eloy Gamboa. En cuanto a la intención del autor, nos ilumina éste: «... no me he propuesto en estas páginas más que hilvanar un esquema, silueta, delineo, o como se diga, de la Antioquia de hace ochenta años, en relación con la minería, la pedagogía y los signos generales de ese tiempo». Respecto a la documentación de la novela, manifiesta sus gracias públicamente a ciertos fieles amigos «por los seguros datos con que me han ayudado a documentar este humilde esquema de la Antioquia que fue». Además cuenta con su memoria fenomenal.

1936 El 31 de enero el subsecretario de la Academia Colombiana de la Lengua manda el mensaje siguiente a los miembros del Jurado del Premio Nacional de Literatura y Ciencias «José María Vergara y Vergara»: «La Academia Colombiana se permitió recomendar para el Premio Nacional de Literatura y Ciencias 'José María Vergara y Vergara' los siguientes libros: *Hace tiempos* por Tomás Carrasquilla; *Madrigales y otros poemas,* por Antonio J. Cano; *Los cánticos,* por Germán Pardo García; *La escala de Jacob,* por Mario

Carvajal». El Jurado, compuesto de Jorge Zalamea, Antonio Gómez Restrepo y Baldomero Sanín Cano, pronuncia su veredicto el 19 de marzo de 1936: «Fue... unánime, entusiasta y sin lugar a vacilaciones la decisión del Jurado en favor del libro y del nombre de Tomás Carrasquilla». El novelista premiado no está en condiciones de viajar a Bogotá para recibir el premio durante la ceremonia en el Teatro Colón «porque... me encontraba tullido, sujeto a esta silla haciendo el papel de Prometeo, y no me llama la atención servir de espectáculo a nadie». En junio aparece la tercera y última parte de *Hace tiempos,* titulada «Del campo a la ciudad».

1937 Se vuelven a publicar, bajo el título de *De tejas arriba,* los siguientes cuentos de Carrasquilla: «En la diestra de Dios Padre», «El ánima sola», «El prefacio de Francisco Vera», «El gran premio», «Simón el mago», «San Antoñito», «Rogelio», y «Palonegro».

1938 Los intensos sufrimientos físicos le impiden escribir, pero sigue leyendo, con marcada preferencia de obras místicas, lo cual acentúa ciertas tendencias anteriores. Su familia y sus amigos lo rodean con el cariño de siempre.

1939 Se conservan dos cartas, las últimas de la pluma de Carrasquilla, la primera de mayo y la segunda de junio de 1939. La primera contiene la génesis de *La Marquesa de Yolombó,* con detalles pintorescos y algo picarescos, y la segunda ofrece unas cuantas palabras de prólogo para el volumen de poesías de un poeta antioqueño.

1940 El 21 de diciembre fallece Tomás Carrasquilla en el Hospital de San Vicente, Medellín («murió de artritis obliterante»).

BIBLIOGRAFIA

LIBROS DE TOMAS CARRASQUILLA

OBRAS INDIVIDUALES

Frutos de mi tierra, Bogotá: Librería Nueva, 1896.

Salve, Regina. Medellín: Imprenta Oficial, 1903.

Grandeza. Medellín: La Organización, 1910.

El zarco. Ediciones Colombia, vol. 8. Bogotá: Ediciones Colombia, 1925.

La Marquesa de Yolombó. Medellín: A. J. Cano, 1928.

Hace tiempos (Memorias de Eloy Gamboa). Medellín: Editorial Atlántida, 1935-1936.

La Marquesa de Yolombó. Colección Panamericana, vol. 8. Buenos Aires: W. M. Jackson, Inc., 1945.

Frutos de mi tierra. Edición y estudio por Seymour Menton. Biblioteca Colombiana, IV. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1972.

La Marquesa de Yolombó. Edición crítica de Kurt L. Levy. Biblioteca Colombiana, X. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1974.

COLECCIONES

El Padre Casafús. Medellín: Carlos E. Rodríguez E., 1914.

Entrañas de niño. Medellín: Carlos E. Rodríguez E., 1914.

Ligia Cruz, Rogelio (Dos novelas cortas). Ediciones Colombia, vol. 13. Bogotá: Ediciones Colombia, 1926.

Dominicales. Medellín: Editorial Atlántida, 1934.

Novelas. Biblioteca Aldeana de Colombia, vol. 12. Bogotá: Editorial Minerva, S. A., 1935.

De tejas arriba. Medellín: Editorial Atlántida, 1936.

Entrañas de niño. Salve, Regina. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, vol. 98. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946.

Cuentos de Tomás Carrasquilla. Ed. por Benigno A. Gutiérrez. Colección Popular de Clásicos Maiceros, vol. IV. Medellín: Editorial Bedout, 1956.

Seis cuentos. Introducción y notas de Carlos García Prada. México: Ediciones de Andrea, 1959. Antologías Studium, vol. 6.

Cuentos. Bolsilibros Bedout, vol. 7. Medellín: Editorial Bedout, 1964.

Cuentos. Medellín: Editorial Montoya, 1968.

OBRAS COMPLETAS

Obras completas. Madrid: EPESA, 1952.

Obras completas. Edición Primer Centenario. 2 vols. Medellín: Editorial Bedout, 1958 (Segunda Edición 1964).

ESTUDIOS SOBRE TOMAS CARRASQUILLA

ARANGO FERRER, JAVIER. *Dos horas de literatura colombiana.* La Tertulia, 6. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1963.

BEJARANO DÍAZ, HORACIO. «Tomás Carrasquilla: novelista del pueblo antioqueño». *Universidad de Antioquia,* XXXI, 122 (Junio-Agosto 1955), pp. 400-422.

CADAVID RESTREPO, TOMÁS. «Tomás Carrasquilla», *Anuario de la Academia Colombiana.* (Bogotá) VIII (1940-1941), pp. 487-503.

CADAVID URIBE, GONZALO. *Presencia del pueblo en Tomás Carrasquilla.* Biblioteca de Autores Antioqueños, 6. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1959.

CASA, ENRIQUE C. de la. *La universalidad de Tomás Carrasquilla.* (Publicación del Instituto Hispánico en los Estados Unidos, Columbia University, New York, N. Y.) México, 1944.

CURCIO ALTAMAR, ANTONIO. *Evolución de la novela colombiana.* Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XI. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1957.

DE ONÍS, FEDERICO. «Tomás Carrasquilla, precursor de la novela moderna». Prólogo a las *Obras Completas,* pp. XI-XXV. Madrid: EPESA, 1952.

ENGLEKIRK, JOHN, E. y GERALD E. WADE. *Bibliografía de la novela colombiana.* México, 1950. (Reimpreso y ampliado de la *Revista Iberoamericana,* N.º 30, pp. 301-411).

FRANCO, HORACIO. «El diálogo de piedra». En *Anecdotario de don Tomás Carrasquilla* de Ernesto González, pp. 17-24. Medellín: Tipografía Olimpia. 1952.

GARCÍA PRADA, CARLOS. «Un clásico antioqueño». Prólogo a *Seis cuentos.* México: Ediciones de Andrea, 1959.

GONZÁLEZ, JOSÉ IGNACIO. «La novela y el cuento en Antioquia». En *El pueblo antioqueño,* pp. 329-348. Medellín: Imprenta Universidad, 1942.

GUTIÉRREZ, BENIGNO A. *Glosas al volumen de las obras completas de Tomás Carrasquilla.* Medellín: Editorial Bedout, 1952.

LEVY, KURT L. «Estudio preliminar». En *La Marquesa de Yolombó.* Edición crítica de Kurt. L. Levy. Biblioteca Colombiana, X., Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1974.

————. «New Light on Tomás Carrasquilla», *Publications of the Modern Language Association,* t. LXVIII, N.º 1, marzo, 1953, pp. 65-74.

————. *Tomás Carrasquilla.* Boston: G.K. Hall and Co., 1980 (Twayne's World Authors Series: TWAS 546).

————. *Vida y obras de Tomás Carrasquilla.* Medellín: Editorial Bedout, 1958.

MAYA, RAFAEL. *Los orígenes del modernismo en Colombia.* Bogotá: Imprenta Nacional, 1961.

———. «Tomás Carrasquilla». Prólogo a *La Marquesa de Yolombó*. Colección Panamericana, vol. 8. Buenos Aires: W. M. Jackson, Inc., 1945.

MEJÍA DUQUE, JAIME. «Obra y mensaje de don Tomás Carrasquilla», *Bolívar*. Bogotá: Imprenta Nacional, N.° 33, sept., 1954, pp. 367-385.

MENTON, SEYMOUR. «*Frutos de mi tierra* o *Jamones y solomos*». En *Frutos de mi tierra* de Tomás Carrasquilla. Edición y estudio por Seymour Menton. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1972. (Este estudio de Menton apareció originalmente en *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXV, 1970.)

———. *La novela colombiana: planetas y satélites*. Bogotá: Plaza y Janés, 1978.

ORJUELA, HÉCTOR. *Fuentes generales para el estudio de la literatura colombiana. Guía bibliográfica*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1968.

RAMOS, OSCAR GERARDO. *De Manuela a Macondo*. (Colección de Autores Nacionales.) Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1972.

RESTREPO, ANTONIO JOSÉ. «Del primer novelista antioqueño». En *Prosas medulares*, I, pp. 335-348. Barcelona: Editorial Lux, 1919.

SANÍN CANO, BALDOMERO. *Letras colombianas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.

TORRES RIOSECO, ARTURO. «Sobre Tomás Carrasquilla». En *La hebra en la aguja*. México: Editorial Cultura, 1965.

WADE, GERALD E. «An Introduction to the Colombian Novel», *Hispania* XXX, 4 (noviembre 1947), pp. 467-483.

ZALAMEA, JORGE. «Tomás Carrasquilla y la literatura colombiana», *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, Año XIV, Núms. 3 y 4, julio y octubre, 1948, pp. 358-367.

———. «Tomás Carrasquilla y David Arthur Thompson». En «Pórtico». Suplemento literario dominical de *El Pueblo*. Medellín: enero 26, 1941.

INDICE